

Kailas ficción

MO YANI

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

El clan de los herbívoros

Traducción del chino
de Blas Piñero Martínez



El clan de los herbívoros *simboliza el realismo mágico en la literatura china moderna. Historia y realidad; cultura y naturaleza; vista, gusto, olfato, y la imaginación desbordante se funden en esta obra.*

En lo profundo de los pantanos del noreste de Gaomi, el clan de los comedores de paja tiene una potra como ancestro mítico y se caracteriza por masticar un rastrojo de color rojo con virtudes singulares, pero que lo distingue como el clan de los «herbívoros», enfrentado con la incomprensión, incluso con la hostilidad, de sus vecinos.

Los sueños del narrador entrelazan historias cruzadas, leyendas y recuerdos, personas y dioses. Seis sueños donde las pistas están borrosas, donde el lector se extravía, llevado a un final carnavalesco e inesperado.

Mo Yan rompe los códigos de la saga clásica y da rienda suelta a la expresión multifacética de su arte. Una épica rural, jubilosa y desenfrenada, que vuela hasta los misterios y fantasmagorías del mito.

El clan de los herbívoros [1](#)

Mo Yan



KAILAS

Título original: Shicao jiazhu

© 1993, *Mo Yan*

© 2018 de esta edición: *Kailas Editorial, S.L.*

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

© 2018, de la traducción y de las notas: *Blas Piñero Martínez*

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-17248-19-2

ISBN papel: 978-84-17248-11-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

Índice

[Unas palabras como prefacio](#)

[El primer sueño: La langosta roja](#)

[El segundo sueño: Las rosas cuyo aroma irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz](#)

[El tercer sueño: Los ancestros que nacieron con las manos y los pies palmeados](#)

[El cuarto sueño: Lo que se recuerda de una venganza](#)

[El quinto sueño: La llegada poco después de la Segunda tía](#)

[El sexto sueño: El potro que cruzó los humedales](#)

[Epílogo](#)

[Notas del traductor](#)

[El autor](#)

Unas palabras como prefacio

Esta obra fue escrita entre los años 1987 y 1989. Este libro expresa el deseo intenso por mi parte de pasar a través de la filosofía del vegetarianismo; expresa también mi respeto y mi veneración por todo lo que concierne a la Gran Madre Naturaleza y revela mis más profundos miedos acerca de los seres que nacen con las manos y los pies palmeados; expresa mi opinión sobre la violencia de la pasión erótica y propone una comprensión de las leyendas y los cuentos de nuestra mitología local. Y, por supuesto, expresa lo que amo y lo que odio; y en él se revela, por lo tanto, mi propio ser, la parte bella y la parte vergonzosa de mi alma, su parte luminosa y su parte oscura, el hielo que sale de la superficie del agua y el hielo que queda sumergido bajo ella, el sueño y la realidad.

El autor

**El primer sueño:
La langosta roja²**

Al día siguiente, de buena mañana, de diez a quince minutos antes de que el sol apareciera enteramente en el firmamento, yo dirigí mis pasos hacia la vasta tierra que había sido preparada para el cultivo. Al principio del verano y cuando envejece la primavera, cuando ya se diluyen los recuerdos de la destrucción del invierno y del inicio de la primavera, la tierra baldía ve crecer los primeros brotes de hierba, que es negra y verde, fuerte, tosca y delgada. La bruma matinal, ligera y ya debilitada, se dispersaba rápidamente. A pesar de la niebla, el paisaje era extraordinariamente árido. Yo, con mis sandalias de piel de buey y lana de oveja, pisoteaba con dificultad la mala hierba que había crecido en la tierra y pensé en el bofetón de una mujer, que aún me seguía doliendo en la cara.

En realidad, ese gesto me dejó perplejo. ¿Por qué me había abofeteado de esa manera? Porque ni ella ni yo nos llevábamos bien o porque le había molestado algo. Cincuenta minutos antes de que ella me diera el bofetón, yo estaba buscando, en medio de la sombra que proyectan los árboles poderosos que hay al norte del tenderete de refrescos El Océano Pacífico, las jaulas de pájaros que están colgadas y los tordos jocosos y cantores que hay ahí dentro. Las jaulas, al igual que los tordos, son todas muy parecidas, y las telas que las cubren son oscuras. El canto indignado de los tordos se debe a que están entre los restos de la comida pasada y los excrementos, y ello les impide copular en este principio de la primavera. Esta es la conclusión a la que he llegado tras observarlos durante muchos años. En el pasado, cuando no tenía otra cosa que hacer, me iba frente al tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico, me escurría luego por el interior de un tubo de cemento enorme en cuyos lados crecían siempre esas flores de terciopelo erizadas y rojísimas, y me apresuraba, tras cruzarlo como podía, en llegar a las ramas de los árboles y atrapar los tan deseados tordos que había al otro lado del tubo. Yo sabía que el hierro que había en mis zapatillas hacía demasiado ruido al pisar el cemento y podía asustar a los tordos. También sabía que años atrás, bueno, varios cientos de años atrás, cuando las herraduras de los asnos pisaban las tierras de mi *xiang* (el distrito) y mi *xian* (la subprefectura), y pisaban, más exactamente, las losas empedradas y octogonales, hacían el mismo ruido que hago yo ahora, pero el ritmo de su galope creaba una música acompañada y agradable de oír. Años atrás, me sentía muy excitado cuando un carro tirado

por un caballo salía en medio de la noche por la calle que hay frente a mi casa. Me sentaba sobre la cama y escuchaba con atención el sonido que los cascos provocaban sobre el pavimento en medio de la noche. El sonido de las pisadas entrababa en mis oídos y luego perforaba mi cabeza. Y cuando el carro ya se había ido, parecía que en cada habitación del edificio de quince pisos que había en mi cabeza hubiera el rugido de una bestia salvaje. Era la chica de la pata coja la que grababa todas las voces diferentes que emitían los animales del zoo y luego las mezclaba en el magnetoscopio. Yo la veía siempre cuando pasaba por el pasillo de la escuela, y la mirada de sus ojos era igual que la mirada de un hipopótamo, desprendía una luz misteriosa, como la que hay en las aguas del río que fluye o en las marismas. La algarabía de la ciudad, donde la gente se apretuja como langostas y los automóviles llenan cada esquina, se expandía y llegaba cada vez más lejos hasta ser perceptible desde el interior del tubo de cemento. Ese tubo, que conducía hasta la parte trasera del tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico, se llenaba cada noche de animales de todo tipo, animales extraños que salían por todas partes. Yo tenía el presentimiento de que, si en verdad existía el Cielo, debía salir indemne de la oscuridad del tubo de cemento.

Estábamos a siete de marzo y ese fue el día que fui al bosque a recoger los tordos. Ese día, los jazmines de invierno que había plantados en el patio del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas —el edificio adyacente a nuestra escuela—, y que estaban algo mustios, empezaron a crecer abundantemente tras sentir en su piel el primer vientecillo de la primavera. Se reavivaron sus tallos amarillentos y eso que el primer viento de la primavera es un viento timorato, poco entusiasta, y no ayuda mucho a que salgan los nuevos brotes; pero uno vislumbra que en los muros grises de las casas aparece el color verde, y las olas de hombres y mujeres que pasean junto a los muros se paran para contemplar las flores nuevas. Al principio, oí decir que los jazmines de invierno que habían brotado también se giraban para ver las flores; pero cuando salí para verlos, vi a un profesor universitario que conocía sujetando a una estudiante que también conocía. Los dos paseaban bien agarraditos, en la oscuridad y entre árboles verdeantes. El profesor tenía la cabeza llena de canas y la joven parecía una rosa fresca que acaba de florecer con todo su esplendor. Quien les hubiera echado el ojo habría pensado que el hombre era el padre y la joven, la hija. Los dos iban a ver las flores, y yo no deseaba seguirles el rastro. Tampoco quería

adelantarlos. Simplemente quería ir al tubo que estaba junto al tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico y pasar a través de él.

El siete de marzo es mi cumpleaños, y es un gran día para mí. Y no es un gran día porque sea el día que nací. ¡Ah, me cago en la madre que me parió!... Yo tenía claro que no era nada más que un poco de mierda en los intestinos de la sociedad. Aunque haya nacido el mismo día que el gran (y célebre) especialista en manejar langostas, ese dios que es el valiente general Liu Meng³, nada de ello cambiará la naturaleza de todo mi ser: un auténtico excremento.

En el pequeño callejón que era el interior del tubo de cemento —ese enorme desagüe—, pensé de repente en el profesor, cuando nos explicaba en clase la ética del marxismo y sus cabellos blancos flotaban en el aire, y su cabeza, fina y ósea, con la forma de un semicírculo, se movía de un lado a otro. Recordé cuando nos decía que amaba por encima de todas las cosas y con un amor sincero a su querida esposa, y que miraba a las mujeres bellas como cuerpos sin vida, o casi. En esa época, nosotros todavía éramos muy jóvenes y le teníamos mucho respeto a ese profesor de ropas y sombrero brillantes.

Me puse al otro lado, y el profesor y la estudiante no me vieron. La gente se había pegado al muro negro para ver las flores y tapaba los jazmines de invierno. Mis zapatillas hacían verdaderamente mucho ruido en el pavimento, y los sucesos del pasado parecían olas de agua, enrollándose los unos tras los otros. Yo lo sabía: incluso si no dejaba ahora esta ciudad, la dejaría en un futuro cercano. Todos los excrementos acaban saliendo, tarde o temprano, por el ano. Pero en lo que a mí respectaba, ya había sido expelido. Yo situaba a los hombres y los excrementos a la misma altura y con la misma posición en la sociedad, y, así, las sensaciones desagradables que nos proporcionaban los profesores y los estudiantes se diluían inmediatamente, o, simplemente, se convertían en algo tan volátil como un pedo.

Pisaba con contundencia las losas octogonales que formaban el pasillo circular del tubo de cemento, y, a mis oídos, resonaban como los cascos de un caballo. Y los cascos del caballo se levantaban del suelo. Hay muchos tipos de hierbas salvajes en la pradera y están no muy lejos del camino. Ni siquiera podía escuchar las colas que formaban los coches —que son como una larga cola de dragón—, que había en la ciudad; coches que eran numerosos y hacían mucho ruido. Yo solo oía los cascos del caballo apresurándose por atrapar los tordos.

Al principio, los viejos que paseaban junto a los tordos no estaban muy tranquilos conmigo, ya que cuando le echaba el ojo a un tordo, me olvidaba incluso de mis pies. A los viejos les ponía muy nerviosos que yo me zampase sus tordos.

Cuando los tordos me veían la cara, empezaban a agitarse dentro de la jaula y deseaban saltar fuera, como cuando uno se ve con los antiguos amigos del *xiang*. Pero no todos los tordos se ponen a saltar cuando me ven. Los que están en las esquinas de la jaula, esos no saltan, ni quieren salir de la jaula. Cuando los tordos empiezan a saltar, los más timoratos se quedan en medio de la jaula, extienden el cuello, despliegan sus alas rojizas y miran el mundo a través de las rejas de la jaula.

Esos tordos pensativos, que seguían la alegría de los demás al verme, despertaron, de repente, mi curiosidad. Me puse delante de uno de ellos y lo contemplé. Podía ver claramente los dos orificios de su pico junto con unas plumitas que los acompañaban. Ese tordo había empezado a cantar el ocho de marzo por la tarde y no paró de cantar hasta la tarde del nueve de marzo. Eso me lo contó el viejo que lo había criado. El viejo me dijo también que el tordo llevaba tres meses sin cantar. Ayer, cuando te vio, e incluso después de irte, el tordo cantor seguía cantando. Cantaba como un loco, y cuando cubrimos la jaula con la tela negra, el pájaro seguía cantando.

Ese tordo y tu destino os han hecho camaradas; y viéndole, sigo creyendo que usted es un señor amante de los pájaros. ¡Por eso te lo dio! ¡Tenlo!, me dijo el viejo.

Confuso, miré la cara llena de cicatrices de ese viejo y se me endureció el corazón, los intestinos se me hicieron un nudo, la columna vertebral se me puso rígida de puro terror y mi dedo índice empezó a temblar. El viejo me sonrió tiernamente y su sonrisa parecía tan reluciente como la luz del sol. A mí, sin embargo, me aterrorizaba. En esta ciudad, o se es un erizo o se es una tortuga, y yo ni era un erizo ni era una tortuga y le tenía especial terror a la gente que me sonreía. Pensé: ¿por qué quiere darme el tordo? Tratamos con las mismas jaulas, las mismas telas negras, los mismos comederos de porcelana china para pájaros, los mismos bebederos de porcelana china, e incluso, y por accidente, las mismas bolas brillantes de acero de las jaulas. El viejo siempre sujetaba esas dos bolas de acero y las hacía colisionar en una de sus manos. Parecían dos animales vivos. ¿Había que fiarse? No tenía familiares, ni historias detrás. No tenía generosidad ni moral. ¿Había que fiarse de alguien que te da gratuitamente una joya? ¿Había que fiarse de

alguien que te sonreía de esa manera?, me pregunté a mí mismo. Sabía que no se trataba de una conspiración, sino de una trampa. Y así me lo esperaba.

Yo hablé con firmeza y determinación. No, no quiero, no quiero nada de eso. Usted coge el pajarito y lo vende en la ciudad. He visitado una vez el mercado de pájaros de la ciudad, y hay pájaros de muchos tipos. Muchos de ellos son, por supuesto, tordos jocosos cantores, y, en segundo lugar, hay muchos loritos. Y luego, menos, lechuzas.

Los gatos de la noche que anuncian por la mañana a viva voz lo que han hecho por la noche arruinan siempre su reputación, dijo el viejo con un tono de voz triste.

Un coche de lujo había pasado por la carretera y había formado una auténtica catarata. Se había creado un gran río que se desbocaba. Las cosas que arrastraba la corriente del coche se precipitaron hasta la calle que conducía al prestigioso instituto.

Al parecer, había adivinado la corriente de pensamientos que había irrumpido violentamente en la cabeza del viejo: el canto doloroso de los tordos que colgaban de las ramas de los árboles que había en su cabeza me haría excepcionalmente débil. Yo abrí la boca y le dije: Abuelo, ¿hay algún trabajo que quiere que le haga? Si hay algo, no tiene más que decírmelo...

El viejo sacudió la cabeza y dijo: ¡Deberías volver a casa!

Más tarde, el viejo, como siempre, bajo el árbol, se llevó a pasear ese tordo lunático, y las bolas metálicas y brillantes seguían colisionando en su mano. Al verme, su mirada era siempre triste. No sabía si estaba deprimido por mí o por él mismo, o por el tordo.

Volví otra vez a la tarde y el misterio de la mujer moderna que me dio el bofetón. Era uno de esos días larguísimos de primavera y yo estaba bajo el sol. Con el bastón en la mano y en el caminito estrecho donde había flores de terciopelo que eran rojas como la sangre, me dirigí rápidamente hacia el norte. Había una libélula roja que se había posado sobre una de esas flores de terciopelo y creí al principio que era un pétalo, y solo poco después me di cuenta de que era una libélula. Me agaché lentamente, y lentamente extendí la mano, y lentamente toqué la libélula. Con mi dedo índice y el dedo pulgar hice una pinza. La libélula tenía los ojos abiertos, eran pequeños y giraban sin parar. Sus alas parecían de muselina y se agitaban delante de ti. Yo, con mis pinzas, le cogí rápidamente el abdomen y ella se curvó ante el contacto de mis dedos. Me mordió, pero sentí que su mordisco era muy débil. Más bien

me hacía cosquillitas. Ningún dolor; más bien al contrario, me producía placer.

Los tordos ya llevaban tiempo esperándome y yo estaba ante ellos, escuchando su bello canto. Conocía todo el dolor que habían experimentado y todas sus esperanzas presentes. Cogí la libélula por su caja torácica y se la di de comer, pero el tordo me dijo que no quería comer. Entonces, la dejé escapar. La libélula se escabulló suavemente de mi mano.

Al final supe que el viejo era del mismo terruño que me vio nacer y crecer. Los dos éramos en realidad del mismo *xiang*, y antes de la liberación, en mil novecientos cuarenta y nueve, había hecho todo tipo de trabajos manuales. Ya estaba jubilado y recordaba con nostalgia el lugar donde había nacido. No quería que sus huesos acabasen enterrados sobre esa pequeña colina, en el oeste de la ciudad. Quería ser enterrado en el *xiang* de Dongbei, en el *xian* de Gaomi, que es un lugar remoto y vasto, un lugar agreste, lejos, muy lejos de todo. El viejo me dijo que, varios años atrás, después de las plagas de langostas, esas tierras dejaron de ser verdes. No había nada para comer y lo único que le quedaba era errar por la ciudad como un vagabundo, y aún no había podido regresar a su tierra.

Yo estaba muy animado, y un paisano es un paisano. Son como dos lágrimas de un mismo ojo. Y tras tanto hablar, se empezó a poner el sol. Las flores de terciopelo parecían llamas consumiéndose y los ojos de los tordos brillaban como el planeta Marte —esa estrella roja, esa estrella de fuego—. En la silla del bosque, el respetado profesor le cogía el pelo rubio a la jovencita. Estaban felices y tranquilos. Incluso si no había un daño real debido al tráfico de los coches que pudiese afectarme, y mi vida no corría peligro por estar en ese lugar y en ese momento, sentí de repente que debía bendecirlos por poder contemplarlos con mis ojos. Al acabarse del día, cuando se forma el crepúsculo en el horizonte, las nubes rojas que aparecen como largas planchas son de una belleza excepcional. En la parte superior del cielo se forma el caos. Es del color —o algo muy parecido— al acero del horno-cocina cuando se calienta fuertemente y empieza a enrojecer. Las mil cosas que hay en una ciudad —como las innumerables bicicletas y automóviles—, todo ello se veía bañado por la luz roja del crepúsculo. En la calle, las farolas que había bajo las hileras de sauces no estaban todavía iluminadas. Durante un tiempo, mi espíritu se sentía siempre en estado de trance cuando veía ese paisaje. Era como un éxtasis para mí. Luego, el canto de los tordos en medio de la noche se convertía en algo usual. En la silla, el

reloj caro que el profesor llevaba en la muñeca brillaba poderosamente, como si fueran las alas de un insecto. Los tordos hacían vibrar sus plumas cuando cantaban. Sus cuerpos enrojecían también a esas horas de la puesta del sol y brillaban, como si se hubieran sobrecalentado. Yo no tenía ninguna razón para pensar que eran hierros candentes en medio de la noche. La punta de la nariz del viejo brillaba con una luz roja mientras desenganchaba las jaulas de los árboles y volvía a colgarlas en fila. El viejo me dijo: Paisano, mañana les echamos un vistazo. ¿Te parece? Y al decirme esas palabras, volvió a cubrir las jaulas con la tela negra. Los tordos, azorados, se pusieron a colisionar los unos contra los otros. En medio de la oscuridad, los picos puntiagudos de los tordos silbaban y sus silbidos penetraban en mis oídos. Todo eso me desesperaba. Sabía que debía volver a casa. Las jaulas se movían al mismo tiempo que el viejo las transportaba bajo los árboles. Así iban de regreso a casa. Las jaulas se agitaban como si fuesen seres vivos. Le pregunté varias veces al viejo por el movimiento brusco de las cajas y el viejo me respondió que no debía tener miedo. Pero ¿no iban a acabar los tordos totalmente mareados? El viejo me dijo con un movimiento seco de la cabeza que no. Los pájaros estaban al principio sobre las ramas de los árboles y ahí podían agitar libremente sus alas; pero dentro de la jaula era otra historia, y en la oscuridad, dentro de esas jaulas cerradas, sus ojos brillaban como bolitas de luz y parecía que tuviesen miedo.

Yo me había quedado de pie bajo los árboles y mis ojos se fijaban en los pájaros que se introducían en los tubos alargados y estrechos que había dentro de la jaula y que les servían de nidos. Anocheceía y los colores del crepúsculo se borraban. Los árboles proyectaban sus sombras sobre la superficie de la tierra. Los bancos junto al bosquecillo estaban llenos de gente. El ambiente que se había creado era de una oscuridad que no llegaba a ser una oscuridad completa y debajo de los árboles se oían los chasquidos de los besos que recordaban los aleteos de los patos sobre el agua, o cuando caminaban torpemente sobre el barro de la orilla del estanque que quedaba no muy lejos. Recogí del suelo un poco de gravilla y alcé la cabeza, y pensé en tirar esas piedrecillas sobre el barro.

En el pasado ya había adquirido el arte de tirar piedras. En medio del fangal había siempre un pato que buscaba alimento: gusanos, caracoles o algo parecido. De su pico salían unos sonidos que eran como los gemidos de un niño. A mí me daba asco esa voz y, por eso, cogía una piedra y era capaz, al tirarla, de alcanzar la cabeza misma del pato. El pato, tras el impacto, metía el

cuello dentro del agua fangosa. Los patos que no habían sido heridos de muerte acompañaban a los patos que habían sido tocados mortalmente. Las plumas de los patos blancos caían una tras otra y el pato moría. Su cuerpo quedaba flotando sobre las aguas o el barro. El pato que sobrevivía al pedrazo continuaba la búsqueda de comida en medio del barro. Las hierbas marinas se mezclaban con el agua y formaban una sustancia en la superficie que recordaba el agua sucia que sale de un lavabo cuando se pompa el orificio, y, además, olía igual de mal. Después de lanzar la piedra al pato, salía corriendo, y ello era, sin duda, lo más sensato. Si no salía corriendo como un loco, el resto de los patos acabaría con mi vida.

De hecho, la peste se debía también a que los patos nadaban en unas aguas residuales que salían directamente de las acequias. Sobre el barro —en el que también había fuertes dosis de mierda— cohabitaban los patos con infinidad de sapos, los cuales dejaban siempre sus huellas bien delimitadas. Cuando uno de esos sapos moría, se lo veía flotar sobre las aguas con la pancha hacia el cielo. El tubo del desagüe acababa por tragarse el sapo y para ello se servía del agua apestosa y sucia de la charca. Las dos patas largas del pato muerto parecían dos remos tumbados sobre el agua. Y sobre el agua fangosa se reflejaba mi cara, ancha como la palma de una mano. Mi cara aparecía amarilla como la tierra por tantos años sin haberse lavado. La última vez que me la lavé tenía yo nueve años. La dueña de los patos era una mujer anciana que se llamaba Jiu (que significa «nueve») y cuando vino a buscar los huevos de los patos se encontró conmigo y con el pato muerto. Recuerdo la escena que se produjo como si fuera ayer...

La Novena abuela era alta y delgada, y se dirigió a las aguas de la acequia para explorarlas de cerca. Parecía como si quisiese coger con la boca el pato muerto. En ese momento, vi que su cuello era largo y muy fino, como el de la grulla de Manchuria, y la pequeña cola que colgaba detrás de su cabeza era como la cola de una vaca. La Novena abuela no tenía culo. Tenía más bien dos huesos que eran dos palas con las que podía sentarse en cualquier sitio. La gente la temía cuando gritaba. La superficie del agua se arrugaba de golpe y formaba olas, y todo ello era debido a la voz potente de la Novena abuela. Tensa, la Novena abuela se lanzaba hacia el agua fangosa. Daba grandes pasos y con uno de ellos ya había cubierto media acequia. Cuando alargaba la pierna para dar el paso, el ángulo que creaba era digno de una esquina de noventa grados. Todo su cuerpo se convertía en unas tijeras... Después de leerlo en un libro, supe que la Novena abuela era en realidad una especie de

Pinocho. Ella cogió el pato muerto y se puso a emitir gemidos de un dolor intenso. Yo no debía por nada del mundo quedarme parado frente a las aguas embarradas de la acequia... El poso de arcilla aposentado que quedaba justo debajo del agua era como un colchón blando que se hundía ligeramente cuando se pisaba y los pies de la Novena abuela eran tan finos y puntiagudos que se clavaban en el lodo como dos espadas. Pisaba el lodo y lloraba por la muerte trágica del pato blanco, víctima él del pedrazo que le había arreado yo. No podía creer que los pasos de la abuela pasaran a esa velocidad sobre el agua enlodada. Pero tampoco podía creer que esos pies fueran a tropezarse y la Novena abuela pudiese caer en el agua. Ella daba saltitos sobre el agua. Observé que el nivel del agua continuaba descendiendo y los pantalones de la Novena abuela se ensuciaban rápidamente hasta llegarle la mierda al trasero. Cuando volvió a la orilla, toda sucia, la mujer no había olvidado todavía la muerte del pato y continuaba insultando a todo ser viviente. Al salir del agua y dar sus pasos, pude oír cómo crujía su pelvis huesuda y saliente: *gue gre bong, gue gre bong...* La Novena abuela arrojó al suelo el pato y emitió un aullido de dolor intenso.

Más tarde, la abuela pensó en sentarse a mi lado, junto al agua sucia, y haciendo un esfuerzo giró el cuello. Tenía una cara larguísima y me chilló, dejándome con unas ganas enormes de llamar a alguien para que la rescatara.

Yo la miré con desdén. ¿Iba o no a buscar a alguien para que la rescatara? Si la rescataba de su situación incómoda, ¿iba a olvidar lo del pato muerto y me perdonaría? Pues, lenta, muy lentamente, me dirigí al pueblo, y mientras caminaba, pensaba: tampoco estaría mal que ese espíritu endiablado que es la Novena abuela se quedara ahí y se ahogara en medio de esas aguas sucias.

Encontré al Noveno abuelo —nuestro noveno *laoye*—, que era el marido de la Novena abuela. El Noveno abuelo tenía ya la lengua solidificada de tanto licor de sorgo que había tomado en el pasado. Le dije que su señora —la Novena abuela— había caído en las aguas pestilentes del canal. Al Noveno abuelo se le pusieron los ojos rojos y se limpió los labios —los cuales estaban llenos de licor de sorgo— con la lengua. Le dije que había que apurarse porque la Novena abuela corría el riesgo de morir ahogada y el Noveno abuelo acabó con el licor de sorgo que le quedaba en el vaso. Le dije que yo solo no podía rescatarla, y necesitaba a otra persona para sacarla de la acequia. El Noveno abuelo cogió la botella de licor de sorgo y se la bebió entera. Luego tiró la botella al suelo y cogió una especie de azada en cuyo extremo había un garfio con dos puntas y que estaba apoyada junto a una pila

de hierba, y me acompañó. El hombre más que caminar se tambaleaba de un lado a otro y hacía que la gente se sintiera ansiosa, ya que pensaban que se iba a caer de un momento a otro. Pero no, el Noveno abuelo no se caía. El viejo era muy bueno cuando se trataba de mantener el equilibrio y avanzaba, aunque de forma poco ortodoxa.

Mientras acompañaba al Noveno *laoye*, oí a lo lejos los gritos de la Novena abuela. Cuando llegamos al canal, vimos que el agua le llegaba ya, a la barriga. Movía las dos manos con desesperación y era un auténtico manojito de nervios. La Novena abuela parecía uno pato chapoteando en el agua. El agua de la charca del canal apestaba y desprendía un vapor cuyo olor era imposible de aguantar.

Al oír nuestros pasos, la Novena abuela se giró de golpe para vernos; y cuando vio al Noveno abuelo, sus ojos empezaron a parpadear con una luz azul turquesa. Parecían los ojos de un gato enloquecido y acorralado contra la pared cuando ve un perro odioso y este le obliga a hacerlo.

El Noveno abuelo avanzaba como podía —es decir, dando tumbos, pero sin caerse—, y se acercó a la acequia. En sus labios se dibujó una sonrisa que costaba identificar como tal por lo ambigua que era. Sus ojos eran como dos cerezas y desprendían una luz roja y penetrante.

¡Estás borracho, viejo diablo! La abuela empezó a proferir desde la charca todo tipo de insultos odiosos a su marido.

Cuando el Noveno abuelo oyó los insultos que le lanzaba, forzó una sonrisa algo más obvia que la anterior. Me estás insultando —le dijo—; y, entonces, ¿por qué me has hecho venir hasta aquí? Pues si no me recoges a mí, coges el pato muerto que está junto a mí y te lo cocinas con vino. Y el Noveno abuelo cogió el pato muerto con el garfio, dio media vuelta y se fue.

La Novena abuela golpeó la superficie del agua con las palmas de sus manos y suplicó nuestra misericordia.

El Noveno abuelo se giró de golpe y le dijo: ¡Llama a tu querido padre!

La Novena abuela, rejuvenecida, gritó a su vez: ¡Mi querido padre, mi querido padre, mi querido padre!...

El Noveno abuelo se desplazó a un lado del agua y alzó la azada afilada con las dos manos para acercarla al pecho de la Novena abuela, que se asustó y se metió bajo el agua. El Noveno abuelo sacudió el cuerpo y esbozó una sonrisa maliciosa. Parecía un gato viejo jugando con los ratones. La azada de lámina brillante consiguió alcanzar la cabeza de la Novena abuela, cuyo cuerpo iba de izquierda a derecha, para adelante y para atrás, y todo ello

dentro de las aguas sucias de la acequia. Finalmente, la Novena abuela pudo respirar un poco mejor, aunque con dificultad. Su cuerpo no podía moverse y tenía el cuello tieso y rígido. Parecía que la cabeza no podía girarse hacia ningún lado. Las aguas sucias le llegaban hasta el pecho y a la abuela se le había puesto la cara de color púrpura. Su cabello se disolvía en el agua y la Novena abuela lloraba e insultaba a todo bicho viviente: Viejo Jiu, viejo Jiu... ¡La madre que te parió, cabrón! ¡Tienes el corazón negro! ¿Quieres cargarte a tu mujer? ¿Ese que no ves que ese azadón va a acabar con mi vida?...

Y cuando la Novena abuela lloraba, el Noveno *laoye* se deshacía en carcajadas. No llores, no llores... ¡Agarra el azadón y te sacaré del apuro!

La Novena abuela agarró con las manos las dos puntas de hierro del garfio de la azada y torció su cuerpo. Se puso a hipar, y mientras tanto, el Noveno abuelo la atraía hacia él.

El Noveno abuelo escupió en sus manos y agarró con más fuerza el mango de madera de la azada para poder sacar a su mujer del fangal. Haciendo un gran esfuerzo, la sacó de las aguas fétidas. De la boca de la Novena abuela salió un ¡uf!... El Noveno *laoye* soltó la mano y la Novena abuela casi se cayó y se puso a gruñir en medio del barro y el agua.

Yo lo ayudé finalmente a sacarla del agua hedionda y detestable. La Novena abuela parecía una zanahoria grande con la parte superior verde totalmente deshecha. Las aguas sucias se agitaban y formaban un murmullo y el barro había llenado el espacio que había dejado vacío la Novena abuela. Las aguas desprendían un olor extraño. Yo creía firmemente que en China, salvo yo, la Novena abuela y el Noveno abuelo, no había nadie que fuese capaz de soportar esa peste.

Llevamos a la Novena abuela hacia la hierba. El sol brillaba en todo lo alto y, por lo tanto, iluminaba la hierba. Era una tarde de verano y la luz estival cambiaba también el color de las aguas. Sobre la superficie del agua flotaban medallones de aceite de un color cobrizo y los cuerpos de varios insectos muertos que estaban corrompiéndose lentamente. En las hojas de las hierbas crecían desordenadamente varios pelos finos de color blanco. La Novena abuela se había estirado sobre la hierba verde y parecía un pez barómetro.

La Novena abuela se meneó, estirando sus dos pies hacia delante y moviendo sus brazos. Se curvó como un gusano de seda, y el Noveno abuelo la ayudó a sostenerse sentada, pero parecía que tuviera el cuello roto y el cráneo le pesara excesivamente. Con la ayuda del Noveno abuelo, la Novena

abuela se sintió cada vez mejor y pudo gradualmente ponerse de pie. Su cuello se puso cada vez más duro y la luz regresó a sus ojos. Pero la Novena abuela parecía una serpiente congelada y daba pena verla. En cuanto recuperó las fuerzas, mordió ferozmente el brazo del Noveno abuelo. Él intentó sacarse de encima la boca de la Novena abuela, que le había arrancado un trozo considerable de carne y lo mantenía en la boca. La Novena abuela masticaba la carne de su marido y se fue después de él. Dejaba sus huellas en la hierba húmeda, ya que pisaba muy fuerte el suelo: sus pies parecían —golpeando el suelo— los almireces de bronce que se utilizan para machacar los ajos.

Yo sujetaba la azada con mi mano izquierda, y con la derecha, el pato muerto. Así me puse detrás de ellos y les seguí los pasos.

La primera vez que arrojé una piedra debí escribir un artículo en represalia por mi mala acción. La segunda vez que arrojé una piedra rompí el cristal de una ventana y tuve que sufrir los golpes del profesor. Esta tercera vez tuve que manejar una piedra bastante pesada y pensé varias veces: la tiro o no la tiro. Había gritos crueles que atormentaban mi ser. Las luces de las lámparas de la calle amarilleaban y me entraba el deseo prohibido. Si hacía volar la piedra, y si por casualidad caía en la cabeza del profesor o de la bella estudiante, ¿qué pasaría después? A ti seguramente que te iba a doler e irías luego a la policía. El señor policía te daría una linterna y te dejaría regresar a casa para coger dinero y curar las heridas en la cabeza del profesor y la estudiante. Y si las heridas se habían curado, todo bien; pero si quedaba algún rastro, tú difícilmente hubieras alcanzado la tranquilidad el resto de tu vida. Pensando las consecuencias graves, mis dedos se relajaban y soltaban la piedra. Pero para las personas que están enamoradas, no hay nada que temer. En realidad, ellos parecían estar interpretando una obra de teatro y yo era el único espectador. El cielo se había cubierto de nubes negras y la niebla era tan densa que desfiguraba la luz que desprendían las farolas. La luz amarilla era incapaz de atravesar la espesa niebla y todas las figuras se diluían. En ese momento, los tordos cantores estaban en la casa del viejo ejercitando sus gorgoritos. Bajé de repente la cabeza y me di cuenta de que en mi mano derecha tenía una piedra y en la izquierda una libélula. En la silla, el profesor y la estudiante se enroscaban el uno con el otro, sobándose y haciendo Dios sabe qué tipo de guarrerías. Pero ella lanzó de golpe un grito de desesperación. El profesor respiraba con dificultad y masculló algo breve y con una gran ansiedad. Volví a agarrar la piedra y a apretarla con fuerza. Alcé mi mano y volví a sentir un fuerte dolor... Esa mujer que vestía con una falda

larga de color negro parecía un murciélago enorme detrás de los árboles y parecía además que de un momento a otro iba a echar a volar. Ella apestaba de hecho a perfume —un perfume que llegaba hasta los dos orificios de mi nariz—. Sobre mi mejilla izquierda sentí cómo ella me daba un bofetón contundente. La piedra se soltó de mi mano y fue a parar a mis pies. Yo parecía un mono dando saltos que nadie podía, en realidad, percibir con claridad.

A mí me escocía la mitad de la cara, agarré la libélula y me fui detrás de la mujer. La falda larga y negra se le abría en dos partes a la joven y mostraba un culo ancho y generoso. Avanzaba sobre el caminito empedrado con losas octogonales de cemento. En ese momento, las nubes negras del cielo se habían apartado a un lado, se había levantado una brisa fría y se había formado una niebla no muy densa. La luna ya brillaba poderosamente colgada del cielo. Una luz cálida iluminaba el espacio y veía con claridad sus piernecitas delgadas pero musculosas, que se movían muy rápidamente y resonaban sobre el pavimento; y al ritmo ligero de la música, yo olvidaba el desvarío que estaba sucediendo con los amantes. Los oía lejanamente, así como oía el sonido de los cascos de los caballos..., y era un potro negro galopando sobre el camino de las losas azules que hay delante del *yamen* del *xian* de Gaomi. Oírlo me excitaba y me azoraba, pero también me hacía tomar mis precauciones, como un padre que coge en sus manos el recién nacido que le da la madre.

Perseguía a la mujer que vestía de negro, pero los ojos que había en mi cabeza veían el potro negro de Gaomi, cuyas pezuñas eran de color púrpura. Sus cuatro pezuñas parecían en realidad cuatro rosas y su cola se desplegaba como la de un pavo real. Así de alegre y suelto corría el potro. Corría sobre las losas convexas y asimétricas, unas losas azules que brillaban con fuerza. Algunas de ellas estaban agrietadas y entre las ranuras se veían crecer flores blancas, azules como el cielo o doradas. Sobre el camino de losas se oían con contundencia los galopes del potro, que agujoneaban mi corazón. A los dos lados del camino había casas cuyas tejas empezaban a desmoronarse y crecían hierbas en ellas. Las cacas de las golondrinas colgaban de las tejas ya que había muchas golondrinas que —con su plumaje negro— volaban por encima de las casas. Las paredes de las casas se llenaban de hierbajos de todo tipo y salamanquesas.

El caballo verde galopaba delante del *yamen* —la antigua residencia gubernamental— de Gaomi y sobre las losas, cuando el sol estaba en lo alto,

y el sonido de los cascos al golpear el suelo...

El caballo de oro galopaba delante del *yamen* de Gaomi y sobre las losas, cuando el sol estaba en lo alto, y el sonido de los cascos al golpear el suelo...

El caballo amarillo galopaba delante del *yamen* de Gaomi y sobre las losas, cuando el sol estaba en lo alto, y el sonido de los cascos al golpear el suelo...

¿Qué quieres hacerme?, me preguntó con un tono de voz severo la joven de negro, que había dejado de caminar, delante del tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico, y parecía uno de esos pinos que hay en el parque del Memorial a los Mártires de la Revolución.

La música conmovedora del tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico y las luces brillantes salían expelidas de las ventanas. Yo olí el perfume que desprendía la carne de la mujer de la falda de muselina negra. Le dije con una voz altanera: ¿Y por qué me diste una bofetada?

La mujer sonrió tiernamente y aparecieron dos de sus dientes delanteros—dientes que eran como dos porcelanas blancas—. Ella me preguntó: ¿En qué lado te he pegado?

Yo le mostré la mejilla izquierda: En este lado.

Ella cogió el bolso de mano de piel de tiburón que llevaba en la mano izquierda y se lo puso en la mano derecha. Luego alzó súbitamente el brazo izquierdo y me dio un bofetón en el lado derecho de la cara. Me di cuenta de que en el dedo anular de su mano había un anillo de oro.

¡Toma!, me dijo. ¡Y vete y no le des más vueltas!

Ella dio media vuelta y entró en el tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico. Encima de la puerta de la entrada del puesto había colgados unos globos de varios colores que flotaban en el espacio sin orden ni concierto. Yo aún sentía en la mejilla el impacto del anillo de oro. Sentí una inmensa desolación en mi corazón y me indigné. Pero no podía odiar a esa mujer misteriosa.

La mujer se sentó en una mesa que estaba junto a la ventana. Sobre la mesa había un mantel de plástico que era blanco como la nieve. Apoyó los dos codos en la mesa y se sujetaba las dos mejillas con las manos. Los dos meñiques acariciaban el puente de la nariz. La mujer tenía otro anillo en el dedo del medio que no paraba de lanzar destellos.

Un camarero que apareció ante ella como volando y con muy buenas maneras le soltó algunas palabras. Ella no movió las manos, pero hizo una mueca con los labios por pura pereza y el camarero se fue. Tenía unos labios

rojos y carnosos que armonizaban, en el conjunto de la cara, con la nariz, pero que le daban a la boca un relieve especial. Sentí que era más que probable que cometiera un error con ella, ya que mis labios secos eran incapaces de articular una palabra. Los labios de la mujer parecían los de un lechón que busca la teta de su madre cerda para chuparla, y pensé que tenía la intención de pegarlos contra el cristal de la ventana. Confundido, descubrí que yo tenía en mí algo de un depravado. Mi educación moral durante varios años se ha forjado como la de uno de esos miembros de los *bóxeres* —los rebeldes de los Puños Divinos de la Concordia y la Justicia— en la provincia de Shandong a principios de siglo, y eso ha sido, inesperadamente, mi talón de Aquiles. Esa mujer me había pegado con la palma blanda de su mano y rompió de golpe toda esa fuerza invulnerable que creía poseer en tanto que bóxer. No me lo podía creer. Sí, pensaba como un degenerado e incluso me creía capaz de cometer un crimen. Me dieron ganas de morderla y de devorarla hasta acabar con su vida. O de pegarle como solo un ser humano es capaz de pegar a una bestia. Esa mujer era, como mujer, inferior a un espíritu del agua.

El camarero se plantó delante de su mesa con un plato y una botella de soda gasificada de la marca El Océano Pacífico que burbujeaba. La pajita que había dentro temblaba. Había un pastel de crema helado y un tenedor metálico sobre un platillo de porcelana azul de Jingtai. Descubrí que cuando la mujer cogía las cosas del plato y ponía la pajita en su boca, su cara era igual de pálida que la crema blanca del pastel. La soda subía con sus burbujas por la pajita transparente y se introducía en la garganta de la mujer. De sus ojos cayeron un par de lágrimas que parecían dos gotas de pegamento y la joven agitaba nerviosamente sus pestañas y expulsaba el resto de las lágrimas. Me recordaba al momento en que el potro agita violentamente la crin y la cola para sacarse el agua del río.

Había luchado en la Guerra Fría y me sentía excepcionalmente entristecido por lo que era mi vida. Algunas gotas de orina fría, como gotas de lluvia fría, corrieron por mis piernas. Era una noche brumosa y mi piel estaba fría, mis músculos tensos, y apenas podía doblar el cuello. El autobús se estacionó justo detrás de mí, bajo los sauces, y no tuve necesidad de girarme para saber que un grupo de chicas había salido del vehículo y se había reunido frente a él. Ellas iban a salvaguardar la moralidad pública, o bien a destruirla definitivamente... Si en esta ciudad debía o no permitirse el adulterio, eso era algo que yo pensaba seriamente. Mi compañero de clase, ese chico con gafas

metálicas de color dorado, me decía: En esta ciudad solo hay dos tipos de mujeres que no tengan un hombre que haya consumado el acto sexual con ellas y, por lo tanto, el matrimonio; una es la mujer de piedra —que son las estatuas—, y la otra es la sombra de esa mujer de piedra. Sentía mucho miedo, y al mismo tiempo algo muy poco convencional para lo que solían ser mis emociones habituales, y por eso me enterneció mucho y se me cayeron unas lágrimas.

Los pasajeros que habían descendido del autobús se dispersaron en todas las direcciones. Sabía que se introducían dentro de la noche púrpura y escondían secretos, como peces que entran en un bosque —denso como una nube— que hay bajo el mar. Tres hombres y dos mujeres entraron en el bar. La mujer de la falda de muselina no se sirvió del tenedor pequeño para comer el pastel. Simplemente le daba un bocado o lo lamía con la punta de la lengua. Ese pastel debía ser, ciertamente, muy apetitoso. Observaste que ella le daba un bocado feroz a ese pastel, lo masticaba varias veces y se lo tragaba. El trozo de pastel pasaba a través de su garganta y se formaba en ella algo muy parecido a la nuez del cuello de un hombre. Soltó el pastel y el tenedor y levantó el bolso de piel. Apartó los globos de colores que la molestaban y salió del bar-tenderete de las bebidas. Ni siquiera me vio al salir y tomó directamente la calle. Al pasar por un paso de cebra, fueron sus zapatos de tacón alto blancos los que pisaban las rayas blancas de la barriga de la cebra, y todos los que la vieron la odiaron. ¿Por qué me odian tanto? Durante todo el día, con la casete de los aullidos del lobo y los rugidos del tigre, todos los hijos de nuestra familia acaban con la enfermedad de Parkinson. Yo no pongo nunca la casete de los aullidos del lobo y los rugidos del tigre. Un sonido plañidero que ni era de un burro ni de un caballo salía de la habitación de la chica del zoo. ¡Escucha! Es el llamamiento de la cebra y del *kiang* —el asno salvaje asiático—. ¿Eres tú o yo? Por supuesto que eres tú. ¿No sabes quién es mi marido? ¿Quién es? David Sisikefu. ¿Es extranjero? Del cabo de Buena Esperanza, en una región montañosa de Sudáfrica. El apellido es *Ban* y el nombre *Ma*, que, juntos, quieren decir «cebra». De la clase de los mamíferos équidos y mide un metro y treinta centímetros y tiene el pelo de color amarillo muy pálido con tiras negras. Es un híbrido entre un caballo y un burro, es un *qilin*⁴ —uno de esos unicornios del país de Qilin—, con sus cuernos en la cabeza, y se alimenta de rosas. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Escúchalo bien! ¡Es agradable oírlo! ¿Es tu marido quien está llamándote? Es la cebra, con el asno *kiang*; es la llamada del *qilin*. Mira

su color, míralo bien...Y en las aguas púrpuras crecían amapolas venenosas con sus pétalos lascivos y humedecidos de color rojo. No parecían salidos del reino vegetal, sino que eran como los labios rojos del sexo abierto de una mujer. Había mosquitos, y las hojas de hierba podridas y decadentes por el paso del frío invernal se exhibían las unas con las otras. Y como un acto supremo de civilización, el caballo púrpura saltaba por encima de las aguas de la marisma. ¡Cebra! Sobre sus pezuñas había barro que acababa por engancharse en la parte baja de la panza. ¡Kiang! Un taxi salió volando desde un callejón oscuro y sus luces brillantes se pegaron en la piel color banana de la cebra. A la mujer de la falda negra de muselina le voló la falda y dejó al descubierto, en medio de la luz del taxi, un tanga rojo que se ajustaba a su culito estrecho y tenso. La imagen recordaba a la de esas nubes rojas del crepúsculo. ¡Perra bastarda! Sus piernas largas eran blancas como la nieve. Ella era así de alta. Ni siquiera una bailarina tenía esas piernas tan esbeltas y bellas. Y en un abrir y cerrar de ojos, los cuatro miembros del cuerpo se pusieron a flotar caóticamente con la falda de muselina negra, y la cebra emitió su bramido desesperado. El brillo de esa boca grande y de esos ojos redondos destacaba en la piel blanca de la cara de la mujer. Yo continuaba observando su tanga rojo bajo la vaporosa falda de muselina. Parecía las alas brillantes de una langosta roja cuando levanta el vuelo y se agita como un abanico. Se oía ese sonido deprimente, de fricción entre las alas, ese sonido desesperado y tenso de la langosta roja cuando alza el vuelo, y a eso se le unía el brillo poderoso y cegador. Ese es el sonido último de la langosta, su último gesto antes del último suspiro y de perecer.

Ella parecía perecer igual que ese potro púrpura, y ella desaparecerá junto con ese potro púrpura. En esos momentos, sobre las montañas africanas corría un gran número de cebras; y en los ríos cálidos se restregaban numerosos hipopótamos. ¿Quieres verlo? Te puedo llevar y no necesitas comprar un billete. Mi marido debe comer cada día cincuenta kilos de hierba, y todos ellos están más bien gordos. Soy yo quien los cuida con el máximo cuidado. Y tú, dime, ¿cómo puedes grabar en la casete todos los sonidos de los animales? Les ato el micrófono en la cola. El sol de la tarde, cuando ya empieza a anochecer, es igual de glamoroso y bello que la flor del alazor. Delante del *yamen* del *xian* de Gaomi, sobre las losas azules del camino, se oían los cascos escandalosos del caballo. Era el potro púrpura que había salido de mamar del pecho de su madre el que corría enloquecido por las losas azules cuando asomaba el crepúsculo rojo como la sangre. El potro

parecía un recién nacido. Más tarde, vi a ese potro correr sobre el camino enlosado, para arriba y para abajo, el mismo camino enlosado y largo por donde aparecían hierbas secas y que conducía directamente hacia el sur del cantón de Dongbei en la subprefectura de Gaomi, allí donde están el río fronterizo y las marismas pantanosas que se extienden por más de cinco mil *mu* de terreno. El camino que lleva al confín mismo de las marismas parece que se termina repentinamente. Junto a las aguas de las marismas crecen arbustos, y más avanzas hacia el borde de las aguas, más percibes que han crecido desmesuradamente, sin control. La hierba salvaje crece fastuosa y exuberante en esos lares. Las hierbas crecían rectas y tiesas en la pasta de fango que se formaba en las aguas. El fango recordaba a esa pasta de soja amarilla fermentada de la marca La Primavera del Viejo Caballo que hay en los potes y que se usa en Beijing. ¡Oh, oh, oh, oh, oh!... Parecía que te habías enfriado. Mi enfriamiento, ¿tiene algo que ver contigo? Cuando te sacias, no pasa nada si te vas a la habitación y te pones a cascar nueces. ¡Cierto! Tú te parecías mucho a una cebra con esa falda negra, tu piel blanca... ¿Una cebra?... De su expresión facial salieron unas palabras definitivas: África... está muy lejos... Mi marido siempre me llevaba un día hasta aquí. ¿Has planeado ir a África? Lo he planeado. Hoy se me cayó un diente. ¿Me dices cómo sucedió? ¿Sabes cuántos dientes tiene una cebra? El potro de color rojo púrpura lanzó su relincho y en las tierras encharcadas florecían las flores acompañadas de los mosquitos, que desprendían el aroma de mujeres bellas —ese mismo aroma femenino que despierta el deseo carnal—. Había grandes hojas verdes que flotaban sobre las aguas de las marismas. Esas hojas eran amarillas y sólidas. Había además flores rosas que colgaban de los árboles como espigas. Este potro —o ese otro potro, o el potro sagrado— difícilmente (o con muchas dosis de romanticismo) atravesaría y superaría esas marismas que los ancestros habían atravesado y superado varios cientos de años atrás. La encantadora luz del sol de ese momento bañaba el cuerpo del potro y brillaba como el oro y como una flor recién salida. Las huellas del otoño aparecían en todas las partes de las marismas de manera obscena.

En la orilla opuesta asomaban los diez mil *mu* de sorgo, al que llaman «el extenso y enrojecido océano de sangre», que había en el *xiang* de Dongbei en Gaomi. Al verlo, parecía una nube roja. Al potro le hacían parpadear los ojos los colores vivos que tenía ante él. Al ver el rojo escarlata del día, al ver el rojo oscuro de las marismas, al ver el rojo fuego del sorgo de la orilla opuesta, al potro se le abrían los ojos, que eran azules y claros. El potro

ensayaba sus pasos sobre las aguas de las marismas. Una mujer joven con pantalones remangados, chaqueta floreada, pechos abundantes y trasero redondo acariciaba las piedras que habían pasado por el río. ¡Qué maravilloso! Yo había pensado muchas veces en besarte ese sol rojo vivo que es tu culo. Tu cola se levantaba, y así, levantada y suelta, parecía un haz de hilos de oro, y yo soñaba con poder besar tus pezuñitas y tus pechos, todos ellos adorables, en medio del fango rojo. Ah, ah, ah... Jengibre, necesitaba una sopa de jengibre y yo tenía jengibre en casa. ¿Has visto una cebra comer jengibre? El potro relinchaba mientras entraba en las aguas de las marismas y estas desprendían un vapor caliente y nauseabundo. *Glup, glup, glup...* ¡Y el olor a muerte y descomposición era insoportable!

Encima de los coches de policía giraba la luz roja, y todos los animales que habían nacido y vivían en la ciudad la habían oído y empezaron a temblar. La policía subía y bajaba del coche, y con sus linternas iban para arriba y para abajo. Se dispersaba la gente que salía del taxi y yo olí desde lejos el olor suave de la sangre de la joven mujer que vestía de negro. Retrocedí tres pasos y me metí en una callejuela. Y, tambaleándome, llegué hasta la planta baja de un edificio.

Al encender la luz, vi un periódico que había sido introducido por la ranura baja de la puerta, lo cogí y me puse a hojearlo. En la última página se podía leer: «La nueva función de los ajos consiste en colgarse de los cristales de las ventanas para que se sequen. Los jóvenes trabajadores deben comprenderlo bien y ser instruidos en este tipo de técnicas modernas, y, por supuesto, sacar provecho de ellas... Una mujer que estaba orinando encontró un diamante en su orina... Ha sido robada una figura de oro de Jiang Taigong⁵ pescando en el río Wei... ¡El distrito de Dongbei en Gaomi sufre una plaga de langostas!».

Me detuve en esta última noticia —la que había escrito el gran reportero y corresponsal Zou Yiming— que sonaba como una auténtica profecía: «La plaga de langostas se debe a la constante y ya larga sequía que azota el cantón de Dongbei en Gaomi; y se calcula que hay entre ciento cincuenta y doscientas langostas por cada metro cuadrado. El autor lo ha visto con sus propios ojos. Parecían granos de soja sobrevolando los prados y las mieses y convirtiéndolos a su paso en tierra amarilla. Los ancianos que tienen experiencia en este tipo de cosas dicen que se trataba de langostas rojas muy jóvenes, pero que han crecido muy rápidamente y que ya pueden volar por sí solas cuarenta días después de su nacimiento. Y no solo el *xiang* de Dongbei

en el *xian* de Gaomi se verá afectado; esta catástrofe reventará el cielo y arrasará con la tierra. Según se cuenta, cincuenta años⁶ atrás, esta tierra ya sufrió una plaga de langostas, que mordieron hasta las ramas de los árboles. Después de la plaga, el pueblo, hambriento, tuvo que comerse los cadáveres».

Ayer noche, yo tuve que sufrir el bofetón. Tras perderme en los pensamientos del potro de las marismas, leí las noticias sobre la plaga de langostas rojas en Dongbei (Gaomi). Ayer por la tarde, yo atravesaba el tubo grande, con sus losas octogonales y embarradas, que estaba frente al tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico, y me dirigía al bosquecillo donde había colgadas de los árboles las jaulas de tordos cantores que poseía el viejo. En el tubo habían crecido varias flores de terciopelo, erizadas y rojísimas —las que suelen llamar «las flores de la cresta de gallo»—, sobre las cuales había algunas perlas blancas. Y el tanga rojo y los labios rojos de la mujer bella de la falda negra, y su sangre roja y la luz roja del coche de policía, y, además, el resonar de los cascos del caballo sobre el camino enlosado. El tordo loco me vio llegar y empezó a agitar las alas rojas como la sangre. Abría el pico y sacaba su lengua puntiaguda, y me cantaba. Yo no tardé en saludar a los tordos y miré con cara larga al viejo, cuyo semblante había enrojecido. Le di el periódico de la tarde donde estaban las noticias sobre la plaga de langostas. Y al mismo tiempo, él me dio exactamente el mismo diario.

¡Langostas rojas! El viejo parecía hablar como uno de esos personajes famosos cuando tienen miedo de algo y se confiesan. ¡Langostas rojas!

Sus ojos brillaron y lanzaron destellos. Las langostas rojas parecían provocar en él mil demonios, y yo me acordé inmediatamente de cuando me dijo que cincuenta años atrás tuvo que dejar su terruño natal y convertirse en un vagabundo en la ciudad cuando se produjo la devastadora plaga de langostas rojas. La escena de la destrucción de las langostas parecía pasar ante sus ojos como si la estuviera viendo ahí mismo. Por eso parecía aterrorizado e intranquilo. El viejo empezó a describirme ese escenario. Yo pensé en la libélula que tenía en la mano derecha y en cuando vi las imágenes de las langostas rojas en la planta baja del edificio de quince plantas donde me encontraba. Después de leer las noticias, descubrí que la libélula seguía atrapada en mi mano y la solté, pero su cuerpo estaba ya podrido y lo corté con una navaja. Su cuerpo parecía una bala y estaba lleno de celdas. Ya no se movía.

Había una diferencia entre la plaga de langostas rojas de hacía cincuenta años y la de ahora: en aquella plaga se vio involucrada, según sabía yo, mucha más gente. Y yo, a pesar de creer en la ciencia y en sus avances, también era muy supersticioso. Creía en la historia, pero también creía en las leyendas. Ya que a las tres de la tarde yo debía coger el tren para Dongbei en Gaomi —y ya que durante ese período solía sentirme también más tenso de lo normal—, le pregunté al abuelo: Abuelo, esta tarde regreso a casa. ¿Le pasa algo? Y el viejo me respondía melancólicamente: Si me muero, llevas mis huesos a nuestro terruño para depositarlos ahí. Es una pena que todavía no me haya muerto... Le dije que sabía que era de Dongbei en Gaomi, pero que no sabía de qué pueblo era exactamente. ¡Era del paso de Liusha («el paso de las arenas movedizas»)! ¡Oh, del paso de Liusha! Al norte del río y a un *li* de distancia de mi pueblo... Pero no sabía que en el paso de Liusha estaba viviendo o había vivido algún ser humano... Hace cincuenta años que no he vuelto y creo que todos los lugareños ya han muerto. Tenía cincuenta años cuando me convertí en un vagabundo y todavía me acuerdo de que en vuestro pueblo había un par de templos. En el este estaba el templo de las Langostas y en el oeste, el templo del general Liu Meng.

¡Adiós, abuelo! Ansioso, quería ir al instituto para las investigaciones relacionadas con las langostas y los saltamontes y me despedí del viejo. Y el viejo me dijo: En realidad, tanto si te vas como si no, es lo mismo. Esto es por el Dios de los Insectos. Nadie puede gobernarlo ni controlarlo. Habrá de nuevo cuarenta días más. Volarán hasta la ciudad y tú no te irás tan lejos como para no verlas.

Los miembros del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas me recibieron y yo les expliqué lo que estaba pasando. Uno de ellos me dijo que una expedición de científicos se había dirigido ya a Dongbei, en la parte noreste de Gaomi. Camarada, ¡llegas tarde!, me dijeron.

Yo me sentí muy feliz y muy conmovido tras oír esas palabras. Entré en la biblioteca del instituto de investigaciones y leí un libro titulado *Langostas*. Veía las ilustraciones mientras comía. Le compré a mi hijo cuatro galletones de cebolla verde y me los puse bajo el sobaco. Cerré el libro y pasé rápidamente por el paso de cebra que había en la calle. Se oían los cláxones de los coches. Alcé la mirada y vi un *jeep* con varios militares que se dirigía hacia mí. Vi a un joven indignado que sacaba la cabeza por la ventana y me insultó diciéndome que era un saltamontes de tierra. Me dijo además que me iba a lanzar una piedra y me iba a aplastar. Yo me limité a sonreír y pensé

que una langosta era un saltamontes y un saltamontes era una langosta al fin y al cabo. Lo pensé la pasada noche con la joven estudiante que estaba magreándose con el profesor de pelo plateado en el banco verde; pero pensé en ella en una escena adorable de un día de primavera del año pasado. La joven llevaba una camiseta de mangas cortas y en sus brazos musculosos y finos se veían las marcas producidas por el virus de la viruela bovina. Esas ampollas rojas parecían las escamas rojas de una carpa de río bien puestas sobre su brazo. Ella tenía el cabello totalmente rubio y, en esa época, el profesor hablaba a sus alumnos de que «la base familiar consistente en un marido y una mujer» era la relación «más racional y moral que podía haber entre dos seres humanos de diferente sexo». En esa época, el profesor era muy joven, no muy alto, y un pelo abundante y negro poblaba su cabeza. Tenía los dientes blancos y bien puestos. Tenía encanto y una apariencia y unos gestos muy naturales. Tenía además mucha labia. La estudiante se sentaba en los pupitres de la primera fila, muy cerca del profesor. Si el profesor había comido ajos, el aliento llegaba directamente a la cara de la estudiante. Ella no quitaba nunca los ojos del profesor. Todas las estudiantes respiraban hondamente y lloraban. A algunas se les ponía incluso cara de fantasma. Ella, cansada, se estiraba y alzaba los brazos. Los granos rojos que habían salido en su cara parecían los granos de los frutos del espino chino. Le asomaban los pelos negros de los sobacos y cada vez que se estiraba así sus dos pechos parecían dos pajaritos negros a los que el profesor había apuntado con el fusil y no les quitaba los ojos de encima. Al día siguiente, el profesor llevó a su hijo a clase. El niño tenía la cabeza enorme y el cuerpo muy pequeño y delgado. ¡Hubo uno de mis compañeros que dijo que el hijo del profesor parecía un saltamontes de montaña! Y yo pensé: ¿Cómo puede ser que el hijo de un personaje tan ilustre como nuestro profesor se parezca a un saltamontes? Había visto las ilustraciones del libro *Langostas* y casi me veía obligado a admirar la comparación que había sido empleada con el hijo del profesor. El hijo se parecía, por lo tanto, a un saltamontes, y lo era en su estado previo, antes de formarse totalmente. Por eso era tan cabezón y tenía un cuerpo tan pequeño, y daba saltitos con cara de estúpido. Abría la boquita y absorbía el agua de golpe. Adolf Hitler ¿no se parecía también a un saltamontes? Los saltamontes rojos, los saltamontes verdes y muchos otros saltamontes son denominados habitualmente langostas, langostas rojas, langostas moteadas, langostas migratorias del Este, langostas púrpuras de África, que son las langostas del desierto... ¿No pensabas hablarme de una

cebra? Tú emitías un olor fuerte a caballo. ¿No lo hueles? Asustada, abriste bien los ojos de forma extraña.

¡Un destello de luz! ¡La madre que te parió! ¿Estás enfermo o qué? El chófer me dijo que tenía el cerebro de un saltamontes. Y yo, con mucho esfuerzo, dejé escapar todos los saltamontes y las langostas que había en mi cabeza. Salté hacia atrás como lo hubiera hecho un saltamontes, me adelantó el *jeep* y me dejó atrás. Olí a algo que me pareció fuerte y ofensivo, bajé la mirada y vi el paso de cebra. Había sangre roja seca emplastada en la calle y ello me hizo sonreír. Me acordé del suceso de la pasada noche. Esa joven misteriosa que vestía de negro, cuando paseaba ligeramente sobre ese mismo paso de cebra y su falda se levantaba y se veían sus piernas blancas como la nieve, cuya luz podía matar a un hombre con tan solo vislumbrarlas. Ella también parecía un saltamontes, o mejor, una langosta. Sí, una langosta negra con alas rojas y brillantes. Yo, en realidad, lo sentía mucho por ella. Los dos bofetones que acababa de arrearme me habían matado. O no, ¡ella se había matado a sí misma! La policía me preguntó atropelladamente: ¿Es tu esposa? No, ella no es mi esposa, dije, y me escapé, rápidamente. En ese momento me vino de golpe a la cabeza: en una noche de lluvia torrencial, cuando iba borracho y me caía en la calle, parecía como si esa mujer me hubiera llevado a ese lugar, que era su lugar, y que me hubiera ayudado a lavarme y a sanearme para que nos acostásemos juntos. Seguro que era ella, y yo lo había olvidado, por eso me abofeteó. Tal vez porque yo la había visto morreándose con el profesor detrás del bosque, a oscuras, me odiaba y me abofeteó. Y si fue por eso, yo solo podía decirle una cosa: ¡Bien hecho, bien hecho!

Olía a sangre negra y sentía terror caminando sobre el paso de cebra. Sentía que la vida en esta ciudad, cada segundo que pasaba en ella, era como vivir en una constante desazón. Había saltamontes por todas partes y yo también me había convertido en un saltamontes. Quería huir de esta ciudad, comprar un billete de tren y volver a mi pueblo. Si no había litera, compraría un asiento duro (silla de madera); y si no había un asiento duro (silla de madera), compraría simplemente un billete para ir de pie en el tren, ya que quería a toda costa ver la plaga de langostas que había assolado el cantón de Dongbei en Gaomi, donde no llovía desde hacía tiempo.

II

Cincuenta años atrás, el Noveno abuelo tenía treinta y seis años, y su hermano mayor, el Cuarto abuelo —el cuarto *laoye*—, cuarenta años. El Cuarto hermano era médico, pero de la medicina china. Hoy día, a los noventa años, tiene todavía una vida próspera y llena de salud. Es la única persona que queda viva que pudo ver con sus propios ojos la plaga de langostas de Gaomi. Ese día fue el octavo día de la cuarta luna según el calendario lunar —el mes en el que se entra en el verano, el mes que empieza a ser más cálido, cuando florecen los ciruelos, los jinjoleros, y aparecen las serpientes—, y el Cuarto abuelo —el cuarto *laoye* de mi clan— iba a ver, temprano por la mañana, a un enfermo de malaria. El abuelo, que iba montado en un asno de pelo gris, vestía una chaqueta fina de algodón y llevaba en la cabeza un gorrito de piel con la forma de un melón, sobre el cual había la típica borla lanosa de color rojo. También llevaba unos pantalones de algodón finos y calzaba unas zapatillas de tela. El Cuarto abuelo se iba a servir de doce agujas de plata para «coser» al enfermo de malaria. El enfermo tenía entre las dos cejas una peca que había crecido. Los pacientes que recibían al Cuarto abuelo le ofrecían habitualmente fideos largos para comer y licor de sorgo para beber, pescado asado, peras avinagradas y gambones en salsa blanca con cebolleta verde. Tras saciarse con tanta comida y bebida, después de tratar al enfermo, el Cuarto abuelo montó en su borrico y, mareado desde que salía el sol, se trasladó hacia su casa e intentó pasar el día como pudo. El borrico solía tomar los caminos estrechos y sinuosos que habían sido trazados en los campos, donde hacía tiempo que no llovía. La tierra del camino era dura por la sequía persistente y no era fácil para un animal avanzar cómodamente sobre ella. El Cuarto abuelo se dirigía al norte por el oeste de los cinco mil *mu* de las marismas enlodadas y brillantes, ya sin apenas agua, con su fango enrojecido y la superficie plana. Veía cómo caminaban con mucha dificultad las garzas sobre el barro y ello provocaba cierta angustia en el abuelo. El otoño del año pasado, las marismas estaban llenas de juncos, cañas y hierbas secas, pero todo ello verdeaba y alcanzaban, al menos, medio *chi* de alto. Los pájaros blancos como la nieve sobrevolaban el área y parecían bolas de algodón.

Y fue cuando el Cuarto abuelo quería defecar junto a las marismas que descubrió ante sus ojos una langosta en la tierra. El borrico se negó a seguir

caminando y todavía no era el mediodía. El aire se había calentado sobremanera y una luz blanca flotaba sobre la tierra negra y seca. Tanto las cosechas como los hierbajos estaban ya medio muertos. El Cuarto abuelo vio que las espigas estaban tan delgadas que parecían los pelos de las cabezas de los muertos. La tierra negra de la superficie crujía cuando se la pisaba y se troceaba. Parecía que la tierra desprendía humo en vez de polvo cuando se la pisaba, ya que olía a algo muy parecido. No había nadie, ni cerca ni lejos. El Cuarto abuelo se levantó la bata, se desató el cinturón y se agachó para cagar.

Después de estar cagando un buen rato, todo el mundo de ese *cun* lo supo. El Cuarto abuelo creía que agacharse para cagar entre las hierbas era un auténtico placer y era algo que no podía olvidar. Siempre que cogía el borrico y se iba a los prados, le entraban ganas de cagar y se paraba en ellos. Al Cuarto abuelo también le gustaba criar pájaros. Él no criaba tordos, pero se dedicaba a las alondras. Esos pájaros no cantaban, por supuesto, como los tordos. El Cuarto abuelo cogía siempre que podía su mierda y la convertía en alimento para los pájaros. Cuando defecaba, cerraba los ojos e inclinaba ligeramente la cabeza para oír el rugido suave del viento sobre las espigas. Escuchaba también el vapor que desprendía la tierra y calentaba su trasero. El Cuarto abuelo elegía unos días especiales en una estación determinada para ir a cagar al campo y ello tenía necesariamente una explicación. El hombre conocía los asuntos del *yin* y el *yang* y los cinco *xing* o troncos celestiales, como en los principios que rigen el frío y el calor. Sabía que en primavera era el principio masculino del *yang* que predominaba y el femenino del *yin* disminuía. El sol brilla con intensidad pero no hiera, y por eso cagar en los campos es bueno en esa estación, ya que sirve de abono. En los días de verano, el calor crea una humedad en el ambiente que atrae moscas y otros insectos y eso no es bueno para la salud. Los días de otoño en Gaomi, al contrario, ayudan a revigorizarse y son los más sanos del año. El viento dorado sopla sobre las aguas de los estanques y también era, en un principio, una buena estación para ir a cagar al campo. Pero la situación de las marismas al sur de Dongbei en Gaomi, el gran río al norte, los prados de hierba al este y la vertiente en el oeste hacen de ese lugar algo único, y cuando llegan las lluvias del otoño, se forman torrentes de agua y numerosas inundaciones. En diez días de lluvia constante, las aguas del río se desbordan, y tanto las marismas como los campos de hierba, como el área de la tierra hundida, se ven inundados por agua que llega a alcanzar un *chi* de altura. El pobre Cuarto abuelo solo puede cagar sobre una inmensa charca y ello no le

resulta agradable. En invierno, el viento sopla demasiado frío y cortante, el agua se hiela y el viento te corta la carne como lo haría un cuchillo. Solo un idiota iría a cagar al campo en esas condiciones.

Las alondras suelen volar en círculos y es así que se ponen a cantar. Su canto y su vuelo pueden llegar a ser tan bellos que, a quienes lo presencian, se les hace un nudo en los intestinos. Si es un día de primavera y sopla además el viento y llueve, el canto de las alondras hace que los hombres comprendan (y sientan) lo que es el amor cruel y destructor. El Cuarto abuelo se deleitaba con el canto de las alondras. En su cabeza pasaban olas de lluvia roja y blanca que se levantaban en secreto y caían deshaciéndose en mil espumarajos. Se abrían, rojas algunas, blancas otras, o de puro oro, y todas ellas frescas, como recién venidas al mundo, las flores de loto. Y olas de nieve silenciosas que chocan en la cabeza, olas perfumadas, como quien llega a la condición de un Buda... Cada vez que el Cuarto abuelo me contaba que iba al campo para cagar, me daba a entender que ese momento era maravilloso, y yo lo asociaba con la experiencia de los monjes ascetas de la India o los monjes budistas en China. No solo ponía el corazón en ello, sino que ponía el alma entera. Había algo de divino y sagrado cuando el Cuarto abuelo se ponía a cagar. Todo ello es estático y todo ello se mueve al mismo tiempo. Y todo ello sirve para superar la forma previa que nos encierra para esclavizarnos y así superar el mundo de las apariencias. Todo ello para alcanzar la más alta sabiduría y la iluminación de un Buda.

El Cuarto abuelo se había agachado en los campos de cebada para poder cagar a gusto. Pero, en realidad, no solo quería cagar, sino que quería ensimismarse en los más altos y nobles pensamientos. El caos primordial había penetrado en forma circular en el cuerpo del Cuarto abuelo y sus ojos giraban extraviados como los de alguien que ha perdido la cabeza: veía los objetos que tenía delante, pero no los veía. Al depositar el cagarro, vio que se había posado sobre el fango rojo oscuro pero muy vivo de la superficie seca de la tierra. Había quedado erecto e inmóvil como una estatua entre el cielo y la tierra. Más a lo lejos, entre el pasto plateado chino que había crecido en las marismas, las alas de un par de francolines que merodeaban por el lugar parecían estar enganchadas a cuerpos que apenas pesaban, y esas aves levantaban de esa manera el vuelo. Las motas blancas las embellecían, y los trazos negros y amarillos destacaban en el cielo. Una luz rojiza y cálida los envolvía y convertía los florines en dos fantasmas, con la forma de dos seres disecados circulando en el aire y emitiendo sonidos. Cada francolín realizaba

el vuelo del deseo del amor, un vuelo ondulante y nervioso, y por eso emitían esos trinos. No podía olvidar a su hermano mayor, a su querido hermano mayor... Antes de que el Cuarto abuelo descubriera la langosta roja cuando esta salía de la tierra..., escuchando los francolines en el cielo y viendo la mierda erecta e inmóvil sobre el fango rojo..., ¿en qué podía pensar? Pues pensó en el *cun* del paso de Liusha (el hogar de los tordos que había en Beijing). La joven inteligente y viva que estaba apoyada en el portal de la entrada —o que daba, mejor dicho, unos pasos y volvía a apoyarse en el portal— llevaba una pajita en la boca. Su cara era del color de una estrellita de agua o ninfa, y sus dos ojos eran como estrellas en una noche nublada de primavera, tan brillantes como dos gemas preciosas, igual de ambiguas y feroces que unos rayos de luz. Ello estaba en los recuerdos del Cuarto abuelo: ella siempre vestía con un pañuelo rojo cinabrio —el color rojo de la Revolución—. Durante la Revolución Cultural, en la pared de mi casa había un cuadro que se había hecho muy popular en las casas chinas. Sobre el cuadro había una joven con un pañuelo rojo cinabrio, como los farolillos rojos que colgaban de las calles. Con los ojos bien abiertos y rasgados, y unas mejillas aterciopeladas como melocotones maduros, y el pecho derecho..., o izquierdo, muy puntiagudo. El Cuarto abuelo, con el cayado lleno de nudos y ampollas en la mano, dio media vuelta y se fue a mi casa para beber té. La luz amarillenta que daba la lámpara de queroseno iluminaba de lleno los muros negros y sucios de mi casa y llenaba de luz la habitación. Al otro lado de la ventana sonaba la música taciturna y triste del otoño. Los gatos se habían posado sobre las tejas escalonadas de la casa y maullaban de tal manera que parecían pájaros agonizando. Se les oía caminar por encima, con sus pasos ligeros pero perfectamente audibles. En Dongbei (Gaomi) no crecía originalmente nada de bambú, pero fue el Noveno abuelo quien plantó, vete a saber por qué, algunas cañas de bambú en Dongbei y luego en el patio de mi casa, en cuyo lado norte está el pozo de agua, en el oeste las tinajas con todo tipo de cosas dentro, en el este los nidos y en el sur las ventanas de mi casa. El viento del otoño sacudía las hojas que colgaban de los troncos del bambú y los pájaros que ahí se posaban y cantaban, incluso anidaban, salían asustados y se los veía además con los granos amarillos en el pico posándose en las ventanas y jugueteando en las sombras que proyectaban sobre el suelo las cañas de bambú. El Cuarto abuelo le dio un sorbo al té, clavaba la mirada en la pared, le temblaban los dedos de la mano, se mordía los labios, fruncía el ceño y entornaba los ojos. Su rostro mostraba así un sufrimiento contenido,

como cuando vas a estornudar. Nosotros nos moríamos de miedo y creíamos que al Cuarto abuelo le había poseído un demonio. El Noveno abuelo —el noveno *laoye* de mi clan— se puso de pie para beber su té adoptando la actitud y la pose de un gallo peleón. Le dio unas palmaditas al Cuarto abuelo para cambiarle la cara grotesca que ponía. El Noveno abuelo se puso detrás del Cuarto abuelo y clavó sus ojos en él, indignado y decepcionado. Le dio al Cuarto abuelo una colleja sonora en la nuca y se puso a reír a carcajadas: Mi querido Cuarto hermano —le dijo—, ¿te has hecho viejo, pero sigues siendo un diablo! Todavía tenemos cuerda para rato... Y el Noveno abuelo se explicó. El Cuarto abuelo vio el cuadro que estaba colgado en la pared y lo bajó. Al hacerlo, se acordó de su juventud, cuando él también vestía con ropas rojas. Ella parecía todavía más inteligente que la mujer del cuadro.

El Cuarto abuelo se sacó los mocos de la nariz y dijo, indignado: Viejo Jiu, eres un inconsciente. Si pudiera, ¿te cortarían en trozos, diablo!...

La gente que se quiere hacer comprender —sobre todo con lo que piensa por dentro—, lo cuenta todo inmediatamente.

En nuestro clan, el cual cuenta con muchos miembros, el ambiente que reina suele ser distendido y armonioso. Incluso si es por un período breve de tiempo, cuando el Cuarto abuelo y sus hermanos se sientan para comer juntos, todos ellos se sirven de las manos para sujetar los palillos como debe hacerse, pero los sujetan con fuerza, como quien sujeta una pistola y va a disparar a alguien. Pero incluso en esas circunstancias, el ambiente seguía siendo distendido y armonioso entre todas las partes. Los viejos tampoco son pocos en estos lares y suelen hacer bromas con los ellos mismos y su manera ridícula de vestir y actuar. Nadie se siente, por tanto, incómodo por ese tipo de comentarios. Esa es la razón por la cual la cara temblorosa del Noveno abuelo podía decir lo que quisiera, ya que el Cuarto abuelo no se molestaría: los dos se conocían y el Noveno abuelo sabía que, en su juventud, el Cuarto abuelo había demostrado tener un talento poético considerable. El Cuarto abuelo le miró, sin embargo, con unos ojos llenos de odio y, tras amonestarle, suspiró hondamente, y se secó las lágrimas blancas, que eran como perlas que habían salido expelidas de sus ojos tras la colleja. Luego esbozó una sonrisa triste y excepcionalmente ancha y falsa. Yo me acordé en ese momento de los cinco mil *mu* de barro rojo de las marismas en el sur del *cun*.

El Cuarto abuelo dio un sorbo, dejó el tazón de té sobre la mesa y recogió el cayado porque quería regresar a su casa. La hermana mayor de mi tío, que tenía más de ochenta años, igual que su hermano, propuso darle al Cuarto

abuelo el cuadro que había en la pared y permitirle que se acostase en la cama que había junto a la ventana. Ella, lo que decía, lo hacía; así que se fue a la pared y descolgó el cuadro de la joven mujer revolucionaria. ¿Quién sabía que fue mi madre quien había puesto ese cuadro en la pared y lo había hecho de una manera que era casi imposible sacarlo de ahí? Mi hermana pequeña — mi *meimei*— intentó descolgarlo tres veces y no pudo. A la cuarta, rompió el dibujo de la joven revolucionaria vestida de rojo en dos partes. Lo partió exactamente por la mitad de los dos pechos de la mujer, lo que provocó las risas de todo el mundo. Mi hermana pequeña dijo: La he destrozado... Aún más, le he destrozado las tetas... ¡El Cuarto abuelo será incapaz de mamar de sus pechos! Y todo el mundo se puso a reír otra vez. Mi tía Qi —la Séptima tía— se tiraba pedos siempre que se reía a carcajadas. Y todos volvieron a reírse cuando oyeron los pedos de la tía. El Cuarto abuelo quería golpear a mi *meimei* con el bastón de madera. Mi tía Liu —la Sexta tía, la que era la mujer del hermano menor de mi padre— dijo: Cuarto abuelo, usted, que es ya uno de nuestros venerables ancestros, váyase a dormir y que tenga buenos sueños. ¡Si no, va a acabar disparando a la chica del cuadro!

Yo ya lo tuve suficientemente claro con la explicación y con suficientes pruebas: las gentes de Dongbei en Gaomi comen mucha comida cruda, y por eso, cuando defecan, sus heces son tan ricas en fibra y son muy parecidas a la paja seca. Es por eso que, cuando las gentes de Dongbei en Gaomi se ponen a cagar, tienen la impresión de estar expulsando por el orificio un palo de madera o algo parecido. Yo hacía tiempo que había olvidado este hecho tan importante para comprender a mi gente. Después de cagar, a las gentes de Gaomi se les dibuja una expresión facial de gran felicidad, ya que la experiencia no les resulta fácil. Se sienten, en realidad, mucho más aliviados. La vida es mucho más bella para ellos, como así lo expresan repetidamente tras defecar. Se sienten como flores que acaban de abrirse y encaran la vida por primera vez. Cuando la traviesa de mi hermana pequeña se quedaba sin dinero, escogía siempre a su padre. Mi tío Ba —el Octavo tío—, en el momento preciso después de defecar, se quedaba siempre quieto por unos minutos porque pensaba que ese era un momento único en el día —un momento para deleitarse y amar la vida—. Cagaba siempre en un lugar especial, un lugar que acabó siendo el del clan de los cagones que no hacían olor. En la vida de la ciudad apestosa y de cielo negro, yo sufría todo tipo de experiencias cuando tenía que defecar: sentía como si cagase cañas de bambú, de esas que cortan como cuchillos. En la ciudad, todos los hombres y

las mujeres tienen el ano endurecido con sedimentos calcáreos, como esos tubos de agua de los lavabos y los grifos que se tienen que reparar. Yo me puse a pensar en el tubo de cemento donde oía resonar los cascos de los caballos, ya que ese tubo era como un inmenso ano. Pensaba también en los cagones sin olor y, al mismo tiempo, pensaba en mi querido y adorable terruño. Fue así que comprendí por qué el viejo de los tordos cantores quería volver a su terruño —su amado *xiang*— cuando muriese.

Cincuenta años atrás, la comida de las gentes del *xiang* de Dongbei en la subprefectura de Gaomi era más bien comida cruda o poco preparada, no tan cocinada como ahora, y es por eso que defecaban unas heces ricas en fibra y no eran como las heces de hoy, tan blandas como la pulpa de los melones maduros. A fin de cuentas, esa era gente de su tiempo. La mierda que había quedado a la vista de todos entre las espigas de cebada parecía sin duda alguna una de esas bananas de importación que llevan una pegatina encima y cuelgan en ristras. Después de que depositara esa «banana», el Cuarto abuelo avanzó unos pasos. Y el olor casi imperceptible de los tallos delgados de cebada entró en la nariz del abuelo, desde lejos, y no le agradó por su suavidad y frescura. Las perdices echaban a volar en parejas, y tanto su vuelo como su canto eran agudos y afilados y sumían a la gente en profundos pensamientos sobre la vida y el destino. Y fue justo en ese momento cuando el Cuarto abuelo vio el espectáculo extraño de una langosta saliendo de la tierra árida.

El borrico de cabello gris como las tejas de las casas se puso de pie respetuosamente, abrió los ojos y vio a la derecha el gorrito cilíndrico y la borla roja encima del amo que estaba entre las espigas de cebada y, a la izquierda, las aves blancas y zancudas, aves silenciosas y de plumaje brillante, que pululaban por las marismas.

Fue así que el Cuarto abuelo vio la langosta roja ante sus ojos, y así nos lo contó una y mil veces, y con todo lujo de detalles. La tierra ennegrecida entre las espigas de cebada se veía cubierta por una costra blanca y espesa como una plancha de sal, y así apareció de repente ante los ojos del Cuarto abuelo. Era una capa que se había levantado. El Cuarto abuelo parpadeó: era, efectivamente una capa blanca que se levantaba lentamente de la tierra firme y plana. Una cosa roja y convexa que parecía la boñiga de una vaca apareció delante. La costra blanca y espesa que se había levantado del campo de cebada parecía un sombrero de paja blanca cubriendo la boñiga de una vaca.

El Cuarto abuelo se puso melancólico y resignado, como si hubiera visto por primera vez a Buda. Él era alguien que había leído el *Tratado de herboristería para usos medicinales*⁷, con todo su repertorio de innumerables hierbas, pájaros, peces e insectos. Pero el Cuarto abuelo no recordaba haber visto nunca un bicho como esa langosta en el famoso libro. El Cuarto abuelo se echó hacia delante y acercó la cabeza para verlo mejor y descubrió que eran miles de saltamontes tan grandes como una hormiga y que se habían posado sobre una mierda de vaca. Dio tres pasos más y constató que era una boñiga de vaca bañada por una luz blanca extraña y deslumbrante. Dio otro paso, bajó la cabeza todavía más y vio miles de cabecitas moviéndose y sin saber quién era una o la otra. El Cuarto abuelo veía crecer e hincharse los saltamontes, los cuales parecían pequeñas nubes haciéndose cada vez más grandes. El abuelo se quedó mirándolos con la boca abierta y se sentía perdido. Miró, confundido y asustado a su alrededor, por si había alguien a quien poder anunciárselo, pero los campos y las marismas estaban vacíos y no había, por tanto, nadie con quien hablar. A lo lejos estaba el río ondulante y sinuoso, cuyas aguas plateadas se contornaban como una serpiente por la tierra plana. Había una luz incandescente que parecía ser fuego, y en el cielo, las aves y, sobre todo, las garzas blancas. En tierra firme, estaba clavado el asno, tan rígido e inmóvil que parecía el cuerpo de un animal que había muerto desde hacía muchos años. Viendo lo que veían sus ojos, el Cuarto abuelo rugió: ¡Saltamontes!

Pero no se oía ninguna otra palabra más que la suya. Se oía solamente la murga de esos insectos haciéndose cada vez más grandes, como flores que se abren y crujen cuando lo hacen, o el sonido de la paja cuando se dobla. Miles y miles de saltamontes volaban por las cuatro esquinas del cielo. Parecían dar cien movimientos en el cielo por cada segundo que transcurría en el reloj. El Cuarto abuelo aplastó uno en su cara. Había algunos que saltaban, otros se subían por todas partes. Otros saltaban y subían al mismo tiempo. Al Cuarto abuelo le hacían cosquillitas en la cara y él intentaba quitárselos de encima dándose palmaditas. Las langostas tenían unos cuerpos blandos y flexibles; y con solo golpearlas, se aplastaban inmediatamente. Pero al Cuarto abuelo se le pegaban en la cara y no podía sacárselas, incluso cuando las aplastaba. Muchos de esos saltamontes ni siquiera sobrevivían unos minutos en esta tierra y se convertían en cuerpos sin vida. El Cuarto abuelo los recogía con las manos como quien recoge granos de trigo del suelo. El Cuarto abuelo oía el chirrido de las langostas y un pensamiento osado aparecía en su cabeza al

igual que aparece el planeta Marte —el planeta rojo, el planeta de fuego— en el cielo. Esa idea, no mucho tiempo atrás, lanzaba destellos, y fue gracias a ese planeta Marte, ya en su cabeza, que el Cuarto abuelo realizó cosas muy importantes. Su cabeza se convertía, en realidad, en ese astro rojo y dominante que tanto lo influenciaba. Todo eso fue algo que, por supuesto, pasó mucho después. El Cuarto abuelo se ató los pantalones con el cinturón y se dio prisa por tomar el camino; y al atravesar los campos de cebada, los vio a este y oeste. Por todas partes era como si hubiesen crecido setas, o como langostas reproduciéndose en mierdas de ganado y formando capas blancas de una gran extensión sobre la tierra negra. Así era, una explosión de chirridos y zumbidos que reventaba todo, absolutamente todo. Sobre la cebada y sobre la hierba negra había motones de langostas moviéndose de un lado para otro y encaramándose y posándose en ellas secretamente. De hecho, esas pequeñas cosas que eran tan pequeñas habían nacido muy espabiladas. El Cuarto abuelo observaba minuciosamente una de esas langostas, que se había posado sobre su dedo pulgar. Era tan pequeña, pero tan bien formada y tan compleja en su constitución, que solo Dios podía haber creado una cosa así. El Cuarto abuelo sentía cosquillitas en todo su cuerpo. Los saltamontes corrían por su cuerpo y el Cuarto abuelo intentaba sacárselos de encima, pero al final resultaba imposible. El asno oyó los pasos, abrió los ojos y movió la cola. El Cuarto abuelo le gritó: ¡Es la destrucción final! ¡Los saltamontes divinos han venido!

En la fosa que había junto al camino se había posado una langosta de boca grande que se había hinchado tanto que parecía que iba a explotar. El Cuarto abuelo se agachó, extendió el brazo y la cogió. Al hacerlo, le dio la impresión de que cogía el pecho de una mujer, ya que era carnoso pero algo flácido, y pesaba en la mano. Tras coger la langosta gigante, el Cuarto abuelo alzó la mirada y miró el sol. A lo lejos fermentaban la tierra roja de las marismas. El Cuarto abuelo vio que el borrico contenía los nervios como podía. Tenía los ojos extraviados y no le funcionaba ninguno de sus cinco sentidos. Así lo reflejaba su cara, que estaba cubierta por los cuerpos de varias decenas de saltamontes que subían y bajaban a sus anchas. Los saltamontes cubrían ya los dedos del Cuarto abuelo, y tantos saltamontes formaban ya una masa compacta que se desplazaba sola sobre la palma de la mano. El Cuarto abuelo sintió que el cuello le dolía, pensó varias veces el porqué y abrió las manos de golpe. La langosta enorme que tenía en la mano cayó al suelo. La langosta no se había descompuesto y un minuto después ya estaba volando. El borrico

dio un salto como si le hubiera dado una descarga eléctrica. La cola se le movía para sacárselas de encima, pero no podía. Subían incluso por las piernas y parecía como cuando plantaba sus patas en el barro de las marismas.

El Cuarto abuelo regresaba a su pueblo montado en el borrico y le faltaban diez *li* para llegar hasta él. Iba firme y estable encima del borrico, ya que un animal así era siempre una garantía para un buen viaje en el campo. Los campos de cebada pasaban lentos a los dos lados y lo mismo sucedía con los campos de sorgo cuyos tallos solo habían crecido medio *chi*. Las hojas del sorgo crecían brillantes y negras, y llenas de pulgones. Los tallos altos y ambiciosos del sorgo chupaban como podían la poca agua —el agua destrozada y poco servible— de la tierra negra. Hacía mucho tiempo que no llovía y el sorgo estaba medio muerto. El Cuarto abuelo iba montado en el borrico y avanzaba mostrándose indiferente de lo que ocurría en los campos de cebada o sorgo. Se oía una explosión constante, la del nacimiento, desde la tierra misma, de las langostas. El Cuarto abuelo, montado sobre el borrico de cabello gris, pensaba una y otra vez en los orígenes de la plaga de langostas, las cuales habían salido directamente y envalentonadas de la tierra. Nunca antes había oído contar una leyenda sobre las plagas de langostas. El Cuarto abuelo pensó que, cincuenta años atrás, su abuelo ya había intentado por la fuerza ahuyentar varias langostas rojas que cubrieron el cielo con su presencia, pero estas se fueron volando y no volvieron. Al pensar en la plaga de langostas, el Cuarto abuelo lo comprendió todo: las langostas que habían cubierto la tierra eran la descendencia directa de las langostas que cincuenta años atrás cubrieron el cielo.

III

Es necesario repetir lo que ya había dicho al principio: al día siguiente, de buena mañana, de diez a quince minutos antes de que el sol apareciera en el firmamento, dirigí mis pasos hacia la vasta tierra que había sido preparada para el cultivo.

En ese intervalo de tiempo, había heredado la costumbre caótica del clan familiar también caótico de las heces que no hacían olor. Pensé en el asunto relacionado con los celos de esa mujer que vestía de rojo y el Noveno *laoye* y el Cuarto *laoye*. Pensé en los tordos y las cebras de Beijing, e inmerso en esos pensamientos, una mujer me cogía las palmas de mis manos y me sacaba de la cama con todo tipo de argumentos falaces.

El sol acababa de salir, rojísimo, por el sureste de los campos de la vasta tierra por cultivar, y mis ojos miraron al suelo automáticamente, me despejé, eliminando todo tipo de malos pensamientos de la cabeza y me dejé inundar por esa luz nueva del nuevo día. Estaba de pie, clavado, sobre los campos de mi terruño —ahí donde había nacido—, y me sentía en paz, como si todavía fuese un feto flotando en la barriga de mi madre.

Nuestro clan familiar tenía una manera única de expresar sus emociones y sus opiniones. La gente solía insultar la manera tan bella que teníamos de hablar: decían que era vulgar, sucia, imposible de escuchar, y que nunca teníamos razón. Nosotros hacíamos un elogio encendido de la mierda que cagábamos y el momento de suma felicidad que suponía para nosotros cagar, y eso no era siempre del gusto de todos. Nos decían que teníamos el ano lleno de inmundicias y por eso lo teníamos siempre sucio y éramos unos auténticos guarros. Nos decían que íbamos equivocados con nuestra actitud ante nuestras propias heces y que no había por qué sentirse orgulloso de ello. Nuestras heces eran tan bellas que parecían esas bananas de importación. ¿Por qué no nos íbamos a sentir orgullosos de ellas? Además, amábamos por encima de todas las cosas nuestra manera de deponer nuestras heces. Para nosotros era como un ritual religioso, algo que tocaba de lleno lo sagrado que hay en este bajo mundo. ¿Por qué no íbamos a deshacernos en elogios?

El sol había sido cubierto momentáneamente por la mitad pero aún desprendía rayos de luz dorados y rojos que bañaban la mala hierba que crecía en el campo. Cuando se despejó el sol, este brilló con más fuerza y sus rayos aumentaron en intensidad. Y más que haces de luz, había pilares de luz

que parecían formados por miles de motas de polvo. El cielo se había despejado y no había un solo trazo de nube. Era como un enorme y extensísimo mar azul.

La tierra de los campos del *xiang* de Dongbei en Gaomi, donde no había llovido desde hacía mucho tiempo, parecía temblar bajo ese cielo.

Yo estaba de pie, clavado, sobre ese campo, y pisaba su tierra negra mientras que el sol llenaba mis ojos.

Esa tierra era donde yo solía sacar el ganado para dar de pastar a los animales. Esa era la tierra donde yo solía depositar mis bellas heces. Pero ahora no era más que un terreno lleno de malas hierbas que se había apoderado de él impíamente. A lo lejos, las aguas residuales de la acequia desprendían una peste insoportable; pero de cerca, era la mierda humana la que olía y yo estaba decepcionado por ello. Al ver esa mierda, sentí que aparecía de repente en mi cabeza algo inesperado, una frase muy larga.

Sobre el barro rojo, enterrado y escondido en la tierra de Dongbei en Gaomi, había un enorme caos. El pasado del bello clan familiar de la mierda que no olía, ahora y en el pasado, era algo único en las diferentes capas que habían formado la historia de nuestra civilización. El fenómeno de las langostas rojas estaba unido a lo de las heces. La vida de los animales y la de los seres humanos se unía —mezclándose— secretamente para formar algo único y diferente y hacer avanzar el mundo.

Cincuenta años atrás, cuando cogió esos saltamontes a medio hacer, el Cuarto abuelo sintió miedo y respeto.

Cincuenta años después, yo —solo, sobre la tierra baldía que me vio nacer y con el sol en todo lo alto del cielo, blanco y dominante, y la hierba resplandeciente— observaba atentamente el pequeño saltamontes moviéndose entre los tallos y las hojas de hierba, con sus ojitos dando vueltas, enloquecidos, y su cabeza nerviosa, su frente prominente hacia delante y su ajetreo, como si tuviera un solo nervio que lo moviese.

Finalmente, vi la langosta como quien está en un sueño y pensé que la langosta que veían mis ojos no debía de ser muy diferente de la langosta que vio el Cuarto abuelo cincuenta años atrás, y lo mismo debía de suceder con las heces que depositaba mi familia ahora y las que depositaban cincuenta años atrás.

El sol iba decreciendo gradualmente y los tentáculos de las cabezas de las langostas se agitaban con más intensidad y parecía que lo hacían todas al mismo tiempo. Se subían a los tallos de las hierbas y también parecía que lo

hacían al mismo tiempo. Saltaban, se quedaban quietos, y atormentaban las pobres y delgadas hierbas. Había algunos tallos de hierba que eran más gordos que las langostas, y ello permitía a las langostas saltar de una a otra. Pero solo unas pocas hierbas podían permitirse el lujo de sostener las langostas por un período de tiempo largo. Se las oía crujir cuando se quebraban y las langostas abusaban de ellas con su peso y su juego nervioso.

La posición que yo ocupaba me impedía ver la langosta roja tal y como la veía el Cuarto abuelo en aquellos tiempos. Si los miembros del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas y los trabajadores de ese mismo instituto hubieran oído la descripción del Cuarto abuelo a propósito de las langostas y los saltamontes, ellos se habrían asustado todavía más de lo que yo habría podido decirles. Lo habrían lamentado también mucho más. Ellos vinieron y calzaban botas de lana y piel. Vinieron al amanecer, dándole la espalda al sol, cuyos rayos chocaban como flechas con sus piernas. Parecían estar pisando ya mi pecho. Sabía que ese tipo de emociones no era muy sano, pero me lo quedaba para mí mismo. Constituían un grupo de nueve personas: tres mujeres y seis hombres. Las tres mujeres eran muy jóvenes y, de los seis hombres, cuatro también eran bastante jóvenes y dos parecían bastante mayores. Las tres mujeres llevaban unas gafas enormes que cambiaban de color y forma en cada una de ellas. Los seis hombres también llevaban gafas, pero todas eran iguales. Todos ellos llevaban un gorrito blanco. En el cantón de Dongbei en Gaomi solo los recién nacidos llevan esos gorritos. Las gentes de mi terruño se reían siempre de los empleados del instituto, aunque acababan tarde o temprano por respetarlos, al menos de fachada y con una mueca en la cara; pero por dentro los despreciaban.

Los empleados del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas llevaban todos colgada de su cuello una cámara para hacer fotografías. Se arrodillaban y fotografiaban los saltamontes y las langostas. Estos parecían balas que acribillaban los cuerpos de los científicos o innumerables flechas que se clavaban en ellos. Las tres mujeres con gafas se cubrían la cara y solo sus cuerpos indicaban que se trataba de mujeres diferentes. Cuando se acercaron a mí, vi esa langosta pequeña que se había escondido y descansaba probablemente entre la hierba y que era observada minuciosamente por la mujer de grandes gafas. Sobre ese pedazo de hierba, me sentí repentinamente muy orgulloso de haberme decidido a anunciar lo que mis ojos habían visto. Lleno de confianza y fuerza, marché hacia el

centro de empleados del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas. La cintura de una de las investigadoras pareció romperse con el contacto de mi codo, pero no me giré para verla.

Me agaché y contraía los músculos de mis glúteos. Uno de los investigadores más viejos se agachó bajo mi cara y parecía una serpiente con gafas. Yo contemplaba cómo se le habían hinchado las venas moradas en sus brazos blancos y delgados, que parecían gusanos de tierra avanzando lentamente. El hombre apretaba con ahínco y sirviéndose de su dedo pulgar el botón de la cámara para hacer sus fotografías y cogió algo con la otra mano. Me recordó a mí mismo sujetando la cola de la libélula roja con la mano. Luego lo descubrí. El hombre llevaba en la mano una erupción de color rojo del tamaño de una alubia amarilla y varias de ellas en el cuello. Todas estaban ya secas y formaban más bien arrugas en la piel. Al hombre se le reflejaba todo en esas gafas enormes que llevaba puestas. Miré hacia delante y descubrí de repente una langosta roja de enormes proporciones.

Sí es, sí que es... ¡Es la típica langosta migratoria del Este⁸ y yo lo he descubierto sin que nadie me lo diga!, dijo el viejo científico como un garrulo y sin alzar la mirada del suelo. Se subía de vez en cuando las gafas enormes y, ocasionalmente, se ajustaba el gorrito blanco. Su cabello blanco y flexible estaba disperso por su cabeza y parecía más bien un trozo de alfombra. Más que cabellos en una cabeza, parecían larvas blancas surgiendo abruptamente de una tierra árida y resquebrajada.

Cuando volvió a colocarse bien las gafas de ese cristal tan grueso, es decir, a subírselas, una langosta del tamaño de una golondrina apareció delante de él. La langosta se deshizo repentinamente y como por arte de magia en varios cientos de langostas pequeñas. Esa escena me aterrorizó. La langosta gigante movía las antenas lentamente. Me di cuenta de que esos tentáculos tenían una composición compleja y estaban formados —parecía— por numerosos látigos. También parecían serpientes coloreadas de rojo, ya que ese era el color que predominaba en los tentáculos, aunque su intensidad disminuía a medida que pasaba a otras partes del cuerpo del insecto para dar espacio a ciertas motas blancas. Yo observaba con atención las antenas de la langosta: eran tan afiladas y nerviosas que me hacían pensar en las colas vivas y carnosas de las serpientes, los lagartos, las salamanquesas o las salamanquesas vulgares. Esas antenas salían directamente de la frente abombada que sobresalía de la cabeza y estaban junto a los ojos, que parecían dos celdas de un panal de abejas. Me acordé del libro que había hojeado la

noche anterior —el de *Langostas*— y la descripción tan detallada que hacía de los ojos de estos insectos. Ahora, de esos ojos salidos y ovalados emanaba una luz azul. O no, más bien era una luz amarilla pálida, muy muerta ella. Los ojos de la langosta se movían para verme y a mí me asustaban. Esas langostas tenían unas patas traseras gordas y musculosas, y estas eran mucho más largas que las patas delanteras. Su abdomen estaba compuesto de uno, dos, tres, cuatro, cinco... Cinco partes conectadas entre ellas, y más se iban hacia atrás, hacia la cola, más se estrechaban, hasta formar una triangulito.

¿Ese era un macho o una hembra? Oí una voz en mis oídos que no parecía ser mi propia voz, aunque había salido de mi boca.

¿Cómo lo haces? ¿No diferencias una langosta macho de una langosta hembra?, me dijo con desdén el viejo investigador y, al igual que antes, sin quitar la mirada del suelo.

Yo pensaba, simplemente, que ese tipo se había vuelto loco o era un genio que había descubierto de golpe la diferencia entre machos y hembras.

¡Profesor!, le gritó una de las investigadoras del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas, que llevaba una falda rosa. ¡Profesor, vamos, que tenemos que ir a desayunar!

¡El viejo era ni más ni menos que su profesor!

¿Era su profesor o no? El profesor especializado en langostas no apartaba los ojos de la tierra, pero se puso finalmente de pie con muchas dificultades. El hombre, en la tierra donde estaba trabajando, se había sentado seguramente sobre la mierda de algún ser humano y le faltaba, además, mucho entrenamiento físico. Por eso le dolían las piernas cuando se levantó y no andaba muy bien. Una vez de pie, pude ver con mis ojos que el viejo había cagado en la tierra —y había depositado, además, no solo una hez nada vulgar, sino típica de un hombre de talento y que había recibido una esmerada educación—. ¡Los profesores que pululan por las aulas universitarias también cagan!, pensé yo. Un saltamontes debía de haber subido por sus pantalones y se había metido en su ano. Era más que seguro que el saltamontes había sido expelido juntamente con el cagarro, ya que aparecía muerto encima de él. La hez del profesor era larga y muy olorosa. Luego supe que él no era un animal herbívoro. Ese tipo de gente que come hierbas, sean estas del tipo que sean. Y tampoco respetan ni temen los saltamontes. El científico era una de esas personas que se dedica a ver desde lejos las marismas y la hierba que crece en ellas.

El profesor y sus compañeros —esos «no-comedores» de hierba— fueron del oeste hacia el sur, y en el lado norte de las marismas, sobre la hierba, en las tiendas sostenidas por tres palos, las pasaron y continuaron hacia delante. Si era de noche, encendían hogueras de fuego dentro de la tienda y se quedaban en ella. La tela fina de la tienda temblaba con el fuego rojo, que avivaban con las hierbas secas. Muchos de los saltamontes se veían atraídos por la luz del fuego y las gentes del *cun* (el pueblo) se apelotonaban junto a las fosas de las calles, masticando raíces de hierba, que desprenden un jugo dulce, y, además, les hacen de cepillo de dientes, ya que se limpian los dientes con ellas. Las llamas del fuego provocaban unas sombras que parecían siluetas engrandecidas de hombres bailando. Los saltamontes y otros insectos, como mariposas de noche, chocaban con el fuego, atraídos ellos por el olor de las llamas. Al entrar en el fuego, los saltamontes ardían y también desprendían un olor muy fuerte que les llegaba a los no herbívoros directamente a la nariz. Los miembros del clan familiar —grande y caótico— de los comedores de hierba se mantenían indiferentes y orgullosamente altaneros cuando veían la luz de ese fuego. En la historia lejana y larga de ese clan familiar, se cuenta que sucedieron eventos muy parecidos y de gran importancia, y que tuvieron una gran influencia en la familia y una larga repercusión en las generaciones posteriores. Es por ello que muchos de esos hechos han pasado a convertirse en leyendas con su halo de misterio. El clan de la familia Xue del cantón noroeste de Gaomi consideraba a las golondrinas como su enemigo, y a las moscas como seres con alma. El gran clan de los herbívoros —el clan los masticadores de cisca— de Dongbei (en el cantón noreste) en Gaomi teme la luz de fuego porque sabe que destruye la hierba.

Yo, ya en la calle de vuelta al pueblo, me topé con el instruido y educado —y tantas veces citado— Noveno abuelo. El Noveno *laoye* tenía ya, en esos momentos, ochenta y seis años, pero se mantenía igual de fuerte que en su juventud. Varias decenas de años antes, en las fosas y canales de irrigación que hay delante del pueblo, utilizaba la azada de dos puntas y se iba al barrizal de la Novena abuela, y ahí se emborrachaba hasta caerse al suelo. Caminaba con los ojos rojos de tanto beber y así pasaba sus horas. Hacía varios años que no veía al Noveno *laoye* y parecía más alto y más delgado. No tenía bigote y tenía una sonrisa brillante. El Noveno abuelo era más guapo que antes. Los ojos ya no los tenía rojos como cuando se emborrachaba como una cuba y tenía los pulmones limpios. Sus ojos eran verdes como los tallos de la hierba recién salida. Que yo recuerde, fue el

Cuarto abuelo quien, año tras año, tuvo que dedicarse a criar alondras, desde que el Noveno abuelo dejó de criar pájaros, y, al parecer, su relación, así como los acontecimientos, cambiaron radicalmente. El Noveno abuelo me dio, por lo tanto, la bienvenida inesperadamente, y en la mano llevaba una jaula metálica. La jaula estaba con robín pero mantenía un lustro raro, como el de los tesoros, y parecía una reliquia de gran valor salida directamente de la tierra. Nada más ver al Noveno abuelo, yo, que estaba a un lado de la calle, le pregunté: Mi buen ancestro Jiu, ¿ya se fue al campo a cagar?

El Noveno *laoye* se sirvió de esa luz verde y penetrante que desprendían sus ojos para mirarme fijamente. No dijo nada, pero resopló con su nariz aguileña. Con la voz que ponen los obreros cuando fuman y hablan al mismo tiempo, me dijo finalmente:

¡El muy hijo de puta! Pero ¿hacia dónde huyes?

Huyo hacia la ciudad.

Y en la ciudad, ¿hay esa hierba, la cisca, que tanto te gusta⁹, para alimentarte?

No, en la ciudad no hay cisca para alimentarme.

¡Has visto tus dientes! El Noveno abuelo me mostró sonriendo sus dientes, que eran en realidad tan blancos como la nieve, y añadió: Y debido a que no mastico cisca desde hace ya muchos años, mis dientes están sucios y amarillos. ¿No los ves?

El Noveno abuelo sacó de sus bolsillos dos haces muy comprimidos de cisca seca y me los dio. Luego dijo con voz de anciano que busca la compasión: ¡Cógelo y másticalo, rápido! No debes vomitarlo, ¡debes masticarlo y tragártelo! El Noveno abuelo sacó su lengua roja púrpura y puso sobre ella una raíz de cisca para que yo lo viera. Al querer escupirlo, los ojos del Noveno abuelo y su cara parecían haberse roto para siempre. La luz verde de sus ojos parecía haberse convertido en las burbujas de agua de unas cataratas desbocadas. ¡Está podrido! ¡Tráгатelo ya! ¡Vamos! El Noveno *laoye* contrajo la lengua hacia atrás y se puso a tragar tal y como pudo la paja de la cisca; pero mientras lo hacía, se dirigió a mí y repitió: ¡Está podrido! ¡Tráгатelo ya! ¡Vamos!

Vale, Noveno abuelo, está podrido pero me lo tragaré, ciertamente. Yo, que estaba de pie, cogí la raíz de la hierba de la cisca y me la metí en la boca, y mientras la masticaba, maldecía al viejo de ochenta y seis años del Noveno abuelo. Y para mostrar el respeto debido al Noveno abuelo, volví a preguntarle rápidamente: ya que tengo la raíz de la cisca en la boca... —y me

salió una voz nasal—, puedo preguntarle de nuevo, mi buen ancestro Jiu, ¿ya se fue al campo a cagar?

El Noveno abuelo me dijo: ¡Acabo de cagar! ¡Sí, acabo de cagar!... ¡Y quiero ir a dar un buen paseo a ver los pájaros!

Yo me di cuenta entonces del pájaro que llevaba en la jaula resplandeciente.

El Noveno *laoye* criaba un mochuelo que estaba ya totalmente emplumado y había comido tanto que estaba incluso gordo. Con el pico torcido y las mejillas tensas, ponía una cara graciosa que asomaba entre las plumas; y en un espacio tan pequeño como una jaula, el mochuelo parecía enorme. Cuando la lechuza abría sus ojos amarillos, a mí me daban ganas de chuchear como lo haría un búho. Sus ojitos redondos desprendían una luz amarilla y afilada como una aguja, y sus garras con sus dedos afilados se agarraban al palo interior y transversal de la jaula con ahínco. Tanto sobre el comedero como sobre el agarradero había trazos de sangre y restos de carne.

Mi buen ancestro Jiu, no estoy muy seguro de preguntarle esto, pero ¿por qué tiene un mochuelo como este? ¿No sabe que en la ciudad hay gente que considera el chirrido de un búho como algo mortuorio y una señal de dolor y luto?

El Noveno *laoye* se sirvió de su mano izquierda, que la tenía vacía, para golpear, indignado, la jaula del mochuelo. Este abrió de golpe los ojos, me miró fijamente e infló las mejillas hasta acabar emitiendo un chirrido de enfado. Yo no había terminado de masticar la raíz seca de la cisca y me puse a hacerlo con apresuramiento, ya que quería tragármela en cuanto antes. Cuando finalmente lo hice, sentí que la hierba me pinchaba los lados de la garganta y por eso paraba de tragarla repetidas veces. En esos momentos traté de evitar a toda costa la mirada humana que tenía el mochuelo y pensar en otra cosa. Finalmente, me controlé y vacié, como se suele decir, mi espíritu y miré los ojos de la lechuza encolerizada. Los ojos del pajarraco eran redondos, o mejor dicho, nunca había visto unos ojos tan perfectamente redondos. Eran además amarillos como el mejor oro y llenos de vida y misterio. Me di cuenta de que le temblaban las patas cuando agarraba el palo y me convencí de que solo el Noveno abuelo era capaz de sacar ese animal de la jaula. La luz de sus ojos excavaba en mis ojos porque parecía que quería penetrarlos para entrar en mí y ver mi pobre alma.

El mochuelo no se dejaba amedrentar y sus ojos mostraban mucha ira. Le pregunté al Noveno abuelo por qué no criaba otro tipo de aves —sobre todo

pájaros de bello canto—, como los tordos, el pájaro chino migratorio, la *mainá* china, las alondras, u otros pájaros que trinaban mejor..., y dejaba en paz ese tipo de aves asquerosas y de mal augurio, como la lechuza y su chirrido estridente y desagradable.

El Noveno *laoye* habló en defensa de la lechuza y de él mismo. Rechazó las alondras, ya que le imponían más respeto las lechuzas. Me dijo que le había tomado dos años y nueve días educar el mochuelo y hacerle hablar, pero lo primero que le enseñó fue a cambiar la costumbre de pasar el día dormido y a que durmiera por la noche. Lo hizo sencillamente porque no le dejaba dormir por las noches. Mientras hablaba, el Noveno abuelo golpeaba la jaula para espabilar la lechuza, la cual parpadeaba y aceptaba muy mal los golpes del abuelo.

Tesoro, mi pequeño tesoro, despierta, anda. Duermes por la noche, vale. El Noveno abuelo le hablaba a la jaula como quien habla íntimamente con un familiar. Una lechuza puede girar su cabeza trescientos sesenta grados y debe tener siempre los ojos bien abiertos. Esta tiene los ojos verdes como su amo. Hierbajo seco, me dijo —como si hubiese recordado de repente mi primer nombre, el que recibí cuando mi madre me daba el pecho, Ganba—, has venido hasta aquí y, dos años y nueve días después, mi mochuelo es capaz de hablar. El mochuelo no quiso contradecir a su amo y señor y se puso a hablar. La verdad es que parecía hablar como lo hacen ciertas personas a las que no se les entiende cuando hablan pero que sabes que están diciendo algo.

El Noveno *laoye* sacó el mochuelo de la jaula y lo llevó a cuestras, dirigiéndose todo confiado a un plantío cubierto de hierbajos, donde no había, por lo demás, absolutamente nadie. El abuelo canturreaba una melodía cuya letra era incapaz de recordar con exactitud, al igual que yo, por cierto. Solo la melodía de esa canción me parecía reconocible, aunque no sabía el porqué; una melodía que tenía todo el sabor del Noveno *laoye*.

Ah, ah, oh, oh, uh, uh... Alarí..., alará..., canturreaba. El viejo Jiu caminaba y los pantalones se le movían y él se los ponía bien: *¡Up, ap!... Gong, gong, gong..., hong, hong, hong...,* y la jaula se mueve... Un escupitajo al suelo: *¡Puahh!,* y un sorbo al vino de la calabaza-cantimplora o *hulu: ¡Glup, glup!...,* y de nuevo a canturrear...

La canción del Noveno abuelo parecía en realidad la maldición de un brujo y temí que, como canción lírica, no tenía mucho significado. El Noveno abuelo parecía querer sacar de golpe y de una manera muy poco ortodoxa

todos los poemas cantados que conocía para educar el mochuelo que transportaba en la jaula.

IV

En esa época, en el *cun* no había lo que propiamente se denominan familias unidas por matrimonios libres y de otros clanes, sino que era un *cun* de clanes familiares a los que les unía la sangre y su línea ancestral, y por ello, debían casarse entre ellos como así se había hecho durante siglos. Pero se llegó a un extremo en que el sexo perdió todo su interés. Los apareamientos descendieron hasta el punto de poner en peligro la futura existencia del clan. El nacimiento ininterrumpido de niños cuyas manos y pies tenían los dedos unidos por membranas¹⁰ alertó a los letrados del clan. La fertilidad también había caído debido a la esterilidad de los miembros de la estirpe. Había algo raro y algo que se estaba oponiendo a ciertas leyes de la naturaleza al perpetuar la endogamia en el clan. Esa fue la razón por la cual, en la generación del abuelo del Cuarto *laoye*, se prohibió estrictamente el matrimonio entre individuos de un mismo clan, y ese paso pareció que conducía a algo que era en sí un paso hacia algo inhumano para muchos de los miembros de mi clan: respecto a la prosperidad reproductora de nuestro clan de herbívoros —muy excepcional, a decir verdad, por el hecho de cagar una mierda sin olor—, tuvo sin duda un significado revolucionario. Las relaciones amorosas entre hombres y mujeres con los dedos enganchados con una membrana parecían ser desde entonces algo cruel y perteneciente más bien al reino animal. Ese fue el caso del abuelo paterno de mi abuela materna y de la hermana de mi abuelo paterno. Esto fue algo en cierta medida inconveniente para todos. A era un chico y B era una chica. Tanto él como ella tenían muy buena salud y muy buen aspecto. Salvo el problema de los dedos enganchados de las manos, todo lo demás era correcto. En ese momento, las aguas rojas de las marismas subieron varios *zhang* de altura, y ellos, antes de sacar el ganado para pacer, detrás del sorgo maduro, se bañaron en las aguas. Una vez en el agua, se produjo cierto contacto —un contacto inocente y tierno, pero un contacto al fin y al cabo— entre sus manos con dedos unidos por membranas. El contacto pasó luego a los otros miembros del cuerpo, como los pies, y la pareja acabó copulando. Después del cumplir con el acto sexual, mostraron su unión públicamente y expresaron su intención de casarse. Eso se produjo el segundo invierno después de la promulgación de la prohibición de casarse con los miembros de un mismo clan. Hubo gente que dijo que se estaba al final del otoño y que, de

todas formas, debía recogerse el sorgo maduro y apilarlo para quemarlo. Esos ancestros míos que despreciaron la ley fueron quemados vivos, y de esa manera, al prenderle fuegos, sus ancestros se convirtieron en legisladores.

Durante el momento de la subida de las aguas, en el lado oeste de las marismas, cien años atrás, cuando A y B se quedaron desnudos, lo primero que les hicieron fue embadurnarlos con una especie de mantequilla pegajosa. La barriguita de B ya se notaba hinchada. B presentía que sus dos niños tendrían las manos con los dedos pegados con membranas y sabía el peligro que eso suponía. Por eso acariciaba su barriga como si quisiese protegerlos y así consolarlos.

Todos los miembros del clan se reunieron ante el altar de la pila de sorgo, que había sido cortado y apilado, y nadie se atrevió a decir nada.

Por la noche, cuando la luna —una luna llena y muy cercana— reflejaba su luz sobre las aguas de las marismas, el sorgo de la pila empezó a arder. La luz era fuerte y poderosa, ya que era la típica luz fría y brillante de una luna de finales de otoño, que se reflejaba en las aguas de la marisma convirtiéndolas en una inmensa lámina de plata. Todas las caras de la gente brillaban igual que esas aguas. El sorgo, ya en llamas, empezó a crepitar: *crac, cric, crac...* Era el sonido de pequeñas explosiones que se sucedían las unas tras las otras, y la humareda no tardó en seguirlas. Al principio, las chispas y los destellos eran muy vivos y brillantes. Los tallos del sorgo se doblaban, ablandándose súbitamente bajo el efecto de las llamas rojas, y lo mismo sucedía con las hojas, que prendían inmediatamente. Y mientras que el fuego atacaba las hojas del sorgo, estas se consumían y se deformaban como serpientes coloreadas retorciéndose en plena enfermedad. Todo ello formaba un sonido especial y parecía que todo temblaba, como el clamor de alguien que va a atacar. Pero luego había otro sonido que llegaba del altar y que no era el resultado de un clamor. En esa época, incluso el niño de ocho años que era el abuelo del Cuarto abuelo vio con sus propios ojos, y bajo la luz de la luna, los cuerpos escarlatas del joven A y la joven B ardiendo entre las llamas rojas. Estaban ahí, efectivamente, subidos en el altar que les habían hecho para su incineración, y sus cuerpos temblaban junto con las llamas. La luz brillante de la luna se mezclaba con la luz que desprendían a su vez las llamas de la hoguera, y todo ello daba a los cuerpos un color desigual y extraño. La mantequilla de vaca con la que los habían embadurnado les daba a los cuerpos, bajo el efecto del fuego, un lustro frío. Los cuerpos de los dos jóvenes parecían haberse vuelto de oro puro. Los cuerpos temblaban más y

más violentamente, y el fuego era cada vez más vivo y brillante, y la luz de la luna era cada vez más débil. Tantas chispas juntas habían creado una pantalla de fuego y humo a través de la cual la luna parecía una cortina gris y plateada. A y B se pusieron de pie repentinamente. Los dos lucían sus cuerpos bellos y lustrosos, y ello contribuyó a excitar los corazones de la gente. En un corto período de tiempo, los enamorados, con el yo te observo a ti y tú me observas a mí, los cuatro brazos de A y B, se entrelazaron y los dos amantes se precipitaron a las llamas. Y envueltos en las llamas, yo te acaricio la cara y tú me acaricias la mía, yo te muerdo los labios y tú me muerdes los míos, yo te beso y tú me besas. Entre mordida y beso, se oyó el aplauso clamoroso de un sapo que busca a alguien para vivir eternamente.

Ese amor trágico tan virulento y apasionado supuso un escándalo en la historia de nuestro clan donde nadie se puso de acuerdo: un acto heroico que conmovió a la gente, o un acto brutal e inhumano, o un hito de enormes proporciones, o una desgracia sucia, o un enorme paso adelante y un gran progreso, o simplemente un lamentable paso atrás y un retroceso... Podrían pasar varios cientos de años para que el fuego de esa hoguera pudiese apagarse definitivamente. Pero lo cierto es que ese hecho quedó oculto en la cabeza de cada uno de los miembros del clan, donde las llamas continuaban ardiendo rabiosamente.

Relacionado con el castigo de la hoguera de fuego, todos los miembros del clan tenían una historia que contar y, por supuesto, su propia versión. El Cuarto abuelo tenía, por lo tanto, la versión del Cuarto abuelo; y el Noveno abuelo tenía la versión del Noveno abuelo. Yo creía firmemente que detrás de ese suceso debía haber numerosos detalles dramáticos y muchos detalles ocultos. Toda la investigación, los análisis, la crítica y la documentación reunida reposaban sobre mis hombros.

En realidad, las llamas de esa hoguera se extinguieron esa misma noche y la luz de una luna nívea volvió a aparecer sobre los campos y las marismas del cantón noreste de Gaomi. El barro de las marismas volvió a brillar como la plata y los llanos recuperaron su austeridad. A y B desaparecieron convertidos ya en cenizas y brasas tras haber sido presa de las destructoras llamas rojas. El viento del otoño sopló y esas cenizas y brasas se reavivaron. Y en los llanos del campo, ayudados por el viento otoñal, se extendía el olor de las cenizas.

Esas chispas ya habían brillado con ese lustro ante el rostro de nuestros ancestros. La huella de esa hoguera está todavía brillando hoy día en el alma

de cada uno de los miembros del clan.

V

La tarde en la que el Cuarto abuelo descubrió a la langosta surgiendo directamente de la tierra, fue capturado al fin el amante de la Cuarta abuela..., que era Li Dayuan, un artesano herrero encargado de todo tipo de cacharros metálicos —pucheros, calderos, cazuelas, ollas y potes...— del *cun* del paso de Liusha. Esa cosecha de gran importancia dejó al Cuarto abuelo excitado y preocupado al mismo tiempo. A pesar de que se trataba de un engaño y una traición, el Cuarto *laoye* esperaba, incluso la había provocado en cierta manera, esa nueva cosecha. El Cuarto abuelo había encendido una lámpara de fuego y recorría su casa cuando descubrió los cuerpos desnudos, rojos, pegados y temblando sobre el *kang* (la cama y horno-cocina de piedra) de la Cuarta abuela y del joven Li Dayuan. Un incendio de furia e indignación tomó cuerpo dentro del pecho: fue el fuego de los celos que hizo su aparición. El Cuarto abuelo llevaba con él una rama con la forma de un tirachinas, con sus puntas negras y sus hojas verdes tiernas, que podía ser utilizada perfectamente como una lanza —una rama-lanza con la punta afilada—, como la que utilizaban los campesinos cuando se rebelaban contra sus amos.

Nada escapaba a los ojos atentos del Cuarto abuelo. La primavera acababa de empezar y el artesano herrero cantaba a menudo su canción provocadora en el *hutong* —las callejuelas del barrio antiguo—. El Cuarto abuelo llevaba la cuenta. Después, los ruidos de los cacharros y las canciones del joven herrero y su carita roja y desvergonzada acabaron por convertir el pecho de la Cuarta abuela en unas cañas de bambú. Él sabía que eso era un asunto de adulterio.

El Cuarto *laoye* se decía a sí mismo que no le había gustado la Cuarta abuela desde la primera noche de casados que pasaron juntos porque, decía el abuelo, la boca de la abuela tenía gusto a herrumbre. El Cuarto *laoye* aconsejaba siempre a la Cuarta abuela que, en tanto que mujer casada con un miembro del clan, debía aprender a masticar hierba; pero la Cuarta abuela le decía que nanay. Mi madre conocía a la perfección a la Cuarta abuela y nada en sus palabras y su gestualidad le resultaba incomprensible. Al ver a mi madre actuar, yo sabía que la Cuarta abuela era una mujer dura, de complexión fuerte y con una voz atronadora, de piel muy blanca y grandes pechos. Era una mujer muy moderna para su tiempo y debía de ser una mujer

de primera categoría, pero al Cuarto abuelo no le gustaba. Mi madre decía que cada vez que el Cuarto abuelo le decía a su mujer que masticase hierba, a esta le olía la boca a robín e insultaba a su marido: Hijo de puta, ¿crees que tu mujer es un asno o qué?

El Cuarto abuelo contaba que había oído decir que el sabor metálico en la boca de la mujer no era algo bueno para la vida en pareja, ya que no facilitaba el proceso natural de las cosas, y fue por esa razón que nunca le gustó esa mujer. La Quinta abuela —que era la viuda del Quinto *laoye* de nuestro clan — quiso poner la guinda al pastel del asunto entre el Cuatro abuelo y su mujer con algunas mentiras. La Quinta abuela dijo: Cuarto hermano, no ocultes lo que piensas y habla claro. Tú y la Cuarta cuñada os habéis casado este año; a mediodía, durante la siesta, os abrazáis. *Ummm...* En los días de mucho calor, el sudor sale, está pegajoso, huele mal, pero a ti no te desagrade todo eso y te pones encima de ella y la abrazas..., y eso que hace demasiado calor. ¡Y tú te quejas ahora de que su boca le apesta a hierro! Ahora lo sé, ¡tú eres ese diablillo del *cun* del paso de Liusha que va vestido de rojo y al que encima no le gusta aparearse con la Cuarta cuñada! ¡Vosotros, todos los hermanos, sois igual que los zorros! Vosotros no sois, por supuesto, como la Cuarta cuñada, robando y engañando a los buenos Han, los buenos chinos, de nuestro *cun*. ¡Vosotros sois verdaderamente demasiado honestos! ¿No es así?

El Cuarto abuelo le había comentado en privado a la Quinta abuela: Cuñada, no digas más tonterías. La Quinta abuela opuso resistencia: Pero ¿qué tonterías digo? Vosotros sois unos chinos apestosos. Criáis a perros y aves. Ahora vais a agujerear a las jóvenes vírgenes del *cun* del oeste, mañana iréis a agujerear a las mujeres casadas, y luego a vuestras propias mujeres, a las que haréis hervir, y así acabaréis con todas las mujeres de nuestro pueblo. Las moscas se os unirán. La Quinta abuela le dijo al Cuarto abuelo con un tono de voz muy vivo que él no era una buena cosa.

En las noches de otoño y frío se bebe té caliente, y en las noches de primavera y verano uno busca tumbarse a la fresca. La Quinta abuela refutó de la manera más viva y eficaz los argumentos del Cuarto abuelo e hizo de ellos una excusa para burlarse de él. Nosotros nos reíamos durante esas noches; y tras las risas, dábamos rienda suelta a nuestra imaginación y contábamos cualquier cosa. La época de la plaga destructora de las langostas que tanto ruido había hecho —la época de la plaga destructora de las langostas y del caos de los soldados—, y la época, también, de la plaga

destructora de las langostas, del caos de los soldados y del amor, fue en realidad una época llena de color que dejó una honda huella en la gente.

Las langostas y saltamontes salidos de la tierra llenaron de excitación las avenidas y callejuelas del pueblo, además de cubrirlas de color y misterio. El Cuarto abuelo llegó a los *hutong* del pueblo volando con su borrico y entró en su casa. Una vez dentro, escuchó el canto del herrero artesano reparador de cacharros metálicos: Ay, los cacharros que se corrompen, *pum, pam...* ¡Qué dolor!... Esa canción era bastante grosera y se le clavó al Cuarto abuelo en la cabeza como una sucesión de palos con llamas de fuego en la punta. Algo así como las langostas que se le metían en el cuerpo una tras otra. Le dejaron como si los fantasmas del otro mundo hubiesen regresado al mundo de los vivos. El Cuarto abuelo sentía un dolor que le producía el exceso de calor. El herrero estaba paseando en la casa del Cuarto abuelo como Pedro por su casa. El sol brillaba con fuerza y el verano parecía haber llegado de repente. Los sauces de la entrada habían perdido el soplo vital. La corteza de color rojo oscuro de los troncos se había desquebrajado y empezaba a criar larvas — muy juntas las unas con las otras—, y de ahí ya salían saltamontes como antes habían salido de la tierra. El herrero llevaba sobre los hombros un palo pintado de rojo y con varios cacharros metálicos colgando, y paseaba con ellos tan feliz. De su espalda colgaba una capa azul que se parecía a las alas de un cuervo. Llevaba el torso, también de color rojo, desnudo. Cuando vio al Cuarto abuelo llegar montado sobre el borrico, el joven se quedó de una pieza. Luego, controlándose, avanzó hacia delante y continuó canturreando la melodía monótona de su canción. El Cuarto abuelo no reconoció en la canción del herrero nada particularmente agradable y la tomó como un auténtico insulto a su dignidad.

El Cuarto *laoye* dejó el borrico, que estaba exhausto, bajo los sauces de la entrada. El borrico abrió la boca, rebuznó —como si quisiese darle las gracias—, se limpió los labios con la lengua y con sus dientes blancos se mordió el cuello. Lo del mordisco pareció haber sido una orden del Cuarto abuelo.

La Cuarta abuela llevaba en sus manos un bol, que quería, ni más ni menos, que estampar en la cabeza del Cuarto abuelo.

Humm..., fue la interjección que salió desde los dientes del Cuarto abuelo, el cual hizo una mueca extraña y se cagó en todos los muertos de su mujer, la Cuarta abuela.

La cara de la Cuarta abuela enrojecía y palidecía alternativamente. La batilla china que llevaba encima era de una tela fina y sobre su cabello

llevaba enganchada una horquilla que brillaba con fuerza y misterio, como la superficie nacarada del agua. La abuela sujetaba el bol con mucha tensión.

¿Vas a tirarme otra vez el bol?, le dijo con desdén el Cuarto *laoye*.

¡Te voy a romper la cabeza como a un gato!, le respondió furiosa la Cuarta abuela.

El Cuarto abuelo entró en la casa y vio a la gata preñada que tenían durmiendo sobre una de las sillas y emitiendo ronquidos. El joven herrero se dirigió al dique del río que había detrás de la casa, pero su canción seguía oyéndose desde dentro de la casa con su mismo tono provocador.

El Cuarto abuelo acarició la espalda de la gata y esta abrió los ojos, desperezándose.

Come, come tu arroz..., le susurró el Cuarto *laoye*.

De la tierra de los campos han surgido las langostas, dijo el Cuarto abuelo, comiéndose él mismo el arroz.

Hoy, ya en la noche oscura, me quiero dormir en la farmacia-herboristería aunque se cuele un ratón en el espacio del gabinete de la farmacia y me haga un agujero en el bolsillo del pantalón.

Tras comer el arroz, el Cuarto abuelo se puso a masticar las raíces secas de la cisca: *ñam, ñam, ñam...*

La Cuarta abuela sonrió fríamente y no dijo nada.

Durante toda la tarde, el Cuarto abuelo y la Cuarta abuela se sentaron en el contador, justo detrás de la herboristería. Desde ahí se podía ver claramente la gente que pasaba por la calle principal. Las noticias decían que los saltamontes habían devorado todas las hormigas de los llanos y se desplazaban muy rápidamente hacia el pueblo. Mucha gente que se había reunido huía precisamente hacia el campo y otra regresaba de él. Al caer la noche, la superficie de las calles, con la luz roja y brillante de las antorchas, parecía cubierta de polvo rojo, todo ello mezclándose y dando un aspecto extraño a las caras de la gente que pasaba.

Un grupo de gente se precipitó hacia la herboristería y miraron al Cuarto abuelo con la misma solemnidad de quien mira a un juez, y el Cuarto abuelo los miró a su vez. La imagen del joven herrero con su bello cabello brillante por el aceite causaba en el Cuarto abuelo mil pensamientos complejos, y veía revoloteando por todas partes langostas y saltamontes.

El Cuarto abuelo dijo: ¿Qué puedo hacer?

Usted tendrá algún plan, Cuarto abuelo.

El Cuarto *laoye* arrimó en la parte trasera de su cabeza todos sus planes para pasar la noche y miró a esa gente que pertenecía a su clan y que vivía en el mismo *cun*.

Y todos vosotros, ¿habéis visto las langostas?

Sí, todos nosotros hemos visto las langostas.

¡No eran langostas! ¡Eran saltamontes divinos! ¡Enviados todos ellos por un dios!

¿Saltamontes divinos?

¡Sí, saltamontes divinos! ¡Todos ellos poseídos por un espíritu divino!

En la noche, yo tuve un sueño... El Cuarto abuelo puso en su boca unas raíces de cisca y empezó a masticarlas y sus ojos se clavaron en el polvo que cubría la calle del exterior. Parecía que tenía muchas dificultades para recordar el sueño que había tenido.

El Cuarto abuelo dijo que en su sueño él iba montado en un asno de pelo gris que iba a su vez por el camino pavimentado (con losas azules) que conducía a la parte delantera de un *yamen* gubernamental. Los cascos del burro resonaban estruendosamente en las piedras que iba pisando: *clop, clap, clop, clap...* Delante de mí apareció un potro de pelaje rojo que no tenía ni sillín ni riendas, pero era montado por un viejo con una barba roja y grandes ojos. El potro también pisaba con fuerza las baldosas azules del camino del *yamen*: *clop, clap, clop, clap...* El asno y el potro se tocaron mutuamente las cabezas y dejaron de moverse. El Cuarto abuelo miró fijamente la cabeza del potro rojo, y este miró al Cuarto abuelo, el cual iba montado encima del asno de pelo gris. El Cuarto abuelo contó que el viejo que iba montado en el potro rojo le preguntó si era del cantón de Dongbei en la subprefectura de Gaomi, y el Cuarto *laoye* dijo que sí. El viejo le replicó, entonces: Miles y miles de miembros de mi propia familia quieren nacer en esta tierra y no piensan dejar ni rastro de la hierba comestible que crece en estos lares. Cuando el jefe del clan de los masticadores de cisca se vio con el jefe del clan de los que todavía comían más hierba que los primeros, el Cuarto abuelo sintió pánico, y no tardó en decir: ¿Qué puedo decirlos a vosotros, que coméis la hierba hasta no dejar ni rastro? El Cuarto abuelo contó que el viejo le dijo que volviese al templo y que se quedase ahí para repararlo y prepararlo para la devoción. El Cuarto *laoye* le preguntó que a qué templo se refería, y el viejo le dijo que se trataba del templo de las Langostas. El Cuarto abuelo le preguntó que qué ídolo modelado en yeso se adoraba en ese templo, y el viejo se bajó del caballo de un salto y se cayó sobre las losas azules. ¿Tiene algo, señor? El

Cuarto abuelo contó que el viejo parecía, postrado sobre las losas azules, un saltamontes, grande como una oveja, de color rojo fuego. Los ojos del saltamontes parecían dos papayas y de una boca tan grande como la de un caballo salían unos enormes dientes verdes. Las dos patas traseras eran fuertes y tiasas como las patas traseras de un perro. Su cuerpo parecía protegido con un escudo dorado. El Cuarto *laoye* nos dijo que se bajó del asno de pelo gris y se arrodilló ante el viejo para hacerle un saludo reverencial. Ese viejo, que era ni más ni menos que el Rey de las Langostas, dio un salto y desplegó las alas, provocando así el ruido de un frotamiento violento. Esas alas eran como las láminas de unas tijeras. Una luz roja radiante apareció en el cielo y volaba en dirección a Dongbei. Al potro se le pusieron tiesos los pelos de la crin y se escapó, por el camino enlosado, hacia el lado este. Detrás de él, dejaba la música bella del golpe armonioso de los cascotes sobre el camino.

Al acabarse el sueño del Cuarto abuelo, todos los presentes pudieron, finalmente, dejar de contener la respiración y empezar a respirar, por lo tanto, normalmente otra vez.

Esa terrorífica y enorme langosta roja parecía haberse detenido en el patio entre algunas callejuelas del *hutong* o algunas casas y mansardas de nuestro pueblo con el objetivo de observar el movimiento de las gentes.

Si no iba al templo para reconstruirlo... El Cuarto abuelo tragó la saliva y suspiró hondamente.

Si no iba al templo para reconstruirlo, el Rey de las Langostas dirigiría su ejército de miles y miles de soldados hacia el cantón noreste de Gaomi y arrasaría definitivamente con toda la hierba del lugar. De esa manera desaparecerían los campos verdes como el jade más puro de Dongbei, asomaría por todas partes la tierra negra, desnuda y desolada, como la tierra destruida por la sal. Incluso el rojo de las marismas ya no sería el bello rojo del lodo. El ganado moriría de hambre, ya que no habría pasto verde para darle, así como los zorros, que no podrían comerse las liebres que se esconden entre los juncos y se alimentan de las hierbas que crecen en las orillas. Ya entrada la noche, en las callejuelas y calles más grandes del *cun*, en la parte exterior de los muros de los patios, de arriba abajo, chirriaban con todas sus fuerzas, con tono severo, las langostas.

El Cuarto abuelo fue quien tomó una decisión fundamentada totalmente en la supervivencia de sus ancestros, pero fue por completo su decisión.

El Cuarto abuelo dijo tras pensárselo seriamente: Compañeros, paisanos, os he dicho todo. ¿Qué queréis que os diga más? Pedí dinero, me fui al templo, y ahí reuní a otra gente para repararlo y empezar la tarea.

Cuando se estaba en medio de las obras del templo del Dios de las Langostas, el Cuarto abuelo, ¿no les estaba explicando al fin de cuentas una leyenda para corromperse con su dinero? ¡Bahh!...

Yo pensé en la oportunidad adecuada para avanzar ante el Cuarto abuelo y confesarme ante él, culpabilizarlo y responsabilizarlo de sus actos, y esa oportunidad estaba cercana.

Cincuenta años después, las langostas y los saltamontes han vuelto una vez más a destruir con su plaga las bellas tierras de Dongbei en Gaomi. El Cuarto *laoye* tenía en esa época cuarenta años y ahora cuenta con noventa y, a pesar de masticar raíces de carrizo, sus dientes se habían deteriorado mucho.

El Cuarto abuelo cogió un hacha afilada que le habían ofrecido las gentes del pueblo y con unas maderas que había sacado de la farmacia se hizo una banqueta alta. Puso la banqueta bajo el árbol de las flores amarillas. La Vía Láctea brillaba en el firmamento. Las estrellas brillaban con tal fuerza y había tantas juntas que se asemejaban a una plaga de saltamontes. Tras sentarse en la banqueta y contemplar cómo las estrellas lejanas iban acercándose a él, el Cuarto abuelo pudo ver también cómo la luz nocturna de esas estrellas se colaba entre las copas de los árboles, iluminando los frutos que colgaban de ellos. Esos frutos colgantes que todavía no estaban del todo maduros eran los *gualou*, que son los cucurbitáceos verdes de Mongolia, dicen, ya que tienen la piel verde igual que una serpiente, e iban acompañados de sus hojas y sus flores blancas y de un amarillo pálido. Estas no eran más grandes que una moneda de cobre y el Cuarto abuelo pudo oler desde la banqueta de madera su perfume suave y envolvente. El *laoye* clavó el hacha en el tronco y las flores y las hojas se pusieron a temblar tras el fuerte impacto.

Con un arma en la mano, se fue a buscar al adúltero traidor. Estuvo pensándose toda la tarde y al fin se decidió por una rama con dos puntas cuya madera pertenecía a un árbol de la sófora japonesa. Cogió la rama de la una de las *yatou* que tenía en casa y se la mostró a la gente. Esta, al verla tan grande y peligrosa, intuyó que algo malo iba a pasar y tuvo miedo. Con ella, el Cuarto abuelo quería dar una buena lección al arreglador de cacharros metálicos Li Dayuan.

El Cuarto *laoye* sujetaba la rama con la mano y pensó en el alto precio que iba a pagar por ello. De ordinario, él no hacía ese tipo de cosas dignas de

buenos Han de otros tiempos, pero se armó de valor y salió sin que le vieran de la herboristería y se coló en un callejón. Se escondió tras las hojas y ramas de la zarandaja que colgaban de los muros. En esa enredadera, que había creado un muro paralelo al otro muro, se escuchaban varios sonidos de crujidos y del movimiento de las hojas al agitarse; y esos sonidos, al mismo tiempo, envolvían las palabras que el Cuarto abuelo guardaba para sí. El mecanismo de la puerta de entrada era bastante sencillo: se trataba de un cerrojo de gancho cuya barra recordaba uno de esos anzuelos que se utiliza para pescar, y así se cerraba y abría la puerta. Solo un gato muy viejo y experimentado podía escuchar ese pestillo cuando se abría y se cerraba. Para evitar que la puerta hiciese ruido al abrirse, el Cuarto abuelo puso con antelación aceite en las bisagras y así se aseguraba de que no habría ningún ruido inconveniente. El Cuarto abuelo llevaba bien sujeta en sus manos esa rama con la bifurcación al final y abrió la puerta de la casa con un golpe de pie. Con otro puntazo abrió la puerta que conducía a la sala principal y de ahí pasó a la habitación donde vio a la Cuarta abuela, a la cual despertó de mitad de un sueño y la asustó. En ese momento, el Cuarto abuelo sacó todo el aire que llevaba en los pulmones y la amenazó desde la puerta sujetando con fuerza la rama de madera de sófora. Sus ojos desprendían rayos de luz verde, como los de un gato. Esa noche, el Cuarto abuelo vio algo en medio de la oscuridad de la habitación.

Antes de entrar, para evitar las serpientes que siempre hay en la hierba, pasó sigilosamente para inspeccionar el terreno, pero vio junto al agujero del cagadero los utensilios y el palo del herrero. En ese momento, temió lo peor y ello le hizo temblar de los pies a la cabeza. Apretó los dientes y, como quien pisa huevos, se dirigió hacia la parte exterior de la ventana. Desde ahí distinguió con claridad todo lo que estaba sucediendo en la habitación. Los dos estaban roncando con la misma intensidad (el Cuarto abuelo decía siempre que los ronquidos de la Cuarta abuela habían sido una de las razones de su desafección por ella). A los oídos del Cuarto abuelo llegaron también algunas toses. El Cuarto abuelo pasó por un par de puertas y se plantó delante de la parte exterior de la habitación, justo detrás de la puerta de la entrada, con la rama en las manos. El hombre parecía un loco furioso e incontrolable.

Al herrero Li Dayuan, a pesar de tener la cabeza de un tigre y el valor de un leopardo, le fue imposible, en ese preciso momento, mantener la cabeza fría. Cogió las ropas que tenía al lado, se las puso y dejó la cama con cara de bobo. Se dirigió corriendo a la sala principal de la casa. Ahí le esperaba ya el

Cuarto abuelo, que se precipitó sobre él, dándole innumerables palazos en la cara. Y uno..., y otro..., con odio, como quien quiere abatir al enemigo o apalea un perro acorralado delante de un muro. Los dos hombres forcejearon con el bastón: uno para quitárselo y el otro para recuperarlo y seguir azotándole.

El Cuarto abuelo sentía que la rama bifurcada entraba en la cara de Li Dayuan, y este lanzó un grito de dolor miserable, se tambaleó y cayó al suelo. Aún pudo levantarse y regresar al *kang*, donde puso sus posaderas.

Aprovechando esa oportunidad, el Cuarto abuelo encendió las lámparas de aceite con las cerillas que llevaba consigo.

El Cuarto abuelo esbozó una sonrisa malvada y volvió una vez más a levantar la rama de la sófora. Bajo la luz de las lámparas, la cara del herrero apareció aterrorizada y cubierta de sangre. Tenía los ojos ausentes, y se mezclaban el agua negra y el agua blanca en sus cuencas.

El Cuarto abuelo se sentía cansado y le dolía el brazo, pero todavía tuvo fuerzas para hincarle al herrero, en su pecho, la rama de sófora.

El herrero no opuso ninguna resistencia y solamente, aterrorizado, se cubría la cara. La sangre corría por sus dedos hasta deslizarse por los brazos, los cuales tenía completamente inmovilizados. Las gotas de sangre caían al suelo como caen las gotas de lluvia. Cuando la rama penetró en el pecho del Cuarto abuelo, todos los miembros del abuelo estaban, en realidad, temblando, y tanto sus cuatro miembros como su cabeza no respondían. El Cuarto abuelo se sentía poseído por un espíritu que era más fuerte que él y, por lo tanto, derrotado ante esa situación. Aflojó inconscientemente las manos que sujetaban la rama, pero no la soltó.

La Cuarta abuela gritó de dolor y se puso a llorar desesperadamente.

Para el Cuarto abuelo, los llantos de su mujer tuvieron un efecto peor que el veneno en la sangre, y le hincó en el pecho la rama bifurcada al igual que lo había hecho con su amante. Al hacerlo, la Cuarta abuela, aterrorizada, se llevó también las manos a la cara. La rama había colisionado violentamente contra los pechos níveos —sujetos estos con unas hojas azules y blancas— de la Cuarta abuela. Al haber golpeado esos pechos con el palo, el brazo del Cuarto abuelo sintió, al parecer, una contracción repentina, y se quedó colgando, sin vida. La rama cayó inmediatamente al suelo junto al *kang*. El Cuarto abuelo se sentía exhausto y se quedó parado, delante de ellos, temblando de los pies a la cabeza y preso de un fuerte sentimiento de culpabilidad. El abuelo pensó de repente: si una perra sentimental se junta

con un perro joven y potente que puede satisfacerla, es normal que estos dos acaben juntos y tengan una relación amorosa. Pero viendo delante de él la cara destrozada del joven herrero, el Cuarto abuelo se sintió avergonzado e incómodo, retrocedió unos pasos y se sentó sobre la plancha de madera de una banqueta.

¡Vete!, le dijo el Cuarto abuelo.

El herrero se había quedado quieto, tieso como una figura de yeso, y pareció que no le había oído.

El Cuarto abuelo, con las dos zapatillas del herrero en la mano, le dijo a la Cuarta abuela: Este está ya para el arrastre, pero no llores más. ¡Le vendaré los pies y se irá!

El Cuarto abuelo salió de la habitación y salió luego del patio para meterse, dando pasos cada vez más grandes, en las callejuelas estrechas del *hutong*.

La enredadera de la zarandaja se había llenado de sombras blancas y negras, y a ellas se les unía el murmullo incesante de las hojas. En el cielo oscuro de la noche parpadeaban las estrellas, y más que estrellas, parecían los ojos de mucha gente observando la desazón del Cuarto abuelo.

VI

Después del adulterio, el Cuarto abuelo tuvo que ir más de una vez al médico y, además de esta situación tan desagradable, se vio envuelto en otros casos —tres de ellos de gran importancia—. El primero de ellos tuvo que ver con la colecta de dinero que se necesitaba para comprar las tejas de madera laqueada que servirían de techo al templo. El segundo tuvo que ver con el libro que había planeado y con llevar a la Cuarta abuela a la casa de su madre. El tercero tuvo que ver con sus visitas cada noche para encontrar en el *cun* del paso de Liusha a la joven que vestía de rojo y que era del gusto del *laoye*.

Desde nuestro *cun* al *cun* del paso de Liusha se extendía un río que permanecía seco desde hacía mucho tiempo. Había un puente sobre ese río que parecía más bien ser un largo canal donde iban a parar todas las aguas. Los pilares que sostenían ese puente estaban formados por unos troncos muy gruesos de madera de pino. La superficie del puente estaba cubierta por piedras. Ese puente había sido construido hacía muchos años y estaba cayéndose por momentos. Las piedras del puente estaban puestas siguiendo varias direcciones y unas estaban más metidas y otras sobresalían de la superficie. Cuando los carros o la gente pasaban por encima de ese puente, las piedras crujían y no era fácil pasar por encima de ellas. El Cuarto abuelo, después de cenar, cuando las estrellas brillaban ya en el firmamento, se iba al puente para encontrarse con esa joven. Ese camino le era muy familiar al Cuarto *laoye* y podía recorrerlo con los ojos cerrados. La casa de la joven era más bien una cabaña que estaba situada junto al dique del río y aislada en medio de una pradera. La joven criaba un perro que vino a recibir al Cuarto abuelo cuando este se presentó delante de la puerta exterior. La joven vino corriendo hasta la puerta. Yo, por mi parte, no conocía muy bien cuál era el verdadero mundo de esa chica. Ella conocía bien al Cuarto abuelo y su relación había acabado por convertirse en una relación de otra naturaleza: la dependencia sexual. Pero de esas cosas, solo el Cuarto abuelo era consciente y nunca me habló de ellas, y adivinarlo me costó lo mío.

Le dije: ¡Cuarto abuelo! ¡No me lo ha dicho, pero yo lo sé! Y él me respondía: Tú, peludín mío, que no eres más que un crío, ¿qué sabes de todo esto, dime? Sé que te *enganchas* con esa joven. El Cuarto abuelo me lo negó con un movimiento de la cabeza y esbozó una sonrisa triste. Le digo: Cuarto abuelo, le he escuchado y escúcheme aunque no esté de acuerdo. Usted

conoce a la joven y, además, también hay dos cosas que no deben escapársele. La primera es que usted va al *cun* del paso de Liusha para ver a la joven porque ella está enferma, y la joven viene a la farmacia herboristería porque ella está enferma. Ella es tal vez demasiado joven; pero, dada su juventud, no creo que tenga nada muy grave. Incluso si se desplazaba hasta su casa porque estaba enferma, en ese momento su suegro, que perdía la cabeza con facilidad, estaba todavía vivo, y ese tipo era igual que uno de esos perros viejos tan fieles a su amo, y seguro que iba a hacer todo lo posible, incluso llevarle ante la justicia para proteger el honor de su hijo, que en esos momentos se encontraba en la provincia sureña de Guangdong. Si el suegro de la joven se entera de su relación con ella, ¡te va a matar! Acuérdese, mi venerable ancestro, ¡ese tipo mata mucho y nadie lo comprende!... Incluso si excluimos esa posibilidad, la gente sabrá que la joven estará en tu herboristería... Mi ancestro, el Cuarto abuelo, la estructura de su herboristería es la siguiente: hay cuatro habitaciones. Las tres habitaciones del ala este están comunicadas. De este a oeste hay dos gabinetes de herboristería donde se guardan las diferentes fórmulas y recetas, con sus hierbas, plantas y raíces, y fuera de estos gabinetes está el puesto del mostrador para atender a los clientes y realizar las ventas. Este mostrador está formado por una tabla de madera, pero debajo no hay nada. Junto a la pared está la muela del rodillo para triturar y preparar las plantas medicinales. Fuera del puesto del mostrador, en una esquina que forman las paredes, hay una cuchilla que sirve para cortar las plantas y que han dejado junto al mostrador. El contenedor metálico donde está el rodillo parece una barca. También hay una rueda metálica con un eje de madera. Y usted, Cuarto maestro, se sirvió de esos aparatos para transformar los cuerpos muertos de las langostas y los saltamontes en una medicina china falsa. La habitación que se acerca más al ala oeste es una suite con dos habitaciones con dos puertas que se abren como un abanico. Dentro de esa suite había un *kang* con un horno de fuego. En parte exterior del mostrador de la herboristería, en el muro que queda al suroeste precisamente de este mostrador, si alzas la vista, hay una cocina cuya boca encara el norte. Sobre la cocina hay ocho potes que descansan tranquilamente y que sirven para preparar los brebajes, que eran en realidad los de una fórmula falsa para hacer petardos. Dentro de la habitación, el ambiente es muy seco y se extiende por todas partes. En esa misma habitación hay una tetera y unas tazas de té. También hay un botellín de licor y una copa... Su herboristería le sirve también de clínica y ambulatorio...

¡Ah, y hasta aquí hemos llegado, Cuarto abuelo!... —y el Cuarto *laoye* asintió en ese momento con un movimiento de la cabeza—. Pues vale; ese es el teatro, donde usted representa su función con esa joven, y aún debería dejar claro cuál es el rol de los otros personajes porque yo no lo tengo nada claro.

Eso fue una tarde de abril. El viento denso y cargado de la primavera parecía lleno de briznas de algodón. El sol era en ese momento encantador y el patio del hospital estaba cubierto de unas flores blancas que parecían pura nieve. El olor de esas flores del árbol de la sófora¹¹ traía un aroma fuerte y penetrante que era capaz de ahogar a cualquiera. Las flores desprendían miles de partículas de polen, que flotaban ante los pechos de las innumerables abejas que se habían reunido en el patio. Parecían meteoros cayendo desde el cielo. Sobre el muro había varios agujeros —los cuales parecían ojos abiertos— que se habían convertido en los criaderos de las abejas. Estas recorrían los agujeros de los ojos, entrando y saliendo, y parecía que entraban en la cabeza de alguien. Era ahí que todas ellas producían la miel.

En ese tipo de estación, de clima, de entorno —y tú lo sabías—, la gente se sentía en el mejor de los momentos, cuando podía hacer cualquier cosa. Tú eras incapaz de olvidar las palabras de la sabiduría de su tierra: las mujeres de abril aparecen cansadas y ya no pueden arrancar un solo tallo de la tierra. Bajo la luz del día, cegadora y abrasadora, pierden el conocimiento y se mueren de sed como se moría de sed la bella Yang Guifei¹². Apenas pueden moverse ya que sus carnes arden bajo el sol. Esperan la llegada de los hombres para que las cuiden. La tierra de las mujeres se ha secado y por eso esperan con impaciencia que los hombres la rieguen con su agua. Esa, tu teoría del principio de los opuestos del *yin* y el *yang* y los cinco troncos celestes, puede explicarse muy claramente.

Por lo tanto, organicé vuestro primer encuentro (tú con ella) en una mañana de un mes de abril caluroso durante ese inicio violento y esplendoroso de la primavera.

Yo prestaba toda mi atención cuando hablaba mi Cuarto *laoye*. En el rostro del abuelo no había la menor expresión humana, tosió, pero no con una tos fingida, es decir, la tos psicológica, sino con una tos nerviosa y real, una tos contundente. Así hablaba siempre el Cuarto abuelo.

Tú estabas sentado en un taburete justo detrás del mostrador y sujetabas con tus manos la tetera de color púrpura, que estaba hecha de arcilla roja. Vertías el té con parsimonia en un tazón de porcelana. Tú tratabas con todo tipo de enfermos y en ese momento había varios. Los examinabas y les

ofrecías las medicinas según las recetas que te daban. Cogías las hierbas medicinales del pequeño armario donde se acumulaban y ellos te pagaban con una moneda de cobre envuelta en un pañuelo viejo y roído. Tú examinabas la moneda y valorabas el precio de las hierbas, luego las metías en una cajita de madera y se las dabas a los enfermos. Salías y seguías la calle principal. Tus ojos recorrían el muro rojo —el muro de la arcilla roja—, y viste de repente los automóviles y los transeúntes que llenaban la calle principal, que volaban como aves y corrían como animales, en medio del viento de la primavera. Ese mismo viento arremolinaba la hierba salvaje de las marismas y los prados, y los llenaba con del aroma de los primeros tallos. Tú, ciertamente, te quitabas de encima con mucho esfuerzo ese aroma melancólico, como te quitabas de encima el aroma de peonías de China —la flor de *mudan*— que había a los dos lados de la calle, o, simplemente, respirabas el olor que desprendía la hierba salvaje, ese olor a hierba que llenaba tus pulmones. A eso se la llamaba de cierta manera: el olor de las flores domésticas no huele igual que el de las flores salvajes. Esto es como una ley tan inquebrantable como el hierro. En todos los hombres sucede lo mismo: hay algo que se hereda de unos a otros, y el olfato puede ser una de esas cosas. Cuarto *laoye*, beba su té. Sé que se siente vacío y se aburre. El gusto de robín que le hace la boca a la Cuarta abuela le lleva por el camino de la amargura y ella, encima, nunca quiere masticar hierba. De la boca de la abuela sale un aliento que te descompone y usted lo odia. A usted no le interesa en nada la Cuarta abuela. Ella grita como un animal y usted lo odia. Y cuando los dos copulan, usted no siente el menor placer. Más bien, algo natural pero desagradable. En ese momento, son las jovencitas quienes salen a la calle.

Y cuando las jovencitas salen a la calle —especialmente, cuando sale una de ellas—, tú dejabas caer la tetera y empezabas a sudar. Observabas su chaqueta de color rojo oscuro, la cual parecía hecha de llamas de fuego. Ella empujó la puerta de la verja que rodea el patio y avanzó hacia delante con rapidez. Las abejas revoloteaban como un torbellino alrededor de su cabeza. Ella intentaba sacárselas de encima con un pañuelito rojo. Pero solo una de las abejas sufrió daños y cayó al suelo, agitando con violencia sus alitas. Dejaste la tetera y te levantaste del taburete. Tu corazón empezó a batir con fuerza y tus ojos se pusieron a ver con lujuria los ojos negros y rojos —ojos acuosos—, que había en la cara de la chica, así como su frente estrecha y esa boquita roja como el capullo de una rosa. Tus ojos volvieron a clavarse en su

pecho. En realidad, la luz verde y luminosa de tus ojos la estaba desnudando. Según la tradición, tú habías tomado, infaliblemente, la medida de sus pies pequeños. Llevaba además dos zapatillas con bordados de satén en cuya parte trasera había unos botones.

Ella entró en la habitación como alguien de pocos modales y preguntó por el señor. Tú fuiste incapaz de responderle y solo pudiste seguirla con la vista. A ti, esa pinta te asustó terriblemente. Tenía algo en su mirada que recordaba el planeta Marte y su luz roja y parpadeante. Tenía la boca medio abierta y una mandíbula larga que acababa en una barbilla puntiaguda. Mi ancestro el Cuarto abuelo, usted en ese momento parecía un perro macho en celo incapaz de montar una hembra. Ella volvió a gritar lo de señor y tú creíste perder la cabeza. Ella dijo que no se sentía demasiado relajada y tú le pediste que se sentase en el taburete que había en la parte exterior del mostrador. Ella se sentó, pero lejos, y tú le pediste que se acercara. Le pediste otra vez que se acercara a ti, y ella volvió a acercarse. La barriga se le había puesto dura encima del taburete y sus piernas estaban juntas e inmóviles. Tú también te sentabas así sobre el taburete. Tú sentiste cómo los ojitos redondos de esa joven miraban tus rodillas. Su cara había enrojecido y sacó pecho enseguida. Sus dos pechos parecían dos conejitos que tus manos deseaban atrapar. Te mordiste los labios y tu cuerpo se encendió de golpe. Cogiste un cojín y se lo ofreciste para que estuviera más cómoda. Ella lo cogió pero tú apercibiste que sus manos, con sus cinco dedos puntiagudos, temblaban. Tú alargaste el dedo índice, el anular y medio para tocar la mano de la chica. Tus dedos entraron en contacto con la piel y la carne de sus mejillas, y tu cabeza parecía haberse hinchado como un globo. Tu corazón se movía al ritmo percutiente de las olas y las abejas de los nidos que había en los agujeros de los muros parecían haberse metido en tus orejas. Te desorientabas y perdías la razón. Tus tres dedos habían tocado su piel y sus mejillas, y tú sentiste que tu cerebro volaba y tu cuerpo caía al suelo. O mejor dicho, caía en el barro rojo de las marismas, hundiéndose en ellas.

Ella retiró tu mano de su cara y se puso de pie. Te dijo con educación: Señor, me voy. Tú te enfriaste de golpe, y en ese preciso instante, sentiste mucha vergüenza. Lenta e indistintamente recuperaste la consciencia de la misión sagrada de los doctores de la blasfemia. Te sentías orgulloso por el daño que habías sufrido, aunque lo lamentabas un poco.

Tosiste, pero no quisiste mostrarte en una situación embarazosa. Dijiste que te habías enfriado y tenías fiebre. Distes varios sorbos al tazón de té y le

suplicaste a la joven que se sentase de nuevo. Tú te calmaste. Le tomaste el pulso a la mujer y notaste que iba más rápido de la cuenta, ya que estaba nerviosa, pero el riego sanguíneo le iba con fuerza y fluidez. Tras cogerle la mano izquierda, le cogiste la mano derecha. Tú ya sabías cuál era su mal. Las mujeres suelen tener, en primavera, muchas calenturas. Es decir, se les calienta la sangre y se ponen melancólicas. Así que lo mejor para ella era una infusión de salvia de raíz roja¹³, flor de alazor¹⁴ y raíces de peonía china¹⁵. Le pediste a la joven que sacara la lengua y viste que su lengua estaba demasiado roja, de color escarlata, y era muy larga y delgada. Parecía ligera y la chica la movía con facilidad, con una mancha amarilla en medio. De la boca de la joven salía el aliento cortante y fresco de un sapo. La raíz de lengua parecía en sí una orquídea. Tú deseabas meter esa lengua en tu boca. Si hubieras podido, habrías metido tu lengua hasta lo más íntimo de su estómago.

Después de examinarla, pronunciaste tu veredicto y le recomendaste la receta de hierbas. Le dijiste que tenía algo desconocido relacionado con su estado mental. Te serviste de una espátula metálica y un balancín y pesaste unas dosis de hierbas. Siempre temías que no alcanzase el peso suficiente para compensar los efectos de la enfermedad... Si el amor era demasiado grande, debía ser también desinteresado al máximo, mi ancestro el Cuarto abuelo. Y cuando un doctor ama a sus pacientes, una par de monedas es suficiente para tomar las hierbas. Todos ellos pueden, por tanto, beneficiarse de mis excelentes recetas.

Ella sacó de su bolsillo un saquito rojo lleno de monedas. ¿Tenía suficiente dinero? La pregunta no tenía sentido y ni te dignaste a preguntárselo. Incluso rechazaste su dinero como era de prever. Le dijiste que te diese el dinero cuando estuviese bien. Le diste la combinación de las tres plantas y le dijiste que había que tomar tres dosis diarias durante tres días. Al cabo de tres días, si ya no le quedaban más hierbas y se encontraba mal, debía volver a verte.

Cuando ella se disponía a salir, tú sentiste un nudo en la garganta. Intentaste decir algo, pero las palabras quedaban bloqueadas en la garganta y no podían salir. Te pusiste de pie con la mirada distraída, pero tus ojos se veían atraídos como imanes por los glúteos de la joven paciente, esos glúteos tensos, de un culito respingón y curioso, que se movían raudos en medio de la luz cálida y primaveral que entraba en la habitación de la herboristería. Ella igual aparecía que desaparecía súbitamente, y tú tragabas la saliva con

dificultad. Te ardía la garganta, y por eso le diste un sorbo al té, que ya estaba frío, porque querías apagar ese fuego.

Al cuarto día, por la tarde, apareció otra vez ese sol de primavera, bello e infinito, y sin ningún tipo de sombras que pudiesen causar algún tipo de ambigüedad. Las golondrinas regresaban del sur para posarse sobre los techos de las casas que había en el lodazal rojo de las marismas y los prados, y ahí hacían sus nidos. Ese día, mi venerable ancestro el Cuarto *laoye*, usted se vistió con el máximo cuidado y se calzó con unas zapatillas de piel blanca. Esas zapatillas eran para vestir bien y no para cualquier ocasión. Llevaba unos pantalones abombachados de seda preciosa de Shilin y una chaquetilla china ligera de color azul como el tronco del bambú. Usted se había perfilado la barba y los bigotes y se había afeitado la cabeza. Y se había encasquetado su gorrito de color café con su borla lanosa y sus tiras. Usted parecía así un gran señor, de esos que pertenecen a la administración de un gobierno. Tras el cambio tan brusco de indumentaria, la Cuarta abuela se le quedó mirando. Usted se justificó diciendo que ese día había venido alguien muy importante al *xian* para que le curasen su enfermedad. Usted, mi venerable Cuarto abuelo, se puso serio con la Cuarta abuela y le dijo que no se presentara en la herboristería. En realidad, la Cuarta abuela no se presentaba nunca en la herboristería. Venerable *laoye*, ¿temía algo? ¿O se sentía vacío?

Tú te consumías en llamas detrás del mostrador mientras que las abejas bullangueras revoloteaban en la luz del sol y formaban unos arcos móviles en el patio. No te hubieras imaginado nunca que la sonrisa de esa chica era tal vez una sonrisa de preocupación. Te diste cuenta de repente de que no recordabas con exactitud su cara. Lo que ella había dejado en ti era una estampa caótica que eras incapaz de dominar. Podías recordar posiblemente sus ojos acuosos, su frente estrecha, o su boca púrpura como una peonía de China, la *mudan...*; pero cuando recomponía todos esos recuerdos, todo se volvía confuso y vago. Su chaqueta coloreada, sumergido en el color rojo, denso y pegajoso, ¿no eran esos recuerdos vagos e imprecisos como el barro rojo de las tierras encharcadas donde crece el sorgo?

Una mañana, tú olvidaste inesperadamente masticar tu hierba seca y sentiste que tus dientes se habían infectado con alguna cosa.

Al mediodía, ella apareció en el patio. A su aparición le faltó romanticismo y tú pensaste inmediatamente que esa mañana tú eras igual que uno de esos monos a los que les quema el culo y sin ningún tipo de argumento, en realidad, para estar preocupado. La situación era más bien

cómica. Pero, a pesar de ello, algo te volvía loco y sentías como si te estuviesen apaleando en las costillas. La bola de la hierba seca que habías masticado no entró en tu garganta enrollada como una bola, sino que salió expelida de tu boca como una bala. Con la manga, limpiaste la marca que había dejado en el suelo la tetera de arcilla roja. Te levantaste del taburete y saliste corriendo, como un niño apresurado, pero igual de ligero y ágil, hacia la entrada, para recibirla y darle la bienvenida.

Su vestido brillaba como siempre había brillado y la piel de su rostro lucía como la superficie nacarada de una perla. Se le veían las puntas de los pies, que avanzaban presurosos mientras cruzaban el patio.

Tú, preocupado, le preguntaste inesperadamente: ¿Qué has venido a hacer aquí?

Y ella, como disculpándose, te respondió inesperadamente: Cuando en casa pasa algo, uno no puede salir huyendo, y usted, además, me llevaba esperando desde hacía mucho tiempo.

Tú le pediste a ella que se sentase en el taburete y te apresuraste a ofrecerle agua. Fue entonces cuando viste las marcas de la tetera y las gotas que había derramado en el suelo.

Ella dijo que no quería beber. Tú estabas muy incómodo y te pusiste de pie. Apretaste los dientes con fuerza, como disponiéndote a luchar contra alguien, y ni tus manos ni tus pies encontraban la posición correcta. Esas son las contradicciones del hombre cuando se encuentra ante una mujer. Para rescatarse a uno mismo de esa situación, sacaste de tu bolsillo un manojo de hierba seca que te metiste en la boca para masticar.

Y mientras masticabas la cisca, ella te miraba con curiosidad. Masticar la hierba te tranquilizó un poco y recuperaste cierta naturalidad en el movimiento de los pies y las manos.

Ella te dijo que su enfermedad no era grave, y tú le dijiste que debía tomar un par de dosis más cada día para recuperarse del todo.

Tú, con cuidado y elegancia, volviste a tomarle el pulso y escuchaste los latidos acompasados de su corazón. En la cara de la joven apareció una expresión que, por no sé qué razón, te enloqueció. La acercaste a tu lado y ella pareció no ofrecer ninguna resistencia. Cuando le diste la bolsita con las plantas, tú aprovechaste la oportunidad para agarrarle la mano. La bolsita cayó al suelo. Cuarto abuelo, tú deberías haberle besado su boca de púrpura, pero no lo hiciste ya que tenías demasiada prisa. Tus manos parecían las de un cerdito hambriento saludándola. Si te hubieras movido con más

delicadeza, habrías tenido más éxito; pero tú tenías demasiada prisa. Tus manos eran muy pesadas y casi aplastaste sus pechos. Intentó sacar tus manos de encima y su cara enrojeció totalmente. Vete a saber si lo hacía por timidez o por enojo. ¡Tú abriste bien los ojos y la viste salir corriendo!

Mi venerable ancestro, el Cuarto abuelo, tuviste que tragarte la derrota y te pusiste a llorar detrás del mostrador. Tiraste al suelo, enloquecido, el gorrito que cubría tu cabeza desnuda. Las abejas, tras escuchar el impacto, se asustaron y echaron a volar. El olor al barro de las marismas llegó hasta tus fosas nasales. Las calles cercanas y los campos lejanos se veían, ante tus ojos, cubiertos por la luz amarilla y brillante del día. Tú sabías que ella no volvería más. La bolsita con la dosis de plantas seguía en el suelo. Te levantaste y la miraste. Le diste una patada y la rompiste, esparciendo los restos de plantas sobre el suelo, incluso en las paredes. Un ratón asomó la cabeza por uno de los agujeros y movió el hocico. Olió el aroma de las plantas, salió corriendo, cogió la bolsita y se metió de nuevo en el agujero con ella.

¡Tonterías!, gritó el Cuarto abuelo. ¡Tonterías! ¡No más ratones, no más ratones! Yo le he dado una patada a la bolsita y esta se ha roto. ¡Y yo quería devolver las plantas y las raíces a la herboristería y no que desapareciesen en un agujero del muro! ¡Mierda al ratón!

Cuarto *laoye*, mi venerable Cuarto *laoye*, mi ancestro, no se enoje, y escuche lo que voy a contarle.

Varios días después, tú casi te volviste loco; pero no podías olvidarla, y era entonces cuando oías unos pasos en el patio. Tu corazón te daba un vuelco. No podías dormir ninguna noche y por eso te quedabas en un camastro en la herboristería, ya que esperabas que se produjese algún milagro. De noche, soñabas siempre con ella. Soñabas que ella compartía la cama contigo y los dos copulabais como dos peces en el agua. A ti esos sueños te ponían en trance. Esos sueños tenían siempre algo de cómico y de salvador al mismo tiempo. Eran irreales, pero te salvaban de la locura y de la muerte en vida. Debías tomar, una tras otra, las pastillas arregla-todo de Liuweidihuang para compensar tu falta de elemento femenino *yin* en tu cuerpo o las raíces de la dedalera china¹⁶ para ponerte los dientes más negros que las plumas de un cuervo.

Más tarde, ocurrió el milagro. Cuarto abuelo, lo ha oído bien. El milagro ocurrió una noche de mayo. Mejor dicho, fue una noche después del trabajo. Durante el día había hecho mucho calor y el viento que llegaba de la capital soplaba sobre las aguas pantanosas. Las estrellas parecían caer desde el cielo

y tú te sentaste en el patio, bajo una sófora, y te dabas aire con un abanico de paja para provocar cierto frío. Los mosquitos zumbaban junto a tus piernas. Oíste el ruido de la verja y preguntaste con impaciencia: ¿Quién está ahí?

Soy yo, señor, dijo la voz deprimida de una mujer.

Mi venerable ancestro, el Cuarto *laoye* de nuestro clan familiar, tras escuchar esa voz, usted se avivó. Casi diría que se extasió. Me faltan palabras para describir su estado con precisión, pero le salieron alas y voló hacia la verja del patio. El tiempo que transcurrió hasta que llegaste a la entrada te pareció eterno.

Al abrir la verja, te pareció ver un chorro de luz entrando a bocajarro —un rayo—, y te acercaste a ella y la abrazaste, reteniendo la respiración. La llevaste hasta la habitación interior de la herboristería. Tú te sentías en mejor disposición que antes, más alto cuando la abrazabas, y ella más inteligente. Al abrazarla, te pareció estar abrazando un corderito dócil. La pusiste sobre el camastro del *kang* y encendiste la lámpara de aceite. Ella, tendida sobre la superficie dura del *kang*, no se movió. Parecía muerta. Viste que de sus ojos se desprendían unas lágrimas clarísimas y a ti te entraron las dudas; pero el deseo que te dominaba era, al fin y al cabo, más fuerte que tú. Con tus manos temblorosas, le desabrochaste el vestido y viste ante tus ojos sus pequeños pechos, duros y firmes como los picos de dos montañas. Alzaste la cabeza y su cuerpo te pareció igual que el de una carpa cuando está fuera del agua. Abría la boca como si le faltase aire. Cuando se extinguió la luz de la lámpara, los brazos enloquecidos de la joven rodeaban tu cuello y sentías además su aliento fresco de sapo delante de tu cara. Sentías sus gemidos y cómo te decía: Señor..., señor... Su voz te parecía lejana y distante, y tan confusa. Tú creías haber caído en el lodazal rojo del pantano y te hundías en él. Junto a tus oídos, sentías el biogás caliente que llegaba desde detrás de la fractura que se producía en la superficie del agua...

El Cuarto abuelo aspiró por la nariz y yo observé que sacaba de la manga de su bata china un pañuelo para limpiarse las lágrimas sucias e impuras que habían caído desde hacía tiempo de sus ojos.

Mi venerable ancestro, el Cuarto abuelo, ¿estabas triste por lo que había sucedido? Los recuerdos del pasado producen siempre un sentimiento de desolación. Han pasado cincuenta años y todo, por excepcional que sea, se ha visto azotado por el viento y la nieve. La juventud no volverá, y sobre ese camino —el camino de la vida— ha crecido la mala hierba y esta se ha secado o se ha quemado. Ese es tu camino: la mala hierba que siempre crece,

la hierba que se seca, la hierba que se quema y se convierte en humo ante tus ojos.

Cuarto abuelo, no llore y escúcheme. Quiero meterme en su vida privada... Para sacar el grano podrido de la mies, esa noche, después de la locura que cometisteis los dos, usted no se sentía muy bien. Tenía la cabeza liada. Creía tener en su posesión un tesoro, pero creía haber perdido un tesoro del mismo valor. Tenía un sentimiento de felicidad, pero de felicidad triste. ¿Cómo era posible? ¿Demasiado amable? ¿O demasiado preocupado? Esa noche, ella se fue tambaleándose al puente de piedra y se encaminó hacia su casa. Su suegro estaba en realidad muy enfermo y, por supuesto, cuando llegó a su casa, ella no contó lo que había sucedido entre los dos. Ella había matado dos pájaros de un tiro. Durante esos días, le daba miedo no dormirse y se mantuvo reservada. En el cuarto mes, durante la primavera, tú fuiste quien despertó el deseo en ella, y, tarde o temprano, te encontraría. Tú, mi ancestro, el Cuarto abuelo, fuiste un hombre de talento en tu juventud y el suegro de la joven era un tipo muy severo. Con su perilla de cabrito, parecía un viejo diablillo. Pero tú te sentías vacío. Tú creías que los ojos de predador que tenía el suegro de la joven no merecían ninguna confianza.

Mi Cuarto ancestro, quiero desenmascarar ahora el pecado del crimen odioso. Un médico se había liado con una joven que había cometido adulterio. Y esa mujer, por supuesto, tenía un marido con brazos y pies. Más que un marido, parecía uno de esos viejos perros guardianes que no se separan de su amo. Era muy celoso y veía a su mujer como una perrita a la que todos los perritos jóvenes querían montar. Por eso, cuando su mujer fue a ver al médico, este se sintió perturbado.

Oh, el Cuarto abuelo, de noventa años, se cayó del taburete donde estaba sentado.

Sujeté al anciano. Le di unos golpecitos, lo moví, y este se tambaleaba. El Cuarto abuelo se despertó, apoyado en uno de mis brazos, y suspiró. Miró mi cara, y vi que los músculos de su cara estaban tensos. Tenía los ojos de alguien con mucho miedo y dijo con mucha prudencia: Eres un diablo..., un hijo de puta..., un hijo de puta..., un diablo..., y te has convertido en un genio maléfico, en una especie de elfo...

Más tarde, el Cuarto abuelo me dejó acompañarlo hasta la puerta sur. Se mostró sincero, y yo confiaba en que se iba a mostrar sincero todo el tiempo. Pero yo, ¿cómo podía leer los pensamientos de mi ancestro el Cuarto abuelo? ¡Los sentimientos son la verdadera ley de los hombres!, y le dije para

consolarlo de sus males: *Laoye*, tú tienes ya noventa años. ¿Crees que vale la pena perder el tiempo que te queda de vida lamentándote por esas cosas? ¡Esperas todavía que ese tipo de la barba de chivo venga a amargarte la vida!

Las tonterías que se dicen pueden a veces sorprender al más espabilado.

Lamento ahora no haber despellejado en ese momento, y sin ningún miramiento, al Cuarto abuelo. Si bien nuestro clan de herbívoros se toma en broma ese tipo de cosas, para mí, en lo que a mí respecta, ese tipo de bromas me enciende por dentro. Antes de que el Cuarto abuelo muriera de viejo ya en su lecho, se pasaba el día entero bajo la luz del sol, apoyado en el muro, y con la cabeza llena de pensamientos oscuros. Cambió incluso la costumbre que tenía de defecar en el campo. En esa época, las langostas crecían cada vez más grandes. Antes de que vinieran los aviones, fueron las langostas las que llenaban el cielo con sus alas. Parecían burbujas de agua ocupando el espacio. El Cuarto abuelo se había sentado junto al muro y su cuerpo se había llenado de langostas. Por eso no podía moverse. Todos los hombres del clan descubrieron que ese anciano había cambiado en su manera de ser pero ninguno sabía el porqué, y ese era mi secreto. Mi madre dijo: ¡El Cuarto abuelo no ha abierto la boca desde hace varios días! Y al oír esas palabras de mi madre, pensé que, en cierta manera, el crimen cometido por él había sido demasiado grave, y el mío también lo había sido.

El Cuarto abuelo estaba apoyado en el muro y sentía cómo las langostas trepaban por su cuerpo. Se puso a pensar entonces en las langostas y saltamontes de hacía cincuenta años. Todo ello debió haber pasado ante sus ojos y lo tenía registrado en un cuaderno: la temperatura que hizo, así como el color que tomaron la tierra y el cielo. El papel del cuaderno había amarilleado. El Cuarto abuelo se sirvió de un tipo de escritura bastante torpe que recordaba la de sus recetas y sobre el papel amarillo escribía en grandes caracteres. En esa época, empezó a escribir desde que descubrió la primera langosta salir directamente de la tierra. El verano tórrido ya había llegado y las obras del templo de las Langostas habían finalizado. Solo quedaba por acabar el interior.

Los vestigios del templo de las Langostas todavía existen a pesar de los cincuenta años de lluvia y viento que han transcurrido desde su construcción. Algunos de los tabiques han sido destruidos y las tejas que había sobre el templo han sido demolidas. Algunos pájaros han aprovechado esas tejas rotas para construir sus nidos. Todo tipo de mala hierba ha aparecido en ellas, llenándolas y a menudo cubriéndolas con su verdor.

El templo no era muy grande y presentaba una forma rectangular. Tenía una forma que recordaba la del gorrito rectangular que llevan los sacerdotes taoístas. El Cuarto abuelo seguía reclinado sobre el muro y veía a lo lejos, muy a lo lejos, el templo de las Langostas.

Después de escribir, el Cuarto abuelo le dio el cuaderno a la Cuarta abuela. El Cuarto *laoye* salió de la herboristería y se fue a la calle. La luz del día limpió sus ojos y pudo oír el sonido de la lluvia al caer sobre los campos. Eran en realidad, miles y miles de langostas devorando las hojas y los tallos de la vegetación. Todas esas langostas se dirigían hacia las obras del templo de las Langostas. Al Cuarto abuelo le pesaba el corazón. Al fin y al cabo, era un asunto entre marido y mujer. Ella tenía mil defectos y una sola cosa buena, y esta parecía preocuparle también al Cuarto abuelo. Cuando el Cuarto *laoye* se ponía a escribir, aparecía ante sus ojos un rostro algo confuso pero lleno de músculos y sangre —esa era la cara del reparador de cacharros que había sido el amante de su mujer—, y el abuelo sentía que el corazón se le helaba. El reparador de cacharros no había aparecido todavía en la cocina, pero el Cuarto abuelo había salido hacia el *cun* del paso de Liusha para hacer una visita médica, y los dos se vieron en las callejuelas del *hutong*. El reparador de cacharros tenía una cara feroz y la mirada perdida. Tenía las cuencas de los ojos hundidas en la cara, pero los ojos le brillaban como bombillas eléctricas. En la cara tenía rasguños de sangre, como si un cuervo negro le hubiera picado la cara. El Cuarto abuelo, al verlo, apretó las dos piernas, detuvo el borrico donde iba montado y vio que el reparador de cacharros le lanzó una mirada que era como una flecha dirigida directamente a su pecho. Pero el reparador de cacharros solo lo miró rápidamente y luego se giró. El Cuarto abuelo retomó el control del burro y se dirigió hacia un camino tapiado donde colgaban varias parras. Desde ese momento, el corazón se le ulceró para siempre; y si volvía a pensar en la cara del reparador de cacharros, el corazón volvía a supurarle.

Para la construcción del templo se reunieron varios artesanos y obreros que no eran del *xiang*. El Cuarto abuelo empleó a gente que no era del *xiang* y prescindió de los artesanos y obreros del *cun*, a los que el Cuarto abuelo conocía, por supuesto, muy bien. Y yo no me atrevía a lanzar más conjeturas sobre lo que había pasado... Quizá había un asunto de corrupción entre el Cuarto abuelo y el dinero público para la construcción del templo o quería gente más preparada para una obra de esas características. ¡Oh, mi Buda, maldice a mis ancestros! ¡Que le partan cinco rayos a mi Cuarto abuelo! Pero

para mis adentros pensé que ese gasto de dinero y esa búsqueda de expertos eran debidos al profundo respeto que el Cuarto *laoye* les tenía a las langostas y los saltamontes. Deseaba que fuese un trabajo fino, de auténtica artesanía. O igual era para a seguir la moda de traer monjes budistas de otros lugares para leer los *sutras* sagrados porque esa era, simplemente, la moda en la época. Incluso el Cuarto abuelo no podía escapar al hecho de convertirse en un hijo impío que osa quebrantar las reglas de los ancestros.

Los muros del templo estaban pintados con brochazos de rojo bermellón, y la luz que caía del sol realzaba el color y daba brillo a las tejas pequeñas. La puerta de la entrada al templo también había sido pintada en rojo bermellón y los hombres que habían trabajado en la obra estaban ya desmontando el andamio. Al ver que se acercaba el Cuarto *laoye*, los albañiles le daban todos, sin excepción, la bienvenida y le ofrecían un cigarro caro que era de la marca L.P.T.[17](#), o los de Dunhill, o de los dos. El Cuarto abuelo se lo ponía en la boca con cierta torpeza —ya que el abuelo no estaba acostumbrado a fumar cigarrillos— y le daba una calada; pero el humo se le atragantaba en la garganta y le obligaba a toser. Durante un momento, el abuelo se ponía amarillo como un enfermo y parecía que se iba a morir. Eso de los cigarrillos no iba definitivamente con él y no tardaba en dejar el cigarrillo para ponerse la hierba en la boca y la masticaba para sacarle el jugo. El gusto de ese jugo le sacaba el mal gusto a tabaco que le habían dejado los cigarrillos. El Cuarto abuelo les ofrecía la cisca a los obreros, ya que pensaba que era mejor que esos cigarrillos; pero a los albañiles y otros obreros les parecía muy raro eso de masticar hierba. No se negaban, sin embargo, y acababan por obedecer al Cuarto abuelo, que era su jefe, y se la metían en la boca. Al Cuarto abuelo le indignaba la actitud que tomaban los trabajadores cuando se metían la hierba en la boca —como si les diese asco— y la masticaban sin tragársela. Al Cuarto *laoye* le dolía cuando veía a los obreros tensar los dientes de la mandíbula e hinchárseles los mofletes cuando masticaban la hierba y le pareció ver de muy cerca una manada de langostas gigantes devorando hierba.

Jefe de ese clan, ¡ahora comprendo por qué quiere construir este templo!, le dijo con mucha habilidad uno de los obreros.

El Cuarto abuelo dejó de masticar la cisca, se acercó a él y le preguntó: ¿Y por qué?

El albañil le dijo que cuando le veía masticar cisca le recordaba a los saltamontes y las langostas cuando comen hierba en el campo. A todos los

miembros del clan de los masticadores de cisca se les ha puesto cara de langostas.

El Cuarto abuelo no supo qué responder al trabajador y asintió con la cabeza.

El albañil, que era además el encargado de la obra, invitó al Cuarto *laoye* a entrar en el templo para que viese con sus propios ojos al dios del templo de las Langostas, que es el Dios de las Langostas. El Cuarto abuelo siguió al encargado hasta la puerta de color rojo bermellón del templo. Una vez dentro pudo ver una langosta enorme reclinada en un altar. El Cuarto *laoye* no pudo evitar echarse para atrás cuando la vio, ya que sintió un enorme respeto, casi temor, ante esa figura majestuosa.

Habían colocado dos figuras de yeso coloreadas junto a la langosta gigante. Los artesanos escultores habían hecho un trabajo formidable. La langosta era idéntica a las langostas que pululaban por los campos, pero el color no era igual. Junto a la langosta gigante habían puesto una tabla sobre la que había muertas varias decenas de langostas y saltamontes. Eran las langostas que en algún momento u otro habían pasado por el cantón de Dongbei en Gaomi, por las marismas y los campos de sorgo, o por los terrenos baldíos. Todos esos bichos que habían assolado esas tierras yacían ahora, y totalmente muertos, en una mesita de madera ante su gran dios.

El Cuarto abuelo pensó que algo esencial le oponía a los dos artesanos que habían modelado la figura de yeso y se fijó en ellos; uno tenía más de sesenta años, era muy delgado, huesudo, estaba calvo y tenía la piel amarillísima. Parecía un gallo peleón que había pasado mucha hambre. El otro era igual de delgado y huesudo, pero era mucho más joven: debía de tener unos veintitrés años, y parecía un pollito emplumado con la carita igual de amarilla que su compañero. En sus caras había aún algunos rastros de pintura y tenían una mirada penetrante, muy agresiva y feroz. Sus bocas no parecían, a decir verdad, bocas de un ser humano. El Cuarto abuelo creyó que ese par de obreros era en realidad un par de gallos. ¡Y no habían venido a trabajar al templo sino a comerse las langostas y los saltamontes! Lo que había sobre la mesa debía de ser su comida. El Cuarto *laoye* vio cómo una de las langostas se movía. Estaba todavía viva, pero muy dañada, y no podía volar, aunque movía sus patitas de atrás. La pobre estaba clavada con un alfiler en la plancha de madera.

El Cuarto abuelo, indignado, miró la estatua de yeso, que parecía haber sido diseñada por un genio. El Cuarto abuelo pensó que esas alas debían

haber sido cinceladas por alguien que tenía mucha paciencia y mucha habilidad, y ese trabajo, además de pintarlas, había sido realizado por el más joven mientras que el viejo se había encargado de cincelar y pintar los ojos.

El Cuarto abuelo dio unos pasos hasta ponerse delante de la tabla de madera con los bichos medio muertos y sacó de la madera el alfiler que atravesaba la langosta, pero esta, tal y como estaba antes, volvió a la aguja. Esa langosta apenas tenía ya dos centímetros de longitud y no era más que media langosta. Ahora, en los prados, hay un montón de langostas que pesan casi un kilo. Son rojas y muy cabezonas. Su abdomen es pequeño y delicado, pero tiene una fuerza sorprendente. Tienen el cuello delgado y unas alas pequeñas detrás. Parecen mujeres japonesas llevando sus niños en sus espaldas.

La que estaba clavada en el alfiler estaba sufriendo una tortura cruel y agonizaba, pero nadie quería, en realidad, que se moviera de ahí. Estiraba el cuello queriendo salir de la aguja y sacaba de su boquita un agua verde. Al Cuarto abuelo le daba asco ver ese cuello estirándose hacia arriba. La langosta estiraba sus patas traseras hacia el aire. La pobre pensaba que iba, de esa manera, a liberarse. La langosta representaba una desgracia que había caído sobre la humanidad. La lucha que mantiene esa langosta era también la misma lucha que mantenía la humanidad precisamente cuando quiere liberarse de una catástrofe que la amenaza con destruirla. La boquita de la langosta no paraba de desprender un jugo espeso verde. Ese jugo era al mismo tiempo su sangre y sus lágrimas. Eso no era más que la indignación y el dolor secretos de la langosta. El Cuarto abuelo tuvo el valor y la osadía de pinchar con sus dedos la cabeza del insecto y los ojos de este empezaron a moverse de tal manera que parecía que iban a salirse de la cabeza. Al apretar la cabeza, por el cuello de la criatura salía una lechecilla blanca. Con esa postura, estirando las patas traseras hacia delante, el bicho quería liberarse de una vez por todas. Esas patas golpeaban los dedos del Cuarto abuelo. La langosta parecía un hombre caminando sobre el barro de las marismas. Esa langosta hacía el mismo esfuerzo: el cuello y la cabeza iban por un lado y las piernas por otro. La langosta estaba dispuesta a sacrificar su honor y su gloria póstumos para poder liberarse. El fuego de su vida aún no se había agotado. Su cabeza estaba envuelta en sus propias heces: unas blancas y otras negras, que la ahogaban. Esas heces habían formado una membrana pegajosa de la que era imposible separarse. La cabeza de la langosta seguía atrapada entre los dedos del Cuarto *laoye*, mientras que sus dos patas luchaban por liberarse.

El Cuarto abuelo acabó por arrojar la langosta y, como antes, le volvió a hincar el alfiler, al igual que se clava un clavo en una madera. Los dedos le picaban al abuelo, ya que las patas traseras habían dejado su marca en ellos.

Los artesanos escultores de yeso cogieron el Rey de las Langostas y se pusieron a pintarlo porque querían de él un cuadro fiel. El encargado de la obra quería que el Cuarto *laoye* pusiera su sello en él; pero el Cuarto abuelo parecía estar pensando en otra cosa. El Cuarto *laoye* parecía haberse despertado de un sueño cuando el encargado lo llamó con un tono de voz acusador: Jefe del clan, mire, mire... ¿Qué le parece esto?...

Los artesanos escultores retrocedieron unos pasos y se pusieron a un lado para no quitarle lustro a la enorme figura de yeso, y el Cuarto abuelo pensó en arrodillarse ante la figura y golpear el suelo con la frente varias veces.

La figura de la langosta de yeso hacía un metro y setenta centímetros de largo y cuarenta centímetros de alto, y estaba postrada en un altar hecho con ladrillos azules. Y por supuesto, su presencia era majestuosa. Si la contemplabas fijamente por unos momentos, parecía estar viva y que fuera a volar de un momento a otro. A los dos artesanos les había faltado —como un Dios— darle el último soplo y darle de esa manera vida a su creación. Le habían dado, tal vez, demasiado color verde, y este dominaba sobre los otros; y, a decir verdad, las langostas que pululaban por los campos eran más bien de un rojo oscuro. El Cuarto *laoye* creía haber visto, cuando estaba soñando, que el ancestro de las langostas que se había convertido en hombre era también de color rojo oscuro y no verde. Ese era un aspecto que no acababa de satisfacerle de la estatua del Rey de las Langostas.

¡Este color no está bien!, comentó el abuelo.

El encargado miró a los artesanos escultores.

El más viejo de ellos se justificó: Este es el Rey de las Langostas; no es, por lo tanto, una langosta cualquiera. Por ejemplo, el emperador lleva una bata larga amarilla, mientras que un soldado, por ejemplo, no lleva nunca una bata larga amarilla. Las langostas son rojas, cierto, pero el Rey de las Langostas era verde porque si fuera rojo sería una langosta vulgar, como hay miles y miles por todas partes. ¿Está claro ahora?

El Cuarto abuelo se puso a pensárselo y llegó a la conclusión de que el artesano tenía razón. El color no debía ser un problema y vio la figura con otros ojos, admirándola mucho más que antes.

El color verde podía, ciertamente, pasar por el color de base del cuerpo de la langosta. En la frente había sin embargo una franja amarilla con unos

puntitos negros. Esa frente parecía en realidad un yunque de metal, y los ojos, dos huevos de oca. Los artesanos colorearon los ojos del Dios de las Langostas de color café. Vete a saber dónde habían aprendido ese tipo de destrezas, pero se necesitaba mucho arte para hacer que esos ojos tuviesen una luz propia como de hecho la tenían. Los dos tentáculos del Dios de las Langostas eran como dos colas largas que volaban de su cabeza. Las puntas de los tentáculos eran blancas y rojas; pero lo que apreciaba particularmente el Cuarto *laoye* de la figura de yeso eran las poderosísimas patas traseras. Parecían dos picos de dos montañas. Esas patas traseras eran robustas como dos brazos musculosos y eran del color de la piel fina de las berenjenas. Sobre esas patas había unos cuernos tan blancos como la nieve más pura. Y luego estaban las dos alas, que parecían dos láminas de espadas. Describir su belleza con palabras era imposible.

La ceremonia de inauguración y sacralización del Dios de las Langostas debía realizarse sin esperar más y ese día había llegado.

El Cuarto abuelo debía dejar atrás el asunto del adulterio de su mujer —la Cuarta abuela— y salvar el honor y la gloria de su clan en dicha ceremonia. El Noveno abuelo le ayudó a montarse en el borrico, que estaba en los huesos. Pero antes, el Noveno *laoye* cogió un cepillo y limpió el animal para que estuviera impecable, y luego lo cubrió con una manta azul y muy espesa.

El Noveno abuelo entró en el patio y se quedó de pie delante de la ventana. Le dijo sonriendo a su cuñada: Vete a pasear, anda; es temprano y hace un día espléndido.

La Cuarta abuela respondió con un sonido y luego le dijo que hacía mucho tiempo que no salía a la calle a esas horas de la mañana.

El Noveno *laoye* le dijo: ¡Vete, anda! No pasa nada...

La Cuarta abuela salió de la casa y miró al Noveno abuelo con ojos intimidatorios; y este le dijo luego al Cuarto abuelo que su mujer era una persona muy vulgar, de muy baja estofa, pero le reconoció que era una mujer muy bella y atractiva. La piel de la Cuarta abuela era blanca como la de la gema de un jade precioso y además era carnosa como una oveja. Su rostro era fresco como el de una rosa de algodón durante las primeras horas del día. La Cuarta abuela no había cumplido todavía los treinta años en esa época y, ya que se negaba a masticar cisca, sus dientes eran blancos como la nieve. La mujer tenía los pechos firmes y el Noveno abuelo no podía quitar los ojos de ellos. Ella lo sabía y sacaba pecho cuando hablaba con él. Los pezones se le

marcaban en la ropa y ello perturbaba al abuelo. El Noveno abuelo se giraba, pero sus ojos regresaban una y otra vez a los pechos generosos de la mujer.

Noveno abuelo, ¿y el cuarto hermano? ¿Por dónde anda?, preguntó la Cuarta abuela suavemente.

El Noveno abuelo, al que se le había puesto tiesa la lengua, respondió: Mi cuarto hermano... Pues creo que se ha ido a hacer el sacrificio a las langostas...

¡Tráemelo, anda!

Mi cuarto hermano fue a hacer un sacrificio a las langostas y los saltamontes...

Ve a llamarle y le dices que quiero hablar con él. Y si no quiere venir, le dices que voy incendiar la casa y de ella solo van a quedar cenizas.

El Noveno abuelo le contestó al instante e indignado: Mi cuarta cuñada, no tengas tantas prisas. Se lo diré...

El Cuarto abuelo estaba, mientras tanto, dirigiendo a sus hombres al altar para realizar el sacrificio. Todos ellos se preparaban para la ceremonia, pero el Cuarto *laoye* no podía olvidar lo que estaba sucediendo en su familia. Oyó unas frases junto a su oído y vio que era el Noveno abuelo que le estaba diciendo algo. El Cuarto *laoye* le dijo a su hermano que se fuera él en primer lugar.

El Cuarto abuelo entró en patio y vio a la Cuarta abuela sentada en un taburete. Su mujer tenía los ojos cerrados, ya que la luz del día caía de lleno sobre su rostro.

El Cuarto abuelo tosió y la Cuarta abuela abrió de repente los ojos, pero no le dijo nada. Se limitó a esbozar con sus labios una sonrisa generosa, mostrando sus dientes perfectos, sus dientes ordenados y blancos. La joven parecía salida de un retrato pintado.

El corazón de oro del Cuarto abuelo se resquebrajó de golpe. Hizo *crack*, *crack*..., y creyó que se le había caído al suelo hecho pedacitos.

Y tú... ¿cómo es que no te has ido todavía?

¡Ah, mi Cuarto abuelo! ¡Eres tú!..., le dijo la Cuarta abuela. La vida entre un marido y una mujer son cien días de generosidad mutua. Esos cien días son, en realidad, como un mar profundo e insondable... Tenía dieciocho años cuando me casé contigo. Han pasado ya once años. Ya no volveré a tener dieciocho años, ni a ser la misma... Y tú, ¿acaso tienes que decirme algo?

¿Qué quieres que te diga?, le dijo, asqueado, el Cuarto abuelo.

Mi Cuarto y querido *laoye*, le dijo la Cuarta abuela, has caído verdaderamente bajo y no vales una mierda. En realidad, quiero mi vida. ¿Lo oyes? ¡Mi vida de soltera! La vida que llevo no se la merece ni un perro.

Mi viejo Cuarto *laoye*, tu corazón es peor que el de un lobo... ¡Y quiero que todo el mundo lo sepa! ¿No me has oído? ¿Y crees que no sé el lío que te llevas con esa joven del paso de Liusha? Hace tiempo que lo sé. Y lo de mi asunto con el reparador de cacharros, ¡todo eso también lo orquestaste tú! A esto se le llama permitir que el jefe de la prefectura encienda fuego y no permitir al pueblo que encienda una miserable lámpara. Mi viejo Cuarto *laoye*, eres un insensible y un descerebrado. No me interesas para nada. Antes de que te vayas, debes explicármelo todo con pelos y señales para que lo comprenda. ¿Lo has oído? A partir de ahora te voy a hacer la vida imposible. Has destruido a una mujer y, tarde o temprano, acabarás por destruir a la otra mujer que frecuentas con tanto ardor. Cuando muera, ¡mi espíritu vendrá a verte y no te dejará tranquilo ni un solo segundo!

El Cuarto *laoye* la escuchó con atención y mucho respeto. La escuchó como un alumno tímido y estudioso escucha lo que tiene que decirle el profesor cuando le amonesta.

¿Me vas a escribir la carta de divorcio o no?

Le diré al Noveno abuelo que se la dé a tu padre, le dijo el Cuarto abuelo.

¿El Noveno abuelo? ¿Es él quien me va a dar la carta?, le dijo la Cuarta abuela.

El Noveno abuelo, que estaba presente, miró al Cuarto abuelo, y se puso pálido.

La Cuarta abuela no paraba de mover sus piecitos y se dirigió hacia donde estaba el Noveno abuelo, le sonrió y le dijo: ¿Estás nervioso? El verano del año pasado, tú venías a verme porque querías tocarme las tetas... Y ahora, ¿estás nervioso o te faltan huevos, amigo, para confesar lo que deberías decirnos a todos? ¿Ya no tienes la intención de tocármelas ahora? Al decir esas palabras, la Cuarta abuela sacó pecho para llamarles la atención sobre sus tetas y para que el Noveno abuelo se las tocara; pero este tenía demasiado miedo como para hacer algo parecido. Si tu cuarto hermano se divorcia de mí —dijo la Cuarta abuela—, ya no tendrá ningún poder sobre mí, y tú podrás, de nuevo...

La cara del Noveno *laoye* se había puesto púrpura y se le había quedado, además, la boca abierta como un tonto. No podía decir nada y no respondió.

La Cuarta abuela sacó la lengua y le ensalivó, exactamente, la boca al Noveno abuelo. Ella agarró con sus manos el paquete envuelto en tela que el Noveno abuelo llevaba cogido en la axila y lo abrió. De él sacó las dos zapatillas del reparador de cacharros y las arrojó al suelo. Luego le dio un papel de color amarillo al Cuarto abuelo y se lo puso directamente en la mano.

Mil lágrimas salieron de los ojos de la Cuarta abuela. Mil lágrimas que salieron como chorros de agua de una fuente; y le estampó a la Cuarta abuela un frasco de polvos rojos para las mejillas. El libro-cuaderno que llevaba en la mano le empezó a temblar y la Cuarta abuela se puso nerviosa, ya que quería abrirlo, pero el cuaderno se abrió solo. Ese paquete-libro parecía contener un secreto que atemorizaría a alguien.

Las dos manos de la Cuarta abuela empezaron a moverse dando espasmos y comenzó a hacer pedazos el cuaderno. Cuando llevaba un par de hojas arrancadas, sujetó el cuaderno con sus dos manos. La luz que desprendían sus ojos era muy brillante. Las lágrimas que caían de sus ojos se secaban inmediatamente al entrar en contacto con la piel ardiente de sus mejillas. Parecía que salía vapor de su cara.

Las gargantas del venerable Noveno abuelo y de la Cuarta abuela se habían quemado y ya no servían para nada. Ella le dijo: Trágate la saliva que te he lanzado a la boca. El año pasado me tocabas el culo y solo pensabas en follarme como a una perra. Ahora podrías hablar con sinceridad a tu querido hermano y contarle todo... Dime, mi boca, ¿todavía sabe a robín?

El Noveno *laoye* se tragó la saliva que la Cuarta abuela le había escupido en la boca y luego se relamió los labios con la lengua. En medio de mil recuerdos confusos pero muy vivos, empezó a saborear esa saliva. En realidad, ni tenía sabor ni sabía a robín.

La Cuarta abuela le soltó un bofetón en la cara al Cuarto abuelo y le insultó: ¡Pedazo de asno peludo! ¡Eres uno de esos asnos que se alimenta de hierba seca en el campo! Y tras darle un bofetón al Cuarto abuelo, la voz de la Cuarta abuela se volvió amenazante y mucho más agresiva. El cuello del Cuarto abuelo se torció de golpe, y de su boca salió un gruñido, como si hubiera caído al suelo. La Cuarta abuela volvió a levantar la mano para amenazarle con arrearle otro bofetón, pero el brazo le dolía ya demasiado. Había empleado toda la fuerza de su cuerpo en dar ese golpe en la cara del Cuarto abuelo. La mano de la Cuarta abuela había secado las mejillas del Cuarto abuelo. El segundo bofetón fue todavía más brutal, y para ello tuvo

que tensar todos los músculos de su brazo. El movimiento fue rápido y seco y dibujó un gran arco en el aire. El bofetón limpió de golpe la chaquetilla azul que el Cuarto abuelo se había puesto para el sacrificio del Rey de las Langostas —el Dios de las Langostas—. Ese bofetón poseía en él solo toda la desesperación del mundo.

El Noveno abuelo gritó: ¡Cuarto hermano! ¡No dejes que haga eso!

Las mejillas del Cuarto abuelo todavía temblaban. De sus ojos salían chispas y se precipitó como un lobo feroz sobre el cuello del Noveno abuelo y se lo cogió con las dos manos. Si hubiera podido, se lo habría roto. Del pecho del Cuarto abuelo salió un rugido. El Noveno abuelo pensaba que lo iba a estrangular y emitió un sonido que recordaba el de las gaviotas cuando sobrevuelan el mar. Y casi tras haber perdido la consciencia, el Noveno abuelo le arreó una patada al Cuarto abuelo. Este tuvo una buena idea en ese momento de desesperación y pegó su boca en la frente del Noveno abuelo, dejando la marca de sus dientes en ella. La frente del Noveno abuelo parecía uno de esos mapas en relieve de gran belleza plástica.

El Noveno abuelo dio un grito como esos gritos que dan los fantasmas en medio de la noche. Se tocó la frente con la mano y no opuso ningún espíritu guerrero al Cuarto abuelo.

Una hora después, el Cuarto abuelo apareció en el templo para la ceremonia del sacrificio para el Dios de las Langostas. Y como todo el mundo pudo ver, el Cuarto abuelo, que se desplazó montado en su asnillo, tenía los ojos hinchados de tanto llorar por culpa de la Cuarta abuela. Así tomó el camino polvoriento que le llevó hasta el templo, y así pudieron verlo todos.

Y justo poco antes, la larguirucha y flaca Novena abuela, junto con la bajita y gordita Quinta abuela, más siete u ocho mujeres muy jóvenes y próximas al clan familiar —jóvenes esposas todas ellas—, rondaban junto a la entrada del bosque de los sauces cuando vieron al Noveno abuelo con la frente en carne viva ayudando a la Cuarta abuela a subirse en un borrico; y ella llevaba sobre la cabeza su gorrito elegante, ya que la Cuarta abuela no era una mujer cualquiera —era la mujer que había engañado al Cuarto abuelo—. La Novena abuela y la Quinta abuela se pusieron a rebajarla. Las jóvenes esposas, como no podían hacer de otra manera, enrojecieron hasta rabiar y se pusieron a llorar como quien asiste a un entierro. El Noveno abuelo hacía todo lo posible por arrastrar el borrico. Al principio, la Cuarta abuela puso sus zapatillas sobre el cuello del borrico, y este se veía obligado a doblarlo,

ya que le pesaban mucho. La Cuarta abuela se puso a andar sobre la espalda del borrico y lo hizo porque las zapatillas que tenía puestas le molestaban o porque simplemente quería aligerar el peso que el borrico debía llevar. Cuando se acercó al cuello, cogió las dos zapatillas que colgaban y las puso en su cuello. Esas dos zapatillas parecían dos de esos escudos que sirven como estandartes para el honor y la gloria de un clan que cubrían dos pechos voluminosos. En ese momento, ella se giró bruscamente. Las jóvenes esposas habían dejado de llorar desesperadamente y se secaban las lágrimas para dejar así aparecer unas sonrisas frescas en sus rostros de crisantemos. Pero la Cuarta abuela se puso a llorar y sus lágrimas eran como el rocío. La Cuarta abuela se giró y vio el regimiento de jóvenes lloronas. Habían pasado muchos años y las que eran jóvenes se habían casado y convertido así en esposas decentes y, sobre todo, en esposas viejas. Pero ninguna de ellas se había olvidado de cuando era joven. Todas ellas se acordaron de la belleza de la Cuarta abuela, digna de una estrella de cine, y del profundo respeto que le profesaban.

Dirigiéndose así, hacia el oeste, por el dique del río, la Cuarta abuela y el Noveno abuelo parecían dos peces que dejaban las aguas del río que quedaba bajo las sombras de las sóforas para adentrarse en la tierra árida ya devastada por las langostas. No querían, en efecto, que nadie los descubriese, pero al pasar por el dique del río, las zapatillas que llevaba sobre el cuello no podían pasar desapercibidas. De repente, y para susto de todas las que lo presenciaron, la Cuarta abuela se sentó súbitamente sobre los lomos del borrico, se soltó de las manos del Noveno abuelo y el borrico salió corriendo; o más que corriendo, salió volando, enfurecido, hacia las callejuelas. La Cuarta abuela saltó del burro y se quedó plantada totalmente recta, sin ningún miedo, como un auténtico *jockey*.

¡Detenlo!, le gritó el Noveno *laoye*.

La Novena abuela, que era una mujer de muchas agallas y muchos redaños, se fue al centro del *hutong* para detener el burro, y este le mostró sus largos y poderosos dientes, y rebuznó con rabia delante de ella. Parecía que quería morderle el cuello a la Novena abuela. La Novena abuela, rápida de reflejos, lo evitó en un abrir y cerrar de ojos. Le faltó un pelo para no ser mordida por el borrico. La Novena abuela se quedó aturdida y desorientada por unos instantes. Pero no fue por el movimiento del borrico, sino porque vio en la cara de la Cuarta abuela la cara misma de un Bodhisattva —la que había emprendido seriamente el camino de Buda y ansiaba la iluminación

suprema— y comprendió de golpe el misterio que envolvía la vida de esa mujer.

En su huida, el borrico había frotado el trasero de la Cuarta abuela y las zapatillas habían golpeado sus pezones. Varios años atrás, cuando esas mujeres y madres llevaban el burro al *hutong*, en la cara de la Cuarta abuela aparecía un color misterioso y avanzaba como un fantasma. A mí esa actitud me hacía sospechar. Las mujeres creían que la Cuarta abuela, al soltar las riendas y decir adiós, ya había tomado allá en el Cielo el camino de una diosa inmortal, y al subir en el borrico ya no era la Cuarta abuela sino que era una diosa inmortal —era como la inmortal He Xiangnu¹⁸—, una auténtica hada o una bruja. Y si era un ser inmortal, no había necesidad de comportarse como una *laopo* —una esposa— a la que han puesto los cuernos, y lanzarse a la venganza personal, pero sí que había necesidad de tomar el camino correcto e ir al pueblo. ¿Acaso alguien vio que ella era una afortunada? ¿O acaso alguien no vio que ella era alguien que había tenido una vida lamentable? Las mujeres y madres decidieron aportar pruebas para demostrarlo. La primera: la Cuarta abuela siempre estaba en casa y era la primera vez que montaba en un borrico, y por eso el animal se volvió loco cuando se dio cuenta de la persona que lo montaba. Ella se volvió inesperadamente tan estable y divina como la montaña de Taishan y era incapaz de moverse como una persona normal, ya que pesaba como una montaña sagrada. Ese tipo de cosas no eran normales en una mujer. La segunda prueba de su testimonio fue: el color brillante y deslumbrante que apareció en la cara de la Cuarta abuela era todavía más brillante y deslumbrante que la luz del sol. La Novena abuela, cuando vio el rostro de la Cuarta abuela, pensó precisamente lo mismo. Una persona normal no podía tener esa luz en la cara. La tercera razón que justificaba su opinión había quedado grabada en la cabeza de todas. Cuando la Cuarta abuela salió montando el borrico, a todas ellas les llegó a la nariz un olor extraño y muy intenso, y las madres jóvenes no tardaron en decir que se trataba de la fragancia de las orquídeas; pero la Novena abuela dijo: ¡No es verdad! No es la fragancia de las orquídeas, sino que es el olor de la flor de osmato oloroso. La Quinta abuela dudó y dijo: Parece que su cara está perfumada totalmente con esa fragancia. Pero hubo otra que dijo: ¡No, es la fragancia de la flor de jazmín! Cada una tenía una opinión diferente y ninguna de ellas coincidía; pero todas coincidían en algo: ese olor les llenaba completamente las narices y ese olor no era de este mundo. Nada, sin embargo, parecía aportarles ninguna prueba. Era como una música que se

aprecia y uno se deleita con ella, pero que no reconoce... La Novena abuela escuchaba, en efecto, una música; pero esa música era, según las otras mujeres, del templo de las Langostas que había en el *cun* del este, justo al lado, donde estaba el Rey de las Langostas. Les llegaba a sus oídos flotando. Cuando la Cuarta abuela salió disparada hacia el *hutong* encima del borrico, la ceremonia de sacrificio acababa de empezar y el Cuarto *laoye* se había puesto a tocar una melodía antigua con una trompetilla. Y ese día soplaban un viento del sureste.

Volviendo al mismo asunto, la Cuarta abuela era la única persona del nuestro clan que se había convertido en un personaje de un *chuanqi* o cuento de transmisión de historias extrañas, tal y como se contaban antaño en nuestro país. Yo, por mi parte, nunca me creí del todo esa historia. Estaba más bien convencido de que las mujeres de mi clan se habían inventado esa historia para deshumanizar a la Cuarta abuela, ya que su belleza y su manera de actuar eran inusuales. ¿Cómo era posible que unas mujeres de esa altura moral y reputación se soltaran así de la lengua? Los cuentos fantásticos y leyendas no son como un río del que no se sabe su origen, o una planta de la que no se conocen sus raíces. Siempre hay una historia real detrás y una base, una fundación, sobre la que se creció. Además, la historia de la Cuarta abuela montando el burro y dirigiéndose hacia el *hutong* pasó hace cincuenta años y solo esas mujeres pudieron verlo con sus propios ojos. Y cuando se ponían a hablar de ese tema, la expresión de sus caras se ponía seria y noble. Contaban la historia con pelos y señales y el tono que utilizaban en sus voces era de una gran sinceridad; pero a mí me costaba creer que eso fuera verdad.

Por supuesto, uno debe respetar a los muertos y hay que compadecerse del destino trágico de la Cuarta abuela. La historia de las mujeres era como la del zorro que se lamenta de la muerte de las liebres. Sonaba algo falsa, a decir verdad, y, encima, narraban esa historia con mucho esmero y arte. Sin duda que la adornaban con detalles irreales y le ponían mucha sentimentalidad. En primer lugar, el asno que se escapó corriendo por el dique del río no era un asno cualquiera. Y en segundo lugar, la Cuarta abuela cabalgando encima del borrico de pie y la luz que desprendía su cara podían ser algo del todo normal, ya que la luz del sol le daba de lleno.

El borrico no volvió al dique del río, y no lo hizo porque el camino era demasiado estrecho y el agua demasiado pura y cristalina. El borriquito estaba además bastante mareado. La Cuarta abuela voló a los lomos del borrico y, sin duda alguna, tenía el tipo perfecto como para mantener el

equilibrio. Pero ¿por qué su cara brillaba de esa manera? Yo podía ver con los ojos cerrados a la Cuarta abuela cabalgando sobre el borrico, y también podía ver la expresión de su cara: disoluta e inmoral, alocada y confusa. No podía no reconocerla. La expresión de la cara de la Cuarta abuela era una expresión facial que reflejaba una intensa excitación sexual. Pero yo, por supuesto, no podía dar esa explicación a las mujeres, aunque lo tenía muy claro. Según la información que me había llegado, sabía que las mujeres, cuando sienten mucho dolor, se ponen particularmente sensibles al sexo y se sienten muy excitadas sexualmente. Su respuesta es, también, muy fuerte e intensa. El borrico volaba y los lomos del animalejo frotaban constantemente los muslos y los glúteos de la Cuarta abuela. Las dos zapatillas no paraban de frotarle los pezones. La Cuarta abuela tenía todos los frentes eróticos en plena sobreexcitación y, además, estaba pasando por un momento muy doloroso que la ayudaba a estar particularmente sensible a esos asuntos. El deseo la agujijoneaba viva y no podía aguantar más... Hasta que ¡explotó! Y afirmar ahora que por tener un orgasmo pudo entrar en el mundo de los seres inmortales me parece una auténtica exageración.

El asno salió corriendo por la calle principal y, lenta y parsimoniosamente, volvía cincuenta años atrás y podía verle la cara, esa cara que había alcanzado el placer máximo. El Noveno *laoye* respiraba con dificultad cuando intentó dominar el borrico. Con las riendas, la tralla y los puños, o con todo lo que podía. Sí, con los puños, arreándole puñetazos al borrico para calmarlo y dominarlo. El Noveno abuelo acabó por dominar el burro y regresó al dique del río. Tomaron el caminillo estrecho de las sóforas que está junto al río y desaparecieron en el *cun*. El Noveno abuelo era un hombre de buen corazón, pero su buen corazón no siempre recibía una buena recompensa. Sobre todo, cuando pensaba en la Cuarta abuela. El pobre hombre perdía la cabeza y eso no le traía nada bueno. La Cuarta abuela no tardó en bajarse de ese viejo burro que ya andaba un poco chocho y recibió la bienvenida del Noveno abuelo. Al abuelo le hicieron chiribitas los ojos y sus oídos oyeron música celestial. Su cuerpo se puso a temblar y casi se cae al suelo para expresarle a la Cuarta abuela su gran admiración. El Noveno abuelo estaba muy dolorido con lo que había sucedido y se puso a examinar de cerca el color de la tez de la Cuarta abuela. La belleza de la mujer y el olor a flores que desprendía lo habían dejado noqueado. A sus ojos, la Cuarta abuela era como una diosa sentada en una flor de loto que le servía de trono. Hasta su muerte, el Noveno abuelo no creyó que la Cuarta abuela había podido volar por encima del burro

y hacer esas piruetas dignas de una inmortal. El color de su cara cuando lo vio le pareció muy bello, pero era el rostro de una mujer agotada, sin fuerzas. Bello, pero humano al fin y al cabo. Además, la Cuarta abuela no quiso comentarle nada. El Noveno abuelo creía que el Cielo le estaba castigando por algo que había hecho mal en el pasado y el borrico había sido poseído por algún espíritu maligno. El Noveno *laoye* no se atrevía, por lo tanto, a desobedecer la voluntad de la Cuarta abuela y el borrico. El hombre solo estaba aterrado y actuaba con la máxima prudencia. Por eso, cuando paró el borrico, lo acarició como para excusarse de la brutalidad que había empleado con él para detenerlo, y vio entonces las marcas que los pies de la Cuarta abuela habían dejado sobre las costillas del animal...

VII

Mi consciencia llevaba con ella al borrico y a la Cuarta abuela, pero también llevaba al Noveno abuelo, todos ellos cincuenta años atrás, en las calles de nuestro pueblo, y todos ellos en mi cabeza. Yo, sin embargo, caminaba con la Novena abuela en las calles del mismo pueblo y veía el sol brillante cubrir lentamente con sus rayos el cielo azul. La calle estaba saturada de polvo amarillo y bajo los árboles merodeaban caóticamente los gallos y las gallinas. Gallos de bello plumaje y gallinas de plumaje pálido y sucio... Y la plaga destructora de langostas que se produjo ese año, ¿por qué no afectó las granjas? Las aves de granja y los saltamontes y langostas, ¿no tienen la misma relación que los osos y las cañas de bambú? ¿O los gusanos y la tierra? Se lo pregunté a la larguirucha y muy flaca Novena abuela y ella me miró de reojo. Pensé que la Novena abuela tenía los ojos de un gallo de pelea escuchimizado. Tenía unos ojitos tan negros que parecían falsos. Dudaba de si eran dos bolas de cristal con tinta china en su interior; y con esos ojos me sonreía y me dijo: Mi nieto, mi nieto que tan erudito y que tanto sabe de todo..., ¡lo único que tienen que hacer es meterte los libros que lees en el agujero de tu culo, gilipollas! ¡Que no cagues ni la mierda de un perro! ¿Entendido? ¡Eres como uno de esos polluelos amarillos totalmente atontados! La carne de cerdo sabe muy buena, pero tú, incluso si te comieras la luna, todavía preguntarías qué te has comido. ¡Pedazo de alcornoque! Y si comes carne de cerdo grasosa, piensas en comer cordero; y si te tomas un bol, ves el bol vacío. ¡Todos los hombres sois iguales! ¿No has visto la cara de huevón cornudo que tienes? No dices más que estupideces y no vales más que una mierda. Eres igual que el Noveno *laoye*, que ya se ha hecho viejo; pero incluso cuando era joven, yo le enviaba a pasear al campo con las jaulas de barritas de bronce con las lechuzas dentro. Yo y la Novena abuela nos habíamos quedado parados en una calle del pasado, que era la del presente y seguramente la del futuro. A lo lejos, en la luz blanca del día, vislumbramos al Noveno abuelo. Yo no me explicaba por qué esa luz del día era tan intensa y picaba tanto. Ello provocaba que los gallos armasen la bulla que estaban armando, pero el Noveno abuelo no abría la boca, ni cantaba como solía hacer cuando salía al campo. El Noveno abuelo era más bien un mono de pie que caminaba torpemente. Pensé que el sol le estaba molestando y no abría los ojos; por eso se tambaleaba cuando caminaba. Su figura tenía algo de

solemne y divino, de concreto y abstracto, como una música vaga e indistinta, como una hez sagrada —una hez que está destinada a convertirse en un fósil—. Una nube gris envolvía al Noveno abuelo... En el cantón de Dongbei en Gaomi, en los tiempos modernos, solo se vio este tipo de langostas rojas del tamaño de una bala tres veces. Además, eran tan duras y contundentes como las balas. Salieron por todas las direcciones y cubrieron al Noveno abuelo, el cual, aturdido, intentó como pudo sacárselas de encima con las manos para que no entrasen en la jaula de la lechuza. Ese tipo de plagas era algo que se repetía y que iba a más, como un símbolo de los tiempos.

De la superficie roja de la tierra surgió de repente un ejército. La Novena abuela y yo vimos a más de cien soldados armados con clavos dirigiéndose a los prados. Sus uniformes verdes, bajo la luz blanca del sol, se confundían con el verdor de los prados. Los soldados parecían vestir con hojas verdes, ya maduras y a punto de caer. Esos soldados gritaban y armaban la bulla. Yo le dije a la Novena abuela que esos soldados habían venido para ayudarnos a destruir la plaga de langostas. Le dije que eran héroes que se presentaban en los lugares que habían sufrido algún desastre; y la Novena abuela me dijo que esa gente era una incontrolada. ¿Eran los soldados del valiente general Liu Meng? Yo incliné la cabeza y me quedé mirando los ojitos negros e irreales de la Novena abuela. Sentí que algo me bloqueaba ante el lenguaje fuerte y resistente —ese lenguaje impermeable y concluyente— de las gentes de mediana y gran edad del clan. Ese tipo de lenguaje era como una barrera para mí y me entristecía profundamente.

En esa época, el cielo parecía una bola de cristal azul que encerraba al sol y lo disolvía en su interior, dejando de él algo vago e indistinto. Los soldados cruzaban las marismas y los prados, y se separaban luego en medio de las hierbas que los cubrían, como potros salvajes a los que dejan sueltos. Llegaron hasta ponerse frente al Noveno abuelo, lejos de donde estábamos nosotros; pero nosotros, sin embargo, no estábamos cerca del Noveno *laoye*. Por ello, pude ver que los soldados eran más bajitos y debiluchos que el Noveno abuelo. Yo no estaba seguro, por supuesto, de que yo y la Novena abuela estuviéramos viendo el paisaje como en realidad era. Los ojos de gallo peleón de la Novena abuela, ¿no veían las cosas de otra manera y no necesariamente desde una perspectiva correcta?

La Novena abuela me dijo cogiéndome del pecho: Ganba, mi hierbajo seco, el viejo... No sé si conoces bien el temperamento del Noveno abuelo. Puede ser sumiso como una ovejita o feroz como un lobo. Este año mismo,

cuando se puso a comer con su querido hermano, el Cuarto *laoye*, muchos fueron los platos que acabaron hechos añicos.

VIII

Pasó una hora sin que me diese cuenta, y tanto yo como la Novena abuela nos vimos envueltos, en medio del camino, por langostas de color rojo oscuro; pero me parece que ya he hablado demasiado. ¿Qué más puedo decir? Me pongo a recordar y me pongo en trance. Ya lo afirmaba la Novena abuela: el pollo más codicioso y comilón difícilmente pasa tres días interesado en las langostas; y algo que dice más que mil palabras: los gallos que merodean cansados bajo los árboles están mucho más interesados (y de lejos) en ir detrás de las gallinas que en cazar y comer langostas. Y las gallinas prefieren (y de lejos) el poco grano que hay en la tierra grisácea que ir a cazar y comer langostas y saltamontes. Varios cientos de gorriones que eran incapaces de volar movían sus alitas en el suelo buscando el mismo grano y los gatos venían y se los comían. Luego se relamían y se iban tan panchos. Las langostas —vigorosas, llenas de energía, intranquilas— flotaban en el aire, en medio del polvo que se había levantado, y no se detenían un solo segundo. Parecía que se subían a las motas de polvo que había en el aire. En la calle, eran como balas que lo ocupaban todo y que se dirigían hacia todas las direcciones. Llenaban las paredes con su color rojo y se agitaban para arriba y para abajo; y ninguna de las gallinas y ninguno de los gallos se dignaba a zamparse una sola langosta. Ya podían pasar por delante de sus picos, y ya podían ser gordas y apetitosas, ya que las aves de granja no hacían el menor gesto por llevárselas al pico. Cincuenta años después, esa calle seguía siendo la misma calle. La gente seguía caminado como antes, aunque quizá habían ganado unos centímetros más de altura y algunos de ellos habían envejecido mucho. En aquella época, las gallinas y los gallos comían todavía langostas y saltamontes. La Novena abuela me contó que, en esa época, las gallinas y los gallos, como los hombres, comían como locos toda langosta que solía revolotear a su lado. Algunos de ellos se herían de forma irreversible el estómago y otros se envenenaban con las langostas. Las plumas que quedan bajo el orificio de sus culos se llenaban de manchas de sangre rojas y muchos morían tras cagar los restos de las langostas y los saltamontes. A otros se los veía caminar con dificultades con las plumas en desorden, como si los hubiesen violado. Era fácil verlos vomitar cada vez que comían; emitían sonidos agudos y curvaban el cuello como si les doliese algo en el interior. De sus picos salían hilos de sangre y los ojos se les ponían amarillos.

Cincuenta años atrás, los gallos y las gallinas se envenenaron con las langostas y muchos de ellos parecían, en los patios de las casas, en las callejuelas de los *hutong* y en las calles, actores de la Ópera de Pekín totalmente ebrios. Los hombres se volvieron más astutos y las gallinas y los gallos también; pero la calle, esta sigue igual que en el pasado. Esa es la razón por la cual los gallos y las gallinas ya no les hacen caso a las langostas.

Yo pensaba verdaderamente en la muerte, pero debía sentir antes el terror ante la muerte para poder comprender lo que esta era en realidad. Veía el borrico peludo atado en un poste de madera junto al muro y cuando, de repente, me trasladé sesenta años atrás, en esa época, en nuestro clan, había un hombre extraño y desgraciado que copulaba con una burra. Era una persona con una cabeza grande, pero tenía las piernas delgadas y cortas, mientras que sus brazos eran largos y fuertes. Por eso caminaba de esa forma tan extraña. El hombre no hablaba nunca y emitía un olor corporal intenso y muy desagradable que ahuyentaba a la gente. Las mujeres, en particular, lo evitaban cada vez que lo veían. Copulaba con la burra subido en un taburete. En esa época, trabajaba como ganadero para el poderoso y respetado gran *laoye* de nuestro clan. Pero cuando este supo lo que hacía el pobre hombre con la burra, hizo llamar inmediatamente a varios hombres con sus látigos para darle una lección, ya que esa historia de amor no podía continuar produciéndose en nuestro clan. En realidad, los mataron a los dos a latigazos. Ese hecho escandaloso sigue circulando entre las gentes de nuestro pueblo y yo lo resiento ahora mismo, dentro de mí, con una particular fuerza. Tanto el hombre como la burra que murieron con los latigazos de esos salvajes eran totalmente inocentes y los dos pertenecían a una clase de oprimidos. O mejor dicho, a una clase social que era trágicamente oprimida por las clases dominantes de su época. Yo me acuerdo perfectamente. Lo llamaban «la gran campana», y ese fue el apodo que le quedó. La verdad es que no había que echarle mucha imaginación para llamarlo así, ya que la forma de su cuerpo junto con el enorme miembro que le colgaba de las piernas conformaban una silueta como la de una enorme campana. La historia del clan tiene a menudo las mismas luces y sombras que la historia de cualquier dinastía china; y cuando una dinastía o un clan se descomponen, todo arde y el viento acaba llevándose las cenizas, como los asuntos sexuales entre el suegro y su nuera tan comunes ellos en las familias del viejo imperio, o las disputas entre padre e hijo por una misma mujer, o las peleas entre hermanos o entre mujeres de una misma familia... Todo ello debe mostrar en la superficie la moralidad y

la confraternidad, la imparcialidad y el sentido de justicia, la ausencia de deseo, pero la consciencia continua del conocimiento real de los objetos hasta la iluminación súbita y final, como un Buda.

¡Hum!... Los castigos por fuego se popularizaron en esa época y los castigos por latigazos solo se los podían permitir familias con muchos medios, pero esos latigazos eran algo así como una nube poco densa o una tierra contaminada —era algo inútil al fin y al cabo y poco deseable—. La edad de oro del clan de los masticadores de cisca del *xiang* de Dongbei en Gaomi no volverá nunca más a repetirse. Eso estaba claro, y yo me enfrentaba mientras tanto a la locura del Noveno abuelo, ese superviviente puro e inocente del clan de los masticadores de cisca y ese corazón triste, profundamente triste y dolorido.

Ahora, esa burra y sus huesos están metidos en un muro junto a esta calle, ya que ahí mismo la mataron, y a mí me ha venido el recuerdo de ese escándalo al pasear junto a ella. Esa burra era quizá la burra más bella que ha dado nuestra tierra en su larga historia. ¿No podía ser así? La burra se quedaba a menudo ahí, atada a un poste de madera con una cuerda negra, y su cola larga barriendo las dos patas traseras. Tenía varias cicatrices en uno de los glúteos que eran tal vez debidas a los muchos latigazos que había sufrido el pobre animal. El paso del tiempo no pudo borrarlos. Tenía unas costras en el cuello que eran gruesas como el hierro, pero su cabello no era muy largo. Las pezuñas estaban medio rotas y los ojos los tenía secos. Tenía la mirada constantemente ausente y unos ojos sin vida. Parecía que no podía ni siquiera aguantar el peso de la cabeza... Cincuenta años atrás, así era el borrico que montaba el Cuarto abuelo para sus viajes y cuando pasaba por esta misma calle. ¿Era su cuerpo o su fantasma lo que veían ahora mis ojos? Estaba junto al muro, igual que una escultura. Las langostas rojas saltaban sobre su grupa y el burro no podía hacer nada para quitárselas de encima. Y las langostas más valientes se metían en los orificios de las orejas o del hocico del animal. El burro agitaba entonces las orejas y movía el hocico de un lado a otro. El muro estaba descascarillado y muy pelado. Tenía manchas por todas partes y el paisaje que ofrecía al paseante era desolador. Incluso habían crecido algunas hierbas que estaban cercanas a su muerte. Parecían hojas amarillas que salían caóticamente de la pared. Vi una salamanquesa que salió de una ranura y llevaba en su boca un gusano; pero la salamanquesa no se interesaba en absoluto por las langostas y los saltamontes. No, ese no era el burro que había utilizado el Cuarto abuelo para sus viajes. Las pezuñas de color púrpura

jade y esas cicatrices no eran las mismas, pero el lugar —ese lugar herido junto a las marismas y los prados—, sí que lo era. Una de las langostas vino a parar a la palma de mi mano y sentí que sus patitas me hacían cosquillas. Mis músculos se tensaron involuntariamente y tuve una sensación como hacía años que no tenía. Suave, lenta y amablemente alcé la mano hasta ponerla a la altura de mi vista. Mis ojos pudieron ver de cerca ese animal misterioso y lleno de magia... Y empecé a llorar. Las lágrimas empezaron a caer de mis ojos... Tú, Novena abuela, ¿eras una zorra? Porque con la cara de una zorra me preguntaste: Tus ojos están llenos de lágrimas, ¿estás llorando? Con la mano levantada y la langosta en la palma de mi mano, le respondí: No son lágrimas, ni estoy llorando. Es el sol, que ciega y me hace sacar estas lágrimas que no son reales. La Novena abuela lanzó un sonido que era una interjección de admiración y dio una palmada sobre mi mano, chafando la langosta, que empezó a sacar una salsa espesa. Para ocultar la indignación de ese gesto, saqué de mi bolsillo unas gafas de sol y me las puse: la miseria de la tierra y el cielo, el verde por todas partes, como el sol, a lo lejos, y todo ello a través del cristal de mis gafas. El Noveno abuelo también se había vuelto verde en medio de los soldados que habían venido expresamente porque se había producido una catástrofe natural. Todos esos soldados eran muy jóvenes. Tan vivos como un tigre e igual de versátiles que un dragón; y saltaban como los tigres y se movían como los dragones. Así se pusieron a cazar las langostas. Reían y no paraban de armar bulla. Estaban tan tranquilos y desacomplejados. Yo, sin embargo, si hubiera sido uno de esos soldados, habría seguido una disciplina de hierro y habría actuado con orden. La plaga de las langostas se había convertido en una enorme fiesta que ahora estábamos celebrando y que había acabado por enloquecer a esos soldados que parecían, finalmente, monos saltando sobre la hierba seca. Todavía recuerdo los gritos del Noveno abuelo y las palabras que profería, palabras estas que no tenían ningún sentido. En la Tierra —este que es nuestro planeta—, cualquiera que hubiera oído al Noveno *laoye* habría pensado que se trataba de una lechuza y no de un hombre. La lechuza, por su parte, también le acompañaba con sus alaridos. No he podido sacarme de la cabeza esos chillidos que no tenían ningún sentido. A partir de ese momento, pensé para mis adentros: ¿era la lechuza o el Noveno abuelo quien hablaba? Varios soldados rodearon al Noveno abuelo y la Novena abuela se asustó. Novena abuela, no tiene nada que temer. Relájese. El ejército y el pueblo son de la misma familia. Esos soldados respetan y admiran la jaula y el pájaro del

Noveno abuelo. Ellos doblaron la cintura para ver a la lechuza dar vueltas en el interior de la jaula metálica. Uno de los soldados, que era bastante pequeño, le ofreció una langosta muerta a la lechuza, y esta, con desdén, la cogió con el pico, emitió un sonido extraño y el soldado se asustó.

Más tarde, la academia de ciencias y su instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas enviaron a sus hombres a las marismas rojas y todos ellos levantaron una tienda de campaña blanca justo al lado de las charcas. Cuando caminaban, la hierba seca crujía bajo sus pies. Las langostas habían iniciado ya su migración y, tras un año de lluvias continuas, vino un mes sin una sola gota de agua. Cada mañana, muy temprano, sobre la hierba podían verse todavía algunas gotas que daban miedo —gotas que eran como perlas de cristal—. Los rayos del sol que caían de todo lo alto eran como flechas venenosas y unas bolas que eran como la mano de una joven agarrando una cabeza de ajo iban a convertirse en unos pocos minutos en unos gusanos. Hoy día, sin embargo, solo hay langostas rojas sobre una tierra vasta y negra. Los miembros del instituto llevaban unos atuendos blancos que se veían desde muy lejos, y esa blancura se mezclaba con el color rojo de las langostas. Pero las langostas parecían no inquietarse con la presencia de los científicos. La hierba que quedaba todavía viva expulsaba un humo espeso que había sido provocado por las pisadas de los soldados. Esos mismos soldados que también habían pisado sin cesar las langostas rojas. Las pisaban y cuando las pisaban, también aplastaban al mismo tiempo las pobres hierbas. Los miembros del instituto tomaron muchas fotografías de esas escenas de lucha. Las langostas caían al suelo como el agua de un diluvio y las que podían salir de la exterminación se precipitaban hacia el pueblo.

IX

Las langostas chirriaban como locas, daban brincos con una fuerza impresionante y parecía que no tenían ningún miedo a nada ni a nadie. Formaban nubes rojas en medio del camino y se alejaban del prado a gran velocidad. Llegaban a alcanzar una altitud de tres *chi* y armaban mucha bulla. Esa escena me dejó boquiabierto. La Novena abuela castigó de inmediato con su mirada azul como el mar y las moras al conejito y gorrión tímido que era yo mismo. ¿Hay todavía algunas langostas? La Novena abuela se había girado para comunicarme las noticias: Hace cincuenta años hubo una plaga de langostas. ¡Y esta es igual de verdadera que aquella!

Cincuenta años atrás, cuando la plaga de langostas apareció sobre los campos para comerse las cosechas, el Noveno *laoye* conducía un borrico peludo, y sobre el borrico iba el Cuarto abuelo. Los tres iban por esta misma calle, ya que se dirigían hacia el lado este del *cun*, donde iba a celebrarse la ceremonia... Y señalando las olas de langostas, la Novena abuela me mostró dónde quedaba el este del pueblo. Ante el decadente y abandonado templo de las Langostas estaba arrodillado un hombre, y supe por la mata de su pelo estirado y desordenado que se trataba del Cuarto abuelo. La Novena abuela y yo nos dirigimos juntos hacia la parte delantera del templo y nos colocamos detrás del Cuarto abuelo. Pude ver la nariz rígida y brillante, ya que caía la luz del sol sobre ella, del Cuarto abuelo. La entrada del templo hacía tiempo que estaba descuartizada y destartada. Como unos brutos, entramos en el templo. Las termitas habían hecho su labor, y habían pasado cincuenta años de lluvias y vientos que habían limado y roído el templo. En los ladrillos desnudos se veían nidos de avispas que habían corroído la entrada. Sobre del templo había una ventana grande abierta y en los muros había originalmente unas pinturas, pero la lluvia acabó por borrarlas. Varios cientos de murciélagos estaban en el techo del templo. Esos murciélagos habían dejado sus excrementos en todas partes. Me vino a la cabeza el recuerdo de una imagen: el Cuarto abuelo reunido en el templo con sus constructores, los cuales debían haberse convertido ahora en esos murciélagos. Uno de los murciélagos desplegaba sus alas exentas de carne, sus alas casi transparentes, como un fantasma, y sus excrementos parecían semillas del nenúfar gigante. El Cuarto *laoye* las contemplaba como joyas de un tesoro valioso. Cuarto abuelo, me dijiste que esa maravilla rara vez vista en este mundo —cada uno

de esos granos— tenía el mismo valor que las pepitas de oro... En ese momento, la figura de yeso enorme que representaba al Rey de las Langostas parecía haber sufrido el paso del tiempo de una forma devastadora y el color se había desgastado hasta acabar transformándose en un mismo color tabaco. Junto con el brillo de la nariz del Cuarto *laoye*, pude ver en medio del templo la estatua del dios langosta, la cual había sido destruida y parecía un enorme saltamontes en medio de un infierno —un saltamontes con sus tentáculos, con sus alas y sus patas perdidos para siempre—; un saltamontes que solo poseía ya un abdomen negro. Por lo tanto, la ferviente y sentida oración del Cuarto abuelo iba dirigida solamente a un abdomen de yeso. La plaga de las langostas se había dirigido hacia el lado oeste del pueblo y los pollos que estaban bajo el árbol del moral y el borrico atado al muro se inquietaron. El borrico temblaba y a las gallinas y los gallos se les habían puesto las plumas de punta. Todos ellos temían ser devorados por los insectos y lo único que hacían era agruparse. Los soldados y los miembros del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas habían seguido las langostas hasta el pueblo. Había además un viento seco que soplaba desde el suroeste y que traía un olor muy desagradable a langosta muerta.

La Novena abuela dijo: Cuarto abuelo, nuestro ancestro, levántese. ¡Las langostas han llegado al pueblo!

El Cuarto *laoye* continuó arrodillado y no se movió. La Novena abuela y yo lo cogimos con los brazos y lo levantamos. El brillo de la nariz del Cuarto abuelo desapareció de golpe. Se giró y pude ver su cara. Me miró de reojo y sonrió: Hijas de puta..., demonios..., seres poseídos por espíritus maléficos...

La voz del Cuarto abuelo salió ronca de su garganta.

Enseguida comprendí que el Cuarto abuelo estaba enfermo y si estaba arrodillado ante el dios langosta no era para rezarle, sino que era para confesarle sus pecados.

Cuarto abuelo, levántese y vuelva a casa. Las langostas han entrado en el pueblo.

Hijas de puta..., demonios..., seres poseídos por espíritus maléficos..., habló con arrogancia el Cuarto abuelo y sin atreverse a mirarme a la cara. Tenía su brazo cogido, y en mi mano sentí que le temblaba el cuerpo. Pero el abuelo se inclinaba hacia el lado de la Novena abuela, que le sujetaba por el otro lado. El Cuarto *laoye* apenas podía caminar y sus pies se movían hacia todas las direcciones. Tengo frío, tengo frío, decía, y ese día parecía que

había fuego en el ambiente. El Cuarto *laoye* insistía: tengo frío. Yo creía que era su corazón el que estaba frío y también creía que el Cuarto *laoye* hacía ya mucho tiempo que no era de este mundo.

La calle se cubrió de saltamontes y langostas. Se movían tan rápido que no parecían ser ni siquiera insectos. Los soldados se precipitaban al centro de la calle y los destruían a cientos, arriba y abajo, a derecha e izquierda. Los miembros del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas daban paladas en el aire con el fin de espantar las langostas. Estaban, en realidad, muy asustados y gritaban. Yo lamenté la frivolidad con la que se estaba tratando esa plaga. Una plaga de langostas, como la de hacía cincuenta años, que era igual de destructora, ¡era ni más ni menos que una plaga de langostas lo que teníamos ahora ante nuestros ojos! ¿En qué estábamos pensando?

Los hombres se han convertido en unos degenerados, pero las langostas también se han vuelto unas degeneradas.

Cuarto *laoye*, no tenga miedo. Si no fuera porque hay enfermedades mortales entre nosotros, en el mundo no cabríamos todos y tendríamos que matarnos los unos a los otros para encontrar un espacio donde vivir. Yo no soy más que un pobre campesino que ha crecido en un pueblo. En estos tiempos de caos y desorientación, y en esta época de ladrones, nadie es una buena persona. Créame. No se entristezca. No vale la pena. Cuarto abuelo, ¡yo haré construir un arco conmemorativo en su nombre! Relájese. Pero ahora vuelva a casa, se lo ruego. Yo soy el bisnieto de un pariente suyo. Todos sus asuntos se han podrido en mi estómago, pero no se lo he dicho nunca a nadie. Cuarto abuelo, no se sienta culpable. Usted sufrió el engaño de la Cuarta abuela y por eso acabó con ella; pero su muerte estuvo justificada. Fue por no tomar una vía sentimental nueva. No se haga mala sangre, Cuarto abuelo. ¿Se consideraba usted como una persona noble y por eso se ha sentido tan herido? Cuarto *laoye*, quería decírselo. Su corazón, ¿no está un poco más caliente ahora que hace apenas unos instantes? ¿Todavía siente frío? Cuarto *laoye*, alce el mentón y míreme a los ojos. El cielo es azul. Igual de azul que el agua del mar; y el sol está en todo lo alto y brilla igual que una joya. Todas las langostas han entrado ya en el pueblo y no queda una sola brizna de hierba. La hierba de la capa de la Tierra ha sido barrida por esas bestias. ¿No era usted quien se preciaba de hacer sus necesidades sobre la hierba? Le acompañaré, pero dejemos esto. ¿Le parece? Hace no sé cuántos años que no he olido su mierda, Cuarto abuelo. Esa misma mierda que olía a

aceite de yerbabuena. Los soldados son gente muy valiente y todos ellos tienen las manos y la cara llenas de la sangre de color verde esmeralda de las langostas. El borrico que estaba atado al muro, el pobre, sucumbió ante el ataque de las langostas. ¿No se acuerda de cuando iba con él a hacer visitas médicas? ¿Qué tenía que ver el pobre con esa sangre verde esmeralda? Su apariencia, ¿no es similar? ¿No tenía usted una relación más noble con el borrico que «la gran campana» con su burra? ¿No era usted más cabal que ese hombre? Usted estaba lleno de savia, como una planta, y es de constitución fuerte. El látigo en sus manos era un arma temible, ya que era como una serpiente de hierro. El viento silbaba cuando lo utilizaba. Las membranas de los oídos de quienes lo escuchaban se rompían. Pero usted también podía ser fiero y letal como un veneno. Oler la sangre y volverse loco. Entonces, ¿usted era capaz de romper el acero, Cuarto abuelo! El hombre, a decir verdad, no anda muy lejos de lo que en realidad es un animal; pero el peor de los animales no alcanza la maldad que puede alcanzar un hombre malo. ¿No es así? ¿Todavía tiene frío, Cuarto abuelo? ¿Ha atrapado la malaria? En las marismas rojas se atrapa fácilmente la malaria. ¿Quiere que le prepare una infusión de hierbas caliente? El gusto a la malaria no sabe muy bien que digamos. Cierto: cuando uno tiene frío, parece que se ha acostado sobre una placa de hielo. Cuando uno tiene calor, parece que se ha sentado sobre una cesta con la que se cocinan los bollos al vapor. Los dientes le castañeaban al Cuarto abuelo y esa mezcla de frío y calor le dolía con una intensidad tal que parecía que iba a romperse el Cielo. Era el calor y el frío al mismo tiempo lo que no podía soportarse en la malaria. Si no recuerdo mal, aquel año yo cogí la malaria y mi casa se puso amarilla como el oro. De pie pero dando cabezazos y balanceándose de un lado a otro, como un junco. Y usted, a pesar de las mordeduras de los mosquitos, iba constantemente a las marismas rojas para recoger las flores del Monte de Chang¹⁹ porque sabía que esas hierbas le protegían de esa enfermedad. Y ya se sabe, salvar una vida tiene más mérito que construir una pagoda de siete pisos. Usted, para recoger esas plantas que podían necesitar otros, tuvo que soportar la mordedura de un hipopótamo en las marismas rojas y las coces de las cebras de los cañaverales. Usted, para recoger esas plantas medicinales tan prestigiosas, se armaba de valor y se metía en las marismas rojas con todo el peligro que encierran. Podía caer en una zona de arenas movedizas y perecer bajo el barro rojo. Usted pasó toda su vida corriendo el riesgo de morir de un momento a otro. El humanismo que conllevaba la marcha de la Revolución

llevaba en sí mismo mucho más odio que el acto de hacer buenas obras y la caridad de sus acciones, Cuarto abuelo. Usted sigue vivo, honorable y justamente vivo, aunque haya algo que no le deje vivir tranquilo. Cuarto *laoye*, ¿tiene todavía frío? Vale, ya está bien. Cierto, en ese momento la malaria me había dejado muy deprimido, o incluso peor, me había dejado en coma y delirando. Ante mis ojos aparecían fantasmas que no eran reales. Las hojas de la planta del Monte de Chang son puntiagudas como agujas y las flores son amarillas y verdes. Tiene unos frutos que son como cápsulas, y la raíz y la hoja se unen a la flor, pero por muy fina que pareciese, curaba nada más y nada menos que la malaria. Cuarto *laoye*, yo sabía que todo lo que usted decía salía del *Tratado de herboristería para usos medicinales* de Li Shizhen. Si no hubiera sido porque fabricó las famosas pastillas de las Cien almas²⁰ moliendo con la muela de piedra la banda numerosísima de langostas, usted no se hubiera hecho rico... ¡Vaya moralidad la suya, Cuarto abuelo!... ¿Todavía tiembla de frío como un polluelo, Cuarto abuelo? No tiembla más. Oigo su esqueleto y parece que estoy escuchando un coche destartado intentando desplazarse de un lado a otro: *crac, crac*... Parece que va a colapsarse de un momento a otro y va a caerse desmoronado al suelo... ¡Mil y diez mil palabras! Nosotros todavía deseamos escucharle mil años más, Cuarto abuelo.

La Novena abuela y yo colocamos temporalmente al tembloroso y moribundo Cuarto abuelo sobre unas tablas de madera para que el sol calentase su corazón frío y sus rayos actuasen como agujas de acupuntura en su cabeza aturdida. Lo pusimos ahí sobre las tablas de madera de bambú pintadas de negro, para que su nariz volviese a brillar e iluminase la estatua de yeso destruida de la langosta y los muros sórdidos del templo, las telas de araña desapareciesen y los murciélagos se pusiesen a volar en medio de la luz. El espacio interior libre del templo era bastante reducido y los murciélagos — que parecían hechos de muselina— no tenían mucho espacio para volar; pero cuando despleaban las alas y volaban, eran hermosísimos. Lo hacían con mucha habilidad a pesar de su ceguera, pero ello no les impedía chocarse entre ellos una y otra vez... No recuerdo muy bien cuándo cayeron al suelo polvoriento las gafas de sol. La mierda de las langostas ensució los cristales y el soporte. Cuarto abuelo, ¿todavía quiere morir? Usted parecía un caballo viejo atado a unas maderas en medio de la oscuridad. ¿Qué pinta tenía usted cuando hizo la ceremonia de sacrificio en el templo? Las flores bellas no florecen a menudo y los paisajes bellos tampoco aparecen a menudo. Incluso aunque construya un toldo de mil *li*, todo banquete debe tener su fin. ¡Y así lo decide el corazón del pueblo y el pueblo nunca se equivoca! Cuarto abuelo, en ese momento tan importante vestía su chaquetilla china larga, calzaba unas zapatillas azules y sujetaba en todo lo alto el trípode sacrificial que llevaba en sus manos.

Las langostas entraron en el pueblo cuando los lugareños estaban preparándose para la reunión de la ceremonia. La luz blanca del sol bañaba la piel de las langostas, dándoles de esa manera un tono anaranjado a sus cuerpos rojos. En la calle se movían innumerables tentáculos. Los hombres que respetaban profundamente las langostas no se atrevían a precipitarse con ninguna acción por miedo a lamentarla más tarde. Esos miembros arrogantes del clan divino temían, además, ser heridos por esas bestias en sus cuerpos, o recibir picaduras en las manos o en la cara. El Noveno abuelo acompañaba el borrico y llegó hasta la puerta del templo. Ahí vio que los que iban a preparar el sacrificio en el templo estaban arrodillados. El borrico se detuvo ante el altar y sus ojos barrieron con su mirada la escena que tenían ante ellos. Había en realidad cientos de personas arrodilladas ante el templo con las cabezas y

nucas brillantes, ya que estaban llenas de sudor. Las langostas se posaban sobre esas cabezas y nucas sudorosas y les chupaban el sudor como quien bebe agua en un arroyo. Esos adoradores las soportaban estoicamente mientras dirigían sus rezos silenciosos al Dios de las Langostas y las langostas recorrían sus espinas dorsales; pero nadie, absolutamente nadie, osaba mover un dedo. Frente a la ceremonia y sus idólatras, yo sentía que algo me hacía cosquillas en las plantas de los pies.

Los piecitos de las langostas caminaban sin parar sobre mis pies y sus bocas parecían chupar todo lo que aparecía ante ellas, sobre mi piel. El abdomen de las langostas parecía que formara vetas de oro sobre tu cara. Tú y yo... Yo soy una mujer de humor cambiante, e indecisa, con heridas de amor profundas..., y estaba de pie ante el antiguo lugar donde se hacía el culto y los sacrificios, y justo en el mismo lugar donde hace cincuenta años se produjo la plaga de las langostas. Otra vez la misma historia, y para mí no era difícil imaginar la ceremonia del culto —la resurrección de los cantos y las lecturas de los textos sagrados— como si la estuviese presenciando. Percibía claramente el olor que me era familiar y que desprendían tus sobacos de piel de cabra. Una de las langostas subía por la punta roja de tu nariz. A la langosta le brillaban los ojos y parecía que llevaba gafas. Tú intentabas matarlas con tus zapatos de tacón alto: *crac, cric, crac...*, sonaba bajo tus pies. Vi que tu cara no tenía muy buena pinta. Una de las langostas escalaba por ella y tus ojos lanzaban un fuego azul dispuesto a matarla. Los sucesos de hacía cincuenta años volvían una vez más a aparecer de forma intolerable. Esa oportunidad era verdaderamente única. Obedeciste mi dedo y miraste al frente. Se oyó un tambor y el Cuarto abuelo alzó una taza de vino y se la ofreció majestuosamente al Cielo. En medio de la música y los tamborazos, se le inflaron las mejillas y las langostas subían por su rostro. El Cuarto *laoye* dejó el vino en el suelo y dio unas palmadas con las manos... Todo ello conscientemente... El Cuarto abuelo cogió una langosta medio muerta que había sucumbido a una de sus palmadas y la puso junto a su boca, dejando caer en sus labios el líquido espeso verde. La boca del Cuarto abuelo se coloreó de verde, como la sangre de esa langosta. El Cuarto *laoye* empezó a hacer ese acto inmoral que iba a convertirse en el gran ejemplo de la ceremonia, y los presentes enloquecieron al instante. En eso consistía el sacrificio. ¿No lo viste? Los que estaban arrodillados siguiendo el culto se levantaron y se pusieron a aplaudir. *Clap, clap, clap...* Y empezaron a golpearse la frente, el cuello y las mejillas con la palma de las manos. Luego

se golpearon el pecho, los hombros y la espalda. Por supuesto, más de una langosta pereció en esa locura de palmadas a diestro y siniestro. Y tú, ¿te golpeaste la cara? ¿Cuántas langostas mataste? Yo te lo dije: máatala. De esa manera, tú podías saber a qué sabían las langostas rojas. Las langostas que comimos todos estaban ya casi podridas y no sabían a nada. La ceremonia sacrificial de las langostas continuó. El incensario que tenía el Cuarto abuelo delante de él empezó a arder. La llama amarilla se convirtió en una llama negra que se movía como una mariposa que te llamó poderosamente la atención. Dentro del templo y a través de la puerta con el cerrojo metálico, vimos dos candelabros que parecían dos cabras enormes con sus cuernos y que iluminaron inmediatamente la semioscuridad del interior. El Dios de las Langostas seguía inmóvil en medio de la luz de esas candelas, pero parecía haber recobrado vida y que sus tentáculos se movieran. El Cuarto abuelo acabó con la ofrenda del vino y cogió unas hierbas que levantó con las dos manos, avanzó —con la cara compungida por el tormento de las langostas— por el templo y se las ofreció a la langosta gigante, poniéndoselas delante de su boca. Nosotros nos pusimos en trance. El Dios de las Langostas movió ligeramente las patas y las alas y abrió la boca, mostrando poco después sus enormes dientes azules —dientes que parecían los de un mulo—, y se puso a masticar la hierba. Después de la ofrenda de la hierba, el Cuarto abuelo salió del templo y, ante la muchedumbre que ahí se encontraba arrodillada, se puso a leer un texto de un famoso estudioso de nuestro *xiang*, *La lengua del rito sacrificial de las langostas*²¹:

El quinto día del sexto mes del vigésimo cuarto año de la República de China (el 15 de junio de 1935), en el cantón de Dongbei en Gaomi, el jefe del clan de los masticadores de cisca y los miembros de este mismo clan se arrodillaron en el suelo para hacer las ofrendas del sacrificio al Dios de las Langostas. Con reverencia y solemnidad está escrito con sangre: el *yang* (el signo masculino, la luminosidad) del caballo blanco, el *yin* (el signo femenino, la oscuridad) de la tinta, y su conexión con la tierra en la que han vivido varias generaciones del clan de los masticadores de cisca, respetando y venerando el Cielo y la Tierra, temiendo a los espíritus y los dioses; así empezó, por lo tanto, el ejemplo de respeto y protección del clan de los masticadores de cisca, las gentes de mi clan, el clan de los herbívoros, de los que mastican la hierba, de intestinos gruesos y estómago duro, de hígado exhausto y pulmones agotados, de un corazón como la mierda y la tierra, de un destino frágil como el papel y que no se atreve a tomar como suyos los diez mil objetos de este mundo y la hierba, los insectos y los peces, que de ellos derivan. Mi clan y el dios del clan de las langostas se toparon accidentalmente hace cincuenta años. Ya preparados para recoger los mil granos de color amarillo para llenar el estómago, con el corazón en los puños, y que el emperador del Cielo lo vea con sus propios ojos. Cincuenta años después, vuelve a producirse el encuentro. Una tras otra, esas langostas han devorado todo lo que había en mis campos y el corazón de las gentes de mi clan se dolió de ello. Tres años de sequía y el grano apenas apareció sobre nuestros campos. Las gentes del clan

de los masticadores de cisca tuvieron que morder la tierra; pero por suerte, el Dios de las Langostas apareció como un sueño y se construyó un templo en su honor para adorarlo y cumplir con los ritos de las langostas. El incienso no dejó nunca de humear en el templo. Al día de hoy, el templo ya ha sido construido del todo y el dios ha sido levantado en el centro. La hierba recién cortada ya puede serle ofrecida por sus adoradores, así como el vino de nuestros ancestros —el vino de nuestra tierra— por tres veces, como el culto de la gran representación: tres veces, ni una más. Muchos fueron los hombres que vinieron de otras tierras para encontrar al Dios de las Langostas. Desde las tierras fértiles al norte del río, a más de mil *li* de aquí —esas tierras donde las hierbas crecen lujuriosamente y nunca se acaban, ni cuando las comes ni cuando las masticas—; y, además, están las mujeres hechizadas al norte del río, mientras que el corazón del pueblo continúa siendo estúpido e ignorante. Por eso masticamos la hierba: para mostrar que adoramos a nuestro dios. El Dios de las Langostas es sabio y ha escuchado mi clamor. Oh, uh, oh, uh. Nuestras lágrimas son de sangre y juntos le ofrecemos la hierba verde. ¡Nos postramos ante él y le ofrecemos este sacrificio!

El Cuarto abuelo acabó de leer el texto y para ello utilizó una voz potente que salía directamente del fondo de su garganta. Unos hombres acompañaron las palabras del Cuarto *laoye* con el repiqueteo de unos tambores que hicieron temblar el cielo y la tierra. Las langostas y los saltamontes que había en los campos se arremolinaron y vinieron con toda su fuerza y todos sus chirridos caóticos. Parecía que querían romper los nervios de la muchedumbre reunida en el templo. Todos nosotros dirigimos la mirada al interior del templo y vimos la langosta gigante devorando como un mulo la hierba tierna que le había ofrecido el Cuarto abuelo. Nos llamó la atención que la langosta gigante ofrecía una imagen como un ser vivo —viva como un tigre e igual de versátil que un dragón— cuyo espíritu se revelaba ahora dentro de ese cuerpo de yeso y pintura. Tú y yo juntos analizamos el significado del texto que leyó en voz alta para el sacrificio el Cuarto abuelo, pero tú no descubriste nada nuevo. Eso de comer langostas y masticarlas para sacarles el suco ya lo había visto con algunos animales y, además, te parecía peligroso ya que podía envenenarnos. Los hombres del norte del río lo saben. En ese momento, la muchedumbre ya se había puesto de pie. Había algunos ya mayores que parecían quietos como dos palos plantados en la tierra y la luz del sol parecía herirlos con sus rayos. Ellos también se habían convertido en el sacrificio ofrecido a las langostas. La muchedumbre miró la catarata de langostas que se avecinaba desde lejos. El Cuarto *laoye* estaba sentado en su borrico cuando silbó y el animal se arrodilló de golpe. El Noveno abuelo iba siguiéndolos de cerca. Miles de langostas y saltamontes habían muerto bajo las patas de los borricos y los pies de los hombres. El burro se detuvo ante el altar del sacrificio y volcó sin querer el incensario. El Cuarto abuelo se había quedado

a un lado temblando. La Cuarta abuela gritó con una voz que, aunque era la voz de la Cuarta abuela, parecía embrujada:

¡Han vuelto y están subiendo por todas partes! ¡Han venido volando! ¡Cuarto abuelo, Cuarto abuelo has perdido la cabeza por el dinero! ¡Has violado las leyes de tu consciencia y has hecho algo muy malo! ¡La retribución actúa de día y de noche!

Y tú me preguntaste de repente con preocupación: ¿De verdad que hay una retribución y uno acaba pagando por sus actos buenos o malos? Yo pregunté: ¿Has hecho algo malo?

Tú moviste la cabeza para decirme que no, pero evitaste mirarme. Lo que veías ahora era el Cuarto *laoye* cincuenta años después, como un perro moribundo echado sobre unas maderas apestosas y cegado por la luz intensa del sol —un sol majestuoso como el fuego—. El Cuarto abuelo temblaba de los pies a la cabeza y quería morir. En ese momento pensó en el pasado, en su pasado.

Si hay retribución, eso es algo que debe temerse..., dijiste.

¿No estarás actuando como la cuñada Xianglin, ese personaje patético salido de la pluma de nuestro gran escritor Lu Xun²²?

—Pienso en regresar a la ciudad —dijo—, encogiendo los hombros y con miedo.

Si quieres regresar a la ciudad, que la ruta del camino te sea feliz, le dije. Levanté la mano para decirle adiós, pero esta percutió con tu mano, que estaba helada. Tú pareciste entonces un trozo de hielo que se deshace de repente convirtiéndose en vapor.

XI

Enfundada en tus vaqueros, con el culo que se te había ensanchado, ya dentro y bien ajustado, caminaste hacia el lado oeste. Esperabas fervientemente subir al piso donde el profesor universitario sacaría la lengua y te lamería los pezones. Vestías además una camisa a rayas, como una cebra, y te sentaste en un sofá de piel de tigre, mordiéndote los labios y sorbos a una taza de café. Contemplabas los cuadros que había colgados en la pared y los disfrutabas — todos ellos copias perfectas—: uno era de una mujer con tres pechos que abrazaba un esqueleto. Los dos estaban rodeados de plantas exóticas que crecían en unos pantanos. Sobre esas plantas había langostas rojas. Tú estabas hombro con hombro con él y contemplabas el cuadro. Su hijo estaba sentado en un sofá detrás de vosotros, con las piernas abiertas con su infantil y tierno sexo colgando. Pero no decía nada. Vuestros corazones se consumían en mil llamas, las cuales eran como esas llamas azules que calientan el pote con el pescado, y, de hecho, desprendíais el mismo olor, un olor que iba a más. Las cualidades alimenticias del pescado eran conocidas —además de una comida relativamente barata—, y por eso el gobierno promocionaba la carne de pescado a todas horas. Dejasteis al niño en el salón y os metisteis en el dormitorio. Parecíais un par de pingüinos ebrios. Tú tenías mucho miedo. Alzaste la cabeza y viste enfrente a su esposa con los músculos de la cara tensos, ya que estaba comiendo. Tenía la cara como hinchada en esa fotografía. Sonreíste y tu sonrisa se vio reflejada en el espejo de la habitación, y suspiraste al mismo tiempo... Al dormitorio entró un grito desgarrado y miserable, y a vosotros se os pusieron los pelos de punta. Al entrar en el dormitorio descubristeis que la pinga del niño estaba sangrando y que al lado había un cuchillo lleno de sangre que había sido arrojado al suelo... ¿Cómo ha podido?, preguntó él. Hizo esa pregunta con lágrimas en los ojos, con mucho miedo y a punto de desfallecer; pero se sentó guardando la compostura. Parecía más bien un esqueleto pálido que se había dejado encima del sofá. Un gato piojoso y lleno de pulgas amarillas estaba con los ojos cerrados encima del frigorífico. El gato roncaba tan tranquilo. El gato olía mal; olía a pescado, a estornino muerto. De repente, me vino a la cabeza un recuerdo extraño. No me cabía ninguna duda: el olor a pescado del gato me resultaba familiar y extraño al mismo tiempo, al igual que el recuerdo que me asediaba en esos momentos. No era por lo tanto un olor a gato, sino un

olor a estornino muerto, que era un olor que su madre apreciaba. Esa era la razón por la cual la entrada al zoo era tan cara. ¿Cómo podían suceder esas cosas? Si una foca quiere comer un estornino muerto..., estos cuestan lo suyo. En cambio una cebra, si esta quiere comer, pues se alimenta de hierba y esto no cuesta nada. ¿Y no comen nada de salvado? Comen algo de tortas de semillas de soja... ¡Ah, y eso sube los precios! Pero todos se quejaban de las langostas y los saltamontes. El olor de ese gato me recordaba al de las langostas... El gato solo lamía la sangre que había sobre el pico de gorrión que había a su vez atrapado una langosta; pero el gato no se comía el gorrión. ¡Ah, el gato! Nadie te dejaba abrir la tapadera de la cazuela ya que el pescado todo entero se estaba cocinando en el interior... Vuestras espinas dorsales estaban tiasas porque un frío glacial de muy mal agüero las había atravesado. El frigorífico se puso a rugir y el gato abrió los ojos y bostezó. Sus ojos lanzaron una luz especial, una luz de alguien que es muy perezoso y mira lentamente a su alrededor. Y miró, por supuesto, tu cara bella; pero el muy vago volvió a bostezar y cerró los ojos. El olor a pescado del gato persa continuaba mareando a cualquiera, pero el ruido del frigorífico se detuvo. En la habitación se hizo un silencio extraño y vosotros parecíais haber caído en el pantano rojo; y el barro del pantano es pegajoso y denso. Cuando caes en él, te hundes hasta que el barro te llega a la boca y la nariz. Había en la habitación cuatro ojos muy deprimidos y dos cabezas bellas, elegantes, pero muy pálidas. Vuestras orejas parecían estar de punta porque sufrían mucha presión medioambiental. Estaban además rojísimas e hinchadas debido a que las venas se encontraban llenas de sangre. Vuestras orejas parecían hojas rojas saliendo de vuestras cabezas blancas, y todo ello en una penumbra que había tomado también un tono rojizo. Hasta el último momento ibais a oler ese pescado. Una luz crepuscular entraba por el cristal de una ventana. Estaba anocheciendo y esa luz entraba dando de lleno al cuadro de la mujer de los tres pechos y la calavera blanca del esqueleto. Era una luz de un rojizo lujurioso e inusual, como el rojo de la tierra pantanosa de las marismas. Y, sobre vosotros, esa luz os convertía en seres verdes: del verde de los sapos —ese verde fresco, húmedo, difícil de encontrar, de plantas raras—. Los sapos hinchan sus barrigas y sus ojos parecen dos pelotas negras. Su nariz era verde y roja; era como una auténtica joya.

Abriste bien los ojos y viste a su hijo arrodillado y con la nariz cortada. Su hijo tenía cogida por la mano una banana. Había algo de aburrido e insípido en esa cabeza de hombre sabia e inteligente. Tú estabas de pie a un lado,

junto al gato persa y su olor a pescado. Con mirada patética parecías estar viendo esas obras de teatro en las que aparecen los «sentimientos que unen a un padre y un hijo» y te sentiste desconsolada. Dijiste: ¿Puedo ayudarlos? Pero él no me respondió. Su hijo tenía un enorme cabezón y se levantó, preguntando con curiosidad: Tía, tú y mi padre, ¿por qué sois igual que ese gato? Al escuchar esa pregunta, la piel de tu cara se puso a arder. El niño volvió a preguntar: Mi papá, ayer noche, al cerrar la puerta a la tía gorda, ladró como un perro. ¡No digas tonterías, hijo!, le replicó inmediatamente su padre.

En la luz blanca de la puerta se oyó un ruido, como si alguien la hubiese tocado desde fuera. No, era una llave entrando en el cerrojo; pero el que más se asustó no fuiste tú, sino él. Cubrió a su hijo y este pareció un gallo que saltaba del suelo, ya que tenía la cara amarilla. Él se dirigió hacia la puerta y una vez llegó hasta ahí se giró y te dijo en voz baja: Entre nosotros no ha pasado absolutamente nada, y tú, atontada, solo pudiste oír unos sonidos en la puerta. Era la voz de una mujer.

Su esposa regresaba de un viaje.

Tú le tomaste la medida a esa mujer de ojos curvados y labios carnosos, y pensaste en los ríos y las montañas de África, en sus cebras y sus hipopótamos. La mujer llevaba un bolso de viaje ajado y su cuerpo desprendía olor a pescado. En la cabeza llevaba una horquilla con un zafiro que le daba un color verde a todo el cabello.

Él parecía haber escogido un tipo de mujer mediocre —ni muy guapa ni muy fea, alguien mediocre, del montón, que podía pasar desapercibido—; y los pechos de su esposa —tal y como pudiste ver— se le movían cuando andaba. El niño dio un salto desde el sofá y se arrojó sobre la mujer. Madre e hijo se abrazaron y se besaron afectuosamente... Tu rostro se llenó de lágrimas. Él te presentó a su mujer, y cuando lo hizo, tú cambiaste el rictus de tu cara. Te pusiste seria y guardaste la compostura. Tu cabeza parecía, en realidad, la de un mulo. Él, ante su esposa, reveló que había estado contigo. Ella también te miraba de reojo y lo hacía con esa misma mirada arrogante que empleaba su marido cuando te miraba a ti delante de ella. Aunque deseabas mantener una cara seria y tranquila, una cara alegre, te sentías triste por dentro. La mujer se sacó la horquilla del cabello, dejando el pelo suelto, y la envolvió en un pañuelo; parecía indignada. Tú lo viste: unos minutos antes, él se había mostrado con una arrogancia insoportable y de un orgullo insufrible, muy preocupado por mantener su posición de poder ante ti. Pero

ante su esposa... Tú viste cómo se arrodillaba ante su rostro. Ella era como una diosa a la que había que reverenciar, una diosa que se hacía cada vez más grande, mientras que él se hacía ante ella cada vez más pequeño. Daba pena ver la cara del esposo y amante entre las piernas de su temida y respetada esposa. Ella bostezó y le dio la horquilla de zafiro a su marido. También se sacó las gafas con montura dorada. El marido seguía arrodillado y con mucha ansiedad delante de ella. Oíste una palmada y poco después supiste que la mujer le había dado un bofetón a su marido. Alzaste inmediatamente la mirada y retrocediste hacia el frigorífico totalmente ebria por el olor a pescado que desprendía el gato persa. Oíste que le imploraba a su mujer: Es ella..., esta puta asquerosa quien me ha seducido...

Tú parecías un murciélago con las alas rotas que había caído del cielo al suelo...

Esa noche, tú llevabas una falda negra ancha y unas braguitas rojas como un tanga, con unos zapatos blancos de piel de color blanco como la nieve y tacón alto. Llevabas además un bolso elegante de piel de tiburón. Te encontrabas en una situación difícil y no pudiste escaparte con facilidad. Cuando estabas en el autobús, abriste el bolso y sacaste un espejo pequeño para ver tu cara pálida y lánguida. Tu boca estaba tan blanca que parecía haberse helado, y por eso cogiste del bolso la barra de labios roja. Tu asociado le dio ese pintalabios a su hijo para que jugara con él. Tú odiabas a tu asociado, pero eso no te impedía pintarte los labios de rojo. Había que esconder la vulgaridad de tus rasgos faciales. Tu mano se detuvo. Luego tomaste el camino de losas de forma octogonal, en trance, y el canto enloquecido de los tordos cantores no te perturbó. En ese momento, un hombre tiró una piedra a tu cara, y ello despertó en ti un profundo odio hacia él. Luego levantaste la mano y le diste una bofetada a ese hombre sin saber del todo si le odiabas o no le odiabas. Tras el bofetón, entraste en el tenderete de bebidas frescas El Océano Pacífico. Dentro del tenderete había una música que rompió en mil pedazos tu corazón. Te dejó confusa y preocupada, y saliste con precipitación del tenderete de bebidas frescas. Cuando viste al hombre, que estaba reunido con otros hombres, le volviste a arrear otro sopapo. ¡Todos los hombres sois unos cerdos y unos perros! Tú lo recordaste con humillación. Arrodillado delante de su esposa, él te insultaba, y era como si arrojasen unas flechas en tu corazón; una luz intensa iluminó tus ojos... Hacía más de un mes, después de que tú dieras esos dos bofetones, observé indignado cómo cruzabas la calle. Tú vagabas por el paso de cebra como un

espectro. Si no habías matado una cebra, ¿de dónde sacaste ese vestido de piel de cebra? Tú estabas confusa. Quizá, el vestido que llevabas no era de una cebra muerta. Te lo diré: las cebras cantan excelentemente. Las cebras, con el fin de luchar contra los leones que quieren comérselas, me chupan cada día la mano. Y cuando tú grabas las voces de los animales, ¿qué sentido tiene todo eso? ¿No te lo dije? Yo soy especialista en las lenguas de los animales. La luz blanca iluminaba el exterior y te vi saltar en medio de la calle, bajo esa luz. Se te veían las piernas delgadas bajo esa falda de muselina negra, como también se veía tu culito apretado con ese tanga rojo. Tus muslos, fuertes y consistentes, eran blancos y se movían ligeramente cuando caminabas. Yo podía oír como si fuera un sonido metálico el pisar de tus tacones en el pavimento. Recuerdo vagamente tu rostro blanco bajo la luz blanca y, como antes, podía oír tu voz de cebra.

Solo podía felicitarme y estar triste al mismo tiempo. ¡Cebbras, cebras, cebras!... Al verme, la cebra se excitó. Vino para chuparme, morderme... Olía sus lágrimas... África... Ellas —las cebras— recordaban África y la bullaranga infernal de la plaga de las langostas. Y quiero decírtelo todavía: él supo rápidamente que un coche te atropelló y moriste en el acto. Él se quedó de una pieza y bostezó. El gato persa —el gato persa de su familia— también murió aplastado y tu amante se sintió tan triste que no pudo comer durante varios días.

El odioso y repugnante deseo sexual de los hombres conduce a las mujeres a su degradación. Son los hombres quienes hacen que las mujeres se depraven. Corrompen a las mujeres y se corrompen ellos mismos. ¡Y eso es un ciclo sin fin execrable! Y por mi experiencia... ¡Odio a los hombres! Y en mis sueños, tú vestías unos pantalones blancos viejos pero enmendados y muy limpios, dijiste mordéndote los labios.

Me puse a pensar seriamente en ello y dije de forma objetiva: Dices cosas que no tienen ningún sentido. Sin embargo, bajo estas circunstancias, si una perra no pone tesa la cola y muestra el culo, el perro no irá a montarla.

Tú me insultaste de nuevo: ¡Todos los hombres sois unos perros!

Dije: Mujeres que son perras también las hay, y a montones.

Tú me dijiste: Deberían castrar a todos los hombres.

Dije: Eso, por supuesto, estaría muy bien. Sin embargo, castrar a los hombres puede tener muy malas consecuencias para todos nosotros. Los eunucos del palacio imperial eran unos castrados y los pobres estaban tan desesperados que hacían lo que hacían.

Ya puedes contarme cualquier cosa, ¡todos los hombres son perros!

Las mujeres también sois perras. Por eso, nosotros, cuando insultamos a la gente, le decimos: ¡Vaya perro (macho y hembra) estás hecho o hecha!

Ella se puso a reír.

No hay nada gracioso en eso; este es un problema muy serio. El deseo sexual es particularmente importante: los hombres y las mujeres han debido vivir con él desde hace miles y miles de años, creando una moral que lo condena y todo tipo de castigos y torturas para sancionarlo. Toda la humanidad es decadente, y por eso todos nosotros somos incapaces de detener la degeneración de nuestra especie, entramos en el pantano y luego caemos en las marismas rojas y acabamos muriendo tragados por el barro rojo como las mariposas acaban muriendo con las llamas de fuego. Esto es un defecto inherente a la propia humanidad. La humanidad no debería estar satisfecha de ello. Los hombres y las mujeres no somos diferentes de los perros, los gatos, las mariposas, los insectos, ni en la mierda que cagamos todos los días. Pero tal vez hay una diferencia entre los hombres y el reino animal: ¡Nosotros somos unos hipócritas! La lengua de los hombres y las mujeres puede ser afilada y contradictoria. Él visualizó en su cabeza que jugaba contigo como quien juega con una prostituta. Pero él se arrodilló frente a ti con los ojos llenos de lagrimones y de su boca salieron unas palabras que, según te juró, las había escrito él mismo (en realidad las había plagiado de un libro). Era un poema de amor: Ah, yo te amo, te amo..., y te abrazo con mis pensamientos. Dando vueltas, con tu pelo al viento... Te abrazaría tantas veces... Él te leyó ese poema hoy por la noche, y mañana por la noche, él escogerá el mismo poema para leérselo a otra mujer: Ah, yo te amo, te amo...

¡Los hombres dais miedo!, dijiste en voz baja.

¿Y las mujeres? ¿No dais miedo? ¿Y acaso no sois falsas? Ella, la mujer, es igual de falsa que el hombre. Y ella, que era una mujer, te dijo: Te amo, yo soy tuya... Tú pensaste en mañana a eso de las ocho de la tarde y su encuentro con otro hombre. La especie humana es una cosa fea y repulsiva como no hay otra parecida. La gente come carne de oveja y calza zapatillas que son de piel y lana de oveja. La gente cuenta la fábula del «lobo y el cordero». ¿Qué tipo de cosa es la especie humana? El lobo que se come la oveja es destruido por el hombre, y el hombre come a su vez la oveja; sin embargo, les cuenta a los niños historias de corderitos tiernos y bellos — historias endulzadas, muy compasivas, que nadie, y menos los niños,

comprende totalmente—. ¿Qué tipo de cosa es la especie humana? El corazón de los hombres es falso, así como su compasión hacia los otros seres de la naturaleza. La compasión que le tienen a los corderitos se debe a que quieren que crezcan para luego comérselos o proveerles con lana y pieles para sus ropas y zapatos. ¡El resultado es que la compasión se convierte en una mierda de compasión! ¿Qué tipo de cosa es la especie humana, me dices?

¡Vayamos a África!, dijiste con firmeza. A partir de este momento, ¡yo solo te amaré a ti! ¡A ti solo!

No, yo quiero regresar al *xiang* para ver otra vez la plaga de las langostas.

No, iremos a África. Ahí hay muchas cebras.

Y yo me desperté de repente de un sueño lleno de sudor, que me mojaba de los pies a la frente.

XII

Venga, tú siempre estás soñando. ¿No sería el espíritu maléfico de una zorra que se metió en tu cabeza?, me dijo la Novena abuela, dándome una palmada en la espada y sin esconder cierta indignación.

La cabeza se me hizo un lío y creí estar penetrando en una pesadilla. El sol colgaba del cielo y los rayos que desprendía me quemaban la piel.

La Novena abuela me dijo dando rodeos: Todos los hombres sois unos lunáticos. Y yo le dije que lo son los hombres del clan de los masticadores de cisca, como el Cuarto abuelo, o el Noveno abuelo, o... ¡yo mismo!

El Noveno abuelo llevaba su lechuza en las manos cuando vagabundeaba por los prados desnudos. Canturreaba una canción en la que maldecía al diablo. La lechuza se contoneaba al ritmo de la cancioncilla del Noveno abuelo. Más que caminar, parecía una marcha por un largo camino enlosado la que seguía el Noveno *laoye*. El ciclo de la actividad y el descanso en la lechuza se invirtió y era cierto lo de «si en el mundo no sucede nada, lo único que hay que temer es el corazón de los hombres». El Cuarto abuelo estaba apoyado en una plancha de bambú y tomaba el sol. Su carácter frío había cambiado y en ese momento estaba temblando. Había que curar a ese hombre de su malaria, a ese hombre que había sido tan valiente y que ahora era presa del miedo. Había que darle al día trescientas ramitas de ginseng para recuperarlo.

Los soldados encargados de capturar y eliminar las langostas ya se habían retirado y los miembros del instituto de investigaciones para la prevención de plagas de langostas habían plegado la tienda y habían vuelto a sus casas para tomar su arroz. La calle estaba llena de langostas medio muertas que habían perdido su color rojo natural. Ahora tenían una especie de color granate muy oscuro, casi negro, y se movían sin ningún sentido de la orientación. Sobre el cuerpo del Cuarto abuelo subían varias langostas. El Cuarto abuelo, visto de lejos, parecía un panal de abejas gigante. Solo se le veían los ojos, con su luz fría, en medio de tanta langosta. Todas las gentes del pueblo evitaban ir a ese lugar. El numeroso clan de los masticadores de cisca parecía haberse reducido considerablemente, pero recordé que yo tenía esposa y un hijo. A mi hijo le había comprado una caja con galletas secas con sabor a cebolla. El padre y la madre también estaban muy sanos, y también estaban la Quinta abuela, la Sexta abuela y el Decimoctavo tío y su esposa. Y había varios

hermanos y hermanas, sobrinos y nietos. Todos ellos habían existido, pero no iban a desaparecer nunca. No, no podían hacerlo. Tras la plaga de las langostas, todos ellos se reunirán en el pueblo. Ya puedo verlos, bailando todos como locos, soltando de sus bocas espumarajos blancos y cayendo inconscientemente en el suelo.

Yo quería convertirme en ese baile en uno más. En esa época, la lechuza del Noveno abuelo hablaba un chino impecable —un chino de una gran belleza—, y empleaba una voz repelente y conmovedora al mismo tiempo, como la voz femenina que transmitía los partes del Partido Nacionalista Chino, el Guomindang.

La Novena abuela estaba a mi lado maldiciendo a todo el mundo y pensé que era una bruja con sus injurias. Yo ya no podía ver más al estirado del Cuarto abuelo y al lunático del Noveno abuelo, y menos a la Cuarta abuela saliendo del *cun* y dirigiéndose a la vertiente este con el borrico, por esa misma calle...

Soportando las cosquillitas que les hacían las langostas al trepar por el cuerpo, la gente conseguía concentrar las energías y no las disipaba; observaban a la Cuarta abuela dando puntadas con sus zapatillas al borrico y profiriendo palabras típicas de una loca. Todos ellos tenían un sentimiento de horror y malignidad hacia ella. Incluso si la gente había oído hablar del escándalo que había provocado la Cuarta abuela con su relación adúltera con el reparador de cacharros, cuando la vieron salir del *cun* montada en el borrico y, sobre todo, con esa cara orgullosa y noble que ponía, ninguno de ellos se atrevió a despreciarla a pesar de lo que les estaba diciendo. Yo me di cuenta de repente de ello: considerar a alguien de nuestra posteridad que no tiene ni respeto ni sentido de la educación, pero que ocupa un lugar en el tribunal de nuestros ancestros, aunque se la repruebe con el sacrosanto dogma del adulterio —el cual ha infringido, cierto—, y ese dogma haya hecho correr mucha sangre entre los hombres y las mujeres, considerar la crueldad como el fundamento de la moral y considerar el honor que da la apariencia como el fundamento de la humanidad, es decir, de lo que nos hace hombres y no otra cosa, es una barbaridad que es contraproducente con el equilibrio entre los seres de este mundo que hay bajo el Cielo. Reconozco la falta que cometió la Cuarta abuela; pero en este mundo, mil años son como un día, los hombres son peores que las mujeres, y todo el mundo se abre camino él solito y por su propia iniciativa. El borriquillo parecía un remolino de viento y pasó como una ráfaga. El Noveno *laoye* atizó el culo del burro con una tralla y el burro

salió corriendo. Mi alma siguió a los fantasmas del Noveno abuelo y del burro —seres irreales a mis ojos—, y mi nariz persiguió el perfume que desprendía la Cuarta abuela al salir. La algarabía del pueblo se alejaba de mis oídos.

El dique del río estaba empinado, y en la rampa empinada del dique había un camino de arena. El borrico peludo ya había tomado ese camino, pero tras salir del *cun*, y como lo había hecho antes, tomó el camino de arena del dique. El agua del río es azul, pero las olas que lanza contra el dique son blancas como los pétalos de los crisantemos. El borrico, al ver el agua brava del río, no se perturbó lo más mínimo. Era un cielo despejado en el que no asomaba una sola nube. Bueno, casi ninguna. Era un día soleado en el que solo había una nube blanca que tenía la forma de un camello que parecía colgado del sol por un hilo. El cielo y la tierra son vastos e infinitos, majestuosos y conmovedores. Eso es lo que el Cuarto abuelo quería con su sacrificio: la conmoción, tocar de lleno los sentimientos y agitarlos; o incitar a los millones de hijos y nietos del Dios de las Langostas a moverse hacia el dique del río. Las plantas raras de las marismas rojas habían sido devoradas por las langostas y los saltamontes o las habían dejado peladas. Solo se veían algunos troncos secos y demasiado duros como para ser tragados por esas bestias. Parecían espinas de pescado cuya carne había sido devorada y todas ellas formaban un campo de esqueletos de pescado. Vi desde lejos el caos que se había formado en las marismas rojas con esos huesos blancos. Había el esqueleto de un caballo devorado por las langostas. Impresionaba ver la cabeza desnuda de ese caballo; pero también estaban la patas de un oso y los dientes afilados y pesados de un mono muy cercano al hombre. El aire estaba saturado del olor cargado y desagradable de las aguas del río. A él se le sumaba el olor también cargado y desagradable de las langostas y las aguas pantanosas de las marismas rojas. Eran tres tipos de olores con sus características propias: uno es impuro, el otro tiene carácter y el otro se demarca como mi enemigo. Es imposible mezclarlos y confundirlos. Eran tres olores como los tres tipos de personas que componen este mundo.

Ese día, la Cuarta abuela, el borrico peludo y el Noveno abuelo se dirigieron al dique del río. Dejaron el pueblo atrás y, cuando se encontraron a tres *li* de distancia, oyeron que les llegaba de las tierras salvajes y desoladas un bramido ensordecedor que correspondía a las oleadas de langostas que se avecinaban sobre la tierra desnuda. Era una ola tras otra que se precipitaba sobre el dique del río; el cual estaba, en su interior, lleno de aguas verdes y

pestilentes: pero en su exterior, estaba cubierto de un océano de langostas y saltamontes. Las langostas no trepaban como los reptiles, sino que flotaban en el aire y se trasladaban como ráfagas de viento u olas en el mar. *Huuuusshhhh...*, *brummmm...* Así varias veces. ¡Ay, mi madre! *Huuuusshhhh...*, *brummmm...* Una capa sobre otra. ¡Dios mío, no podía contar tanto bicho! Siete metros, luego cinco metros... ¡Y hasta doce metros de alto! Y una inundación que se precipitaba hacia los muros contenedores del dique. Afortunadamente, las langostas no comen tierra. Sin embargo, y al mismo tiempo, ¡qué lástima que no coman tierra! Las langostas se habían juntado en la parte baja del dique. Habían formado una especie de tonel. Más que langostas, eran dragones que se movían lentamente hacia el dique. El borrico se asustó y movió las patas, levantándolas del suelo. La cara del Noveno abuelo —con las marcas rojas que le habían dejado en la frente los dientes del Cuarto abuelo, que destacaban ahora poderosamente por la palidez súbita del rostro del *laoye*— también reflejaba miedo, mucho miedo. El Noveno abuelo azotaba con la punta de la tralla el culo del burro porque quería que el burro, más que correr, volase. Pero el burro ya no estaba para esas cosas y hacía tiempo que su cuerpo se había convertido en algo muy flácido. *Catacloc, catacloc...*, detrás de las patas traseras, y el culo del burro cayó finalmente al suelo. Tenía el culo rojo y sucio. La Cuarta abuela había bajado del burro y él tenía los ojos abiertos de un Bodhisattva y las cejas perfiladas como una hoja de sauce. Algo, en definitiva, muy difícil de comprender en ese rostro. Nadie podía saber si se trataba de la auténtica Cuarta abuela o de una falsa. Nosotros lo vimos: la banda de langostas —grandiosa como un dragón gigante— había llenado el dique del río y se movía como un ser viscoso y deslizante, con cabeza y cola, delante y atrás, y con treinta pies... Ese dragón debía de medir al menos cien metros. Esa tarde, según mis cálculos, debía de haber más de diecinueve mil seiscientos veinticinco metros cúbicos de langostas cubriendo medio cielo. Ese tren formado por langostas parecía no tener fin; era como un dios que crecía y crecía. Creí firmemente que el dragón cubría el pueblo entero y el lado oeste del dique del río.

Yo las observé con detenimiento y pude ver cómo se abrazaban las unas con las otras. Innumerables tentáculos y antenas moviéndose sin parar, e infinitas patitas, boquitas, cuerpecitos agitándose sin parar. Así como infinitos ruiditos grotescos que estaban maldiciendo a todo bicho viviente que no fuera una langosta, o innumerables ruiditos grotescos e innumerables

plegarias divinas que nadie comprendía, pero que eran plegarias o invocaciones. Los dos se mezclaban seguramente sembrando la zozobra en todo el mundo. El dragón debía de estar mareado con tanto movimiento y tanto zumbido. Ya sonaba el momento de la victoria y se produjo, de repente, la gran catástrofe: la Tierra empezó a girar como una peonza. Quizá, varios cientos de años atrás, este mundo era el mundo de las langostas y las personas eran inferiores a esos bichos. Yo contemplaba anonadado la fuerza destructora de la plaga de las langostas. La luz caía sobre el dragón que formaban las langostas. Era una luz solar poderosa y brillante que iluminaba a millones de langostas y saltamontes que formaban un dragón gigante. Las langostas parecían nacer de esa luz que las desprendía como flechas. Los campos sin cultivar se habían oscurecido y habían perdido el color. Cada una de las langostas era como una escama reluciente en la piel del dragón. Y había además el zumbido constante: *zum, zum, zum...* El terror atravesó de arriba abajo mi espina dorsal hasta llegar a mi médula y explotó en mil chispas azules. La destrucción y la muerte, era eso lo que nos esperaba, ya que las langostas iban a envolvernos y a acabar con nosotros. Todos nosotros íbamos a ser infectados mortalmente por esas langostas. Nos iban a llevar junto al dique y ahí nos iban a devorar o a meternos en las aguas negras del río, donde nos ahogaríamos. Nuestros cuerpos descompuestos se convertirían así en la comida exquisita de los peces y el año que viene, en el mercado, cualquier tortuga gilipollas tendría en su barriga parte de nuestros cuerpos. ¡Qué horror! Nosotros, envueltos por el dragón formado por las langostas, seríamos algo así como el estómago de ese mismo dragón. Seríamos como el gran sapo que se ha comido la víbora. ¡Cuántas humillaciones, cuántos temores y cuántas preocupaciones pasan por el nervio de la médula del ser humano! ¡Eso es la vida! Grité y el borrico se asustó por mis gritos. El Noveno abuelo sujetó a la Cuarta abuela y la atrajo hacia él, y en la cara de esta se dibujó una sonrisa. La Cuarta abuela se limpió las manos. El gran dragón de las langostas se inclinó hacia el dique, y yo descubrí para mi sorpresa que nosotros estábamos ya en el interior del dragón. Ese era simplemente el deseo de Dios o el plan del diablo. La Cuarta abuela poseía sin duda alguna una fuerza que excedía la de un hombre. Yo empecé a pensar que ella y la vieja langosta gigante del templo tenían alguna conexión que quedaba fuera de nuestra moral ordinaria.

El dragón de las langostas se había detenido en el dique y parecía haber consolidado su formación. El cuerpo del dragón se había contraído un poco y

se había puesto más rígido. Más tarde, parecía más bien el tronco de un árbol de grandes dimensiones que se movía dando vueltas hacia delante sobre las aguas del río; pero era ni más ni menos que miles de langostas avanzando sobre las aguas. O mejor dicho, volando sobre ellas, entre la espuma y sobre la superficie del agua. Nosotros, asustados, contemplamos esa escena rara. El quince de mayo de mil novecientos treinta y cinco, la plaga de las langostas no había llegado a los campos de trigo y estos crecían maduros, una capa sobre otra. Había capullos de gusanos de seda que acompañaban las hojas de los tallos de cereales dorados. Mi madre —que tenía seis años en esa época— no podía escaparse por los muros de su casa ya que tenía los pies vendados; pero era como una angula —igual de deslizante—, y se escapaba por los agujeros.

Después de que el dragón de las langostas bajara al dique, en mi cabeza aparecieron unas palabras inesperadas y sencillas, pero obsesivas: ¡Las langostas se suicidan! Creía que el suicidio era algo que solo los hombres podían hacer porque eran más inteligentes que otras especies y, sobre todo, más inteligentes que los insectos. Pero mi prejuicio se basaba en la arrogancia con la que el ser humano ilumina todos sus pensamientos y actos. ¡Las langostas se suicidan! El fundamento de ese pensamiento debería colapsarse nada más pronunciarse. ¡Las langostas no se suicidaban, sino que iban al dique! El hombre es y será siempre un arrogante. El dragón de las langostas se trasladaba sobre las aguas del río. El dragón surcaba esas aguas y estas se apartaban a su paso. Salía espuma en abundancia y se formaban olas majestuosas. Yo vi con mis propios ojos que de la espuma salían unas anguilas enormes con una piel plateada que saltaban por encima del dragón de las langostas y lo rodeaban como una espiral. Con sus bocas —que eran como unas armas— empezaron a morder las langostas y a eliminarlas. Las langostas se atraían mutuamente intentando así unir fuerzas en ese momento tan crítico para ellas. Esas anguilas de pantano asiáticas luchaban contra el dragón y todo ello tenía mucho color.

Vimos que el dragón de las langostas se acercaba al otro lado de la orilla del río. El agua del río, al humedecerlas, las había dejado de un color plateado. Las langostas se detuvieron sobre el dique y pareció que lo hacían porque querían tomar aire. En ese momento, las gentes que vivían en ese lado del río se asustaron. Parecía que querían hacernos una señal. La banda de las langostas se infló enseguida y explotó sin venir a cuento. El ejército de las langostas no podía resistirse a cambiar de rumbo y dirigirse hacia el norte del

río, atraído quizá por los campos dorados y verdes como la piedra de jade. No había mucha distancia desde donde yo estaba, pero jamás había pisado esa zona al norte del río. No tenía ni idea de cuáles eran las circunstancias que ahí reinaban.

XIII

Debido a un defecto de nacimiento, y por el tiempo de espera, mis ojos sufren una especie de conjuntivitis constante y se llenan de lagañas, y cuando me dirigí al este del dique del río no podía ver ni a la Cuarta abuela ni al Noveno abuelo. Mi borrico —que era un borrico inteligente a pesar de todo— tampoco los veía. Mordí con rabia el cordón umbilical blanco que me unía a mi madre y me precipité hacia el dique del río. El borrico pisaba la tierra y esta levantaba polvo y flotaba en el aire. Un soplo violento quemaba la tierra y esta parecía haberse convertido en un tapiz de brasas; y sobre las brasas yacía la carne de las langostas, que desprendía precisamente olor a carne a la brasa. Los cuerpos de las langostas yacían intactos, pero de sus miembros ya no quedaba absolutamente nada. Sobre ese cementerio al descubierto se podían ver las pisadas del Noveno abuelo y su borrico. La Cuarta abuela dejaba tras de sí un rastro de perfume que era sutil y ligero como el de la rosa roja o la flor del jazmín. Además, corría como el viento, y esa era la razón por la cual no había huellas sobre el manto de langostas. Y como sucedía antes, y sucedía siempre, era la Madre Tierra la que giraba y giraba. Por eso las piedras del río se movían de la orilla derecha hacia la orilla izquierda y viceversa; es decir, había mareas y movimientos de agua en el río. La Tierra giraba y giraba. Grité: ¡Cuarta abuela, y tú, el borrico, esperadme! Mis ojos se habían llenado de lágrimas, el viento de la primavera acariciaba mi rostro, los campos se habían llenado de flores y el agua del río hacía *glup, glup, glup...* A lo lejos no había nadie y yo me sentía solo sobre un ejército de langostas muertas.

Me escapaba hacia el este y seguía con mis oídos el murmullo de las aguas del río. Había un hombre solo que cruzaba el río con la posición y la técnica de un buen nadador, asomando la cabeza fuera del agua y moviendo las manos. Las aguas brillaban debido a la luz del sol. Se detuvo en el dique y el agua del río lanzaba destellos. El hombre había dejado detrás un rastro extenso de espuma, pero el agua del río no tardó en deshacerlo.

Tenía medio cuerpo desnudo y se había colocado a tres o cinco metros de mí, y desde ahí me tomó la medida con la mirada. La luz del sol bañaba su torso desnudo y humeante. Parecía que una cortina dorada cubría su cuerpo. Pude ver su cuerpo musculoso y las cicatrices de su cara. Uno de sus ojos estaba ciego y lo tenía hundido en la cuenca. Me costaba reconocerlo: ¿No

era el reparador de cacharros que se había liado con la Cuarta abuela y la había engañado miserablemente?

El reparador de cacharros musitó algo que no comprendí y sacudió la cabeza. Cayeron unas gotas de agua de sus orejas. Dejó caer al suelo las ropas que llevaba en la mano. Vi bajo la luz del sol que sus manos eran enormes. La manera como movía las manos me perturbó.

Él estuvo tomando el sol un rato y dando vueltas sin ninguna vergüenza. Lenta y metódicamente, empezó a vestirse. La ropa le quedaba que ni pintada. Lo que quedó en el suelo fueron un par de pistolas-metrallera de piel negra en las que había unas balas.

Él iba muy bien calzado. Insertó las dos pistolas en su cintura, dio un paso para acercarse y me preguntó: ¿Has visto a un hombre, una mujer y un borrico?

Yo no me atrevía a mentirle y, para serle honesto, le dije que me había retrasado y no los había seguido.

El reparador de cacharros volvió a dar un paso para acercarse a mí y puso cara de sufrimiento. Con los ojos hundidos en esas cuencas que eran como cuevas y unas cejas que parecían gusanos de tierra, me dijo: Tú eres alguien que ha ido a la ciudad y ha visto y aprendido muchas cosas. Te pregunto ahora: Tu Cuarta abuela, devolverla a su casa de soltera sería como meterla en el horno de la cocina. ¿Qué puedo hacer?

Yo le dije: ¿Tú amas a mi Cuarta abuela?

Él me dijo: Yo no comprendo si la amo o no la amo. Por ello, solo pienso en acostarme con ella.

Yo dije: ¿Y lo piensas en serio?

Él dijo: Lo que pienso me pone nervioso y no me quedaré quieto.

Yo dije: ¡Entonces la amas!

Él dijo: ¿Qué puedo hacer entonces?

Dije: ¡Cázala y oblígala por la fuerza a que regrese a casa!

Dijo: ¿Y cómo podré castigar a tu Noveno abuelo y a tu Cuarta abuela?

Dije: ¡Dispárales un tiro!

Dijo: Mequetrefe, eres un experto en leyes y eres inflexible, justo, imparcial e incorruptible. ¡Me has convencido e iré contigo!

Al decir esas palabras, sacó del bolsillo sus manos enormes y me agarró del cuello.

Me tiró hacia él y me levantó del suelo más de cinco metros. Volé y sentí en mi piel el viento violento de la primavera. Mis ropas aterciopeladas y

emplumadas también volaron. Sentí que me habían crecido plumas por todo el cuerpo. Mi pecho y mi barriga se llenaron de aire. Tanto yo como el reparador de cacharros estiramos nuestras cuatro extremidades. En el aire, nos deslizábamos suavemente. Las aguas luminosas del río —aguas plateadas y podridas— reflejaban nuestras caras, y nuestras sombras volaban sobre la superficie. Pensé en el viejo dicho que decía: «La sombra del pájaro volador no se mueve nunca». También sentía que nuestras sombras, moribundas, se clavaban en el suelo, ya que hacía bastante tiempo que no se movían. Solo había los campos baldíos y algunos árboles desnudos que testimoniaban nuestro vuelo. Y para nosotros, esa referencia nos ayudaba a ser conscientes de que estábamos volando. Las urracas, sorprendidas, desplegaban las plumas de la cola y grajeaban cuando nos veían pasar. Parecían curiosear sobre lo que hacíamos ahí subidos en el cielo. Yo seguí en mi borrachera voladora, totalmente extasiado, y con mis cuatro extremidades tan ligeras, sin carne y sin huesos. Solo sentía que me pesaba el corazón, ya que me latía con fuerza. A mis orejas llegaba la música delicada de las flores de las peonías al abrirse —una música relajada, ausente de toda preocupación, sin ninguna presión—. Me sentía como cuando me liberé del útero de mi madre —o algo similar debí sentir en ese momento—. Lo que yo experimentaba iba más allá de la felicidad.

Más tarde, descendimos lentamente hacia la superficie de la tierra. Levantar el vuelo y aterrizar fueron dos cosas que se realizaron con la misma naturalidad. No hubo ningún movimiento brusco, ningún grito, ninguna violencia ni dolor. Marchamos hacia el dique del río, donde el Noveno *laoye*, la Cuarta abuela y el borrico peludo estaban a unos pocos metros de nosotros.

Yo me puse muy tenso cuando vi al reparador de cacharros sacar la pistola del bolsillo y apuntó a la cabeza del Noveno abuelo.

Pero el reparador de cacharros no disparó, y no lo hizo porque desde la curva que hacía el dique del río salió un regimiento de soldados. Ese regimiento ya se había estacionado en nuestra aldea. Todos ellos muy apuestos, con las piernas cubiertas con polainas, un cinturón de piel en la cintura, plumas de oro en los bolsillos, hebillas doradas, dientes dorados en la boca, y cigarrillos colgando de los labios. Y por supuesto, unas pistolas y sus correspondientes balas en las cinturas —balas llenas de pólvora—. Sujetaban con sus manos una tralla para azotar el caballo en cuyo mango había joyas incrustadas. Llevaban además relojes caros en sus pulseras y anillos en sus

dedos. Eran muy hábiles en el arte de la retórica, el debate y la seducción de jovencitas.

No estaba claro quién era el líder de ese grupo. Todos ellos tenían un acento de la región de Jiangnan y mostraban mucho interés en los bloques de hielo. Las gentes del *cun* recordaban frecuentemente la escena de la extracción de las estalactitas de nieve para comérselas.

Esos soldados rodearon a la Cuarta abuela y le oí decir cosas en chino mandarín (*putonghua*) y reír a carcajadas. La cara de los soldados era amarilla y brillaba, como brillaban los dientes dorados. Alzaron la mano para tocar la cara de la Cuarta abuela, pero por error tocaron sus senos. Las manos de los soldados brillaban porque tenían anillos de oro en sus dedos.

El Noveno abuelo se había plantado delante del borrico; y, agriado y con miedo, empezó a musitar algo. Parecía como si tuviera en la boca tofu caliente: ¡Señores soldados, señores soldados! ¿Quién no tiene ni mujer ni hijos, quién no tiene ni hermanas mayores ni hermanas menores?...

Los soldados —que rodeaban a la Cuarta abuela— se pusieron a parpadear como quien no cree lo que está viendo. Al Noveno abuelo lo pusieron fuera dándole un empujón.

Uno de los soldados cogió las zapatillas que colgaban del cuello de la Cuarta abuela y gritó: ¡Hermanos, esta mujer es un zapato roto! ¡Es un gran zapato roto! ¡No juguéis con ella ni desfundéis vuestras armas!

Uno de los soldados agarró uno de los pechos de la Cuarta abuela y preguntó con injurias: Tu marido, ¿cuántos hijos has tenido a espaldas de tu marido?

La Cuarta abuela se resistía y aullaba encima del borrico. Al fin y al cabo no era más que una campesina asustada y no una bruja sibilina.

El Noveno abuelo se tiró hacia delante y gritó con todas sus fuerzas. ¡Señores soldados, ustedes no pueden abusar de una mujer!

Y el soldado que tocaba las tetas de la Cuarta abuela le soltó una patada porque quería hacerle daño al Noveno *laoye*. El Noveno abuelo se dobló y puso sus dos manos en la barriga. Unas gotas de sudor amarillas cubrieron totalmente su frente malherida. Otro de los soldados le dio una patada en la rodilla y otro le agarró de la larga coleta, estirándosela hacia abajo, al Noveno abuelo, que salió rodando hacia el dique del río, donde lo detuvieron las aguas. Un sapo se lo quedó mirando con unos ojos compasivos y tristes.

El reparador de cacharros hacía tiempo que se había escondido detrás de las hojas de un moral, pero el pobre diablo seguía con las dos pistolas en la

mano. Yo no podía apartar mis ojos de sus manos y esperaba ansiosamente el momento en el que las haría detonar. Su cara estaba roja como el acero candente. Daba miedo verlo. Sus ojos —que no perdían detalle de nada ni de nadie— lanzaban auténticas flechas cargadas de odio. La Cuarta abuela, sin embargo, reía delante de los soldados. Los dedos del reparador de cacharros se movieron y la bala salió del cañón dejando tras de sí un rastro de humo. Se oyó ¡pum! Creí que el disparo, que dio de lleno en la cabeza del soldado que manoseaba con ahínco las tetas de la Cuarta abuela, era más bien una piedra lanzada contra un objeto de cristal. La cabeza del soldado hizo inmediatamente ¡crac!

El soldado soltó un quejido y puso la cabeza debajo del borrico. Si la Cuarta abuela hubiese querido mear sobre su cara, habría limpiado la sangre negra que el soldado tenía en la piel y la masa del cerebro que le salía por todas partes. Un orín denso y caliente le habría limpiado los hilos de sangre que le colgaban al soldado de los dientes dorados. Las manos felices del soldado no soltaban los pechos de la Cuarta abuela y el borrico aprovechó la oportunidad para moverse. El soldado aprovechó para ponerse bajo la barriga del animal. Si no hubiera sido una burra y hubiera sido un burro, y si hubiera sido un burro meando, la orina espesa y espumeante de ese animal hubiera limpiado su cuello tieso. Ese tipo de orina tiene el mismo efecto que un masaje y calienta. Pero tú te topaste con una burra. ¡Tú, huevón desafortunado!

Todos esos soldados enormes e imponentes pusieron cara de estar acojonados y cerraron herméticamente sus grandes bocas. Sus ojos, en cambio, se abrieron como platos. Miraron atontados la parte inferior del borrico, debajo de su enorme panza. La boca del soldado mordía la tierra y rumiaba algo mientras soltaba sangre.

Y volvieron a sonar dos disparos. Uno dio de lleno en el pecho de un soldado y el otro en la barriga de otro soldado. Al que le dio en el pecho abrió los brazos como las alas de un pájaro que se dispone a volar y los agitó de la misma manera que ese mismo pájaro agita las alas. De la misma manera que el pájaro, empezó a correr con una pierna adelantando constantemente la otra. Al otro soldado, la bala en la barriga lo sentó de golpe, con su culo pegado a la tierra. Se había puesto algo más que pálido: su tez había amarilleado. El soldado tenía las manos sobre el agujero que le había hecho la bala y pretendía tapar la efusión de sangre. Pero más que sangre, le salía una especie de jugo amarillo y rojo. Los soldados se despertaron como de un sueño,

doblaron la cintura y se pusieron a correr despavoridos. Más tarde, no hubo nadie de entre ellos que recordase las pistolas del reparador de cacharros. Yo, del miedo que tenía, empecé a tirarme pedos como un desesperado, me agaché y me puse a cagar como no había cagado antes. El reparador de cacharros sujetaba las dos pistolas con las manos y las blandió, dirigiéndose hacia el borrico peludo y la Cuarta abuela, la cual seguía sentada sobre el animal. Cuando el reparador de cacharros estaba cerca de la Cuarta abuela, el borrico enloqueció. Los miembros de ese ejército, como los entes voladores y rápidos de la Campaña del Movimiento de Rectificación²³, se juntaron en el dique del río, y todos ellos sacaron sus armas y empezaron a disparar contra el borrico y la Cuarta abuela. Las balas bailaban caóticamente en el aire, que se llenaba de todo tipo de silbidos. La Cuarta abuela se agachó y se puso plana como una plancha. Parecía que no temía nada. El borrico, que había degenerado en la más absoluta demencia, tampoco parecía temer por su vida.

El reparador de cacharros se curvó, dio un paso hacia delante y gritó: ¡Agáchense, agáchense!

La Cuarta abuela, para ser sinceros, también se agachó y pareció un árbol que se cae hacia delante. El borrico dobló las patas delanteras y se agachó también hacia delante. Tanto el borrico como los humanos se quedaron tumbados en el suelo. Las balas eran muy gruesas y el reparador de cacharros —una pierna delante y la otra detrás— no paraba de dispararlas y dejar humo amarillo en el aire. Parecía estar clavado en el dique del río.

Las aguas quietas del dique del río se pusieron, de repente, a moverse. Apareció el bramido de las langostas y los saltamontes, y este salía disparado en todas las direcciones. Soplaban un viento suave que distribuía el humo amarillo de las balas por el dique del río, además de otros olores; pero el olor del humo de la munición era inconfundible. El polvo que se me enganchaba en la barriga me producía picor y en mi cara sentía la pólvora quemada de las pistolas. Podía tocarlo con la mano, pero no me atrevía a levantarme del suelo ya que mi vida dependía de ello.

Esos soldados apuestos salieron lentamente de un lado del dique y se metían por otro. Parecían una enorme tortuga con el caparazón gris. Durante mucho tiempo no me di cuenta de que el peligro había desaparecido. Al saltar desde el dique del río, pude ver los dientes dorados de todos esos soldados —ya que los iban mostrando— y sus sombreros azules. Iban sacudiéndose el polvo y los hierbajos que llevaban encima, ya que esos soldados eran unos soldados muy limpios y puros.

Yo lo vi: el reparador, como una carpa fuera del agua, saltó de la tierra y disparó indignado, con sus dos manos y sus dos pistolas. Varios soldados cayeron fulminados. Otros gritaron como perros y gatos y volvieron a esconderse detrás del dique del río; pero todos salieron volando.

Minutos después, los soldados evitaron el camino de los sauces y aparecieron por la parte de atrás del dique disparando a diestro y siniestro. Más que brazos y manos, tenían pistolas. La ráfaga de disparos alcanzaba cien metros, incluso doscientos o trescientos metros. Por ello, muchas balas se quedaban a medio camino. Había además el viento que soplaba en contra y las langostas que flotaban en el aire.

Las voces de los soldados resonaban por todas partes y todas ellas parecían estar aportando melodías para una canción. Disparaban y gritaban detrás de los sauces: *¡Ey, ou! ¡Pim, pam, pum! ¡Hijos de puta! ¡Cabrones! ¡Ey, ou! ¡Pim, pam, pum! ¡Pim, pam, pum!...*

El reparador de cacharros insertó sus dos pistolas en la cintura y luego se agachó para coger las piernas de la Cuarta abuela, que aún seguía montada sobre el borrico. La cara de la Cuarta abuela estaba blanca como la nieve, pero sus labios seguían estando rojos. Respiraba con dificultad y ello hacía que su pecho se ensanchara y se encogiera constantemente. Respiraba en realidad como un pez y sacaba burbujitas por la boca.

El reparador de cacharros se sirvió de sus hombros para llevar a cuestas a la Cuarta abuela. Dijo con voz ronca y amonestadora: *¡Eres una niña!*

La Cuarta abuela era así de rara, como una niña, y ello me había dejado siempre muy preocupado —aterrado, incluso diría—. ¿Por qué le tenía miedo? ¿Por qué estaba preocupado? No sabía decirlo.

¡Niñata! En la voz del reparador de cacharros había mucho sufrimiento y desesperación. Eso era lo que hacía esa voz: expandir la desesperación.

En los brazos del amante, la Cuarta abuela abrió los ojos, que eran azules. La expresión de su cara denotaba cansancio y preocupación. Mascullaba algo que no se podía comprender. Se le movían los labios, como cuando hablas en sueños, y como si quisiese romper en pedacitos el corazón del reparador de cacharros. Él, de estar agachado con ella a cuestas, pasó a estar de rodillas, y en sus ojos había fuego; eran ojos de rabia y venganza, ojos de dolor que dejaban caer lagrimones.

La Cuarta abuela respiraba cada vez más lentamente. La boca le sangraba —debía de tener una herida interior que le supuraba un líquido rojo—. La sangre le manchó las ropas y manchó el brazo del reparador de cacharros.

Sobre el dique del río se había acumulado mucho polvo. La sangre de la Cuarta abuela y la sangre del borrico —que iba detrás— salían juntas; pero la sangre de la Cuarta abuela era una sangre fresca, mientras que la del borrico era una sangre negra y espesa. Las dos se mezclaban sobre el reparador de cacharros. La Cuarta abuela tenía los ojos medio cerrados y se habían vuelto de un azul cenizoso —unos ojos de una luz desolada y cansada—. Los labios —ahora pálidos— le temblaban, al igual que la voz. La herida no era interior, sino que estaba en el pecho, ya que tanto ella como el borrico peludo habían sido alcanzados por las balas del reparador de cacharros. La Cuarta abuela se tapaba la herida con sus brazos temblorosos. Parecía que se sujetaba el pecho para que no se le desprendiese del cuerpo.

Niñata... Niñata de mierda... Si todavía tienes algo que decirme, ¡suéltalo ya y no te calles!..., le dijo el reparador de cacharros, acercando extremadamente su cara a la cara de la Cuarta abuela. Le habló igual que un viejo, con su misma voz y su mismo desdén.

La Cuarta abuela sonreía beatamente y bajo sus mejillas se marcaban unas líneas muy pronunciadas. La herida dejó de sangrar, su pecho dejó de hincharse y deshincharse, y su frente, bellísima, se enderezó. Su frente brillaba apoyada sobre el pecho del reparador de cacharros. Sus ojos azules brillaron de nuevo, pero eran ya los dos ojos de una moribunda...

El reparador de cacharros soltó a la Cuarta abuela y lo hizo con parsimonia. Luego se levantó con dificultad. Su chaquetilla estaba empapada de sangre, se la sacó y la puso sobre los lomos del borrico. Sacó también las dos pistolas que estaban en su cintura y se dobló para sacar esos desgraciados y honoríficos, al fin y al cabo, zapatos que colgaban del cuello de la Cuarta abuela. Los puso en el suelo y se los quedó mirando.

Los soldados salieron discretamente de detrás de los sauces. Iban armados y doblados, y se movían como las serpientes sobre la superficie de la tierra roja.

El reparador de cacharros le dio una patada a las zapatillas, se sentó, volvió a coger las zapatillas y se las puso. Los soldados bellos y apuestos se acercaron y sus disparos parecían langostas volando alrededor del reparador de cacharros. El pobre hombre escondió la cabeza entre las rodillas. Los soldados pusieron sus ojos en la Cuarta abuela, la cual estaba tendida sobre la tierra del dique del río. Una de las balas pasó volando justo detrás de la nuca del reparador de cacharros; pero él no se dio ni cuenta, o hizo como tal. Otra bala pasó al lado de su oreja, casi rozándola; pero él parecía clavado en el

suelo como una estatua. Para él, los soldados apuestos solo se prestaban a un ejercicio de disparos que no tenían ningún fin específico. Los soldados demostraban mucho valor al acercarse al reparador de cacharros. Iban curvados y de sus bocas salían todo tipo de gruñidos. El reparador de cacharros había sacado sus dos pistolas y las puso en alto, mordió los labios y empezó a disparar a todo lo que se movía a su alrededor. Los soldados tuvieron que ponerle todavía más agallas al asunto si querían hacerse con el reparador de cacharros. ¡Los soldados creyeron que las balas del reparador de cacharros tenían luz propia! Yo os lo digo. ¡Dejadlo estar y no me pidáis más de lo que os puedo contar! Vosotros no confiáis en mí. ¡Pasad por delante! Yo lo vi con mis propios ojos. El herrero reparador de cacharros —delante del abrigo que había tirado al suelo— cargó las pistolas con unas balas gloriosas y miró a su alrededor con ojos de dragón. Los soldados le gritaron: ¡Ríndete, amigo!

El reparador de cacharros sonrió como burlándose de algo. Vi claramente que le temblaban las dos manos cuando sonó un disparo seco. Las langostas atacaban el pueblo desde el norte del dique del río, con todos sus bramidos ensordecedores y sus oleadas, y las balas volando como peces alados sobre la superficie del agua. Las varias decenas de soldados que venían por detrás parecían doblarse como hierbas secas. Los soldados que estaban delante se giraron y vieron a sus compañeros tumbados sobre el suelo. Les entró frío por la espalda y salieron corriendo. Las balas acribillaban sus traseros y ellos gritaban como diablos heridos. Sí, esos soldados parecían diablos con el cuerpo quemado que pisaban los cuerpos de sus camaradas de armas y huían en desorden en medio de los sauces. Se fueron y no volvieron a aparecer más.

El Noveno abuelo aprendió de los sapos del río a posicionarse y de esa manera escaló lentamente el dique. Se llenó el cuerpo de barro y solo sus ojos no se vieron enlodados. La frente del Noveno abuelo, que había sido mordida por el Cuarto abuelo, se había convertido en una especie de amalgama de llagas supuradas, como si los dientes del Cuarto abuelo hubiesen tenido veneno en sus puntas. Y si ese no era el caso, entonces era algo relacionado con el Noveno abuelo y sus malos actos. Había sufrido sin duda algo horrible. Su sistema inmunitario había sufrido un daño irreversible.

Tenga una relación directa o no, y aun siendo de una misma familia, y, ciertamente, tras haber sido fusilados ante mí la Cuarta abuela y el Noveno abuelo, este último, en particular —el Noveno *laoye*— parecía ahora, a mis ojos, un auténtico conejillo de indias muerto de miedo —un ser que había

perdido toda la valentía— que estaba a mi lado, y mi corazón se compadecía profundamente de él. Con el paso de los años y tras envejecer, me di cuenta por la debilidad que me mostraba escandalosamente el Noveno abuelo que ante los débiles era un lobo feroz y cruel, pero ante los fuertes, era un perro débil y cobarde. Era, por lo tanto, algo intermedio entre un lobo y un perro. Un animal híbrido que no es ni un lobo ni un perro es, sin duda, el animal más temible que puede haber en este mundo. Pero yo, varios años antes y siendo mucho más joven, lo único que sentía ante el Noveno abuelo era una enorme, intensa e inevitable compasión.

Nosotros lo vimos con nuestros ojos: el reparador de cacharros tenía la cara llena de sangre, y el sol que estaba colgado en el lado oeste del cielo la llenaba de todo tipo de colores y matices. Todo hacía que su muerte fuese mucho más solemne.

El reparador de cacharros alzó las dos pistolas y apuntó al sol con los dos cañones. Disparó las dos pistolas, rompiendo así el silencio sepulcral que se había formado en su entorno. Mantuvo esa postura durante dos minutos larguísimos y luego se derrumbó como un muro.

XIV

Sin ánimo de ofender, pero la historia de nuestra familia —el clan de los masticadores de cisca— ha tenido que pasar en su constitución por varias capas de locura. Muchos de los miembros del clan de los masticadores de cisca ya extinguidos han pasado en algún momento de sus vidas por momentos de locura. En la historia recordada del clan de los masticadores de cisca, siempre hay algo que le parece desagradable a la gente. Describir la locura de los ancestros causa muchos dolores de cabeza a la gente. Pero ¿qué se puede hacer entonces? «Las mentiras se escriben con tinta, la verdad que no se puede esconder se escribe con sangre». Desempolvar este libro viejo y cubierto de un polvo gris para sacarlo a la luz es la idea quisquillosa que ha tomado mi locura personal. La gente nunca es totalmente libre de sus actos y necesita rendirse a sí misma. ¿Qué se puede hacer entonces?

Cuando las langostas emigraron hacia el norte del dique, delante del templo se podía oler a humo y destrucción. Unas nubes negras se levantaron desde el mar y flotaron sobre las tierras del clan de los masticadores de cisca. De hecho flotaban sobre una tierra sedienta, llena de matojos que daba pena verlos. Sobre las tierras pantanosas rojas soplaba un viento enloquecido y húmedo, un viento que olía mal. Los cuerpos sin vida de la Cuarta abuela, el reparador de cacharros y el burro, así como los de varios soldados apuestos, fueron transportados por las gentes del *cun* a las marismas y arrojados a los manglares que ahí crecían desde hacía años, entre sus sombras y las hierbas abundantes. Las gentes del *cun* pisaban esas aguas pantanosas, olorosas, densas, rojas y muy sucias, hasta situarse a un lado del barrizal para ver los cuervos azules, las águilas grises y las grullas blancas, todos ellos mezclándose en ese entorno, y destrozando y devorando los cadáveres. El Cuarto abuelo y el Noveno abuelo estaban, por supuesto, entre los que componían la masa espectadora que contemplaba ese espectáculo cruel y desgarrador. Observaban el banquete con los ojos de unos gallos de pelea. Si hubieran podido, se habrían lanzado ellos mismos a devorar los cadáveres.

Las grullas altivas y zancudas, las águilas valientes y los cuervos llenos de humor picoteaban las caras de los cadáveres y pulían los huesos hasta dejarlos relucientes, mientras que las gentes del pueblo iniciaban su regreso ritual a sus casas. El cielo se había llenado de nubes negras que cubrían el sol y el viento soplaba en los bosques, y este agitaba miles de cabezas canosas de hombres que se movían al mismo tiempo de un lado a otro. El viento traía con él un polvo rojo y secaba sus caras. Un rayo rojo como la sangre asomó entre las nubes —el rayo parecía una serpiente de plata en un bosque en llamas rompiendo un cielo negro como el plumaje de un cuervo—. El espectáculo era sublime y conmovedor. Los presentes se asustaron. La luz del rayo había iluminado sus caras y estas parecían haberse resquebrajado en pedazos rojos. El azul de sus ojos también se había enrojecido. Luego, seguidamente, sonó el trueno y la gente se arrodilló con los labios temblándoles. Murmuraron algo parecido a una plegaria a algún dios.

Primero, empezaron a caer gotas de lluvia blancas que eran grandes como monedas de cobre sobre la cara de la gente, dejándoles numerosos morados. La lluvia caía congelada y helaba, con su contacto, la piel y los músculos. A

la gente, el agua de la lluvia le calaba hasta los huesos. Las gentes del *cun* se sacudieron y les temblaron los labios. El trueno no paraba de retumbar en su interior y el rayo brillaba todavía en sus ojos. El firmamento parecía haberse roto. Y de nuevo otra ráfaga de lluvia blanca y las gentes del *cun* escondieron sus manos bajo las mangas de sus chaquetillas. Por un lado, estaban felices; por otro, saltaban como pajaritos en un charco. Pisaban el polvo mojado por la lluvia con suma felicidad, pero lo hacían con cautela. Parecía que bailaban sobre el fondo arenoso del mar. Después de que cayese la lluvia, las nubes negras cambiaron de color: negro, rojo oscuro, verde...; y la distancia entre el cielo y la tierra se estrechó varios miles de metros. La temperatura bajó rápidamente y la alegría de la gente provocada por la lluvia cesó de inmediato. Dejaron de canturrear y se sintieron perdidos. El frío les era además nefasto para el sudor que había salido por los poros de la piel. Les ponía la piel de gallina. La lluvia y el frío que hacía helaron las alas de los cuervos, las grullas, las águilas y las aves fénix. Ninguna de ellas podía volar con ese frío. Las gentes del *cun* estaban juntas sin saber qué hacer como perros que han perdido su casa. Y las aves igual: con sus cabezas entre las alas e inmóviles. Para esas aves al borde de su destrucción no podía haber mejor tumba: las marismas rojas y los prados salvajes bajo un cielo estrellado.

La tierra y el cielo se juntaron y una luz de plata bañaba las aves, que estaban apretujadas entre ellas. Si los caballos galopan, el granizo es capaz de unir el cielo con la tierra, ya que es el granizo el hijo natural de los dos.

El granizo..., ese diablillo tan ansiado desde hacía tiempo, por fin sonreía. Ella abrió suavemente la boca y mostró el caos de sus dientes; besó la cara de los animales, manoseó los pechos de los árboles y amasó los músculos de tierra; puso todo el cuerpo sobre el suelo.

El granizo parecía unas cataratas cayendo en abundancia sobre la sedienta Madre Tierra.

El granizo era el amante cruel que necesitaba la Madre Tierra.

Y solo la Madre Tierra puede soportar un amor tan destructor como el del granizo, ya que es el amor de una madre por su hijo.

¡El granizo! Incontables piedrecitas de granizo, redondas, octogonales, triangulares, cónicas, cilíndricas, ovals, como tetras, como labios, como capullos, puntiagudas, como panochas, como el sorgo, como la banana, como una trompeta, como un conejo, como una tortuga, o como te apetezca. Todo ese granizo caía del cielo sobre la tierra como una catarata.

El granizo crujía y explotaba, cacareaba y se estrellaba contra todo lo que encontraba a su paso, daba saltitos y rodaba, caía sobre la cabeza de los miembros del clan de los masticadores de cisca, sobre sus hombros, sobre sus orejas, sobre sus narices, caía sobre las nuca, sobre los cuerpos negros de los cuervos y se metía incluso en el culo de todo ser viviente, sobre el barro de las marismas rojas, sobre el cuerpo de los hombres, en los dientes de los caballos, sobre el pelaje de los zorros, sobre las plumas de los pavos reales, sobre el musgo verde y las plantas con sus venas y su savia... Mi tierno y suave granizo, yo te amo..., y cuando te tengo en la boca, parece que le estoy chupando los pezones a mi mujer o a mi madre... El cielo es muy majestuoso. La naturaleza es muy espléndida. El mundo es muy cálido, la vida tiene mucha cebolla verde y mucho jengibre. *Tilín, tilín; pim, pam; clic, cloc.* El granizo cae sin parar y el cielo se llena de colores alegres, como en su infancia dorada, y con el azul de ágata de las aguas del río. Granizo dulce y coloreado descendiendo sobre la tierra blanca, la tierra fértil y lujuriosa, la tierra lasciva esperando ser fecundada.

Queridos paisanos, vagabundeáis a ciegas. Ellos están quemados por las llamas, seriamente heridos en sus caras y derrotados. Parecen boxeadores noqueados. De sus bocas sale baba blanca, y sus bigotes y cejas tienen escarcha. Ellos pisan las piedras de granizo; y, al pisarlas, se tambalearon.

El granizo es incivilizado y está loco. Hace mucho ruido al caer y puede herir gravemente a la gente cuando impacta contra ella; y los seres humanos —como los miembros del clan de los masticadores de cisca— se indignan. El granizo es ciego y ataca indiscriminadamente; y sin ninguna razón aparente, el granizo que cayó de forma inesperada acabó él solito con las innumerables langostas que desolaron nuestras tierras.

XVI

Cuando salió el sol, ya estaba en realidad anocheciendo. Los cuervos negros se habían separado y habían dejado el lugar cada uno por su cuenta, provocando tras de ellos el rumor incesante de las aguas. Habían subido hasta lo más alto del cielo y ocupaban las intersecciones de las nubes donde asomaba la luz roja como la sangre del crepúsculo. Sobre la tierra yacía una capa espesa de al menos medio metro de la granizada que había caído del cielo. Era azul y blanca como la nieve, cálida y fría, el hijo del Cielo y la Madre Tierra, ahora unidos en una sola cosa de mil colores. Un caos imposible de soportar, y los árboles desnudos, originalmente sin hojas y ahora sin ramas, como dedos separados que intentan agarrar el cielo. De las heridas de los arbolitos aplastados salía un jugo blanco. Las plumas que las aves habían dejado después de su vuelo yacían sobre el granizo, cuya superficie no era uniforme. Aún se oía el grito dolorido y severo —el grito estridente— de algún pájaro que salía huyendo despavoridamente del lugar. Yo me calentaba con mi anorak forrado con plumas de pato. Llevaba además una máscara que me cubría hasta la nariz. Tenía tanto frío que mis dedos parecían rábanos rojos sujetando una cámara de hacer fotos. Por supuesto que quería sacar algunas instantáneas de ese bellissimo paisaje de granizo. Más allá del objetivo había un espacio plateado enorme que parecía no tener límites. Apreté el botón y sonó el clic correspondiente, pero detrás del espejo de la cámara veía un mundo destruido y desolado, un mundo cruel con la cabeza hinchada del Cuarto abuelo y la nariz del Noveno abuelo llena de sangre negra liderando a las gentes del clan. El Cuarto abuelo llevaba dos pistolas pequeñas en su cintura y el Noveno abuelo llevaba dos pistolas-metrallera. El Cuarto abuelo abrió la boca como un león, y el Noveno abuelo frunció el ceño, mirando fijamente al Cuarto abuelo, como si le odiara profundamente. Las gentes del clan avanzaron unos pasos y expulsaron las miles de partículas coloreadas que contenían sus alientos, como en los cuentos de hadas para niños. El viejo de la barba blanca había perdido un diente debido al granizo y el pobre lloraba como un pajarito. Sus lágrimas eran tan densas que parecían más bien gotas de pegamento sobre sus mejillas. Sus orejas habían muerto ya de frío y parecían dos murciélagos en estado de descomposición. Quise estirar y encoger el dedo índice, pero no pude, e hice una mueca con la boca y sentí inmediatamente como si tuviera una máscara

de hielo cubriéndome la cara. Apareció un destello con siete colores —azul cielo, amarillo, verde, púrpura, naranja, azul marino y rojo escarlata— que fatigó los ojos de la gente. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, moví el dedo y cogí «la nebulosa que rompe el cristal» y tapé la lente de la cámara Canon. Me senté sobre la capa de granizo gruesa y me entró un frío intenso y agudo por el agujero del culo que me llegó hasta la garganta. Mis dientes se pusieron a repiquetear y mi lengua se heló de golpe. Mi objetivo eran los miembros del clan que luchaban por salir del granizo y apreté el botón de la cámara, y en esa fotografía el mundo poseía color y luz propios, pero el granizo había hecho desaparecer el lustre de las rosas y los seres humanos brillaban como estatuas de bronce. Todos los hombres estaban de forma grotesca ante el sol. El Cuarto *laoye* parecía más que nunca un héroe derrotado por la vida. Estaba agachado y parecía que lo estaba ante el sol. El Noveno *laoye* había sacado su pistola y disparó contra el hielo para romperlo. El Noveno abuelo no sabía si él mismo había accionado el arma o fue otra persona, pero lo cierto es que el impacto fue eficaz y rompió el hielo en mil pedazos. El humo del cañón subió sinuosamente hasta deshacerse en el cielo azul. El Noveno abuelo se asustó y arrojó la pistola sobre el granizo. El arma brilló con una luz más intensa de lo normal debido a que se encontraba sobre el blanco purísimo de hielo.

El destello de tus ojos azules se clavó en mí. Miraste esa foto magnífica con valor histórico expuesta en cristal. Oíste mi acento deprimido después del desastre y el ser humano avanzando hacia su morada. Pensaba que la historia de la humanidad era la historia de ser humano buscando un hogar. ¿Lo viste? El granizo destruyó las hierbas que habían crecido en los tejados de las casas, y en particular de nuestra casa —la casa del clan de los masticadores de cisca—. Yo soportaba el frío como podía mientras contemplaba esos chuzos de hielo saliendo del tejado de esa manera tan amenazante. Sufría el respeto y el terror que propina la naturaleza. Sufría también el dolor que me causaba el granizo cuando entraba en contacto con él. Un paso correcto, y dos pasos tambaleándome, y luego caía sobre el hielo. Incluso el sol parecía estar llorando a lágrima viva. El Noveno abuelo era a veces un perro y a veces un lobo. En ese momento, se había convertido en un lobo. Recogió la pistola que había tirado desdeñosamente sobre el granizo —la misma pistola que había hecho detonar—. El disparo sirvió para levantar el ánimo de los miembros del clan, que se encontraban en esos momentos al borde de la muerte, para que se ayudaran los unos a los otros y avanzasen juntos en esos tiempos

difíciles. Y tú, ¿lo sabías? Si no hay luz, no hay color. Lo sé: incluso un niño de tres años es capaz de comprenderlo. La cámara apuntaba a su objetivo, pero la gente no estaba por la labor de posar para una fotografía y pensaban que eso de la fotografía era algo muy subjetivo. ¿Qué ibas a hacer con las fotografías? Pues podías dármelas para que yo las viese. Para tomar una buena fotografía, se necesita mucha destreza y técnica. Y lo más importante: es un arte, y el arte no es solamente una manera para seducir a los niños. Me senté sobre una silla y esparcí las fotografías sobre el barro inmundo. Ella sonrió fríamente y dijo: ¿Cómo?... ¿Te han hecho daño? No tengas miedo. La evaluación del arte es también algo muy subjetivo. ¿Qué temías tú? Te agachaste y recogiste las fotos que habías tirado. Las viste de nuevo, pero con otros ojos. Ella levantó una de las fotos y dijo: ¡Esta todavía no está bien!

El sol parecía un crucifijo de nieve cubierto por un círculo de oro. A un lado se alzaban los árboles pelados y parecían teñidos de rojo. Y bajo los árboles desnudos, los hombres estaban helados de frío, con los dientes castañeando, pero estaban tan rojos que parecían salidos del horno de una cocina.

El granizo se había teñido de rojo.

El sol se hundía en un océano rojo.

XVII

Tras la ruptura entre el Cuarto abuelo y el Noveno abuelo, incluso a la hora de comer se podían oír disparos; y tú, seguro que me vas a asustar con alguna otra cosa. Y lo que más lamento de todo esto es que mis fotografías son defectuosas aunque a ti no te convenzan mis argumentos. Tú eras incapaz de imaginarlo, pero cuando se fundió el hielo del granizo y vino el verano, un calor húmedo y pegajoso se instaló entre nosotros. La temperatura de la Madre Tierra subió considerablemente y ello favoreció la fertilidad de la tierra. Las semillas empezaron a brotar enloquecidamente y la tierra que hasta entonces no era más que un eral rojo aparecía ahora verde y exuberante. No había necesidad de poseer semillas, ni de plantarlas o regarlas. Las cosechas que habían sido assoladas por las langostas volvieron a crecer vigorosamente y sin ningún contratiempo. Pasado un mes, el trigo y el sorgo llegaron a su madurez. En ese momento, el trigo parecía hecho de oro y el sorgo era rojo como la sangre. El verano y el otoño llegaron juntos y se entrelazaron inseparablemente.

El verano de ese año fue muy extraño. Las paredes y los muebles se llenaron de excrementos de moscas. El Cuarto abuelo y el Noveno abuelo llevaban un arma en la mano derecha y un bol de porcelana en la mano izquierda, tomando el potaje de gachas y cebolla verde con una mano y espantando las moscas con la pistola con la otra mano. Los dos hermanos no se atrevían a bajar la cabeza, ni a bajar el arma, ya que les ponía muy nerviosos lo de las moscas. Si caía una en la sopa, esa mosca iba directamente a su boca, y de la boca al interior del estómago.

¿No era cierto que los dos hermanos se odiaban a muerte debido a lo que sucedió con la Cuarta abuela? Fue, en primer lugar, una cuestión de nivel de cultura que había entre los miembros del clan, me dijo la Quinta abuela, que era una excelente observadora. Las libertades que el Noveno *laoye* se tomó con la Cuarta abuela fueron solamente una de las razones que ayudaron, cierto, a que la relación entre los hermanos se deteriorase, pero no fueron la razón principal. La razón principal fue la joven que vivía en el *cun* del paso de Liusha, al norte del río. Esa mujer llevaba a maltraer al Noveno abuelo...

La Quinta abuela pensaba que el Noveno abuelo no debió disputarle esa mujer al Cuarto abuelo. Hay muchas mujeres bajo el Cielo, ¿por qué pelearse por una? Pero los hombres son así. Se pelean por lo que sea. ¡Incluso por un

pedo apestoso! Los hombres son todos como perros que han perdido la cabeza, me dijo la Quinta abuela sin pensárselo dos veces. ¡No sé qué coño le vieron a esa jovencita! Tanto la Cuarta abuela como la Novena abuela valían mucho más que esa jovenzuela. ¿No llevaba puesta todo el año esa chaquetilla roja? Y sus tetas, ¿no eran como las de todo el mundo?

¡El peor enemigo de una mujer es otra mujer! Nunca he oído a una mujer decir algo justo sobre otra mujer, y, menos, añadirle valor.

Le di un cigarrillo al interesado del Decimosexto tío y este me contó cómo fue lo de la disputa entre el Noveno abuelo y el Cuarto abuelo por esa mujer que vestía siempre de rojo. El Decimosexto tío le dio una chupada al cigarrillo, expulsó el humo y, como quien cuenta un secreto, me dijo: No, no puedo contártelo...

Cogí una cajetilla de cigarrillos y la metí en el bolsillo de su chaqueta. Le dije: En realidad, todo eso ya lo sé. Pero ¿me dices que no te importa?

El Decimosexto tío palpó el bolsillo con su mano y volvió a darle una calada al cigarrillo que tenía en la boca, parpadeó y me dijo: Eso sucedió hace cincuenta años..., y no lo recuerdo muy bien...

El Cuarto *laoye* le robó la pistola al cadáver de un soldado y pisó, tambaleándose, el puente de madera y piedra. Y como una estrella luciente en medio de la noche o un cisne volando en el firmamento, apareció la joven vestida de rojo —y acusar al Noveno abuelo de ese embrollo no estaba bien—, me dijo el Decimosexto tío. El Noveno abuelo era un apestoso y sabía a mierda, ¡y encima tenía una pistola en la mano! Hubo una noche en la que el Cuarto abuelo descubrió por casualidad la sombra de una persona en el umbral de la entrada de la casa de la joven mujer, y, por un razonamiento que aquí no viene a cuento, pensó que se trataba de su querido hermano. Esa joven también era una apestosa y tú y el Cuarto abuelo pegabais. ¿Cómo ibas a liarte con el Noveno abuelo? Sin embargo, ya nada me sorprendía, y ese verano hacía tanto calor... Todas las mujeres parecían perras en celo. El corazón y los hígados del Cuarto abuelo se hicieron una misma cosa y en ese estado se metió dentro de la casa, donde pudo notar el mal olor del apestoso del Noveno abuelo. La joven vestida de rojo estaba tumbada de cualquier manera sobre la cama. El Cuarto abuelo llevaba la pistola en la mano y, apuntando el pecho de la joven mujer, le preguntó: ¿Y quién es este hombre? Y la joven respondió: ¿Es que no lo ves? Hay ciertas mujeres a las que no les basta un solo hombre. El Cuarto abuelo tenía en esa época cuarenta años y su

vigor ya no era como antes. La joven necesitaba más y por eso se lió con el Noveno abuelo.

He oído decir que el Cuarto *laoye* tomaba una poción rara. ¿Es cierto?

¿Una poción? Lo único que tomaba son las pastillas de Liuweidihuang.

Y a la joven, finalmente, ¿quién la mató?

Eso no se puede contar. Solo los dos hermanos lo saben. De todas formas, no fue el Cuarto abuelo quien acabó con ella, sino que fue el Noveno abuelo. Varios años después, nadie se atrevía aún a hacer preguntas.

El lance de las pistolas con el Cuarto abuelo y el Noveno abuelo, ¿cuándo pasó?

Entonces, llegó el día de la muerte de la joven mujer. Los dos hermanos se insultaban entre ellos, y todo eso por una mujer. Cada uno de ellos pensaba en los ancestros. En realidad, los dos venían de una misma madre y, por lo tanto, no tenían dos ancestros diferentes.

Y tras los disparos, ¿nadie fue herido?

Si alguien fue herido, a fin de cuentas, los dos eran hermanos. El Cuarto abuelo estaba en el puente con sus pies bien clavados en el suelo —parecía una marmota que salía de un pote de harina—, y el puente decadente y medio derruido se agitó cuando él disparó contra las aguas del río —y el agua del río se conmovió y sacó su espuma blanca—. El Cuarto *laoye* guiñó los ojos y lanzó otro insulto: Noveno *laoye*, ¡me cago en la madre que te parió! El Noveno abuelo también tenía la cara llena de harina, pero sobre su tez blanca resaltaba la sangre de sus ojos. Desquiciado, dio un salto y volvió a disparar contra el agua e insultó al Cuarto abuelo: ¡Tú, la Cuarta mierda podrida! ¡Me cago en todos tus ancestros! Los dos hermanos continuaban con ese tira y afloja, se insultaban y disparaban al agua. Luego volvían al pueblo.

Daba la impresión de que estaban bromeando, pero cuando llegaron al patio trasero de la casa se pusieron a darse mamporrazos, patadas y mordiscos, y a robarse las pistolas. El Cuarto abuelo mordió el cuello del Noveno abuelo y le arrancó un trozo de carne. El Noveno abuelo le pegó al Cuarto abuelo, con el mango de la pistola, en su cabeza de melón, y le abrió una brecha de la que salió sangre.

¿Y no hubo nadie que los separase?

Pero ¿quién se iba a atrever a separarlos? ¡Los dos llevaban armas! Poco después, el Cuarto abuelo cayó sobre el suelo totalmente tieso. Parecía haber muerto como un perro y el Noveno abuelo ni siquiera le había disparado. Más

bien se asustó al verlo, ya que creyó que el Cuarto abuelo había muerto probablemente.

Y la herida del Cuarto abuelo, ¿no hubo nadie que la vendase?

Tu Quinta abuela cogió algo de cal y se la puso en la herida.

¿Qué pasó después?

Al cabo de tres días, las langostas aparecieron volando en el norte del río.

XVIII

Tras el paso de la plaga de las langostas, el querido hermano —el Noveno *laoye*— se convirtió en el líder supremo del clan de los masticadores de cisca. Completó la tarea de «pacificación» con las langostas que había iniciado el Cuarto abuelo y lideró a los miembros del clan para construir el templo dedicado al general Liu Meng, movilizó a las masas para destruir el resto de las langostas, levantó la estatua del dios y gestionó con eficacia las fuerzas de los hombres.

Cuando la plaga de las langostas emigró otra vez hacia el norte del río, se dijo que fue por los hombres del clan de los masticadores de cisca. Pero lo más probable fue que se desplazaron al norte porque al sur del río ya no quedaba vegetación para comer. Se fueron, por lo tanto, para alimentarse. O fue tal vez porque olieron la presencia inminente del granizo. El frío las hizo huir. La emigración hacia el norte del río fue, en primer lugar, por la comida; en segundo, por una cuestión de asilo para sentirse seguras; y en tercer lugar, porque era conveniente para la venta de sentimientos humanos.

Cuando las langostas atacaron ese día, el sol estaba poniéndose y unos pájaros de un color blanco indeterminado echaron a volar desde las marismas rojas formando un círculo en el cielo que cubría el pueblo. Esos pájaros crearon cincuenta tipos de sonidos diferentes y fueron volando hacia el sur.

El Cuarto abuelo —con su costra blanca sobre la cabeza— se colocó delante de la herboristería con un palo en la mano observando esos pájaros blancos. Sus ojos desprendían una luz misteriosa y quién podía saber lo que estaba pasando por su cabeza en ese momento.

El Noveno abuelo montaba un caballo flaco y regresaba de los prados. En su cintura colgaban dos pistolas, llevaba un látigo en una de sus manos y su cara estaba con polvo blanco. Tenía unos ojos redondos como dos perlas, pero los tenía tristes. Él también observaba los pájaros blancos.

Los pájaros blancos ya volaban a lo lejos cuando el Noveno abuelo desenfundó su pistola. Tenía una mano levantada y con la otra fustigaba al caballo. Más exactamente, lo azotaba en su parte trasera. La intención del Noveno abuelo era perseguir las aves blancas. Pero al caballo flaco y viejo le costaba salir corriendo tal y como lo deseaba el Noveno abuelo. El pobre tenía además las pezuñas totalmente descompuestas. El Noveno abuelo le arreaba encima varias coces para que corriese más, pero no había nada que

hacer. El caballo viejo ya no podía más con tanta coz y tanto latigazo propinados por el Noveno abuelo, abría el hocico y relinchaba desesperadamente.

Al pisar la hierba —que estaba cubierta con racimos violetas de visteria china—, el caballo viejo se tambaleó y estuvo a punto de caerse. Al verlo así, el Noveno abuelo bajó del caballo y se puso a masticar hierba. Le pegó una patada para que se pusiera otra vez de pie e insultó a su madre. El Noveno abuelo no se daba por vencido y quería acabar con esos pájaros blancos; pero descubrió, desolado, que ya estaban muy lejos, junto al sol, y ya no eran aves sino que eran motas en el cielo. El Noveno abuelo dejó detrás la tralla y sacó la otra pistola. Se puso a disparar como un loco a esas motas dispersas en el cielo. Disparó con los ojos cerrados y parecía haberse rendido finalmente ante la evidencia.

En ese preciso momento, el sol aparecía ya en el sureste de Gaomi. La luz verdosa del sol iluminaba los tallos amarillos y verdes del sorgo. Sobre la hierba revoloteaban las mariposas blancas y sencillas. Algunos miembros del clan cagaban sobre los canalillos que regaban los campos. El clima se había puesto raro y las estaciones se habían trastocado. La gente había olvidado el tiempo y las festividades. El método del Noveno abuelo con el caballo flaco era el de las manos de hierro y los guantes de seda. Pero el caballo, cuando le arreaban una patada, se tumbaba. El Noveno abuelo no tenía otra opción que resignarse y suspirar ante el caballo: Viejo amigo, yo ya no puedo montar sobre ti. Tú puedes... El caballo le miró como si no confiase en el Noveno abuelo. Este le decía algo al caballo, algo sin elevar el tono, como quien expresa una promesa de amor, y el caballo se levantaba lentamente; pero se caía de nuevo, poniendo a prueba la paciencia y el amor del Noveno abuelo. El Noveno *laoye* le decía: Tu madre debió ser una yegua encantadora y su marido un gran tipo. Viejo amigo, yo ya no puedo montar sobre ti. Tú puedes...

El Noveno abuelo llevaba una pistola en una mano y en la otra —la mano izquierda— el látigo bien sujeto, cuando decidió ir al pueblo por su propia cuenta. De vez en cuando se giraba para ver el caballo y alzaba la mirada para ver las nubes rojas que venían de cantón noroeste de Gaomi. Al Noveno abuelo ya no le preocupaba nada, pero al caballo flaco y vago se la tenía jurada y no olvidaba que era por su culpa que no podía acabar con esas odiosas aves blancas. Al llegar al pueblo, el *laoye* se sintió confuso y preocupado. Volvió a alzar la cabeza y vio que las nubes rojas ya estaban

sobre su cabeza. Esas nubes traían con ellas un ruido ensordecedor. Las nubes rojas formaban una sola nube que se convirtió en una enorme espiral sobre la vertical misma del pueblo. La espiral amenazaba con descender hacia la hierba y el Noveno abuelo salió corriendo en dirección al pueblo. La nube estaba formada por diez mil cabecitas que eran como miles de copos de nieve suspendidos en el cielo. El ruido que hacían te dejaba sordo. El Noveno abuelo se mordió los labios y dijo: ¡Langostas!

A mediodía, la banda de langostas volaba ya a sus anchas sobre el pueblo y formaban una nube gruesa y densa. El cielo se había vuelto amarillo y el sol había desaparecido. El ruido que se oía lo causaba el frotamiento de las alas de las langostas, y, al escucharlo, uno podía imaginarse la batalla que iban a librar esas bestias y daba miedo. El Noveno abuelo era ya el ancestro de los desastres y por eso disparó varias veces al cielo, ya que de esa manera pensaba vengarse de su destino. Cada bala, sin embargo, mataba varias docenas de langostas. Cuando las langostas descendieron sobre la superficie de la Madre Tierra, el color verde de los campos fue destruido completamente para dar paso al color rojo oscuro.

Sobre las tierras del norte del río crecieron unas langostas cuyas alas eran cien veces más aterradoras y feroces que las de las langostas jóvenes. Sus dientes eran afilados y sólidos, y sus patas, robustas y sólidas, al igual que sus otras extremidades y alas. Además, mordían como unas enajenadas y se zamparon en un abrir y cerrar de ojos todas las hojas verdes y los tallos del territorio del clan de los masticadores de cisca.

Los miembros del clan —liderados por el Noveno abuelo— emplearon cualquier método para espantar las langostas y proteger el pueblo y su color verde original. Hicieron ruido golpeando vasijas de bronce y tejas destinadas a los techos de las casas, lanzaron gritos y construyeron unos bastones largos de metal para asustar las langostas. En realidad, parecía, más que otra cosa, que estaban dando la bienvenida a las langostas.

El día oscureció prematuramente y las langostas continuaban, como antes, flotando en el aire y brindándonos su presencia. Solo ocasionalmente aparecía el sol en medio de esa nube densa y roja formada por las langostas. Todos los miembros del clan se sentían exhaustos y sin voz. Habían palidecido y se miraban mutuamente, desamparados.

Incluso los palos de hierro que embadurnaron con sangre para ahuyentar las langostas parecían hechos para azuzar sus ganas por destruirlo todo.

Ya entrada la noche, la algarabía que habían armado las langostas aumentó considerablemente, como varios millones de soldados marchando al mismo ritmo en un desfile. La gente se había refugiado en sus casas para evitar las langostas, sentados todos ellos y muy preocupados. A sus oídos llegaban los chirridos de los campos, como también llegaba la lucha que esas mismas langostas mantenían con el granizo. Las ramas de los árboles crujían, ya que las langostas y los saltamontes las devoraban a mordiscos.

Al día siguiente, el *cun* apareció cubierto de color rojo y el color verde había desaparecido de la capa de la tierra. Las langostas habían desafiado el cielo y la tierra y ahora reinaban como dueñas y señoras de todos los seres de este mundo.

El valiente del Noveno abuelo montaba su caballo flaco y marchaba sobre la calle principal inspeccionando lo que había sucedido. Las langostas parecían balas de lluvia azotando al hombre y el caballo. Al Noveno abuelo le dejaron con la boca cosida. El caballo flaco pisaba con sus pezuñas rotas las langostas que yacían muertas sobre la tierra e iba dejando su huella en ellas. El caballo sacaba de vez en cuando la lengua y se lamía los morros. El Noveno *laoye* —al igual que el caballo flaco— apretaba los dientes con fuerza, pero el abuelo —a diferencia del caballo— se tragaba la saliva como podía y no osaba abrir la boca.

Mientras inspeccionaba el terreno, una langosta enorme fue a parar a uno de sus oídos. La oreja, por supuesto, empezó a hacerle unas cosquillitas que no apreció particularmente. El Noveno *laoye* se la sacó de encima; pero con el manotazo que le dio, lo único que consiguió fue partirla en dos. La langosta cayó al suelo sin rechistar. Al hacerlo, el Noveno abuelo sintió compasión por ella y pensó que esos bichos no eran tan horribles.

Los hombres del pueblo se movilizaron una vez más con sus azadas, sus escobas, sus clavas, sus palas, sus raquetas y sus tambores. Los del pueblo, más las pegaban, más ahínco le ponían en la acción. Se sentían encantados en medio de esa masacre y las langostas muertas se apilonaban en la calle. Esas pilas alcanzaban al menos un *chi* de grosor y el líquido que sacaban esos insectos destrozados apestaba y a los lugareños les entraban unas ganas tremendas de vomitar.

El Noveno abuelo cayó en el barro rojo que había en una fosa y estuvo a punto de perecer. Tras ser salvado, sus pies y sus piernas apestaban a barro de aguas estancadas. Yo pensé que esa peste venía sobre todo de las langostas muertas que habían quedado atrapadas en ese fango rojo.

Cincuenta años atrás, los lugareños del *cun* acabaron con la plaga de las langostas, y, en esa misma época, la fosa del dique era mucho más profunda de que lo que es ahora en el presente. Enterraron las langostas —tanto las vivas como las muertas— en esa fosa. Las langostas cupieron perfectamente en ese espacio que parecía estar hecho para acogerlas a todas. Los lugareños tenían que pisar el barro de esa fosa cuando se dirigían a los prados.

Murieron una tras otra, y un regimiento tras otro. Las langostas se postraban por delante y por detrás. Así infinitamente. Los rostros de la gente se llenaban con la sangre de las langostas y los fragmentos de sus cuerpos muertos. El cielo sobre sus cabezas era, como antes, una nube de langosta formando una espiral infernal.

Al tercer día, el Noveno *laoye* encendió una gran hoguera en medio de la calle. El fuego llegaba hasta el cielo y quemó a su paso todas las langostas. Ardía rabiosamente y las langostas —una tras otra— caían muertas sobre la superficie de la tierra. Ya no era necesario llamar a las gentes del pueblo, pero estas se pusieron a ayudar al Noveno abuelo con su hoguera. La calle se llenó de llamas rojas. Los cuerpos sin vida de las langostas se consumían lentamente entre las llamas vivas y desprendían un olor similar al del tabaco. Desprendían un aceite y por eso tardaban bastante en destruirse con las llamas.

Cuando se puso el sol, aún había gente en los prados que encendía nuevas hogueras que ardían con fuerza, y el cielo parecía un trozo de tela roja rota. Tanto los ancianos como los más jóvenes del clan de los masticadores de *cisca* permanecían de pie ante el fuego y observaban solemnemente las llamas rojas e incandescentes. Ese miedo y profundo respeto al fuego que se había heredado de una generación a otra en el clan de los masticadores de *cisca* fue interrumpido ante la masacre de las langostas.

El trabajo de amontonar los cuerpos sin vida de las langostas y la construcción del templo del general Liu Meng se hicieron al mismo tiempo. El Noveno abuelo se sirvió de la fuerza de una multitud de gente porque creía que el trabajo tenía algo de sagrado. El mismo general Liu Meng, ¿habría permitido que un templo así fuera construido por seres humanos?

Durante la noche de las chispas de fuego, el general Liu Meng se le apareció en un sueño al Noveno abuelo y le dijo: Yo soy de Wuchuan —en la provincia sureña de Guangdong—, y viví en los tiempos revueltos de la dinastía Yuan. Mi padre obedecía siempre al emperador y ejercía de general en Zhenjiang (Jiangsu) —siendo un general reputado y famoso— en el oeste

del río. A mí me fue encomendada la tarea noble de eliminar todos los bandidos que maltraían las tierras de la provincia de Jiangxi y el río Huai. Y lo hice exitosamente; pero cuando regresé en mi barca por las aguas del río Huai, me di cuenta de que la soberbia y la arrogancia de mi persona habían traído a estas tierras una calamidad peor que los bandidos: ¡una plaga de langostas! Las cosechas se fueron al traste y muchas fueron las gentes del río que perecieron de hambre. Yo pude ver la magnitud de la tragedia con mis propios ojos y también vi cómo nadie pudo hacer nada. Y esa fue la razón por la cual mucha gente se tiró al río y se metió en lo más profundo de las aguas, ya que creían que solo ahí podían estar a salvo de esos bichos destructores. Me levanté temprano y pensé que lo mejor era reformarme, y para ello debía seguir de cerca las enseñanzas del general Liu Meng. Levanté un altar y un templo en su honor en el oeste del *cun* porque sabía que la plaga de las langostas se debía a una falta que yo había cometido y la voluntad del hombre debía corresponder con la voluntad del Cielo y viceversa, y uno debía hacer prueba de modestia y honestidad con uno mismo; uno debía hacer caso de sus propios sentimientos.

XIX

Conduje a esa joven diabólica —la joven especialista— que pertenecía a la expedición de las langostas al oeste de pueblo, donde estaba el templo de Liu Meng, porque quería que le echase un vistazo. Le recordé a la joven científica que en mi juventud le profesaba una adoración y un respeto sin límites al general Liu Meng —ese tipo con la cabeza de un leopardo, los ojos de una golondrina, los bigotes de un tigre, las manos, el casco y las zapatillas de oro—. En aquella época, el general Liu Meng estaba hecho de jade verde y oro, y en el interior del templo se podía oler todo el tiempo a incienso. Era, en realidad, un signo fuerte de los tiempos victoriosos tras la guerra de resistencia. Después de la construcción del templo dedicado al general Liu Meng, las langostas perecieron todas. Solo quedaron los excrementos de esos insectos alados —excrementos que se veían en todas partes—. Revoloteaban algunas libélulas y algunos saltamontes pequeños que comían con delectación esos excrementos. Aunque las cosechas y el pueblo habían sido destruidos y ya no quedaba nada de ellos, la gente había expulsado todo su resentimiento. ¡Y el pueblo se lo agradeció al general Liu Meng!

El presente no puede compararse con el pasado, y fue, por supuesto, el gobierno quien hizo venir a la expedición científica para lo de las langostas y al ejército para acabar con esos bichos. Mañana por la mañana, las avionetas van a lanzar insecticidas químicos desde lo alto y van acabar con todas las langostas. Con el frío, al general Liu Meng del templo famoso se le rompió el casco dorado y se le resquebrajaron las zapatillas doradas. La adoración que el Noveno abuelo le tenía a la figura de Liu Meng iba más allá del mundo de los mortales. Eran las lechuzas que viajaban en la noche quienes llevaban con ellas el misterio que unía al Noveno *laoye* con la estatua abandonada de ese dios, y lo hacían como un barco ebrio, un barco a la deriva. Los conocimientos de la joven científica eran grandes y profundos, pero también tenía algo de cómico cuando hablaba. Ella dijo que vosotros —los que luchabais contra las langostas— erais como los que habían luchado en la guerra de resistencia contra los japoneses. Unos epígonos, por lo tanto. ¡Y los otros me dan pena!... Yo le pregunté con asombro: Pero ¿quién te da pena? Y ella, con labios de burro y boca de caballo, me respondió: ¡Me dan pena los pescados y las gambas que desaparecen de nuestra querida Madre Tierra! Y, por supuesto, ¡me da pena lo solo que se ha quedado ese Liu Meng!

Yo tenía mis serias dudas sobre las verdaderas intenciones de esa mujer y su oposición a la sociedad me parecía sospechosa. Me pareció una pena, por lo tanto, que, con unos pechos tan rígidos y firmes, tuviera unos brazos demasiado largos y un culo demasiado voluminoso que la deformaban y le quitaban atractivo. Todo ello me impedía hablar mal de ella y denunciarla.

Salí del templo dejando que la mujer y el solitario del general Liu Meng se casasen tranquilos; pero la estatua del general Liu Meng ya tenía una *laopo*, y era el despedido Noveno abuelo.

En la cuadragésima primera mañana, el sol volvió a salir por la montaña y una avioneta de dos alas sobrevoló el cantón de Dongbei en Gaomi, y, por lo tanto, las tierras del clan de los masticadores de cisca. La avioneta peinaba los árboles del *cun* y dio vueltas sobre las marismas rojas. La cola de la avioneta parecía la cola de un pavo real dejando a su paso un humo blanco y lechoso. Las gentes del *cun* corrían para verla pasar.

La avioneta cruzaba el cielo zumbando. Iba para un lado y volvía por el otro. A través del cristal de la ventanilla se podía ver que eran unas mujeres quienes llevaban ese aparato. Ellas eran conscientes y meticulosas, y operaban como auténticas especialistas. Soplaban el viento del oeste y expandía el polvo químico con él. Nosotros sentíamos la agonía de las langostas al caer bajo el efecto del pesticida mortífero. Las langostas, preocupadas por su destino, se precipitaban hacia el suelo y chocaban contra él. Extendían sus alitas, pero ya no podían volar porque les faltaban las fuerzas. También habían perdido la fuerza de resistencia que poseían sus ancestros. Estas langostas podían sobrevivir al granizo, pero no a los productos químicos.

Los cuadros del gobierno regresaron a casa para no morir envenenados y las gentes se dispersaron. Yo, por mi parte, me mostraba reticente a dejar el lugar, ya que quería seguir observando la avioneta en su vuelo. En realidad, admiraba la belleza de esas miles de motas de polvo químico que caían del cielo. Pensaba que la contaminación de la ciudad hacía más resistente a la gente y sus pulmones y esos productos químicos no tenían ningún efecto sobre mí.

El Cuarto abuelo había traspasado las verjas y había huido a los campos. Pensé que lo hacía porque quería cagar. Pero no, él no iba a cagar. Iba al otro lado de las marismas rojas, donde estaba el Noveno abuelo con la jaula de la lechuga. Yo vislumbré a los lejos a ese viejo cruzando las aguas pantanosas. Las aguas de las marismas reflejaban las figuras alargadas de los dos hermanos, y la avioneta dejaba caer sobre sus cabezas el polvo químico bello y esplendoroso. Las cabezas de los dos hermanos parecían flores, pero se les veía que no respiraban bien. Los dos habían envejecido y los dos estaban de pie, rígidos y estáticos como dos estatuas de piedra. La lechuga se puso a cantar, pero lo hizo de una manera muy extraña y muy bella. Al escuchar ese

canto, mis pensamientos cambiaron de golpe y me invadió un intenso sentimiento de nostalgia. Lo intuí: ¡el odio del clan de los masticadores de cisca había llegado a su fin!

Había en mí una confesión que debía contar al Cuarto abuelo y al Noveno abuelo, y corrí hacia ellos...

Y mientras corría para contársela, pensé de repente en la mujer del cabello negro como el plumaje de un cuervo y el juramento de la familia de las gentes del teatro.

Habrà un día en el que deberé escribir una obra de teatro y en esa obra aparecerán la fantasía y la realidad, la ciencia y los cuentos de hadas para niños, Dios y el Diablo, el amor auténtico y la prostitución, la nobleza y la plebeyez, las mujeres bellas y los excrementos, el pasado y el presente, las medallas de oro y los condones..., y todo ello se mezclará, sus elementos se harán inseparables los unos de los otros y de ello nacerá algo más fuerte. Todo estará unido y así será el mundo.

Durante el alegre y festivo banquete de la boda, levanté la copa de cristal transparente llena de vino rojo y brindé indistintamente por mis enemigos y mis amigos. El vino se desbordaba de nuestras copas y en mi mano parecía el líquido verde que segregaban las langostas. Dije: ¡Queridos amigos, queridos enemigos! Tras los años de sequía, vino la plaga de las langostas. A la plaga de las langostas le siguió el caos de la guerra, y al caos de la guerra, le siguieron la destrucción, las epidemias y las hambrunas. Las epidemias y las hambrunas sacaron a relucir la crueldad de la gente: los seres humanos se comieron a los seres humanos, los seres humanos ya no eran seres humanos y la sociedad era una sociedad sin seres humanos. Los seres humanos se comían a los seres humanos y la sociedad se convirtió en una sociedad donde los seres humanos se comían a los otros seres humanos. Si todo el mundo estaba sobrio, nosotros seguíamos bebiendo el zumo que salía de las bellísimas uvas hasta perder la cabeza. Pero si la gente enloquecía, ¿cuál era en realidad el líquido que contenían las copas?

**El segundo sueño:
Las rosas cuyo aroma irrumpe con
fuerza en los orificios de la nariz**

El jefe del destacamento —el capitán— saltó del caballo rojo y con el látigo de piel de serpiente se quitó de encima el polvo de los pantalones ajustados, y los pelos muertos del abdomen del caballo que había en los pantalones cayeron inmediatamente al suelo. Eso fue al principio de una primavera que ya pasó. Los perales habían florecido y las abejas flotaban en el aire. El viento del sur soplaba denso y melancólico. El amor vasto y templado parecía caer del Cielo para consolar el corazón de los ancestros, y todo ello hacía radiar el temperamento bueno y honesto de los descendientes, al igual que iluminaba y creaba las rosas de cinco colores. En el azul del espacio flotaba el aroma de la flor del peral.

Mi nombre es Jindou (la «habichuela dorada») y soy el hijo de la hermana pequeña del mi tío materno. Este año cumpla veintiocho años y me gustan las mujeres bellas y los cigarrillos de marca, pero en este momento debo quedarme en casa para recuperarme de una enfermedad. A esta enfermedad, los médicos la llaman «malaria», pero todo el mundo la conoce como el «frío escondido bajo la piel», y es la picadura de un mosquito la que te la contagia. Me ponía la chaqueta de piel de cabra que llevaba siempre conmigo y, a pesar de ello, mi cuerpo temblaba. Y además era la primavera con los perales en flor. El sol brillaba con fuerza y del viejo patio llegaban mil efluvios. Le di a mi tío una cajetilla de cigarrillos: la habichuela dorada cogía la cajetilla de cigarrillos americanos y se la ponía al tío en la barriga. La apariencia del jefe del destacamento, ¿la recuerdas claramente?, le pregunté.

El caballo rojo era un caballo listo, pero cuando lo vi estaba flaquísimo y hubo que alimentarlo más tarde con mucha paja para que engordara. El caballo estaba cambiando de pelaje y parecía del mismo color que los pantalones del jefe del destacamento. ¡Zas, zas, zas! El látigo con la piel de serpiente azotaba la piel negra de los pantalones. El jefe del destacamento era alto, delgado y ligero; tenía unas cejas finas y perfiladas, y no tenía barba ni bigote. La piel de su semblante era blanca y tersa. Tenía una voz fuerte y unos dientes que, cuando abría la boca, aparecían totalmente dorados, ya que todos eran falsos. Sabía cantar la Ópera de Pekín y sabía ponerse una barba postiza cuando lo requería, y sabía hablar lenguas extranjeras. Mi tío fumaba cigarrillos extranjeros y el humo azul de esos cigarrillos no paraba de salir de los orificios de su nariz. El jefe del destacamento cogía su cajetilla metálica

—ahí donde guardaba los cigarrillos—, la abría sin darse prisa, sacaba un cigarrillo, lo encendía, le daba una calada, sacaba el humo y decía:

—¡Eh, tú, viejo Huang, el de los bigotes amarillos! ¡Saca la montura y ponla a secar! ¡Coge el caballo y llévatelo a pasear! Y cuando acabes, coges el cepillo del tipo *dandy* y le sacas los pelos sueltos al caballo. Este animal está demasiado flaco. Dale un par de bloques de paja, alfalfa, granos de soja y salvado, pero antes se los calientas; y cuando estén muy calientes, los pulverizas. Cincuenta *jin* de esa soja serán suficientes. ¡Y lo alimentas lo antes posible!

El jefe del destacamento mantuvo el cigarrillo entre los labios de su boca y por eso no se atrevía a abrirla para decir algo. Abría los orificios de la nariz, expulsaba el aire y hacía unos ruidos que lo acompañaban, ya que con ello quería expresarse. Pero acababa saliéndole el humo del cigarrillo que iba a parar directamente a la cara del de los bigotes amarillos. Este miraba el humo que pasaba frente a él, daba unas palmadas en el aire y lo deshacía. El jefe del destacamento cogió las riendas del caballo rojo y lo sacó del patio.

Y el patio de esa época, ¿es el mismo patio que el de ahora?

En esa época, el muro del patio se caía a trozos. Ahora, ya se ha caído del todo y está totalmente pelado. Solo el musgo y los nidos de las avispas parecían haber encontrado su lugar entre las ranuras del muro. Si el verano de este año es igual de lluvioso que el del año pasado, incluso esta casa acabará por caerse. El de los bigotes amarillos y yo vivíamos en el ala este de una de esas residencias, que tienen cuatro lados y un gran patio interior, y el jefe del destacamento y ella vivían en el pabellón central. El caballo rojo también vivía en el ala este y el establo quedaba en una esquina del ala sureste. El *kang* —la cama de piedra— quedaba al noroeste y el horno-cocina estaba conectado al *kang* por el lado del sur. El caballo rojo se había hecho grande y su cola parecía hecha de satén y seda. Cagaba todas las noches sobre los cazos metálicos. Pero la mierda que cagaba no llevaba impurezas ya que en los intestinos no llevaban —digeridas y procesadas— las cápsulas de la planta de la soja, y por eso la mierda olía directamente al grano de la soja. El de los bigotes amarillos freía los granos de soja en la sartén y yo, delante, avivaba el fuego y pelaba las cáscaras que contenían los granos de esa soja. Al pelarlas, hacía un ruido sonoro y contundente: *clac, cloc...* Y los granos de soja saltaban en la sartén y se oía otra vez: *clac, cloc...* El fuego me quemaba la cara y el sudor caía por mi pecho. El de los bigotes amarillos se había sentado en una banqueta y fumaba un cigarrillo. El caballo rojo había salido

con el jefe del destacamento y las mierdas del caballo estaban todavía delante del horno-cocina y las gallinas se las comían. Buscaban en ellas los cereales y los parásitos que suelen pegarse en el estómago de los caballos.

—¡Eh, padre!... ¿Cómo van las habichuelas de soja? ¡No me las quemes! —le dijo mi tío al de la barba amarilla.

El de los bigotes amarillos se levantó con mucha pachorra y fue a darle un vistazo a la sartén. Vio que los granos de soja explotaban y puso cara larga, abrió los ojos como platos y los pelos del bigote le cubrían los dientes, que eran grandes y salidos. Más que un hombre, ese individuo parecía en realidad un caballo.

Yo no había visto antes a ese tipo de los bigotes amarillos y nada nos unía.

Mi tío le dijo al de los bigotes amarillos que sacase el caballo a pasear; pero él siempre lo seguía detrás..., siempre..., siempre lo seguía detrás..., porque quería saber cuáles eran los sentimientos del de los bigotes amarillos... Pero este estaba aparentemente bien, ya que no se giró y mi tío pudo convencerle de que sacara el caballo. Si no estaba bien, el de los bigotes amarillos daba media vuelta y maldecía e insultaba al tío. Yo tenía ocho años en esa época y no era más grande que un perro. Una pierna del de los bigotes amarillos era más larga que yo; y si me daba una patada, podía hacerme mucho daño. Pero nunca me daba patadas: solo me miraba con odio y le temblaba la barbilla. Más que un ser humano, como decía antes, parecía un caballo con un hambre voraz. Al ver al de los bigotes amarillos de esa manera, el tío se giró.

El jefe del destacamento entró en la habitación; pero antes de entrar, miró de reojo y con timidez al de los bigotes amarillos, que salía fuera ya con el caballo y ni siquiera se giró para verlo alejarse. La habitación se llenó entonces con un intenso aroma de rosas. Del cinturón de piel del jefe del destacamento colgaba un revólver. El puente nasal del jefe del destacamento aguantaba unas gafas doradas y en una de sus manos llevaba un anillo de oro. Cuando tocaba el violín de dos cuerdas —el *jinghu*— cruzaba las piernas y lo que desprendía era el aroma de las rosas, el aroma que irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz.

En ese momento, el caballo rojo ya había engordado lo suyo, pero de la barriga seguían escapándosele varios pelos muertos y para la gente continuaba siendo un caballo flaco e inútil. A primera vista, sin embargo, parecía un caballo sano y bueno. Era ágil y su cola era como de seda y satén. ¿Iba a decir yo algo? Ese caballo parecía en realidad uno de esos galgos que

van detrás de las liebres —igual de ágil, ligero, rápido y eficaz, pero con un aspecto enfermizo—. Un caballo de presencia imponente no es necesariamente un caballo rápido y eficaz. Lo mismo sucede con un perro. No por tener una buena presencia y ser muy fuerte, un perro es capaz de cazar liebres.

Sobrino mío, ¿todavía tienes frío? Te agachaste, y yo cogí el lazo y te lo até. Me agaché delante del tío y le até el lazo rojo en el brazo izquierdo. El tío se ajustó el lazo, pero sacó otro lazo, me lo ató fuertemente en la mano y gritó: ¡Malaria, es la jodida malaria! Mi mano se había hinchado y amoratado, ya que no podía circular la sangre en ella. El tío me había incrustado en la carne siete guisantes y al ver el color de mi mano supo que había atrapado la malaria. El de los bigotes también había pasado en esa época por el mismo trance y sufrió, como yo, del «frío escondido bajo la piel». Pero él, simplemente, no era tu tío materno.

Nuestro *cun* —cien años atrás— era un eral donde solo crecía la hierba. Los pastores venían con sus cabras para darles de pacer y aparecían liebres y conejos por todas partes. En las marismas rojas había zorros, que se comían las liebres y los conejos. Cincuenta años atrás, nuestro *cun* contaba con veinte familias. El clan de los masticadores de cisca tenía miembros en cada una de ellas y nadie sabía con certeza quién estaba con quién. El patio y sus muros de cal blanca podían verse desde muy lejos, ya que sus muros blancos saltaban a la vista incluso a treinta *li* de distancia. El tío no hablaba con mucha fineza a su sobrino: La gente, en realidad, se reproduce con más rapidez que los conejos. Un trabajo que no toma mucho tiempo y, en la calle, los transeúntes se tocan los hombros porque no caben. A ti, sin embargo, no te preocupaba. Nacimientos y gentes cuidando y criando a otra gente, había muchos más en los tiempos del rey Wen de Zhou que ahora, y la población era mayor que la nuestra. Había, además, menos gente que moría de hambre. Las espigas de trigo dan el grano y bajo el caballo hay dos potrillos, y los conejos... se reproducen como conejos. ¡A cientos! No saciarse de cereales, no saciarse de carne y... ¡la política del hijo único! Mi querido sobrino, el de los bigotes amarillos no es tu abuelo materno. ¡Y a la mierda todos los certificados! Y mi tío, ¿era el fantasma de mi padre? No me hablaba nunca claramente...: Los hijos no se merecen a sus padres y las madres no ganan para disgustos... Mi tío estaba agobiado y deprimido ante esa situación. Y para fumar un par de cigarrillos de marca extranjera, ¿eran necesarios todos esos cotilleos? ¿Tenía yo algún futuro? Tú, que eres como un perrito faldero

siempre detrás de su amo, tú, el de los ojos rasgados y cejas arqueadas, ¿no tiene demasiados años esta maldición? ¡Tío, no me provoques!...

El de los bigotes amarillos llevó el caballo hasta el río Mo, que quedaba a unos cinco *li* del pueblo. Era primavera, el tercer mes, para ser más exactos, y los perales estaban ya en flor. La hierba no había crecido todavía mucho y parecía un manto de lana. El tío estaba detrás de la grupa del caballo, preparándole la comida y secándole el sudor, y su cola parecía hecha de una seda y un satén temblorosos. ¡Por la tercera vez, mi querido tío! Más tarde, el caballo rojo se engordó, pero su cuello seguía pareciendo hecho de seda y satén. Pero en la primavera, el caballo rojo se adelgaza, sobrino. ¡No le culpes de nada! La gente no dice tonterías. Incluso una perra puede parir a un unicornio. En la orilla del río, el de los bigotes tiraba del caballo sobre la arena ardiente. El río estaba medio seco y podían verse los cantos rodados y las piedrecillas pulidas y muy blancas que yacían encima. Sobre esas piedras había unos cuervos de pico verde que bebían agua. El agua estaba sucia y había en ella muchos renacuajos que se juntaban y se separaban como una nube. El caballo rojo alzaba la cabeza perezosamente y el sol le daba de lleno. Yo llevaba todavía una chaqueta acolchada para protegerme del frío, pero sudaba como un cerdo y me sentía pegajoso por dentro. El de los bigotes amarillos tenía piojos en la cabeza y le hacían cosquillitas, y él se rascaba y se rascaba: *escratch, escratch...* Por eso decidió afeitarse la cabeza. Pero con los ojos que tenía, parecía un perro callejero con mucha hambre. También tenía los ojos amarillos y, como dice la gente, «¡no te fíes nunca de alguien que tiene los ojos amarillos y la barba verde!». En realidad, ese tipo no era tan malo. Solo que nació para traicionar a la gente. ¿Lo viste o no? Si murió o no ese año, yo no lo recuerdo. ¿Cuántos años han pasado desde la República de China? Las piedras se habían fragmentado y los nietos de los nietos habían muerto. Se ha producido mucho ruido, la gente se ha vuelto tímida y van a cagar juntos, los gatos salvajes maúllan en las tapias y..., sí, él murió ese año. Murió tranquilo y sin ningún indicio de arrepentirse de ello ya que en su vida pasó por momentos durísimos. No podía hablarle de otra manera y le llamé toda la vida «padre».

—Padre, ¿este caballo es macho? —preguntó el tío.

El de los bigotes amarillos no respondió.

—Padre, ¿es una hembra? —preguntó el tío.

El de los bigotes amarillos no respondió.

El de los bigotes amarillos miró el caballo rojo y sus ojitos se pusieron a dar vueltas. Le intentó poner la cabezada metálica en la boca y lo atrajo hacia él con ese fin. El caballo intentaba morderse la cola con el hocico, negándose a someterse a esa sumisión, pero no llegaba por poco y los ojos le daban vueltas. El de los bigotes amarillos arrastraba el caballo hacia delante e intentaba incrustarle la cabezada, pero el animal se mostraba reticente a aceptarla y le ponía las cosas difíciles. El de los bigotes amarillos lo intentaba una y otra vez y el caballo miraba al Cielo, relinchaba y maldecía a Dios. Arriba y abajo, abajo y arriba... El de los bigotes amarillos se las veía y deseaba para ponerle la cabezada al caballo terco. Además, se le acentuaba la cara chupada con sus mejillas inexistentes. La vida y la muerte se confundían en ese hombre, como se confundían en el caballo que no paraba de recibir palos del de la cara amarilla. El caballo, que era grande, se encogió de golpe y se arrugó. Y de encogido y arrugado, volvió a desencogerse y las arrugas desaparecieron completamente. Al tío le caían goterones de sudor por la nariz y los ojos agraviados del caballo se habían puesto azules y parecían estar viendo el interior de la mente fría y cruel del tío. Pero mi tío estaba indignado con ese animal y se tiró hacia delante sin prever las consecuencias de su acto para agarrar las manos del de los bigotes amarillos.

—Padre, deje el caballo... ¡Ese animal está loco! ¡Suéltelo! —le suplicó el tío entre lágrimas.

El de los bigotes amarillos soltó de golpe la cabezada y las patas delanteras del caballo se debilitaron, provocando su caída. El caballo se repuso y se arrodilló, pero volvió a tumbarse. Su cabeza alargada quedó tocando el suelo. La piel le temblaba y ello explicaba el sufrimiento del caballo. Cerró los ojos y sangraba por la boca —una sangre espesa y muy roja que le mojaba los bigotes—. Las gotas de sangre caían sobre la hierba verde y relucían como gemas rojas.

Después de que el de los bigotes amarillos soltara la cabezada del caballo, el tío sintió mucho miedo y le soltó las manos, retrocedió lentamente, y el cuello se le encogió. Parecía que alguien le había golpeado duramente.

Ellos se separaron del caballo y lo observaron desde lejos. El caballo se puso a sudar y su sudor olía a cenizas.

—¡Oh!... —El de los bigotes amarillos tocó la punta de su nariz con la lengua y rio sonoramente: Ja, ja, ja... Y otra vez: Ja, ja, ja...—. Puedes venir...

El tío retrocedió y el olor del caballo quedaba cada vez más lejos.

—Ja, ja, ja... ¡Ven, hijo de puta!

El tío, como antes, retrocedía y retrocedía. El terror le paralizaba.

El sudor le obstruía los poros de la piel. El de los bigotes amarillos le daba palmadas en el cuerpo, al caballo rojo, para ver si lo reanimaba. Si daba unos pasos, chocaba con el tío. El de los bigotes amarillos cogió del cuello al tío y lo apretó con fuerza —o, más bien, con rabia y frenesí—, y lo levantó. El caballo tenía la pancha sobre la superficie de la tierra y la hierba que había debajo de él tenía que resistir el peso del animal ensangrentado. Estaba todo chafado y la hierba parecía el pelo rizado y sin vida de los muertos. También había varios escarabajos muertos. El tío se vio otra vez levantado por el de los bigotes amarillos, pero esta vez le cogió de las orejas. El tío gritó de dolor. Mi tío materno y el de los bigotes amarillos ¿habían nacido con unas manos de seis dedos? ¿Sabía alguien si eso era verdadero o falso? Lo de los seis dedos era muy perturbador. Sobrino, eres un perro. Camina, anda. Sobrino, tú solo comes hierro y luego tu estómago hace la digestión como si nada. Estos cigarrillos que me has dado son como los pedos que te tiras luego... ¿Qué es este frío?

Tío, eres igual que un diablo malo. Naciste con un par de piernas torcidas y curvadas, y con dos orejas como los abanicos que remueven el viento. Y ya lo dicen los libros de fisionomía: quien nace con unas orejas como abanicos, sus ancestros lo venden. Esa es la razón por la cual yo he sido pobre, y he estado amargado, toda la vida. ¡Ni siquiera me he merecido el castigo de una esposa! Y en eso me parecía al de los bigotes amarillos: a cualquier ser humano pensaba pincharle las orejas. Los perales habían florecido y el aroma de las rosas llenaba la casa, el aroma que irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz.

Y el de los bigotes amarillos le pinchó la oreja a tu tío y acercó sus dos ojos glaciales a su cara —me contó mi tío—. Igual quería reconocerse en algo de mí... El aliento de su boca olía a hierba y parecía el aliento de un buey, un camello o un mulo viejo que está a punto de diñarla. Él era, sin embargo, consciente de que me estaba insultando: ¡Tú, herbívoro hijo de puta, eres como un mulo que solo come hierba verde! ¡Eres una rana! ¡Sí, tú has nacido con el espíritu de una rana! Luego me cogió la cara y me la apretó contra el culo del caballo rojo. Con las dos manos, y agarrándome del cuello, me restregó la cara contra el culo del caballo. El sudor y los pedos del caballo rojo se mezclaban con mi saliva, mis mocos y mis lágrimas..., hasta el momento preciso en que el caballo se levantó del suelo..., y solo entonces me

soltó el de los bigotes amarillos. Primero, salvé al caballo; y el caballo me salvó, seguidamente, a mí. Una recompensa debería seguir otra recompensa, pero no hubo ninguna recompensa para nadie. Y porque el futuro radiante no llegaba nunca, yo sabía que el grupo de los reaccionarios iba a acabar de un momento a otro; pero por mucho que me lo dijesen, yo sabía que el de los bigotes amarillos no era un mal tipo. ¡Para nada! Él reía a carcajada limpia. Parecía un niño travieso observándome; o alguien que no tenía ninguna piedad conmigo, como si fuera en realidad el caballo rojo y no un hombre. Yo tenía los labios rotos y la sangre me llegaba a los dientes. Sí, era igual que el caballo rojo.

—¡Uy, uy!... Pero ¿qué olor es este? —me preguntó riendo el de los bigotes amarillos.

Y el tío empezó a insultarle con su carita llena de lágrimas y la boca pastosa.

—El culo de un caballo, ¿no sabías que huele mal? —le soltó como un torrente el de los bigotes amarillos.

El caballo rojo se fue, balanceándose, hacia las piedras negras que sobresalían en medio del río, bajó la cabeza y bebió agua. La cabezada y las riendas limitaban su capacidad de beber agua y se veía obligado a veces a lamer las piedras negras. Los rayos del sol eran como agujas y las aguas del río desprendían un vapor que apestaba. Los sapos y los renacuajos ¿estaban hirviendo dentro de esas aguas? Lo que más preocupaba al tío era que el caballo se tragase varios renacuajos. Eso le iba a provocar, una vez dentro de los intestinos, una gastritis aguda y fuertes diarreas.

¡Achís!... El de los bigotes amarillos miró al cielo y estornudó. El tío lo vio de espaldas, acercándose a la brillante y dúctil línea del horizonte, con el paisaje solitario de las montañas y su fondo azul, y sobre las montañas, los pinos negros. Y en las heridas de los pinos, la resina dorada, supurando; o en invierno, con la nieve en sus copas, como nubes derritiéndose; o en primavera, con la armonía perfecta entre la nieve y el hielo del cielo, y finalmente convirtiéndose los dos en el agua que llena los ríos, y la hierba nueva verdeando, las orquídeas abriéndose, como las rosas..., y su aroma, que irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz. El color de las águilas brilla en el cielo con un brillo particular y las liebres se asustan y echan a correr. Las liebres inteligentes se dispersan sin seguir un orden y se meten en los agujeros o se esconden entre las ramas de los jinjoleros para que las

águilas no los vean... y las liebres se ponen a bostezar... Sobrino, ¿todavía tienes frío?

Tío, yo no tengo frío..., «el frío bajo la piel» no es, en realidad, una enfermedad... Son solo cosas de la vida. Todos los miembros de vuestro clan —el clan de los masticadores de cisca— tienen el mismo defecto: sueñan despiertos. Sacudí la cabeza y bostecé. En mis oídos, solo oía el piar de los pájaros.

Y luego, ¿qué? Vi con mis ojos que de la nariz del de los bigotes amarillos asomaban unos pelos que le temblaban y que parecían las antenas de una mariposa. Tras observarlo, llegué a la conclusión de que en su cabeza —o, mejor dicho, dentro de su cráneo— estaba creciendo un auténtico monstruo y estaba claro que se estaba comiendo la masa cerebral. Ese monstruo se hará grande y romperá en el momento menos esperado el cráneo, y este se romperá como se rompe la cáscara de un huevo, y seguro que de dentro saldrá un polluelo. Ese monstruo amarillo absorberá día y noche su cerebro, cambiará su temperamento y se volverá más irritable, me dijo mi tío. Ese polluelo acabará con todo su cerebro y lo destruirá. Vi que sacaba de su bolsillo una cajetilla de cigarrillos que iba envuelta en dos papeles: uno verde y otro de estaño. Dentro había varios cigarrillos unos junto a otros. Esa cajetilla se la había dado el jefe del destacamento. ¡Hijo de puta! El tío cogió con los dedos uno de los cigarrillos americanos que yo le ofrecí y esbozó algo parecido a un insulto. Vete a saber si estaba insultando al jefe del destacamento, al de los bigotes amarillos, o a los dos de golpe. Los perales florecían en el patio, pero las flores se cerraban debido a la lluvia. Mi tía paterna vendía rosas en un puesto ambulante. ¡Hijo de puta!, dijo el tío, sacando los cristales del ojo del culo. Claridad (como nombres) y mierda (como poemas), ¡las hay montones!

Yo vi al de los bigotes amarillos observando el cigarrillo; y sobre su cabeza estaba el cielo, que era un techo de color azul. Y en el cielo, había nubes que tenían escamas como los peces; y en las nubes, había pájaros con los picos afilados que, además pasaban por las marismas rojas del clan de los masticadores de cisca. Eran las garzas que sobrevolaban las tumbas de los ancestros y sus chillidos estridentes se oían en el Cielo. Tío, ¿al final fumó o no? El de los bigotes amarillos se metió el cigarrillo en la boca y se lo sacó. Otra vez el mismo gesto, pero al revés: se lo sacó y volvió a metérselo en la boca. Vete saber si estaba jugando o interpretaba alguna comedia. Oí decir que, cuando fumaba, le cogía asma, y de los orificios de la nariz le salían los

dos pelos temblorosos, y dentro de su cabeza, ese monstruo, torturándole. Se metió el cigarrillo en la boca y, finalmente, le dio una calada honda y sentida. Pero no duró mucho: escupió. Parecía que estaba inspirando mierda o que estaba comiendo mierda, o que en la boca tenía mierda, y escupió. Pero su saliva parecía que llevaba mierda. Tiró el cigarrillo al suelo y de su boca salió un grito que no era humano —era el aullido de un animal...—. Dio un salto y parecía que se había vuelto loco. Con sus zapatillas de paja, pisó y machacó el cigarrillo que había caído al suelo. Le dio varias patadas y levantó el polvo que había en la tierra. El polvo se mezcló con el humo del cigarro y le llegó a la cara al de los bigotes amarillos. El tío retrocedió varios pasos, se agachó al suelo y miró tímidamente cómo el de los bigotes amarillos saltaba sobre el cigarrillo y se cagaba en todos sus santos.

El de los bigotes amarillos se tumbó en el suelo, tocando con la barriga la superficie arenosa, y parecía que estaba muerto. Solo unos lloriqueos que recordaban a los de un niño nos aseguraban que estaba todavía vivo. Detrás de las montañas estaba el mar bravío y extenso, cuyo vapor ayudaba a formar las nubes que pasaban por el cielo. Esas nubes parecían un castillo, la sombra del cual se desplazaba lentamente sobre las hierbas del prado y las aguas del río. La sombra ennegrecía la hierba verde, teñía de verde las aguas del río y de amarillo el caballo rojo. El caballo amarillo dejaba colgando la cabeza y disfrutaba de su imagen reflejada en las aguas verdes del río. El tío, en ese momento, miró las manos enormes del de los bigotes amarillos. El de los bigotes amarillos se había convertido en el de los bigotes rojos y sus dos manazas agarraban puñados de arena. Los diez dedos de sus manos eran como el rizoma. El monstruo volvía a chuparle el cerebro al de los bigotes amarillos y en las nubes se oyó un crujido, como si en el país del cielo se hubiese abierto una puerta. Más allá de la sombra de las nubes, había la luz brillante del sol que penetraba en el ojo. La hierba verde era hermosa como un cuadro. La luz se reflejaba en los muros del patio y estos no podían verse directamente con los ojos porque deslumbraban. Los perales habían florecido y las abejas zumbaban en torno a ellos: *bsssssss...*, y las rosas son bellas y dulces como el almíbar..., y el aroma de las rosas irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz...

Al cabo de un buen, buen rato —dijo el tío—, él acabó gateando muy lentamente por el suelo. El movimiento que hacía al gatear fue considerado por todos como un movimiento adorable. Era inocente e ingenuo como el de un niño que todavía gatea. Primero, se curvaba el cuerpo y luego estiraba las

piernas y los brazos y se ponía a caminar como una rana: dando saltitos. Más simple y bobo no podía ser. ¡*Clap, clap!*...; y, de repente, se tumbó con la tripa y la cabeza tocando el suelo. Descubrí con mis ojos que él sufría. Su dolor no era falso. Para bien o para mal, si aceptaba dormir con él en el ala este de la residencia, olería el olor del caballo rojo. Para bien o para mal, si le llamaba «padre», yo avanzaría tímidamente, cogería sus manos enormes y le diría: Padre, debemos regresar.

Se puso de pie como un niño obediente y, con sus manos frías y embarradas —sus manos enormes—, me cogió las mías. Me preguntó: Debo matar a tu madre, ¿te entristece esto?

La cara del tío se puso gris como la ceniza, pero su corazón parecía no haberse entristecido en absoluto. De sus ojos irrumpieron, de repente, mil lágrimas.

II

—Tú, el de los bigotes amarillos, ¿por qué has vuelto? —El jefe del destacamento estaba de pie junto a la entrada de la residencia principal. Llevaba en la mano un revólver y apuntaba a la diana, pintada en tinta china, que estaba en el muro, cuando nos vio regresar a mí y al de los bigotes amarillos. Bajó la pistola y puso cara de pocos amigos.

Y luego llegó esa tarde, cuando el caballo rojo empezó a traerle suerte. El de los bigotes amarillos parecía mostrarse particularmente íntimo conmigo y yo parecía algo así como un padre, me contó mi tío. Ese caballo rojo, ¿qué era finalmente? ¿Una yegua o un potro? Los canarios volaban entre las flores. Los canarios arrancaban los pétalos de las flores con sus picos y —pío, pío— piaban junto al muro. Una bala pasó entre un canario y una flor y se perdió detrás de la casa. El canario estaba sentado verticalmente entre mi tío y yo. Tenía los ojos abiertos, la boca ensangrentada, las plumas ennegrecidas. Había destruido varias decenas de flores del peral. ¡Maldito asesino, hijo de puta! Mi tío lanzó un exabrupto intenso, pero demasiado burdo. Yo coleccionaba canarios y siempre me han fascinado sus patitas, que son como palillos, oí que me decía mi tío. ¿Y quién coño se acuerda todavía de si ese caballo era una yegua o un potro? ¡A tomar por culo todo el mundo! De todas formas, ¡ese caballo rojo era una criatura divina! El caballo rojo... —se detuvo el tío, y sus ojos grises cambiaron de color cuando vio de repente la nieve blanca y resplandeciente sobre las montañas—. La luz blanca de los muros contrastaba con la luz parpadeante de las montañas. La nieve se detuvo y se convirtió en agua enlodada, un agua sucia que regaba la hierba. En el dique del río, el agua enlodada de la nieve formaba olas arrugadas. El caballo rojo era, ciertamente, un corcel. Mi corazón también fue contaminado debido a la enfermedad del caballo, esa que llaman «el frío bajo la piel» y que te deja completamente por los suelos, exhausto.

El de los bigotes amarillos conducía el caballo y tenía los dos ojos clavados en el frente.

Mi tío me dijo que todavía pensaba que el monstruo aún le chupaba el cerebro al de los bigotes amarillos. El jefe del destacamento no parecía estar muy insatisfecho y no se le veía para nada indignado, pero le avergonzaban algunos de sus pensamientos. Más tarde, si enloqueció fue porque vio que las riendas y la cabezada que sujetaban su boca estaban destrozadas. Pero incluso

enloquecido, el jefe del destacamento se comportaba siempre como un individuo educado, cálido y que sabía controlarse, y no pronunciaba una palabra más alta que otra.

—¿Cómo lo hiciste? ¡Bigotes amarillos! ¿Lo pusiste todo en orden expresamente? —Las botas brillantes para montar a caballo del jefe del destacamento parecían estar clavadas en el suelo—. ¿Todavía no le has quitado los pelos de la panza? En los bolsillos de los funcionarios del gobierno hay una cadena de oro enganchada a un reloj. Un minuto para sacar al caballo y cuatro para que vuelva. ¡Bigotes amarillos! ¡Menudo diablo estás hecho!

El jefe del destacamento alzó la mano con la pistola y volvió a disparar a la mancha negra que había en el muro y hacía de diana. El disparo retumbó en el firmamento. Fue un impacto seco y violento cuyo sonido llegó a todas partes. Pero la cortina del cielo olía a rosas. El tío se puso a temblar y el de los bigotes amarillos dejó caer la cabeza.

Sobrino, he vivido más de cincuenta años y ya no parezco el bello y delgado joven que fui en mis años mozos. Él vivió como una chica vestida de chico. Sus ojos y sus cejas finas hablaban por sí solas. Incluso su manera de vestir, con ropas demasiado ajustadas, no era normal. Los hombres llevan vestiduras y los caballos monturas, y así funciona el mundo. Él, además, llevaba un cinturón de piel donde tenía un reloj de oro, unos dientes de oro y un anillo de oro, látigo y guantes, y una pistola... ¡Y un muro descascarillado y lleno de agujeros!

Yo miraba de reojo el muro, la diana y los disparos del jefe del destacamento. Mis mandíbulas crujieron, ya que las apreté con fuerza.

En los días de primavera, el primer viento caliente despierta la concordia entre la gente y llena los orificios de sus narices con un aroma intenso... Mi tío me llamó al orden: Sobrino, no te quedes dormido.

El jefe del destacamento volvió a disparar y, por supuesto, volvió a sacar de cuajo, en el muro, un pedazo de cal. Enfundó la pistola y dirigió sus pasos lentamente hacia el de los bigotes amarillos.

Bigotes amarillos —le dijo en voz baja—, tú no sabes cómo montar a caballo. No te enfades, hazlo naturalmente. No te diré nada malo si lo haces así.

El de los bigotes amarillos alzó la cabeza, abrió la boca y mostró sus dientes largos y amarillos, naturalmente, y los dos pelos amarillos que salían

de su nariz como dos tentáculos; y el monstruo seguía dentro de su cabeza absorbiéndole el cerebro...

El jefe del destacamento sacó del bolsillo un billete de papel bastante grueso y de color verde y lo puso delante de los morros del de los bigotes amarillos. Ese dinero tenía, en esos momentos, un valor inestimable. ¡Con él se podía comprar un caballo! Y así se lo dijo delante de los dos bigotes amarillos que salían de su nariz: ¡Cómprate un caballo nuevo!

El de los bigotes amarillos tenía abierta su boca y sacó la lengua —una lengua gruesa y sucia—. El tío tenía la cabeza cerca y veía bien todo lo que estaba sucediendo. Los pelos del caballo parecían los pelos de una rata, igual de tensos y puntiagudos, y habían quedado pegados sobre los pantalones del de los bigotes amarillos.

El jefe del destacamento dio un paso hacia delante y volvió a darle más y más billetes verdes al de los bigotes amarillos; y le dijo con un tono de voz firme: Piensa un poco. Con este dinero se te van todas las preocupaciones. Cuando te lo hayas gastado, te daré más.

Al acabar de decir esas palabras, el jefe del destacamento entró disparado en la residencia norte. Cuando se acercó a mí, me dio una palmadita en la cabeza —me dijo el tío—, y tenía las manos deslizantes que parecían de satén y seda. Entrecerré los ojos grises y recordé el satén y la seda... En la primavera florecían cien flores, pero solo las rosas son las más bellas. ¡El aroma de las rosas! Y el aroma irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz..., y salía de la residencia norte. Tras charrar y conversar jovialmente, vino la paz de los diez mil objetos de este mundo. El sol del horizonte bañaba con su luz roja las copas de los árboles y los cuervos regresaban a sus nidos. Las urracas azules volaban como una espiral bajo las sombras de los árboles. De la casa norte llegaba la música del violín de dos cuerdas. Había que escucharlo atentamente porque la destreza del jefe del destacamento con ese instrumento alcanzaba niveles sorprendentes. El de los bigotes condujo el caballo hacia el patio y el tío iba barriendo detrás. El sol rojo había transformado la cabeza del caballo en un carbón ardiente. La cola del caballo se había desunido y parecía una tela de satén y seda.

Acompañado por la música del *jinghu*, puede ver al de los bigotes amarillos regresando con su caballo, me dijo el tío. ¿Te has dormido, sobrino?

III

«El caballo que no come hierba por la noche no engorda y el hombre que no sale fuera de casa no se hace rico». Eso no está nada mal. El caballo rojo traía, por lo tanto, mucha suerte. Cada dos meses, el caballo rojo se engorda hasta parecer una de esas velas rojas gordas. El de los bigotes amarillos era un experto en criar caballos. El tío hablaba como un garrulo: Jindou, mi sobrino, ¿todavía quieres escucharme? Hablo demasiado, ¿no crees? Te va a marear tanta palabra... Puedes culparme de lo que quieras y no te faltará razón...

A principios del año, cuando el jefe del destacamento —el capitán— aún no había venido a este mundo, yo ya estaba moviéndome en el bombo de tu abuela, las nieves de los montes se derretían y las aguas negras del río formaban olas... Tío, tío...

La nieve se fundía en las montañas..., y lo hacía hasta este preciso momento. El monstruo al que le habían crecido antenas de color rojo oscuro también le chupaba el cerebro... Mi tío hablaba como cuando se está durmiendo y se está en un sueño. Sus palabras interminables entraban en mis oídos con más fuerza que nunca y otra vez volvía a salir todo de su boca para acabar desapareciendo en el vacío de un día de primavera, bajo los rayos violetas y oxigenados. Eso lo sabían incluso los cuervos: las frases largas son el enemigo del Cielo de la literatura, y son el arma afilada de los asesinos. Pero la más digna de elogios era la madre. ¿No perdonó la madre al padre?... Y tú, ¿de veras que quieres dormir?... Jindou —mi habichuela dorada—, ¿eres en realidad mi sobrino?... Casi sentí que los dedos de mi tío tocaban mi cara e hice un esfuerzo por abrir los ojos. Las nieves de las montañas se fundían..., y sobre la hierba corría el agua derretida de la nieve... Pero la hierba, al fin y al cabo, seguía siendo verde. Y sobre los picos de las montañas, las nubes. El agua de las nieves corría por el camino junto al río y se quedaba en el dique. Parecía que estaba luchando contra las piedras que ahí había, chocaba contra los árboles y se quedaba en la orilla del río. Esas aguas venían negras y asustaban a la gente, ya que parecían un cocodrilo que iba a comérselos. Una joven lánguida y débil se paseaba por la orilla junto a las aguas negras. Su cara era triste, y tanto su boca, como su nariz, como sus ojos estaban profundamente marcados por esa tristeza. Parecía una joven idiota que había sido engañada. ¿Quién afirmaba que se sueña siempre en

blanco y negro? Llevaba unos pantalones amarillos que saltaban a la vista y una chaquetilla china roja, de lana, y con unos botoncitos. Parecía una mujer salida de Chang'an durante la dinastía Tang, tal y como lo describían sus grandes poetas y la pintaban sus pintores: con un moño alto y un cabello recogido como una nube, cejas alargadas y ojos finos. Tenía clavada en el cabello una flor amarilla. Ella y yo estábamos separados por el río, pero podíamos vernos. El agua fluía y el viento rugía, pero la arena y los guijarros acumulados de la orilla retenían las aguas e impedían que fuese más allá. Yo lo descubrí: ella tenía los pies enlodados y el agua le llegaba a menudo hasta los talones. Pisaba la arena y el agua le limpiaba el barro. El cielo parecía inclinarse y la vegetación aparecía por todas partes. Era el agua del río la que la arrastraba en sus olas y luego la destruía. A mí me daba miedo esa mujer y me provocaba ansiedad. Quería decirle algo, pero había perdido la voz y de mi garganta no salía una sola palabra. Sin embargo, oí en mi cabeza lo que quería decir, e incluso sonó en mis intestinos. Hice un esfuerzo para que mis palabras pudiesen salir, pero podía asustar a la joven de la otra orilla —la joven que pisaba los guijarros negros—. En el río, en realidad, había muchos sedimentos negros que le daban ese color tan desagradable. Había también unos cuerpos escondidos que sacaban de vez en cuando sus cabezas. ¡Cocodrilos! Todos ellos abrían sus enormes bocas y se reunían en la orilla. Sus bocas estaban llenas de dientes afiladísimos. Con el ruido que provocaban las olas al romper en la orilla, los cocodrilos hacían rechinar sus dientes, ya que esperaban el momento de zamparse la comida o derramar sus lagrimones. Pero lo más probable era que ellos habían olido ya el aroma de la carne. ¡Las rosas cuyo aroma irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz! Este fue un recuerdo que me vino de muy lejos y que era parecido a una iluminación de Buda. Hasta me pareció oír un suspiro que salía de las tumbas antiguas. Vi a esa mujer caminar sobre el terreno embarrado y peligroso de la orilla del río. En cualquier momento podía resbalarse y caer en las aguas bravías del río y ahogarse, o ser presa de los cocodrilos hambrientos. La chica se había puesto a bailar, agitando las manos y dando saltos. Era un baile típico de su etnia. Todo su cuerpo se contorsionaba. «El mundo tiene cultura y las jovencitas tienen el culo gordo», pero yo desconocía quién era esa mujer que arriesgaba su vida junto al río. Yo me las veía y deseaba por sacar adelante lo que quería decirle. Me movía con rabia, pero nada. Era imposible. Mi garganta ardía. La mujer tenía los pechos más voluminosos y el culo más gordo que las mujeres de los poemas y las pinturas de la dinastía Tang, y

parecía, también, que se movía con más gracia y agilidad que esas mujeres. Lo único realmente parecido entre esas mujeres eran sus atuendos y cómo los llevaban, y todo ello era como en un sueño. Nada —ni los colores ni las figuras— parecía tener una forma fija y estable. Era una fantasía, como nubes blancas que se vuelven súbitamente en perros grises, y provocaba en la gente odio y compasión. Ella giraba como un remolino endiablado, pero lo hacía con una armonía que excluía toda locura. Había algo de gracioso y relajado en ese ritmo que era un auténtico festín para los ojos. Era, para cualquiera, algo inolvidable. Los cocodrilos la llamaban, y al hacerlo todos al unísono parecía que estaban cantando una melodía; e inesperadamente, la mujer del río se puso a cantar con ellos. La canción que cantaba la mujer era un romance triste entre un hombre y una mujer que desarmaba al más valiente al mismo tiempo que le abría el corazón y lo soltaba de las cuerdas que lo aprisionaban, pero sin perder el respeto y de forma tácita. Mientras llevaba el caballo conmigo, escuchaba la canción de la mujer y para mí era como escuchar música celestial. Incluso las lágrimas de los cocodrilos llegaban en forma de arroyos al río. Los troncos de los árboles se acumulaban sobre la superficie del río, rodaban los unos con los otros, y se confundían con los cocodrilos. Los peces lo tenían difícil para moverse entre los troncos y los cocodrilos. Así circulaban sobre las aguas del río y recorrían varias decenas de metros y la marea subió. La mitad del cuerpo y la cola de los cocodrilos estaban ya sumergidas bajo el agua. Los ojos de los cocodrilos parecían bolas de cristal oscuro —eran unos ojos impuros y ambiguos—, que me miraban de los pies a la cabeza de forma obstinada. Y, por supuesto, lo más valioso que poseía un cocodrilo era su piel. El bolso que llevaba la joven era como el de una prima que había estudiado en Kinsasa, en el Congo, y que solía llevar un bolso —decía ella— de piel de cocodrilo, pero que en realidad era falso. A mí no me disgustaban en absoluto los cocodrilos. Los pelos amarillos de la barbilla de los cocodrilos temblaban y a mí me provocaban un sentimiento de auténtico pánico. Era como si te dan una patada en el culo y no puedes gritar. No pude solamente girarme y moverme. No era ni dolor ni felicidad. O mejor dicho, era algo que me dolía extremadamente y me hacía extremadamente feliz. Era así como nos mirábamos mutuamente en los dos lados del río. Y ella, como antes, bailaba y bailaba sin parar, y cantaba, pero el ritmo de su melodía decrecía lentamente, así como los movimientos de su danza. Parecía como si su cuerpo no tuviese huesos y las ropas se le deshacían con el movimiento de los cuatro miembros. Neutralizada, su persona entera,

envuelta en satén y seda, parecía estar bañándose en las aguas de un riachuelo. La canción penetraba en los límites del espacio y, más crecía, más triste se volvía. Supe entonces que su corazón sufría y mucho. Era una mujer profundamente herida en su interior. La pendiente, que era bastante peligrosa, rebosaba de arena y guijarros. El agua colisionaba contra ellos y provocaba el sonido de un estampido. Ahora, el hielo de la nieve que se iba derritiendo en las montañas bajaba por las aguas del río y colisionaba con las piedras y retumbaba. Los cocodrilos demostraban ser seres muy pacientes, como las serpientes, y son como los troncos podridos que flotan en las aguas. Ahí mueven sus bigotes amarillos y temblorosos. Solo a mí parecían querer ser capaces de mostrarme su resistencia y su paciencia. Yo rugía como un león, ya que mi garganta era incapaz de emitir otro tipo de sonidos. A medida que se acercaba, ella dejaba de cantar su melodía, con el sur a la espalda y encarando el norte. No pudo evitarlo y esbozó una sonrisa. Pareció que mi corazón había sido atravesado por un cuchillo para cortar orejas de buey y despertó en mí sentimientos y emociones que llevaban escondidos en mi corazón desde hacía varios años. Ahora fluían como aguas desbocadas. Yo te reconocí pronto: eras alguien a quien conocía desde hacía tiempo. ¡Las rosas, las rosas! Finalmente pude gritar y lo acompañé con un pisotón en el suelo. Pero me había quedado quieto como una montaña porque conocía el peligro que corría si me desplazaba hacia donde estaba la joven. Los cocodrilos se deslizaban sobre las aguas como auténticas flechas...

Sobrino, tu cara parece haberse vuelto gris como la ceniza. ¿Te has muerto ya?

La malaria me atormenta, tío.

IV

¡Te dije la verdad, Jindou! ¡El de los bigotes amarillos no era mi padre! Mi padre, con toda probabilidad, era un miembro del clan de los masticadores de cisca, me dijo el tío. El de los bigotes amarillos no me quiere en absoluto. Cuando se enfada, me insulta y me dice: ¡Hijo de puta, tú, el tarado! Yo nací con los dedos de la mano unidos por una membrana, pero el agua me ha dado siempre mucho miedo y no hablemos del agua del río. Además, el olor de las aguas del río me echaba de espaldas. Me mareaba y los músculos de las piernas se me aflojaban. A menudo veía a mi padre en sueños. Él parecía un mulo comiendo hierba y era igual que un pez nadando en el agua. Las palmas de la mano, con sus membranas entre dedo y dedo, eran como espejos que reflejaban la luz... Desprendían una luz que era más poderosa y brillante que el sol. En el patio, las flores blancas como la nieve del peral parecían nubes flotando en aire. Esas flores nos impedían ver cualquier otra cosa. El sabor y el olor de las peras quedaban siempre en un segundo plano.

La leyenda cuenta que tu abuela materna me hablaba a escondidas. Ella venía de ese lado del río y se ve que lo hizo para evitar un castigo severo. Todo eso, ¿no te lo ha explicado tu madre? Ella era una mujer. Tu abuela me habló de cosas que no debía contar a nadie, y estoy seguro de que también se las contó a tu madre. La cara de mi tío reflejaba envidia y un rechazo visceral hacia algo que se me escapaba, pero no tardé en comprenderlo. No, no... Mi madre, en lo que concierne al asunto de su madre —es decir, mi abuela materna—, no me comentó absolutamente nada. Yo le preguntaba sobre ello a menudo, y ella solo me respondía con insultos.

Tras el derretimiento de la nieve, las aguas de río crecieron súbitamente. El de los bigotes amarillos soltó el caballo a un lado del río y vio en la otra orilla a una mujer embarazada que se lanzaba, tambaleándose, a beber el agua en el río; pero ella, nada más llegar al agua, se desvaneció y cayó dentro. Él tiró inmediatamente al río para llegar a la otra orilla y ayudarla. El de los bigotes amarillos, a pesar de no tener los dedos unidos por una membrana, nadaba impecablemente. La cogió de la mano y la empujó hacia el río con la cabeza y controlando sus fuerzas. La llevó nadando a la otra orilla, donde había hierba verde. Los cocodrilos se pusieron a perseguirlos, pero no los alcanzaron. El de los bigotes amarillos la tendió sobre la hierba y vio que la mujer tenía la ropa pegada a la carne de su cuerpo. Parecía que estaba

desnuda. Todas las mujeres del clan de los masticadores de cisca tienen los pechos erguidos y puntiagudos, y el de los bigotes amarillos no pudo contenerse y le manoseó los pechos a la mujer como si quisiese comprobar si eran verdaderos o falsos. Su barriga parecía un bombo convexo. El de los bigotes amarillos también le acarició la barriga y sintió cómo se movía el feto.

¿Puede ser verdad esto? Tío, no me has hablado de la vida que llevaba mi abuela materna. Tu padre, si era de clan de los masticadores de cisca, ¿tenía los dedos de la mano unidos con una membrana?

Ese tipo de cosas solo se pueden adivinar y no preguntar.

Y lo de que el de los bigotes amarillos cogió a la mujer y la llevó a la orilla es cierto.

Ella —en la orilla que pertenecía a las tierras del clan de los masticadores de cisca— se preguntó si su embarazo era verdadero o no.

¿No me digas que tú vas a preguntarme ese tipo de cosas?, dijo; y en la orilla había algunos miembros del clan de los masticadores de cisca y otros que no lo eran. Y para decirlo todo, había también un regimiento de soldados.

Resumiendo, ella era una mujer que nadie conocía y estaba embarazada. No podía, por lo tanto, ser alguien muy decente.

¡Deberían encerrar en el infierno esa lengua larga que tienes!

Tras cruzar el río, ella y él se quedaron sentados esperando a que se les secase la ropa. Luego se pusieron a caminar. La hierba no tenía, justamente, ninguna pisada de caballo, y el hielo se derretía con lentitud en ella y se formaba mucho barro. En esa época, el patio aún no había sido construido y el pueblo —el *cun*— no podía llamarse todavía «pueblo» o *cun*. Había varias cabañas que escondían a gente como el de los bigotes amarillos.

El barro abundaba por todas partes. El de los bigotes amarillos la llevaba a cuestas, en sus espaldas, y avanzaba paso a paso. Ella, de principio a fin, no le dijo nada, y tenía los músculos de su cara en plena tensión, como si se le hubiese helado.

El de los bigotes amarillos la llevaba a cuestas mientras pisaba la hierba crujiente, que era la hierba helada, me recalco mi tío.

Un dolor diabólico me carcomía el corazón. Esa escena pasó por mi cabeza a una velocidad tal que casi he olvidado lo que sucedió más tarde.

La nieve se había derretido y el agua del río fluía en grandes cantidades por el dique. Las montañas se habían relajado tras quitarse de encima el peso de la nieve. Ya no se veían puntas; solo montañas chatas. Había la pendiente

y la planicie, con todo ello cubierto de hierba verde y florecitas púrpuras y blancas que acrecentaban la belleza del paisaje —todo ello con el cielo azul arriba y la hierba verde abajo—. A lo lejos había una manada de caballos. Más que animales, parecían plantas que habían crecido sobre la hierba verde. Parecía como si no se hubiera movido de ahí en toda su vida. ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo!²⁴ Mi corazón siseaba como un pájaro ya que no podía expresar lo que sentía con palabras. Aunque quedaba todavía el aguanieve, en las marismas había el carbón —unos treinta metros— de algo que se había quemado y que aún desprendía un humo azul que se diluía progresivamente. Era como una gasa de seda o muselina que creaba un humo blanco que se mezclaba con el verdor de las montañas. Nuestras narices podían olerlo desde lejos. El olor del agua, el olor de las cabras, el olor de los caballos, el olor a chamusquina del carbón, el olor de la hierba verde y las flores, y, además, el olor de la amargura y el amor.

¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Mi corazón rugía como un león.

Cortina arriba, cortina abajo, eso era lo que sorprendía a la gente. Yo también llevaba a una mujer a cuestas y caminaba sobre la hierba verde y escarchada, pero lo hacía en sueños. Mis pies desnudos se enfriaban y se endurecían al pisar los trozos de hielo. Mi corazón también estaba helado, pero mis pensamientos estaban calientes como el interior de un horno-cocina y ardían como las llamas vigorosas de una hoguera. Pero cuando mis pies pisaban el hielo de la hierba, mi corazón y mi mente estaban igual de fríos y, admitámoslo, mis pies me parecían falsos. Tío, yo soy incapaz de decírselo así por las buenas. La mujer desapareció súbitamente de mis espaldas y solo quedaron los caballos, todos ellos reunidos a mi alrededor, comiendo plácidamente su hierba; pero había uno que destacaba: era el caballo rojo, el cual lideraba solemnemente la manada. Bajo su frente despejada, asomaban dos ojos enormes claros y puros como el agua de la fuente. Yo veía el cielo y las nubes blancas, las montañas altas y la hierba baja, las cabras, los caballos, los pastores; veía incluso mi cara de viejo.

Cuando pasabas sobre la hierba y yo te llevaba a cuestas, tu culo se parecía a dos manzanas que se habían hinchado en mis manos. En realidad, no sentía nada por ello; pero cuando se rompe un vaso o el agua gotea, sí que siento algo: lo siento como si fuera yo mismo quien lo sufre. Al igual que ese cristal azul que se fragmentó en la hierba cuando yo pasaba sobre ella.

Tío, cuando el bombo de la joven estaba en sus espaldas, ¿qué sentía? Si es que ese bombo era tal como me lo cuenta.

Vi que tú también fumabas cigarrillos americanos, te adormilabas, perdías la concentración, y decías tonterías.

Mi tío abrió la caja de los cigarrillos y me dijo: Sobrino, no sé si lo comprendes o no. Me refiero al inicio de esta historia, a su comienzo... Todas tus conjeturas son ciertas y no hay nada que no sea correcto.

El tío y el de los bigotes amarillos intentaron salvar con todas sus fuerzas el caballo rojo y restablecerlo en su mejor momento. Lo alimentaron con granos de soja y salvado. Tras calentar la soja, la pasaron por el rodillo de piedra y le sacaron las cáscaras. El de los bigotes amarillos no quedó, sin embargo, muy contento con la hierba, ya que no estaba siendo cortada muy fina. El tío se había sentado para cortar la alfalfa con una cuchilla y el de los bigotes amarillos le recordó: Un poco más corta, un poco más corta la alfalfa..., ¡que tengamos suficiente para alimentar el caballo!

El caballo rojo engordó en un abrir y cerrar de ojos, pero sus ojos reflejaban mucho enojo por la manera como había sido cebado. El jefe del destacamento se alegró y el tío lo recordó no sé cuántas veces. Cuando el jefe del destacamento regresó montado a caballo, no solo elogió al de los bigotes amarillos, sino que le dio una recompensa bastante succulenta.

—Tú, el de los bigotes amarillos. Ten esto. ¡Este caballo no corre, sino que vuela! —El jefe del destacamento le dio unas palmaditas en el hombro y añadió—: Esto es, simplemente, ¡como un *huqin*, un violín chino!

El de los bigotes amarillos llevaba el caballo y sonreía como un niño.

El jefe del destacamento sacó dos cigarrillos del bolsillo, se puso uno en la boca y le dio el otro al de los bigotes amarillos, que sacó el mechero y encendió ambos cigarrillos. Los orificios de las narices de los dos hombres parecían chimeneas sacando humo azul. Bajo la luz nívica del sol, los dos parecían un par de hermanos.

—Bigotes amarillos, tú lo alimentas bien. En agosto habrá las competiciones de caballos... ¡y hay que vencer el caballo de ese cabrón del alto oficial, el comandante, Gao..., y recuperar al «aroma que viene de la noche» (la bella Ye Laixiang, esa rosa, la manzana de la discordia...)! Si no ganamos, vas a perder el honor, amigo. No te maltrataré más, mi viejo hermano...

El jefe del destacamento le dio un palmadita en el hombro al de los bigotes amarillos.

Tío, ¿todavía recuerdas lo que le dio el jefe del destacamento al de los bigotes amarillos como recompensa?

Además del billete verde, le dio una caja de cigarrillos.

Mi tío se rascó la cabeza y me dijo que todo eso no valía un juguete roto. Recuerdo ahora que el jefe del destacamento también le dio un mechero de oro de gran valor y de rara belleza al de los bigotes amarillos. También le dio mucho dinero. Sé que le dio dinero, pero no recuerdo cuánto; lo cierto es que el mechero era de gran valor y un objeto de anticuario.

La noche estaba tranquila —me contó mi tío—: y yo me había tumbado sobre el *kang*, pero no podía pegar ojo. Se oía en la residencia del lado norte mucho jolgorio y llegaba un olor a rosas que irrumpía en los orificios de la nariz, pero todo esto cesó de golpe al caer la noche. Los ronquidos —tanto los de él como los de ella— se mezclaban con el rumor de las hojas de los árboles. El viento agitaba las sombras que proyectaban los árboles de las montañas sobre el suelo. Se oía como quejidos de gente: las olas del río de aguas negras como la tinta rompían contra la arena. Parecía un viejo quejándose de algo... Los animalitos que merodeaban por la hierba buscaban refugio. La hierba estaba crecida y los prados estaban en su máximo esplendor. Al tío le quemaba la superficie del *kang* y por eso no podía dejar de pensar en la hierba del campo. El caballo rojo comía su hierba y se le oía masticarla una y otra vez. Los mosquitos zumbaban en la oscuridad, y el olor de los granos de soja pasados por la sartén y el de la paja llenaban la habitación, así como el olor de los excrementos del caballo y del caballo mismo. El caballo movía la cola y resoplaba con fuerza, pero no se movía del lugar. ¿Era acaso alérgico a algún tipo de grano o hierba? Mi tío parecía estar viendo los ojos del caballo rojo.

El de los bigotes amarillos se había sentado en una banqueta justo delante de la cocina donde estaba el *kang* y mascullaba algo. El hombre estaba tan a gusto fumando su cigarrillo encima de la banqueta de madera que le resonaban todavía en los oídos la música y las canciones de la residencia del norte. El de los bigotes solía sentarse a fumar cuando apagaban las luces de los aposentos de la residencia del norte. Le daba al caballo dos comidas al día —me dijo mi tío—, y el caballo levantaba la cabeza y las cadenas sonaban. Relinchaba, volvía a resoplar y de su nariz salían miles de motas de aire exhalado. La cabezada colisionaba con el morral donde estaban la alfalfa, el salvado y el grano de soja que el de los bigotes amarillos le incrustaba en el morro. Nada de eso le impedía al caballo rechazar la comida. ¡Maldito

diablo! ¿Y los granos de soja para quién los dejas? Lo único que le interesa a un caballo es la hierba; y si no comes hierba, es que algo malo debes de tener en el estómago... El de los bigotes amarillos, tras sentarse otra vez en la banqueta, empezó a jugar con el mechero. Ese mechero de oro sacaba una llama excelente. ¡Guau, la llama es verde! Repelida por la oscuridad, una mosca merodeaba por la pared y en el techo colgaba una telaraña. Una salamandera cruzó el techo a la velocidad de la luz. La llama no se movía y la habitación, por lo tanto, tampoco se movía. La piel del caballo rojo desprendía una luz cálida y misteriosa. Los ojos del caballo parecían de cristal. Apagar el mechero en medio de la oscuridad fue para el tío como encender una luz en su cabeza y pensó que el caballo rojo estaba escondido en la oscuridad. Parecía que solo la oscuridad los separaba, y el caballo se había convertido en una fiera y adorable bestia de cuatro patas. ¡Guau!... Volvió a encender el mechero para ver renacer su llama y... la mosca, la salamandera, el caballo rojo, el caballo rojo en todo lo alto... ¡Todo seguía ahí, se veía con más claridad que a la luz del día! ¡Hasta la cola del caballo parecía de oro! Cuando encendía el mechero, hasta el de los bigotes amarillos brillaba; y así, secretamente, lo contemplaba el tío: los cabellos revueltos del de los bigotes amarillos parecían de oro puro y sus dos ojos traslucían una luz brillante y poderosa. Al tío le entró diarrea cuando vio los ojos verdes del de los bigotes amarillos; pero, al igual que un búfalo de agua, miró la luna y dio un resoplido. Encendía el mechero, lo apagaba, volvía a encenderlo, lo apagaba... La habitación se iluminaba y se oscurecía alternativamente. La noche, en realidad, no tenía nada de tranquila. En la noche, en su oscuridad, las rosas florecían.

El mechero del de los bigotes amarillos dejó finalmente de funcionar. Al principio, el mechero era capaz de competir con el planeta Marte; al final, ya no podía competir con ningún planeta. El tío oyó que el de los bigotes amarillos se levantaba y se dirigía al patio. Pensó que debía levantarse y seguirlo, pero había olvidado que el *kang* se estaba calentando y, además, él se encontraba muy cansado. Se quedó dormido y en sueños se mordió el labio y se hizo sangre. Vete a saber en qué estaba soñando.

Tío, ¿has montado en el caballo rojo?

¡No!, declaró al instante mi tío. Su cara se puso seria y parecía no estar muy contento.

Yo sonreí, alargué la mano y le toqué la mano a mi tío.

Tío, y el de los bigotes amarillos, ¿montó en el caballo rojo?

Probablemente..., lo montó...; pero tengo mis dudas. Sin embargo, él me lo negó: No lo sé, no lo sé... Tal vez de noche... El de los bigotes amarillos salía cada noche al sonar el tercer *geng* (medianoche) y no sé si lo hacía para montar a caballo...

Y de día, ¿lo montaba de día?

Lo habrá hecho alguna vez. No lo sé...; y tú ni siquiera se lo preguntaste, pensé. Tú seguramente pensaste lo mismo que yo: que el de los bigotes amarillos fuera azotado con el látigo. ¿No es así? Ese fue el día de mala suerte del caballo rojo.

Cada mañana, el jefe del destacamento montaba en el caballo rojo y salía con él. Practicaba con él como un auténtico jinete e incluso iba a caballo a la oficina para atender sus asuntos. El de los bigotes amarillos iba a ser azotado. El jefe del destacamento entró temprano con el caballo y, como era la costumbre, le gritó: ¡Bigotes amarillos!

¿Dónde estabas tú en ese momento?

Estaba en mi habitáculo escuchando el sonido del violín de dos cuerdas y mis ojos estaban llenos de lágrimas, me dijo mi tío.

El jefe del destacamento se calentó y volvió a gritar: ¡Bigotes amarillos, bigotes amarillos! ¿Dónde coño estás?

En ese momento, el de los bigotes amarillos estaba curvado, con la cara enjuta y pálida, y salía corriendo de la residencia norte.

El jefe del destacamento sonrió con desdén, bajó del caballo y entró en la residencia norte con el látigo en la mano. Se oyeron una discusión, varios latigazos y gritos.

El de los bigotes amarillos cogió el caballo por las riendas y lo llevó al patio. Estaba más estirado que un poste de madera y estaba verde y muy asustado.

El jefe del destacamento salió con el látigo y en la cara, que de blanca se había vuelto roja, tenía una sonrisa fría.

El de los bigotes amarillos lloraba como un niño y la sonrisa que había en su cara era la misma sonrisa de un bobo.

—¡Gilipollas! —le insultó el jefe del destacamento con fiereza.

El de los bigotes amarillos no se cortó un pelo y le replicó con un bocinazo que parecía ser otro insulto, pero en dirección opuesta.

El jefe del destacamento volvió a levantar el látigo y empezó a azotarle con rabia en la cara. El de los bigotes amarillos se puso melancólico y gruñó. El látigo dejó trazos de color púrpura sobre su cara y sus ojos sacaron mil

lágrimas; pero la luz verde de sus ojos continuaba radiando con fuerza. No desaparecía, sino que más bien reflejaba odio y deseos de venganza.

El jefe del destacamento retrocedió un paso y volvió a levantar el látigo; pero, esta vez, el látigo no cayó sobre el cuerpo del de los bigotes amarillos. El jefe del destacamento quería darle a las ramas de uno de los perales. Una pera peluda y varias hojas cayeron, flotando, al suelo.

—¡Lo he comprado y es mío! —le dijo el jefe del destacamento—, ¡y tú eres un perro asqueroso! ¿Lo has comprendido?

El de los bigotes amarillos parecía atontado y le temblaban los labios. Sus dos ojitos verdes se clavaron en el jefe del destacamento.

El jefe del destacamento colgó el látigo en su cintura y sacó de uno de sus bolsillos un billete verde. Se acercó al de los bigotes amarillos y le dijo: Después de la competición, coges a tu hijo y te vas a otro sitio con tu familia.

La rigidez del de los bigotes amarillos desapareció al instante. Parecía haberse encogido varias pulgadas. No cogió el dinero, dio media vuelta, cogió al caballo y salió del patio.

El jefe del destacamento entró en la residencia norte y yo salí de los habitáculos de la residencia del este. El tío pasaba por el patio y yo —que soy el tío— escuché al jefe del destacamento vociferando y gritando como un desesperado. También le oí llorar y salí corriendo tras los pasos del de los bigotes amarillos. Sobrino, te lo voy a decir. Creo que el de los bigotes amarillos montó en el caballo rojo. Una vez en los prados, volaba sobre los lomos del caballo y practicaba el arte de montarlo. El de los bigotes amarillos montaba con elegancia y el caballo parecía volar como una golondrina. Yo me había quedado a un lado, clavado como una estatua. Observaba el caballo volar hacia el sol del sureste. El de los bigotes amarillos le agujoneaba con la voz y con los pies, y le golpeaba la grupa con una de sus manos. Le mordía incluso el cuello al caballo. Más tarde vi que sangraban las orejas del caballo. La boca del de los bigotes amarillos estaba llena de sangre y de pelos de caballo. El caballo rojo galopaba y galopaba. Sobre el prado ya no había ni cabras ni caballos. Vi que varias codornices salían de las pezuñas del caballo. También vi que había trozos de excrementos antiguos y hierbas rotas incrustados en esas mismas pezuñas, entre las que cabía contar: la bardana, la juncia real, la hierba que no comen las ocas, los dientes de león, el taro, la alchicoria amarga y las moras. Con todos esos hierbajos y esas hojas, bien trituraditas, se podía preparar un zumo muy aromatizado. El caballo parecía un torbellino de fuego y la cola, abierta, era como el satén y la seda. La

cabezada metálica y la vida resplandecían como si tuviera luz eléctrica. Pero el caballo levantó del suelo las dos patas delanteras y el de los bigotes amarillos acabó sobre la hierba.

En ese momento, yo continuaba corriendo o volando...

El de los bigotes amarillos escupió varias veces el barro que tenía en la boca y, cuando acabó, se puso a maldecir el caballo. El caballo rojo se había quedado parado lejos de él y comía hierba con la cabeza agachada: *ñam, ñam...*, y la escupía. Fue entonces cuando vi que el caballo tenía sangre en sus orejas y el de los bigotes amarillos tenía sangre y pelos en su boca. Vi que bajo el abdomen el caballo tenía unos testículos del tamaño de dos huevos. El caballo estaba indignado. Eso, todo el mundo podía verlo. El de los bigotes amarillos se encaminó hacia el caballo, el cual movió la cabeza, bufó, abrió la boca y mostró sus enormes dientes blancos. El de los bigotes amarillos incrementó el enfado del caballo y se limitó a insultarlo sin dar un paso más.

¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! ¿Estaba llamando al caballo? ¿No me digas que estaba llamando a mi madre? ¿Podía tener alguna enfermedad en el estómago? Tío, que la malaria ha atontado a tu sobrino... En los últimos años, yo no he dejado de escuchar esa llamada un solo instante —una llamada lejana y distante—. Sí, la escuchaba a menudo..., cada vez más lejos, cada vez más cerca... Era también el sonido de las herraduras... *¡Ma! ¡Ma! ¡Ma!* ¡Caballo, caballo, caballo! A menudo sentía sus caricias (las de ella) suaves. Ella parecía, a menudo, que me mordía y me pinchaba... *¡Ma! ¡Ma! ¡Ma!* ¡Caballo, caballo, caballo! Mi corazón sufría mucho, tío. La hora del odio de los miembros del clan de los masticadores de cisca se acercaba y las langostas rojas se iban a acercar una vez más..., y esa era la prueba. *¡Ma! ¡Ma! ¡Ma!* ¡Caballo, caballo, caballo! ¿Yo no había montado en el caballo? ¿No había pensado acaso en hacerlo? Al tranquilizarse la noche, el aroma de las rosas irrumpía con fuerza en los orificios de la nariz. ¿No fue en sueños que monté en el caballo?

Yo creía en un primer momento estar volando. La gente no cree que las personas puedan volar. ¿Por qué no tienen alas? Yo tampoco creo que las personas puedan volar y esa es la razón por la cual, cuando eché a volar y me puse encima de una nube, cuando sobrevolaba las copas de los árboles, ese no podía, a todas luces, ser yo mismo. Yo, al menos, no me lo creía. El contacto con los cables eléctricos me provocaba cosquillitas en la piel. Los cerdos que había en el patio de la carnicería no paraban de gritar, ya que los estaban cortando a pedacitos y desprendían una sangre negra. El carnicero se había remangado y... cuchillo blanco que entra..., cuchillo rojo que sale. La sangre había salpicado todos los muros. Había sangre por todas partes. ¿Te has vuelto loco? —dijo el tío—. Te ha dado fiebre. Quemas. ¡Gilipollas! Sobrino, ¿cómo puedes insultar a la gente otra vez? Mucha gente te lo ha dicho ya: no debes insultar a la gente. Debes tomar el buen camino. Pero tú... ¡siempre estás insultando a la gente! ¡Yo nunca he insultado a nadie! El tío me dijo: ¡Gilipollas! ¡Punto y final! No eres más que un niño. ¡O tomas el buen camino y entras por la puerta correcta de la vida (que es la puerta del camino de la izquierda) o no vas a tener ningún futuro! ¿De veras que no lo montaste? Mírame. ¡Yo no lo creo! No lo creo... El prado giraba como una tolvanera bajo mi barriga y sobre las casas más altas se veía jugar a bandas de

niños. Eran como bestias muy extrañas y preciosas que habían crecido y se divertían ahora en la Tierra. La nieve de las montañas —la nieve que había quedado sobre la hierba— había empezado a derretirse, y al lado de esas montañas se encontraba la tierra en la que había vivido durante generaciones el clan de los masticadores de cisca. Mi abuela materna ¿era también originaria de ese lugar? ¿Por qué tras casarse mi abuela materna, su relación marital se consideró como la ruptura de un tabú? Son los lazos de sangre los que todavía hacen la familia en nuestro clan. Jindou, tú solo puedes dedicarte a insultarme a mí, pero no al jefe del destacamento. ¿Lo entiendes ahora? Tras cruzar las montañas, uno se encuentra con un pinar muy denso. El pinar es un pinar de pinos negros y la nieve se posaba sobre sus ramas y hojas. Vete a saber qué estación del año era, pero la nieve desprendía un olor que me llegaba a la nariz. Volaba alto y lejos; volaba alto y, naturalmente, caí por mi peso. No puedo más que volar y volar. ¡Qué miedo! ¡Me temblaban hasta los huesos! ¡Ma! ¡Caballo! Lo descubrí: el bosque de pinos negros era un disco que rotaba sobre su centro y ocultaba y devoraba el césped. ¡Y sobre la hierba se percibía el aroma de las rosas! ¡El aroma de las rosas que irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz! Las rosas son completamente de color rosa y sus flores son capullos de diez mil pétalos que se apelotonan los unos junto a los otros. En medio de las flores había una joven de piel roja oscura sentada con las piernas cruzadas. Tenía un moño alto en la cabeza; la cara muy delgada y huesuda; los labios voluminosos y carnosos; los ojos muy hundidos en sus cuencas y muy negros; y la frente abultada y despejada y tersa como la superficie de una cantimplora hecha con una calabaza. No me divertía con ese tiempo nevoso. El ambiente era claro y fresco. La joven llevaba, sin embargo, una faldita corta que ni siquiera le llegaba a las rodillas. El material con el que estaba hecha la falda era el satén y la seda. Parecía hecha de estopa de lo dura y rígida que era. Esa tela recordaba las alas transparentes de una libélula. La falda era de color rojo oscuro con tiras negras bien distribuidas sobre toda la superficie de la tela. Ella salió caminando entre las rosas y llevando tras de sí su perfume y sus hojas negras; y todo ello con una apariencia de profundo aburrimiento. Las espigas de las rosas habían dejado rasguños en los pies de la mujer. De hecho, las pisaba a su paso; pero parecía que no le hacían ningún daño. Tío, dime la verdad. ¿No montaste en el caballo rojo? Yo enterré mi cara en la hierba mojada y volví a escuchar esa llamada lejana y distante: ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Estaba claro que era el cuerpo de un chico negro quien se había

montado sobre los lomos del caballo rojo y corría envuelto en el aroma de las rosas —corría, en realidad, en torno a la mujer—. Las rosas florecían en gran número y lo hacían como nubes de algodón. Solo su peso natural las inclinaba ligeramente hacia el suelo. Los pétalos parecían láminas de hielo. Cogí con la mano una de las rosas. El sentimiento de haber infringido alguna ley alcanzó mis pensamientos y me entraron de repente unas ganas enormes de llorar. Las rojas dejaron súbitamente de desprender su aroma, y a mí me asustó esa situación. Ella, sin embargo, se puso a cantar:

—¡Qué rosa! ¡Qué rosales esos...! Florecen y llenan mi jardín, pero su aroma ha desaparecido. Pienso recoger una, mas temo que alguien la insulte y la hiera...

La melodía de esa canción me parecía muy familiar; pero la letra en sí tenía algo que me resultaba muy desagradable. Pensé que esa canción tenía algo de erróneo y era yo quien debía cantarla, pero con su letra:

—¡Qué flor de jazmín! ¡Qué flor de jazmín esa...![25](#)

Ella se servía de su voz profunda como una cueva para cantar y de sus ojos de aguas negras como las de un lago para mirarme. Parecía que me estaba tomando la medida y el peso. Luego aplastó con rabia la rosa escarlata —la rosa que era como un bol de porcelana— con su mano y la arrojó al suelo. Enojada, retomó la canción y estaba claro que ese cambio de tono se debía a mi persona.

—¡Qué rosa! ¡Qué rosa esa...!

Farfulló algo. Sus labios rojos se abrieron como se abren los pétalos de una rosa cuando florece y alcanza su cénit.

Yo le canté: El jardín se ha llenado con las rosas, pero nadie puede olerlas...

Y ella me cantó lo mismo que yo: El jardín se ha llenado con las rosas, pero nadie puede olerlas...

Al acabar de cantar, ella miró con ojos de odio mi pobre y torpe boca. Parecía que era el único que se atrevía abrir la boca en esos momentos y ella me daba la impresión de querer echarse hacia adelante y morderme el cuello hasta acabar con mi vida. Mi cuerpo se encogió gradualmente y ya me veía atravesado por las espinas de una rosa multiflora. Vi que sobre sus piernas delgadas de cuervo negro había arañazos rojos y blancos.

—¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! —grité, con un solo pero certero grito, y el caballo se puso a volar inmediatamente... Todo ello convenía al sinvergüenza que era yo. Ahora estoy postrado sobre el lomo

cálido y blando del caballo, aunque tenga el culo frío. Yo, nervioso, monté sobre tu espalda y me agarré a tu cuello con las dos manos. ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Tu cola de satén y seda acariciaba mi cuello como lo habría hecho el viento. Tus cuatro pezuñas galopaban en el vacío y parecía que formaban un arcoíris en el cielo. Yo creía estar volando. Caballo, tus sentimientos eran los míos. La tensión y la alegría de tus músculos se transmitían todas ellas a mi cuerpo; la saliva que expelía tu boca me sabía, en mi propia boca, a hierba fresca; era el sabor del salvado, la alfalfa y los granos de soja pasados por la sartén. ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Y cuando tus pezuñas volaban, mis pies brillaban como la plata más pura. Mi cuerpo sudaba a chorros, como el tuyo, caballo. Sentía en mi boca el gusto de su sudor. Yo y el caballo. El caballo y yo..., como un arco y su arquero, nosotros dos...; la cola que se deshace, como una tela majestuosa de satén y seda. Yo y el caballo. ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Pero al igual que antes, era la fuerza mística —la energía que mueve el universo— que era transmitida a mis muslos y mi trasero. Tu boca fría, mis labios fríos, el olor a salvado seco, a alfalfa y a granos de soja que entraba en mí. Mi caballo oyó la llamada distante y vislumbró en lo alto los destellos de luz. ¡Ma! ¡Caballo! La luz daba brillo a su trasero. Las plumas cortas y pequeñas, la piel gruesa y dura, la piel sin pelo, y nosotros, nosotros... Y, además, los ojos de las rosas, la frente ancha y la cabeza pesada: son las rosas y sus flores. Impuro, grosero, las posaderas. El aroma de las rosas es igual que la arena y se vierte y se expande sobre nuestras pieles blandas. A lo lejos está la nieve parpadeante y refulgente y el aroma de los pinos.

Está claro, tú montaste en el caballo, tío.

Tonterías..., se quejó el tío, que parecía un perro herido y cabreado.

De noche, la piel del caballo brillaba bajo la luz de las estrellas. ¿No te conmueve? Y el olor del caballo, ¿no te llega a lo más hondo?

¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Mi tío se servía aún de esa llamada enloquecida.

Yo y el caballo. El caballo y yo corriendo velozmente; y desprendiendo luz y color, como una nube colorida persiguiendo la luna, como la música que saca un *huqin*, como la melodía de *Nubes coloridas persiguiendo la luna*²⁶, ella salía de las flores caminando lentamente y poseyendo el mismo color de las rosas, «ella poseía la misma fragancia que las lilas»... Ella caminaba majestuosamente sobre un tapiz palaciego de rosas. Cuando el sol lucía con intensidad, todas las rosas se volvían verdes y negras. La nieve de

plata asustaba a la gente. Su falda roja también se volvía verde y negra, se le abría, y mostraba las clavículas y el cuello ligero y elegante. Soplaban un viento que cortaba como una lámina de acero. La luz de plata se colaba entre las flores y salía de ellas. Las hojas de las rosas se rozaban entre ellas y las rosas colisionaban entre ellas. Las rosas se emblanquecían.

Más tarde, cuando ella salió del rosal, el caballo se antepuso delante de ella y le mordió el hombro con sus enormes dientes; y con sus pezuñas, el caballo golpeó sus nalgas. Pero lo más sorprendente fue que ella parecía haberse desmayado desde que salió de las rosas hasta que llegó al prado. Había caído al suelo y el caballo pasaba por encima de ella una y otra vez, y de un lado a otro. Se iba volando y volvía volando. La cintura del caballo se doblaba y se ponía rígida, los bigotes del morro se erizaban y se distendían, y la cola se abría como si fuese de satén y seda. Lo recuerdo ahora, de golpe: cuando ella se agachó para oler las rosas, el brillo de su falda desapareció. Los orificios de su nariz se pegaron a los pistilos de las rosas, esas rosas cuyo aroma irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz.

VI

Llegó el día de la competición de caballos y las peras de los perales ya se habían transformado en el licor de peras. El jefe del destacamento estaba, por lo tanto, más agitado de lo normal. Estaba agitado y preocupado. Estaba ansioso por pasar la prueba. Pensaba que la carrera que se iba a producir en el hipódromo iba a sacar a relucir sus talentos. ¿Era cierto? ¿Y el tío? Parecía haber estado esperando ese día desde hacía mucho tiempo. El día anterior se encontraba todavía en un extremo estado de tensión mientras daba los últimos retoques a su intensa preparación. ¿Era cierto, tío?

El jefe del destacamento se iba todas las mañanas al campo para practicar con su caballo. Su técnica combinaba perfectamente la elegancia con un estilo vigoroso de montar a caballo. Yo no he visto en esta vida a nadie montar a caballo como él —me dijo mi tío, haciendo gala de una enorme admiración por el jefe del destacamento—. Así, varios años pasaron en un abrir y cerrar de ojos. El jefe del destacamento iba de un lado a otro montado en el caballo rojo. El jefe del destacamento galopaba sobre el prado a la velocidad de un rayo. Tanto de día como de noche, esa imagen aparecía obsesivamente en la mente del tío. Muy pronto, por la mañana, cuando el sol acababa justo de salir y el gallo entonaba su canto ensordecedor, el de los bigotes amarillos sacó el caballo de la caballeriza y lo ató al poste que había junto al muro del lado sur. El tío se acercó al umbral de la puerta y vio con los ojitos pegados cómo cepillaba el caballo. La piel del caballo era acariciada y restregada, cepillada y alisada, con el cepillo. Era un gesto sencillo, pero que tenía como objetivo que el caballo se sintiese tranquilo cuando era cepillado. Los ojos del caballo desprendían una luz azul, y la luz del sol sobre el cuerpo del caballo rojo le daba al animal la apariencia de una llama que flameaba rabiosamente. Tío, ¿tú no habías montado ya en ese caballo? ¿Ni siquiera tuviste la intención de hacerlo? Esto era imposible. Los gatos salvajes que utilizan el pescado fresco como almohada, ¿pueden dormir? Si los gatos salvajes pueden utilizar el pescado fresco como almohada para dormir, yo creo entonces que tú, tanto si tuviste la intención como si no de montar en el caballo rojo, yo sé que tú deseaste hacerlo.

Las peras aparecían ya ante mis ojos como copas de licor dulce de peras y los prados se veían a esas horas de la mañana envueltos en la neblina matinal. Cien pájaros cantaban y volaban, y las ramas de los árboles supuraban

goterones de agua que parecían perlas. La montura del caballo, con sus faldones, relucía de lo limpia que estaba, la cola estaba arqueada, y las pezuñas bien limadas y ansiosas por galopar. El jefe del destacamento sujetaba con la mano una ramita de peral con la que se limpiaba los dientes y luego escupía una saliva blanca. El de los bigotes amarillos, que no perdía nunca detalle de lo que ocurría a su alrededor, vio cómo escupía el jefe del destacamento.

El tío me dijo que el jefe del destacamento sacó el caballo del patio y le dio un latigazo simbólico en la grupa. El caballo pareció que se espabilaba de golpe y se dirigió al prado.

Después de que el jefe del destacamento montara en el caballo rojo — recordó mi tío—, el patio se cubrió de nubes negras. El de los bigotes amarillos se dedicó a limpiar en el patio los excrementos del caballo y, al mismo tiempo, a cagarse en la madre que parió al caballo. Según dicen, este tipo de comentarios lleva en sí un alto nivel de contaminación externa... Aunque pareciera que mi tío estuviera recitándome una lección, yo no osaba sacar ninguna conclusión sobre sus comentarios acerca del lamentable estado de todo lo que se decía en esta historia.

Las mierdas y los meados del caballo habían dejado el patio como una letrina nauseabunda. Esa fue la razón por la cual el de los bigotes amarillos le pidió al tío que dejase el lugar. El de los bigotes amarillos sujetaba de mala gana la pala y ponía cara de pocos amigos. Se le veía cabreado y con ganas de acabar con todo eso cuanto antes. El tío, aunque no estaba muy convencido, decidió obedecer al de los bigotes amarillos. La peste que desprendía el patio le ayudó.

El jefe del destacamento continuaba galopando a toda velocidad sobre los prados. Llevaba el cuerpo echado hacia delante. La montura y la grupa del caballo parecían ser una extensión natural de su cuerpo. Las dos botas agujijoneaban la panza del caballo, el cual, no tenía otra opción que volar. Lo sabía hasta el caballo: el día de la competición había llegado.

Y al día de la competición, ¿fuiste?

Fui, claro que fui. El de los bigotes amarillos también fue. Ese día, por la mañana, las peras eran grandes como huevos y el cielo azul acababa de aparecer cuando se levantó el jefe del destacamento. Él nunca venía a los habitáculos de la residencia del lado este; pero ese día, por la noche, debido seguramente a la competición, sí que lo hizo y encendió una lámpara de aceite de soja. La llama de esa lámpara era igual que una semilla de soja e

igual de amarilla que un albaricoque. El jefe del destacamento acarició la cabeza del caballo rojo, dio unos pasos y acarició su grupa. El caballo agitó la cola como agradeciendo el gesto del jefe del destacamento. Las cadenas de la cabezada hacían ruido: *clic, cloc, clic, cloc...* Los mosquitos revoloteaban a su alrededor. La artemisa se consumía en llamas y desprendía su humo y su aroma inconfundibles.

—Viejo Huang, mis bigotes amarillos —le dijo amistosamente el jefe del destacamento—, alimenta bien el caballo. Mañana solo nos queda una cosa: ganar; y ganar al caballo de ese alto oficial Gao y recuperar al «aroma que viene de la noche», esa rosa... Si gano, te la daré..., a ella..., pero solo si gana el caballo..., ¡si gana!

El de los bigotes amarillos enterró su rostro entre las rodillas y no dijo nada. El jefe del destacamento, en persona, le dio al caballo varias semillas de soja que había en el morral. Le dio unas palmaditas y le susurró algunas frases; luego salió del habitáculo que hacía de caballeriza para el caballo rojo. Las botas de piel se dirigieron a los aposentos de la residencia norte.

Pero nada más llegar, el jefe del destacamento dijo:

—Bigotes amarillos, inspecciónale el sillín, las correas y las cinchas que lo atan a la barriga. ¡Que no haya sobre todo ningún error!

Las botas de piel entraron en los aposentos del lado norte; y en la casa norte se oía agua. Ella...

El de los bigotes amarillos alzó la cabeza y su cara se vio teñida totalmente de amarillo con la luz de la lámpara de aceite de soja. Parecía de oro. Cerró los ojos y se puso a escuchar los sonidos de la habitación norte, que eran como las plegarias de un monje budista... ¿Eres un depravado o qué? La pregunta del tío era sorprendente y molesta. El caballo era, por supuesto, un buen caballo. Pero ¿y el jinete? ¿Y no quería montarlo todo el mundo? ¿No sabías que los caballos buenos son fáciles de montar? En la vida hay tres peligros en lo que concierne a los caballos: montar en un caballo que es como subirse a una barca que se balancea de un lado a otro es mal signo. Si uno monta ese tipo de caballo, uno se puede romper los huesos y descalabrarse. Con un caballo que no tiene una buena visión de las cosas, uno no se divierte. Si el caballo tiene la naturaleza rebelde e imprevisible de un dragón y no obedece al hombre, ¿cómo podrás controlarlo? ¿Y si encima te muerde? ¡Esto será peor que coger la malaria o sufrir diarrea!

Pero yo era incapaz de controlar la erupción de esos pensamientos intensos en mi cabeza. Eran mis deseos más íntimos los que me pusieron enfermo.

Pero mis deseos más íntimos y genuinos estaban mucho más lejanos que mi dolor de barriga. Pero los deseos son algo parecido a la malaria, que envía a la gente directamente a la tumba. Este tipo de deseos y las llamadas misteriosas parecían pasar ahora a través de mí sin ningún contenido preciso, solo como una música repetitiva: ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo!

Ella apareció en el rosal como un fantasma que quiere vagabundear sin un destino preciso; y cuando salió de las rosas, lo hizo en medio de una tempestad. Tronaba y caían mil rayos, pero ella seguía con su vagabundeo y se calló de golpe tras su canto. Su cara parecía una rosa con sus cabellos rizados y un semblante triste y preocupado. Sin embargo, había también algo que ensombrecía ese semblante: un halo sutil pero evidente de ferocidad y dureza, con la frente caída y sus gestos rápidos y bruscos ante cualquier golpe de aire. Vi que ella extendía sus dedos largos y puntiagudos y acariciaba suavemente las rosas, cuya imagen parecía igual de triste que el rostro de la joven mujer. Era la apariencia misma de la languidez y de lo efímero. Las hojas de las rosas temblaban y los pétalos parecían reunirse alrededor de los pistilos para protegerlos de cualquier amenaza exterior. Llovía y venteaba sin cesar, y la tempestad azotaba sin piedad las rosas. La joven cogía los pétalos caídos con sus dedos mientras caía sin parar el agua regeneradora y destructora del cielo nuestro. El firmamento se iluminaba súbitamente con los rayos y los truenos ensordecían los oídos. La lluvia caía y caía sobre el mundo: *plic, plac, plic, plac...* La lluvia limpiaba la piel gruesa del caballo rojo. ¡Caballo! ¡La lluvia te ablandaba! Y tú atravesabas la cortina de lluvia y el color rojo de tu cuerpo parecía haberse convertido en un rayo. Las orejas se abrían de golpe ante la explosión de los truenos y luego se tranquilizaban. Las rosas se marchitaban. La falda —que estaba hecha de plumas— se le pegaba a la mujer a las piernas y al culito. El cabello se le enredaba en su cuello y hacía de paño dejándolo todo extremadamente limpio. Se aderezaba a menudo la falda, ya que le molestaba; pero cuando la soltaba, volvía a pegarse al cuerpo. Tú me pones la carne de gallina. ¡Jindou, sobrino mío! ¡Mi gran sobrino! ¡Jindou! ¡No tiembles, sobrino! El tío se sacó de la chaquetilla afelpada un piojo que aplastó y pegó en mis hombros con desprecio. Y, finalmente, ¿quién montó en el caballo rojo? Tío, en esa época, sobre el *kang*, ¿no te sentías algo perturbado? Te quemaba el cuerpo, pero... ¿no estabas soñando? ¿Y no montaste en el caballo en sueños? ¿Quién era ese niño de tez negra? ¿Era yo? ¿Tú? Nosotros montamos sobre sus lomos y con él galopábamos velozmente. Y la vimos a ella saliendo del rosal, con las

gotas de lluvia deslizándose lentamente sobre su rostro. La lluvia había pasado y el cielo se había despejado. Los ríos y las montañas parecían un cuadro. El ambiente se había enfriado y a la gente se le cortaba la respiración. Las gotas de lluvia que habían quedado sobre los pétalos habían formado hielos con tonalidades azules. Esos pétalos tenían que soportar el peso de esos goterones. La cara de la joven estaba apresada por el hielo y el perfume natural de su cuerpo no podía salir. El caballo rojo llevaba puestas unas gafas y la nariz estaba roja de tan fría que la tenía. Los bigotes estaban helados y de los orificios de la nariz salía un vapor blanco. La luz del sol era particularmente bella en ese lugar y las rosas que habían quedado atrapadas en el hielo conservaban el color rojo como en su mejor momento. El caballo se tambaleaba y el viento que provocaba también hacía temblar a las rosas. El caballo se resbalaba sobre la superficie helada del suelo, la cual se fracturaba bajo el peso de las pezuñas y sus herraduras metálicas. Con el movimiento, el hielo que había en el cuerpo del caballo también se fracturaba. Caía al suelo, se resquebrajaba... Oh, el hielo, demasiado hielo... El caballo, el caballo rojo, por favor, vuela y huye..., haz que yo vuele y me escape también. Volemos y huyamos juntos. Volemos y huyamos sobre los cables eléctricos; volemos y huyamos sobre la línea del horizonte; volemos y huyamos sobre los rayos de luz; volemos y huyamos sobre los nervios blancos y temblorosos de la Tierra que no tienen fin; volemos y huyamos sobre los arcos y los puentes de color que cruzan los ríos y los mares; volemos y huyamos sobre los arcoíris y sus colores. La lluvia pasó y el cielo se despejó. Un arcoíris se formó en el cielo. El río de las aguas negras como la tinta serpenteaba sobre el prado verde. Parecía una enorme y ondulante tela de seda y satén. Ponerse a cantar, a bailar, yo que monto en el caballo, tú que montas en el caballo, la gente feliz, la gente que sufre, la canción, el baile, la vorágine del baile, la vorágine del hielo, *namo amitufo* (honrado sea el *amitabha* Buda, su luz infinita, su vida infinita, su infinita bondad), *namo amitufo* (honrado sea el *amitabha* Buda, su luz infinita, su vida infinita, su infinita bondad)... Parecía que hacía mucho, pero que mucho tiempo, cuando florecieron las rosas, el ganso alzó su vuelo y cayó una lluvia torrencial. Todas las rosas quedaron enterradas bajo la lluvia. Había solamente una rosa grande y asomaba su copa florida —que era como la cabeza de un niño—, desafiando la lluvia. La rosa era de color púrpura y en la nieve blanca se reflejaba su rojo oscuro. Las mariposas amarillas se posaban en sus pétalos. Esas mariposas parecían hojas secas. Ella estaba delante de las flores. Como antes, llevaba una falda de

color café y sobre su cuerpo desnudo había solamente un sujetador de color verde oscuro. En su piel desnuda había unas motas oscuras del tamaño de una semilla de soja que demostraban que ella había estado —o estaba— enferma. Sobre su rostro se había solidificado una sonrisa ondeante. Ella sonreía beatamente clavada delante de las rosas y parecía más bien una diosa protectora. También parecía una estaca negra clavada en el suelo. ¡Corre, caballo! ¡Rápido! Pero el caballo rojo apenas podía desplazarse sobre el hielo y la nieve. La nieve, además, era bastante profunda y le llegaba al caballo hasta la panza. Cada vez que daba un paso, el caballo se las veía y deseaba para avanzar. ¡Ma! ¡Caballo! ¡Avanza, rápido! Pero el caballo me dijo: yo de aquí no me muevo; y de sus ojos salieron unos lagrimones enormes. Esos lagrimones cayeron sobre la nieve como dos balas. Inmóvil, quería marchar hacia delante. Nosotros queríamos superar el sentimiento eterno de frustración y avanzar desesperadamente hacia delante, hacia la costa ideal; y una vez ahí, volar como los pájaros y correr como las bestias de cuatro patas. El mar azul y cálido, con sus olas perezosas, nos llevará a la costa de oro. Caballo, no llores. Los hombres tienen lágrimas que no pesan y todo ello porque no pueden mostrar a los demás que sufren. La nieve nos hacía perder el equilibrio. Nuestras consciencias unidas —la del caballo y la mía, la mía y la del caballo— volaban mientras que nuestras piernas y nuestras pezuñas seguían atrapadas en la nieve, incapaces de avanzar... Yo soy incapaz ahora de recordar con precisión ese momento de felicidad suprema... El herrero me envolvió amistosamente las piernas con una tela impermeable y mis pezuñas fueron colocadas sobre una banqueta de madera. El herrero se sirvió de un cuchillo afilado para arreglar y ajustar los cascos de mis pezuñas con las herraduras. Al recortarme las pezuñas —arriba, abajo—, sentía que perdía la razón como si me hubiera emborrachado. Estaba mareado y deseaba dormir. Y si hacía el tonto, me ataba los labios de la boca con unas cuerdecitas que parecían ristras de uvas moradas... El herrero cogió un martillo y metió los clavos en las herraduras. Más que clavarme unos clavitos en los cascos, sentía que me los estaba clavando en el corazón... ¡El caballo ya tenía zapatos nuevos!, oí decir a un viejo con el cabello blanco. Un niño recogió los trozos que me habían cortado de las pezuñas. Alguien me dijo: estas cosas pueden servir para que las flores crezcan. ¿Por qué no las rosas? Es bueno para todo tipo de flores. Yo pensaba en volar y huir; pero la nieve atrapaba mis piernas y mis pezuñas. Estaba muy preocupado. Era inseparable de esas rosas rojas como la sangre, de la rosa en medio de la nieve, de ella a un lado

de las rosas... Ella se había vuelto más temible que el mismísimo Dios.
¡Jindou! ¡Jindou! ¿Cómo puede ser posible que tú...? ¿Por qué lloras?

VII

Ese día —el de la competición— amaneció bello como solo amanece bello un día entre cien. A media mañana, con un escenario soleado, de la tierra apareció una muchedumbre de hombres y mujeres que se reunieron sobre la hierba verde y la pisaron sin importarles si había nidos de pájaros o flores salvajes en ella. Hasta las salamanquesas se asustaron y se ausentaron del terreno. Las mujeres más amilanadas pisaban el suelo con precaución extrema y emitían de vez en cuando algunos grititos. Una tropa apareció por un lado del prado. Al ver los sauces, giraron. En el cuello de los caballos había colgada una campanilla metálica que no paraba de sonar: *tiling, tiling...*

Y ellos, ¿no vinieron al río?

¿Dices que ellos vinieron de las tierras de los miembros del clan de los masticadores de cisca?

Soy yo quien hago este tipo de conjeturas.

Olvídalas. Ellos no vinieron de ese lado del río. Ellos se han escapado tomando ese lado del río.

¿Y a qué regimiento pertenecían ellos? ¿Quién los lideraba?

¡Preguntarme a mí no es lo mismo que preguntar a ese peral!, me dijo el tío con desdén. Que yo recuerde, a partir de ese día, ellos montaban a caballo e iban de un lado a otro. Todos ellos llevaban gafas, tenían dientes de oro y cantaban canciones.

Y el jefe del destacamento de las tierras del clan de los masticadores de cisca ¿tenía alguna relación con ellos?

Tal vez. Solo el diablo lo sabe, yo no lo sé...

¿Y el caballo? ¿No pertenecen al pueblo todos los caballos?

No lo sé. Preguntarme a mí no es lo mismo que preguntar a un muro... Cuando nací, construyeron muy pronto un muro...

Vi que ese muro se había pelado. Se había descascarillado, estaba pelado y ruinoso. Por mi cabeza pasó la imagen del caballo atado al poste que estaba junto a ese muro.

El caballo rojo estaba atado a un poste y su cola ondulaba como una tela de satén y seda. Tú has utilizado varias veces esa metáfora. Ya sabes que cuando uno habla bien, no le escuchan ni los perros. Vale, vale... Me sirve este ejemplo. El caballo rojo agitaba la cola y esta era como una tela de satén y seda, y así espantaba los mosquitos. Sus cascos y herraduras ya habían sido

preparados por el herrero. Los cascos brillaban como la cera, y de la misma manera brillaban las herraduras metálicas, bien apuntilladas estas en los cascos —parecían los zapatos nuevos de un niño, el cual los muestra con orgullo a sus amigos—. El de los bigotes amarillos cogió un cepillo y se puso a cepillar el caballo, que parecía que se lo agradecía con unos ruiditos que hacía con la boca. Tío, ¿tú estabas todavía agachado en el umbral de la puerta? La montura del caballo también parecía haber sido encerada. Le habían aplicado un aceite para realzar el brillo y el amarillo se había visto intensificado. El jefe del destacamento dijo algo en la residencia norte, y ella parecía estar llorando. Luego, el jefe del destacamento alzó la voz —una voz la de ese hombre que era tan clara que se oía en todo el patio—. El de los bigotes amarillos continuaba cepillando el caballo y este se regocijaba.

—Debes ir —le dijo el jefe del destacamento.

—¡No iré! —le respondió ella entre sollozos—. ¿En qué me quieres convertir?

—El «aroma que viene de la noche», que pertenece al alto oficial Gao, también debe ir. Si tú no vas, ¿cómo va a funcionar todo esto?

—Ella es ella. ¿De qué está hecha ella? ¡Tú me ves como si fuera ella! ¡De la misma manera! —dijo ella de nuevo entre sollozos.

—¿Así que vosotros no sois iguales? —preguntó indignado el capitán, pero sin dejar de utilizar una voz suave; y como para tranquilizarla, añadió—: Vale, vale... No llores, mi querido tesoro. Sécate las lágrimas.

—En mi barriga tengo un niño que quizá es tuyo...

—Pero ¿de quién es ese niño en realidad? —dijo el jefe del destacamento, perdiendo la paciencia—. ¡Habla! Nosotros podemos ganar. Este caballo está cada vez más despierto. Mira cómo lo adereza el de los bigotes amarillos, ¿no te parece bellísimo? ¡Parece un hada sobre el puente!

El tío se dio cuenta de que el de los bigotes amarillos no paraba de mirar de reojo la montura que estaba colgada en el muro. De su nariz salían dos pelos largos y rojos. Yo lo sabía, ese monstruo le estaba absorbiendo el cerebro.

El de los bigotes amarillos observaba esa montura que era totalmente nueva y los dos pelos rojos que salían de su nariz temblaban. Yo lo sabía. ¿Qué sabías tú? ¡Tú lo sabes todo! ¿Qué quieres que diga yo? ¡Es cierto! ¡Ja, ja, ja! Yo sé todo lo que sucede de día y de noche. La carne de caballo haciéndose en la sartén o el *kang* ardiendo. Tras irse el jefe del destacamento, yo me tapaba, me destapaba, pero no podía pegar ojo. El de los bigotes

amarillos tampoco podía dormir y se sentó en una banqueta delante del *kang* donde se puso a jugar con un mechero de oro reluciente. Luego, tiró el mechero a los excrementos y orines del caballo.

La luz de la lamparita era del tamaño de una semilla de soja que apenas iluminaba la cuadra. El caballo rojo parecía, en medio de esa luz, más grande de lo normal, y proyectaba una sombra móvil sobre uno de los muros del establo. El tío no podía dormir, pero tampoco se atrevía a levantarse del *kang*, ni a moverse sobre él, ya que temía despertar la ira del de los bigotes amarillos. Acercaba el cuerpo al muro y lo enfriaba de golpe. Las salamanquesas corrían por su cuerpo. Vi que los dos ojos del viejo Huang brillaban como dos bolitas de fuego, pero eran dos ojos de alguien que estaba muy cansado. Sus manos —sus enormes manos— proyectaban una sombra debido a la luz de la lamparita y esa sombra temblaba. Un cigarrillo colgaba precariamente de los labios de su boca. El cigarrillo tenía un *cun* de largo y se consumía lentamente. El de los bigotes amarillos estaba a un lado y las cenizas del cigarrillo estaban en otro. El tío vio que el de los bigotes amarillos se levantaba y creyó que quería volver al *kang* y dormir, pero lo que hizo fue restregarse contra el muro y aplastar la jodida salamanquesa que se había pegado a su cuerpo. El ruido que hizo contra el muro llegó a los oídos del tío. El caballo rojo masticaba su hierba y el ruido que hacía se veía multiplicado por tres a esas horas de la noche. Los pedos que se tiraba el caballo parecían cañonazos de un ejército y retumbaban en el Universo. El olor a hierba podrida llegaba a los orificios de la nariz. El de los bigotes amarillos no fue al *kang*, al menos, a dormir. Se tumbó sobre la piedra lisa de ese camastro y se puso a contar los billetes verdes que había recibido del jefe del destacamento. Bajo la sombra de la lamparita, nada parecía estable y todos los objetos habían adquirido un aspecto fantasmagórico. Todo era confuso e irreconocible —lo falso no se diferenciaba de lo verdadero y lo verdadero no se diferenciaba de lo falso—. La cara del de los bigotes amarillos parecía grande como un abanico desplegado y sus dos ojos traslucían una luz que era más brillante y poderosa que la de la lamparita. El hombre sujetaba los billetes verdes con sus manos y los contaba. Se mojaba el dedo pulgar con saliva y volvía a contarlos uno tras otro. El tío también contaba los billetes, pero lo hacía mentalmente, siguiendo los movimientos de las manos del viejo Huang. Los contaba, pero perdía rápidamente la cuenta. De hecho, el de los bigotes amarillos también perdía la cuenta. Más tarde, el tío, más contaba los billetes, más se sentía aturdido y le entraba

sueño. Poco a poco entraba en un sueño profundo y solo una luz fulgurante consiguió despertarlo... Vio entonces que los billetes verdes ardían en las manos del de los bigotes amarillos. Los billetes se doblaban envueltos en fuego, el cual iluminaba el rostro y los ojos del de los bigotes amarillos. Los dos pelos rojos que salían de los orificios de su nariz temblaban. Yo sabía que el monstruo que tenía dentro de la cabeza se había puesto otra vez a chuparle el cerebro. Las llamas de fuego quemaron los dedos del de los bigotes amarillos y estos desprendieron un olor a carne chamuscada. Una vez extinguidas las llamas, el papel verde se había vuelto rojo oscuro hasta caer, deshecho, al suelo tras haber estado un momento crepitando.

—Nosotros podemos ganar. Mira, el caballo rojo está un poco ansioso y el de los bigotes amarillos también está ansioso —dijo el jefe del destacamento—. No creo que vayan a aguantar mucho sin salir a competir. Deben salir hoy y dejar que sus corazones corran por ellos.

El de los bigotes amarillos miraba la montura.

—¡Prepara el caballo, viejo Huang! —dijo el capitán, saliendo de la residencia norte.

Ella también salió con él.

El de los bigotes colgó la cabeza; solo los orificios de su nariz iban a guiarle en sus movimientos... Él parecía no ver nada cuando cogió las riendas y las soltó encima de los lomos del caballo.

El jefe de destacamento era al principio un tipo listo, y cuando salió de la residencia norte lo seguía siendo. Bajo el Cielo, era difícil de encontrar un tipo tan gallardo y apuesto como él. Llevaba el cinturón bien ajustado y guantes blancos forrados de piel de borrego, cuya textura se veía realzada por los rayos del sol. Bajo los perales, él levantó la mano, cogió una pera, le dio un mordisco y la tiró.

Tío, me dijiste que ese día tú fuiste al hipódromo para ver la carrera.

Eres un impaciente.

No, no soy un impaciente.

¿Viste la montura?

No, no la vi.

¿Y por qué me lo dijiste?

El de los bigotes amarillos volvió a encender los billetes y estos desprendieron una llama verde que parecía una serpiente que se había echado a volar. La llama quemó las manos del de los bigotes amarillos y una salamanquesa que había aparecido en la pared se puso a temblar.

—Vamos, hoy nos vamos todos. Bigotes amarillos, no tienes por qué poner cara larga. No te voy a tratar injustamente —dijo el jefe del destacamento mientras miraba atentamente al tío que estaba sentado junto a la puerta. Añadió—: Tú, cabrón, ¡tú también vienes!

El jefe del destacamento le cogió de la mano y le llevó hacia delante. El de los bigotes amarillos los siguió detrás, y yo detrás del de los bigotes amarillos. En los orificios de la nariz del viejo Huang había un monstruo que se le comía el cerebro. Ni siquiera los perros se interesaban por lo que podía estar comiendo ese monstruo.

En la habitación se olía aún a papel quemado. El olor a humo hacía que los mosquitos saliesen huyendo.

El jinete entró al mismo tiempo que nosotros en el hipódromo donde iba a producirse la competición. Hacía tiempo que la gente no se veía; pero al verse, todos se reconocieron. Los caballos también eran los mismos. ¿No te lo crees? Lo creas o no, tú me seguirás.

¿Cómo no iba a creerte?

El comandante Gao montó en su caballo negro, el cual era también un corcel-dragón —es decir, un caballo fino—, que tenía la reputación de «quedarse quieto en medio de una tormenta de nieve». La reputación de ese caballo había llegado muy lejos. Año tras año, había quedado el primero en cada competición en la que había participado. El caballo rojo del jefe del destacamento relinchaba, al igual que lo hacía el caballo negro del alto oficial.

Habían plantado unas estacas de madera en la hierba y ahí ataron los caballos con una cuerda hecha de cañas. ¿Por qué tú siempre vas al fondo de las cosas? ¿Cómo iba a saber yo que esas cañas habían sido compradas en ese lugar? ¿Piensas hacer algo o te vas a quedar de brazos cruzados? Y ese Gao, ¿cómo se llamaba de nombre? ¿Yo lo sabía? ¡Menudo gilipollas estás hecho! Pues sí, era el alto oficial y comandante Gao. ¿Qué quieres saber más? En esa época todo el mundo lo conocía por ese nombre. ¿Acaso podía yo cambiarle el nombre? Él no era mi hijo, ¿cómo iba a saber cuál era su nombre? Cuando los hijos se hacen grandes, estos ya no dependen de los padres. A un perro se lo llama perro, a un gato se lo llama gato, y a una liebre se la llama liebre. ¡Todo esto te concierne directamente a ti!

Tío, si no le pregunto más, ¿todo irá bien? ¿Puedo seguir de esta manera sus razonamientos brillantes?

El alto oficial Gao era bajito y corpulento, tenía la tez negra y aceitosa. Cuando montaba a caballo parecía una doncella ligera y bella. ¡Una auténtica amazona! Pero cuando bajaba del caballo, el que era bajito se quedaba bajito, y el que era gordito se quedaba gordito. Él no era feo, pero era gordito y tenía la tez oscura. La negrura de su piel estaba bien proporcionada y la gordura era como la de una jarra de porcelana, y no resultaba desagradable. Hay gente que nace afortunada sea como sea. El comandante Gao llevaba un uniforme de militar de color negro, con unos guantes negros, y tenía unos dientes negros que parecían de metal. Decía que la lengua que hablamos es como las horas que marca un reloj y le gustaba imitar las campanadas del reloj y luego soltaba una carcajada. También le gustaba jugar con los niños. Tenía siempre algunos caramelos en el bolsillo, que sacaba y se los daba. Al verle repartir y comer los caramelos, parecía un niño que se había hecho grande. ¿No eres igual que esos diablos japoneses? ¿Cómo puedes ser igual que esos diablos japoneses?

Varias decenas de soldados se habían reunido para aplaudir a los caballos. Las intersecciones de sus bocas lanzaban destellos cuando sonreían. Las plantas no escatimaban esfuerzos para expulsar de sus cuerpos débiles todo el aroma que podían. La hierba desprendía vapor y a la gente le mareaba el olor que salía de ella.

El «tesoro» del comandante Gao —ella, la rosa, el «aroma que viene de la noche»— iba montado sobre una mula negra. Llevaba una pelliza de piel de orangután sobre sus hombros y dos soldados la acompañaban y la sujetaban para que no se cayese. Eran tal vez dos soldados que rozaron la carne enferma de la joven cuando esta bajó de la mula. Ella sonrió y los dos soldados también sonrieron.

El jefe del destacamento miró de reojo a su tesoro: el «aroma que viene de la noche».

El «aroma que viene de la noche» no era ni alta ni baja, ni gorda ni delgada. Tenía la piel muy blanca y sudaba desprendiendo gotas que parecían uvas. Su trasero era maravilloso; estaba muy por encima de la media y era perfecto.

—Tesoro —el comandante Gao le tocó la barbilla a Ye Laixiang (el «aroma que viene de la noche») y lo hizo con la mano derecha—, ¿quieres que gane o que pierda esta competición?

El «aroma que viene de la noche» se lamió los labios y, mirando la cara roja del jefe del destacamento, dijo:

—Quiero que pierdas.

El alto oficial Gao le soltó un bofetón al «aroma que viene de la noche». Llorando —o medio fingiendo que lloraba—, el comandante le dijo: ¡Tu boca apesta! ¿Quieres avergonzarme delante de todos? ¿Quieres que pierda? ¡Lo que quiero es ganar!

—Mi viejo hermanito, mira al viejo Gao que recoge rosas para ti...—y el viejo Gao se puso a reír, encaró el rosal y las rosas aparecieron enfrente—: Oh, bellas, tan delicadas vosotras... Quedaos en vuestro sitio porque el viejo Gao va a extraeros todo vuestro aroma, con todas vuestras espinas, y luego se lo va a beber...

El jefe del destacamento y Ye Laixiang —el «aroma que viene de la noche», la rosa— se miraron y se hicieron una señal que solo ellos comprendieron. Los soldados se habían puesto a fumar todos de golpe, y con una risa arriba y con otra risa abajo; y los caballos masticando el hierro, o al menos eso parecía la hierba que masticaban, ya que la tarea les resultaba muy difícil. La bullaranga de la muchedumbre quedaba lejos, atontados todos ellos bajo un cielo abrasador.

El de los bigotes amarillos bajó la cabeza y de pie como estaba, agarrando el caballo, parecía una estaca de madera. Ahí estaba, con sus dos pelos rojos saliendo de los orificios de su nariz y, por supuesto, el gran monstruo chupándole el cerebro. Me pongo a pensar ahora: el pueblo —el pueblo ignorante, el pueblo que era como una plaga— no sabía por qué sonreía el de los bigotes amarillos, pero yo sí que lo sabía.

La montura relucía sobre los lomos del caballo rojo y este movía suavemente la cola. Los estribos metálicos colgaban de la barriga del caballo y se balanceaban. A lo lejos, en los sauces, una urraca graznaba.

El «aroma que viene de la noche» había puesto las rosas sobre un tapiz como quien va a hacer una ofrenda sacrificial. Las dos rosas que había cogido parecían un tesoro precioso. Las rosas, las rosas, que llenan sus rostros con lágrimas...

El que causaba las lágrimas que corrían por las rosas era ni más ni menos que el hijo de puta del tío que las había causado. Ese día, con los cabellos revueltos y la cara sucia, las ropas y la chaquetilla china hechas trizas, los pies rojos, con mocos en la nariz y el labio inferior salido y colgando, yo iba detrás del de los bigotes amarillos. Con unos ojos gris ceniza y confundidos, la gente, sentada en un tapiz enorme, observaba lo que sucedía a su alrededor. La carrera iba a comenzar y el tío intentaba abrirse camino. Uno de los

soldados le arreó sin venir a cuento una colleja en la nuca. Los soldados se habían colocado a un lado, montados en sus caballos. Estaban alineados junto con el comandante y el capitán dispuestos a empezar la carrera. El caballo rojo era como el fuego y el caballo negro era como el carbón. Uno de los jinetes iba de negro y el otro de blanco. Un destacamento quedaba a un lado con las armas bien sujetas en las manos de los soldados, los cuales levantaron sus pistolas para iniciar el ¡pum, pum! de rigor. Los caballos estaban ansiosos, alzaban la cabeza y agitaban la cola dispuestos a salir corriendo. La pista estaba cubierta de hierba corta y a los lados había unas filas de árboles, cuya presencia suponía una barrera infranqueable para los caballos que querían volar. Un par de soldados se adelantó y uno de los jinetes alzó una banderita y, a unos mil metros de distancia de los otros caballos, gritó: ¡Preparados!..., y se oyó poco después: ¡Pum! El caballo rojo y el caballo negro salieron disparados al mismo tiempo.

Al principio, los caballos parecían ir lentos y podía distinguirse el movimiento de sus cascos; pero al cabo de varias decenas de metros, empezaron a acelerar. Los jinetes se subían sobre los lomos de los caballos, con las cinturas curvadas y dejando un vacío entre ellos y la montura. Las colas de los caballos se habían deshecho y su cuerpo parecía haberse alargado considerablemente. El caballo rojo parecía un cable rojo y el caballo negro parecía un cable negro. Los dos volaban sobre la hierba de la pista. Había vallas en la pista que había que saltar y superar. El caballo rojo pasaba por encima de ellas totalmente curvado y parecía un águila roja. El caballo negro parecía un águila negra. Todos los presentes observaban con cara de tontos lo que estaba sucediendo en la carrera. Tío, en ese momento, ¿pensabas montar a caballo?

¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Yo, más que correr, volaba. En realidad, no era yo quien corría, sino que eran mis cascos y mis piernas...: eran los pensamientos del caballo quienes corrían... El viento silbaba en mis oídos y el olor a hierba verde era para mí como un bálsamo que me consolaba y me rejuvenecía. Yo volaba sobre mis propias espaldas (que eran las del caballo). ¡Al aire! ¡Las cuatro patas al aire, en el vacío! Y una valla menos. Blanco, estirado como un palo, horizontal, contra mi nariz afilada... Mis miembros extendidos, como si flotaran en el aire... Otra valla, otro obstáculo superado, y el aroma de la hierba fresca que entraba en los orificios de mi nariz. La elasticidad era perfecta, el ritmo de la carrera era bueno, y las cuatro patas del caballo no se desorganizaban. Yo estaba en tensión. Todo, en mí,

volaba. ¡Ma! ¡Caballo! ¿No te duele la espalda? Mis lomos sentían la presión de sus nalgas. Era como si me estuvieran haciendo clavando una aguja en la espalda o me estuvieran torturando con una carga eléctrica.

Hasta ese momento, los dos caballos iban a la par, cabeza con cabeza.

Ayer por la noche, el de los bigotes amarillos inutilizó la montura destripándola y el caballo rojo relinchaba indignado y enfurecido. La lámpara de aceite de soja iluminaba con una llama que era como una semilla de soja. Era una llama potente que explotó y dejó la habitación llena del aroma a aceite de soja. El tío espiaba todos los movimientos del de los bigotes amarillos y vio que el viejo Huang sacaba de la pared un paquete envuelto en papel, en el cual había una aguja enorme. Lo de quemar billetes asustó al tío, pero lo de la aguja le dejó completamente aterrorizado. El tío seguía escondido en la oscuridad, agazapado para que no lo vieran. El de los bigotes amarillos, con la aguja en las manos, parecía estar dudando; pero al final tomó una decisión y metió la aguja en la tela fina de algodón que había entre los lomos del caballo y la montura y la dejó ahí dentro. ¡Ma! ¡Caballo! El caballo rojo, con el pinchazo de esa aguja, hacía sonar en la penumbra sus cascos herrados, ya que le dolía. Los árboles que había en el patio bailaban y lloraban, ya que el espectro de un fantasma había aparecido ante ellos: el de los bigotes amarillos se había presentado ahí. El de los bigotes amarillos oía con atención todo lo que sucedía en el patio. Oía el caballo y los movimientos nerviosos que hacía con los cascos. Metía la aguja y la sacaba incesantemente de la tela fina de algodón —la sudadera de la montura—, como si quisiera limpiar el robín de la aguja con la telilla que había encima del caballo. Pero el robín de la aguja apenas desaparecía con la sudadera. Repetía varias veces ese gesto monótono y tenía el mismo efecto que una droga hipnotizadora. El tío no podía mantener los ojos abiertos y se quedó dormido. Al despertar, el tío no supo si había estado soñando.

Los dos caballos corrían al máximo de sus fuerzas. Iban con el viento, como los dos soldados que los montaban. En ese momento, el caballo rojo y el caballo negro iban a la par, cabeza con cabeza.

En la cama, el «aroma que viene de la noche» —ella— estaba sentada junto a las rosas, que estaban mustias y no tenían muy buena apariencia. Las lágrimas habían destruido los polvos blancos del maquillaje de la joven mujer. Se podía oler el aroma de artemisas que desprendía ahora el cuerpo del «aroma que viene de la noche».

El de los bigotes amarillos se había acostado en la cama con los ojos medio abiertos, medio cerrados, observando a lo lejos los dos caballos. Sus ojitos vieron que el caballo rojo iba delante del caballo negro. Excitados, los espectadores aullaban ante el espectáculo que estaban presenciando. El de los bigotes amarillos estaba tumbado y parecía una piedra negra.

Tío, según tú, el de los bigotes amarillos ¿deseaba que ganase el caballo del jefe del destacamento o el del alto oficial Gao?

¡Al diablo con tus preguntas, al diablo con tus preguntas! ¡Yo no soy el gusano que está en tu cerebro! Lo que él piensa, ¿cómo coño quieres que lo sepa yo?

Nosotros volábamos por encima de las vallas. El caballo negro estaba detrás de mí. Mi culo sentía su aliento. Volaba, flotaba..., y sentía la aguja puntiaguda y afilada pinchándome en la espalda. Su culo estaba en el sillín y yo rabiaba. Mi cuerpo se contraía y mis cuatro patas se desorganizaban. El caballo negro relinchó y me adelantó. Su cola parecía una escoba negra delante de mis ojos. Él azotó mi grupa con el látigo. Su trasero parecía ejercer sobre mí una presión insoportable.

El caballo rojo, al quedarse rezagado, dejó a los espectadores boquiabiertos. Los soldados gritaron como locos: ¡La rosa, la rosa! ¡Ha perdido la rosa!

La rosa se cubrió y lanzó unos sollozos.

El de los bigotes amarillos, acostado como estaba, no se movió; parecía una piedra negra.

El pájaro carpintero taladraba el tronco del árbol.

El caballo rojo perdía el equilibrio y el cuerpo del jefe del destacamento se había convertido en una roca. El látigo que sujetaba con su mano parecía lluvia sobre la grupa del caballo.

¡Ma! ¡Caballo! ¡Cielos, pero qué pena! El caballo negro, que era conducido por el comandante Gao, dio un salto hacia delante y el caballo..., el caballo rojo... Yo había perdido el coraje, pero una fuerza inexplicable me urgía a volar... No se me permitía adelantarlo, no se me permitía volar como el viento. Yo estaba destinado a no poder volar más...

El tío vio el caballo rojo saltar como un idiota, y saltó alto, muy alto, con el jefe del destacamento a sus espaldas. El tío sintió que se mareaba y cerró los ojos —los cerró por un breve instante—, y cuando los abrió, el caballo rojo caía libremente del cielo... Hasta la hierba tembló.

El alto oficial Gao continuó galopando sobre su caballo negro hasta el destino final. Al llegar solo a la meta, se curvó el caballo y el comandante bajó de él, alzó las dos manos y gritó a los cuatro vientos: ¡He ganado! ¡He ganado!... ¡La rosa volverá a mí!

Tras la caída del caballo rojo, el de los bigotes amarillos se puso de pie y alargó el cuello para ver el pobre caballo. Oyó que alguien gritaba y sollozaba en la cama. La rosa estaba confusa y no había nadie que la consolase. El «aroma que viene de la noche» se había puesto a llorar a lágrima viva y lloraba con rabia...

Varios soldados salieron corriendo directamente hacia el lugar.

¿Y tú no te acercaste a verlo, tío?

Sí, también fui. El caballo rojo estaba tumbado en el suelo y su mirada profunda se clavó en mi rostro. Tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo! Un par de soldados ayudó al jefe del destacamento a levantarse y la cara del pobre hombre parecía estar hecha de barro. El hombre sangraba abundantemente. Tras ponerse de pie, el jefe del destacamento se giró abochornado y sin saber adónde ir. Se puso a insultar el caballo e intentó incluso pegarle. El jefe del destacamento iba doblado, ya que no podía ponerse recto, y temblaba. Se le había arrugado la cara y parecía haber envejecido de golpe varios años. Los ojos azules del caballo se habían llenado de lágrimas.

—¡Ja, ja, ja! —se puso a reír el alto oficial Gao mientras daba un latigazo al aire. Cuando reía, la cara del comandante se ponía negra y brillante como la porcelana negra. Prosiguió—: ¡Viejo, perdiste! ¡Ja, ja, ja! ¡Has perdido la rosa!

El jefe del destacamento sacó del bolsillo un pañuelo y se secó las lágrimas. Tenía la cara larga y muy roja. Con las botas de montar a caballo, le arreó una patada al caballo rojo y dijo:

—¡La madre que te parió, caballo de mierda! ¿Has visto el diablo o qué?

En ese momento, ella recuperó la consciencia. El comandante Gao se dirigió hacia ella para abrazarla; pero ella lo rechazó y se puso a insultarlo:

El comandante le dijo con un tono de voz amistoso:

—Tesoro, no voy a tratarte mal...

El «aroma que viene de la noche» gruñó como un torrente descontrolado y se subió a la mula negra. Empezó a golpear la tripa de la mula con el tacón de sus dos pies. La mula dio media vuelta y arrancó lentamente, siguió por la hierba verde y se alejó hasta los sauces. Nadie, en esos momentos, prestaba

atención al caballo, que estaba paralizado en el suelo. La gente se había reunido y formaba, relajadamente, un círculo, observando al alto oficial, que quería darle la rosa al caballo negro.

—Tesoro, no llores. Monta en el caballo, monta en el caballo... —habló con un tono amistoso el alto oficial Gao—. Monta en este caballo y mira nuestro caballo negro. Erecto en la nieve, es el corcel-dragón. Te llevaré en brazos y evitaré que caigas del caballo.

El comandante Gao llevó la rosa y sus manos negras no paraban de acariciar el rostro y el pecho de la joven. Ella lloraba con sollozos agudos y estridentes, y con una de sus manos arañó la cara del comandante Gao y le dejó una marca rosa en la piel.

El comandante Gao creyó que enloquecía y le pegó una bofetada a la rosa. De su cara salió un líquido del color de la yema de un huevo, que se quedó en los dedos de la mano del comandante.

—¿No vas? Me voy a enfadar contigo y te voy a matar —le dijo el comandante, sacando la pistola de su funda.

La rosa, asustada, retrocedió unos pasos.

El comandante se limpió la mano y ordenó:

—¡Atenla, aten a esa apestosa!

Unos soldados cogieron a la rosa del brazo y se la llevaron.

La rosa lloraba y parecía estar pronunciando el nombre del jefe del destacamento.

Tío, ella ¿era tu madre natural? Al llorar de esa manera, ¿no reaccionaste?

El tío me dijo: ¿Por qué iba a reaccionar? Ni el jefe del destacamento ni el de los bigotes amarillos reaccionaron ante sus llantos. ¿Por qué iba a hacerlo yo?

El tío se había agachado junto al caballo rojo y lo miraba a los ojos.

¿Y qué pensabas tú en ese momento?

¿Qué podía pensar? Yo solo podía verle los ojos.

Había lágrimas en los ojos del caballo. Sus lágrimas eran de tinta negra, de agua impura, de agua negra. Varios días antes, cayó una lluvia torrencial y la arena que había en las orillas del río se convirtió en piedras. Algunos lugares se habían quedado inundados por el agua. Las piedras y la arena embarrada se habían convertido en una trampa mortal para muchas aves de pequeño tamaño. Incluso cuando salía el sol, los pájaros apestaban. Hacía varios meses que las nieves de las montañas se habían derretido. Las rocas de las montañas y los pinares habían tomado el mismo color. El canto de los pájaros

se oía por todas partes y el hedor que se desprendía de la hierba hacía vomitar a la gente... Al tío, por lo tanto, le entraron ganas de vomitar. Al tío le picaba la cabeza y le temblaba la carne al caballo rojo. Tenía rota la espina dorsal. La piel, bañada en sudor, brillaba poderosamente y varias tiras de sangre bajaban por la piel desde el sillín. ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo! El culo del jefe del destacamento había estado sobre esa montura y cada vez que saltaba sobre ella y la presionaba, lo que hacía era clavar una y otra vez la aguja sobre los lomos del caballo rojo y, finalmente, esta llegó hasta mi espina dorsal. El jefe del destacamento se desplazó hasta ponerse delante del comandante Gao y le dijo:

—¡Esta vez, yo no puedo acabarlo!

—¿Qué? —gritó el comandante, que se volvía loco—: Tu puta madre, ¿era un hombre o una mujer?

—Esta vez, yo no puedo acabarlo —le repitió tímidamente el jefe del destacamento—, porque mi caballo tiene muchas taras...

—¡Eres una mierda de perro! —le insultó el alto oficial—. ¡No te andes por las ramas!

—En realidad, es mi caballo quien tiene muchas taras —le dijo el jefe del destacamento con una voz firme—. Al principio, fui yo quien vino ante ti.

—¡Basta con tus impertinencias! —le dijo el alto oficial con la pistola, apuntándole—. Si reconoces que has perdido, te salvaré la vida; pero nunca te la daré. ¿Me vas a culpar ahora de tus fracasos? ¡Ni muerta te la daría!

—¡Átenlos juntos! ¡Que vuelva ella! —dijo el comandante, montando en el caballo de un salto; y, azuzando con los pies el caballo negro, se puso a avanzar. Se giró cuando estaba encima del caballo y le escupió al jefe del destacamento y le dijo—: Vosotros y la madre que parió a este regimiento de soldados que formáis sois un verdadero desastre.

El comandante Gao azotó el caballo y salió volando. La rosa había quedado encima del mulo y estaba rodeada de innumerables soldados. La rosa y el mulo siguieron al caballo negro.

Los llantos de la rosa tapaban el ruido que hacían los cascos del caballo negro. Los soldados iban detrás del caballo y el mulo y parecían una nube suspendida en el aire. Doblaron cuando llegaron a los sauces y el color de la rosa brilló con especial fuerza cuando pasaron junto a esos árboles de color monótono y pálido. Luego ya no se vio nada más.

Los espectadores que habían venido y se habían situado sobre la hierba se dispersaron. Solo quedaron tres hombres y el caballo rojo.

El jefe del destacamento se había quedado estupefacto y murmuraba algo para sus adentros. Nadie entendía lo que sus labios decían.

¿Todavía quieres guardar el caballo rojo?

Todavía quiero guardarlo. ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo!

El tío observó que el jefe del destacamento se acercó al caballo rojo. Las dos piernas del capitán eran largas y delgadas —parecían auténticos palos—. El hombre se había caído seguramente del caballo y apenas podía mantenerse sobre esas piernas. Se agachó y miró fijamente el caballo.

El capitán dio de repente un salto y se encaminó hacia el de los bigotes amarillos con el látigo en la mano. Iba con lágrimas en los ojos, corría casi, y cuando lo vio, le azotó en la cara y en el cuello con el látigo de piel de serpiente.

El de los bigotes amarillos rugió y sus quejidos se transformaron en silbidos. Era el rugido de un tigre. ¿Has escuchado alguna vez cómo ruge un tigre? ¿Por qué tiembles? El jefe del destacamento se asustó, dejó de azotarle al de los bigotes amarillos y se quedó mirándole la cara. El viejo Huang proyectaba sus dientes largos y afilados. El de los bigotes amarillos tenía los ojos rojísimos y de los orificios de su nariz le salían unos pelos rojos. El jefe del destacamento sacó con su mano izquierda la pistola que llevaba en la cintura. El de los bigotes amarillos se precipitó ante él como si fuera un muro que se caía ante alguien. Los dos respiraban con dificultad, enzarzados en una pelea sobre la hierba fresca.

¡Tú fuiste inmediatamente!

El jefe del destacamento había sacado la pistola de la cintura, pero no tenía fuerzas ni concentración para accionarla. Además, parecía que no funcionaba correctamente. El de los bigotes amarillos miró al vacío y le mordió la oreja, y el jefe del destacamento perdió la oreja para siempre. El de los bigotes le cogió con las dos manos el cuello al capitán y este sintió que se debatía entre la vida y la muerte. El capitán sacó la lengua y la cara se le puso roja y púrpura porque no podía respirar.

El de los bigotes amarillos lo soltó poco después y el jefe del destacamento se quedó —mareado como estaba, muy mareado— clavado como una estaca sobre la hierba verde de los prados...

Sobrino, los cigarrillos de esta cajetilla no son fáciles de fumar... ¡Te cortan la lengua! ¡Ah! ¿Te estás haciendo el tonto o lo eres de verdad? Escúchame bien, niño de mierda: la niña que la rosa llevaba en su tripita era tu madre y el jefe del destacamento era tu abuelo materno.

**El tercer sueño:
Los ancestros que nacieron con las
manos y los pies palmeados**

Un día, no sé cuál, una día cualquiera seguramente, acompañé a mi hijo a estudiar a la escuela roja. De regreso, persiguiendo una mariposa, entramos en el manglar. En el manglar, vi muchas cosas fascinantes.

Yo quisiera, en primer lugar, contar las cosas extraordinarias que sucedieron en el manglar, y luego guiaré a todo el mundo al interior de ese bosque rojo.

Mi hijo era alguien a quien le gustaba atormentar las pequeñas bestezuelas. Cogía los pollitos y, tras matarlos estrujándoles el cuello, les arrancaba de cuajo las dos patas con sus manos regordetas. Luego los abría en dos y, así, el pollito se convertía en dos pollitos. Los intestinos y otras vísceras del pollito salían disparadas y el hedor podía olerse desde lejos. Mi hijo cogía los gusanos que salían de la tierra tras las grandes lluvias y los cortaba a trocitos con un cristal roto. Los gusanos de cuello blanco supuraban una sangre verde. El año pasado, una oveja ya mayor dio a luz a tres ovejitas azules. Las ovejitas con rizos de plata eran unos seres adorables, pero a mi hijo, verla, solo le afilaba los dientes. A mí me preocupaba que mi hijo fuera tan mal educado y me iba preparando para sus constantes faltas; pero, al final, siempre me dejaba enredar por él. Mi hijo mató a mordiscos a dos de las ovejitas. Cuando pasaba por esos momentos de extrema crueldad, su cara se transformaba y daba miedo a la gente. Hasta a mí me daba miedo y le respetaba. Todos nosotros le teníamos mucho respeto a ese pequeñajo con cara de ángel que apenas tenía tres años.

Un día, cuando mordió a mi sobrino —al que llamábamos «el pollito»—, mi cuñada (la mujer de mi hermano pequeño) me vino a ver y me amonestó. A mí me abochornó oír lo que había hecho mi hijo y no esperé ni un instante para darle un guantazo. Él se agarró a mis piernas y me mordió las rodillas, desgarrándome el pantalón y haciéndome sangre.

Tras el mordisco, se sirvió de su lengua para limpiarse los dientes afilados y me miró. La «dignidad y el respeto en tanto que padre» —tan apreciados en la cultura tradicional confuciana— que yo debía representar recibieron un serio revés. Busqué y encontré una sartén metálica y con ella apunté a la frente de mi hijo y... De su frente salió algo parecido a una serpiente roja —algo muy similar a una llama roja que se dividía en dos partes—. Él debió caer al suelo, desplomado, pero no lo hizo. Se puso, con sus cuatro

miembros, a dar movimientos extraños en el patio. Se movía a un ritmo endiabrado y sus extremidades parecían las aspas de una hélice descontrolada. Poco después, mi hijo dio un salto que le elevó del suelo y se plantó ante nosotros, mirándonos fijamente, con la boca abierta, y fue entonces cuando lanzó un rugido. Yo empecé a temblar de los pies a la cabeza. Mi hijo mostró los dientes y con una voz que parecía venir de ultratumba, me dijo:

—Si te atreves a darme con esa sartén, yo te morderé de nuevo. Si te sirves de un hacha para cortarme a trocitos muy pequeños, yo me quemaré en una hoguera hecha de paja y leña.

Su lengua se contrajo y se metió toda ella en la boca. Bajo el viejo albaricoquero, la pila de hierbas secas y leña vieja empezó a chasquear y a sacar un humo blanco, fino y sinuoso. Nosotros nos quedamos estupefactos. Su madre temblaba de los pies a la cabeza y dos chorros de sangre negra salieron por los orificios de su nariz. El hijo sonrió con desdén. El humo era delicado, pero las llamas de la hoguera ardían rabiosamente, hasta que provocaron una explosión. El fuego amarillo y el fuego azul se mezclaron para formar un solo fuego de una altura de, al menos, dos metros. Las ramas y las hojas del albaricoquero prendieron (y se doblaron) con el fuego de la hoguera. Varias mariposas e insectos se veían atraídos por la luz y el calor de la hoguera y se quemaban de golpe o permanecían bailando a su alrededor. La hoguera desprendía un olor intenso a erizo y a comadreja siberiana que llegaba directamente a los orificios de la nariz. Era un olor que salía con el humo enrollado y la pila amarilla se convirtió en hilos negros, y el erizo se convirtió en una calabaza negra. Ante ese espectáculo, ¿qué podíamos decir? No dijimos nada. Temblaban las hojas verdes del albaricoquero, se enrollaban, se consumían, se resquebrajaban... Solté la sartén que tenía en la mano y tomé lentamente el camino empedrado. *Ding, dang, ding, dang...*; y mi hijo me sonreía. El viento soplaba y el fuego renacía. El viento soplaba de nuevo y el fuego se alborotaba. Sobre la cabeza de mi hijo flotaban los cabellos rojos. Esos cabellos parecían algas rojas flotando sobre el mar. La madre se sentó parsimoniosamente sobre el camino. Sus ojos se habían humedecido con lágrimas. Esos ojos llevaban con ellos mucha dignidad: eran como dos bolas de mármol tras ser bañadas con el agua de la lluvia. Mi cuñada ponía cara de sorprendida —y ella tenía una cara redonda y bien repleta, como sus posaderas, redondas y repletas— y se daba prisa por huir

del lugar. Mi hijo se colocó tras sus espaldas y, con una voz que parecía venir de ultratumba, le dijo:

—Laopo, tienes la lengua demasiado larga, perdiste el culo por «unir fuerzas» a favor del «pollito» (el nombre del sobrino de mi padre, tu hijo) y darle así la medicina buena para curarlo. Y deseas ahora, de nuevo, denunciar mis numerosas faltas. Yo, por lo tanto, arderé junto con la casa de tu familia.

La cuñada se giró de golpe, puso sus dos manos delante del pecho tocándose las tetas y le dijo a mi hijo:

—Mi buen sobrinito, ninguno de nuestros ancestros ha tenido cojones para hacer eso.

El hijo encontró una horca con puntas metálicas y con ella pinchó un erizo que llevó a la hoguera. Sus bracitos podían, sin embargo, coger una horca pesada y llevar con ella un erizo enorme. Parecía milagroso que se pudiesen hacer esas cosas como las hacía mi hijo, el cual se paseaba así —como un torbellino— por el patio. Nosotros nos alejamos del fuego y sentimos que se nos ponía la piel de gallina. Nos poseía un sentimiento de extrañeza y dolor, de estar en una situación difícil mientras el hijo estaba a un lado del fuego, como si nada pasase. Mi *laopo* (mi esposa) salió de la casa con sus zapatillas chillonas y en su rostro había una sensación de tranquilidad que parecía forzada y sonreía como solo una buena madre sabe hacerlo con sus hijos. Ella llevaba una aguja gorda hundida —hasta más o menos un par de *cun*— en su cabello, y esa horquilla se veía reforzada por una cinta que la sujetaba firmemente a la cabeza. La madre se la ajustó en el cabello y se lo arregló; y luego le dijo a su hijo:

—¡Qing Gou'er, hijo de perra! ¿De dónde has sacado esas sandeces?

Qing Gou'er (Qing «el hijo de perra») era el nombre de teta de mi hijo y fue la tía de mi *laopo* quien se lo dio. Yo me opuse firmemente en esa época a que su nombre fuera «Gou'er» ya que significa «hijo de perra» y ese niño era, al fin y al cabo, mi propio hijo; pero mi *laopo* se puso a llorar y se puso muy seria con sus llantos. Y como sucede con estas cosas, ¿quién se atreve a llevar la contraria a su mujer? Pensé que ese hijo igual no era ni siquiera mío. Luego pensé que los nombres no eran más que símbolos convencionales para hablar de la realidad: si no eran buenos, podían cambiarse. Así fue como a mi hijo se le puso Qing Gou'er.

Los ojos de mi hijo Qing Gou'er parpadeaban incesantemente ante el humo y el fuego de la hoguera. Había una relación mutua e íntima entre ellos.

Mi hijo miraba el fuego con admiración y con grandes ojos. Por los orificios diminutos de su nariz corrían unas gotas de sudor.

Mi *laopo* volvió a hacerle una pregunta.

Qing Gou'er respondió:

—¡Madre, voy a asar el erizo!

—¿Y para qué vas a asar un erizo?

—¡Para comérmelo!

—¿Y quién coño se va a comer un erizo chamuscado? ¡Tontorrón!

—Yo lo como, tú lo comes, tu padre lo come, el abuelo lo come, la abuela lo come, el tío lo come...; pero la tía materna seguramente no lo come. No, ella no. Mi tía paterna lo come, mi tío paterno lo come... No lo come la abuela materna...

—Y ese pobre erizo, ¿con cuánta gente lo vas a compartir?

—Yo como la carne, tú comes la piel, papá come los intestinos, el abuelo come el corazón, la abuela come los pulmones, el tío come las patas... Y si no hay suficiente, ¡cazo otro y lo paso por el fuego!

—De acuerdo...; no pases por el fuego ningún otro erizo. ¿Vale?... Y ya sabes, el cielo siempre desea hacer caer su lluvia cuando menos te lo esperas... —le dijo mi esposa, alzando el mentón y mirando el cielo.

Unas nubes negras asomaron de repente en el cielo. El viento del este soplaba que cortaba la piel y levantaba, en las aguas pantanosas de las marismas rojas, rebufos de mal olor. Rayos de color rojo oscuro rompían el firmamento; sonaron truenos deprimentes y continuos, y la lluvia gris empezó a caer del cielo. Sonaban las lenguas de fuego, sonaba la lluvia al caer, y la superficie del patio se humedecía con el aire oloroso de la lluvia. Nosotros nos cubríamos del agua de la lluvia con las flores, los zarcillos y el ramaje de las campanillas y los tapices hechos con algas y plantas del mar (lo que forma la pradera del mar), o bien nos metíamos en los portales de las casas.

Lo primero que hacía yo era, ciertamente, meterme en los agujeros de las casas; pero, por una cuestión de respeto a mis ancestros, me refugiaba en un lado para no molestar a nadie y levantaba las campanillas, los zarcillos y el tapiz de algas y plantas blando y flexible para no mojarme. Con la lluvia cayendo incesantemente, creía ver delante de mí una cortina hecha de perlas. Mi esposa se ató los cordones de lino de sus zapatillas y volvió a arreglarse la horquilla del pelo. Nosotros dos —marido y mujer— nos quedamos en los dos lados de la entrada de la casa esperando hasta que la lluvia cediera, y lo

hicimos como dos camareros muy educados y pacientes esperan a los clientes en la entrada de un restaurante.

Como la sombra inestable y flotante de un padre apoyándose sobre el brazo de la madre... ¡Ese era yo! Y de esa manera acompañaba a mi mujer a la entrada de la casa, ese agujero semicircular... Sobre las barbas del padre había cristales de nieve de cien colores. Sus dos ojitos eran como dos perlas de hielo que parecían deslizarse dentro de las cuencas de la cara. De la entrada de la casa salió una joven mujer de unos dieciséis años de edad, calma y elegante, con la cara empolvada con maquillaje blanco y los labios rojos y unos dedos finos como las pieles de las serpientes blancas y brillantes. Llevaba además una pulsera con piedras de jade verde que eran ovaladas como los huevos de un pato. Ella alzó el fuego, y la llama del fuego dorado tembló. Un humo azul y delicado se dirigió sinuosamente al cielo. Los muros de la entrada semicircular se habían llenado de un musgo de color bronce, bajo el cual se escondían las salamanquesas. Ellas formaban grupos de cinco y sacaban sus bocas y expulsaban sus burbujitas para respirar en medio de tanto verde. Junto con el musgo, y bajo la luz del fuego, esos grupos formaban un tipo de estampados muy curiosos y bellos. La superficie de los muros parecía como esos tejidos que producen esos enormes husos con sus varillas de madera largas que tejen grandes telas. El fuego movía las sombras doradas que había sobre los muros. Los ojos abultados de las salamanquesas desprendían una luz rosa. Sacaban a menudo sus lenguas afiladas y escupían. Sus lenguas también eran de color rosa. Como una contradicción, el fuego consumía el aceite que lo mantenía en vida y crepitaba hasta dar su último suspiro. El espacio se llenaba de algo parecido a unos chasquidos de recién nacido.

Mi esposa (mi *laopo*) y yo nos mirábamos y nos sonreíamos. Su boca esbozaba una sonrisa encantadora, pero cargada de melancolía. Su sonrisa siempre me hacía sonreír y me confundía al mismo tiempo. Ese sentimiento era como comer arveja silvestre seca: nunca sabías exactamente a lo que sabía porque podía saber a cualquier otra planta. El suelo estaba lleno de guijarros ovalados como un huevo y pulidos. Había piedras de varios tamaños que parecían haber sido escogidas meticulosamente. La madre caminaba sobre ellos con sumo cuidado, ya que temía caer y romperse algún hueso. El padre ponía cara de estar preocupado. Parecía temer el fuego o, tal vez, temía esas salamanquesas que los miraban y desaparecían en las rendijas

de los muros; esas salamanquesas eran en la pared como unos tumores con escamas de peces.

Unas caras que nos eran muy familiares a mí y a mi esposa pasaron ante nosotros. Ni siquiera tuvimos tiempo para saludarlos correctamente. Un movimiento con la cabeza intencionado; eso fue todo. Algo muy esquemático y sencillo, pero superficial. Bueno, tampoco eran unas caras tan familiares. Tenían un lado que se nos escapaba. Nosotros sabíamos, sin embargo, que todos ellos eran miembros de nuestro clan o amigos y familiares. Ninguno de ellos aparecía ante nosotros así por las buenas. Esa es la razón por la cual nosotros les mostramos el mismo entusiasmo.

Por último, dos gansos enormes irrumpieron en la entrada de la casa. Tenían unos cuellos larguísimos y emitían unos graznidos que parecían los rugidos de un león. Pasaron ante nosotros. Mi *laopo* levantó uno de sus pies y le dio una patada a cada uno de los culos blancos de los gansos. Sus zapatillas tenían chapitas y horquillas metálicas que brillaban en la penumbra. Mi *laopo*, que se había quitado las zapatillas, le dio sin querer una patada a la joven, pero esta ni se inmutó. Mi mujer retiró, avergonzada, el pie y volvió a calzarse las zapatillas. Las flores de las campanillas, los zarcillos y los tapices de algas y plantas marinas cubrían la mitad de la entrada de la casa.

En el patio llovía a cántaros. El color de las llamas de la hoguera se oscurecía ante la cortina blanca y gris de la lluvia. Qing Gou'er estaba todavía de pie al lado del fuego, asando el erizo pinchado en la horca. Las gotas de lluvia caían sobre la cabeza de mi hijo, pero parecía que nada era suficiente para amedrentarlo. Yo le llamé para que viniese a la entrada de la casa y se protegiese de la lluvia. Él me replicó con una sonrisa y alzando al erizo chamuscado; pero no tardó en dar un salto y en venir hacia donde estábamos nosotros. Mi esposa le dio unas campanillas, unos zarcillos y un tapiz de algas y plantas del mar para que se cubriese. Esa fue su manera de dar la bienvenida en la entrada de la casa a Qing Gou'er. Me pareció un milagro. Su llegada me causó una impresión que todavía no he podido olvidar. Debo reconocer que cuando vino hacia la entrada de la casa, yo estaba un poco nervioso.

En esos momentos, en el patio, solo había una lluvia que caía como chuzos y una hoguera a punto de extinguirse. Las cenizas parecían estar agonizando en medio del agua y el viento las expandía por la tierra. El agua embarrada transportaba las cenizas y las llevaba por la hierba. Un par de patitos echaba a volar desde los muros y sus nidos caían a la calle. Sus boquitas infantiles se

untaban mutuamente en esa grasa secreta que hay en el ano, garabateando con las plumas. El viento soplaba como una lámina cortante y la lluvia había roto la tela del tenderete. El graznido estridente de las grullas atravesaba las nubes. Las mismas nubes que las cubrían y que les hacían perder por lo tanto su color natural; pero ellas, tercas como eran, intentaban sobrepasarlas con su vuelo y sus continuos graznidos. Pensé que en algún distrito cercano se había producido un tornado. Varios cientos de flores de loto inundaron el patio gracias a la corriente de agua que habían formado las lluvias. Algunas de esas flores llegaban incluso a la calle. Los dos patitos enamorados se estremecieron y echaron a volar por una de las esquinas. Sus plumas coloridas brillaban en medio de la lluvia gris. Las corrientes que formaba el agua de la lluvia a su paso también traían con ellas un olor fétido. La lluvia dejaba limpiísimas las flores de loto, así como sus tallos peludos. Las hojas de las flores de loto se enrollaban y permanecían en una situación difícil. Los pétalos de las flores se deslizaban con el agua y se formaban unas ráfagas de un aroma fino y puro que nadie podía distinguir. Un pequeño carpín dorado luchaba en las aguas, que no eran muy profundas y facilitaban su circulación; pero si el agua sufría un movimiento brusco, el carpín dorado solo podía palmoear y permanecer inmóvil en el mismo sitio.

Mi *laopo* se remangó los pantalones y tomó prestado del muro un sombrero de paja y se lo puso en la cabeza. Había que mantener las ideas frías y protegidas bajo la lluvia. Ella se puso a caminar lentamente y levantando considerablemente los pies del suelo, como las gallinas cuando caminan sobre la nieve. Yo la observaba en silencio. No decía nada, y tampoco pensaba en nada. Tampoco deseaba decir nada y tampoco deseaba pensar en nada. No tenía nada bueno que decir, ni nada bueno que pensar. El caos del viento y la lluvia ensordecía mis pobres oídos. Cansado y atontado, no sabía ni dónde estaba. En los días de lluvia estivales, todos los sonidos y todos los aromas tienen un efecto hipnotizador muy fuerte..., el *kang* está pegajoso, el aire se vicia y los espíritus se alarman... Ella cogió con sus dos manos el carpín dorado, que era grueso y ancho. La cola del pez levantaba olitas sobre la superficie del agua, y el agua se volvía inesperadamente del color de las perlas. El carpín dorado chapoteaba en el agua. Yo había comprendido de golpe en qué consistía la tragedia íntima del carpín dorado. Sus dos manos lo agarraban con fuerza y tensión, y ella se situó así delante de mí. Parecía una niña que había cometido una falta grave. Yo era consciente —aunque todavía no era del todo consciente de ello— de que ella quería

decirme algo. Fuera lo que fuese, ella necesitaba unas palabras para confortarla. Pero yo no podía hablar; y como unas joyas descuidadas, las escamas del pez empezaron a palidecer e infectaban las manos de la mujer. Algunas escamas caían sobre sus pies blancos desnudos. Todo lo que siguió fue inolvidable: en el cielo ancho y majestuoso que había sobre nosotros, unos rayos de sol gloriosos —unos rayos que eran como flechas de sangre, de su mismo color y densidad— aparecieron como un milagro en medio de la lluvia. El tapiz que habían formado las innumerables flores de loto se coló en el agujero que evacuaba las aguas residuales y oí que ella gruñía. Al carpín dorado le temblaba la cola. Los huevos negros del pez se desprendieron, todos juntos y apretados, sobre la mano de mi mujer. Ella arrojó inmediatamente el pez y se limpió con las mangas de la chaquetilla china las manos, que le habían quedado pringadas con los huevos. El carpín dorado había caído en la calle y parecía estar llorando, expulsando burbujitas de agua, un agua brillante, y emitiendo unos ruidos. El pez dejó la superficie de la calle llena de babitas blancas y burbujas. Pero no se dio por vencido, y el carpín dorado dio un último salto y se metió en un charco de agua de grandes dimensiones. Las escamas de ese pez moribundo no tardaron en cubrir la superficie de agua, la cual se argentó y se abrigó. Los patitos enamorados pasaban por ahí y ni se inmutaban por la presencia amenazante y que insinuaba entrometerse de los patos salvajes que también pululaban por los charcos de agua que había dejado la lluvia.

Mi mujer me sonrió. En los músculos de su cara aún había ciertos espasmos que no llegaba a controlar. Sonreía forzadamente y algo en su expresión facial se endurecía tanto por dentro como por fuera; pero volvía a sonreír con más naturalidad y credibilidad. Ese «sonreírnos mutuamente en tanto que marido y mujer» trajo consecuencias no deseables. En la boca de mi mujer se había solidificado la sonrisa y no podía deshacerse de ella. Nadie que estuviese enfrente de ella podía verla mucho rato.

Nosotros parecíamos depender el uno del otro y estar muy unidos; pero en realidad estábamos muy lejos el uno respecto al otro. De esa manera, fuimos a la entrada de la casa. Las flores de las campanillas, los zarcillos y las telas de algas y plantas marinas colgantes cubrían la entrada y protegían los cuerpos de la lluvia y el viento exteriores. Había solamente esa lluvia tumultuosa y cortante que repiqueteaba sobre el tejado del porche. Nada nos importaba; nada, ni siquiera el caos en el que había caído la Historia de nuestro país. Así lo recuerdo. Nuestros pies pisaban las piedras ovaladas y

humedecidas. El agua corría por el suelo y llegaba hasta la entrada de la casa, un agua fría que sonaba como el agua de los riachuelos en el campo. Era el sonido del agua el que, junto con los chasquidos del fuego, creaba una música fascinante para los oídos de los hombres. La mujer que azuzaba el fuego de una antorcha nos miraba con unos ojos abiertos como platos. Sobre su cuerpo se había condensado un olor a alcanfor muy intenso, pensé yo para mis adentros. Quizá era ese vestido ligero y flotante el que desprendía el olor a alcanfor. Las llamas dejaban un aceite sobre las muñecas de la joven mujer y le quemaban la piel. A mí me dolía verla así y le dije:

—¡Mujer!... ¡Vuelva! Nosotros la ayudaremos a buscar un lugar donde refugiarse...

Mi *laopo* se encorvó, recogió del suelo una de las piedras ovaladas y la lanzó a la sombra espléndida que proyectaba el fuego sobre el muro. Los sonidos que el carpín dorado emitía en el suelo y los sonidos que salían de ese estampado se parecían enormemente. Observé que un nervio blanco tembloroso conectaba los dos sonidos y formaba un solo y caótico sonido. Parecía que esos sonidos luchaban a vida y muerte, pero sin ningún resultado que se decantase por una u otra. Las dos varillas de madera de pino, de los dos husos que sostenían el estampado con el paisaje de las dos grullas que habían tejido junto al muro, azuzaban el nervio que unía esas dos voces raucas, que se estiraban y tremolaban como los tendones de los pies de un cerdo hervidos sobre un plato. Las varillas del huso ejercían su presión máxima sobre la tela y funcionaban como meteoros descendiendo del cielo. Al menos, tres salamanquesas cayeron al suelo, aplastadas o trituradas. De las rendijas del estampado salían unas plantas rojas cuyas hojas no parecían hojas, sino bocas que hacían muecas extrañas. Esas hojas no dejaban ninguna marca ni sombra sobre el muro. En medio de la oscuridad, podían oírse las voces bobas que salían de esas bocas y yo comprendía lo que esas plantas querían decirnos. La tela estampada hecha por el huso que había en el muro cambió muy rápidamente de color hasta parecerse a esas imágenes que aparecen en los televisores de mala calidad que se fabrican en China. En el proceso de ese cambio, no sé cuántas colas de salamanquesas cayeron al suelo como caen las gotas de lluvia sobre el suelo. Las plantas rojas se entusiasmaron —locas de alegría— y parecían unos niños que reían de pura alegría.

Mi *laopo* volvió a coger otra piedra —esta vez negra— y deseó estamparla contra la pared, pero yo la detuve. Le pinché la mano y ella me la mordió con

odio. Con la otra mano, hizo todo lo posible por cogerme el brazo, pero yo le apreté sus músculos blandos y ella soltó la piedra negra.

De la boca de la joven que azuzaba el fuego de una antorcha colgaban unos hilos de sangre y estaba ya a nuestro lado. Alguien nos llamó por nuestros nombres —a mí y a mi mujer— desde el abismo de la entrada semicircular de la casa. Era una voz nerviosa que se repetía con insistencia y que no nos pareció correcta. Unos tres pasos nos separaban de la joven mujer. Ella se giró de golpe y nos guio hacia delante levantando el fuego. En realidad, era el olor de alcanfor el que nos guiaba hacia delante. La luz del fuego que expelía la antorcha era, por lo demás, cálida y dorada.

Unos caracoles de todos los tamaños se paseaban sobre las piedras ovaladas y nos obligaban a avanzar bailando. Algunos de esos caracoles se escondían entre las piedras y era difícil evitarlos. Vete a saber por qué razón, mi *laopo* se agachó de repente y se puso a vomitar. Alargó los brazos como si quisiera coger algo. Había partes en el muro donde uno no podía sujetarse y en la pila de piedras ovaladas no había ningún asa o salidero donde agarrarse. Si no recuerdo mal, alargué el brazo para cogerle su brazo. Cuando los otros vomitaban, a mí me daba la impresión de que sufrían mucho más que yo cuando yo vomitaba. Los vómitos de mi mujer salieron volando como una espiral en medio de la entrada de la casa. Parecía una serpiente pegajosa que se enrolla sobre sí misma. Quedé completamente noqueado por la luz de sus dos ojos —era imponente como el caudal del río Amarillo y del río Yangzi—. Me serví de mis manos vacías y ociosas para cogerle el brazo y sujetarle la espalda. De esa manera, ella podía vomitar todo lo que tenía dentro y quedarse más tranquila. Una infinidad de gusanitos rojos que habían salido de las aguas subían por mis piernas. Y llegar a las rodillas no los detuvo; siguieron escalando hacia arriba. Las piernas me hacían cosquillitas. Más alto subían por mis piernas, más me hacían mal esos gusanos. No quería ni imaginar lo que podía suceder si llegaban a mi órgano reproductor. ¿Dónde estaba mi vigor? Mi actitud era de total pasividad. Ella se había arrancado los botones de su camisa y mostraba sus pechos desnudos. Había una cosa del tamaño de un huevo en medio de sus dos pechos que se estaba creando en su garganta (de arriba abajo). Sus últimos vómitos se habían convertido en ese objeto y yo deseaba que lo echase fuera lo antes posible. Esa cosa avivó mi curiosidad: la gente muestra ante los objetos extraños en su propio cuerpo, y los objetos extraños en el cuerpo de los otros, una curiosidad morbosa. Ese tipo de cosas provoca un fuerte interés en la gente. Yo quería ayudarla a sacar

ese monstruo horrible de su garganta; pero ella, simplemente, no permitía que le metiese la mano dentro. Los dos estábamos enzarzados como si nos estuviésemos peleando o como si estuviésemos jugando.

Ese juego duró más de media hora y me dio la impresión de estar perdiendo el tiempo con ella. Yo intentaba sacárselo por todos los medios y ella hacía todo lo posible, o al menos eso me parecía, por protegerlo. Los gusanos rojos habían llegado a mi ano y a mi barriga, y me hacían cosquillitas en esas dos partes del cuerpo. Me sentí incapaz de dominarla y la solté. Le pegué en el abdomen y en los miembros inferiores. La mujer que llevaba el fuego en la mano me miró. Me obligó a sufrir su mirada y a olvidarme por un tiempo de la tortura de los gusanos rojos. Yo iba vestido de los pies a la cabeza y hacía todo lo posible por vestir como un caballero educado y cortés, un caballero elegante y civilizado, aunque fuese un caballero falso... Y como un caballero cogí del brazo a mi mujer y la atraje hacia mí. Las dos comisuras de la joven que llevaba el fuego dibujaron una sonrisa discreta pero que hablaba por sí sola. Parecía que yo quería ocultar los trapos sucios en un lugar público. Con prudencia pero con determinación, los ojos dándome vueltas, casi clavado sobre las piedras ovaladas... Esa bufonería sobre las piedras ovaladas era inexplicable... Debía agradecerse mil veces a mi *laopo*. Ella, con la juntura de las cejas quemada, tensa y frustrada, me estiró del brazo. Finalmente, nosotros pudimos, salvando las apariencias, con hipocresía, echarnos hacia delante. La cuesta se empinaba gradualmente y, sobre la cima, la luz era más brillante y difícil de soportar. Las piedras ovaladas bajo nuestros pies eran cada vez más grandes y secas. A los dos lados del mundo, la luz era más bien limpia y pura. Encima del muro, el agua había dejado varias marcas que eran como nubes redondas. Pensé que todo eso había estado sumergido bajo el agua de la lluvia o por sus corrientes. La joven que sujetaba el fuego con las manos nos guiaba por las escaleras — hechas de piedras—, y nos sacaba al mismo tiempo de una situación embarazosa. Las piedras que formaban las escaleras procedían de todos los lugares: las había que eran rocas volcánicas, otras eran sedimentos, y otras eran muy antiguas, salidas directamente de la corteza terrestre; pero, fueran del tipo que fueran, todas ellas brillaban con luz propia y estaban perfectamente ordenadas. Esas piedras conservaban una forma y un tamaño similar, como si las hubieran hecho con un mismo molde. Sobre las piedras se había adherido un poco de musgo, del cual se desprendía un olor perceptible desde lejos.

Al principio, me puse a contar los escalones. El sufrimiento que me provocaban los gusanos rojos recorriendo mi cuerpo era indescriptible. Cuando llegué al escalón mil y uno me acordé de golpe de las historias árabes de las *Las mil y una noches*. Los escalones me decían que estaba sufriendo como no había sufrido en los últimos años. Yo me consolaba con buenas palabras, como un campesino que se consuela cuando va a recibir la visita del jefe del distrito... De esa manera, olvidaba el número de escalones. Deseaba contarlos, pero ya no podía. Nada de eso tenía un significado.

Mientras avanzaba por la escalera, sentía una enorme censura en mis sentimientos. Esa censura —esa supresión inexorable de mis sentimientos y emociones, para ser más claro— pertenecía, paso a paso, a la parte más baja y escondida de un hombre, a la parte oscura de su palacio imperial. Pero esa parte, no contenta con quedar oculta, apareció en mi cuerpo, y lo hizo de forma inapropiada. Yo avanzaba paso a paso... ¡Me dirigía paso a paso hacia la Luz suprema! Pero cada vez que sentía eso, lo tocaba con mis propias manos...

Al final, la escalera se interrumpió de repente —ya no había más escalera que subir—, y nosotros regresamos a una pequeña habitación decorada con un mosaico de conchas de mil colores de diferentes moluscos. Había un dragón y un ave Fénix de plástico, los cuales estaban pegados sobre el papel de una de las paredes. Había también dos diseños enormes de unos husos de madera. En el suelo había un tapiz cuadrado hecho de lana de oveja auténtica (y no de lana falsa, es importante decirlo). Los pies, al pisar, parecían estar pisando un barro blando. La alfombra también poseía diseños entelados del color del oro que habían salido de un huso. La base de esa alfombra era dorada y negra. La habitacioncilla tenía una puerta muy grande, y sobre ella colgaban racimos de hojas verdes de perilla. Al agitarse, emitían un sonido, algo parecido a un murmullo. Vi que dentro del gran salón que había se movían sombras humanas. Los tenedores y los cuchillos colisionaban y la gente hablaba sin parar. Parecía que estaban hablando de cosas importantes. La joven de la antorcha movió la boca para indicarnos si queríamos que nos explicase lo que estaba pasando en ese salón, ya que no lo sabíamos. Yo asentí con la cabeza para expresarle mi consentimiento, pero mi mujer bramó:

—Esta casa es nuestra. ¿Qué hacen esos ahí?...

Había dos mujeres que llevaban vestidos de color amarillo mandarina y que entraron por la parte de atrás. Sin decir nada —una a la izquierda y otra a la derecha—, agarraron a mi mujer. La del lado izquierdo se dobló para coger

algo. Me preocupaba que una joya por la que la gente fuera capaz de matar se escondiese con ella. Sí, seguro que ahí había una joya preciosa... Ella sacó de su bolsillo un huso que era un cisne envuelto en algodones, hecho meticulosamente con madera de sándalo púrpura, y golpeó suavemente con él la nuca de mi *laopo*. Mi mujer pareció darse de bruces contra el muro y se cayó sobre la alfombra. Ellas le dieron media vuelta y la pusieron mirando al cielo. La mujer del lado derecho, que también vestía de amarillo, sacó de su bolsillo un ungüento para curar heridas y rasgaduras en la piel y soltó una carcajada. Se acercó a mi *laopo* y, como quien embadurna de mantequilla los panqueques de mijo, le puso ese ungüento sobre la boca. A mí me dejó atónito. Con los ojos bien abiertos, vi que esas mujeres levantaron del suelo a mi mujer y la metieron en una habitación.

En la habitacioncilla de la alfombra solo quedamos yo y la joven de la antorcha. Sus ojos eran como dos perlas que encierran fuego en su interior. Ella, delante de mí, asintió con la cabeza. Luego se giró y avanzó unos pasos. Se abrió una puerta (un agujero oscuro, más bien) del muro por vete a saber por qué razón. La joven me miró, alzó la antorcha y me indicó el camino hacia la entrada del muro. Yo, aturdido e inconsciente, la acompañé hacia ese agujero negro. La antorcha estaba en todo lo alto e iluminaba la mitad de la habitación. Algo parecido a una *lufa* egipcia —esa especie de calabacín— del color del jade verde colgaba en una esquina. La rama de la que colgaba el calabacín dejaba ver varias flores amarillas. El color amarillo de esas flores era demasiado brillante. Parecían hechas de seda. Mucho después, pensé: ¿Por qué esa *lufa* tiene flores amarillas y no tiene hojas? ¿Por qué solo hay mariposas blancas y no amarillas volando a su alrededor? La mujer que sujetaba la antorcha con el fuego la insertó en la pared. La antorcha quedó ahí inmóvil y le sirvió a la mujer para prender una mecha, con la cual encendió a su vez diecinueve candelas. La habitación se iluminó toda. Las paredes filtraban gotas de agua y esas gotas parecían perlas. Envuelta en la luz intensa de la habitación, la joven —vestida con esa falda fina— parecía delgadísima, como las alas transparentes de una cigarra. Su cuerpo se revelaba desnudo por dentro. Ella me miraba sonriendo. A mí, esa mirada me hacía sentir avergonzado y pensé: ¡tierra trágame! Cogió con su mano una tiza roja y escribió algo sobre una tableta de piedra. ¿Qué escribió? Pues escribió lo siguiente:

Yo soy tu tía abuela paterna.

A mí me hizo sentir vergüenza por dentro y pensé: ¡tierra trágame!..., ella seguía mirándome con una sonrisa en los labios.

Arrojó la tiza y empujó la puerta para mostrar una habitación. En esa habitación había un suelo de cerámica blanca como la nieve y en medio había un gran estanque artificial con agua caliente. En el agua se concentraba una espumilla que olía a azufre. Ella me hizo entrar en esa habitación y, una vez dentro, cerró la puerta de un portazo. En el techo había unos cables amarillos flexibles que desprendían una especie de vapor que formaba unas nubes de seda coloreada. No me hacía caso y se desnudó. Se metió en el agua del estanque, la cual vete saber lo profunda que era. Yo sentí con mis manos el agua caliente que había salpicado sobre mi rostro. Ella se había puesto a nadar en las aguas del estanque y yo la contemplaba con cierto sentimiento de desasosiego. Su estilo era elegante, refinado y eficaz —un estilo de nadar excelente al que pocos llegan—. La contemplaba con la boca abierta. Luego se detuvo, sacó la cabeza del agua, parpadeó nerviosamente y me sonrió. Las gotas de agua se deslizaban por su piel, la cual parecía estar untada de aceite. El agua se iba y no la humedecía.

Mi cuerpo era la víctima del tormento que le propiciaban los gusanos rojos. Ella parecía saberlo desde hacía tiempo. Alzó una de sus manos y me llamó. Dudé por unos instantes y me desnudé. Mientras me desnudaba, sentía como si estuviera cometiendo una falta grave, pero lo hice. Salté al estanque. El agua estaba tan caliente que casi me quemó la piel. Me lancé a esas aguas instintivamente y ella dio un salto, o más bien voló... y mis ojos creyeron ver un pez de plata enorme. Se precipitó hacia mí y me cogió del cuello, sumergiéndome bajo el agua. Me cogió con las manos, me dio una patada con uno de sus pies y me mordió. Luego me soltó. Yo regresé como pude a la superficie del agua, salí de ella y me senté en una de las losas de cerámica. Cabizbajo, parecía salir de un funeral. Me puse a llorar en silencio.

Al otro lado de la puerta, se oyó a alguien marchar de un lado a otro. Nervioso, alguien golpeó la puerta. Ella alzó la mano y quiso decirme con ese gesto que no debía ni darme prisa ni llorar como un niño. Actué conforme a sus órdenes. Ella se dirigió nadando a un lado de la piscina y salió del agua parsimoniosamente. Tenía los hombros erectos y pude ver los huecos muy pronunciados que se habían formado en las clavículas. Las gotas del agua del estanque caían sobre su cabeza y se acumulaban en esos dos hoyos. Todo ello me resultaba de una belleza sin par. Los golpes en la puerta sonaban con más insistencia y eran más fuertes. Ella estaba de pie a un lado del estanque

artificial y me daba la espalda. Pasaron así, en silencio, tres largos minutos; y, de repente, se giró, dándome la cara. En su semblante había una sonrisa misteriosa. Era ese tipo de sonrisa que todos los hombres de este mundo buscan con ansiedad en una mujer. Una vez la has visto, es muy difícil olvidarla. Mantuvo esa misma posición varios minutos y los golpes insistentes en la puerta parecían no entrar en sus oídos. Cogió la tiza y se pintó con meticulosidad los pezones. Sus dos pechos se elevaron perfectamente, quedando, erectos y firmes, mirando hacia delante. Ella tenía un atractivo sexual enorme y único en esta Tierra; y ella, en tanto que mujer, parecía surgida de un milagro. Se untó los pezones de color rosa y los convirtió en dos cerezas. Y mientras se los untaba, descubrí asustado que entre los dedos de sus manos había crecido una membrana de color rosa y transparente. Lo mismo se había producido en sus pies. ¿Qué es esto?, pensé. ¿Cómo puede suceder esto en los seres humanos? Sentí miedo, di un salto y me vestí y me dirigí hacia la puerta. Pero ¡sus manos palmeadas agarraron mis hombros! Solo podía girarme: su cara era bella como una luna a mediados del otoño y su boca olía a una orquídea. Frotó sus pezones firmes contra mi piel.

Ella era mi tía abuela paterna.

Mi ancestro con las manos y los pies palmeados.

¿Lo estaba soñando? No lo tenía nada claro.

Prefería doblegarme ante el Cielo. Yo no había cometido ninguna falta grave, ni provocado el caos en el universo. Sus manos y pies palmeados se habían convertido en una barrera psicológica para mí y me evitaron caer en el abismo del pecado. Sus manos, a pesar de ser de calidad y muñidas como el algodón, las sentí extremadamente frías y duras sobre mis hombros.

Ella suspiró con suavidad y el viento que salió levantó ligeramente los pelos que hay detrás de mis orejas. No pude evitarlo y me giré para verla. Vi que sus ojos me miraban con desolación, y le dije:

—No se entristezca. No tiene por qué. Vaya al médico o tal vez al cirujano. Las manos y los pies palmeados pueden arreglarse con unos cortes. Después, usted se convertirá en la mujer más bella del mundo.

Mis palabras la hicieron temblar. Sus labios no podían cubrir toda su dentadura y tenía las manos detrás de la espalda cubriéndose el trasero. Bajé la cabeza y vi sus pies. Ella hizo un ruido con ellos y volvió a saltar a las aguas del estanque.

Acabé de vestirme a toda prisa y abrí la puerta. Era mi esposa, que me miró y observó lo que estaba sucediendo alrededor. Sobre su boca quedaban

todavía restos del ungüento. Ella..., con ese huevo entre sus dos pechos..., arriba y abajo, en la garganta... Mis manos limpiaron los restos de ungüento que todavía quedaban en su boca y ella, cerrando la boca, se resistió y se escapó como quien quiere salvar la vida. Dentro de la habitación, sobre el agua del estanque había el ruidito de las olas y debajo el murmullo sordo. Ella se fue...

Mi corazón no estaba en absoluto relajado; pero ¿qué podía decir? ¿Podía ayudarla en algo?

Avancé junto con el olor de mi *laopo*; avanzábamos con las *lufas* verdes golpeando frecuentemente nuestras cabezas. Las lágrimas de las candelas se deslizaban hasta la parte baja y cada una de las velas se convertía en una enorme flor de cera. La llama de la antorcha ya se había extinguido y solo quedaban las cenizas. Avanzaba a ciegas hacia delante. Más allá de la luz, solo había una mano que me acariciaba y me llevaba. Eran unas manos palmeadas que brillaban con la poca luz de la habitación y aparecía un color rojo oscuro cálido. Uno se habituaba poco a poco a él, al igual que yo me acostumbraba poco a poco al contacto ligero de esas manos palmeadas. Más allá de la sombra que proyectaba esa luz, se oía como un jadeo.

Lloraban los ancestros de manos y pies palmeados.

Tras abrirse una cortina de hierbas y racimos de perlas, me precipité hacia la sala iluminada. Ahí era donde se producían esas asambleas generales tan solemnes. Había artistas —extremadamente diestros y sorprendentes— que ejecutaban sus obras. Había canciones y bailes, acrobacias y juegos con animales y serpientes. También había magos que hacían trucos de magia y unos pavos reales estaban sentados con las piernas cruzadas en unas sillas. El camino estaba cubierto de lilas negras y mi hijo salió de un barreño de madera. Yo le pregunté confundido:

—Qing Guo'er, ¿qué haces aquí?

—¿Por dónde anda mi madre? —me preguntó él.

—Alguien la ha cogido y se la ha llevado... —le dije.

—¡Eres un lobo rabioso que va de perro bueno y fiel por la vida! ¡Seguro que la has vendido! —me dijo.

II

¿No te conté que había entrado en el manglar con mi hijo? Esa fue la primera vez que hice un viaje tan loco y recuerdo ahora que la gente me hizo mucho daño. Respecto a ese manglar, pues se cuentan muchas cosas y vete a saber cuáles son verdad. Todos se acusan mutuamente de mentirosos y se dicen cosas contradictorias. Al final, con ese tipo de cosas nada queda claro. Cuando mi abuelo paterno estaba en este mundo, me dijo no sé cuántas veces: si no estás seguro, no vayas al manglar. En verano, los árboles del manglar desprendían unos efluvios embriagadores que eran percibidos por todos los hombres y las mujeres. Ese aroma era una verdadera tentación para mí. Yo soy el abuelo de unos nietos muy buenos y debo ser un ejemplo —en tanto que ancestro— para ellos.

Cuando murió el abuelo, ¿qué edad tenía? La gente que estaba sentada había perdido la cuenta.

Tras las muertes sucesivas del Cuarto abuelo y del Noveno abuelo, ese otro abuelo se convirtió en el cabeza del clan. Esa es la razón por la cual su entierro fue tan ceremonioso y solemne. Todos los hombres del clan —tanto los viejos como los jóvenes— asistieron a las exequias del viejo, así como un montón de familiares provenientes de otros pueblos y distritos. Hubo un tipo que no era ni alto ni bajo —un tipo de voz ronca y enfermiza— que vino nadando por las aguas del río. Era verano y el río estaba llenísimo de agua. Eran aguas apresuradas, aguas que no se detenían ante nada ni nadie. Pero ese tipo pudo atravesarlas a nado y eso parecía un milagro. Mi madre me dijo que ese tipo era mi tío (el hermano de mi madre, su hermano). Yo nunca había ido a la casa de mi abuela materna y la existencia de ese tío me parecía totalmente dudosa. Él llevaba a sus espaldas dos calabazas del año pasado y un racimo de rosas en una de sus manos. Había siete rosas con sus respectivos troncos. Cada rosa —formada por varias capas de pétalos— parecía una copa abierta que desprendía un aroma arrebatador. Esas rosas eran sin duda alguna de una belleza rara y fascinante. Cada una de las rosas tenía bien puestas sus púas y su aroma irrumpía con fuerza en los orificios de la nariz. El tío colgó de las ramas (esas patas de pollo) de un árbol las calabazas-cantimplora —los *hulu*— que le sirvieron de flotadores para cruzar el río a nado. Mi madre se metió en la casa para buscar una romana capaz de

pesar varios *jin* a la vez y pesar las rosas. Había un ramo con siete rosas, las cuales pesaban tres *jin* y ocho *liang*. La madre me dijo:

—Hijo, dime... ¿Cuánto pesa cada rosa?

Yo saqué de mi bolsillo un bolígrafo y un cuaderno de aritmética para anotar e intenté adivinarlo a ojo de buen cubero. No tenía la costumbre de hacer esas cosas y no era muy bueno con ese tipo de cuentas. Ni siquiera era bueno con el pensamiento abstracto que se necesita para las matemáticas. Si al menos hubiera tenido esa costumbre, la operación habría sido sencillísima. Había que hacer la operación, pero antes de hacerla, déjame que te cuente un suceso. Bueno, no era un suceso propiamente dicho; era una canción. Bueno, tampoco era una canción. Era una rima... Una rima para las pinturas de cenizas del Año Nuevo de la provincia de Shandong...

Glu, glu, glu, hace el agua... Una flor insertada..., las zanahorias se hinchan con sus pelos... Los pelos grandes ondean, los pelos pequeños dibujan los dibujos... Quería decir algo rápidamente... ¡Y utiliza luego la escoba!

¿Acaso crees que esas palabras no tienen ningún sentido? Nosotros estábamos tan *extrañamente* ocupados que no teníamos tiempo para perdernos con las palabras. ¡Ah! ¿Y no es ese el proceso para solucionar la operación? ¡Ah, soy un tipo metódico y organizado! De esta manera: un día, ya tarde, cuando la luna aún no había aparecido colgada del cielo, las estrellas empezaban a asomar tímidamente, los mosquitos no paraban de zumbir y la luz de la habitación acababa de encenderse, mi abuelo estaba tumbado sobre las piedras brillantes que había bajo un *girofle* (el «árbol del clavo») ²⁷. Mi madre y mi tío golpeaban las telas con el mortero de madera para desapelmazarlas.

Mi abuelo, tras comerse el melón, dijo:

—¡Vosotros, pasad por aquí!

Todos nosotros pasamos por ahí, por donde él estaba, y parecíamos estrellas rodando junto a la luna. En ese momento, era precisamente la luna la que estaba colgada en lo alto del firmamento y las estrellas estaban a su alrededor. La madre preguntó:

—Padre, ¿le pasa algo?

El abuelo estuvo un tiempo sin decir nada y, mientras tanto, agitaba con las manos una rama del árbol del clavo. Las flores del *girofle* negro desprendían mucho polen, el cual parecía una nube densa de humo de tabaco. Nosotros nos quedamos envueltos en esa nube. Tardamos bastante tiempo en

deshacernos de ese humo hasta que pudimos ver otra vez la luna. Me picaba la nariz, alcé la mano y me rasqué los dos orificios, excavando en su interior. Todo el mundo estornudó. Solo el abuelo no lo hizo. Mi nariz quedó brillantísima. Dos pájaros de color púrpura como el lazo de un sello y cola larga echaron a volar desde la casa y dieron una vuelta en torno al árbol del clavo. Las colas de los pájaros flotaban, abiertas, en el aire. El abuelo soltó las ramitas del *girofle* y la luz de la luna iluminó súbitamente sus ojos.

La madre dijo:

—Padre, seguro que le pasa algo y no quiere decírnoslo. «Los ojos son las ventanas del alma», dicen. Sus ojos, padre, reflejan lo que sucede en su alma. Hay otro dicho que dice «el papel no puede esconder el fuego y una cabeza que se levanta tres *chi* del suelo toca el Cielo».

Y el abuelo respondió con una cara triste:

—Hijos, ¿ya no recordáis que fue el padre de mi padre quien ofreció a los árboles rojos del manglar el jefe del regimiento de los zorros y gatos salvajes habladores²⁸? ¡Os lo he contado un montón de veces!

Lo recordamos.

Lo recordamos.

El abuelo dejó caer al jefe del regimiento de los zorrillos habladores —que era el jefe del regimiento de las «pieles», como se solía decir— en un barreño de piedra, lo limpió con azufre y polvo de la cueva (el rejalgar) mezclados con agua caliente, hasta dejarlo completamente limpio. Luego lo puso sobre una piel de buey y lo dejó secar. Mientras observábamos al jefe del regimiento de los zorrillos habladores, este vestía un uniforme de lana amarilla y unas botas Wellington a las que les habían sacado brillo. Todo su cuerpo estaba amarrado con flores recién abiertas y hierbas verdes. El abuelo le sacó deliberadamente (y con mucha concentración) los pelos de la cara con unas pinzas bastante rudimentarias. Las cejas, las pestañas, los pelos de la nariz, los pelos de la boca y... ¡cualquier pelo visible! ¡Los arrancó todos! Luego preparó una cometa de un halcón con dieciséis puntas de madera afiladas. Escogió un día propicio —un día de un viento cortante— para soltarlo en el aire. Las cometas suelen, sin destino alguno, entrar en las nubes. Todas las cometas llevan detrás de ellas una cola larga y fina, una cola roja, flotando en el aire. En esas estelas largas hay grabados eslóganes revolucionarios en caracteres dorados. El cielo se llenaba, por lo tanto, con el baile de la «revolución». Un cordel estaba unido al cuerpo del jefe del regimiento de los zorrillos habladores. Todo el mundo gritaba y golpeaba los

tambores mientras observaba al jefe del regimiento de los zorrillos habladores ascendiendo a los cielos. Se elevó cincuenta metros de alto y ya no siguió subiendo... Se detuvo y se dirigió volando hacia los árboles rojos del manglar. En ese preciso momento, el abuelo sacó una pistola del cinturón y disparó sobre la cometa, destrozándola. La cometa se clavó en el suelo y el monigote de piel también cayó al suelo, con la cabeza clavada en la tierra y los pies encarando el cielo. Se le había desprendido de la cabeza el gorrito de militar y este se fue volando. Las botas Wellington y el cristal que en ellas había incrustado brillaban con fuerza. Ah, las flores recién abiertas y la hierba verde, colgando al unísono... Ah, las flores recién abiertas y la hierba verde, colgando al unísono..., como un enorme meteoro hecho de piedras preciosas. El jefe del regimiento de los zorrillos habladores tenía la barriga hinchada y las cuencas de los ojos vacías. El abuelo cogió la esponja de pulpa de melón, la metió en el agua caliente y frotó el cuerpo del jefe del regimiento hasta dejarlo limpio. Luego lo vistió con su uniforme de lana amarilla. Había en las hombreras del uniforme unas chapas doradas, y de esas chapas doradas colgaban unas tiras de seda con unas borlas que resaltaban en medio de las flores y las hierbas. Ese día, al jefe del regimiento se le habían incrustado unas flores que eran como ojos azulísimos y de una belleza extrañísima —unas flores cuyos pétalos de color rosa ribeteados de azul mareaban nada más verlos—. Ese tipo de flores —según contaban— provenían directamente de lo más profundo del bosque de árboles rojos. Y el abuelo, ¿las había utilizado para decorar a su jefe del regimiento de los zorrillos habladores e introducirlo en el manglar? El abuelo insertó en los bolsillos del jefe del regimiento de los zorrillos habladores varias de esas orquídeas azules; las metía también en los ojales de los botones, en el cuello del uniforme, en los pantalones y en las botas. Incrustaba la hierba blanda entre las flores. Las orquídeas —esas flores de ojos azules— quedaban colgando y algunas se desprendían incluso, y caían al suelo o el aire se las llevaba. El jefe del regimiento de las «pieles» cayó verticalmente en lo más profundo del bosque rojo y no se oyó ni pío... Hasta que una manada de pajaritos de oro salió disparada como un haz de flechas del bosque. Parecía que el objeto había caído sobre un barrizal y la cometa se había quedado colgando de uno de los árboles. Inconscientemente, aparecieron las nubes del crepúsculo —bellas y rojas como el fuego— y las copas de los árboles se movían como las algas bajo el mar. Esos árboles se movían bellamente y con solidez. El viento que soplaba parecía hacer flotar la cometa: la Revolución, la Revolución, la Revolución..., la Revolución

flotaba en el crepúsculo. Cogió la borla de la cometa —una borla hecha de hueso y piel de buey— y la arrojó hacia el bosque rojo. Esta silbó en el aire y todos los participantes del funeral se la quedaron mirando con la boca abierta. Las grullas echaron a volar en el crepúsculo hasta convertirse en unas pequeñas manchas púrpuras esparcidas en el cielo. Al final, hasta el color púrpura desapareció. Los presentes siguieron mirando en todas las direcciones. Alargaban el cuello como cisnes blancos. Tras disiparse las luces del crepúsculo, la luna apareció sobre la cima de la montaña.

Mi madre apuntó con el dedo índice —un dedo que lucía un anillo con una hermosa piedra de jade— esos árboles del clavo y luego apuntó al abuelo (su padre), al que dijo con una voz clara:

—Padre, si tiene que decir algo, ¡dígalo ya! Aquí no hay ningún extranjero. Más bien, somos tu descendencia, padre...

El abuelo bostezó y dijo:

—Vosotros, abrid bien los ojos.

Nosotros abrimos bien los ojos y el polen negro de las flores de los árboles del clavo volaba y bailaba ante nosotros. Las colas de los pájaros se mezclaban con el polen de esos árboles y las cejas del abuelo parpadeaban sin cesar para protegerse de ese mismo polen. El abuelo sonrió:

—Venga, adivínadlo. ¿Qué tengo en la mano?

Nosotros movimos la cabeza como para mostrarle que éramos incapaces de adivinarlo.

Y el abuelo me dijo:

—Tú, adivínalo...

Le dije que yo también era incapaz de saberlo y el abuelo me miró con ojos de lobo.

Dije:

—¡En mi mano tengo un lingote de oro! ¡Y además tengo a ese nieto que es un genio! —me piropeó el abuelo, abriendo sus dos manos—: ¡Y es de diez onzas!

Pero en sus manos no había nada.

Mi madre se puso a reír:

—Padre, ¿se está riendo de nosotros? ¡Coma, que se le va a enfriar la sopa de habichuelas verdes! ¡Dentro hay además esas galletitas de gamba que tanto le gustan!

—¡Pero mirad bien, coño! ¡Abrid los ojos! —nos ordenó el abuelo.

El abuelo tenía las manos vacías.

La madre dijo:

—¡En sus manos no tiene un puto pedo, padre! ¿Dónde coño está es lingote de oro?

El abuelo se puso a reír.

—Pero ¿es que no tenéis ojos en la cara? ¡Miradlo bien! ¿No lo veis en mi mano?

Todos nosotros nos sentimos raros.

—¡Quiero morirme! —gritó el abuelo sin perder la compostura—; y cuando me muera, seguro que me llevaréis a los árboles rojos del manglar, donde ningún ser vivo podrá entrar jamás... Lo del método de la cometa con el jefe del regimiento de los zorrillos habladores colgando no funcionará otra vez. Esa obra la completará mi nieto.

Tras decir esas palabras, el abuelo se inclinó hacia delante para mirar de cerca las flores de los árboles del clavo. Los presentes nos precipitamos para ayudarlo y que no se cayera. El abuelo se tragó la saliva.

Mi madre se nos puso a llorar y todo el mundo empezó a sollozar. No hubo nadie que no derramara sus lágrimas. Todos lloramos desconsoladamente.

¿Cómo lo haré? ¿Cómo lo haré? ¿Quién me va a dar la sabiduría? ¿Quién me va a dar el coraje de hacerlo? El abuelo dijo que quería morirse y se murió. El Cielo se calentó y el cuerpo sin vida del abuelo estuvo sin sepulcro hasta que se pudrió por sí solo y apestaba. Si encima contagiaba enfermedades infecciosas, habría sido mucho peor. Yo creía estar viviendo un sueño. Mi madre me consoló.

—Hijo, no te preocupes. Tómate tu tiempo y te lo piensas bien. Hay un proverbio que dice: «Para que el carro llegue a la montaña, es necesario que haya un camino; y para que el barco se encuentre con el viento, es necesario que despliegue las velas». Hay otro que dice: «Para que las abejas entren en el bolsillo interior, ¡hay que abrir la chaqueta!». Otro más: «Cuando las cejas se fruncen, ¡es que la cabeza está pensando!»; y este algo más elíptico pero no menos certero: «Si en este mundo no hubiese nada difícil, ¡solo habría escaleras!». Hoy por la noche, te sientas bajo los árboles del clavo y te pones a pensar en lo del abuelo y su entrada en los árboles del manglar. Para que no te distraigas, te acompañaré al bosque.

Mi madre me dijo seguidamente:

—¡Eh, tú, A Du, mi buen veneno! ¡Coge a tu hermano y me lo atas a uno de esos árboles del clavo! ¿Me has oído?

A Du (el «veneno») era mi tercer hermano pequeño y, cuando éramos niños, yo solía abusar de él como se abusa de una rata. Fue por ello tal vez que cogió una cuerda de tres dobleces y me ató las dos manos al árbol sin ningún cuidado.

Mi madre nos encendió una lámpara roja que estaba encerrada en una cesta y todos los miembros del clan se alinearon como un regimiento para irse al bosque y lanzar sus petardos patéticos y llorar como viejas. La luz de la luna llenó el espacio, como lo hicieron los mil sonidos melancólicos de los instrumentos musicales y el crujido de los grillos topo. Las aguas del manglar se llenaban de arrugas. El olor de los mangles se mezclaba con el de los árboles del clavo. Las aguas del río se desbordaban y mi madre y las otras mujeres llevaban en las manos sus linternas rojas y gritaban en la orilla del río:

«¡El inmortal *laoye* del sacrificio del Laba²⁹ ha muerto..., el inmortal *laoye* del sacrificio del Laba ha muerto..., el inmortal *laoye* del sacrificio del Laba ha muerto...!».

El abuelo sacudió la cabeza y dijo:

—¡No, no, no! ¡Eso no está bien! ¡Y me huele a chamusquina!

—¡Usted es difícil de satisfacer, abuelo! —le dije, enfadado; y los mosquitos aprovecharon ese momento de debilidad para atacarme indiscriminadamente las manos y los pies. Con sus mordiscos, me chuparon toda la sangre.

—Pero ¿qué diablos quiere? ¿Que le llevemos al ritmo de los zambombazos de los cañones, dice?

—¡Malditos pecadores! —dijo el abuelo, al que se le levantaba esa barba de dragón que parecía la cola de un escorpión. Mostrando los dientes, insultó a todo el mundo—: ¡Sois todos unos retrasados mentales! ¿Qué queréis hacer del abuelo? ¿Una albóndiga?

—¡Suéltense! —supliqué, como quien tiene una carta escondida en la manga—. El nieto se lo ha pensado y tiene un método que vale su peso en oro... ¡Le llevará en algodones! Se sentirá cómodo, feliz y satisfecho. ¡Ya lo verá!

El abuelo me miró a los ojos y, tras un corto período de tiempo, asintió con la cabeza:

—Nieto, eres un genio como se han visto pocos bajo el Cielo. ¡El abuelo no se arrepiente de haberse muerto!

El abuelo se tumbó y volvió a morir.

A mí me soltaron y sentí que tenía fuego en los brazos. Parecía además que me habían metido veneno en los músculos. La madre y esas mujeres de mierda regresaron del río y vieron mi cara, llena toda ella de una intensa felicidad. Mi madre supo que yo había dado con una solución para lo de mi abuelo, y eso la puso contenta. Nos reunimos otra vez todos bajo la sombra de las linternas, y mi madre, junto a los árboles del clavo, nos sirvió la comida: escorpiones fritos. Me felicitaron por haber solucionado un problema tan importante. Mi madre me ofreció de su propia mano algo de beber y se lo agradecí. Los escorpiones estaban quemados y desprendían un olor muy agradable. Se deshacían en mi boca. El abuelo retorció los labios en medio de la oscuridad y se puso muy serio. Mi madre dijo:

—Padre, le crujen los labios. Si desea comer, ¡levántese y coma!

El abuelo se levantó como un montón de cenizas que el viento agita de golpe y se dirigió a la mesa sinuosamente, como una serpiente. Algo avergonzado, dijo:

—No he olido nada parecido en toda mi vida, cuando estaba vivo...

La madre, algo enojada, dijo:

—Padre, ¡ha perdido la memoria! De esos escorpiones, usted ha comido al menos doscientos *jin* de ellos. Cuando estaba vivo, usted alardeaba de la piedad filial confuciana y alardeaba de un nieto como este. Pero una vez muerto, ya no le importan esas cosas. ¡Haga de tripas corazón y venga a comerse unos escorpiones fritos con nosotros!

No había ningún color en la cara del abuelo cuando este se zampó varios escorpiones. No dijo nada, caminó hacia la sombra y, tras haber resucitado, volvió a morir.

Una paloma amarilla se puso a volar sobre nuestras cabezas. La madre dijo:

—Ha llegado una carta desde las tierras al norte del río.

El Noveno tío (un tío paterno) levantó las manos y cogió la paloma. Luego la acercó a la luz de la lámpara. La paloma se mantuvo más bien tiesa, sacando pecho. La paloma arrullaba con descaro y sus ojos parecían dos estrellas.

La madre cogió la carta que había quedado bajo las patitas de la paloma y la abrió. Se puso a leerla a la luz de la lámpara. Yo acerqué la cabeza para ver de reojo lo que ahí había escrito. Mi madre puso la carta junto a la llamita de la lámpara y la prendió sin inmutarse.

—Es una carta de tu abuela materna. Mañana, tu tío cruzará el río para expresarnos sus condolencias.

El abuelo intervino desde la oscuridad y dijo:

—¡Oh, es ciertamente de un miembro de la familia!...

Mi madre dijo:

—Padre, no nos ha hablado de sus muy altas cualificaciones...

El abuelo no dijo nada. Se quedó más bien mudo. La madre cogió un escorpión y se lo dio a la paloma para que se lo comiera. El pecho de la paloma se hinchaba y se deshinchaba. La paloma parecía querer volver al vacío de la noche, todo ello en medio de la luz blanca de la luna. *Clu, clu, clu...*, arrullaba la paloma.

Ninguna palabra en la noche; o más bien, si había algunas, eran pocas e inaudibles. Todo el mundo se había ido a la cama y el abuelo llevaba muy mal lo de estar tan solo. Se levantaba cada hora para ver a través de la ventana, ya que debía consultarme los asuntos de mañana. En realidad, buscaba las palabras que no le salían. No podía controlar su mal carácter y yo sufría infinitamente por ello. El abuelo, agriado, me previno:

—La gente del pueblo dice: «Un magistrado del distrito que ya está muerto no vale lo que vale un miserable ratón que está vivo»; y esta es una verdad como un templo. Si el abuelo estuviera vivo, ¡el nieto ya estaría muerto!

Pensé varias veces en las palabras del abuelo y llegué a la conclusión de que tenía razón. Decidí que, cuando el abuelo viniera a verme de nuevo para hablar, yo me armaría de paciencia. No voy a calentarme y no le soltaré lo primero que me venga a la cabeza. Pero el abuelo no vino. Yo estaba medio despierto, medio dormido, cuando le oí deslizarse en la noche. Los árboles del clavo gruñían.

Fue, por lo tanto, en un día radiante que se presentó el tío y, como quien quiere hablar delante de alguien, se presentó con el semblante serio y sufrido, como quien tiene asma, con los labios morados y una luz cálida en sus ojos. Dos calabazas-cantimplora colgaban de sus hombros: una delante y otra detrás. Esas calabazas le ayudaron a cruzar el río, ya que en el caso de haber tenido algún problema le hubieran servido de flotadores. Durante esos días, cruzar las aguas desbordantes del río presentaba un auténtico desafío para cualquiera. El agua formaba olas enormes y potentes. Además, había tortugas que actuaban de forma agresiva. Pero el tío apenas presentaba algunas rojeces en la piel provocadas por el impacto del agua. Ello significaba que pudo

cruzar las aguas fácilmente; y esa fue la razón por la cual todos nosotros recibimos al tío como un soldado que regresa de la guerra. Nosotros estábamos sentados en unos taburetes de madera de catalpa junto al cuerpo sin vida del abuelo. Le dimos de beber al tío un licor de hinojo muy aromatizado; y el tío, sin mostrar demasiados modales, le dio un trago y luego otro. La madre le agradeció que hubiese traído ese ramo de siete hermosísimas rosas. ¿Cómo pudo atravesar el río con esas rosas? ¿Y cómo han podido llegar tan rojas después de ese largo viaje? ¿Y con ese rojo tan vivo y especial? Eran rojas como el rojo de las llamas del fuego. Las siete rosas pesaban tres *jin* y ocho *liang*. Dieciséis *liang* forman un *jin*. La pregunta es: ¿cuánto pesaba cada rosa?

$$3 \text{ jin y } 8 \text{ liang} = 56 \text{ liang}$$

$$56 \text{ liang} \div 7 = 8 \text{ liang}$$

$$8 \text{ liang} = \frac{1}{2} \text{ jin}$$

La solución: las rosas que el tío le trajo al abuelo cruzando el río pesaban medio *jin* cada una de media.

Le dije solemnemente a mi madre:

—Madre, cada rosa pesa medio *jin*.

Y mi madre, sorprendida, me sacó la lengua.

III

Consolaba a mi hijo enrabiado y violento. Extremadamente nervioso, él se abalanzaba hacia delante de tal manera que aterrorizaba a la gente. Qing Gou'er, Qing Gou'er, tu madre, tarde o temprano, regresará. Hijo, entra en la barrica y ponte a jugar, anda. Yo busqué en una esquina de la casa un lugar vacío y me senté. Pude al final respirar tranquilamente. Era probablemente el aire de mi respiración lo que le desagradaba a ella. Al lado había una mujer con un crisantemo en la cabeza que no me quitaba el ojo de encima. Yo me había puesto a recordar, en pleno trance, a la hija del Sexto *laoye* (mi bisabuelo paterno). Esa mujer era por lo tanto mi tía abuela paterna. Ni llegué a abrir la boca cuando ella se giró. El crisantemo que tenía en la cabeza parecía mustio, pero a pesar de estarlo, desprendía un aroma sutil. Mi hijo se metió en la barrica y se podía escuchar un sonido como *clac, clac, top, top*. Empezó la actuación y el baile sobre el escenario. En medio, había una hoguera y la gente bailaba alrededor del fuego y cada uno de los participantes llevaba un torcedor (la barra de un huso) de hueso de buey en la mano. Brincaban sobre el escenario, pero parecían cansados, y se sentaron a un lado, poniéndose a masticar hierba. El escenario se había llenado con miles de flores de crisantemo y las había rojas y amarillas. Había quienes las recogían y las insertaban en los cabellos de las mujeres. Más tarde, apareció el jefe del regimiento de los zorrillos habladores con sus dos pistolas en la cintura y un cigarrillo en la boca. Dijo:

—¡La Revolución, es la gran Revolución! ¡Nuestra revolución!... ¿Lo habéis entendido? A partir de ahora, todos vosotros tendréis las manos y los pies palmeados. Además, naceréis castrados. Los que no respeten la Revolución y quieran que fracase ¡serán ejecutados de un disparo!

El jefe del regimiento de los zorrillos habladores hizo un movimiento con la mano y varios fueron los que empujaron a un hombre al escenario. El jefe del regimiento de los zorrillos habladores sacó de la cintura una pistola y parecía un títere de madera que estaba colgando de sus hilos desde hacía una eternidad. Apretó el gatillo y dejó escapar una carcajada. A ese tipo le saltó la tapadera de los sesos y las gentes del escenario reaccionaron con un clamor. ¡Oh...!, y les arrojaron varios crisantemos. Mi hijo dio un salto y se plantó en el escenario para recoger los crisantemos. Mientras los recogía, me sonrió como me hubiera sonreído un simplón.

Debo volver a contar la historia del entierro del abuelo. Les pedí a mis hermanos que trajeran tres caballos bien formados. Todos ellos eran caballos cuyo pelaje era rojo como el fuego y tenían los ojos del color de las herraduras. Les pedí a los tíos (mis hermanos) de mi mismo clan que clavasen unas planchas de madera de cedro e hiciesen con ellas un remolque. La base debía ser plana y capaz de sostener un peso considerable, y debía estar además muy bien encerada. Los tíos se pusieron a trabajar. Los caballos comían a un lado su pasto. La hierba era verde como la hierba que crece en los valles de las montañas. Ese pasto estaba acompañado de granos de soja que habían sido pasados por una paella. Los caballos comían a gusto, la panza se les hacía cada vez más grande y los ojos les brillaban poderosamente. El trabajo más importante consistía en lavar al abuelo y aderezarlo para el féretro. El pesebre que había utilizado el jefe del regimiento de los zorrillos habladores estaba en muy malas condiciones y no podía utilizarse. Y a pesar de todo, esa *cosa* existía con todos sus pelos y todas sus alas. Buscaron una cazuela enorme —un auténtico barreño de metal— y la llenaron de agua limpia, le pusieron alumbre y excrementos de murciélago, y lo mezclaron todo. Desnudaron al abuelo, que estaba en los huesos. Lo doblaron y lo metieron dentro de esa cazuela. El agua se desbordó por los lados con la presión del cuerpo. En aquel año, para lavar al jefe del regimiento se utilizó una esponja hecha con la pulpa de un fruto. Esta vez, no se utilizó lo mismo. Se sirvieron de un cepillo que dejaba rasguños en la piel, digo. Y fue con eso que lavamos el cuerpo del abuelo. El remolque aguantó bien en esa época. Tras dejarlo secar a la intemperie durante un rato, pusimos el cuerpo del abuelo en el remolque. El abuelo no podía llevar un uniforme lanoso, ni una chaqueta a lo Sun Yat-sen, que le daría un aspecto difícil de definir. Le pusieron una chaqueta de mangas anchas y un par de zapatos de tres piezas de piel de buey en los pies, que estaban muy limpios. Le pusieron unas azucenas carmesíes y unos lirios del día de gran tamaño para que pareciese más presentable. El abuelo se transformó completamente y parecía el prado florido de una colina. Y, naturalmente, las siete rosas yacían encima del cadáver, el cual vivirá toda la eternidad entre flores. El vehículo fúnebre había sido decorado totalmente. Para evitar que se cayera, les dije a los hermanos que cogieran cuerda de ramas de ortiga y ataran bien al abuelo a las planchas del féretro. En la mano del abuelo habían puesto una espada afilada con un mango rojo como la piel de un jínjol. La espada tenía al menos tres *chi* de largo. Para manejarla, uno debía ser un auténtico espadachín y un

héroe muy diestro en las artes militares. Unieron el féretro a los caballos, que iban equipados con unos arneses para arrastrar el cuerpo. Unos arneses así eran difíciles de encontrar bajo el Cielo. Varias mujeres habían insertado flores de crisantemo en las pieles trenzadas de esos arneses —pieles que habían sido untadas en aceite para tener más brillo—. Ahora, todo el mundo podía expresar su dolor desgarrador e intenso.

Las mujeres fueron las primeras en ponerse a llorar con desesperación.

El rostro del abuelo reflejaba una profunda serenidad y, como era de esperar en esas circunstancias, no decían absolutamente nada. Yo pensé para mis adentros que el abuelo debía estar muy satisfecho con esos ritos funerarios.

Los ritos acababan de empezar, ¡y el espectáculo quedaba justo detrás de su cabeza!

Yo iba a la cola del sepelio. Las puntas de mis pies golpeaban las puntas de los pies del abuelo. Llevaba un palo en la mano y les pedía a todos que dejaran de llorar. Apunté al culo de uno de los caballos y le metí el palo dentro. El caballo salió disparado hacia delante. Todo el mundo se puso nervioso con el remolque y movieron sus piernas de un lado a otro.

Había tres caballos y ninguno de ellos alzaba los hombros para llevar la iniciativa y, al principio, avanzaban muy lentamente. Las colas de los caballos se abrían y parecían unas telas de seda ondeando libremente en el aire. Nosotros volábamos (galopando) sobre los campos. Las golondrinas volaban a ras del suelo y parecía que querían atrapar las pezuñas de los caballos. Sobre el campo había algo más que volaba; algo que parecía ser una banda de langostas y saltamontes. No..., no eran langostas; era barro que levantaban las pezuñas de los caballos al galopar. Los de atrás volaban y lo hacían al máximo de sus fuerzas, ya que querían seguir a los tres corceles que arrastraban el remolque funerario. Yo oía cómo las mujeres se ponían a insultar los pobres caballos. Las mujeres utilizaban todas sus fuerzas para tirar de las riendas de los caballos, que levantaban las patas delanteras. Las bocas de los caballos desprendían todo tipo de espumarajos blancos. Los caballos relinchaban con rabia mientras que el vehículo fúnebre avanzaba apenas unos metros hasta pararse otra vez. Yo salté del remolque y miré alrededor. Entre la hierba apareció de repente un camino plano. Las flores amarillas y la hierba verde eran imposibles de superar por el remolque fúnebre.

Los participantes en el funeral sacaban la lengua y los pies diminutos de las mujeres daban pena. El pobre diablo de mi tío daba todavía más pena que ellas. A mi tío se le había puesto la cara de color amarillo, los ojos verdes y los labios púrpura. Su boca abierta era como un enorme y profundísimo agujero negro. Mi tío respiraba tanto por esa boca como por los orificios de su nariz.

A pesar de todo, el tío hablaba con bastante humor aunque no se le entendiese nada:

—¡Mi gran sobrino! ¡El sobrino de Ganba! ¡Mi habichuela dorada!... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh, parece un maratón! ¡Oh!... ¡Oh!... Diablillo mío, todavía no hemos entrado en el bosque... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Ralentiza el caballo!... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...

Yo le respondí que sí, que sí y que sí. Tío, usted puede ir montando en el caballo o en el coche. No tardaremos mucho en llegar al manglar.

El tío no se sentó sobre el vehículo fúnebre, ni sobre ninguno de los corceles. Todo el mundo le ponía mucha voluntad, pero no podían controlar bien los caballos. Para que esos nobles animales no se murieran de un paro cardíaco, yo los arrastré con una cuerda y controlé su velocidad. Pero ya que los caballos no podían correr más, me provocaban (como a todos) un sentimiento de mucho nerviosismo. El cuerpo de los caballos se giraba con un movimiento brusco y galopaba caóticamente, dando bandazos. Las abejas nos seguían con el baile de su vuelo. El corcel daba vueltas delante de nosotros. Si hablaba, iba lento; si no hablaba, iba rápido, dije brevemente. El caballo arrastraba el remolque y avanzaba como podía, pero al final llegó junto al bosque rojo.

Ese era un lugar de baja altitud y había agua por todas partes. Creíamos estar entrando en un bosque abismal e impenetrable. Había barro y aguas desbordantes en cada esquina de ese bosque denso. Era un auténtico fangal sobre el cual se desprendía un vapor fino y delicado que formaban nubes. Poco después empezó a caer lluvia. Ese vapor era frío y olía a descomposición que llegaba hasta la majada. Las tortugas, los peces y las quisquillas avanzaban hacia nosotros, al igual que una gran cantidad de seres misteriosos que poblaban esas aguas. ¿Cuál era el tamaño real del manglar? Nadie lo tenía claro. Si algo malo te rondaba por la cabeza, era seguramente debido a tu presencia en el manglar. A uno le daba vueltas la cabeza; pero había sin duda que mantener en todo momento la cabeza fría. En el manglar, había todo tipo de olores que te dejaban por los suelos y la vitalidad de cada

uno de nosotros se venía enseguida abajo. Las investigaciones geográficas con aspiraciones heroicas se convertían en un puro caminar sobre el fuego para acabar penetrando el espíritu del diablo —es decir, nadie decía nada—. Aturdidos, entrábamos en lo más profundo de ese bosque eterno, un bosque sin fin. Y llovía, llovía siempre, y el espacio se llenaba de humedad. El ambiente se cargaba y oíamos constantemente voces y sonidos.

Había además cientos de tonalidades en esos árboles. No sabía si era algo extraño (mis ojos lo veían así), o era algo totalmente natural; pero lo cierto es que era muy extraño. En los últimos años, tanto los pobres como los ricos, dentro de lo que era el gobierno del *xian*, organizaban expediciones para investigar el terreno y encontrar recursos naturales en el manglar para luego explotarlos. Organizaban auténticos viajes en grupo, como los turistas de hoy día, y recorrían grandes extensiones de terreno. Pero nosotros no éramos en ese momento los bienvenidos; aunque por suerte, el equipo de investigación (tres hombres y tres mujeres) que debía hallar los recursos naturales potenciales de ese gobierno salió del manglar embarrado como un buey cuando deja la charca y no sucedió nada más. Pensándolo bien, daba pena. Esos seis individuos, salvo uno que superaba los cincuenta años, eran unos jovencitos en plena flor de la vida. De las tres mujeres, una tenía mucho atractivo. Era una pena, una verdadera pena... Con la muerte de los hombres, esas tres mujeres debían convertirse en nuestras esposas —nuestras *laopo*—; y todo ello en aras de producir una posteridad compuesta de individuos con músculos y cerebros bien desarrollados. Ellas habían entrado en el manglar de buena mañana. Las escenas de esa época pasaban ante mis ojos... Los corceles no estaban tranquilos y levantaban del suelo las pezuñas ya que el remolque que arrastraban —y que era el coche funerario donde reposaba el abuelo— se había detenido junto al manglar. Había una pendiente y sobre ella caían varias ramas que se movían de un lado a otro como olas. Varios pajaritos se balanceaban en las ramas de los árboles. Lo que a vosotros os interesaba de verdad eran nuestros muy comunes «zorrillos habladores» (la lengua de los zorros que pueden hablar como los hombres, esos zorros que pululan sobre las tumbas). Ese era un animalito extremadamente adorable, más pequeño que una comadreja siberiana y más grande que una comadreja topo. Tenía la cara de un gato y el cuerpo de un ratón, era de color amarillo y tenía el don de la palabra muy desarrollado (hablaba con elocuencia y desparpajo), además de comportarse muy bien. En ningún libro de zoología encontrarás un animal así. Nosotros les llamábamos «pequeños zorrillos

habladores». Esos animalejos sabían hablar como los hombres. Murmuraban y piaban con unas vocecitas salidas de unos auriculares. Aprovechaban la oscuridad de la noche para ir a esconderse en el bosque y se subían a las ramas de los árboles, sobre las cuales bailaban, se divertían, eran felices y se reían mucho: ja, ja, ja... Mi hijo les tenía un amor especial a esos zorritos habladores. Solía abusar cruelmente de cualquier bestezuela; pero con esos zorritos habladores, era todo un santo y se mostraba como su mejor amigo. A los zorritos voladores no les disgustaba eso. En el agujero de los sobacos de los caballos se habían colado unos tábanos que le chupaban la sangre. Esos bichos les intranquilizaban. Yo estaba muy ansioso. Los participantes en el funeral avanzaban lentamente sobre la hierba, entre las flores aromáticas y esas hierbas que llaman de «la escoba amarga». Parecían estar realizando una de esas «excursiones de primavera». Sin poder retenerme, vociferé:

—¡Aúpa!... ¡Rápido, hacia delante!... ¿Qué se remueve en vuestros intestinos y en vuestra cabeza? ¿Es que no veis que estáis haciendo perder tiempo a mi abuelo?

Y ellos se pusieron a volar, respirando profundamente y todos ellos juntos, sin desbandarse. Yo les di la orden de arrodillarse en el suelo y así lo hicieron. Los presentes dieron los tres toques de turno en el suelo para mostrar su respeto a mi abuelo y ello dio paso a los ritos más solemnes. Tras ofrecer el jefe del regimiento al manglar, ya había más ritos importantes que hacer. Esa era una época de caos y confusión y la gente moría como conejos. ¿Y alguien le prestaba atención a ello? Pero el abuelo murió en paz y tuvo una vida en paz. La lluvia caía y el viento soplaba, lo que fue extraordinariamente favorable para las cosechas. Hubo mucha comida y la gente pudo vestirse dignamente; hubo por lo tanto cuerpos sanos, y esa fue la razón por la cual la ceremonia funeraria del abuelo fue tan fastuosa, como la de un ricachón.

Los presentes seguían arrodillados cuando dije:

—¡De pie, que se han acabado los ritos!

Y ellos se pusieron de pie, aunque de mala gana. Yo desenterré los petardos (las tres ristas de petardos, para ser más exactos) y les pedí a los hermanaos (los tíos):

—Bashi (el «octogésimo»), Qiutian (el «cielo del otoño»), Yuqian (el «valor del jade»), ¡coged cada uno una rista de petardos y la atáis a las colas de los tres caballos!

Los tres se entusiasmaron con la idea y cogieron los petardos que sujetaba con la mano. Los corceles se pusieron a relinchar, mostrando todos ellos los largos dientes blancos y echando espumarajos por la boca. Seguí con el rabillo del ojo a los tres hermanos (los tres tíos), ese trío de individuos de piel atezada por el sol y la roña.

—¡Rápido, atadlos! —les dije sin mostrarles ninguna educación.

Su entusiasmo se transformó en timidez. Les temblaban las manos, que sujetaban como podían esas ristras de petardos. Con ese tembleque, ninguno de ellos se atrevía a dar un paso hacia delante. Pero al final, *cun* tras *cun*, avanzaron hacia donde estaban los caballos y ataron las ristras en sus colas. Los caballos agitaron sus colas y se pusieron a dar coces. Relincharon con una fuerza y una rabia crecientes. Las manos de Qiutian acababan de coger la cola de uno de los caballos, y ese caballo, irascible y enloquecido, se puso a darle coces, levantando una polvareda de piedra de mirabilita y arena que había junto a los árboles. Formaron una nube de polvo que cegó a los presentes en el funeral. El cuerpo del abuelo se revolvía en el remolque y parecía estar muy ansioso con lo que estaba pasando. Eso me ponía a mí todavía más ansioso, ya que si mi plan no funcionaba todo se iba a convertir en agua de borrajas. Iba a perder todo mi prestigio y no iba a honrar el nombre de mi padre tal y como se lo merecía. Los tres hermanos del mismo clan resistían como tigres. Se tapaban los ojos y avanzaban en medio del viento. Yo no pude hacer otra cosa que preocuparme y mucho, pero, por pura coincidencia, vi a una de las hermanas pequeñas del clan —la que tenía ochenta años— taparse la boca y reír. Ello —y por esas cosas que tiene el azar— iluminó una lucecita en la cabeza: hice venir a las tres hermanas (las tías) más bellas del clan y, como aquel que se siente muy afectado y sorprendido, dije:

—Mudan (la «peonía de China»), Qiangwei (la «rosa vagabunda»), Shaoyao (la «rosa sin espinas»)... ¡Vosotras tres! ¡Id, rápido! ¡Cerrad la boca de los caballos y decidles lo que os venga en gana!

—¡Pues vale! —dijeron las tres hermanas como tres pajaritos que pían al unísono. Las tres dejaban tras de sí un lastre de color vivo y un aroma que irrumpía con fuerza en los orificios de la nariz. De esa manera se precipitaron hacia los caballos, los acariciaron y empezaron a decirles todo tipo de camelos, y estos se relajaron y dejaron de dar coces. Los tres caballos sintieron una gran empatía por las tres hermanas, ya que habían crecido junto a ellas. Les hice una señal a los tres hermanos (los tres tíos) y los tres

comprendieron tácitamente lo que les quería decir: se agarraron y ataron las ristras de petardos en las colas de los caballos. Las tres hermanas (las tres tías) y los tres caballos se divertían y eran felices. Yo también me divertía con ellos. Ordené a varios hombres que hicieran dos filas y todos ellos cogieron sus herramientas. Parecían los guardias de un *yamen* gubernamental. Se adentraron en el manglar, pero no podían avanzar.

Me bajé del remolque de un salto y me llevé en la mano el mechero con el *clic* electrónico. Me postré detrás de los caballos y quise encender el mechero, que lo hizo a pesar de emitir una llama más bien flacucha. Esa llamita era, sin embargo, suficiente para quemarle los intestinos a cualquier tipo, pero no para prender esas tracas. Me vi obligado a pedirles unas cerillas a los participantes en el funeral, que, aunque viejas, podían ayudarme en mi intento. ¡Zas! Encendí la cerilla y con ella pude prender las tres mechas. Un vozarrón salió como enrollado de mi boca:

—¡Eh, hermanas! ¡Soltad a los caballos!

Pero ellas, sin venir a cuento y tercas como eran esas flores delicadas, no los soltaron tal y como les pedí. Los querían demasiado como para dejarlos sufrir el castigo del fuego. Los petardos explotaron en el culo de los caballos y de ahí empezó a salir humo. También salieron volando varios trocitos de papel y la detonación de los petardos nos dejó sordos. Los tres caballos levantaron sus cabezas y las tres mujeres se colgaron de sus cuellos. Los caballos se giraron y se juntaron los unos con los otros.

—¡La madre que os parió, hermanas! ¡Sois como las putas! —les grité.

Los presentes blandieron sus herramientas. Dos de las hermanas se soltaron, cayeron sobre el suelo y rodaron por la hierba; pero una se quedó enganchada en el cuello del caballo. Era ella, la que se llamaba Mudan, quien iba a morir sin duda alguna. ¿Quién iba a ser el asesino? La madre de la peonía Mudan —que era la esposa del Decimoctavo tío, Da Er’duo (la de «las grandes orejas») —, no iba a dejar que las cosas tomasen ese camino con su hija. Yo presentí la tragedia que se avecinaba. Que el Cielo nos proteja, pensé. Tras el paso del remolque, ella se puso de pie y tenía, en su cuerpo, el pelo intacto. Me miró con la boca tapada y riendo. ¡Ese dinero malgastado!... ¡Te voy a matar y voy a liberar el odio que hay en mis pensamientos! Los caballos —como divinidades que cabalgaban sobre las nubes— se precipitaron hacia el manglar.

«Los caballos que se asustan son tan rápidos como los rayos y salen disparados como las barcas en el río», pensé. Los caballos bajaron la

pendiente, y las abejas que había sobre el remolque funerario se frotaban las unas con las otras encima de las ramitas de hierba. Había algo de cómico en el movimiento de esas abejas. Los caballos seguían arrastrando el remolque como quien va encima de una nube. Las flores frescas y la hierba verde se inclinaban a nuestro paso. Parecía que se apartaban a nuestro paso. Hay que reconocer que los culos de los caballos se habían puesto a volar tras la detonación de los petardos. El remolque y el abuelo gruñían al unísono, y así llegamos todos al centro del manglar.

Se oyeron muchas carcajadas en el manglar y luego se hizo el silencio más absoluto. Se oyeron seguidamente los graznidos y los chillidos delirantes de las oropéndolas y los cuervos.

Lloré, y la razón por la que lloré fue porque ese tipo de acontecimientos que estábamos viviendo una persona solo los vive una vez.

IV

La detonación retumbó por la sala; es decir, resonó en sus cuatro y espaciosas esquinas. Una ventana de madera de abedul en cuyas puertecillas había talladas cien hojas se abrió en silencio y sin llamar la atención. Varias decenas de rayos estrechos provenientes de la luna entraron en la sala y la alfombra hecha de fibra química y que cubría el suelo se vio invadida por ellos. La luz iluminaba un barril que rodaba de un lado a otro sobre la alfombra. La hija sacaba la cabeza del barril y lo hacía con frecuencia. Sacaba la cabeza para ver lo que ocurría a su alrededor y luego volvía a esconderla. Parecía llevar la vida de uno de esos parásitos que se pegan a las caperuzas de los cangrejos. Las cortinas de color púrpura se habían descorrido y empezó a sonar una música. En medio de esa música estrepitosa, aparecieron innumerables luces y varios candelabros encendidos que desprendían una luz intensa y abarcadora. Había unos caracteres chinos escritos a los dos lados del telón y en medio otros caracteres que anunciaban el descanso. Los hombres dejaban sus sitios uno tras otro y, armando bulla y apretujándose, salían por la puerta de Taiping.

El timbre anunció a la gente que debían entrar de nuevo en la sala. La gente volvió a bramar como cuando salieron. Las llamas de las luces se habían apagado y solo quedaba la luz de la luna, otra vez, bien distribuida en la sala, iluminando el barril. Volvió a sonar la música y se oyó el repiqueteo de los tambores. El telón se abrió lentamente y un chorro de luz roja muy intensa iluminó el cuerpo totalmente militarizado del jefe del regimiento de los zorrillos habladores. La luz se fue ampliando y su intensidad fue decreciendo gradualmente hasta iluminar todo el escenario. El jefe del regimiento de los zorrillos habladores dijo:

—Según lo hablado en la asamblea general de los representantes, hemos decidido lo siguiente: a partir de ahora, los hombres que nazcan con las manos y los pies palmeados serán, sin excepción, castrados, y el sexo de las mujeres mutilado. Los que mantengan una relación sexual adúltera entre un hombre y una mujer del mismo clan serán, sin excepción, castigados con los hierros de fuego. Muchos años después, los hombres de pelo rojo han visto necesario construir las vías del ferrocarril y nosotros guerreamos con ellos derramando mucha sangre, y mucha es la sangre de nuestra gente la que se derrama, como muchos son los que quieren salvar el pellejo a toda costa y se

convierten en traidores. Estos serán, sin excepción, decapitados. Estas tres resoluciones nobles serán grabadas en una piedra.

En el escenario, varios miembros de la etnia Han de cara amarilla y varios viejos de barbas blancas replicaron con humildad y obediencia. Hubo un niño de rojo que saltó al escenario y les ofreció flores como muestra de respeto. ¿Y quién fue el hombre que recibió más flores en el escenario? Fue el jefe del regimiento de los zorros y gatos salvajes habladores.

Un niño de rojo se quedó de pie a un lado del escenario y dijo con una voz honda:

—¡Les informaremos sobre la siguiente representación! ¡Muchas gracias a todos!

Sonó la música. Apareció la luz blanca. Bajó el telón.

La noche cayó como cae el telón oscuro sobre el escenario de un teatro y la lluvia —una lluvia fría, casi helada— cayó del cielo. Los grillos se calentaban en las marmitas y los hornos de las cocinas. Mi hijo estaba tumbado junto a la ventana y miraba hacia el patio. Contemplaba algo que no sé muy bien cómo explicar. Me dolía la cabeza y la lluvia fría mojaba las plantas, causando una melodía simple y repetitiva que era mortificante. Yo no podía dormir y sentí, de repente, que mi cuerpo delgado se engordaba súbitamente.

«Dios mío, nos has traído la lluvia. ¿Adónde se fue la luna? Luna, luna, vuelve a salir, que te daré unas ropas para que te vistas».

Se dispersaron las nubes negras y una luna redonda apareció en el cielo. La luz brillante de la luna emblanquecía la ventana. El chirrido desolado de los grillos se convertía en chirrido alegre.

Los amiguitos de mi hijo —los zorrillos habladores— vinieron. Todos ellos corrían en el patio central de nuestra casa y mi hijo rompió el papel que cubría la ventana. Dirigiéndose al patio, dijo:

—¡Hola! ¿Habéis comido ya? ¿Comisteis las semillas de las hierbas cubiertas de agua helada?

Los zorrillos habladores respondieron:

—¡Hola, Qing Gou'er! ¡Estamos muy bien! No hemos comido las semillas de las hierbas cubiertas de agua helada. Cinco de los nuestros encontraron champiñones en el manglar y estaban deliciosos. Ahora, todos nosotros nos alimentamos cada día con champiñones.

—Sé que cuando sale la luna, vosotros me veníais a buscar para jugar. Por eso le pedía a la luna que saliese.

—Sí, cuando vimos la luna, salimos corriendo del bosque para verte. Vuestra casa está llena de boñigas de caballo y huele mucho.

—Vosotros, ¿pensáis alimentaros con las boñigas de los caballos?

—No, no queremos alimentarnos con las mierdas de los caballos. Guárdalas para alimentar a tu padre. Nosotros nos contentamos con olerlas y deleitarnos con su olor.

El hijo suspiró y dijo:

—No tengo nada bueno para ofreceros como comida y daros así la bienvenida como es debido. ¿No os gustan los piñones? ¡Os los paso por la

sartén!

—Demasiado duro, y nuestros dientes no están ya para esas cosas — contestaron los zorrillos habladores.

Todos ellos iban vestidos con chaquetillas rojas y pantalones cortos verdes. En sus cabezas había unos gorros de franela de un color rojo muy vivo. Tenían algo de traviesos y adorables al mismo tiempo en sus apariencias.

Los zorrillos habladores dijeron:

—Qing Gou'er, no te preocupes por nosotros. Estamos bien llenos. Sal, anda, y jugaremos al «águila que captura los pollitos». ¡Mira la luna! ¡Está bellísima!

La luna de esa noche era particularmente bella; y lo era porque era la luna del festival del Medio Otoño. Mi hijo sacó las candelas del sacrificio y los pastelitos de la Luna para ofrecérselos a sus amiguitos. Un padre serio no se atreve a interferir en el mundo imaginario y misterioso de su hijo. Yo era además un padre que quería mucho a su hijo.

El hijo les dijo a los zorrillos habladores:

—Esperad, debo emborrachar a mi padre.

Mi hijo saltó desde la ventana, cogió una pajita de plástico, la puso en el *jiutan* —el frasco de barro donde se guarda el licor— y comenzó a absorber un licor color verde cebolleta. Ese licor era muy aromatizado.

Las cuatro paredes del patio estaban recubiertas con piedras lisas. El hijo insertó los pastelitos redondos de la Luna y unos caramelos en el muro y los zorrillos habladores —con sus orejas largas tumbadas— subieron por las piedras para cogerlos. Cantaban alegremente mientras se zampaban los pastelitos y los caramelos. Mi hijo estaba de pie, a un lado, y con los brazos colgando. Parecía estar dirigiendo las obras de una manera solemne. Mi hijo también vestía con una chaquetilla roja, unos pantalones verdes cortos y un gorrito de franela de un rojo muy vivo.

Tras comerse los pastelitos y los caramelos, los zorrillos habladores dejaron el muro de las piedras lisas dando un salto. Luego se pusieron a jugar al «águila que captura los pollitos». Mi hijo hizo de «águila», delante de ellos, y los zorrillos habladores de «pollitos», todos en fila y sujetándose las chaquetillas. En el patio solo se oían risas y gritos de jolgorio. Le alegraba el corazón y le hacía sentir inmensamente feliz a cualquiera que lo oyese.

Antes de que se viese el cielo, cuando cantan los gallos y la luz de la luna es todavía visible, aunque va desapareciendo, los zorrillos habladores se

despidieron de mi hijo y las abejas llenaron los muros. Mi hijo se quedó con la mirada ausente durante un momento. Levantó la planta de los pies del suelo y se dirigió a la habitación. Yo oí que cogía un cucharón con agua fría y llenaba una jarra de la que acabó bebiendo: *glup, glup*. El agua fría le hacía daño en la barriga a mi hijo; pero ¿debía yo ser tan estricto con él? No dije nada y fingí que dormía. El hijo se subió al *kang* y con sus patitas peludas comprobó si yo respiraba profundamente. Se tumbó sobre el *kang* con el culo mirando al techo y la barriga sobre la superficie de piedra y así se quedó dormido.

La luna del día quince se convirtió en una luna llena el día dieciséis. Es la razón por la cual la noche del segundo día fue aún más brillante que la del día anterior. Esa noche, los zorrillos habladores y mi hijo volvieron a reunirse junto a las piedras lisas del patio. Tras amanecer, salí a ver lo que había pasado. Había en las piedras una especie de harina roja que las cubría parcialmente. Vete a saber qué planta habían roto durante la noche. Ensucí uno de mis dedos con ese polvo rojo y me lo llevé a la boca para saber a qué sabía. Tenía un olor sospechoso y tenía un gusto salado, como el gusto de los huesos de sepia. Reuní en la medida que pude todo ese polvo y lo puse en una caja de madera. Quizá podía tener en el futuro alguna utilidad.

Qing Gou'er durmió hasta el tercer *gan* del día y luego se levantó. Saltó del *kang* con los ojos en blanco y se lavó la cara con desgana. Se comió seguidamente un par de gambas, estiró las piernas y quiso salir corriendo. La madre dijo:

—Este grandullón de hijo que tengo... Quieres escaparte día y noche hacia las tierras salvajes... Dime, ¿qué querrás hacer en el futuro?...

—Si quiere escaparse... ¿Qué vas a hacer con él? ¿Lo vas a encadenar? El hijo no es un perro, ni un gato —le dije a mi *laopo* con una voz pastosa y un tono depresivo en mi voz.

La madre dijo:

—Tú eres de esos que dices cosas difíciles de escuchar. ¿Te voy a permitir que lo ates? No soy yo quien se encarga de criarlo. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

Dije:

—Qing Gou'er, ¡vente conmigo, anda!

Qing Gou'er se acercó con un ratón muerto que sujetaba de la cola. Una lechuza se lamentaba encima de la rama de un árbol de *wutong*. Él se paró justo delante de la lechuza. El hijo no se quedó con el ratón en la mano y lo

lanzó al aire. El ratón dio cien vueltas en el vacío. La cara de mi hijo era la cara de un bárbaro cruel que acaba de ejecutar sin piedad a su víctima. Yo pensé seriamente en arrearle un bofetón; pero acabé por clavar mis pies en el suelo, ya que no iba a estar eternamente parado por su culpa. La mata de cabello rojo que mi hijo tenía en la cabeza era un caos de pelos que se enrollaban en una espiral. Ese cabello que parecía la cola de un escorpión era el símbolo de su estado salvaje y su furia interior.

Le dije con un tono de voz agradable de oír:

—Qing Gou'er, ya tienes edad de mostrarte ante los demás como un ser educado y con muchos conocimientos. Te sugiero que vayas a la escuela roja y estudies allí.

Qing Gou'er recogió el ratón que estaba en el suelo y lo metió en una marmita, alegando poco después con mucha indignación:

—Sé que vosotros sois mala gente. ¡Y siempre queréis joderme!

—Qing Gou'er, si no vas a la escuela, ¿qué vas a hacer en esta vida? La gente inculta es gente que se ve con malos ojos. ¡Gente estúpida, amigo!

—¡Tonterías! —soltó Qing Gou'er—. ¡Y no me estires de la lengua! ¿Quieres? Iré a la escuela, vale; pero ¡quiero observar detenidamente la medicina que vosotros metéis dentro de la calabaza-cantimplora!

Agarré la mano de Qing Gou'er y lo llevé a la escuela roja. La escuela estaba en una casa de madera en el interior del bosque rojo. La casa estaba rodeada de árboles. Introduje al hijo en la escuela a través de una puertecita. El hijo no tardó en meterse en ese agujero, pero para mí, esa puertecilla era demasiado estrecha. Pude meter la cabeza, pero cuando le tocó el turno a mi barriga: ¡nanay! Quería entrar, pero no podía. Mis pies querían avanzar, pero no podían. Una manada de niños estaba a un lado y aplaudía y sonreía. El marco de madera de la puerta me hacía mucho daño y me sentía apretujado. Notaba que la lluvia me corría por la cara. Mis venas se estaban hinchando y parecían las venas de los sauces. Me apoyé con las dos manos en el suelo, que parecía estar hecho de innumerables fideos o gusanos de lo desnivelado que estaba. ¿Quería ello decir que me había llegado la hora? ¿O era lo que me merecía, mi momento de retribución? Cerré los ojos y me puse a llorar de dolor.

Vete a saber cuánto tiempo estuve así y por mis ojos solo pasaban chispas rojas. Un olor intenso a incienso llegaba a mi nariz. Qing Gou'er se aprovechó de ese momento para darme una patada en la cara y me dijo:

—¡Levántate, papá! Esta es mi maestra, la maestra Mei (la «flor del ciruelo»). ¡Ha venido a verte!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, levanté la cabeza y vi flotando ante mis ojos una falda de muselina y el cuerpo erecto como un pabellón de jade de la maestra Mei, la cual me dijo:

—Tu hijo es muy listo, pero no tiene ideas ni conceptos en su cabeza. Enseñarle es muy difícil. ¿No le interesaría a usted darle clases particulares?

Dije:

—Maestra Mei, en primer lugar, no diga esas cosas. Usted debería buscar inmediatamente un hacha para hacer pedazos esta puerta y dejarme pasar.

La Maestra Mei me dijo, queriéndome poner las cosas difíciles:

—Este tipo de cosas, yo soy incapaz de hacerlas. Romper así por las buenas una madera de esa calidad me rompería el corazón.

Había además ese jefe del regimiento de los zorros que se merecía morir, el cual no tenía simplemente un lugar donde estar.

Dije sin tener otra alternativa:

—Entonces, le pediría un pequeño favor... ¡Llevo aquí encallado dos horas!

La maestra Mei se agachó para ver de cerca cuáles eran mis verdaderas circunstancias. Extendió la mano y ¡cielos! Vi que su mano palmeada —una mano de color rosa—, acariciaba mi rostro. El contacto de esa mano fría me heló el cuerpo entero. El frío me llegó hasta las vísceras y mi cuerpo se contrajo, como el cuerpo de una libélula, enrollado sobre la hierba del aula roja. Me escondí en la hierba que había frente a la maestra Mei y me quedé observando sus pies: ella tenía los dedos de los pies unidos. Estaban enfundados en unas sandalias de plástico blancas. Esos dedos pegados de color rosa le quedaban a la maestra al descubierto.

La maestra Mei, muy enfadada ella, hizo una mueca de desaprobación con la boca, se giró y se fue. Vi cómo se le movía el culo bajo la falda de muselina transparente. Ese culo me hizo olvidar que esa mujer era un ser que había nacido con las manos y los pies palmeados. Di un brinco. Quería alcanzarla y pasear con ella por el patio de la escuela roja. Nosotros caminamos a veces muy rápidamente y otras muy lentamente. De los árboles grandes caían unas campanitas con sus largas ramitas que parecían serpientes. El suelo estaba cubierto de arbustos grises. En las ramas colgaban unas bolitas de un rojo muy vivo que se ponían de color púrpura cuando se

intentaban coger. Parecía como si los sentimientos de indignación fueran los responsables de cambiar el color en las bolitas colgantes.

Había una mesa de mármol con unos taburetes junto a los arbustos y nos sentamos en ella. La maestra Mei puso los codos sobre la mesa y con sus dos manos palmeadas se sujetó la barbilla. Se quedó así, mirándome con unos ojos aterrorizados. Tenía la cara blanca y rellena, y los dos ojos grandes, muy redondos y exorbitados. Las dos bolsas de sus ojos se habían arrugado y formaban varias capas de arrugas. Los pelos de las cejas formaban pequeñas tijeras. Tenía una boca carnosa y llena de vida. De su boca salía un aliento delicioso que me recordaba al de las hadas inmortales cuando te quieren absorber el corazón para quedarse con él. Sentí en ese momento que ella golpeaba mis pies con sus pies desnudos y palmeados. Tenía además los pies helados. Sentí un espasmo. Ella me miraba con ansiedad y me ofreció la mano. Mi hipersensibilidad en lo que se refiere a los seres con pies y manos palmeadas se relajó de golpe. En realidad, cogerle sus manos —esas que me ofrecía cálidamente— era como coger un juguete. Era un gesto cariñoso y tierno el que me hacía ella con esa mano palmeada tan carnosa y llena de vida. Ella, confundida, enrojeció y sus dos ojos se convirtieron en dos bolas llenas de agua. Me dijo con una voz adorable:

—No me la toques. Si la tocas, pensaré que...

Yo la miré con incertidumbre y ella me tapó los ojos con una de sus manos palmeadas. A través de las membranas transparentes que unían sus dedos pude ver el sol luminoso que estaba en el cielo. El sol parecía verde, igual de verde que el jade verde. La luz que desprendía se torcía al llegar a la membrana de la mano.

—Vamos... Vayamos pues a la parte trasera del puesto de las zarzamoras... —dijo ansiosa y con el cuerpo flácido.

La sujeté con mis manos y sentí el calor de su pecho. Nos encaminábamos hacia la parte trasera de las zarzamoras cuando escuchamos una risa desdeñosa. Un sudor frío empezó a salir de mi cuerpo. La risa desdeñosa era la de mi hijo. Comiéndose las bolitas rojas, dijo:

—Hacedlo. ¡Yo os observaré!

La maestra Mei se cubrió la cara con las manos y salió corriendo.

Mi hijo la siguió y le dijo a sus espaldas:

—Corriendo, el monje no llega nunca al templo. El jefe del regimiento de los zorros y gatos salvajes habladores te buscará hasta matarte, ¡despilfarradora! ¡Tú, rana de mierda!

Yo ya no podía controlarme. Mi hijo dijo:

—Papá, a partir de ahora no te voy a permitir que me enseñes nada. ¡No estás cualificado para ello! Sé todo lo que haces a espaldas de mi madre. Si está bien, está bien; pero si no, abriré la tapadera de la cazuela para que salga todo... Mi madre, ¿no es una lámpara a la que le gusta ahorrar aceite?

—Qing Gou'er, tu padre ha cometido un error y te pide perdón —le dije en voz baja.

La maestra Mei se cambió la falda y se puso una del color de la flor de loto, púrpura pálido. Grácil y delicada comenzó a andar. Cuando estaba a tres pasos de mí, se detuvo de golpe y me sonrió. A los dos lados de la boca se le formaron dos mofletes hinchados muy bonitos. Yo puse la boca como para darle un beso, pero Qing Gou'er me apartó y me dijo solemnemente:

—¿Qué me has dicho hace nada? ¡Lo has olvidado ya!

Yo no me atrevía a levantar la cabeza y la maestra Mei me abofeteó.

—Mis alumnos, ¡a clase! —la maestra Mei se paró para hablar. En ese momento, llevaba una falda de un color verde insípido y en su cabeza un gorrito de paja. En su cara apareció una mueca cómica. Varios niños se sentaron en sus pupitres de madera. La maestra Mei cogió una tiza amarilla y dibujó en la pizarra el diseño de un huso. Poco después arrojó la tiza y se marchó. Yo la seguí de cerca y ella entró en un rosal con ramas llenas de espinas. En el tronco espinoso había una flor hermosa que lo coronaba. Era una flor negra como se ven pocas. La maestra Mei estaba apenas a tres o cinco pasos de mí, pero yo era incapaz de alcanzarla... Su cuerpo se cubrió con un pulpo y yo solo pude ver cómo la sombra de su cuerpo se hacía pedazos debido a ese animalejo. La sombra no duró mucho más. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, fue como un destello, y ella..., ella desapareció al igual que un pez desaparece bajo el agua.

La multitud de niños que había en la clase no emitía un solo sonido. Los niños guardaron la misma postura. El dibujo del huso de la pizarra no se había borrado.

La maestra Mei llevaba ahora una falda negra. Ella regresó volando y dijo: —¡Se acabó la clase!

Mi hijo fue el primero en levantarse y se puso el primero para salir de la clase. La maestra Mei apartó el tablero negro y abrió la puertecilla de madera, salió y la cerró. Intenté abrirla desde el interior pero descubrí que la puertecilla estaba cerrada con candado. Oí dentro el ruido del agua al

derramarse, como si se estuviera saliendo indiscriminadamente de algún sitio, era como un escape.

El patio estaba calmo y silencioso. No había ni siquiera una sombra. Un cuervo estaba subido en la valla metálica y parecía uno de esos pájaros disecados, ya que no se movía lo más mínimo.

Tras aprender la lección, no quise salir por la puertecilla y busqué con todas mis ansias una parte grande, ya que haberla la había. Fui a buscarla y descubrí que me había metido en el aula, donde vi el dibujo brillante y glamuroso del huso en la pizarra negra. El ruido del agua, que debía de ser el de una bañera o un estanque, no paraba de sonar. Yo susurré: ¡Maestra Mei, maestra Mei! La puertecilla se abrió y el agua me dio de lleno en la cara y me parecí a un pollito mojado, todo ello en medio de la clase. Vi que por el agujero de la puertecilla entraba un lustroso huevo de piedra. Vi entonces una valla marrón de enormes dimensiones. Las rosas del patio cubrían la valla: había unas hojas verdes y unas flores negras que me estaban llamando desde lo lejos.

VI

Hubo un día que acompañé a mi hijo a estudiar a la escuela roja. De regreso, persiguiendo una mariposa, entramos sin darnos cuenta en el manglar.

Era una mariposa azul —una mariposa cuyas alas eran azules, pero tenían los bordes dorados—. La vimos nada más pasar la empalizada y fue mi hijo quien la vio primero. Yo, ya que me había venido repetidas veces el sabor del huso que había dibujado en la pizarra y me acordé repetidas veces de lo que me sucedió con la maestra Mei, pude por lo tanto ver más tarde, con mi hijo, esa mariposa azul. Tras la sorpresa y susto de mi hijo, vi que la mariposa azul volaba sobre los ojos de unas flores también azules. Mi hijo vio cómo aparecía y se escondía esa mariposa en los ojos azules de las flores. Si no fuera porque las alas de la mariposa se movían, se trataría simplemente de una flor azul que era demasiado gorda; y si no hubiera sido porque sus alas también movían a mi hijo, este no la habría descubierto.

Esa mariposa tenía una boca muy grande y volaba muy lentamente. Respecto a nosotros, solo iba un poco más rápido. Sus alas no parecían tan ligeras y delgadas como las alas de una mariposa normal. Tenía unas alas gruesas como unas orejas peludas y eran carnosas como estas últimas. Era una mariposa rarísima y esa era la razón por la cual quisimos atraparla. Nos dimos cuenta que bajo los pies de la flor de los ojos azules crecía gradualmente una hierba densa y tupida, y la superficie de la tierra era cada vez más baja. La mariposa volaba a su ritmo, como uno de esos pasteles que se ponen en las vitrinas para enganchar a los clientes. La mariposa se posaba a menudo sobre las flores de los ojos azules y creaba en nosotros un efecto de deseo y fantasía. Y cuando ella se escondía en las flores, nuestros corazones se encogían y, tac, tac..., se ponían a latir con fuerza. El ruido que hacía la sangre al circular recordaba el bramido de las olas lejanas. Así llegaba a nuestros oídos. Mi hijo dobló la cintura y merodeó en torno a una de esas flores de ojos azules que medía más o menos medio metro. Su objetivo era acercarse discretamente a la mariposa. Era mediodía y el sol iluminaba con toda su fuerza las flores azules y doradas. Ese sol era tan fuerte que era capaz incluso de sacar el lustro y la buena reputación de la gente. Mi hijo levantó los dedos de la mano y estos parecieron un par de pinzas. Suavemente, quiso coger la mariposa por sus alas. Yo lo vi claramente: ¡mi hijo quería coger con sus dedos las alas de la mariposa azul, pero esta era más rápida que él y se

marchaba volando! Cada vez que lo intentaba, sucedía lo mismo; él, mi hijo, la perseguía con la boca abierta. Yo me había quedado quieto, imitando esas flores de ojos azules, y el aroma de sus pétalos irrumpía con fuerza en los orificios de mi nariz. Olían de tal manera que a mí me tenían extasiado y mi retoño quería devorarlas. Yo le llamé la atención a mi hijo:

—Qing Gou'er, hijo de perra, esas flores tal vez contienen veneno... No te las comas, anda.

Qing Gou'er me miró de reojo y me dijo:

—¡Es tu boca asquerosa la que tiene veneno!

Yo tenía la autoridad sobre él, pero no tenía ganas de discutir y le dejé estar. Suspiré y me consolé de esa manera. A veces no se sabe si lo mejor es estar callado o morir de una vez por todas. Ningún hijo debería abusar de su padre como lo hacía el mío.

—¡Muérete! ¡Nadie es capaz de aguantarte, enano de mierda! —y el hijo me miró como si estuviera leyendo mis pensamientos. Me miró con odio y mala leche, y yo lo odié con todas mis fuerzas. Me lo pensé dos veces. Yo no tenía para nada el espíritu de un A Q30 y ni me creía estar ganando la lucha cuando en realidad la estaba perdiendo. Un hijo que abusa de su padre es igual que un extranjero que abusa de uno mismo: es muy humillante y te deja bastante chafado; pero no hice nada y me fui a cazar la mariposa azul con mi hijo.

Hasta que me desperté... y nos encontrábamos, en ese momento, todos en medio del manglar, donde había infinitas alas azules y doradas. Una mariposa enorme volaba a nuestro alrededor. Estoy convencido de que esa mariposa quería integrar su clan. Y, de nuevo, aparecía en nuestros ojos. Ese era el reino de las mariposas. Si las mariposas pudiesen morder, ya nos habrían matado a mordiscos y no habríamos aguantado ni un solo minuto. Los árboles rojos que vimos a un lado no eran en realidad árboles. Eran una cosa intermedia entre un animal y una planta, y no eran en absoluto un coral. Yo diría más bien que esas cosas eran del mundo vegetal y no del reino animal. Yo deseaba en mi foro interno que fuesen árboles. Tenían unos troncos que eran como el torso de una mujer —igual de lustroso y bonito—; y unas ramas que recordaban las extremidades de un pulpo —igual de flexibles y blandas—. Las plantas que nacían de las aguas del manglar se encaramaban en ello y sus colores cambiaban constantemente. Mi hijo dijo con determinación:

—Padre, te lo voy a decir yo, que de estas cosas sé lo mío. Esos son los árboles del Amitaba Buda31, el gran Buda celestial.

—¿Y tú cómo sabes que son los árboles del Amitaba Buda?

Mi hijo sonrió y dijo:

—A ti no te importa. Esos son los árboles del Amitaba Buda y eso es todo.

Nosotros los acariciamos con timidez. Las ramas eran blandas como la carne y ellas volaban, irascibles y amenazantes. Parecían látigos en el aire. Varias ramas impactaron en mi cara y esta me dolió como si se me hubiese quemado. Los árboles del Amitaba Buda temblaban y parecían gigantes enloquecidos. En medio de ese entorno tan extraño, mi valor se había venido abajo y yo estaba atemorizado. Mi hijo acarició con mucha destreza esas ramas blandas y de su boca salió un *glu, glu*. El color de los árboles del Amitaba Buda variaba del verde al púrpura y luego a un rojo chillón. Las ramas enloquecidas se calmaban y oscilaban como oscilan las olas. Olía mal, a aguas estancadas, en los cuatro lados; pero en la superficie no había agua. Sobre el suelo humedecido, aparte de esas flores de ojos azules, había unas diminutas plantas doradas que llenaban el espacio que dejaban los árboles y cubrían al mismo tiempo la superficie. Nos veíamos obligados a pisarlas a cada paso que dábamos. Esas hierbas blandas eran además elásticas y creaban un tapiz lanoso.

Nosotros ya habíamos perdido en ese momento el interés por la mariposa azul, dado que las flores de ojos azules se vieron cubiertas por varias decenas de mariposas grandes. Si pensábamos cazarlas todas, el esfuerzo y los medios debían ser proporcionados con esa tarea. Sus alas eran enormes y sus tentáculos larguísimo. El oxígeno, en sus barriguitas, las hacía flotar. Sus barriguitas transparentes cambiaban a algo con substancia y color: se volvían de cristal.

Yo seguí a mi hijo hasta el interior abismal del manglar. Más nos adentrábamos en el bosque rojo, más bello se convertía este; y más bello era, más derrotado me sentía y más inquieto ante lo que estábamos afrontando. Mi hijo, sin embargo, estaba exultante de alegría y no sentía en absoluto ningún miedo. Él era sin duda alguna mi líder en ese lugar misterioso.

Más tarde, aparecía ante nuestros ojos un lago. El sol y la luna se reflejaban al mismo tiempo en sus aguas —unas aguas densas y amarillentas—, sobre las cuales no había ni una sola arruga. Las ramas de los árboles del Amitaba Buda caían con sus infinitas ramas —ramas que eran como cañas— sobre esas aguas muertas. Ante el lago, nuestras piernas flaquearon y parecía que estábamos caminando sobre agua. La vegetación se había vuelto mucho más densa que al principio, cuando entramos en el manglar. Había además

esos racimos majestuosos de esos árboles que denominan glicina, que parecían intestinos violetas colgando desde el cielo. Ellos nos dificultaban cada uno de nuestros movimientos. Esos racimos carnosos me limpiaban la cara en más de una ocasión. Soplaban un vientecillo que parecía excitar la vegetación. Tal y como las llamaba mi hijo, esas serpientes voladoras, poseían veneno; y si ese veneno entraba en tu piel, tu carne se pudría, tus huesos se rompían, y tú morías. Sin embargo, los diez mil seres de ese bosque se reforzaban entre ellos y solo ante los hombres comedores de flores con ojos azules (nosotros mismos) y las serpientes voladoras no osaban acercarse. Yo me acuerdo ahora. Pero mucho antes, aprendí de las formas de mi hijo y rompí en mil pedazos la historia de los pétalos cargados de un aroma intenso. Eso ya no me lo creía más. Estaba claro que mi hijo lo había hecho expresamente: habíamos penetrado en el manglar y fue él quien lo había preparado. En ese momento, me enfurecí y le miré a los ojos. Él me miró y, como solía pasar cuando lo hacía, sentí que me estaba leyendo los pensamientos. Sonriendo y mostrando los dientes destartalados, me dijo:

—¡Tú me odias, padre!... Si quieres irte, te vas. Nadie te lo va a impedir. En lo que a mí se refiere, quiero quedarme aquí. Hay un montón de cosas interesantes.

La sombra de los árboles del Amitaba Buda se proyectaba sobre la superficie del agua, que presentaba un color anaranjado. Las raíces de los árboles de A Pu se enraizaban tal vez en el fondo de esas aguas. Si lo observabas atentamente, en medio de las sombras que proyectaban los árboles del Amitaba Buda sobre esas aguas había unos peces muy extraños que nadaban de un lado a otro. Nadaban verticalmente y, al moverse, las sombras de los árboles parecían moverse también. Esos peces se hinchaban como bolas cuando subían a la superficie del agua y mostraban sus cien colores. Entonces se paraban por unos instantes y, *puff, puff...*, salían unas burbujitas de agua. Era como una pequeña erupción que provocaban los cuerpos de esos peces extraños. El agua se llenaba de burbujitas y, al mismo tiempo, esos peces parecían bolas de piel flotando sobre las aguas. Había cientos, o tal vez miles, de esos peces extraños pero muy bellos flotando sobre las aguas del lago. Las aguas perdieron su tensión y las burbujas se deshicieron causando unos sonidos que sonaban como una bella melodía. Una mosca azul echó a volar y cruzó las aguas resplandecientes del lago. Los peces extraños y bellos expulsaban aire y formaban otras burbujitas en la superficie del agua. Parecían pieles vacías cuando se desinflaban y

descendían lentamente al fondo de las aguas. Había los recursos de las inspectoras del gobierno del *xian*, y entre ellas, la investigadora Chen, esa joven con gafas que me dijo que ese tipo de peces había sido descubierto por primera vez. Era un pez desconocido en el mundo. Ellas le pusieron un nombre a ese pez: el pez bola de varios colores del distrito de Dongbei en Gaomi. La supervivencia de ese pez se debía a su capacidad para salir a la superficie y tomar un oxígeno que les faltaba bajo el agua. Ellas creían que ese pez bola, cuando salía a la superficie del agua, era porque iba a copular y quería reproducirse. Por eso necesitaba ese aire y cambiaba de color.

A un lado del lago, el encuentro con el equipo de inspectores del *xian* gubernamental nos llenó de alegría. Nos abrazamos y estallamos todos en mil lágrimas.

Nos quedamos el último día en una tienda que estaba montada en el exterior del manglar y escuchamos la música del laúd de tres cuerdas y presenciamos varios bailes. De eso hace ya tres años. Yo era el invitado de esas mujeres. Ellas me pidieron que les contara mi relación con la historia del clan de los herbívoros —el clan de los masticadores de cisca— del *xiang* de Dongbei en Gaomi y mi relación con las leyendas misteriosas del manglar. Por mi parte, no tenía ningún interés por ese tipo de cosas. Mi interés recaía en las tres jóvenes mujeres que componían el equipo de inspectoras, pero la manera de intimar (era consciente de ello) con ellas era a través de esas historias. Y para no andarse con rodeos y decirlo claramente, esas tres investigadoras estaban buenísimas. En realidad, tampoco estaban tan buenas, o, al menos, no lo que se suele entender por estar buena; sino que su atractivo sexual venía del hecho de que eran unas jóvenes con un alto nivel educativo (todas ellas llevaban gafas), y a mí eso me atraía más que un buen par de tetas y un culo bien formado. Uno tiene que ser siempre franco con uno mismo, aunque duela y se sea un poco crudo. Además, eso hace feliz a la gente. En la tienda de acampar improvisada al lado de los árboles brillaba, en su centro, una luz que parecía una estaca. Las tres inspectoras del *xian* llevaban braguitas de diferentes colores: rojas, verdes y negras. Tenían las braguitas, con sus gomas, bien ajustadas a los muslos y lo cierto es que se los embellecían. Esas seis piernas parecían seis anguilas. Al contarles mis historias, yo sentía como si ellas hubiesen entrado en trance. Había seis ojos como seis bombillas. Había tres hombres fuera de la tienda. Uno hervía agua; el otro escribía algo en un cuaderno; y el tercero grababa en un magnetófono mis historias. Ahí no aparecieron los celos de los hombres, ni su deseo

natural y saludable. Si había algún tipo de perturbación psicológica, no era debida a la carne del cuerpo de las mujeres, sino más bien a los tres colores de las tres braguitas. Luego, ellas se arrancaron las bragas, rompiéndolas de un tirón. Yo seguía vestido y muy inquieto. No me arranqué las ropas y las insulté. Lo que vino después fue lo siguiente: acabé por arrancarme las ropas y nos quedamos todos desnudos sin saber dónde caernos muertos ya que éramos como niños recién nacidos. Les conté todo lo que sabía. Mientras les contaba las historias, recibía todo tipo de cumplidos inmerecidos. Ellas me valoraban mucho. Me dijeron que cada una de mis frases tenía una fuerza especial y les alimentaba su intención de entrar en el manglar para realizar sus investigaciones. Al día siguiente, quise ir junto a la tienda para verlas salir; pero la tienda ya no estaba. En su lugar solo había cenizas y una caja vacía. Las hormigas pasaban por encima de ella con trozos de carne de pescado en sus boquitas; pero yo creía firmemente que ellas se habían metido en el manglar.

Un ciego clavó el laúd de tres cuerdas en el camino empedrado del distrito (el *xian*) y se puso a vender sus canciones. Crecían entre las piedras los tallos de una hierba peluda, rebelde y fuerte. Una salamanquesa se subió por una de las piernas del ciego y se paró ahí para descansar. El ciego se puso a contar la historia de un potro y también contó la historia de un miembro del equipo de investigación que vagabundeaba sin rumbo fijo en el manglar.

Ellas nos invitaron a comer algo en la tienda. Yo pensaba que me moría de hambre y su invitación me vino como caída del Cielo.

Mi hijo abrió la boca y emitió un sonido parecido al de un trompetín; parecía por lo tanto que no estaba muy contento. Ya que me había peleado con mis amigos, me sentía solo y aliviaba mi sentimiento de soledad con mi hijo. Mi cintura estaba rígida y no podía doblarla. Mis palabras salieron con un acento que me recordaba al de un padre guardián de su hijo o al del señor de una casa:

—Qing Gou'er, las tías paternas nos han invitado a descansar en la tienda y comer algo. ¿Te vienes o te quedas?

Qing Gou'er recogió varias de esas plantas con hojas que eran como las láminas de una espada que crecían junto al lago y, cabreado, empezó a azotar la superficie del agua con esas plantas. La paliza que mi hijo le estaba dando al agua causó una espuma blanca como la nieve y avivó la actividad de los peces de muchos colores que en ella había. A cada sopapo que le daba al agua, mi hijo mataba dos peces de colores. Esos peces amputados expulsaban

sangre verde por la cavidad torácica, que no se deshacía en la superficie del agua. Esos peces sabían luego mucho mejor cuando se cocinaban, ya que esa sangre verde aumentaba su gusto.

—¿Vienes o no?

—Pero ¿para qué ir? ¿Para veros retozar como monos? ¡Anda ya! —dijo Qing Gou'er con desprecio.

Me acuerdo claramente. Ellas y yo hablábamos de Historia general, y Qing Gou'er era todavía un niño que chupaba la teta de su madre. ¿Qué podía saber él ahora de esas cosas?

Qing Gou'er sonrió desdeñosamente, me miró y dijo:

—Si piensas que no lo sé, ¡te equivocas, amigo!

Yo enrojecí y no supe qué decirle. Criar a un hijo así es una maldición caída del mismísimo Cielo.

—¿Quieres matarme? ¡Pues ya es tarde! —dijo Qing Gou'er, leyendo mis pensamientos.

Él continuaba con su crueldad: cogió un guijarro afilado y lo lanzó al agua. Del impacto mató a dos peces bola que estaban copulando tan felizmente. Una miembro del equipo —una joven de cejas largas y perfiladas y con una boca carnosa y sensual— salió corriendo y agarró a Qing Gou'er. Le dijo, poniéndolo de pie:

—¡Estos peces son únicos! ¡Son más valiosos que los diamantes! Tenemos que protegerlos. ¡No nos convirtamos en sus asesinos!

Qing Gou'er pensó unos instantes en lo que le había dicho la joven, la miró y le dijo:

—¿Esos peces pertenecen a vuestra familia?

—Son un tesoro de nuestro país.

—¡Y una mierda de perro! —soltó Qing Gou'er como un bruto maleducado—. ¡Te voy a matar, puta apestosa!

Qing Gou'er cogió uno de los guijarros y se lo lanzó a la investigadora, provocándole un corte profundo en la cara. La joven empezó a sangrar.

La joven levantó a Qing Gou'er y lo arrojó al agua del lago. Los peces lo rodearon y yo le grité a mi hijo. Si no hubiera sido porque dos inspectoras me agarraron del brazo, habría saltado al agua del río para rescatar a mi hijo. Ellas me exhortaron:

—¿Qué vas a hacer ahora con este hijo malcriado?

Parecía que ellas me habían secuestrado y me habían escondido en la tienda que estaba junto al lago. La joven que había recibido en la cara la

pedrada de mi hijo se sentó junto a nosotros. De su cara salía aún mucha sangre. Dos jóvenes de ese equipo de inspección me habían cogido de las manos y me preguntaban con ansiedad sobre lo ocurrido en el *xian*, pero yo no sabía nada de nada. La mujer de la herida abrió un botiquín y sacó una tirita para tapanla. La sangre dejó de salir, pero la joven no podía abrir la boca correctamente y tampoco podía, por lo tanto, hablar correctamente. En ese momento, me vinieron a la cabeza muchas cosas.

Las tres mujeres del equipo me desnudaron. La verdad es que me desnudaron en un abrir y cerrar de ojos y me dijeron:

—Llevar ropas impide hablar como es debido.

En realidad, sentía lo siguiente: nosotros nos sentamos juntos totalmente desnudos y mi corazón me latía con tal fuerza e intensidad que la sangre que bombeaba me llegaba a todo el cuerpo. Los acontecimientos pasados surgieron de mi boca como el agua de una fuente que brota ininterrumpidamente. Las palabras empezaron a salir por ellas mismas de mi boca para nombrar esos acontecimientos. No necesitaba pensar lo que tenía que decir y las palabras me venían sin ninguna dificultad (no como me sucedía antes).

Hablé con una sinceridad real. Qing Gou'er expulsaba agua de pie junto a la entrada de la tienda. En sus manos había un látigo hecho con una rama torcida del árbol del Amitaba Buda y una piel de víbora. Con sonrisa oscura —una sonrisa femenina, una sonrisa típica del *yin*—, dijo:

—¡Todas vosotras sois unas putas apestosas! ¡Sí, unas putas apestosas!... ¡Y unas mierdas apestosas! Lo sé de sobras. Vuestra intención al entrar en la tienda era confundirme.

Volví a sentirme avergonzado y enfurecido al mismo tiempo. El sudor había empapado mi chaquetilla china y la cabeza también me sudaba. Qing Gou'er me arreó un latigazo con la rama del árbol del Amitaba Buda y casi me parte en dos.

—¡Hoy quiero vengarme de mi madre! —dijo, mostrando su dentadura mellada y con el látigo en la mano, y con una cara que había pasado del verde al rojo y del rojo al púrpura, y del púrpura al azul...

—¡Qing Gou'er, yo no he hecho nada! ¿Oyes? ¡Nada!

—¡Has perdido el honor y tu reputación! —me dijo, azotándome de nuevo con el látigo y rasgando mi chaquetilla china en dos partes. Mi chaquetilla parecía haber sido cortada por unas tijeras.

—Abre los ojos y mira. ¿De quién es esta chaquetilla? —preguntó Qing Gou'er, burlándose de mí.

Sujeté con mi mano un trozo de la tela de la chaquetilla china, sobre la cual podía olerse la marca de los pechos de la mujer que había sido herida por el guijarro.

—Vístete —me mandó hacer el hijo.

—Me visto —le respondí. Me vestí y las mujeres del equipo se azoraron. Todas ellas enrojecieron, de hecho. Incluso sus pezones se pusieron duros. Con apresuramiento, todas ellas se precipitaron para buscar sus ropas y vestirse.

Mi hijo sonrió y me dijo:

—¡Papa, mira cómo les doy una lección a esas putas apestosas! —Levantó el látigo y empezó a dar latigazos a todas las jóvenes del equipo. Ellas gritaban mientras que mi hijo les sacaba la piel y la sangre con sus latigazos. Las jóvenes cayeron rodando por el suelo, llorando como fantasmas y aullando como lobos.

Yo me arrodillé delante de Qing Gou'er y le supliqué que dejase en paz a las pobres jóvenes inspectoras.

Mi hijo dejó de azotarlas y se puso el látigo en la cintura. Con odio, dijo:

—Si no fuera porque mi padre se ha arrodillado, ¡os arrancaba el culo a trizas!

Las jóvenes enterraron sus cabezas en la hierba dorada. Sus espaldas se habían hinchado y aparecían surcadas con caminos rojos y púrpuras. De esa manera estaban sus cuerpos desnudos hasta que recompusieron sus vestidos estampados de flores.

Yo me giré y vi el látigo con la piel de víbora sujeto en su cintura. Observé a mi hijo —ese diablo— con la mata de cabello revuelto y me vinieron a la cabeza dos sentimientos muy diferentes. El primero, de odio, de mucho odio hacia mi hijo. El segundo, de compasión, de una profunda compasión hacia él. Pensé: si una persona pierde su humanidad —es decir, aquello que le hace ser un ser humano y no otra cosa—, incluso si se trata de un niño, puede ser mucho más destructor que cualquier bestia salvaje.

—¡Estas son las formas que os merecéis! —me amonestó mi hijo tras haberme leído los pensamientos.

Y no solo preveía mis actos, sino que preveía mis pensamientos con una exactitud que me dejaba estupefacto. Eso lo sabía desde hacía tiempo, pero no, no podía...

—¡No creas que eso sea posible! Te lo dije hace tiempo. ¡No creas que eso sea posible! —Mi hijo tocó con su mano el látigo que había sacado de su cintura y añadió—: Y como decía la abuela Li, ¡camarada, has llegado tarde!

Las jóvenes del equipo gubernamental se abrazaron entre ellas y se pusieron a lamer el látigo del Qing Gou'er como si este estuviera impregnado de crema, y sus carnes desnudas aparecieron de nuevo relucientes ante nuestros ojos y, para decirlo todo, su atractivo sexual también.

—Mis queridas tías, vestíos, rápido... ¡Mi padre tiene las ideas de un diablo! —dijo Qing Gou'er con muy mala leche.

Las mujeres utilizaron sus lenguas puntiagudas para lamerse los labios rojos y se vistieron de nuevo con parsimonia. Se pusieron todo tipo de ropas: grandes y pequeñas. Parecía que no acababan de vestirse nunca, como si se estuviesen poniendo todas las ropas del mundo.

Su actitud respecto a mi hijo cambió radicalmente y a mí me dejó perplejo. Mi hijo se escabulló de sus brazos. Les tocaba los senos y el culo. Parecía que mi hijo había encontrado en esas mujeres a unas madres. Se quedó finalmente solo a un lado y no estaba en absoluto avergonzado.

En unos árboles, no muy lejos de la tienda, se habían depuesto los tres cadáveres de los hombres del equipo de inspección. Sus cuerpos sin vida estaban metidos en unos troncos y parecían tres barcas con su proa y su popa. Nosotros (las jóvenes y nosotros) buscábamos champiñones cuando descubrimos los cadáveres de los tres hombres y no solo me asusté, sino que las jóvenes se asustaron igual que yo. Y según me dijeron ellas, el día que entraron en el manglar fue cuando se separaron de esos tres inspectores. Al ver esos cuerpos sin vida, las tres se pusieron a llorar desesperadamente. Yo sentí que con esos llantos la bóveda del cielo iba a quebrarse. Ellas los buscaron con sus pensamientos, pero no los encontraron... Varios días después, un helicóptero apareció sobre las aguas del lago y ellos iluminaron el espacio con su luz. Las hélices daban vueltas y el helicóptero redujo lentamente su velocidad. Un viento feroz se desató sobre las aguas del lago, arrugándolas. Las tres mujeres vieron claramente a los tres hombres sentados en el interior del helicóptero. Ellas, excitadas, se pusieron a llorar. El helicóptero desplegó sus dos grandes tubos flotantes con la intención de posarse sobre...

—¿Y luego?... —pregunté ansiosamente.

Hinchándosele las mejillas, la joven del equipo suspiró hondamente:

—El helicóptero se posó sobre el lago...

—¿Y quién había dentro?

—Y cuando descendió el helicóptero, ¿la gente podía saltar?

—Pero ¿quién se encargó de hundir bajo el agua los cadáveres de los tres hombres? ¿Llevaban los cadáveres dentro de los troncos?

—Los que recogieron los cadáveres los pusieron en los troncos y los hundieron bajo el agua.

No se me había ocurrido que ella pudiese contestarme con esa cara de listilla que puso. Tampoco me hubiera imaginado que la cosa era complicada. Mi hijo, por supuesto, se llevaba cada vez mejor con esas jóvenes. El muy pícaro se vestía y se desvestía con ellas, les daba palmaditas en el culo y se agarraba a sus cuellos. Todo eso eran los trucos del hijo de un diablo.

Yo doblé la cintura y vi de cerca las caras de esos tres cadáveres. La madera de los troncos en la que estaban metidos esos tres hombres olía a pino y, aunque los troncos eran muy gruesos, la cercanía de mis ojos los deformaba y los veía torcidos y muy finos. Esos tres hombres eran sin duda alguna tres enormes gemas de ámbar. Podían pasar mil años y esa piedra seguiría intacta. ¿De qué iban a servirles esos troncos de madera? ¿Qué explican esos caminos que surcan las cortezas de un tronco? Las caras de los cadáveres parecían muy tranquilas. Para ellos, al parecer, la muerte fue un momento de liberación tras mucho sufrimiento acumulado. Estiré el dedo índice y los toqué. Estaban durísimos, y me dio la sensación de estar tocando una piel seca y blanda al mismo tiempo.

Nosotros recogíamos los numerosos champiñones que crecían bajo los árboles del Amitaba Buda y luego los metíamos en una cazuela de metal para que hirviesen. Las cerillas que utilizaban las mujeres habían sido fabricadas por ellas mismas. La cabeza del fósforo estaba hecha son sulfato y la varilla parecía haber sido hecha con la corteza de un árbol de Amitaba Buda. La llamita azul de la cerilla encendía el fuego que calentaba la cazuela. El olor fresco de los champiñones salía del recipiente metálico.

El sol estaba alto y rojo y parecía encontrarse muy cerca de las aguas del lago. Una manada de cisnes descendía desde el cielo para posarse sobre el lago. Las aguas del lago, rojas como la sangre, y la luz roja del sol se habían juntado para dar un brillo espectacular y glorioso al lago. Los cisnes se habían teñido con ese mismo color rojo y sus cuellos parecían intestinos curvados de color rojo. Y tanto los árboles del Amitaba Buda que estaban cerca como los que estaban lejos se habían teñido con ese mismo color rojo tan particular. Los peces de mil colores nadaban sobre la superficie del agua.

Parecía que flotaban sobre esas aguas. Era la primera vez en toda mi vida que presenciaba un paisaje de una belleza así.

Una de las jóvenes del equipo de inspección sujetaba una cámara con sus manos. Buscaba el ángulo apropiado con el sol detrás para tomar las mejores fotografías con los peces extraños, los árboles bellos, la luz del lago y todo lo ilusorio e irreal de ese lugar maravilloso.

El sol acababa de ponerse detrás del lago y la luna asomaba ya en el firmamento. Esa luna también era muy extraña. Su color rojo también era extraño. La luz de la luna se colaba entre las ramas de los árboles y las ventanas de las casas.

El humo que desprendían los champiñones mientras hervían se mezclaba con la luz lechosa de la luna y aumentaba la densidad del ambiente, en el cual reinaban el silencio y la tranquilidad. Lo único que nuestros oídos podían escuchar eran los champiñones hirviendo en el recipiente y el ruido de algunos cisnes moviéndose entre las plantas que flotaban en el lago.

No corría ni una pizca de aire y las ramas de los árboles del Amitaba Buda colgaban indiferentes y apáticas. La luna dejaba ahora tras de sí una luz plateada que suprimía la luz propia de los diez mil objetos que formaban el mundo. Todo se uniformaba, como las sombras que el cielo proyectaba sobre las aguas del lago y las sombras que el lago proyectaba sobre el cielo. Los cisnes parecían haberse convertido en piedras de jade y sus sombras blancas se estampaban en un cristal rojo.

Y cuando una nube fina cubrió la luna, nosotros nos sentamos sobre la hierba revuelta que había crecido fuera de la tienda. Las jóvenes nos contaron a mí y a mi hijo que se habían topado con muchos fenómenos extraños y maravillosos. Yo las escuché fascinado. Mi hijo, sin embargo, no paraba de burlarse del acento de esas jóvenes.

Apareció una manada de zorrillos habladores —de esos que yo conocía tan bien—, e iban vestidos de la siguiente manera: gorrito rojo, chaqueta roja y pantalones cortos verdes. Se apoyaban sobre sus colas y rodearon el puchero con los champiñones.

Uno de los zorrillos habladores aspiró aire por la nariz y dijo:

—Esto huele muy bien.

Y los otros zorrillos habladores repitieron al unísono:

—Esto huele muy bien.

Un zorrillo hablador dijo:

—Los champiñones que se cuecen en la cazuela son muy buenos. ¡Hay que meter la garra!

Qing Gou'er dio un salto desde las rodillas de las jóvenes y gritó:

—¡Ahora vengo! Buscaré un palo para remover los champiñones.

Los zorros y gatos habladores, al ver a mi hijo, se pusieron a bailar de lo contentos que estaban. Ello no me sorprendió, ya que eran amigos desde hacía mucho tiempo.

Mi hijo levantó la tapadera del recipiente metálico con los champiñones y los removió. Los zorrillos habladores se precipitaron junto a la cazuela y se pelearon por hacerse con algún champiñón.

Mi hijo dijo:

—Padre, me voy a jugar con los zorrillos habladores.

En un abrir y cerrar de ojos, los zorrillos habladores rodearon a Qing Gou'er y se metieron juntos en el bosque denso, donde desapareció al instante. A partir de ese momento no se les vio ni la sombra.

Cuando el hijo estaba con nosotros, sospechábamos que se llevaba algo entre manos, y cuando se fue, nos quedamos todos de brazos cruzados sin saber qué pensar ni qué hacer.

Al día siguiente, por la mañana temprano, me despedí de las mujeres del equipo gubernamental y me fui a buscar a Qing Gou'er. Las jóvenes habían escrito una carta que me dieron en mano. En ella me daban cita en el *xian*. Debía presentarme en las oficinas del *xian* en persona. Temía perderla y la grabé en mi memoria. De hecho, podía recitarla de memoria en cualquier momento. Llegar hasta el centro del manglar no me llevó más de cinco minutos. Pero una vez dentro, perdí el sentido de la orientación y no sabía dónde me encontraba. Los árboles del Amitaba Buda —con sus numerosas ramas airadas— me recibieron. Sobre el suelo se amontonaban hojas afiladas como cuchillas. A un lado se acumulaban varios troncos de árboles cubiertos con plantas blancas. Esas hojas no eran las hojas alargadas de los cactus del sisal, pero lo parecían. Todos los animales y las plantas que ahí se reunían debían tener un nombre. Lo cierto es que no sabía si me sentía tan excitado por ignorancia propia (era la primera vez que mis ojos veían eso) o por alguna otra razón. Las hojas del sisal estaban más afiladas que la hoja de un cuchillo. Yo hacía todo lo posible por no molestarlas. Mientras rehuía esas hojas de sisal, las ramas de los árboles del Amitaba Buda azotaban con furia mi cabeza; y yo, dolorido, me puse a llorar. No circulaba una gota de aire y los rayos del sol no penetraban en ese bosque tupido y espeso. Olía mal por

los cuatro costados y la vegetación era tan densa que era imposible saber con exactitud la cantidad de peligros que encerraba. Estaba desesperado y me arrodillé en el suelo. Mis oídos solo podían escuchar el murmullo de las aguas del manglar y volví a necesitar la presencia infalible de mi hijo.

—Qing Gou'er, ¿dónde estás?

—Qing Gou'er, ¿dónde estás?

Hubo alguien que repitió lo que dije. Pensé de repente en el paquete de cigarrillos que tenía en uno de los bolsillos de mi pantalón. Saqué un cigarrillo y me puse a fumar. Eso calmaría mi tensión. Había tres cerillas. Una no funcionaba, pero la segunda se encendió.

Tras expulsar el aire, me puse a pensar en una historia antigua que presentaba un problema: «Nosotros vimos una rosa roja y olorosa, y de esta manera nos habló la gente: pero ¿cómo podía esa rosa ser rosa, ser roja y ser olorosa?»

Me quedaba una cerilla. ¿Debía usarla para encender otro cigarrillo? No quería malgastarla... Oí entonces un ruido... Giré la cabeza para ver lo que sucedía y descubrí dos alas desplegadas como dos abanicos. Ese pájaro enorme me cogió con las palmas de sus pies y yo me sobresalté, tensando los músculos y sacándomelo de encima. Y volví a ver la escena: entre los árboles dispersos, habían construido cabañas de grandes dimensiones hechas (y cubiertas) con muchas ramas y muchas hojas. Yo trepé en los árboles para ver esas cabañas de cerca y una vez arriba me puse a seguir la pista que me daban unos pitidos que venían del nido. Se escuchaban murmullos en todas las cabañas. Lo que debían estar comentando me resultaba del todo misterioso. Parecía que no tenía ninguna relación conmigo, pero también parecía que yo estaba implicado (y mucho) en ello. La carta que me habían dado los miembros del equipo hizo un ruido en mi bolsillo y enseguida puse la mano encima de él. No había unas pocas cabañas, había muchísimas, y estaban cubiertas con hojas y ramas, y todas ellas daban escalofríos. Yo no tenía la cabeza de un filósofo y lo que me apetecía era estirar las piernas y salir corriendo. Oí en mi cerebro un grito que me dejó sordo. Fue como si alguien me hubiese golpeado la oreja y escuché un zumbido. El grito no se interrumpía en mis oídos. Parecía más fuerte e intenso, más peligroso de lo que era en realidad. Cuando se me enfrió ligeramente la cabeza, fui capaz de pensar como los adeptos de la filosofía de los Supervivientes, la filosofía de los Vasallos, la filosofía de los Parásitos, y otras filosofías igual de profundas. Me cubrí la cabeza con las rodillas y parecía estar pensando como

un auténtico filósofo, pero en realidad estaba paralizado por el miedo. De los agujeros de las cabañas empezaron a salir hombres armados con palos y cuchillos. Formaron un círculo y, para evitar sacrificios innecesarios, fingí, tumbado en el suelo, que estaba muerto. Según cuenta la leyenda, el tigre no come cuerpos que ya están muertos y el buen Han (el buen chino, el que pertenece a la etnia mayoritaria y dominante Han) no golpea a los que están caídos en el suelo. Yo creía firmemente que esos hombres eran todos unos buenos Han. Rezaba y suplicaba a todos los espíritus —tanto del Cielo como en esta tierra— que me protegiesen del encuentro fortuito con esos buenos Han y no morir como un perro sarnoso.

Sus piernas eran altas y musculosas y estaban bien alineadas. Parecían las rejas de una verja.

—¿Estás muerto? —dijo una voz envejecida y profunda.

—Pues todavía no...—dije y luego me doblé y me senté.

Me ataron con una cuerda de piel y un buen mocetón Han puso su cuchillo de lámina larga en mi garganta. Yo sentí algo parecido a una descarga eléctrica que pasó inmediatamente por mi columna vertebral, y en un gesto instintivo, aparté el cuello. De mi boca salieron unos sonidos extraños, lo que provocó sus risas.

—¿Queréis matarme? —pregunté tímidamente.

—Vayamos a ver al jefe para ver si te matamos o te soltamos. Lo que te digamos nosotros no tiene mucho valor.

En ese momento, pensativo, me quedé observándoles. Todos ellos llevaban uniformes del color de la hierba verde. Se parecían al uniforme del Ejército de Liberación Popular, pero el verde no era exactamente el mismo. Delante había un Han que indicaba el camino a seguir y detrás había un grupo rodeándome y avanzando hacia delante. Fuimos todos directamente hacia el interior del bosque. Nuestros pies se toparon a menudo con trozos sueltos de madera. A medida que avanzábamos, ese bosque parecía cada vez más denso e impenetrable; y la parte que no lo era pertenecía a una tierra que había sido labrada. A los lados de la madera caída había unos árboles del tamaño de un hombre. En sus troncos crecían unos hongos del tipo de la oreja de nube de color rojo; tanto de cerca como de lejos, parecían flores auténticas. Además, había unos conejos verdes agachados bajo esos árboles que se los estaban zampano con gusto.

Yo seguía sin saber adónde me dirigía. Ese trayecto largo e inacabable, ¿cuántas veces en sus vidas lo había recorrido esa gente? Por la mañana

avanzabas, y por la noche no avanzabas... Por eso no perdía la calma; y mientras avanzaba, gozaba del paisaje que veían mis ojos. ¿Para qué preocuparse, entonces?

No me faltaba la razón cuando creía estar acercándome a un pinar, y tampoco me faltaba la razón cuando creía que ya era mediodía. El sol brillaba con intensidad —y caía como flechas— entre los entresijos que dejaban las ramas de los árboles. El ambiente se había llenado con el olor que desprendían los pinos y el sudor corría por los cuerpos de los buenos Han que vestían con uniformes verdes. Me di cuenta de que el sudor penetraba en los uniformes y el color verde se hacía en esos momentos más fuerte. Casi se ennegrecía y entonces sí que se parecía al uniforme de los soldados del Ejército de Liberación Popular; pero no lo era... Les faltaba algo. Se oyeron ruidos de pájaros ya en lo más profundo del bosque. ¿No eran pájaros carpintero taladrando los troncos de los árboles?

Delante, y a un lado, había un montículo de tierra que parecía una tumba. Al lado de mi oreja pude oír que alguien decía:

—Hijo, no llores, no pongas cara de asistir a un funeral. Sonríe cuando veas al jefe. Que se te vea muy feliz. ¿Oyes? Muy alegre...

Esa voz me era muy familiar. Confiaba que eso fuese verdadero y aplicable en todas partes. ¡Lo era! ¿Por qué iba a poner cara de funeral? ¿Y por qué iba a estar feliz? Justo cuando estábamos cerca, descubrí que ese montículo —grande como una montaña rocosa— era un búnker rodeado de árboles. Sobre el montículo crecían unas hierbas que eran falsas y unos agujeros que parecían casas de ratones, pero que en realidad eran agujeros para disparar desde dentro.

En el búnker había una entrada que era como la entrada de una cueva. A los dos lados de la entrada crecían dos pinos de pequeño tamaño... Bueno, no lo eran del todo; eran un par de centinelas que hacían guardia que pretendían ser un par de pinos.

A lo lejos, las copas negras de los árboles se juntaban y formaban un grupo apretado de puntas que recordaban el humo negro que asciende al cielo desde las chimeneas de las casas.

El buen Han que indicaba el camino me dijo:

—¡De pie, tú!...

Se agachó, se metió en el búnker y no volví a verlo. A cabo de bastante tiempo, salió un niño vestido de rojo que dijo:

—Eh, vosotros..., entrad dentro.

Y nosotros entramos en el agujero del búnker. Con una antorcha en la mano, el niño nos guio hacia la entrada de una cueva y el camino que en ella había. El subsuelo estaba lleno de guijarros, en medio de los cuales trepaban varios cangrejos y caracoles. Se oían gotas de agua al caer sobre el suelo y las paredes estaban cubiertas de musgo. Varias salamanquesas se habían colocado una detrás de otra en el dibujo del huso. Parecía como si un hacha hubiese abierto de un corte el caos primordial que reinaba en mi cabeza y era incapaz de decirlo.

Una mano gruesa me tapó la boca y un hombre me susurró:

—No pasa nada si te sientes un poco mal. Esto es por tu bien...

Luego me levantaron del suelo, me llevaron a cuevas y salieron corriendo. Su manera de correr no era muy ortodoxa y mi frente friccionó con la pared que había en la entrada de la cueva, con el huso que había en el muro, con las salamanquesas del huso y con la piel llena de asperezas de las salamanquesas. Entré en un sala iluminada con antorchas y me tiraron al suelo, igual que a un perro muerto.

—Informamos al jefe de nuestro destacamento... ¡Hemos atrapado al traidor! —dijeron al unísono.

—Cada uno de vosotros recibirá una o dos monedas de oro. ¡Id a ver al contable y que os paguen ya!

Alcé la cabeza y, como quien es sorprendido gratamente, vi inesperadamente —como si estuviese inmerso en un sueño— sentado en el centro de la gran sala y sobre una silla imperial —e igual que un sol que ilumina la historia del clan de los masticadores de cisca— al jefe del regimiento de las «pieles». Lo que le diferenciaba del pasado era esto: encima del labio superior de su boca habían crecido unos bigotes cuyas puntas se levantaban como un par de cuernos.

—Jefe de las «pieles», ¿cómo está usted? —le pregunté con ánimo de alimentar su ego.

—Esté como esté, a ti... ¿qué coño te importa? —me respondió con desdén el jefe de las «pieles». Desgarradle las ropas. ¡Y que se haga una búsqueda estricta!

Varios Han saltaron desde los dos lados y lo primero que hicieron fue desatarme. Mi cuerpo, al levantarse, aún se sentía dolido por las cuerdas de piel de buey. Luego sentí unas manazas que cogían mis ropas y las destrozaban. Las dejaron hechas unos hilos sueltos. A los dos lados del jefe

de las «pieles» había un par de mujeres de mediana edad que me mataban con la mirada y me hicieron sentir incómodo.

Un grandullón Han sacó una carta sellada y se la dio al jefe de las «pieles», el cual alzó las cejas y frunció el ceño. Tras abrir el sobre y leer la carta, dijo indignado:

—Estas tres *yatou* de pelo amarillo... ¡son perras apestosas! ¡Increíble! ¡Las voy a hervir vivas en la cazuela!

La mujer del flanco izquierdo cogió la carta, dio un par de pasos, la acercó a una de las llamas de las antorchas y la quemó. Cuando acabó de prenderse el papel, la carta se convirtió en una mariposa gris que revoloteó durante unos segundos en el aire y luego cayó al suelo.

—Examinad sus pies y sus manos —ordenó hacer el jefe de las «pieles».

Un par de grandullones Han me empujaron al suelo. Uno se quedó mirando los dedos rotos de mi mano y otro los dedos de mis pies. Yo me sentí muy ofendido, pero no me atrevía a rebelarme.

—Le informo al jefe del destacamento: este no tiene las manos palmeadas.

—Le informo al jefe del destacamento: entre el cuarto y el quinto dedo de su pie izquierdo, ¡hay una membrana que los mantiene unidos!...

Yo miré enseguida mi pie izquierdo y descubrí por primera vez que, en efecto, tenía una membrana roja que unía esos dos dedos. ¿Cómo me ha podido pasar algo así?

—¡Sacadlo fuera! ¡Y que lo castren! —dijo el jefe de las «pieles».

Comprendí obviamente lo que quería decir el jefe de las «pieles» con su orden y lancé un aullido. Mi grito desgarrador hizo que el grandullón Han de la tez negra pusiera inmediatamente una de sus manazas sobre mi boca. Pero a mí, esa mano asquerosa no me intimidó y le di un mordisco.

—¡Soltadle! —pidió el jefe de las «pieles».

Y yo me arrodillé en el suelo y mi cabeza golpeó el suelo como lo hubiera hecho una cabeza de ajos. Dije:

—Jefe, levante la mano y ahórreme este castigo. Se lo juro... Mis descendientes no han nacido con los pies palmeados...

Mi abuelo, que hacía poco que me había dejado, apareció desde detrás de una pantalla y buscó la compasión del jefe de las «pieles». Llevaba en sus manos la jaula de bronce del Noveno abuelo y con ella quería ablandar el corazón del jefe del destacamento. La lechuza que estaba dentro se me quedó mirando. Mucha gente que me era familiar se dirigió al jefe de las «pieles» para que se compadeciera de mí.

El jefe del destacamento de las «pieles» echó un trago de licor, se quedó pensando durante un rato y dijo:

—Mi corazón me dice que no debo castrarte. Esto no podría durar mucho... No ha sido fácil traerte hasta aquí y te dejaremos que disfrutes del paisaje durante varios días.

Uno de los Han grandullones me ayudó a vestirme.

El jefe de las «pieles» dio órdenes a una mujer de mediana edad con un aspecto más bien glamoroso.

—Xia Xia («nubes rojas»), llévatelo.

Xia Xia me cogió de la mano y dimos unas cuantas vueltas y giros hasta que salimos finalmente del búnker. El sol ya había sacado su cabeza, la cual colgaba del centro del cielo ya que era mediodía. Los centinelas que había en la entrada y los pinos que había tanto lejos como cerca parecían —al igual que antes— humo negro que tendía hacia el cielo bajo un sol de plomo.

VII

Xia Xia era una mujer de buen temperamento y bella. Me llevaba cogido de la mano, pero no me decía nada. Me armé de valor y le pregunté varias veces adónde me llevaba, pero ella no me decía nada. Se limitaba a mover los labios, pero no decía nada. Ni siquiera escupía. Presentía, creo, que yo sabía que las membranas rojas que unían los dedos de su mano me parecían adorables. Sus pies también habían nacido con esa anomalía. Esa era la razón por la cual se había desvanecido el odio que yo les tenía a las manos y los pies palmeados. Incluso me surgió una opinión favorable —y por razones misteriosas, dicho sea de paso— sobre las manos y los pies palmeados. Sus manos palmeadas me transmitían calor y azuzaban mi deseo. Me provocaban, por decirlo de alguna manera, un tipo de sensaciones ilícitas y ambiguas.

Por otra parte, yo apretaba su mano y ella gruñía ligeramente, como queriendo expresar cierto dolor. En su rostro se esbozaba una sonrisa bella, pero de preocupación. Parecía como si una tela de muselina cubriese su cara. Dijo finalmente con una voz suave:

—Afloja un poco, que me haces daño.

Me sentí inmediatamente avergonzado y aterrorizado. Había un grupo de zorros y gatos habladores —las «pieles» con lenguas pequeñas— sobre los árboles que no paraba de reírse. Nos lanzaban innumerables arándanos rojos. Las manchas que nos dejaban en el cuerpo parecían sangre.

Xia Xia se puso a gritar:

—¡Sois unos animales!

Y tras escucharlo, las «pieles» respondieron como era costumbre en ellas con las mismas palabras:

—¡Sois unos animales!

Xia Xia me arrastró hacia los árboles para que nos protegiésemos detrás de ellos y desde ahí pude ver ante mis ojos una gran puerta, sólida y firme, que estaba hecha de madera de pino y de la que colgaban unas flores. Había un par de Han en la entrada que parecían las estatuas de dos fortachones. El de la derecha sujetaba con sus manos una lanzadera de dardos y con la mano izquierda un gran espadón cuya hoja era blanca como la nieve. La ballesta llevaba en sus extremidades unas cintas rojas que colgaban de ellas y de la espada, unos mantos de candela rojos.

Xia Xia les contó que yo era el invitado de jefe de las «pieles». Uno de los centinelas que no estaba demasiado satisfecho gruñó algo como un garrulo y nos dejó entrar.

Delante de mí había una cama de flores con la forma de un huso. Y en esa cama de flores, no solo había flores, sino también ese tipo de hierbas aromáticas de color verde jade. Detrás había una figura de yeso cuyo semblante recordaba el del jefe del destacamento de las «pieles».

Después, bajamos por una calle que se extendía por una pendiente, aunque no tenía la sensación —debería de haberla tenido— de estar yendo hacia abajo. El campo de visión era ancho y delante de mí había una gran piedra con el nombre del jefe de las «pieles» grabado en ella. Aunque ponía cara de asustado, todo eso me resultaba en gran medida familiar.

Xia Xia me pinchó con los dedos y me dijo:

—¿Estás cansado? —Me acompañó por una puerta pequeña. Tras cerrarla, una luz amarilla y cálida se hizo en la habitación. Ella dijo involuntariamente —: Esto no es lo que yo pensaba.

Mi rostro casi se puso a arder. Luego nos sentamos a un lado y ella se apoyó sobre la pared. Ante nosotros había un campo salvaje, abierto y ancho. En ese campo había ese tipo de reflejos que como espejos devolvían la luz de forma más intensa. Los hombres y las mujeres, los viejos y los jóvenes, se ejercitaban en esos campos y granjas. Entre ellos, los que más trabajaban eran los jóvenes. Ellos cantaban mientras trabajaban. Era una melodía agradable de escuchar, y cada vez que cantaban, ellos evitaban ver el sol de frente y se giraban.

—¡Esas mujeres parecen unos huevos podridos! —solté.

Xia Xia me tapó la boca con una de sus manos y con ello quiso decirme que no abriese el pico.

Al alba y con la puesta del sol, con la luna llena y con la luna menguante, con lluvia, nieve, truenos y relámpagos, las plantas crecían y crecían. Ese espejo de agua se acercaba a nuestros ojos y podían verse las hierbas, las flores y los peces que había debajo del agua. Nos agachamos y bebimos de esa agua fresca y cristalina. Al pasar por mi garganta, sentí que mi cuerpo, extrañamente, se calentaba. Había unas cigarras y una mantis religiosa que recorrían las ramas flexibles de los árboles. Dos jóvenes cogidas de la mano se acercaron al agua y se pusieron delante de nosotros. Sorprendido, emití un sonido y Xia Xia volvió a taparme la boca con su mano. Cuando sacó su

mano de mi boca, creía que me faltaba todo el aire del mundo y me lo pensé dos veces antes de decir cualquier otra cosa.

Ni el joven ni la joven nos descubrieron. Mi corazón —a pesar de que yo estaba lejos de todo peligro— se puso a batir con fuerza. Los ojos de los jóvenes estaban frente a nuestros ojos. Cuando las lágrimas caían de los ojos de la mujer, en los del joven también caían. Y cuando los ojos del joven brillaban de felicidad, los de la mujer también desprendían felicidad...

¿Era eso el amor?... Sí, lo es, el peligro que se corre es enorme. Esa es la historia que circulaba desde hacía mucho tiempo, pero había algo que había cambiado desde entonces. Los dos individuos se abrazan apasionadamente. Se muerden la cara, el cuello y las orejas. La mujer gime, se sacude, se agita y se mueve de un lado a otro. Un hombre y una mujer están acostados juntos sobre la hierba blanda y mullida. La cosa se calma durante un rato y luego vuelve el movimiento, dejando la hierba totalmente aplanada. Gritos de pájaros, gemidos, chillidos infantiles..., y ranas, muchas ranas y sapos saltando al agua y croando a rabiar. *Chop, chop*. Sobre la superficie del agua se formaban burbujitas de espuma blanca. El sol rojo presionaba sobre las copas de los árboles. Era una tarde muy cálida y esos dos jóvenes se quitaron las ropas ante nuestros ojos. Nos mostraron sus cuerpos prístinos y relucientes.

Descubrí que los dedos de las manos y los pies de esos dos jóvenes estaban unidos con unas membranas rojas y podían por lo tanto moverse a sus anchas por debajo del agua. Con esas manos y esos pies palmeados chapoteaban sobre el agua y provocaban mucha espuma. Nadaban con la misma naturalidad que un anfibio lo hubiera hecho. Y lo hacían igual de bien. Ellos dos daban vueltas en el agua, se enrollaban sobre su propio eje, salían a la superficie y volvían a sumergirse. Al alba y con la puesta del sol, con la luna llena y con la luna menguante, con lluvia, nieve, truenos y relámpagos, el sorgo de los campos maduraba y maduraba. Al llegar el otoño, las flores de loto blanco a las que tanto les gustaba salir por las noches se desvanecían. Los pétalos de esas flores de loto blanco parecían dientes de marfil bajo la luz de la luna. La luz se reflejaba en los pétalos y les daba lustro y consistencia, pero también les daba un halo fantasmagórico. Todo eso no era más que impresiones. A pesar de que las flores de loto blanco se marchitaban y acababan por desvanecerse, su imagen —la primera, la de la plenitud vital y la de su belleza máxima— resucitaba en mi cabeza. La mujer se quedó suspendida sobre la superficie perlada del agua y caminaba sobre ellas

cuando descubrí su barriguita abombada. Sus pechos —que eran firmes y bien rellenos, pero no muy grandes— se habían vuelto dos sacos grandes, y de sus pezones solo quedaban unas manchas negras y extendidas. Estaba embarazada. Se secaba las gotas de agua de la barriga con las hojas de los árboles, y una tira roja —que parecía una cicatriz— le atravesaba la barriga y el pecho. Con unas hierbas finas se secaba el agua del cabello. Un grupo de sombras de hombres uniformados —con unos uniformes verdes— que no eran exactamente unos soldados apareció de repente con unas porras de madera y unas cuerdas en sus manos. Presa del pánico, ella puso las manos en su barriga. Los hombres de verde se agruparon y avanzaron juntos. Los agarraron a los dos y los tumbaron al suelo. Luego los ataron. Todo eso habría asustado a cualquiera que lo hubiese presenciado. Y otra vez, la impresión que me dejaron en la cabeza las flores blancas de loto bajo la luz de la luna y la noche estrellada. A ellos dos los diferenciaba su naturaleza vegetal. Cuando los ojos de él sacaban fuego, los de ella también sacaban fuego. Cuando los ojos de él expresaban desesperación, los de ella también expresaban desesperación. Ocho portadores de un palanquín negro, que levantaban un palanquín grande de color amarillo, se plantaron delante de nosotros. El olor de la hierba que llevaban los portadores en la boca llegaba hasta los orificios de mi nariz. Había un par de mulos delante del palanquín. Dos viejos huesudos y delgados iban montados sobre esos mulos. Detrás del palanquín había cinco individuos de diferente edad y tamaño. Entre ellos, había uno niño con el cuerpo de un mono y los ojos de un gallo. La viveza de esos ojos me recordaba la lechuza del Noveno *laoye*. El palanquín quedó clavado en el suelo y un hombre —uniformado como un soldado— recorrió la cortina de la ventana. Del palanquín salió —con la borla en su gorra, y como un ser emplumado y ligero— el capitán de las «pieles». Nada más salir del palanquín, el jefe del destacamento de las «pieles» disparó a la hierba y levantó un trozo de tierra. Ese disparo nos dejó a todos asustadísimos. El jefe de las «pieles» sacó de su bolsillo un papel con lo que debía decir y estuvo leyéndolo durante cuatro horas. El único objetivo que se proponía con ese discurso interminable era el de justificar el castigo por el fuego; pero a mí me provocó una intensa somnolencia y me costó mantener los ojos abiertos mientras le escuchaba hablar. Al anoecer, los presentes —que no eran pocos— observaban la superficie plana y destellante como un espejo del agua junto a los haces de tallos de sorgo seco que iban a servir —una vez secos del todo— de antorchas. Desataron a los dos enamorados, y tanto él como ella

sacudieron sus miembros, que habían enrojecido por la presión de las cuerdas. Sus emociones se estabilizaron. Les pidieron que se extendieran sobre un par de tablas de madera. Así lo hicieron; y, al hacerlo, sonrieron. Obedientes, no se movieron de las tablas. Los uniformados sacaron un par de barriles con mantequilla amarilla y los dos jóvenes se embadurnaron de los pies a la cabeza. Y cuando acabaron, se pusieron otra capa de mantequilla. Los dos lo hicieron coordinando armónicamente todos sus movimientos. Lo que hacía él, lo hacía ella. Los dos se miraban a los ojos. No había ninguna chispa de felicidad en esos ojos. Cuando apareció la luna, las aguas se convirtieron en un espejo enorme. Los pétalos de las flores blancas se alzaban como dientes de marfil, y esa era mi impresión remota y vaga. El capitán de las «pieles» se sentó sobre su silla de caña de bambú trenzada y volvió a disparar por pura diversión sobre los topos que había en la hierba. Pusieron mucha paja entre los cuerpos de los jóvenes y la prendieron. Los dos jóvenes se pusieron a gritar mientras prendían el fuego. El viento que se había girado ayudó a que se avivara. La luz de la luna se oscureció y las caras del hombre y la mujer enrojecieron como las paredes de hierro que hay en un horno. La impresión de las flores de loto blancas se vio envuelta en una niebla roja. Las llamas del fuego llegaban hasta el cielo, y el cielo se emblanqueció de golpe. Todos los presentes contenían la respiración al mismo tiempo que el humo seguía su ascensión hacia el cielo. Las «pieles» se pusieron a lanzar hurras y a cantar mientras ardía la paja:

*¡Sabe bien, sabe bien! ¡Esto sí que sabe bien!
Échale hinojo y tendrá mejor sabor,
échale ajos y tendrá mejor sabor,
¡y échale también una pizca de sal!*

El jefe del destacamento de las «pieles» disparó a los zorrillos habladores y estos salieron huyendo dando vueltas.

El fuego se extinguió. El humo blanco que ascendía se había vuelto del color de la plata tras fundirse con la luz de la luna. El viento dirigía ese humo hacia las caras de la multitud que se había juntado para ver la hoguera. Luego, el humo desaparecía sin dejar rastro.

Xia Xia le dio un cachete con su mano palmeada. ¡Plaf!, se pudo oír. Mi cabeza se llenó de serpientes de fuego voladoras, de fuego, y de la impresión de las flores de loto blanco, de un sueño, de impresiones, todo junto. El niño castrado lanzó un grito.

El jefe del regimiento de las «pieles» lanzó por los aires su arma sin moverse de la silla de caña de bambú sobre la que estaba sentado. La pistola dio varias vueltas sobre su cabeza y luego cayó al suelo. El jefe de las «pieles» la recogió del suelo y... ¡pum! Volvió a disparar a la hierba. Tras el silbido de la bala se vio un hilo de humo ascendiendo al cielo. El jefe de esos zorrillos habladores —las «pieles»— volvió a repetir el mismo gesto con la pistola. Un par de tablas con puntos rojos como la sangre se soltaron desde el amarre de las aguas, y un par de Han de piel oscura —grandullones y fuertes, y de rasgos duros en la cara—, que sujetaban unas espadas cuyas hojas eran puntiagudas como las orejas de un buey, se pusieron a esperar ante las tablas de madera. Con sus matas de cabello negro y revuelto, parecían dos bocanadas de humo negro.

Un par de grupos de mulas vino desde lejos. A medida que se acercaban, los dos grupos formaron uno solo. Cada una de las mulas llevaba un par de cestas a los lados. Había unas cincuenta mulas y debía haber, por lo tanto, cien cestas. Cada una de esas cestas contenía un niño y, por lo tanto, cien cestas contenían cien niños. Las madres de esos niños iban detrás de las mulas y no paraban de llorar. Sus llantos hacían temblar los soportes del cielo y las hojas amarillas de los árboles murmuraban su melodía triste cuando el viento las agitaba. Cada una de las mujeres llevaba unas ropas desgarradas y sus caras estaban sucias. Sus lágrimas hacían surcos en el polvo que cubría sus caras. Un espacio separaba la hilera de mulas de las mujeres. Estas corrían detrás de las mulas para poder seguir su ritmo.

Los hombres que custodiaban las mulas llevaban todos uniformes amarillos y sujetaban con sus manos unos mosquetones cuya culata era de madera blanca. Cuando las mujeres que iban tras las mulas se acercaban, ellos les pegaban a las mulas para que acelerasen el paso. Los niños que había en las cestas daban saltos y emitían todo tipo de llantos. Las mujeres los miraban con los ojos agrietados y echaban sangre boca por la boca. Todas ellas gritaban el nombre de sus hijos. Los hombres que estaban de pie impedían a las mujeres que avanzasen. Las mujeres también se pusieron derechas, llorando y reclamando a sus hijos. Alguna mujer osaba adelantarse, pero uno de esos hombres con el uniforme amarillo la golpeaba con la culata de su fusil y ella reculaba. Una de las mujeres agarró con sus manos la culata de uno de los fusiles y se lo llevó hacia ella. Vete a saber cómo, se vio un fogonazo y se oyó un disparo. De la hierba que había en la tierra se levantó

una humareda y tanto la mujer que había robado el fusil como el hombre se encontraron revolcándose en el suelo.

Las mujeres oyeron el disparo y volvieron a correr hacia delante. Corrían y se giraban para ver que no les pasaba nada, y volvían a estallar en mil llantos y gritos.

El hombre ató finalmente a la mujer que le había robado el fusil a un árbol y se giró para alcanzar la mula que había salido corriendo con los niños en las cestas. Las mulas se habían asustado mucho tras el disparo y se pusieron a alborotarse y a rebuznar sin saber muy bien por dónde tirar. Los cascos de las mulas sonaban como una lluvia torrencial cuando impacta contra el suelo. Esas pezuñas levantaban una polvareda que no dejaba ver nada. Las mujeres, detrás, habían enloquecido.

Las mulas se detuvieron al borde de las aguas y se juntaron, estiraron el cuello, metieron la cola entre las patas traseras, pusieron las orejas tías y sacaron espuma por la boca. Luego relincharon.

El jefe del destacamento de las «pieles» ordenó a una parte de sus soldados que se separara de la línea y que detuviesen a esas mujeres cuyos llantos e insultos llegaban hasta el cielo. Ordenó a otra parte que sacasen a los niños de las cestas y que los pusieran sobre el fango que se había formado junto a las aguas. Todos esos niños tendrían unos cinco años aproximadamente y los había gordos y flacos, de tez oscura y clara, guapos y feos. Ninguno de ellos se parecía a otro; pero todos tenían algo en común: tenían las manos y los pies palmeados. Una membrana roja unía los dedos de los pies y las manos de cada uno de esos niños.

Los niños se divertían con el agua y parecían patitos que acababan de nacer. Todos ellos jugaban en el agua y ninguno quería volver a la orilla. Los hombres uniformados tuvieron que cogerlos y dejarlos detrás en una callejuela, encerrados entre dos vallas con puntas de acero. Los niños se pusieron por sí solos en fila a los dos lados de las vallas. Un par de centinelas hacía guardia junto al montículo secreto que había en la orilla de las aguas. Los dos estaban de pie con sus armas bien cargadas de pólvora y con el dedo índice en el gatillo, como si estuviesen a punto de enfrentarse al enemigo.

El jefe del destacamento de las «pieles» volvió a dar sus órdenes desde el asiento y fue de esa manera que empezó la castración. Él no dejó de jugar con su pistola.

Dos hombres sacaron a un niño que había en la callejuela protegida por las vallas.

Dos hombres sacaron a un niño que había en la callejuela protegida por las vallas.

Se cerró la entrada a la callejuela.

Se cerró la entrada a la callejuela.

El niño lloraba.

Y cuando no lloraba, el niño mordía la mano del hombre.

Trajo una de las planchas de madera y pusieron a un niño encima. Uno de los hombres le cogió una mano y otro el pie.

Trajo una de las planchas de madera y pusieron a un niño encima. Uno de los hombres le cogió una mano y otro el pie.

Se agachó el hombre que sujetaba el cuchillo afilado como las orejas afiladas de un buey.

Se agachó el hombre que sujetaba el cuchillo afilado como las orejas afiladas de un buey.

Con una cara inexpresiva como una madera.

Con una cara de tonto.

Un cuchillo cortó de cuajo y limpiamente los dos testículos. El cuchillo fue rápido.

Un cuchillo cortó de cuajo y limpiamente los dos testículos. El cuchillo fue rápido.

La sangre cayó sobre la arena.

La sangre cayó sobre la arena.

Lo cubrió con una hoja grande de árbol que ataron con cuatro cuerdas que ataron luego al culo del niño.

Lo cubrió con una hoja grande de árbol que ataron con cuatro cuerdas que ataron luego al culo del niño.

Con la cuchilla afilada, hizo un agujero en la hoja del árbol para que pudiese salir la orina.

Con la cuchilla afilada, hizo un agujero en la hoja del árbol para que pudiese salir la orina.

El niño lloraba. Los dos hombres cogieron al niño y lo llevaron a la hilera de soldados y lo arrojaron a la hierba. Una mujer se abalanzó sobre él, lo cogió y se fue abriéndose paso entre los presentes.

El niño lloraba. Los dos hombres cogieron al niño y lo llevaron a la hilera de soldados y lo arrojaron a la hierba. Una mujer se abalanzó sobre él, lo cogió y se fue abriéndose paso entre los presentes.

La esposa lloraba y vociferó el nombre del niño.

La esposa lloraba y vociferó el nombre del niño.

Lo repitió cincuenta veces.

Lo repitió cincuenta veces.

Según decía Xia Xia, ese tipo de castración colectiva entre los niños que habían nacido con las manos y los pies palmeados duró cuatro años. Castraron cada año a cien niños. En cuatro años, castraron por lo tanto a cuatrocientos niños.

A mí me corrió un sudor frío por la espalda y me entró gusto a sangre en la boca.

Por supuesto —me dijo ella—, la castración de los niños no solucionó el problema. La guerra hizo pedazos el plan y alargó el plazo del jefe de las «pieles». En primer lugar, fue una guerra interior y luego una guerra entre él y los extranjeros.

VIII

Nuestros ojos lo vieron: esos cuatrocientos niños se hicieron grandes. Las hojas de los árboles pasaron del verde al amarillo y del amarillo al verde, y así sucesivamente. Los árboles del Amitaba Buda se llenaron de inflorescencias que eran como gusanos. El aroma melancólico de las flores de las sóforas alcanzaba rincones lejanos y la hierba verde que crecía en la tierra —esa hierba blanda y densa— se enrollaba entre ella. Me eché sobre esa hierba verde, blanda y densa. Escuché junto a mis oídos que alguien que me preguntaba:

—¿Qué hora es?

El sol de las dieciocho horas quemaba como el fuego. Era rojo como la sangre, y junto con las aguas del lago, los árboles y la hierba, formaba un cuadro bellissimo. Nosotros rodábamos por la hierba y nos hacíamos progresivamente más grandes. Nos alimentábamos con hierba y siempre nos alimentábamos con ella. Cuando nos quedábamos saciados, volvíamos a echarnos sobre la hierba verde, blanda y densa, y rodábamos otra vez sobre ella. Nosotros nos hacíamos grandes. La gran desgracia de la castración que sufrió nuestra infancia fue como una de esas cicatrices profundas difíciles de curar y quedó grabada en nuestras memorias para siempre. Cada vez que se recordaba, la rabia provocada era capaz de hacer añicos la bóveda celeste. Y esas emociones nos llevaron a ese camino que consiste en ver al Buda y matarlo; en verse con los ancestros y eliminarlos³². Es decir, con serios altibajos y contradicciones en un camino lleno de dificultades, pero nada podía detenernos. Ni siquiera temíamos al amo y señor del Cielo.

En un abrir y cerrar de ojos, crecimos todos. Descubrimos nuestro propio personaje gracias al personaje de otra gente. Y, por supuesto, no nos salió barba ni la nuez de Adán. Nuestra voz era aguda y, por supuesto, veíamos con mucho odio y animosidad a los hombres y las mujeres.

Y en otro abrir y cerrar de ojos, volvió la primavera. Cuatro jóvenes fuertes y altos —que ni eran hombres ni eran mujeres— se tumbaban sobre la hierba que había en la orilla de las aguas del lago totalmente ebrios para quedarse dormidos. Oíamos en sueños el canto de las oropéndolas doradas —ese canto que aparecía con toda su fuerza en primavera—. Las ramas flexibles de los árboles de Buda desprendían su aroma, que era como unos

labios perfumados que nos besaban en la cara. Nuestros sueños se llenaban de rabia y frustración. Incluso nuestros pulmones iban a explotar.

Cuatrocientos jóvenes saltaron al mismo tiempo. Todo el mundo se sintió extremadamente dolido por el mal recuerdo. Sentían como si les estuviesen clavando un cuchillo o un viento frío les hubiese envuelto. Todos se miraban los unos a los otros y ponían la misma expresión en la cara: una cara de arrogancia, de ser ofendido y arrepentido. Sus ojos miraron la superficie dorada del lago y las hojas de loto que había sobre ellas. Esas hojas de loto habían adoptado la forma de unas barbas. Algunas aves acostumbradas a vivir junto al lago flotaban sobre las aguas con sus patas palmeadas, y lo hacían como si llevasen zapatillas. Uno podía seguir viendo que todos esos jóvenes miraban con la misma expresión en la cara. Los árboles —que estaban frondosos en esa época del año y formaban un palacio— les protegían de la luz del sol. Y era en esos árboles que se oían gritos como si alguien estuviese luchando contra otra persona. El tiempo de la creación del líder había llegado.

¿Fue así que nació el líder?

El líder nació así: cuando los cuatrocientos jóvenes estaban llenos de rabia y una melancolía densa se había acumulado en ellos como la lava, yo grité con toda mi alma:

—¡Hermanos, venguémonos!... ¡Matemos al jefe de las «pieles»!

Al hablar yo, todos dejaron de gritar y quejarse. Todos los ojos se volvieron hacia mi cara y me di cuenta entonces de que esos ojos eran ojos rojos de lobo hambriento. Creí que me iban a devorar. Creí que esos dientes blancos como la nieve en las cuatrocientas bocas iban a morderme y a transformarme en pedacitos muy pequeños. *Ñam, ñam...* Mis labios empezaron a temblar y volví a balbucear:

—Mis queridos hermanos, que tanto habéis sufrido... Vosotros no podéis mirarme con esos ojos... Si me miráis así, me voy a asustar de verdad... Nuestro enemigo es ese gordo que dirige a las «pieles»... Es él quien nos ha dejado en este estado... No somos ni hombres ni mujeres...

Todo el mundo cerró sus puños y los levantaron por encima de la cabeza. Sobre sus brazos estirados se abultaron los músculos. Esos brazos parecían haberse inflamado como un bosque que se convierte en llamas. Si gritaba para despertarlos, el grupo respondía. Alzaron una vara para la bandera y cortaron madera para los soldados. La revolución tomaba así su forma³³. Y cuando la revolución estallaba, los líderes nacían. Esa es la razón por la cual

los líderes son un producto de las revoluciones, y las revoluciones son un producto de las circunstancias, y las circunstancias fueron el despertar de los niños castrados. Y así y así... Sin saber cuál puede ser el final.

Pude ver cómo les brillaban los ojos y aclaraban sus gargantas. Su entusiasmo incontrolable se convirtió en sudor frío y se les vaciaron los pulmones. Les dije:

—Hermanos que habéis sufrido la desgracia, han pasado ya varios años, y han pasado muy rápidamente y se han esfumado como el humo azul. Aunque nuestros cuerpos no sangren, nuestro corazón sí que lo hace. Ese paisaje de sangre ha aparecido ante nuestros ojos y nuestras narices ya han olido su aroma. Nuestros tesoros están remojándose en agua salada y días tras día cuelgan o flotan como los hilos de seda del color de la sangre, que son como los pelos. Esta es la gran vergüenza y desgracia que no durará eternamente. ¿Es lo que nos merecíamos por haber nacido con las manos y los pies palmeados? ¿Es este un signo de degeneración y retroceso en la especie humana?

Envalentonado, levanté el puño, alcé la mirada y miré el sol a través de la membrana que unía mis cinco dedos. La luz del sol se colaba a través de esa membrana roja que era como una tela de araña y sobre ella se podían ver las venas y las raíces de las venas. Todo ello en una red cuyos hilos se entremezclaban de manera complicada.

—¡Este es el progreso del hombre! ¡Esta es la arrogancia de la humanidad, queridos hermanos que habéis nacido con las manos y los pies palmeados! ¡Ello nos dará fuerzas para conquistar un océano entero! ¡Los hermanos de nuestro clan ya se han ido al océano Atlántico! Y sabedlo, la humanidad avariciosa acabará con todos los recursos del continente; y cuando lo haya hecho, querrá conquistar con sus soldados el mar. ¡Ahí encontrará su felicidad! Nosotros utilizaremos nuestras manos y nuestros pies palmeados. ¡Estos son como aspas de una hélice! —y para acabar, rugí—: ¡Al jefe de las «pieles» le vamos a cortar las manos! ¡El día de la sangre ha llegado! ¡Castiguemos a esa basura y cortémosle las manos!

Se oyeron voces tímidas, voces prudentes que me rodearon y que me empujaron hacia la orilla del lago para experimentar sus aguas. Se pusieron con sus manos palmeadas a chapotear en el agua —*¡chop, chop!*—, formando una espumilla blanca en la superficie. Luego se pusieron a nadar sobre esas aguas cálidas y se sintieron felices. Las olitas que se formaban en esas aguas eran bastante potentes y nos sentíamos como patos que se dejan llevar por

ellas. Nosotros no necesitábamos siquiera el cuerpo para movernos. Era el agua que nos movía con su fuerza y yo notaba que el agua me golpeaba la barriga. En la superficie, nuestros cuerpos resplandecían bajo el sol. Una manada de sapos azules nos miraba con cara confundida. No tardamos en alcanzar la otra orilla y el recorrido nos pareció a todos de lo más grato. Las llamas que habían prendido en nuestros corazones se habían debilitado.

Fan Wan'er me ayudó a organizar en grupos a los palmeados. Él era un joven de cara redonda y muy alto. De su cara colgaba siempre una sonrisa bárbara y estúpida. En realidad, era un hombre muy inteligente. Su manera de hablar era capaz de azuzar a las masas.

—Hermanos —dijo el joven Wan'er—, ¿habéis visto las caras tristes y lloronas de esas mulas? ¡Pues son como las nuestras! Y decidme, ¿quién nos ha convertido en mulas? ¿El jefe de las «pieles»?

—¡Acabemos con el jefe de las «pieles»!

—¡Despellejémosle!... ¡Abrid los ojos! ¡Encendamos las linternas voladoras!

Sus brazos de rojo fuego eran como las ramas de los árboles del manglar y se pusieron a clamar contra el Cielo. El fuego de la venganza ardía rabiosamente.

Bajé por una pendiente y dije algo sin saber muy bien lo que decía y con cierta desvergüenza:

—¡Hermanos, recordadlo!... Zilu dijo: «Si los nombres no son correctos, el lenguaje no puede transmitir lo que es justo»³⁴. Hay además un proverbio que dice: «Un pájaro sin cabeza no puede volar y una serpiente sin cabeza no puede moverse». ¿No está más claro ahora? Un dragón sin cabeza no puede estar al mando de una multitud desorganizada, y la multitud no puede atacar a nadie en esas condiciones... Para rebelarnos y hacernos con la victoria final, necesitamos un líder. Vamos a enfrentarnos a un enemigo peligroso, no nos hagamos los blandos. ¡Yo seré el líder del ejército rebelde de voluntarios de los castrados!

Y los castrados lo aclamaron; solo la cara de Fan Wan'er parecía no estar del todo convencida. Sonreí en la oscuridad y me dirigí a la multitud:

—¡Y nombro a Fan Wan'er mi segundo!

La multitud volvió a alborozarse y Fan Wan'er sonrió.

Les pedí que cortasen madera para armarnos. Uno de los castrados ató varias tiras de tela rojas a los palos y estas se pusieron a ondear como banderas.

Lanzamos nuestro grito de guerra y nos metimos en lo más profundo del bosque. Un grupo de zorros y gatos salvajes —las «pieles»— que buscaba champiñones porque tenía hambre se asustó al vernos. Todos ellos estaban echados en las ramas temblorosas de los árboles y con sus ojos negros —que eran como habichuelas negras— no dejaban de mirarnos. Entramos en el bosque, y una vez dentro, destruimos una cabaña que había sido construida en un terreno vacío que descubrimos en nuestro camino. Los dos soldados que hacían de centinelas en la cabaña fueron superados por la acción desordenada pero eficaz de la multitud de castrados. Nadie supo si los dejamos vivos o muertos. Dentro de la cabaña había unos escudos, unos sables de hierro forjado, una pistola Mauser C96 y una escopeta de dos cañones. Los sables y los escudos armaron a los nuestros. Fan Wan'er se quedó con la escopeta de dos cañones y yo me quedé con la pistola Mauser.

Ordené a mi ejército de rebeldes que se agachara como los gatos para evitar las balas del jefe de las «pieles»; pero Fan Wan'er no parecía estar de acuerdo y no hacía más que gruñir a mis espaldas. Lo que él pensaba a mis espaldas era lo que el género humano debía hacer cuando ponía la espalda bien recta. No podían parecer, por lo tanto, orangutanes doblando la cintura. Yo, enfurecido, cogí mi pistola y puse el cañón delante de sus ojos para prevenirle. Si volvía a desobedecerme, disparaba. El muy desgraciado me escupió y se escondió en la sombra que proyectaban los árboles. Dejé de verlo.

El palacio del jefe del destacamento de las «pieles» apareció ante nuestros ojos. La presencia de un riachuelo plano dividía el bosque y delante de la entrada del palacio había un terreno ancho y vacío. Solo a los lados crecían algunos árboles con unos hongos del tipo de la oreja de nube pegados a sus troncos. Había un soldado detrás de cada uno de esos árboles. Iban armados y tenían sus caballos atados a los árboles. Unos ojos azules cercaron el bosque, que parecía haberse incendiado. Esos ojos azules también cercaron los uniformes amarillos de los soldados. Lo cierto es que el paisaje era bellissimo en esos momentos. Del jefe de las «pieles» no había ni rastro. Solo había uno de sus jefecillos —vestido de negro, él, pero sin gorrito— detrás de los soldados. Ese soldado tenía el cabello negro y revuelto. Parecía de hecho un palillo desprendiendo humo negro. Llevaba una pistola negra en sus manos, cuyo cañón miraba al cielo.

Nuestros hombres retrocedieron unos pasos para avanzar luego con más fuerza. Se cruzaron las miradas y en sus ojos solo vieron diablos negros.

—¡Que nadie tema la muerte! —les grité a mis hombres.

Se sentaron. Unos hincaron el diente en la hierba y otros lo hicieron con las hormigas blancas y gordas. ¡Vaya banda de corderitos gilipollas que teme morir! Llegado el momento, todos ellos se pusieron a imitar a los perros y los osos. Les golpeé la cabeza con el mango de mi pistola y todos ellos apretaron los dientes, pero nadie movió el culo. Fan Wan'er sonreía escondido en la sombra de los árboles.

Yo lo comprendí inmediatamente: todo era debido a ese pequeñajo atacando a los diablos a mis espaldas. Pero yo no podía verlo. Alcé mi pistola y me acerqué él; y él se acercó a mí con su escopeta. Ojos frente a ojos, cañón frente a cañón. Me mostré algo tímido, pero con una expresión facial tensa y dura.

—¡Mi segundo, Wan'er! —dije con ironía—. ¡Dije de no hacer el tonto! ¿Lo entiendes ahora?

Fan Wan'er levantó la punta de la nariz y dijo con desdén:

—¡Tú, desgraciado! ¿Cuáles son tus credenciales? ¿Quién te ha nombrado comandante? ¿No soy yo quien debería tener algo que decir?...

Su desvergüenza me enfureció. Con cara de ladrón, él me apuntó con su escopeta y apoyó la culata del fusil en su pecho.

—Dime, ¿me vas a mandar ahora? ¿No te han castrado? La madre que te parió, a ti no te castraron... Eres un perro, un espía, que trabaja para el enemigo...

¡Pum! Disparó y me tiró al suelo. Del cañón de la escopeta salió un humo negro fino que parecía uno de esos chorros de tinta que desprenden algunos peces y ennegrecen el agua y ya no puedes ver nada más. Me sumergió en la más absoluta oscuridad.

En medio de esa oscuridad cálida, pensé con amargura: al fin y al cabo, ¿había sido castrado o no? ¿Me habían castrado en el espíritu o me habían castrado en el cuerpo y en el espíritu? Dolorido, me acordé de un sueño. Una noche soñé que dos tipos vestidos con unos uniformes del color de los huevos del pato —uno de ellos con unas tijeras blancas en las manos—, que no eran en realidad ni hombres ni mujeres —no lo tenía muy claro—, me pusieron encima de una tabla y me alimentaron con unas pastillas rosas que se parecían a un palo de azúcar cristalizado. Tras dormirme, me castraron con sus manos envenenadas. Todavía no he podido olvidar ese sueño³⁵. No he podido olvidar esas tijeras y el dolor que sentí en ese sueño cuando ellas cortaron mi carne. ¡Qué dolor!

Esos dos tipos con uniformes del color de los huevos del pato —pensé yo— eran asistentes del jefe de las «pieles» y, sin lugar a dudas, gozaban de su confianza. Su habilidad y la velocidad de ejecución de sus actos eran increíbles. Uno hubiera necesitado mucho entrenamiento para alcanzar ese nivel.

Fan Wan'er tomó mi posición y condujo al grupo hacia el interior. Los hombres que estaban detrás de los árboles contenían la respiración y ninguno de ellos disparó como si estuviese esperando algo.

Pero ¿qué esperaban exactamente?

El jefe de las «pieles» salió del palacio acompañado de un cortejo de mujeres de rostro bello. Él nos miró. De los orificios de su nariz salían unos pelos negros robustos y tiesos que parecían las colas de un escorpión. Sacó su arma de la cintura e hizo una señal. Disparó tres veces al cielo y los disparos provocaron un alboroto enorme. *Pim, pam, pum...* Tres bolas de fuego se formaron en el cielo azul. Y tras las bolas de fuego, un humo blanco que parecía una serpiente sinuosa.

Luego vinieron los disparos de los soldados y varios castrados —todos ellos valientes y osados— se quedaron clavados en el suelo y luego se colapsaron. Los que no fueron alcanzados, salieron huyendo. El capitán de las «pieles» pidió a sus soldados montados a caballo que saliesen a su caza y captura, y él se metió de nuevo en el palacio.

Esa revuelta fue aplastada por las balas, y lo cierto es que al ver la preparación de esa revuelta daban ganas de reír, al igual que al ver la forma como fue sofocada. Yo, simplemente, no me creía que todos mis hermanos hubiesen muerto. Un disparo corresponde a una cabeza tocada y hundida, y solo los que tenían piernas pudieron salir corriendo y no murieron con las balas.

De noche, bajo la luz de las estrellas, fuimos a recoger los cadáveres de nuestros compañeros. A Fan Wan'er lo ejecutamos a medianoche y lo ahorcamos de la rama de un árbol para que se secase. Le faltó disciplina en la manera como llevó al equipo y nadie le perdonó el resultado fatídico de la revuelta. La responsabilidad de acabar con el jefe de las «pieles» recayó, por lo tanto, sobre mí. En primer lugar, me sentí contento; en segundo lugar, nervioso; en tercer lugar, tímido; y en cuarto lugar, preocupado. En fin, todo eso unido formaba una amalgama difícil de entender y que no me permitía dar un paso adelante. La luz de las estrellas caía sobre los tallos finos y dorados de las hierbas. Estas parecían de cristal y eran en esos momentos

muy bonitas de ver. Nuestros ojos azules eran como flores recién salidas junto a las aguas del lago y los cuatro miembros de nuestros cuerpos nos hacían avanzar hacia delante como unos reptiles. Durante el día enterramos a nuestros compañeros, pero nadie se atrevía a levantarse por miedo a las balas.

Sobre la hierba había rastros de ardillas voladoras que habían dejado sus pelos dorados en ella. Esos pelos afilados brillaban como estrellas en el firmamento y algunas de ellas —muy excitadas— volaban sobre nuestras cabezas y creaban caminos de luz en medio de la oscuridad de la noche.

Por la mañana temprano nos dirigimos a recoger a los muertos que debía haber en las tierras vecinas a nosotros; pero ahí ya no había ningún muerto. Ni rastro de ellos, a decir verdad. Tomábamos prestada la luz que desprendían las ardillas voladoras y gracias a ellas pudimos ver unas huellas desordenadas estampadas en la tierra y hierba aplastada manchada de sangre. Los muertos habían sido sacados de ahí. El ambiente estaba muy tranquilo y las aguas del lago se movían calmamente y sin hacer el menor ruido. Los peces parecían no perturbarse por nada.

Apareció de repente una luna dorada colgada del cielo —una luna que parecía una piedra preciosa—. Las sombras que proyectaban los árboles eran más fascinantes que los árboles mismos. Nos detuvimos involuntariamente y nuestros corazones se llenaron de desolación. Quedamos —gimiendo y quejándonos, con la cabeza gacha, los brazos colgando, y las cejas humedecidas por las lágrimas—, estacionados en medio de una luz plateada y difusa. Al fin y al cabo, ¿qué íbamos a poder hacer?

Había una luz difusa y las aguas del río circulaban casi en silencio. El sonido precario de los sollozos llenaba el ambiente y algunos pájaros, que emitían algún ruido que otro, sobrevolaban el lugar. Nos arrodillamos en el suelo y nos pusimos a llorar amargamente. Nos sentíamos vacíos y solo éramos capaces de llorar y llorar. Habían desaparecido todos. Ya no teníamos nada. ¿Eran los llantos lo único que nos quedaba?

Aprovechándose de nuestra situación de desamparo, el jefe de las «pieles» nos capturó a todos como prisioneros de guerra.

Nos metió dentro de una fosa y decidieron dispararnos.

Súbitamente, decidieron no dispararnos, sino ahorcarnos en los árboles.

Había muchos hombres sujetando antorchas con sus manos. Todos ellos con sus caras serias y sin ninguna sonrisa, pensando en lo que debían hacer. ¿Por qué sonreían cuando nos castraron y no ahora?

Llevaban en sus manos las cuerdas de las horcas con las que nos iban a ahorcar. Las horcas eran tan grandes que parecían cuerdas de columpios. En unos momentos íbamos a morir todos y suspiramos de dolor.

De repente, volvieron a cambiar de opinión y decidieron que no utilizarían las horcas y que nos enterrarían vivos.

Los cambios del jefe de las «pieles» nos indignaron y nos divirtieron al mismo tiempo.

Esos hombres se doblaron —todos sudorosos— y emitieron unos sonidos que venían del fondo de sus pechos y miraron al suelo, que no era lo suficientemente hondo para enterrarnos a todos en vida. ¿A qué venía ahora lo de enterrarnos en vida?

No se volvió a decir nada de lo de enterrarnos vivos, pero todos nosotros pensamos que nos iban a meter en la cueva y ahí nos iban a dejar morir. Nos arrastraron con ellos y dejaron ahí a varios de los nuestros, y luego les dispararon.

Los que quedamos vivos tuvimos una vida más dura que la de los muertos.

¡La madre que parió al jefe del destacamento de las «pieles»! ¡Haría trizas de tu cuerpo de payaso!

El jefe de las «pieles» dijo:

—Los diablos extranjeros quieren reparar las vías del tren y robarnos nuestro tesoro. Nosotros queremos unir fuerzas para combatirles.

Le ordenó a un viejo que nos llevara ante la cabaña y nos diera un fusil con una borla roja atada al cañón.

Poco después, tras un sonido, nosotros lanzamos nuestros gritos de guerra y nos abalanzamos hacia delante y luchamos contra esos diablos extranjeros cuyas piernas parecían las patas de las grullas.

Los diablos extranjeros salieron huyendo y nosotros fuimos tras ellos. Los diablos extranjeros nos dispararon con sus balas, y las balas —frías y seguras— entraron en nuestras carnes.

Todos nosotros caímos muertos sobre la naturaleza vasta y salvaje.

Era una noche bella y yo no deseaba echarme de esa manera. El aire que corría por la tierra dejaba a la gente triste. Di un salto y salí corriendo hacia delante. Sentía las piernas ligeras y, mientras corría, pensaba; y más pensaba, más rápido corría. Sospeché que todo eso que me estaba pasando era falso. Pero ¿qué era lo verdadero? En este mundo, ¿hay algo que sea verdadero?

En el lago del *xiang* de Dongbei en Gaomi ocurrían cosas extrañas y mágicas. Una vez hinchados de aire, los peces bola (y de colores) vuelan y

dan vueltas encima de la luz y sobre la superficie de las aguas. Hay mariposas de colores que se reúnen y se mueven en grupo como olas de agua.

El grupo de mujeres inspectoras continuó trabajando bajo la luz de la luna. Ellas cantaban esta canción:

*Ah, vuelan rápido y bailan las mariposas.
Ah, hay una mariposa solitaria.
Ah, ella entra en el ojo azul de la flor y vagabundea sola.
Ah, va buscando algo y se preocupa.
La desolada luz de la luna llega a todas partes.
Ah, delicada y graciosa, se convierte en un Buda.
Como el humo fino se quiebran los caminos.
Y vete a saber dónde estará mi tierra natal.*

De todas formas, yo quería estar muerto y muerto estaba. Incluso si Dios me agarraba con su mano llena de escamas doradas y me echaba del Cielo, ni él ni nadie quebrarían mi determinación de querer seguir estando muerto. Volví a agacharme y lo hice para ponerme cómodo y contemplar las estrellas.

Mi hijo vino liderando su manada de zorritos y gatos habladores. Me cubrieron con flores recién salidas que habían reunido previamente. Las flores parecían presionar mi cuerpo. Mi hijo me preguntó:

—Padre, ¿quiere decirnos algo?

Los zorros y los gatos habladores dijeron al unísono:

—Padre, ¿quiere decirnos algo?

Pregunté:

—Qing Gou'er, ¿sabías que tu madre ha muerto?

Qing Gou'er dijo con una voz burlona:

—Vale, vale, vale... ¡Tú todavía sigues pensando en mi madre! Mi madre volverá, seguro que volverá.

Entre las grietas de las flores pude ver a mi esposa vestida con ropas rasgadas. Ella estaba junto al cadáver que era yo. Ponía cara de estar muy enfadada y bajo la luz de la luna que la bañaba parecía un lingote de acero rojo candente. ¡Eres un contrarrevolucionario inconsciente! —me insultó ella—. Olvidas los favores que te han hecho y violas las normas. ¡Tú has abandonado a tu mujer! ¿Desde cuándo se ha visto eso? Las abejas se posan en todas las flores, se han muerto todas y nadie puede encontrar la entrada de las casas. El firmamento ha pronunciado su juicio y la mala hierba está ya tan alta como las cosechas de los campos. Los bueyes y las cabras que hay detrás

de las vallas están tan delgados como las espinas de los peces y sobre los techos de las casas crecen hongos tan gruesos como las monedas de cobre, y en los patios de las casas solo hay conejos. No me importa que no me hagas caso. ¡Ni siquiera las perras conocen a este tipo de maridos! ¡Casarse con este tipo de maridos es peor que casarse con un gato!

Yo me sentí muy culpable.

—Qing Gou'er, ¿cómo va la maestra Mei? —pregunté.

—Padre, no olvida los modales elegantes incluso cuando está a las puertas de la muerte —dijo Qing Gou'er.

La maestra Mei estaba de pie junto al cuerpo sin vida en el que me había convertido. Ella llevaba en la mano su varilla de maestra; y con esa misma varilla, apartó las flores que había sobre mi cuerpo. Me miró con una cara descompuesta, se giró y suspiró. Luego se fue.

Me sentí solo y volví a reconciliarme conmigo mismo.

Me puse a pensar en la carta que me dio el equipo de mujeres inspectoras y que yo debía dar al gobierno del *xian*. Volví a gritar.

—Padre —me preguntó Qing Gou'er—, ¿qué grita? Tras ver a la maestra Mei, ¿se arrepiente de haber muerto?

—¡Para nada! Pero debo darle a la maestra Mei una carta para que la lleve al gobierno del *xian*.

Qing Gou'er dijo:

—Esa carta ya ha sido publicada desde hace tiempo en los periódicos. ¡Está medio muerto y se me pone a soñar!...

Mi hijo me pegó y luego pensé en irme, pero una frase se me había quedado encallada en la garganta y debía sacarla:

—Qing Gou'er, mi buen hijo, pasas de ser un inmortal a endiablarte como el peor de los diablos. Y lo haces en todas partes, en el Cielo y en la Tierra. Conoces el color de todas las cosas. Por favor, díselo a tu padre ya que no lo sabe. ¿Qué es un huso?

—Pues un huso es un huso.

—Y otra cosa. Los hombres, ¿por qué nacen con las manos y los pies palmeados?

Él volvió a no hacerme caso y condujo a sus zorros y gatos a la parte baja del árbol del Buda, donde estaban las flores de los ojos azules. Movieron con mucha rapidez sus patitas pequeñas y sonrieron con esas sonrisas cómicas. Ellos querían enterrarme bajo las flores.

Había cada vez más flores y estaban más juntas. La luz de la luna se iba deshaciendo gradualmente y la brisa fresca de la noche se llevaba con ella el olor a las aguas del lago. Solo el aroma sofocante de las flores negras me hacía compañía. Yo luchaba por intentar salir por el agujero.

Las pieles habladoras gritaron:

—¡Qing Gou'er, tu padre quiere salir por el agujero!

Qing Gou'er replicó:

—El hombre no está completo.

Me tomé muy en serio sus palabras. ¿Un hombre está completo o no? Entre el hombre y el animal, algo les separa, pero algo sigue siendo igual. Y lo mismo sucede entre la vida y la muerte; y lo mismo sucede entre el amor y el odio. El hombre debe hacer frente a numerosas oposiciones y vagabundea de un lado a otro como un vagabundo. Si alcanzara el otro lado, no sería un hombre. Lo de llegar a estar completo no existe para él. Por ello, ¿había aún algo que no pudiese comprenderse? ¿Había aún algo que no pudiese perdonarse? ¿Había aún algo de lo que uno no pudiese reírse?

Mi hijo era un hijo extraordinario. ¡Y yo estaba orgulloso de él!

**El cuarto sueño:
Lo que se recuerda de una venganza**

Las aguas se movían y estaban inquietas, y bajo la luz del color jade verde de la luna, se ondulaban las olas. Y fue bajo esa misma luna que ellos salieron llenos de pánico —como los perros salen huyendo de sus casas— de la aldea. Lo hicieron con cuidado, pero apresurados, a ciegas y chocando contra las maderas y estancándose en el barrizal. Más tarde, ellos entraron en una depresión muy densa que estaba llena de cañas. Luego alcanzaron la orilla del lago. Debido al estado de agitación en el que se encontraban las aguas, el barro de fondo las enturbiaba y las plantas salían a la superficie. Esa era la razón por la cual esas aguas desprendían un olor fuerte y desagradable. Bajo la luz de la luna —y por no sé qué teoría física— la espuma que provocaban las olas había tomado un tono azulado. Como si lo hubiesen acordado antes, ellos decidieron detenerse en ese lugar. Sus dos corazones se pusieron a latir con más intensidad y sus dos bocas a respirar al mismo tiempo. Al menos, yo sé que fue así. Sí, fue de esa manera. Había una luna austera cuando ellos encogieron el cuello. El olor que desprendían las aguas los mareaba como el olor que desprende la laca recién puesta sobre la madera.

El cañaveral se agitaba a sus espaldas. Se inclinaban hacia delante y luego hacia atrás, a un lado y a otro, hacia arriba y hacia abajo. Parecían grandes olas, y parecía además que querían llevárselos con ellas.

No tenía muy claro quién me empujó hacia el cañaveral... Unos minutos atrás y yo estaba en la historia de *Los ancestros que nacieron con las manos y los pies palmeados* y con la maestra Mei, que también había nacido —dicho sea de paso— con las manos y los pies palmeados. La estaba besando en la boca y en el cuello. ¿Cómo he podido entrar en un abrir y cerrar de ojos en este cañaveral? Ese cañaveral estaba formado por cañas verdes que eran altas y gruesas. Los nidos tan bien hilados de los pájaros del «monje budista» estaban alineados sobre los tallos y las hojas de las cañas. Esos pájaros todavía sin plumas crecían y engordaban con sus picos dorados. Abrían sus bocas porque tenían hambre y querían que los alimentasen. Había algunas serpientes largas y finas que se escurrían torpemente entre las cañas e intentaban trepar por ellas. Y con la misma torpeza caían al suelo antes de alcanzar los nidos de los pájaros. Caían y luego volvían a subir por los tallos de las cañas. No los abandonaban nunca en su intento por alcanzar los nidos. Esa escena me dejaba temblando. Aparté con las manos las cañas y creía estar

huyendo de una pesadilla. Las cañas estaban frías y pegajosas; eran como las víboras. Se oían alrededor los gritos de los pájaros del monje budista. ¿O eran las víboras quienes gritaban?

Mi infancia ya había acabado y yo lloraba como un niño solamente porque me había perdido. La luz fría de la luna bañaba el cañaveral y las víboras que se desplazaban en él alzaban la cabeza, abrían sus bocas anchas y sacaban sus lenguas largas; y esas lenguas parecían llamas puntiagudas de un fuego muy vivo. El aliento frío de las serpientes llegaba a mi cara, pero ello no me impedía seguir llorando desconsoladamente.

A pesar de todo, pude salir de ese agujero que era el cañaveral. Me giré y la vi: era una serpiente enorme que tenía una cara malhumorada. Su cuerpo resplandecía y parecía una llama que iluminaba con su luz todo el cañaveral. Por instinto, me dirigí al lado izquierdo del lago. Ahí donde había una par de individuos que quería pasar al otro lado. Vi que ellos se fijaban en la espuma —y en su color extraño— que se creaba sobre las olas de la superficie del agua. Estaban como obnubilados y con los ojos en blanco contemplando esas olas azules que se agitaban con una lentitud casi irreal. El murmullo que provocaban era un murmullo tan intenso que parecía que se iban a romper los pilares que sostienen el firmamento.

En silencio, hiqué uno de mis dedos en la cintura de uno de los individuos y los dos se giraron de golpe. Pareció como si los hubiese asustado. Me miraron cuatro ojos que parecían de oro. Yo llegaba a duras penas a la altura de sus rodillas. Esos dos tipos eran altísimos y me recordaron a un par de cañas largas y tiesas.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Y qué hacéis aquí? —me atreví a preguntarles. Pero con la pregunta me salió un tono de voz agresivo que no deseaba. Parecía como si estuviesen haciendo algo malo y yo estuviese amonestándoles.

Sus ojos de oro comenzaron a girar mientras me miraban. Pusieron unas caras apáticas, como ni no comprendiesen lo que quería decirles.

II

Que yo recuerde, sus ropas eran finas y cortas. Las llevaban abrochadas con unos botones redondos que parecía que iban a salir volando de un momento a otro. Tenían unos brazos finos y ágiles que salían de unas mangas de una tela igual de fina y ligera. Sus manos eran, sin embargo, grandes y desproporcionadas. Les temblaban de vez en cuando y parecían más bien las patas de un animal. Recuerdo también que de su cabeza salieron unos pelos amarillos flexibles, al igual que de la parte superior de sus labios salían unos bigotes amarillos y flexibles. Esos dos jóvenes me dejaban una impresión de que algo les preocupaba y no se sentían cómodos.

Volví a repetir lo que les había dicho.

Yo soy el Gran Mao.

Yo soy Mao el Segundo.

Yo soy el hermano mayor de Mao el Segundo.

Yo soy el hermano pequeño del Gran Mao.

Somos gemelos.

Nuestra madre nos dividió al nacer.

Ella murió nada más nacer nosotros.

Eso nos lo explicó nuestro padre.

¿De veras que murió nuestra madre cuando nacimos? Eso fue lo que nos explicaron.

¿Y si no hubiésemos nacido, no habría muerto? Eso fue lo que nos dijeron.

Quizá la vio alguien.

Quizá alguien la mató en secreto.

Nos hemos sentado ahora, aquí, para ver el paisaje del cielo.

El paisaje a este lado del lago es muy bonito.

Tras ver el paisaje, nos vamos al otro lado del lago.

Queremos nadar hasta el otro lado.

Nuestro padre murió la semana pasada.

Murió con los ojos abiertos.

Me quedé estupefacto escuchándoles hablar con esas caras de tontos. Tú me lo dijiste: el día que partieron, justo antes de su trayecto, ante sus ojos, apareció la sombra de una mujer que tenía el cabello suelto. Tenía una piel tersa y unas mejillas huesudas. Parecía que se iban a romper de un momento a otro. Esa mujer estaba en la esquina de un muro y se quedó mirándolos con

ojos tristes. Tosía de vez en cuando: *cof...*, *cof...*, *cof...* Parecía una persona enferma que se muere de hambre. Cada vez que nos miraba desde la esquina oscura de los muros, una ola de frío nos hacía temblar los dientes. ¿Qué tipo de persona era ella? Según la edad de los dos hermanos, esa mujer podía ser su madre. Se le abría el pecho de vez en cuando y se podían observar varias cicatrices que daba miedo verlas. Le brillaba y le olía la sangre. Todo ello asustaba todavía más a los gemelos y los hundía en la miseria.

III

En esa noche cálida de verano, la luz dorada de la luna entraba por las cortinas rasgadas de la ventana. La luz se extendía sobre los trazos negros de las paredes y en ellas había una mantis religiosa verde con una gran barriga, ya que estaba preñada. Tenía la cabeza levantada y dobló las patas delanteras. La luz de la luna llegaba hasta el techo e iluminaba el huso de color púrpura, puntiagudo y polvoriento. Los saltamontes que se habían posado sobre la mala hierba que había en el patio lanzaban sus chirridos melancólicos. Se oía también el movimiento de otros animales salvajes al pisar la tierra y al abrirse paso entre las hierbas. Oí que él me decía que durante una noche los dos hermanos se despertaron al mismo tiempo de un sueño. Esa noche, ellos acababan de pasar su noveno cumpleaños y, a pesar de ser muy altos, los dos seguían siendo unos niños. Su aspecto infantil, así como sus gestos, tenían algo que mostraba fragilidad e inocencia. El espectro de esa mujer los tenía muertos de miedo, ya que en esos momentos olían ese olor tan fuerte y desagradable como la piel de la barriga de un sapo.

Los dos se levantaron y apoyaron la espalda en la superficie dura de la parte delantera del *kang*. Sus dos cuerpos desnudos se pegaron el uno al otro. La mujer se quedó en la parte baja del *kang* y la luz que entraba en la habitación iluminaba su cara azul verdosa, que parecía una incandescencia fosforescente. Ella sonrió con desdén y retorció la boca. El olor que desprendía su aliento tumbaba a los dos hermanos.

Los dos —al parecer— se pusieron a llorar al mismo tiempo. La sombra de la mujer se desnudó, pero su figura se deshizo en la neblina.

Su padre abrió la puerta y entró en la habitación. La luz de la luna había palidecido y el padre de los gemelos sacó una estera pequeña de madera fina para frotarla con una lija, encenderla y prender el fuego. La llama salió disparada a todos los lados. La lamparilla de aceite quedó encendida y la luz de luna se diluyó completamente. Los dos hermanos no paraban de llorar y su padre, perdiendo ya la paciencia, dijo con acritud:

—Ya es media noche y ya ha sonado el tercer *geng*. ¿Qué hacéis despiertos a estas horas?

Los dos hermanos miraron con timidez la sombra que había detrás de la puerta. Percibieron claramente que la mujer los evitaba. La luz de la lamparilla la delató y creyeron ver que esa mujer había nacido con las manos

palmeadas. Una de esas manos acarició desde la sombra la cara de los gemelos. Ellos miraron furtivamente los ojos de su padre; y él, de repente, estiró la puerta y los dos hermanos se asustaron, ya que vieron ante sus ojos el cuerpo de la mujer, un cuerpo que era como un papel de seda pegado en la tabla de madera de la puerta.

Su padre, sin embargo, no percibió nada. Insultó a los gemelos y sopló sobre la llama de la lamparilla. Se subió al *kang* y se puso a dormir con ellos.

—Padre, ella me ha tocado la cara.

—Padre, y su cara estaba fría y pegajosa...

—¿De quién era la mano?... —dijo el padre—. Sois unos perros. Rápido, a dormir...

La mujer sonreía bajo la luz de la luna. Su cara era azul cian como un fuego fatuo. En sus sueños, sin embargo, su olor llegaba hasta los orificios de sus narices.

Luego le contaron a su padre todo lo que les había pasado con esa mujer. El padre, tras pensárselo un buen rato, les dijo:

—Lo habéis soñado. Vuestra madre...

Oí decir que esos dos hermanos se habían mostrado indiferentes respecto a lo que les dijo su padre sobre su madre. Ellos la temían, en realidad, y estaban hartos de ella. Habían roto con ella; pero ella no tenía un agujero donde entrar ni un lugar donde estar. Era como un viento frío y sombrío.

Ellos preguntaron:

—Padre, ¿cómo murió nuestra madre?

—Vuestra madre murió por una enfermedad.

IV

También oí decir que su padre era un hombre de ojos amarillos y verdes. En nuestro pueblo había un proverbio que decía: «Los de ojos amarillos con sus perlas verdes no reconocen a nadie como familiares». El padre de los gemelos era un tipo taciturno y demoniaco que se encargaba de machacar cereales para hacer *baijiu* —el licor blanco—. Cada día, él acababa medio borracho y con la boca se ponía a emitir sonidos que no tenían ningún sentido. Durante varios años, los gemelos oían decir a las gentes del pueblo: «Venga, locos, ladrad como un perro... ¡Te daré un par de céntimos si lo haces!».

Ellos crecieron como perros grandes. ¿Había alguien que pudiese afirmar de dónde salía la ropa de esos gemelos? Esos dos llevaban constantemente —día tras día— una ropa amarilla como el color de la piel de albaricoque. Y a pesar de estar rasgadas y muy usadas, esas ropas seguían estando amarillas.

Una mañana, el padre capturó un gato viejo y lo dejó atado a un manzano que estaba en el patio. El padre dijo:

—Miradlo bien. Si se escapa, os voy a despellejar vivos.

Más tarde, el padre de los gemelos trajo al patio una jaula hecha con cañas y los dos hermanos se pusieron a observar el animal. Los dos vieron que el gato tenía un aspecto siniestro y parecía odiar a la especie humana. El gato se había quedado echado bajo el árbol y las pupilas de sus ojos —que parecían humanas— se abrían y cerraban continuamente. Las pulgas no paraban de saltar sobre el cuerpo viejo del gato y este intentaba sacárselas de encima con sus garras ya usadas. Intentaba cogerlas entre su pelo, en la cara, pero no había nada que hacer. Las pulgas campaban a sus anchas y torturaban al pobre gato viejo. Y cuando se giraba y sacaba la lengua para lamerse los pelos, los gemelos lo observaban con atención y esperaban que ese gesto pudiese calmarle su suplicio. Les mostraba a los hermanos su lengua rígida y la movía para los lados. Era una lengua larga y puntiaguda que olía a medicina. Los hermanos se miraron mutuamente —ojos contra ojos— para verlo así más claro. Los dos sintieron exactamente lo mismo y con las mismas dudas. Dieron un paso hacia delante con el fin de acercarse al gato viejo. La jaula que colgaba del manzano cayó sobre ellos. El gato viejo entornó los ojos y no mostró ningún pánico, como si nada de eso le desagradara. Envalentonados, los dos hermanos dieron un par de pasos hacia

delante. El gato abrió bien los ojos y lanzó un maullido largo y taciturno que asustó a los dos hermanos. Estos saltaron de la sombra del manzano donde se habían instalado. Les faltó la respiración y el olor a medicina volvió a los orificios de sus narices. Los dos se acercaron al gato viejo, el cual se asustó y se arrojó hacia ellos, pero la cadena que lo ataba al árbol lo retuvo. Se revolcó en la tierra y con sus dientes mordió el metal de la cadena. Se erizaron los pelos del gato y apareció otra vez ese olor a medicina.

Los hermanos buscaron un par de ramas del árbol de sófora para pinchar con ellas la parte trasera del gato viejo. Y el gato, como era de esperar, se enfureció e intentó defenderse con sus garras. Los dos hermanos sacaron sus lenguas al mismo tiempo y chuparon con lujuria los palos que habían quedado impregnados de esa sustancia grasosa que había dejado el culo del gato. Sus lenguas largas y rojas se relajaron gradualmente. A los dos hermanos les gustaba chupar la parte trasera de gato, esa que todo el mundo conoce. A mí me entró frío en la espalda cuando supe de esa costumbre y me pregunté el porqué de ese vicio. Pero ¿quién tenía la respuesta? Y su padre llegó mientras atormentaban al gato moribundo con sus palos.

Su padre vino con unas cestas llenas de pimienta de Sichuan, canela china, hinojo, cebolleta verde, jengibre, cabeza de ajo y otros condimentos. Y al ver a los hermanos metiendo los palos en el culo del gato viejo, y contra todo pronóstico, no se enfadó. Se limitó a mirarlos de reojo y sacó un mortero para machacar los ajos. Metió en él los condimentos y lo molió todo.

Luego, el padre se desplazó hacia la parte baja del manzano y apuntó a la cabeza del gato viejo, y con el zapato de piel que terminaba en punta y que llevaba puesto en su pie en ese momento arreó una patada a los gemelos. Al gato se le salieron los ojos de las cuencas y sus bigotes se llenaron de gotas de sangre. A los gemelos les entró frío en la espina dorsal y sus lenguas se escurrieron hacia dentro como unas serpientes.

El padre cogió el gato y lo colgó de una de las ramas del manzano. Luego entró en la casa. Los dos hermanos aprovecharon esa ocasión para salir volando. Con sus lenguas largas y rojas lamieron los pelos del cuerpo del gato, y sus caras secas recobraron un color más saludable. Su padre se había quedado a sus espaldas y observó cómo se movían esos dos monstruos de pelos amarillos y se puso a sospechar de ellos.

—¿Qué hacéis vosotros? ¡Hijos de perra!... ¡Os ha criado una perra! —les dijo finalmente.

Tras sentir una amenaza a sus espaldas, no quisieron alejarse del gato. Sus cuatro ojos se iluminaron. Los dos hermanos miraron con miedo la cara de su padre. Los músculos de la cara del padre se habían tensado de una forma poco natural. A los hermanos les temblaron los labios.

El padre levantó su cuchillo afilado como las orejas afiladas de un buey y gritó con una voz aguda:

—¡Hijos de perra! ¡Canallas!

Ellos dudaron al mismo tiempo. Tras lamer los pelos grasientos del gato viejo, sus cerebros se habían convertido en máquinas bien engrasadas y funcionaban igual de rápido. Pensaron: «¿Hijos de perra?... ¿Nosotros? ¿Nuestros padres son unos perros?».

—¿Eres nuestro padre? ¿Eres un perro, padre?

—Tú nos has criado, ¿eres un perro?

Tras las preguntas, se quedaron mirándolo con unos ojos bien abiertos que desprendían una luz feroz. El padre bajó el brazo que sujetaba el cuchillo afilado como las orejas afiladas de un buey, retorció la boca y gruñó algo incomprensible.

Era la primera vez que ellos sentían que habían sufrido la manera como se divierte un adulto con sus hijos. Esa es la razón por la cual, a pesar de que su padre ya les había arreado una patada en el culo, seguían estando inquietos.

El padre se puso a afilar el cuchillo con una piedra de lija. El sonido que hacía la hoja del cuchillo al contactar con la piedra ponía los pelos de punta e incluso las bocas sacaban más baba de lo normal. El padre afiló el cuchillo con rapidez y luego empezó a despellejar la piel del gato. La cola se puso tiesa como un palo y su cuerpo empezó a agitarse. El padre, sin tener otra opción, golpeó la cabeza del gato y la cola de este quedó muerta.

Los gemelos vieron como su padre sacaba las vísceras del gato viejo y eso les dolió. El padre sujetaba con sus manos la piel del gato y el cuchillo teñido de sangre, y todo ello a tan solo tres pasos de los dos hermanos. El padre sacudió la piel del gato y tanto su olor a sangre como la sangre misma que había en ella llegaron a la cara de los gemelos.

—Vosotros, hijos de perra... ¿Queréis chupar ahora la piel del gato? —dijo el padre con una sonrisa siniestra.

Los dos encogieron hacia atrás las comisuras de los labios y mostraron los dientes. Levantaron la mitad de sus pies y con sus puntas golpearon la piel que había quedado a sus pies y pusieron cara de estar muy preocupados.

El padre volvió a coger la piel y a sacudirla ante ellos. Le daba vueltas en el aire; y más vueltas le daba, más rápido lo hacía. Cuando la soltaba, la piel desprendía un hedor insoportable. La piel acabó en la parte trasera de la casa, justo dentro de las aguas del río. Ellos pensaron que la piel del gato se desharía en la superficie de las aguas. Vieron cómo se levantaron algunas olas en el río y cómo la piel se enrollaba en el agua y la sangre se deshacía en hilos que caían verticalmente hacia la arena del fondo del río. Se despertó una tortuga que dormía en la arena y con sus grandes ojos se quedó mirando ese enorme monstruo. El cuchillo del padre también salió despedido de sus manos, se clavó en el marco de la puerta de la casa y se puso a temblar hasta que el sonido metálico se calmó finalmente.

Esa escena les asustó de tal manera que creyeron que iban a perder sus vidas. Alzaron la cabeza y se encontraron con la cabeza desnuda del gato. De los ojos del gato salían unos hilos de luz de color gris que colisionaron con los cuatro ojos de los hermanos —todo eso fue como la intersección de varios rayos en el espacio—. Asustados, ellos retrocedieron unos pasos hasta que el muro que estaba a sus espaldas les impidió retroceder más. Sus cuerpos se quedaron pegados al muro y las ropas de los hermanos se rasgaron, ya que las frotaban con fuerza contra él. Un ratón se metió en uno de los nidos de las gallinas que había bajo el cedro chino y que estaban relativamente cerca de ellos dos. El ratón parecía estar bailando de alegría.

El padre cogió el cuerpo sin vida del gato y lo puso en el hueco de una bandeja para poner verduras. Se fue a buscar un hacha y se puso a trocearlo. Cortaba un trozo grande y luego uno pequeño. Cortaba un trozo del este y otro del oeste. En la cara del padre había restos de la sangre y otras segregaciones líquidas que desprendía el cuerpo del gato mientras era troceado. El padre lavó luego algo de coriandro y cortó el jengibre. Metió todo ello en un puchero que había llenado previamente de agua y añadió los condimentos. Cubrió el puchero y encendió el fuego. El padre pidió a sus hijos que se agacharan junto al horno-cocina y que pusieran leña dentro para alimentar el fuego. El padre les dijo a sus hijos que si el fuego se apagaba, los iba a despellejar como a dos hijos de perra.

Se sentó sobre la jaula y amenazó a los hermanos con el cuchillo.

El fuego del horno-cocina no paraba de crepitar y sonaba igual que los petardos. La leña se humedecía y un humo blanco salía por la boca del horno y formaba círculos en el aire. La habitación se llenó de humo y los dos hermanos se tumbaron en el suelo para poder respirar aire fresco. Oyeron

toser a su padre y se preocuparon. Y con los pies y las manos en el suelo salieron lentamente de la habitación. Al llegar a la entrada, oyeron los insultos de su padre. Esperó a que salieran al patio bellamente iluminado por el sol y ahí, cuando se levantaron ante él, sonrió.

El padre le arreó a cada uno un bofetón y después les apretó el cuello con las manos. Parecía un águila agarrando un pobre pajarillo, y luego soltó delante de la boca del horno-cocina al grande de los hermanos Mao y después a Mao el Segundo. El padre dijo:

—Si eso no arde, os voy a meter dentro. ¡Los dos sois unos perros!

La habitación se había llenado de humo y no se podía ver nada. Uno llenaba el horno con paja y el otro soplaba para avivar el fuego. El padre andaba a grandes pasos en el patio y no paraba de lanzar improperios a sus hijos. Los gemelos pensaron al mismo tiempo que debían hacer algo más por el horno. Pero ¿qué? Las cuatro manos tocaron el suelo al mismo tiempo. El grande los hermanos Mao puso sus manos sobre la tierra y el pequeño de los Mao sobre una mierda de vaca seca. Los dos no pudieron verse, pero tenían muy claro lo que iban a hacer. El Gran Mao destapó el puchero y esparció tierra dentro. El segundo Mao destapó el puchero y metió la mierda de la vaca dentro. En sus caras se dibujó una sonrisa.

—¡Bien hecho! —dijo una mujer.

Ese elogio que venía de una voz femenina en medio del humo que llenaba la habitación les aterrizó. Sintieron que una mano que les resultaba familiar pero que era fría como la piel rugosa de un sapo les daba una palmadita en la cabeza. Ellos metieron, como no podían hacer de otra manera, la cabeza en la barriga para evitar esa caricia.

En ese momento, el agua se puso a hervir y el cuerpo destrozado del gato se movía con las olitas que se habían formado dentro. Los huesos se limpiaban y se movían hacia un lado. El olor de la carne del gato salía desde el puchero mientras se oía crujir el agua. A los hermanos les llegaba a los orificios de la nariz el olor del gato y se sorbían los mocos como si estuviesen gimoteando. *Esniff, esniff...*

El padre abrió la tapadera y vio una mancha aceitosa y dorada —una mancha redonda como una moneda de cobre— que flotaba en la superficie del agua. El padre de esas criaturas troceó el coriandro y lo echó en el puchero. Los tallos del coriandro se pusieron a agitarse con el agua hirviendo. El agua —para sorpresa de todos— se enverdeció.

El humo se diluía gradualmente y se pudieron ver las paredes negras y las rejas de la habitación. La cara del padre se había llenado de aceite y sudor, y de sus ojos salieron unas lágrimas.

El padre bebió su licor y comió su carne de gato. Los dos gemelos se sentaron delante de la entrada del horno-cocina con los brazos abrazando las rodillas. Tenían la barbilla apoyada en las rodillas y miraban a su padre con cara de tontos. Los intestinos no paraban de hacerles ruido.

El padre cogió unos huesos del gato y los arrojó delante de los gemelos. Se quedó mirando a sus hijos con unos ojos brillantes y misteriosos, y parecía estar observando algo. Los gemelos, sin embargo, miraron los huesos con indiferencia y sus barrigas seguían haciendo ruidos.

La mujer casada estaba tiesa y tensa sobre el muro y miraba con preocupación a los dos hermanos. Todo eso pasó hace muchos años.

—Vuestro padre ha muerto. ¿Por qué no os quedáis en casa velando al muerto junto al féretro? Os habéis escapado de cualquier manera y habéis llegado hasta aquí con el cuerpo lleno de heridas. Quizá habéis salido corriendo de cualquier manera y os habéis caído. ¿O es que os ha atacado un leopardo?

Los dos movieron la cabeza repetidas veces y parecían estar diciendo que sí, un leopardo enorme y bello los había perseguido y atacado.

—¿Y adónde pensáis ir ahora?

—Queremos ir a un lado del lago.

—Queremos nadar en el lago.

—En ese lado del lago se puede comer un marisco muy sabroso.

—En ese lado del lago se puede contemplar un paisaje espléndido.

Tras acabar de hablar, los dos gemelos se dirigieron a las aguas del lago. El agua apenas llegaba al nivel de sus rodillas. Las piernas de los hermanos eran muy largas y los dos parecían un par de gallos caminando sobre la nieve. Unas olas y sus espumarajos se levantaban sobre la superficie del agua, pero no hacían ningún ruido.

El agua era cada vez más profunda y cubría casi completamente los brazos. Los hermanos debían hacer un gran esfuerzo para seguir avanzando y pensaron que iban a caer de un momento a otro bajo las aguas del lago.

—¡Esperadme!... —les grité. El movimiento de las cañas del cañaveral, que era como el de las olas, me asustaba—. Esperadme, os digo... —añadí—. Quiero ir con vosotros... Yo también soy como vosotros... Alguien que ha perdido el hogar, un sin techo...

Tras recorrer varios metros en el interior del lago, los dos hermanos se detuvieron de golpe y giraron el cuello al mismo tiempo. Miraron la orilla y se inclinaron hacia mí. Oí que ellos cuchicheaban algo y vi sus manos levantadas —esas manos palmeadas y esa membrana pegajosa de color rojo que unía los cinco dedos—. Verlo me dolió como si me hubiesen clavado un cuchillo y la sangre ardiente que salía me quemaba la piel. Yo, sin tener el menor cuidado de nada, me lancé hacia las aguas del lago. Una vez dentro, me metí entre los dos gemelos y uno me agarró con su mano izquierda y el otro con su mano derecha. De esa manera, avanzamos unos pasos. Cuando el agua llegó a mi cuello, me dejé caer. El agua del lago aguantaba mi barriga.

Nosotros sentimos mucho frío; pero nos sentimos, al mismo tiempo, muy felices. Los peces picoteaban mi barriga con sus bocas blandas. Ello me provocó un nudo en la barriga.

A medianoche, paramos en unos matorrales de la orilla opuesta y sacamos toda el agua que llevábamos dentro. Nuestros cuerpos brillaban como una porcelana gloriosa bajo las hojas enormes de las palmeras y en medio de la brisa nocturna. Parecíamos unos individuos de gran belleza. Nos giramos y observamos la orilla. Había una bruma de un azul pálido que se elevaba en los cañaverales y que cubrió poco a poco la superficie del lago. La bruma les sirvió de pantalla protectora a las cañas y el junco que crecían al lado. Se oyeron a lo lejos unos ladridos de perros y supimos que ahí estaba nuestra aldea.

Agarrados de la mano, vagabundeamos por los alrededores del lago. Al fin y al cabo, ¿para hacer qué? ¿Por qué habíamos llegado hasta ese lugar? Yo no lo tenía nada claro. Solo me sentía aprisionado por los músculos de esos dos individuos, y entre ellos me sentía protegido y a salvo.

Estuvimos así marchando hacia el alba y nuestros cuerpos se enfriaron como el hielo. Cuando el Este se había puesto rojo, los cuerpos de los hermanos se pusieron a temblar. Lo supe porque íbamos agarrados de las manos y sus manos —con el temblor— transmitían electricidad. Yo también me puse a temblar. Nuestros temblores acabaron, por lo tanto y como era de esperar, siendo un mismo temblor.

Los perros no paraban de ladrar enloquecidamente y se oían gongos y disparos agudos como la seda y el satén desgarrados. Vi claramente que a esos dos hermanos les entraba mucho miedo e intuí que algo temían en esa aldea.

Había un precipicio recto como un muro y encima de él colgaba una cortina del color del rábano con unas flores amarillas sobre ella. Nosotros nos pusimos a dudar por un momento y nos quedamos mirando las flores amarillas. Esas flores amarillas —que eran las estrellas— que tintineaban en el cielo como si fueran ojos. Esas estrellas eran unas flores con un aroma simple y elegante cuya luz penetraba en los más oscuro de nuestro ser, la iluminaba, y nos calmaba. Continuamos avanzando bajo esa cortina del color de la piel de un rábano y nos metimos en una cueva. La pendiente del precipicio era enorme y parecía salida de un sueño. Se oían las respiraciones en medio de la oscuridad de la cueva. Una manada de murciélagos cruzó por

el techo. Sus alas finas y membranosas se agitaban en el espacio vacío y provocaban un rumor y algo de viento.

Ellos encendieron una antorcha de madera de pino y la metieron en la cueva del muro. La llama temblaba y parecía una cola larga y bella de un animal. Todo había sido preparado a la perfección. Se sirvieron de heno para hacer una cama, afilaron unos cuchillos para cortar la hierba y cogieron un jarrón. De los muros del agujero salían unas hierbas que parecían los pelos de un muerto. Ahí dentro había un ambiente húmedo y había estalactitas con formas extrañas que colgaban del techo. Esas piedras que habían sido formadas lentamente a través de los años por innumerables gotas de agua parecían senos alargados. El suelo se iba aplanando progresivamente en esa cueva y apareció en los laterales un dibujo hecho con tizas. También había un carácter chino torcido en ese dibujo. No se necesitaba hacer un gran esfuerzo para reconocerlo. Todo ello expresaba una ira intensa y estaba escrito en una lengua viciosa y llena de veneno que tenía el odio metido en los huesos.

Nos sentamos sobre la cama de heno. Nuestros músculos estaban tensos como el acero, y la luz del sol entró en la cueva. Se oía cierta bulla fuera de la cueva; eran voces humanas y ladridos. Los perros estaban atados con unas cadenas que hacían un ruido que parecía de disparos y explosiones.

—Son los que vienen a arrestarnos.

—Son los ladridos de los perros del viejo Ruan.

—Son los disparos del viejo Ruan.

—El viejo Ruan trae sus perros y sus milicianos para arrestarnos.

—Van a cortarnos la cabeza.

—¿No habló así nuestro padre cuando murió?

Oí que ellos recordaron las circunstancias de la muerte de su padre: la pasada noche, el padre entró en la casa tambaleándose. Al pasar por la puerta, se tropezó y cayó al suelo. De su boca salió un escupitajo de sangre y nosotros nos despertamos de nuestro sueño. Salimos de la pila de hierba donde estábamos y llevamos al padre al *kang*. El cuerpo de nuestro padre apestaba a ajos y ese olor nos tiraba de espaldas. Nosotros odiamos el olor del cuerpo de nuestro padre y odiamos la carne pegajosa de nuestro padre. Pensábamos que éramos totalmente incompatibles. Entre nosotros y él había algo difícil de predecir. El odio hace un nudo entre un padre y un hijo; la amabilidad hace un nudo entre un padre y un hijo; ¡y la animosidad hace un nudo entre un padre y un hijo! ¿Qué era en realidad nuestro padre? Estábamos determinados a saberlo de una vez por todas, pero saberlo parecía

que iba a ser una tarea inconmensurable. Al padre y los hijos les unía esa desvergüenza. ¿Por qué nosotros queríamos todavía llevarlo a cuestras? A cuestras lo tumbamos en el *kang* y con odio vimos cómo salían de su boca unos borbotones de sangre sólida y pegajosa como la salsa de gambas. En realidad, el padre ya estaba en las últimas y no había nada que hacer. Pero incluso a las puertas de la muerte, nuestro padre no olvidaba el odio que nos tenía. Nos miró con sus ojitos redondos llenos de resentimiento y esbozó una sonrisa demoniaca y repugnante. La barriga de un hombre, al fin y al cabo, ¿cuánta sangre tiene? En realidad, tiene una cantidad infinita. Nuestro padre confirmó esta idea con su propia experiencia personal. La sangre salía de su barriga como olas agitadas en un mar y salía por su boca. La sangre salía ininterrumpidamente. El *kang* se convirtió en una balsa de sangre. Era como si el odio de toda una vida se hubiese convertido en sangre y por eso no paraba de salir. No salía sangre, salía odio en forma de sangre, la cual salía y salía. La cara del padre había pasado de tener el color de la cera al blanco más absoluto. Parecía un gusano que quería, haciendo un esfuerzo, liberarse de las heces. Haciendo un esfuerzo, doblándose una vez, luego otra y finalmente al tercer intento, alzó la cabeza y dijo:

—Gran Mao, Mao el Segundo..., escuchadme los dos. Dieciocho años atrás, el viejo Ruan violó a vuestra madre. De este odio, yo anuncio una mitad y me guardo la otra mitad. Os lo anuncio a vosotros, perros. ¡Id a ver al viejo Ruan y deshacedos de él! Y si no os deshacéis de él, él se deshará de vosotros. Venid... Venid, anda..., y acercadme vuestras cabezas...

Y nosotros estiramos nuestros cuellos y nos acercamos a él. La sangre que salía de la boca de padre nos salpicó en la boca —una sangre que nunca pudimos sacarnos de nuestra cara y que supuso la marca en nosotros de la vergüenza eterna, la marca de un clan familiar para siempre...—. Y sirviéndose de sus uñas, cortó la piel y la carne de nuestros cuerpos y empezamos a sangrar... Salimos corriendo y oímos que el viejo Ruan gritaba:

—Niños, no corráis... No os voy a hacer daño... Me gusta estar con vosotros...

Sí, era cierto. Él podía chupar nuestra sangre, podía despellejarnos y sacarnos nuestros corazones y nuestros hígados: cortarnos a trocitos y ponernos sal, y mezclarnos con ajos y añadir jengibre, y zamparnos con un buen aguardiente. Sí, podía hacer todo eso y por ello salimos corriendo hacia el otro lado del lago, donde estaríamos más tranquilos...

Los perros ladraban y las cadenas que colgaban de sus cuellos no paraban de sonar. *Clong, clong, clong...* Se oían disparos y pasos desordenados, como una estampida, y todo ello fuera de la cueva, hasta donde llegamos. El viejo Ruan volvió a decirnos con una voz que era como un trueno:

—Gran Mao y Mao el Segundo... No temáis nada... Quiero decir algo... Vuestra madre era una buena mujer, creedme...

VI

Oí hablar de un día de invierno, ya cerca de la Festividad de la Primavera (el Año Nuevo), durante esos días en los que nevaba siempre; y más exactamente, oí hablar de un día que hacía mucho frío y había caído una gran nevada que cubrió la tierra con varias capas, así como las copas de los árboles. Un día en el que todo parecía esos panecillos blancos pasados por el vapor. Las ramas de los árboles colgaban debido al peso de la nieve y crujían de una manera que parecían estar carraspeando. El viento frío del invierno soplaba sobre las aguas del río, que estaban heladas, pero iban a romperse de un momento a otro. El verano de ese año se proclamó eso que se denominó «la gran crianza de los otros tipos de cerdos» y fue cuando el viejo Ruan y los miembros de su grupo se fueron al distrito montañoso de Lianshan para comprar novecientos cerdos rústicos —cerdos de la raza padre— que eran delgados como monos famélicos y los criaron en un recinto de ladrillo fuera del jardín de los manzanos. El padre de los gemelos se fue con el grupo del viejo Ruan a cuidar de los cerdos. Pero los cerdos —desde que fueron introducidos en el recinto de ladrillo— empezaron a morir. A veces moría uno cada día y otras, dos cada dos días. Si un día no morían, al día siguiente morían tres o cuatro. Junto al recinto enladrillado había una habitación con un par de cazuelas grandes y un *kang* construido con ladrillo, sobre el cual dormían un par de criadores de bestias. En esos días, cuidar bestias era una tarea agradable. El padre de los gemelos podía ser elegido entre mil individuos por el viejo Ruan —el secretario Ruan, el secretario de todo el pueblo—. Estaba claro que el padre de las dos criaturas había dejado una muy buena impresión en el secretario Ruan. El otoño había empezado no hacía mucho y las habichuelas amarillas de soja habían sido ya cortadas y los boniatos habían sido sacados de la tierra. Las habichuelas de soja habían sido apiladas y los boniatos yacían —en otras pilas— a su lado. La pila de las habichuelas de soja estaba al lado de la habitación enladrillada y los boniatos, por lo tanto, al lado de esa pila.

Una noche de finales del otoño, cuando los insectos otoñales (sobre todo los grillos) morían entre las hierbas, una corneta se puso a sonar con fuerza en la aldea. El sonido de la corneta era como el mugido de los bueyes. El joven de la corneta era más bien bajito, se llamaba Mo Luohui y era un campesino pobre con la cara llena de cicatrices. El joven iba detrás del

secretario Ruan y parecía estar haciendo la guardia. La corneta de Mo Luohui se inclinaba hacia un lado y la borla roja que colgaba de ella le llegaba al joven campesino hasta la rodilla. La corneta brillaba y era muy bonita de ver. Mo Luohui —que iba detrás del secretario Ruan— iba además armado con un fusil de cañón metálico. La cinta del fusil que pasaba por el cuello del campesino que soplaba la corneta también era muy bonita de ver.

Y cuando grillos y otros insectos del otoño se ponían cada noche a cantar, el fuego de la estufa empezaba chasquear: *crac, crac...* La llama del fuego creaba una sombra sobre el muro que parecía las alas extendidas de una mariposa. Todo eso también era muy bonito. Ellos se echaron sobre la raíz de ese muro y miraban fijamente las llamas robustas y engrandecidas del fuego de la estufa. El humo que subía por la chimenea era amarillento y sucio. El fuego se hacía cada vez más grande debido a un viento que soplaba y los avivaba. El humo se escapaba por la chimenea y no se escampaba por la habitación. Dentro de la estufa había ramas y hojas secas de un moral que expulsaban un aroma muy agradable.

En una de las cazuelas hervían los boniatos, y no las habichuelas amarillas de soja. Los que estaban acostados junto al suelo iban a comer, por lo tanto, boniatos, y no habichuelas amarillas de soja.

Los cerdos no paraban de gruñir en el vallado de ladrillos. Uno de ellos se desgañitaba y su voz parecía la de una mujer insultando a su marido. Gritaban de tal manera que parecía que les estaban cortando el corazón.

Cierto. Cada noche, a las diez y algo, ellos se llenaban la barriga con boniatos o habichuelas de soja. El secretario Ruan andaba tambaleándose y Mo Luohui iba detrás de él con el fusil en la mano. Todo eso era bonito de ver. En ese momento, el destino quiso que los hombres que estaban junto a la boca de la estufa se quedasen dormidos. Varias chispas y brasas provenientes del horno cayeron sobre sus espaldas rojas y ayudaron a calentarlas. Ellos estaban comodísimos de esa manera. El interior de la otra estufa empezó a arder y se oyeron los primeros crujidos del fuego. Las ramas chispeaban: pero aparte de las ramas del moral, ¡nada más ardía! La madera del moral supuraba un aceite blanco y ocasionalmente salía algún bicho totalmente calcinado y varios huevos de mantis religiosas totalmente calcinados. Un olor apenas perceptible se esparcía por la habitación. Ese olor era bastante agradable. Y más se cerraba la noche, más se embravecía el fuego con unas llamas altas y brillantes que iluminaban las caritas de los que estaban al lado —una caras que parecían de oro y sus ojos piedras de jade—. ¡Todo eso era

bellísimo! Ellos oían aullar el humo en la chimenea y vieron cómo las llamas rojas llegaban hasta arriba.

El cerdo que habían puesto poco después en el puchero grande se puso a dar vueltas como si estuviera vivo. El secretario Ruan entró en la habitación enladrillada y se sentó en un taburete y Mo Luohui se quedó en la entrada haciendo guardia con su fusil adornado con la cinta roja. El viejo Ruan se sacó los zapatos y los calcetines, y sus pies —que acercó peligrosamente al fuego—, con sus dedos torcidos, parecían unas patas de pollo asadas al fuego. El padre de los gemelos se puso a reír y dijo:

—Secretario Ruan, usted está viendo cómo el fuego de la madera del moral llega hasta el cielo..., y estoy seguro de que le duelen, y mucho, los pies... *Ji, ji, ji...*

—Yo me tiro un pedo. ¿Lo entiendes ahora? Más los aso, más me duelen... —respondió el secretarito Ruan.

El señor Wang, que había estudiado medicina, era alto, llevaba una barba blanca y se notaba que había practicado las artes marciales, dijo:

—Secretario Ruan, sobre los efectos del asado, el *Tratado de herboristería para usos medicinales* dice: los pies y las manos que sufren reumatismo se curan con el fuego de la madera del moral... Se han hecho cien pruebas con cien asados... Y que conste aquí y ahora...

—¡Pues que se asen unos pies de cerdo ya!

—¡Pues unos pies de cerdo asándose ahora mismo!...

—¡Sois un par de perros hijos de puta! —les gritó el secretario Ruan.

—¡Sois un par de perros hijos de puta! —repitió el padre de las dos criaturas. El padre parecía tener más odio en sus palabras que el secretario Ruan—. Perros hijos de puta..., jodidos asnos... No sé quién fue el gilipollas que trajo a este mundo este tipo de cosas... Rápido, ¡chupadle los talones al secretario Ruan!

Ellos se quedaron mirando la cara larga y seca del secretario Ruan y sus corazones se llenaron de odio. El padre les dio una palmada en la cabeza y sus corazones se llenaron, si cabe, con más odio y deseos de venganza.

Ellos se agacharon hacia la parte baja de los pies del secretario Ruan y se pusieron a chuparle los dos pies pegajosos y apestosos. El secretario Ruan gimió de placer: *¡hum, hum!...*; y a partir de ese momento, empezó a sentir cosquillas en los pies. Las dos lenguas de los gemelos no paraban de lamerle las plantas de los pies y el secretario Ruan no podía aguantar más.

Un mundo de hielo y nieve dejó la noche del pueblo llena de innumerables emociones y creó un ambiente de infinito misterio. La oscuridad parecía flotar sobre la nieve y varias eran las lechuzas que chirriaban entre las ramas nevadas de los árboles y ellos, como antes, apoyaron sus espaldas en las brasas que había en el fuego de la madera del moral y abrazaron sus rodillas.

El secretario Ruan tocó a Mo Luohui y salieron puntualmente. Entraron en la habitación y los hombros del viejo Ruan se pusieron a temblar, sus pies pisaban con fuerza el suelo y llevaba botas de piel mojadas por la nieve. Ellos se quedaron mirando esos dos enormes pies —que eran como las patas de un oso— y las botas lustrosas de piel. Un olor no demasiado agradable llegó a los orificios de sus narices.

—Este hijo de puta... —dijo el viejo Ruan mientras estampaba sus pies en el suelo—. Sí, es una puta a la que se le caían los pantalones...

Nadie en la casa se atrevió a abrir el pico, ni se perturbaron; pero todos ellos percibieron el olor fino que desprendía el secretario Ruan.

El padre tenía los dos ojos rojos y le temblaban los labios. Dudó durante unos instantes y dijo con una mirada siniestra:

—Debéis coger a este hijo de puta y desgajarlo. Coged a este chulo de putas y dueño de burdel barato y arrojadlo a los perros para que se lo coman.

La piel de la cara del viejo Ruan, que ya era de por sí roja, se había vuelto más roja. Con unas risas sonoras, dijo:

—Viejo hermano, ¿a qué viene ahora esta locura? ¿Sabes qué estoy maldiciendo? ¡Pues estoy maldiciendo la nieve que ha caído del cielo!

El señor Wang se mesó los pelos de su barba y le sacudió al secretario Ruan la nieve que tenía en los hombros. Luego dijo:

—Él maldice en realidad la cabeza de ese jodido cerdo... Ese mueble se ha hinchado de tal manera que parece un melocotón rojo... ¿O es que no lo ves? ¡Estíradle los «taladros» de ese cerdo!...

El viejo Ruan sonrió:

—Uno de estos días, voy a encontrar un cerdo para ofrecérselo y así procreará...

El padre dijo:

—A esa puta... Yo voy a coger un palo y se lo voy a meter en el culo...

—Viejo hermano, eso no va a funcionar. ¡Quieres llevar a cuestras la responsabilidad de haber destruido «la gran crianza de los otros tipos de cerdos»! —le dijo el viejo Ruan.

Los cerdos que estaban encerrados en el recinto enladrillado no paraban de gruñir y gritar. Esos animales no parecían, simplemente, unos cerdos. ¡Parecían unos lobos! Escuchaban atentamente los gruñidos de los cerdos y en sus cabezas aparecían en cadena varias imágenes que eran como las angulas, o como las plantas acuáticas, o como los pantalones, o como un cinturón, o como la espuma que levantan las colas de los peces...

—¿Todavía nieva fuera? —preguntó con dificultad el señor Wang.

—¡Oh!... —dijo el secretario Ruan con preocupación, y en sus ojos apareció como una niebla y todos los presentes percibieron enseguida cuáles eran sus características. Todos ellos vieron que esos dos hombres tenían los mismos recuerdos. Algo que les había sucedido hacía tiempo los unía íntimamente y los dos compartían un mismo miedo.

—Año de muchas nieves, año de prosperidad..., eso dicen —dijo el señor Wang, sintiéndose feliz mientras destapaba el cazo. Con un tenedor de grandes dimensiones, cogió un trozo de carne de cerdo que estaba dentro del cazo. De hecho, hincó el tenedor en la parte baja de las mejillas de la cabeza del cerdo y luego lo sacó. De la cara del cerdo salió disparado un chorro de sangre.

—Esto no está todavía hecho —dijo el señor Wang—. Debemos cocer un poco más esa pata...

El secretario Ruan respondió:

—¿Acaso tienes prisa? Las noches de invierno son largas y este tipo de carne tarda en hacerse.

El señor Wang había olvidado tapar el cazo. El cerdo muerto temblaba dentro del cazo y el agua se agitaba formando con unas olitas. Las orejas del cerdo flotaban sobre el agua y parecían un par de hojas de loto.

El secretario Ruan se sacó los zapatos y acercó sus pies desnudos a las llamas del fuego. Pero los acercó tanto que las llamas le hacían cosquillas.

—Hijos, venid y lamedle los pies a vuestro *gandie* (padre adoptivo)... —dijo el viejo Ruan.

En realidad, ellos odiaban el olor de los pies del viejo Ruan y retrocedieron unos pasos para salir huyendo de esa situación; pero su padre les agarró de las orejas y les dijo:

—Hijos de perra... ¡Venga, chupadme los pies!

Las manos duras y sólidas del padre eran como un par de pinzas de hierro cogiendo unas orejas. Sin darles un respiro, el padre no soltaba esas orejas y los hermanos hacían rechinar sus dientes. Movían sucesivamente la boca

hacia la derecha y la izquierda. Los dos gemelos se arrodillaron a un lado de los pies del secretario Ruan y sacaron sus lenguas rojas. Se pusieron a lamerle los pies apestosos y unas lágrimas cayeron sobre sus mejillas. Luego se adaptaron progresivamente a ese mal olor y se les fueron las ganas de vomitar y ya no volvieron a aparecer más lágrimas en sus ojos. Ese olor entraba en la cabeza y la llenaba. Era un olor indescifrable y compacto, como esas nubes rosas que pasan a menudo por el cielo. Ese olor era al mismo tiempo como uno de esos perfumes que poseen tanta capacidad de atracción y que penetran en los orificios de la nariz. Era como estar soñando. Ellos abrieron la boca al mismo tiempo, y sin consultarse los unos a los otros, dieron un mordisco a la parte trasera de los pies del viejo Ruan.

El viejo Ruan gritó de dolor, cayó al suelo y se quedó sentado sobre su culo. Se puso de pie, pero se dobló porque sentía un dolor muy agudo en los pies y no podía mantenerse sobre ellos. Los que lo vieron creyeron estar presenciando una acrobacia en un escenario. El padre de los gemelos —bajo la luz de lamparilla de aceite— se puso a reír a carcajadas.

El viejo Ruan se agitó e intentó retirar los pies, pero los gemelos los tenían bien sujetos. Los tenían agarrados con los dientes y no los soltaban. El viejo Ruan —doblado como estaba— cayó, otra vez, de culo en el suelo, ya que el dolor que sentía en los pies lo tenía completamente atenazado.

Mo Luohui cogió la pistola y disparó con rabia sobre los gemelos, que seguían muy pegados los unos a los otros.

Los cuatro ojos de los gemelos brillaban con intensidad y parecían los ojos de unos diablos.

Había unas brechas en los pies del viejo Ruan que los hacían sangrar abundantemente. El viejo Ruan no paraba de quejarse y se sentó sobre el taburete de madera. En su cara había una expresión que mostraba unas ganas enormes de llorar.

Mo Luohui cogió el fusil de la borla roja y se puso a golpear con la culata los cuerpos delgados y las cabezas (en proporción con el cuerpo) muy grandes de los gemelos. Y por instinto, los gemelos se cubrieron con las manos. Así que la pica solo pudo golpear sus manos. *Clong... Clong... Clong... Clong...*

La cara del señor Wang se puso gris, y con su barba de chivo temblándole, dijo:

—¡Ay, ay!... Esos niños son todavía unos pobres inocentes que no poseen ninguna inteligencia... ¡Qué tontos son!...

El padre estiró el cuello y vio cómo sangraban los dos pies del secretario Ruan y cómo Mo Luohui golpeaba con rabia a los hermanos. Todo ello solo provocó una sonrisa en su cara y parecía como si nada de lo que estaba ocurriendo le concerniera directamente.

El secretario Ruan vio como el padre lo miraba y sus dos ojos se le pusieron como un par de punzones.

El padre se puso a hacer pucheros con la boca y mantuvo una actitud burlesca.

De repente, el secretario Ruan levantó uno de sus zapatos y lo arrojó a la cara del padre de los gemelos. El padre alzó la mano y lo desvió de su trayectoria. El zapato fue a caer en la tinaja donde estaba una cabeza de cerdo marinándose en una salsa espesa. El secretario Ruan cogió su otro zapato y lo arrojó. Y con él volvió a suceder lo mismo y cayó en la tinaja donde estaba la cabeza del cerdo.

—¡Hijo de puta! —gritó el viejo Ruan.

—¿Dónde está el hijo de puta aquí y en estos momentos? ¡Dímelo! —dijo el padre, señalando a los gemelos—. Esos dos son unos asnos que acaban de joder y ellos son los hijos de puta...

De los ojos del padre se desprendió una luz verde que presionó al secretario Ruan. Los ojos del secretario Ruan desprendieron una luz roja que hizo lo mismo con el padre. La luz verde colisionó con la luz roja y saltaron chispas de odio. Parecían dos perros callejeros que se topan por casualidad en una callejuela y se miran con odio. Los dos hombres se quedaron rígidos el uno frente al otro. La luz roja se debilitó progresivamente y cayó al suelo: *clang, clong, clang*. Luego desapareció. La luz verde se deshizo en mil partículas en el aire y luego también desapareció.

El secretario Ruan dijo con educación:

—Basta ya, Mo Luohui. ¿De qué les sirve tanto golpe? ¿De qué servirá matarlos? ¡Estás atontado!

Y Mo Luohui aflojó sus manos, y mirando con malos ojos al secretario Ruan, se retiró junto a una de las paredes.

Las cabezas de los gemelos ardían y sus orejas zumbaban. La sangre corría por sus cejas y manchaba incluso las pestañas y entraba en los ojos. La sal que había en la sangre mataba los ojos. Les dolían los ojos; y todo lo que había delante de esos ojos estaba teñido de sangre.

El secretario Ruan le pidió a Mo Luohui que fuera a la aldea y llamara a la «doctora de los pies desnudos».

Mo Luohui cogió su fusil y salió corriendo.

El señor Wang cogió las cenizas que habían quedado del árbol del moral y las puso sobre las heridas del viejo Ruan, el cual lo maldijo inmediatamente. El señor Wang, que era una persona a la que no le gustan los líos, se retiró hacia donde estaban las paredes y no osó abrir la boca durante mucho tiempo.

El padre de las dos criaturas agarró un palo de madera blanca y con él cogió los zapatos apestosos como la comida con la que se alimentan los cerdos del viejo Ruan y los tiró al otro lado de los muros enladrillados. Y con voz imponente, dijo:

—Vosotros dos sois unos hijos de perra. Coged la comida para cerdos que hay en esos zapatos y chupadla hasta que queden limpios.

Los dos hermanos se miraron el uno al otro y sus caras se llenaron de resentimiento.

Su padre volvió a gritarles:

—¿Es que no me habéis oído? ¡Hay que llevaros como a los perros!

Los dos hermanos se pusieron a temblar y llorar. Sus caras parecían esas hojas secas de los días muy fríos de la duodécima luna.

Su padre cogió un hacha y se fue tras ellos, y ellos lloraban a lágrima viva y salieron corriendo de la casa para evitar al secretario Ruan y el tener que chupar esos zapatos apestosos.

Su padre —tras salir con el hacha para trocear a sus hijos— se separó del cuerpo del secretario Ruan —y este último alzó los puños y, ¡pum!, le dio un puñetazo al padre en la parte baja de la barriga—. El padre arrojó el hacha y se cubrió la parte baja de la barriga con las dos manos, retrocedió unos pasos y gruñó algo. Luego cayó de culo al suelo.

—Tú... —dijo el viejo Ruan—, eres un animal de cuatro patas...

—¿Acaso yo pegué a tus hijos? —dijo el padre con una cara amarilla como la cera de una vela. Unas gotas de sudor caían sobre su frente; y de repente, sus labios negros y púrpuras esbozaron una sonrisa siniestra de ser endiablado, y añadió—: ¿Te sentó mal que yo pegara a ese par de perros jodidos?

—¡Eres un hijo de puta!... ¡Un desgraciado que no sabe ni quién es su padre! —explotó el secretario Ruan, y se puso a llorar desconsoladamente. Cogió el hacha que estaba junto al horno y como un loco se fue hacia el padre de las criaturas. El padre volvió a sonreír siniestramente, abrió la puerta y salió al patio.

Un viento frío entró súbitamente en el patio y la lámpara de queroseno que había colgada en la pared se había apagado. El interior de la lámpara se había enrojecido y olía a queroseno. El fuego de la estufa seguía ardiendo y se reflejaba en la cara grande, obesa y pesada del secretario Ruan. El cerdo seguía dando vueltas una y otra vez dentro de la cazuela. Gruñía enrabiado: *grrrr, grrrr*; y el agua hervía y hervía: *glu, glu, glu...*; y el olor de la carne del cerdo salía mezclado con el vapor.

Ellos vieron cómo la nieve brillaba con fuerza en el exterior y el padre caminaba entre las ramas del manzano. La nieve que había bajo sus pies no dejaba de crujir y los cerdos no paraban de gritar en el recinto enladrillado. Solo cuando soñaban se detenían sus gritos de desesperación. La noche se calmaba y se llenaba con su fragancia. En el frío invernal aparecieron de repente unas ráfagas de viento cálido y húmedo. Los brotes de centeno que crecían en los campos abiertos dormían bajo la nieve pesada. Unas nubes gruesas y sulfurosas rompían la conexión que existía entre la Tierra y las estrellas del cielo. Al mismo tiempo, todos ellos cayeron en la trampa de sus pensamientos y los ojos de sus cabezas penetraron esa capa de nubes y vieron así miles de estrellas dando vueltas. El cielo parecía agua hirviendo y en ella hervían el sol, la luna y las estrellas. Ellos —tímidamente— desviaron la mirada hacia la oscuridad de la noche. Con la mirada ausente vieron a su padre divirtiéndose con un grupo de hombres peludos —esa gente había nacido con pelos verdes—, los cuales tenían además las frentes estrechas y las bocas grandes. Los hombres peludos utilizaban sus manos —que eran en realidad unas patas torcidas— para rascar los sobacos del padre de los gemelos. Ellos no se sentían muy cómodos haciendo esa tarea.

El señor Wang se levantó y se fue a cerrar la puerta y el secretario Ruan le dijo:

—¡No la cierres!

El señor Wang no la cerró y volvió a sentarse.

Oyeron a su padre golpear el manzano con un palo. Había mucha nieve acumulada desde hacía tiempo en la copa de esos árboles y esta cayó al suelo. *Crac, crac, pum...* La nieve caía al suelo una y otra vez. El hielo de las ramas crujía y caía. Lloraban y las ramas ya no podían soportar el peso del hielo, y algunas de ellas crujían también y caían al suelo. Ellos podían oírlo. Lloraban y el hielo volvía a crujir. Las ramas del manzano —una vez desnudas— quedaban con un color escarlata, y ellos pensaron al mismo tiempo: un día de grandes nubes y con mucho frío, las ramas de los manzanos enrojecen de frío.

El padre insultaba las ramas mientras las golpeaba con el palo. Les decía que eran unas malnacidas, unas perras y unas tortugas.

Y ellos —los gemelos— pensaron al mismo tiempo: padre, ¿a quién insulta? ¿Al secretario Ruan? ¿Te atreves a insultarlo? ¿O nos insultas a nosotros? ¿No podrías insultarte a ti mismo?

Por no se sabe qué razón, y por un momento, se sintieron desamparados y muy solos, y sin nadie para consolarse. Contaban solamente con la compañía de las brasas del fuego. Por eso no se separaban de la boca de la estufa y horno.

—¡Vaya par de gatos delgados calentándose junto a la estufa! —dijo con un tono de voz triste el señor Wang—. Ya se sabe: con perros en primavera y gatos en otoño. ¡Y la vida escapa del desastre!

El señor Wang se levantó y volvió a hablar:

—Secretario Ruan, deberíamos cerrar esa ventana... Sigue abierta... Si no, ese par de gatos delgados se va a morir de frío...

El secretario Ruan soltó un sonido con la boca para declinar la oferta del señor Wang.

—Eres tozudo como una mula... ¡Te has vuelto loco! ¡Loquísimo! —dijo el señor Wang.

El padre le azotó con un palo y le insultó con una voz ronca y atronadora.

Justo en ese momento, Mo Luohui entró en la habitación con la mujer médico de los pies desnudos. La habitación se enfrió de golpe y Mo Luohui cerró seguidamente la puerta. El señor Wang se sirvió de un mechero bastante usado para encender el fuego de la lámpara de queroseno. La luz se hizo en la habitación y los ojos de los presentes se pusieron a parpadear nerviosamente.

Mo Luohui dijo:

—Secretario, no ha sido muy fácil llamarla...

—No lo he oído..., dormía... —dijo algo avergonzada la doctora de los pies desnudos, y se sacó la chaquetilla negra acolchonada y de cuello largo y buscó por todas partes un sitio donde colgarla; pero no lo encontró, y decidió, no sin pasar por muchos temblores, colgarla encima del hacha que estaba junto a la estufa-cocina.

Ella llevaba un vestido con cuello de color plata con unos dibujos estampados de color negro. Tenía el cuello atado con un par de botones que eran unos patos mandarines, también de color negro. La doctora era una joven que tenía unos pechos bien hinchados y llenos que estaban bien

sujetados por los dos patos mandarines. Ellos no le quitaban la mirada de encima. Sus ojos parecían echar fuego y eran más bien los ojos de un lobo feroz. Miraron el pañuelo desanudado de color café oscuro que tenía en la cabeza y que dejaba ver un par de mejillas de un color rojo brillante.

Ella sacó una cajita con medicinas que llevaba sobre sus hombros y, cogiéndola con las dos manos, se la mostró al secretario Ruan. Luego se dobló y preguntó tímidamente:

—Secretario Ruan, ¿dónde tiene la herida?

El señor Ruan se la quedó mirando fijamente y sonrió como un demonio, pero no dijo nada.

—¿No te lo he dicho? ¡El secretario Ruan se ha herido en los pies! —dijo Mo Luohui, muy enfadado y apuntando con su fusil.

Ella soltó la cajita con las medicinas, se agachó delante del secretario Ruan y le dijo:

—Mo Luohui, coge la lámpara y acércala, porque no veo bien.

Y Mo Luohui le dijo seguidamente al señor Wang:

—Viejo Wang, trae la lámpara para que esta mujer pueda ver algo.

Ella fingió una sonrisa y mostró sus dientes extraordinariamente blancos. Esos dientes desprendían una luz que era como la luz de las perlas.

—La madre que te parió, eres más vago que un gran vago... Un viejo acabado no sería más vago que tú... —dijo el secretario Ruan con un tono de voz compasivo—. Deja a un lado ese jodido palo y acércale la lamparilla de aceite de una vez por todas. ¿O es que estás sordo?

Mo Luohui, sin tener otra opción, dejó el fusil apoyado sobre la pared y cogió con sus manos, cuyos dedos eran como ramitas de árboles, la lamparilla de aceite y la acercó a la doctora de los pies desnudos.

Ella abrió la cajita con las medicinas y sacó unas pinzas con las que sujetó una bolita de algodón. La empapó en alcohol y limpió la herida del pie del secretario Ruan, que sacaba hilos de aire frío por la boca. Ella alzó la cabeza y abrió bien los ojos —unos ojos que daba miedo verlos—; y con esos ojos se quedó mirando la cara del secretario Ruan.

El secretario Ruan alargó sus muy delgadas manos y agarró el cabello de la doctora de los pies desnudos. De manera aceitosa, le preguntó:

—Pequeña, los años pasan rápidamente... ¿No echas de menos tu casa?

Los presentes se quedaron viendo los dedos del secretario Ruan agarrando el pelo de la doctora de los pies desnudos.

—Pienso soltarte para que puedas volver a tu pueblo y ver a tu papá y tu mamá; pero ese pueblo y tú sois inseparables...

Los cabellos negros y aceitosos de la mujer se pusieron a temblar.

—Lo haces muy bien, creo. Te recomiendo que el año que viene vayas a la universidad...

En ese momento, alguien golpeó la puerta de la habitación.

—¿Quién es? —preguntó severamente Mo Luohui.

Pang, pang, pang... Pang, pang, pang... Algo, o alguien, golpeaba definitivamente la puerta. Los que estaban en la habitación se quedaron temblando mirando con cara de tontos la tabla de madera que hacía de puerta.

Se dieron cuenta de que ella estaba pensando: es una noche negra y cerrada y acabo de lavarle los pies a este tipo. Justo cuando los cubro, oigo que alguien toca la puerta: *pang, pang, pang... Pang, pang, pang...* ¿Quién es? ¿Quién? *Pang, pang, pang... Pang, pang, pang...* Es un sonido obstinado y repetitivo, como el destino...

El cabello negro ya aceitoso de la mujer temblaba en las manos del secretario Ruan.

Se dieron cuenta de que Mo Luohui estaba pensando: es una noche tan fría y tan oscura... Hay más de diez mil trabajadores operando en la vía de tren que une Beijing, en el norte, con Guangzhouen, en el sur... Justo cuando acababa de darle la lámpara a tu abuelo para que le cosas los calcetines, oigo *pang, pang, pang..., pang, pang, pang...* Alguien ha entrado precipitadamente en la habitación... Lleva un niño en la mano izquierda y con la derecha sujeta una lamparilla... Su cuerpo está lleno de sangre y tiene heridas por todas partes... Nada más entrar en la habitación, se ha arrodillado en el suelo... Ah, mi maestra..., y mis maestros y mis compañeros de clase han sido sacrificados todos... Este niño es carne de vuestra carne... Abuela... Oh, oh, oh, oh...

Se dieron cuenta de que el señor Wang estaba pensando: justo en el momento más interesante de la lectura, cuando ese letrado y magistrado que ha pasado los más altos exámenes se disponía a resolver el caso, oigo *pang, pang, pang..., pang, pang, pang...* Esos golpes sonaban uno detrás de otro. El letrado me preguntó en ese momento: ¿hay alguien que nos molesta? Detrás de la puerta se oía reír a una mujer. El letrado me dijo: esa mujer —venga de donde venga, y sea su familia la que sea— se presenta a medianoche... ¿Qué quiere? Rápido, sal a ver lo que pasa... Y no manches mi nombre en el

libro... El magistrado tiembla en la página..., cuando de repente se oyeron los golpes en la puerta...

Un perro famélico —cuya espina dorsal se marcaba profundamente en los lomos— pasaba por ahí con la cola entre las piernas y se metió dentro de la casa. El viento frío del exterior entró con él y la luz se desbarató. Mo Luohui se precipitó sobre la luz para que la llamita no se extinguiera. El secretario Ruan respiró profundamente y dijo:

—¡Eres más jodido que un perro! ¿Acaso no era tu madre una perra vaga y asquerosa? ¡Seguro que sí!... ¡Qué familia!...

El señor Wang se despertó del sueño de demonios y zorros en el que estaba inmerso y se topó con las patas del perro famélico, que estaba estirado en el suelo y al que no le hizo mucha gracia la presencia del señor Wang. El perro gruñó algo y se quedó mirando al señor Wang con unos ojos tristes que daba pena verlos. Se levantó y se echó junto a la pared.

El secretario Ruan dijo:

—Vale, déjale estar en la habitación. ¡Y cerrad la puerta!

Y el señor Wang cerró la puerta, se giró y añadió más leña al fuego. Torció el cuello y volvió a ponerse a soñar.

Ella envolvió los pies del secretario Ruan con una gasa de muselina, se puso de pie y abrió las mandíbulas. Puso en orden las hierbas medicinales de la cajita y cogió la chaquetilla que había dejado sobre la leña.

El secretario Ruan se echó hacia delante y agarró las manos de la mujer. Sintieron cómo una mano grande y gorda atrapaba otra mano que era pequeña y delgada. De su garganta salieron unos sonidos, como si no supiese si quería toser o no.

—¡No debes irte! —dijo el secretario Ruan—. La carne está hirviendo en el puchero... Comes y luego te vas.

Ella bajó la cabeza y cerró los ojos. Ellos sintieron sus manos frías, que eran tan frías como las de un muerto. Estaba tan estirada y tiesa que no parecía ni estar viva ni estar muerta y tenía los pechos blancos como si fueran a estallarle de lo hinchados que estaban —verlos ponía la piel de gallina—. Esa presencia asustaba enormemente a los gemelos.

El secretario Ruan aflojó las manos y, tras unos segundos, sonrió y dijo con amabilidad:

—He escuchado sus instrucciones —y tras decir esas palabras, retrocedió unos pasos y cayó sobre la pila de leña, que estaba cubierta de nieve.

Su cara parecía en realidad uno de esos troncos cubiertos de nieve: era igual de blanca y tiesa.

—Señor Wang, mire la carne y dígame si está ya bien hecha —le pidió el secretario Ruan.

El señor Wang dio de repente un salto; y con una agilidad asombrosa, se quedó de pie junto al cazo donde se hacía la carne. Cogió la cabeza del cerdo con unos palillos y dijo:

—Todavía no está bien hecha, todavía no está bien hecha... No se puede comer todavía...

El secretario Ruan repuso:

—Cuando esté bien hecha, que se ponga en la sopa.

El señor Wang troceó la carne seca del cuerpo sin vida del cerdo y la puso en una bandeja. El caldo de la sopa aún hervía en el puchero.

—Venga, a comer, rápido. Esto ya está hecho —dijo el secretario Ruan.

Sentada de esa manera, la mujer parecía una gata haciendo guardia.

El secretario Ruan cogió los palillos y eligió en primer lugar el corazón —negrísimo— del cerdo, del que supuraba el caldo de la sopa. En el corazón se unía algo blanco con algo negro, como una goma de borrar. El secretario Ruan lo desgarró directamente con sus manos. Estaba muy caliente, pero eso no le impidió acercárselo a los labios, aunque se los quemó. Tras trocearlo con los dientes varias veces, pudo finalmente tragarlo, no sin cierta dificultad. Luego lo olfateó junto a los orificios de su nariz y dijo:

—Este corazón tiene mucha grasa y uno se siente confundido tras comerlo... ¡Que se lo den de comer a los perros! —y ¡plaf!, se lo tiró con desgana al perro flacucho. El perro se conmovió con ese gesto y dio un salto para atraparlo con sus dientes.

De sus ojos salieron unos lagrimones, ya que el corazón le quemó la boca. El perro metió su cola entre las piernas y parecía querer prevenirse de cualquier tipo de fornicación. El secretario Ruan cogió el corazón del cerdo y lo puso delante de la mujer. Le dijo con un tono de voz cálido:

—La noche está muy fría, y yo quiero tratarte bien. ¡Y voy a mostrártelo! Come, anda. Esta es la parte más sabrosa de un cerdo.

Ella abrió la mano como queriendo coger algo. El secretario Ruan cogió un trozo de leña limpio y dejó el corazón del cerdo encima de él. Le acercó la madera a la doctora de los pies desnudos y le ofreció el corazón. Ella lo cogió meticulosamente con sus manos, pero no sabía cómo llevárselo a la boca.

El secretario Ruan sopló el vapor caliente que salía de la bandeja. Inclino la cabeza y cogió los palillos. Buscó el intestino largo del cerdo —ese mismo que se unía al ano del animal—. Lo cogió con los palillos y lo dejó sobre el trozo de leña limpio. Luego buscó las dos orejas del cerdo y repitió el mismo gesto, dejándolas sobre la madera. El secretario Ruan dijo:

—Señor Wang, tráigame ese licor de...

El señor Wang salió de la habitación dando un salto y no se sabe bien de qué lugar trajo una botella de licor al secretario Ruan. Ellos vieron cómo la mujer observaba el cristal de la botella y pensaba que dentro de ese líquido formado por unas uvas machacadas y azucaradas había una raíz torcida de color negro, y luego pensó que se trataba de un pene de ciervo, y le entraron ganas de vomitar. Le entró de golpe mucho miedo y pensó que todo ese asco que le provocaba el cerdo se debía a que estaba embarazada. Sintió fuego en el estómago y luego una sustancia de un color verde oscuro proveniente de la bilis le subió a la garganta. Ellos se dieron cuenta de lo que eran capaces las vísceras de la mujer doctora.

El secretario Ruan acercó su boca a la botella y saboreó ese licor de un color rojo oscuro. Luego se metió en la boca los intestinos blancos y gordos del cerdo. La lengua se veía perturbada por los dientes cuando pretendían saborear. Los dientes masticaban los intestinos y el olor a la mierda negra del cerdo llegó a la nariz de la mujer. Le volvieron a entrar ganas de vomitar otra vez. ¿Y era porque estaba embarazada? Probablemente no. Después de ese suceso, yo tragué por vía oral una pastilla anticonceptiva y a la doctora de los pies desnudos —por culpa de alguien— se le puso grande la barriga —eso parecía ser una broma—. Esta vieja cabeza de cerdo. Ellos observaron cómo esos intestinos largos y salivosos entraron en el estómago del secretario Ruan. ¿Cómo podía ese hombre tener un estómago tan grande? Su barriga parecía un erizo enorme y se movía como un tambor. Daba miedo verlo. Poco después vieron que de entre sus piernas salía un aire caliente que desprendía un olor muy fuerte.

El secretario Ruan mordisqueó con gran interés y habilidad las orejas y los huesitos del cerdo. Las barbas que colgaban de su barbilla se empaparon de grasa y aceite provenientes del cerdo. Agitó las manos y dijo:

—¿Qué miráis con esa cara de tontos? ¡Sois unos imbéciles! ¡Comed, rápido!

El señor Wang se precipitó hacia la comida.

Mo Luohui se precipitó hacia la comida.

El señor Wang se llevó la mitad de la cabeza del cerdo.

Mo Luohui se llevó una de las patas.

A pesar de que se había enfriado considerablemente, la grasa del cerdo todavía estaba muy caliente. Las mejillas del señor Wang estaban más rojas y ardientes que las del cerdo y los trozos de grasa y carne se deslizaban penosamente por su garganta. Le dio la vuelta a la cabeza del cerdo y se la quedó mirando. De los ojos del señor Wang salieron unas lágrimas. Mo Luohui le arreaba un bocado tras otro a la pata del cerdo y el señor Wang se giró para verlo. Al señor Wang le dolían sus dientes rotos y no podía masticar la comida como habría deseado. Lo único que hacía era arrancarla a estirones. Los presentes observaban boquiabiertos cómo comía el señor Wang. El cuello del señor Wang se hinchaba y deshinchaba.

En esos momentos, salvo Mo Luohui, todo el mundo miraba al señor Wang, que estiraba el cuello y se le ponían los ojos blancos. Parecía que se iba a morir atragantado de un momento a otro. Cogía con ansias la cabeza del cerdo con sus manos, que eran delgadas como un par de patas de gallo.

—¡Paren a ese perro viejo!... —gritó Mo Luohui.

—¡Dale una paliza a ese glotón! —le pidió el secretario Ruan a Mo Luohui.

Y Mo Luohui —haciéndose el loco— cogió el hueso de la pata del cerdo.

—Pero ¿es que no me has oído?

Mo Luohui musitó algo con la boca llena de carne, liberó sus manos y las empuñó. En un abrir y cerrar de ojos golpeó el pecho del señor Wang. Ese puñetazo le dolió muchísimo al señor Wang, y este lanzó un grito melancólico. Escupió y toda la carne que tenía en el estómago salió seguidamente. El señor Wang creía que iba a perder la cabeza; y, como un conejito que acaba de nacer, el perro flacucho que estaba al lado se acercó con ímpetu a la carne arrojada y empezó a lamerla.

El señor Wang se despertó y vio en primer lugar la bandeja y luego la cabeza del cerdo mordisqueada.

El secretario Ruan clavó sus ojos en la doctora de los pies desnudos, que no había tocado el corazón del cerdo y que no decía nada. Su cara había enrojecido.

—Vosotros dos, venid a comer —les dijo el secretario Ruan a los dos gemelos.

Y ellos miraron con cobardía a través del pecho y la cabeza del secretario Ruan. La cabeza era como una concha de un molusco y estaba llena de una

sustancia que se movía como las olas y que era igual que la pasta blanca de soja... Y se desenrolló una cortina con varios estampados que flotaban en el aire... Indiferente al paso del tiempo, ella necesitaba unirse y desunirse... Eran las noches ardientes de verano... La artemisa ardiente... La artemisa ardiente que estaba atada a una cuerda y colgada delante del *kang*... Y los hilos de humo azules que desprendía y su fragancia, que irrumpía con fuerza en los orificios de la nariz..., y los mosquitos que evitan las esquinas oscuras... Las sombras de los árboles bailan en la ventana... Una piel blanca como la nieve... Una mujer joven de tez negra totalmente desnuda sobre el *kang*... Dos pechos grandes y pesados... ¡Ma! ¡Ma! ¡Madre! ¡Madre!..., gritaron ellos... Y cada uno de los pechos golpeaba sus cabezas como las porras golpean los tambores... Sus oídos iban a explotar, el corazón se les aceleraba y la sangre caliente les llegaba hasta la cara... Una sombra grande cubrió el cuerpo desnudo de la mujer... Ellos lo vieron... Una sensación de dulzura y desolación entró calmamente en sus cabezas...

El secretario Ruan suspiró profundamente y miró a los gemelos con unos ojos de pena:

—Venga, vamos... Gran Mao, Mao el Segundo... Venid...

Cogió la carne exigua que quedaba por comer con sus propias manos y se la dio a los hermanos.

Ellos me miran y yo les miro a ellos. Todos oían cómo venteaba en sus barrigas vacías. La imagen de la mujer desnuda se agitó (y se emborronó) ante sus ojos. A veces se movía ante la cara del secretario Ruan. Ella sujetaba sus pechos con sus manos —un pecho, una mano— ante las sonrisas de los presentes. Había una cicatriz morada en los pechos y otra muy parecida en la barriga. ¡Ma! ¡Ma!... —esas palabras salieron de los labios de los gemelos—. Ellos lo habían comprendido: esa mujer había estado todo el tiempo en la casa, pero nadie la había visto y les dio por pensar en las palabras de su padre: ella es vuestra madre, la que ya ha muerto.

Ellos parecían estar viendo la cara del secretario Ruan; pero en realidad, esos gemelos sonreían a sus madres con unas sonrisas tristes y desoladas.

—A estos dos niños, el sufrimiento los ha convertido en unos imbéciles —dijo, haciéndose querer, el secretario Ruan. Seguidamente, arrojó un par de trozos de carne bien hermosos en la bandeja.

Las manos de Mo Luohui y las del señor Wang volaron hacia la bandeja.

—¡Imbéciles! —gritó indignado el secretario Ruan—. ¡Comed los restos, anda!

El secretario Ruan les tiró un par de trozos de leña y ellos salieron volando. Los pusieron en la estufa y horno-cocina y prendieron. Un humo blanco empezó a salir. Ya era tarde, en una noche cerrada, y no había viento. El hielo de las aguas del río empezaba a fracturarse y la vida que crecía en los campos empezaba a empujar la nieve que la cubría.

Algo golpeó la puerta de la habitación y era el viento frío del exterior, que espabiló a todos los que estaban en el interior. Sus cabezas volvieron a recuperar su estado normal y el padre se quedó clavado como una estaca delante de la puerta. Tenía la cara de color púrpura y era una cara de pocos amigos. Su boca, sin embargo, esbozó una sonrisa fría como una flor recién abierta de ciruelo. Los gemelos temblaron al ver esa sonrisa. Intentaron moverse, pero no pudieron. Quisieron salir huyendo, pero tampoco pudieron. Se habrían incluso metido en la estufa si hubiesen podido...

El secretario Ruan volvió a decir:

—Si debes entrar, entra; si debes salir, sal. Dentro se está caliente. ¡Y todo el calor es para ti!

Mi padre se inclinó.

El secretario Ruan añadió:

—Compañero, ¿crees que no me atrevo a cogerte de los pelos?

Mo Luohui intervino:

—¡La madre que te parió! ¡Te estás haciendo el loco! ¡Eres un perro al que acaban de joder, amigo! ¡Entra!

Todos miraron al padre estirar el cuello y poner una cara sombría. Mo Luohui la agarró del cuello y lo estiró hacia dentro. Luego cerró la puerta con una patada.

Los ojos del padre de las criaturas se pusieron verdes y se percató pronto de lo que estaba pasando dentro de la habitación. Se dirigió directamente a la bandeja y agarró un par de trozos de carne y se los llevó a la boca como si se estuviese muriendo de hambre.

—Esto es lo que el secretario Ruan les ha traído a tus hijos. Nosotros estamos llenos y ya no podemos más —gritó furioso Mo Luohui.

—¡Bah!... —dijo el padre mientras escupía un trozo de carne a las ropas de Mo Luohui. La expresión del padre se mezcló con la carne y luego añadió con un poco más de claridad en sus palabras—: ¡Contrólate! ¡Eres como un perro que obedece a su amo!

El secretario Ruan sacudió la cabeza y se giró para hablar a la doctora de los pies desnudos:

—Este tipo de padre, ¿se puede considerar un «padre»?

Y el padre respondió:

—Si yo no parezco el padre de estos dos, ¿quién coño lo va a ser? Dímelo: ¿quién es el padre de estas criaturas? ¿Acaso lo eres tú?... —gritó indignado el padre de los gemelos, y ¡*puf!*..., le escupió al secretario Ruan un trozo gordo de carne.

El señor Wang se asustó hasta el límite de lo soportable y, sin poder acabar sus frases, dijo:

—Venerable Cuatro, Venerable Cuatro..., se ha vuelto loco...

El secretario Ruan, al que también llamaban el «Cuatro», dijo con una sonrisa amplia:

—Come, rápido... Nadie va a luchar con tus hijos... El Gran Mao y Mao el Segundo... Ni contigo... Solo que..., con el padre que tienen..., ellos pueden ser considerados como unas bacterias...

—¿Te estás lamentando de algo? —dijo el padre con una sonrisa furtiva.

—Yo no me lamento ni de los pedos que me tiro —dijo el secretario Ruan—. ¡Y tú deberías dejarles comer la carne!

El padre de los gemelos cortó un trozo de carne y lo tiró al perro, que estaba junto al muro; y el perro, que se emocionó al verlo, se lanzó a cogerlo.

El padre se giró y dijo:

—Venerable Cuatro, debes actuar con tacto. Si no miras a la cara a tus hijos, ese perro jodido no te va a dejar nada para darles. Tu abuelo, ¿no hizo muchas cosas malas a lo largo de su vida? Sí, de esas de las que uno se arrepiente en el otro mundo. ¡Y tu padre también las pasó putas, amigo! ¿Cuántos campesinos hay en este mundo que pasan frío y hambre? ¡Y tus hijos están aquí comiendo estos pedazos de carne!

—¡Gran Mao y Mao el Segundo, venga, a comer! —gritó el secretario Ruan.

Los gemelos, temblando, se pusieron de pie y parecían un par de esqueletos juntos. Calzaban unas zapatillas de paja rotas y vestían unos pantalones también rotos. Se les marcaban las costillas y el corazón parecía que iba salirseles del pecho.

Los dos se quedaron de pie junto a la bandeja y con sus dos barrigas llorando.

El padre se los quedó mirando, suspiró profundamente y les dijo:

—Venga, comed, perros...

Tras el permiso dado por su padre, los gemelos extendieron sus brazos — al igual que las águilas extienden sus garras— y cogieron, sin importarles si eran grandes o pequeños, delgados o gordos, los intestinos del cerdo y se los tragaron. Luego, cogieron los pies del animal y los mordisquearon. La habitación se llenó con el olor de la comida y el aliento de los dos hermanos.

La doctora de los pies desnudos dijo:

—No les permitas que coman más. ¡Les va a explotar el estómago!

Para decir toda la verdad, sobre la bandeja solo quedaban los huesos. Los gemelos cogieron esos huesos y los llevaron hasta la estufa. El padre cogió un hacha e hizo añicos los huesos. Sopló seguidamente en ellos como quien sopla en una flauta.

Los gemelos soplaron en todos los huesos y con una cuchara de metal se tomaron el aceite del cerdo. Finalmente, se limpiaron las manos pegajosas y aceitosas en la barriga.

Totalmente satisfechos, se acurrucaron junto a la boca de la estufa y sus ojos se cerraban mientras escuchaban los sonidos que provenían de sus estómagos debido a la digestión. Y abrían sus mandíbulas al mismo tiempo.

La noche se había cerrado y empezó a hacer frío dentro de la habitación. Las pestañas de los que estaban dentro se ponían cada vez más confundidas.

—¡Vosotros dos, pequeñajos, en el futuro, comportaos como adultos! — dijo el secretario Ruan con firmeza.

Mo Luohui dijo:

—Vosotros dos, esas riquezas, cuando os hagáis grandes os daréis cuenta de que crecer es una mierda. ¡Sí, una mierda!

Y los gemelos miraron a su padre sin acritud y repitieron la última frase de Mo Luohui:

—¡Sí, una mierda!

—¡No los atormentes más! —dijo el secretario Ruan—. Si lo haces, te mataré.

Ellos no oyeron con claridad lo que le respondió su padre y —juntos— se quedaron dormidos.

VII

—Nosotros sabemos que en la aldea hay mucha gente que habla de nosotros —dijo con cierta infelicidad el Gran Mao.

—Hablan de lo que nos ha sucedido. Nosotros sabemos exactamente lo que dicen sobre nosotros —dijo con cierta infelicidad Mao el Segundo.

—De lo que piensa la gente, nosotros podemos adivinarle la mitad.

—Sí, en un principio, podíamos adivinarle la mitad.

—En un principio, nosotros podemos adivinarlo todo.

—Más tarde, nosotros desarrollamos la malaria y él nos da veneno como medicina.

—... Un tipo de pastillas rojas...

—Sí, unas pastillas rojas que cuando te las pones en la boca se deshacen en hilos...

Los gemelos continuaban con yo una frase y tú otra. Así expresaban sus opiniones frente a mí. De su aliento salía un olor intenso a ajos. Se tumbaron sobre la hierba y se quedaron dormidos. Yo moví la cabeza y les pregunté:

—¿Qué pensáis hacer en el futuro?

Ellos se frotaron los ojos y me dijeron airados:

—Queremos dormir, dormir y dormir... Cuando nos despertemos, hablaremos...

Doblaron el cuello y se pusieron a dormir.

Yo me metí entre los dos, pero no me puse a dormir: escuché más bien cómo los dos hermanos cantaban en sueños.

Esa noche, ellos creían que nosotros dormíamos... En realidad, nosotros no dormíamos, hermano mayor. Nosotros comíamos carne y estábamos muy cansados, y por eso descansábamos... Era la carne la que cantaba en nuestros estómagos... Nuestros estómagos parecían muelas que no paraban de rodar... *Gludu... Gludu...* Sin estar masticada, la carne de cerdo subía a la garganta..., y nosotros odiamos tener que masticarla de nuevo..., y otra vez a tragarla... En ese momento, nuestras bocas se llenaban del aceite viscoso de la carne del cerdo... La mirada del viejo Ruan se clavaba en nuestros cuerpos... Nos los iluminaba. Hermano pequeño, oh, hermano mayor... Un olor dulce y hediondo como el de las gambas grandes, y que nos provocaba al mismo tiempo un miedo sin límites, se instaló ante nosotros...; era como una nube hecha con hilos de seda con un fondo azul, se formaba a veces un

agujero, y del agujero salía una luz que formaba un diagrama, y un corazón rojo oscuro dio un salto y salió del agujero... ¿De quién era?... Aparecieron también unos pulmones con unas burbujitas rosas en la superficie del tamaño del agujero de una aguja. Parecía una medusa sobre la superficie del mar. Esos pulmones, ¿de quién eran?... Hermano mayor, oh, hermano pequeño... Escuchamos los suspiros de nuestra madre, que ya había muerto... Vimos que nuestra madre parecía un murciélago negro con las alas desplegadas. Ella estaba en el cielo y sus alas proyectaban sus sombras sobre el suelo. Los hermanos estaban inconscientes y confusos... Ella clamaba por ellos; los llamaba. Hermano pequeño, ¿somos en estos momentos como unos verdaderos dioses? Sí, hermano pequeño. En estos momentos, somos dioses. La madre los llamaba... Los llamaba con una voz aguda que penetraba en los oídos y podía incluso verse... Nuestro corazón latía con fuerza... Se tensaba y se destensaba... Se volvía a tensar y se volvía a destensar... Y cuando se tensaba, era difícil seguir respirando... Sí, la madre era una diosa aterradora..., pero también provocaba compasión... El frío del invierno la había malogrado..., y ellos —doloridos— suspiraron... El verano... Ella estaba bien llenita y sus alas eran gruesas... En esas alas se reflejaban cien colores y brillaban, eran como la superficie de la mantequilla... En verano, ni los mosquitos ni las libélulas podían parar a la madre... En las noches de verano, la madre iba siempre desnuda... En las noches de verano, nosotros contemplábamos a todas horas su cuerpo desnudo... y sus pechos, que eran como dos frutos maduros..., y duros como unos cerditos recién nacidos... Sus dos pechos eran como dos cachorritos... *Umm, umm, umm...*, y gritos. Nos molestaba..., nos chupaban... *Ma... ma... ma...* —fueron nuestros corazones quienes emitieron esos gritos—. Hermano mayor, me siento muy triste... Hermano pequeño, a mí también me parece muy duro todo esto... *Esniff, esniff...* ¡*Esniff!*... Queremos tantas veces lanzarnos a los pechos de nuestra madre y caer sobre ellos... Nosotros llorábamos..., y estábamos tan heridos... Nuestros mocos se deslizaban hacia nuestros labios... En ese momento, la madre empezó a caminar y cogió un par de hojas largas del árbol de Wutong... Luego voló ante nuestros ojos..., y ella —la madre— se convirtió en una mariposa... Con sus alas nos limpió los mocos... y se puso a revolotear sobre sus cabezas... y atravesaba una capa de nubes y otra capa de nubes y luego otra capa... Lo vimos claro... Cierto, cierto, cierto... En esa noche fría, el hielo se formaba en varias capas y la estufa estaba llena de leña... Las lenguas de fuego lamían el cazo... El hielo se calentaba como el

aire de la primavera..., y nosotros empleamos todas nuestras energías en digerir la carne de cerdo; el jugo de la carne penetraba hasta nuestra sangre y cambiaba el tono de nuestros músculos y huesos... El humo blanco se escapaba por la chimenea... *Huuuuu, huuuuu...* El viento soplaba a través de la chimenea... *Huuuuu, huuuuu...* Todos miraban con cara de imbéciles las llamas del fuego... Los piojos del señor Wang no paraban de moverse y el señor Wang se rascaba las orejas y las mejillas... Se aflojó el cinturón porque ya no podía más y lo tiró al fuego de la estufa... El fuego se oscureció de golpe y apareció seguidamente un fognazo. ¡*Bum, bum, bum!*!, eso fue lo que se oyó dentro de la estufa-cocina. Los piojos explotaban los unos tras los otros. Se desprendió súbitamente una fragancia extraña y todos los presentes aspiraron esa fragancia con sus narices... El secretario Ruan le dijo al señor Wang que era peor que un perro y le preguntó por qué le había dado por quemar los piojos... El señor Wang aguantó todos los insultos del secretario Ruan y se mostró además muy contento. Ja, ja, ja —rio—. Incluso las cabras con sus barbas de chivo se pusieron a temblar. El señor Wang cogió los polvos de la medicina 66636 y los echó a los bolsillos de los pantalones. Mo Luohui dijo que los viejos diablos van con cuidado cuando sus viejos penes empiezan a descomponerse. Todos ellos se pusieron a reír y enseñaron sus dientes negros. Solo ella no sonrió... En su cara no había sangre y sus labios tenían el color de los melocotones secos. Había una luz fría en sus ojos y se habían oscurecido hasta ennegrecerse. Aparecían muy negros, y luego muy blancos. Muy negros, y luego un poco blancos. Pero no negros como la tinta, sino con algunas líneas blancas muy finas. Solo si no los veías atentamente, podían parecerte negros como la tinta. Parecían un par de piedrecitas negras o simplemente un par de heces pequeñas y brillantes que acaban de caer del ano. Nosotros miramos en su corazón. Sobre los pezones había salido un tumor del tamaño de un grano de soja y el pecho cubría la mitad de su corazón. Su corazón latía y luego dejaba de latir. Su corazón se paraba y latía, se paraba y latía, se paraba y latía... Parecía un perrito que va oliendo con su hocico todo lo que encuentra en el camino y que se detiene para levantar una de sus patas traseras y echar una meada. ¿Dices que eran dientes pequeños de perro? Ella era una madre, o una madre perrita... Pero ¿no hablamos de su corazón? ¿No hablamos de ella? ¿Acaso no afirmamos que cada persona tiene una madre? Y el corazón, ¿no se puede hacer público? O quizá es un perro de dientes pequeños. ¿Por qué no puede ser una perrita? Hermano pequeño, ¡no nos peleemos! Hermano mayor, yo no me voy a pelear

contigo... Con sus dos manos, ella les alcanzó un tronco de madera blanco..., y sobre ese tronco estaba el corazón negro del cerdo. ¿Por qué no se lo había comido?... Se había vuelto loca... El secretario Ruan dijo sonriendo que tú estabas soñando y que te la comiste con los ojos en blanco. De hecho, el secretario Ruan dijo que te la comiste —¡eh!— sin mostrar ninguna preocupación..., y sin ninguna preocupación yo te vi entrar en el Partido y participar en la Gran Universidad de los Obreros, los Campesinos y los Soldados —¡eh!—, y todo ello a costa del tío Ruan, que era mi viejo, el viejo Ruan... ¡Eh!... De sus ojos negros parecía salir una luz verde y licuante... Esa luz era la misma que podía verse en los carámbanos de hielo que colgaban de las tejas del tejado de la casa... Hacía mucho frío, mucho frío..., y era verdaderamente triste..., muy triste... Ella bajó la cabeza y le dio un bocado al corazón del cerdo... Vimos con nuestros ojos cómo le daba un bocado al corazón del cerdo...; y ver cómo su boca se llenaba con el corazón del cerdo era algo difícil de ver... La mejilla izquierda de la mujer se inflaba y su boca se torcía por su lado izquierdo. La mejilla de la izquierda de la mujer se inflaba y su boca se torcía por su lado derecho. De esa manera, su estómago sonaba y sus ojos derramaban lágrimas —unas lágrimas amarillas, como el color del orín de los caballos—. Esas lágrimas se deslizaban por la nariz y llegaban hasta los labios... Nosotros vimos cómo retozaban los dos —ella con el culo al aire, junto al viejo Ruan— en la cama. Los dos montaban un caballo blanco... Y ella volvió a darle un bocado al corazón del cerdo y... cerró los ojos y dio un salto... Se precipitó hacia nosotros y luego salió fuera de la habitación, en un lugar que estaba lleno de nieve, se quedó ahí parada, se dobló y vomitó todo lo que llevaba dentro de su estómago. Sus vómitos negros cayeron sobre la nieve blanca y parecían mierdas de perro. Al día siguiente, temprano, nosotros lo vimos. En realidad, eran como mierdas de perro. Esos vómitos brillaban sobre la nieve con una luz poderosa e intensa. En la calma de la noche, podíamos incluso oír el jadeo de una liebre que intentaba abrirse paso encima de la nieve espesa. Era una liebre macho con las orejas malogradas por las heridas y parecía como si el perro del viejo Wang Kui le hubiese mordido. Mañana iremos a capturarla... Ella parecía que quería vomitar su propio corazón... ¿Lo ha cogido el perro con sus dientes y va a comérselo? —volvió a gritar el padre—. Nosotros lo vimos... ¡Eh! El secretario Ruan se levantó y la cogió con los brazos... La cogió por los hombros y la sentó sobre la leña... Yo debería regresar... ¡Eh! Ella sacó un pañuelo de su bolsillo y se tapó los ojos y la boca...; y luego se puso de

pie y se vistió con unas ropas anchas... Lo Luohui cogió un par de troncos de madera, y nosotros salimos caminando juntos... El viejo Ruan habló. ¡Debemos cuidarla con todo nuestro corazón y no podemos dejarla morir! Los cerdos hablaban; los cerdos gruñían desesperadamente y se apretujaban en el recinto amurallado... Solo una cerda se mantenía quieta a un lado con la cabeza torcida y la mirada desconfiada igual que una loba... Los tres individuos en fila: la doctora de los pies desnudos iba —casi inconsciente— delante, con los vómitos ya enfriados encima de sus pechos. El secretario Ruan iba detrás, llevaba la leña bajo sus sobacos y maldecía a todo el mundo. Mo Luohui iba detrás de él con el fusil y la cinta roja. Caminaba como si estuviese mareado sobre la nieve, y esta crujía con sus pasos. *Crac, crac, crac...*

La manera de andar de Mo Luohui nos hizo reír —¡eh!—. ¿Qué habían estado soñando ese par de hijos de puta, eh? Les vi sonreír, dijo el señor Wang.

El secretario Ruan y los otros continuaban caminando y en la casa solo quedamos nosotros junto con el padre y el señor Wang.

El señor Wang puso leña en la estufa y el fuego se animó de golpe. ¡Perros! ¡Sois unos perros! ¡Un gallo capón, un gallo capón! ¡Os habéis cepillado todas las gallinas de nuestro pueblo!, dijo el señor Wang.

El señor Wang pinchó con un hierro el corazón que había mordido dos veces la doctora de los pies desnudos y lo metió dentro de la estufa-horno para asarlo. El corazón del cerdo empezó a crepitar.

Su abuela (la abuela de los gemelos)... —¡no me coma!— se levantó y cogió la sal que había en la ventana y la puso encima de la leña. Sacó el corazón del cerdo, le añadió un poco de sal y le dio un bocado:

—¡Brindemos con el aguardiente, secretario! ¡Echemos un trago! ¡Un gran trago! ¡Y comamos este corazón de cerdo! Nuestras caras tomarán el color rojo de la piel de los melocotones y de nuestras bocas saldrá un torrente de palabras...; sí..., con esa compañera que tiene, esa cebra...

¿No lo sabías? A la mujer del venerable Cuatro —el viejo Ruan—, la alcahueta de su esposa, le pusieron el nombre de «la de los cuatro grandes»: la gran boca, los grandes pechos, el gran culo y los grandes pies.

El viejo Ruan amaba comer carne de... ¡cebra!

El señor Wang le dio un bocado al corazón del cerdo, no sin antes añadirle algo de sal y humedecer sus labios con un poco de aguardiente, y continuó diciendo:

—Cada mañana, cuando se levanta, la mujer del secretario Ruan se empolva la cara... La cara de la *laopo* Ruan era más blanca que la piel de su culo... Un culo bien formado, por supuesto, con la raya bien puesta y las nalgas duras, como esos lingotes de plata que se ofrecen a las divinidades de los templos. Llevaba una cesta con un pañuelo azul anudado, y dentro del pañuelo había sal. *Ummm, ummm...* Cuando estaba de viaje, el granuja inmoral de Er Laizi armaba la bulla con los suyos. Luego se fueron hacia el este, donde estaba la tienda de carne de asno. Gou Danzi, que trabajaba como carnicero en esa tienda, les mostró los dientes amarillos, pero lo que quería era sonreírles. Se presentó la de los «cuatro grandes» ¡Eh!... Tenía la cara tesa como una plancha de madera y lo primero que hizo fue escupir al carnicero para que se calmase. Gou Danzi alzó la cabeza —una cabeza que parecía la de un mono— y puso sus manos —unas manos negras— sobre los pechos de la *laopo* Ruan. Mi madre adoptiva, déjame tocar tus grandes pechos... Tus hijos se han hecho mayores, pero aún quieren tocar tus pechos... Ella entornó los ojos y escupió a Mo Luohui en la cara, pero este no se movió. Ella agarró a Gou Danzi y lo acarició, respiró profundamente y le dijo:

—Hijos, venga, dadme esa cosa...

¿Qué cosa?, preguntó Gou Danzi. Pero ¿crees que estoy tan loca como para ser tu madre adoptiva? ¡Esa cosa! ¿Qué cosa es?... Tu padre es en realidad esa cosa...

Cuando se calentaba la carne de burro, la tienda estaba llena de clientes. Todos venían a ver a la *laopo* Ruan a comprar carne de burro... Eso ocurría siempre durante los días de mercado... Gou Danzi cogió la carne de burro —un trozo negro y otro blanco— y los envolvió en un papel. Luego lanzaba unos gritos para atraer a los clientes; madre adoptiva —mi *ganiang*— coja esto con cuidado. ¡Que no salga corriendo! La *laopo* Ruan cogió el bulto y lo metió bajo una de sus mangas. ¡No eres más que un pedo apestoso que se tiró tu madre!, le insultó la *laopo* Ruan. Movié su culo grande y salió de la tienda. Una vez fuera, sacó el bulto de la manga y lo puso en la cesta que llevaba con ella. Abrió el pañuelo con la sal y puso esa cosa en la sal, y luego le dio un bocado sin el menor cuidado. ¡*Nam!*... Ella no había probado nunca en su vida algo con ese sabor. A esa cosa se la llamaba «moneda de carne» ya que era redonda y tenía un agujero dentro. Es decir, tenía la forma de una moneda de bronce.

El señor Wang dio otro mordisco al corazón del cerdo. ¡*Nam!* Y seguidamente un trago al aguardiente. La cara se le ponía cada vez más roja y las cejas se le curvaban. Las ranuras de los ojos le amarilleaban y él sacaba su lengua gorda: *laralaralarala...* Al ver sus ojos, cualquiera habría pensado que estaba borracho. Se había quedado inmóvil como una roca, pero con una postura grotesca, y no se sabía bien si estaba riendo o llorando... Nos bebimos el aguardiente del secretario Ruan..., y casi la mitad del secretario... Ya lo dice el dicho: una buena borrachera hace desaparecer mil preocupaciones... Cuando el hijo lleva mil *li* recorridos, la madre se preocupa y también bebe del aguardiente del secretario... Nosotros caminábamos tambaleándonos..., como un canario en la rama de un árbol... Comer sin preocuparse, vestirse sin preocuparse... Acurrucado en la madre adorable... Me quedé dormido en el cabezal del *kang*...

El padre lo empujó, y el señor Wang cayó al suelo. Su cuello dio varios giros y todos creímos que se había muerto, pero su respiración sonaba como una tormenta de truenos. El padre cogió al señor Wang y lo estiró sobre el *kang*. Para espabilarlo, el secretario Ruan le dio de beber del botellín de aguardiente como si le estuviese dando agua fresca.

Incluso con los ojos cerrados, nosotros nos dábamos cuenta de todo.

El padre nos dio una patada y nos envió a mear. Luego se echó a dormir sobre el *kang*.

Nosotros —aturdidos— nos enderezamos y meamos en el agujero de la ratonera que había en una esquina en la pared. *Glu, glu, glu...* El agüilla de los meados se deslizó por el agujero de la ratonera y se pudo oír el eco que formaba dentro.

Volvimos al *kang* y nos quedamos bien dormidos.

Tuvimos muchos sueños.

Muchos sueños en los que la gente perdía su honorabilidad. Nuestros huesos no paraban de crujir.

La carne de cerdo se transformó rápidamente en nuestros huesos y nuestras carnes engordaron.

La carne de cerdo se transformó rápidamente en nuestros huesos y músculos.

Nosotros nos hicimos grandes rápidamente en nuestros sueños.

VIII

El cielo se ennegreció. ¡Ah!, y el calor de las aguas del lago empezó a desprenderse de la superficie. Parecía como si una capa de niebla caliente hubiese cubierto la superficie del lago. Por lo tanto, no tuvimos otra opción que quedarnos de pie y con nuestros pies desnudos a un lado del lago. Ahí soplaba un viento fresco que daba directamente a nuestras espaldas. También corría un viento cálido, pero este nos golpeaba la barriga.

—El momento de la venganza ha llegado.

—Sí, hemos llegado al momento de la venganza.

—Os acompañaré —dije—. Yo también odio a ese secretario Ruan. Ese Ruan es un gallo peleón y... ¡un barrigón de mierda!

Los hermanos me cogieron cada uno de un hombro y me dijeron que no comprendía lo que les quería decir. Yo se lo repetí a bocinazos y de esa manera quise demostrarles a los gemelos el odio que le tenía al secretario Ruan.

—Pues vale, te llevaremos con nosotros.

—Y no digas tonterías.

Nos desnudamos e hicimos una bola con nuestra ropa. Cogimos unas hierbas secas y las atamos a los bultos de ropa. Luego las colgamos en las ramas de uno de los sauces llorones que había en la orilla. Las ramas rojas del sauce quedaban encima de las aguas del lago y cuando nos fuimos —justo cuando dejamos los bultos de nuestras ropas— las ramas se quedaron temblando. Nosotros nos quedamos mirándolas, pero no comprendimos su intención.

En medio de unos rayos de luz débiles, vi el «palo» (el pene) que había entre las dos piernas de los dos hermanos. Estaban duros y rojos, con pelos verdes en su raíz y parecían —en efecto— un par de zanahorias.

Esos dos hermanos eran bellos y uno, nada más verlos, les cogía afecto. Tenían incluso la misma expresión facial de los seres astutos, adorables y de mirada penetrante de los jóvenes que han perdido la razón.

Ellos dijeron al unísono:

—Mea un poco, mea un poco... Y mea sobre el ombligo de tu barriga. Ello te protegerá de los resfriados...

Jugaban con su zanahoria cuando sintieron de repente vergüenza por lo que estaban haciendo. Pero por precaución, no me puse a orinar. Se rieron de

mí y me esperaron. Luego caminamos juntos.

¿Era porque tenían esa parte de su cuerpo al descubierto que ellos dos sentían vergüenza?

—El agua no está fría. Nadie va a mear... pues...

—Nadie va a mear... pues; el agua no está fría...

La noche anterior, en el lago, se vio una escena así: cada uno de ellos me cogió de un brazo y me metieron lentamente en el agua del lago. El agua llegó hasta el nivel de mi cuello y el de su corazón. Las aguas estaban bien ordenadas en dos niveles bien diferenciados: arriba, caliente; abajo, fría. Miramos hacia abajo y me sentí muy satisfecho. Pensé que estaba flotando entre las nubes, y fue cuando sus manos se abrían paso en las aguas que pude ver que estaban palmeadas. Así llegamos a la otra orilla del lago y los cuerpos se alejaron de las aguas. Nadie tenía ganas de dejar las aguas del lago. Un olor intenso se desprendía del cañaveral y yo me puse a temblar ya que, para llegar al *cun*, debíamos cruzar ese bosque de caña y junco. Sabía que en ese cañaveral había víboras venenosas que podían atacarnos de un momento a otro.

—No tengas miedo. No tenemos la solución.

—Miedo, no debes tener. La solución, nosotros la tenemos.

Arrancamos tres hojas del cañaveral y nos las pusimos en la boca.

—No importa si soplas o aspiras; con ese tipo de hojas, todo es posible.

—Si se te aparece una víbora, soplas la hoja.

—Si haces sonar esa hoja, la víbora se dormirá.

Hice una prueba y no importaba si soplaba o aspiraba, la hoja, efectivamente, emitió un sonido, algo parecido a un grito.

Entramos en el cañaveral con esa hoja en la boca. El cañaveral era denso y escondía mil secretos. ¿Cuál de entre ellos iba a revelarse ante nosotros? Soplaba un viento que cortaba mi piel y las aguas del lago ya habían desaparecido. Lo único que había a los cuatro lados era frío, dureza e impenetrabilidad. Una víbora alzó su cabeza; esa serpiente parecía un palo. Sus ojos eran como bolitas oscuras de cristal. Miraba en realidad con unos ojos tontos. Oí que los hermanos soplaban la hoja que tenían en la boca y el sonido que provocaba penetraba en los oídos de forma agradable. El cañaveral desprendía un aroma similar al de los arrozales cuando las jóvenes aldeanas separan el arroz de su cáscara... Ese olor parecía embriagar las víboras venenosas y se enroscaban en los tallos de las cañas o se quedaban suspendidas de las hojas, todo ello como en un sueño. Esos miles de víboras

vivían en un romance constante, envueltas en la música embriagadora del amor. Y esas serpientes, ¿no desprendían una luz dorada y gloriosa debido a esa música del amor? Su sangre fría se calentaba. ¿No era así?

Nuestras piernas se hundían en el barro; y mis piernas, en concreto, pisaban raíces y hojas secas de caña. A nuestro paso, se oía el crujido de las cañas por los cuatro lados y parecía que alguien se estaba rascando los sobacos o emitiendo unas risas locas. Yo soy muy torpe y en esa ocasión apenas podía coordinar mis movimientos. Cuando soplaba o aspiraba la hoja que llevaba en la boca, perdía el paso y me tropezaba. Los dos gemelos me cogían y me arrastraban hacia delante; pero yo hacía ya rato que había sentido la mordedura mortal de la víbora. Todos los animales pueden atraer el afecto de las personas. Por ejemplo, esas víboras que desprendían una luz dorada. Y seguro que el sonido que emitían con sus bocas tenía algo que ver con el amor. De esa manera, no causaban ningún odio. Incluso pensaba en besarlas con mis labios... ¿No era extraño?

Salimos del cañaveral y entramos en un matorral. Las lechuzas se dedicaban a capturar ratones y los zorros las perseguían. Había olvidado si era o no la estación del apareamiento de los zorros. El firmamento se había cubierto de estrellas y parecía un bordado azul. Una luna media y amarilla — una luna que parecía rota— colgaba del cielo y había tomado un color púrpura brillante. Las mariposas se posaban sobre las flores y parecían haber muerto. No era demasiado bonito; pero ¿se podía hacer otra cosa salvo dejarlas dormir en paz? Las mariposas dormían y el momento de la venganza había llegado.

Sí, el momento de la venganza había llegado.

Hicimos un agujero en una de las pilas de paja que había en la aldea. Pasamos más de media noche para hacerlo; y lo hicimos gracias a que los gemelos trabajaron con mucho ahínco y perseverancia. Entramos en el agujero y, una vez dentro, continuamos avanzando por el túnel. Nos tendimos justo en el corazón de la pila de paja y cubrimos la pila. Solo quedaron tres agujeros redondos del tamaño de tres calabazas. El olor que desprendía la pila de paja era muy agradable. Había en ese olor una mezcla de vinagre, licor y arroz pegajoso envuelto en hojas verdes. Olía a arroz pegajoso y dátiles rojos. Mi cuerpo se llenaba de hilos de oro y mis pestañas se me pegaban. Los grillos no paraban de criquear y sus cantos se quedaban prendados en mis orejas. ¡No me rasquéis! Más bien me hacían cosquillas y yo quería dormir.

Pero algo no me dejaba dormir... El momento de la venganza había llegado..., oí que decían a mi lado los gemelos...

—¡Debemos actuar con inteligencia!...

—¡Que no queden de él ni las cicatrices!...

—Estoy un poco cansado... —dijo el Gran Mao, bostezando.

Mao el Segundo bostezó al mismo tiempo que el Gran Mao y dijo:

—A mí también se me pegan las pestañas.

—Deberíamos dormir un rato...

—Sin embargo... El profundo odio de nuestro padre y nuestra madre... no ha sido todavía vengado... ¿Cómo vamos a poder dormir así?

—¿Les preguntamos a los dos qué vamos a hacer?

Incluso yo pude ver a esa mujer completamente desnuda que salía de la boca de la pila de paja. No hubo ningún ruido tras ella y la boca de la pila de paja se cerró rápidamente. Al principio fue así, y en esos momentos también fue de esa manera.

Había algo pegado de color rojo sobre sus cejas y sus labios estaban pintados de verde.

Un fantasma..., pensé.

—¿De qué agujero han salido esos niños Mao? —me preguntó ella. Mis dientes empezaron a rechinar y casi me meo encima del miedo que me entró. Y con un dedo frío como el hielo y duro como un hierro me tocó el pecho. Dijo, hablándose a sí misma:

—La grasa... aún se puede pasar..., y cruda huele mal; pero paja quemada..., esto pude servir de buen alimento... Quemémosla y pongámosle sal. Le añadimos una salsa espesa de soja fermentada y... ¡uno se chupa los dedos! Mi corazón había dejado de latir desde hacía tiempo, y mis pies y mis manos se habían puesto rígidos y no los sentía. Yo era incapaz de moverme; pero mis pensamientos..., ellos no se habían detenido. En la larga historia de mis recuerdos, al fin y al cabo, ¿de dónde salían esos pensamientos? ¿Y adónde iban? Más pensaba, más me atontaba... Y así, atontado, me quedé dormido.

Cuando me desperté, el miedo intenso que me atenazaba la noche anterior había desaparecido totalmente. Estaba tumbado y no me movía. No sabía si estaba vivo o muerto. Un rayo de luz roja entraba entre las grietas de la pila de paja y ello me hizo comprender que el sol había salido. Los dos hermanos dormían plácidamente a mi lado y lanzaban ronquidos ensordecedores —ronquidos que eran como truenos—. Y sus dos zanahorias salían de un

amasijo de paja. Así dormidos, se les había puesto cara de tontos, pero a mí me gustaba. Cualquiera jovencita se habría enamorado de ellos. Incluso esa semidiosa —mitad diablillo mitad ser humano— del paso de Liusha les hubiera cogido cariño, y así lo dijo más tarde.

El día se iluminó y yo reventé los oídos de los gemelos, pero me costó lo suyo despertarlos. Al final, pude hacerlo.

—¿Qué haces? ¡Eres una mierdecita! ¿Por qué no me dejas dormir?

—Eres una mierdecita y me has reventado el sueño... No me dejas dormir... ¿Por qué?

Dije:

—Ya ha salido la luz, ya ha salido la luz... Dentro de esta pila de paja, estamos muy cansados y adormilados... Yo estaba soñando con una mujer alada... Ella se decía a sí misma que era tu madre... y ahora ha salido la luz y se ha iluminado el día...

—¿Ha salido la luz y se ha iluminado el día? ¿Y por qué ha salido la luz y se ha iluminado el día?

—¿Qué está sucediendo para que salga la luz y se ilumine el día? ¿Lo ha hecho para confundir a la gente?

En ese momento, el gusto que desprendía la paja se calentó y al gallo — que estaba fuera de la pila de paja— le llamó la atención y entró en la pila. Oímos los pasos del gallo de la cresta roja y ojos amarillos. El gallo tenía además unas plumas en su cola que eran de un verde esmeralda y caminaba sacando pecho. Infló su garganta y lanzó un grito que hubiera roto los nervios del individuo más tranquilo. Un frío difícil de aguantar entró en mi cuerpo y mis dientes empezaron a castañear. Un humo amarillo como el oro —un humo denso y grueso— empezó a expandirse y la pila de paja se colapsó. Nuestros ojos lo veían todo bajo un velo dorado... ¿Habíamos caído enfermos? Dos gallos de pluma dorada se pusieron a mis dos lados —uno a la derecha y otro a la izquierda— y me miraban con la cabeza torcida. Con sus piquitos triangulares —unos picos diminutos que goteaban un aceite del color verde jade— empezaron a picarme la cabeza. ¡*Pic, pic, pic!*... ¡*Pic, pic, pic!*... Era como si unos dedos se hubiesen puesto a repiquetear sobre una calabaza. Yo sabía que el exceso de felicidad conducía a un estado mental cercano al de la embriaguez, y alcanzar ese estado era algo muy hermoso. Había gente que, a pesar de haberlo intentado y haberse ejercitado durante toda una vida, nunca había alcanzado ese estado. ¡Eh!... Inmerso en ese calor, cada una de sus picaduras se volvía más fuerte. Los picos de los gallos

eran igual de afilados que las hojas de los cuchillos. La temperatura de mi cuerpo volvía a subir y la sangre del interior de mi cuerpo se agitaba como olas remotas que se alzaban y bajaban constantemente. Sabía que estaba algo confuso porque no había podido dormir. Los gallos tenían unos ojos endiablados —ojos bárbaros—, que expresaban un profundo odio. Pero yo los amaba —los amaba de verdad—. Sus intestinos se retorcían (podía oírlo) y sus pulmones se habían vuelto rosas. Brillaban y brillaban, y todo ello era muy bonito.

Los pulmones de los dos gallos soltaron un sonido que era como una explosión —quiquiriquí...—, y me asustaron enormemente.

Vi que los dos hermanos jugaban con sus palos tiesos y no mostraban nada de enojo ni se sentían en absoluto en una situación difícil.

—No hagas a otra gente comentarios irresponsables ni tengas la lengua demasiado larga ya que todo eso se lo dirán a nuestro padre. Nuestro padre nos obligará a actuar cara a cara para el viejo Ruan y le oírás decir que tú has visto a tus hijos y que yo les he dado una mala lección... ¡Eh!..., o una buena lección. ¡Eh!... Él se tapaná la boca y se tumbará bocabajo en la hierba..., y su cara amarilla se embadurnará con la mierda de las vacas y los bueyes. ¡Eh!..., ya que nuestras vacas y bueyes comen la hierba que crece en la tierra...

Mao el Segundo dijo:

—¡Eh, mi hermano mayor!... Quiero saber cómo hemos podido entrar en esta pila de paja... ¿Cuándo nos metimos dentro? ¿Y para hacer qué?...

—Y ese perrito... ¿Cómo ha podido entrar ese perrito? ¿Qué quiere hacer con nosotros? ¡Se comporta con nosotros igual que un gato...

—¿Y tú quién eres? ¿Quién eres?

Dije que era yo. Soy yo, yo soy yo.

Ellos asintieron con la cabeza: ¡Eh, eh!... Yo soy yo... Pero ¿qué hacemos aquí nosotros?... Las tortugas viejas del mar Amarillo se casan hoy y han invitado a las otras tortugas, las tortugas viejas del estanque. Y también han invitado a los cangrejos de río, los sapos del pozo, las ranas de la arena, las lochas del lodazal y los camarones que bailan en el mar..., pero para beber y comer en el banquete... Había tres botellas de licor. Una era el aguardiente de los cinco granos de Wuliangye; la otra contenía el licor de Lei Fuguan; y la tercera botella era del aguardiente de *er'guotou*. Había cinco tipos de platos: el primero era de cangrejos rojos de río fritos; el segundo de sapos del pozo estofados; el tercero era de ranas pasadas a la parrilla; el cuarto era de lochas

del barrizal fritas con mucho aceite; y el quinto era de camarones de mar también bien fritos en aceite caliente. ¡Eh! Y también había sopa de hongos blancos gelatinosos de esos que se pegan en las caperuzas de las tortugas... ¿Te hace gracia o no?

Una espada grande y afilada penetró la pila de paja y se oyó cómo cortaba esa hierba seca. A mí me asustó un montón. Ellos continuaron hablando tonterías y fue en ese momento cuando mi cabeza se despejó de golpe. ¡Eh!... Me desplacé a un lado y golpeé a los dos gemelos. A ellos no les gustó mucho ese gesto y me preguntaron por qué lo había hecho. Les pedí que mirasen la espada. Ellos, curiosos, preguntaron:

—¿Es esto una pierna o qué diablos es?

Ese espadón se me quedó mirando con ojos fieros. En la hoja de la espada había pintados con una laca roja un par de ojos grandes, inteligentes y bellos. ¿Eran de un hombre o de una mujer? Nadie hubiera podido responderme. ¡Eh!... Esos ojos me miraron fijamente y pestañearon. Esos ojos parecían estar sonriendo, y la espada, de repente, se retiró.

Los dos hermanos se pusieron otra vez a resoplar como lo hacen los bueyes cuando quieren montar a las vacas. En primer lugar, está la vaca, cierto, que no está para muchas historias, y luego dos bueyes que se la disputan; y cuando uno de los bueyes consigue imponerse al otro y se decide a montarla, la vaca, cabreada, lo espanta con la cola...

¡Oh, no!... La espada penetró de nuevo...; y esa vez, la hoja no tenía ojos... ¡Mierda!... ¿Qué había dibujado en su lugar? Había una boca, estaba cerrada y era roja; era una boca muy grande, y yo era incapaz de afirmar si era la de un hombre o la de una mujer. La boca de un hombre es más grande que la de una mujer... Una voz dijo:

—Puede ser una boca de hombre porque las bocas de los hombres son más grandes que las de las mujeres.

Una voz dijo:

—Puede ser una boca de mujer porque las bocas de las mujeres son más rojas que las bocas de los hombres. Además, las mujeres se pintan los labios de color rojo. No hay mujer joven y bella que no se pinte los labios de rojo, y no hay pintura roja que no sea como la sangre de los cerdos.

Una voz dijo:

—¿Y no hay hombres que tienen la boca roja?

Una voz dijo:

—Y las mujeres, ¿no las hay con la boca grande?

Y ellos dijeron:

—¡No hay que pelearse, no hay que pelearse! Luego se lo pensaron un rato y dijeron:

—Pero ¿quién tiene razón?...

Un sonrisa fría se esbozó en la boca de la espada y creía que esa sonrisa era de los hermanos gemelos; pero al mirar a un lado y otro, descubrí que los dos tenían una expresión en la cara de completa descomposición y vete a saber en qué parte del mundo estaban. Quizá, habían puesto sus ojos en un pasado muy lejano porque en su boca todavía salían los resoplidos del buey y la vaca.

Sí, yo estaba convencido de que la boca roja que había en la espada estaba sonriendo. Incluso la hoja de la espada temblaba con esa sonrisa fría y desdeñosa. ¡Toda ella gritaba de miedo! ¿Se podía pensar acaso que esa espada era una auténtica joya? Por lo tanto, a mi cabeza vinieron como un rayo las palabras que contó el señor Wang la noche de la gran nevada: la historia del tesoro de esa espada en su vaina.

El señor Wang dijo:

—Hace tiempo, había un hombre que compró una espada que luego colgó de una pared. Cada noche, cuando ya estaba todo oscuro y todos los hombres dormían, él soplabla la llama de la lamparita y se subía al *kang*. Pero había noches en las que no podía pegar el ojo porque oía que le llamaba la espada que estaba colgada en la pared. Al principio creía que eran los ratones, pero luego se dio cuenta de que era la espada. El hombre se asustó muchísimo y era incapaz de moverse. La espada lo llamaba una y otra vez, y su voz era cada vez más sonora e insistente. En ese momento, oyó que una mujer lloraba al otro lado de la puerta, bajo la nieve. El hombre casi se muere de miedo... ¡Eh!... Oyó el sonido de unos metales y una luz blanca apareció ante sus ojos. Esa mujer aullaba detrás de la puerta como un lobo o un alma en pena, pero no se oía a nadie hablar. Sin embargo, el hombre oyó un ruido. La luz blanca entró en la funda de la espada y el ruido desapareció inmediatamente. ¡Eh!... Al día siguiente, por la mañana, cuando se despertó, el hombre se fue a abrir la puerta y vio que sobre la nieve había rastros de sangre. El hombre, que se mostró muy valiente, se puso a seguir esos rastros de sangre. La sangre formaba una línea con constantes curvas para un lado y para otro. Luego se metió en una zanja y cruzó un bosque con acacias. Finalmente, desapareció. Pero el hombre descubrió ante sus ojos una tumba, y en ella había un agujero negro de no sé cuántos *chi* y *zhang* de profundidad. El

hombre se quedó frente a la tumba mucho tiempo y más tarde tomó el camino de regreso a casa. Ahí, lo primero que hizo fue coger la espada que estaba en la pared y luego la examinó concienzudamente. Tras verla varias veces, se puso a llorar. ¡Eh!...

—¡Ay, padre!... ¡Mi querido padre!... Hoy, tu hijo se vengará de ti... ¡Eh!...

Cuando ya había llorado lo suficiente, el hombre cogió la espada y se la llevó al cuello. Sin esperar un segundo, se lo cortó de un tajo. ¡Eh!... La sangre empezó a salir a borbotones. Cuando ya se había desangrado, murió inmediatamente.

La espada se pasó el día entero saliendo y entrando, pero yo ya no tenía miedo. Sabía que a ti no te disgustaba que esa espada entrara y saliera todo el tiempo. La noche se había cerrado. ¡Eh!... Rápido, regresa a casa y duerme... Si no, tu madre se preocupará... ¡Eh!... La espada continuaba rascando la pila de paja. Fuera de ella se oía el ruido del metal, pero nada se movía.

El ganado bramaba en la aldea. Incluso los burros rebuznaban. A decir verdad, los rebuznos de los burros eran más agradables de oír que los bramidos de los bueyes. Nos gustaba apostar: si tú pierdes, entonces eres un perro de cuatro ojos. Si yo pierdo, entonces yo seré el perro de cuatro ojos. Dije esas palabras sin apenas darme cuenta y de manera inconsciente... ¡Eh!..., y los dos hermanos me escucharon con atención... ¡Eh!... Dentro de la pila negra de paja brillaban cuatro estrellas luminosas, y esas estrellas eran sus ojos.

El Gran Mao dijo:

—Hermano pequeño, ¿has escuchado lo que ese niño de mierda ha dicho mientras dormía?

Mao el Segundo respondió:

—Pues eso... Ha hablado mientras dormía y no hay que hacerle mucho caso.

¡Niño de mierda! ¡Niño de mierda! Niño... Niño... Niño... ¡Despiértate ya!

Yo sentía que me moría de hambre; y en esos momentos de hambruna profunda, descubrí que ellos eran mucho más viejos que yo. No era más que un jovencuelo adorable que iba a ser descuartizado por esos dos. Golpeé sus pechos con mi cabeza y les agarré las orejas con mis dos manos. Luego les di una patada en sus huevos de perro... Ellos se cubrieron inmediatamente esa parte delicada de sus cuerpos y aullaron: ay, ay, ay... Los dos eran unos Han

altos y bien plantados, pero mi patada en esas partes íntimas les hizo ver las estrellas y unos lagrimones densos se deslizaron entre la paja. Mi corazón se ablandó inmediatamente, se paró y volvió a latir al ritmo del corazón llorón de los dos gemelos. Me puse a llorar con ellos.

Esa fue una noche rara. El viento soplaba con fuerza y la paja sonaba como los gemidos de los niños. Parecía que ese viento iba a deshacer la pila de paja. Los perros de la aldea ladraban y se oía algún disparo de vez en cuando. Parecía que iba a ocurrir algo que haría saltar en pedazos los pilares que soportan el Cielo.

De repente, me sentí intensamente triste. No podía llorar y me sentía oprimido. Grité para sacar el dolor que llevaba dentro, pero ellos no cambiaron en absoluto su actitud hacia mí. Ellos lloraban con más ganas —y armando más follón, y con más quejidos, y con quejidos más conmovedores— que yo. Mis llantos —frente a los suyos— sonaban a falso. Además, acompañaban sus llantos con palabras. Todo ello formaba una melodía digna de una ópera. Parecía que lloraban al padre y luego a la madre.

Se pasaron llorando media noche, pero la aldea no perdió su paz y tranquilidad.

Ellos se sorbieron los mocos y se aclararon la garganta. Se dijeron mutuamente: uno tiene la cabeza mucho más despejada tras llorar y ve las cosas con mucha más claridad. Ahora deberíamos defecar sin prisas ni esfuerzos innecesarios. Si no limpiamos nuestras lágrimas, nuestros corazones se van a llenar de suciedad. Ahora está bien, ¡eh!... Debemos hacer algo respetable, ¡eh!...Y si simplemente tenemos hambre, que el hambre no nos quite nuestro deseo de venganza.

Sus cabezas estaban extraordinariamente lúcidas y lo habían planeado todo con sumo cuidado. Tras planificarlo, yo —ese niño de mierda— salí de la pila de paja.

IX

Ya era medianoche y la aldea estaba particularmente tranquila. Nuestro plan consistía en llegar al depósito donde se realizaba la producción; pero cuando llegamos ahí, las comadreas y los gatos salvajes estaban luchando entre ellos. Los gatos tenían los ojos verdes y las comadreas los humillaban. Por eso, cogían los gatos y los hacían rodar por el suelo.

De la puerta del depósito colgaba un candado de hierro y ellos no podían, por lo tanto, abrirla. Según nuestro plan, debíamos hacernos con las llaves del conserje, pero su perrito de cuatro ojos se puso a ladrar. Según nuestro plan, debíamos ir al recinto donde estaban encerradas las mulas y robar unas chaquetas de piel de cabra del viejo Qi. Las vallas de las mulas se insertaban en la entrada y, según nuestro plan, debíamos entrar en la cueva de los perros y abrir la entrada desde ahí. Nosotros tres nos pusimos a robar las chaquetas de piel de cabra y, según nuestro plan, debíamos llenar los ojos y las orejas del viejo Qi con la mierda de los mulos, para que él no viese ni oyese nada. Según el plan trazado, cogimos aceite de queroseno y dejamos caer unas gotas sobre los ojos del viejo Qi. Así acabamos con sus ojos y el viejo Qi ya no podía ver nada más. Cuando le pusimos los excrementos de mula en los ojos y las orejas, pudimos oír cómo gimoteaba el viejo Qi y luego se cagó en la madre que nos parió. Cuando le pusimos el queroseno en los ojos, el tío Qi emitió un *bo, bo, bo...*, y nada más. Luego cayó rodando desde el *kang* y volvió a cagarse en la madre que nos parió a todos nosotros. Se fue al bebedero de los mulos y se limpió los ojos, ¡eh!... Según nuestro plan, debíamos aprovecharnos del momento en el que el viejo Qi se limpiaba los ojos para meterlo dentro del bebedero e irnos.

Nosotros —como pudimos— cogimos la chaqueta grande de piel de cabra del viejo Qi. El viejo Qi chapoteaba en las aguas del bebedero al mismo tiempo que se hundía e intentaba salir a flote. *Plash, plash, plash: glu, glu, glu...*

Según nuestro plan, llegamos a la entrada del depósito, donde estaba el conserje. Pusimos la chaqueta de piel de cabra del revés; es decir, con la lanilla hacia fuera y la piel hacia dentro. El Gran Mao se la puso encima, pero no le cabía; y Mao el Segundo también se la puso encima y tampoco le cabía. Mao el Segundo me la dio y me la puse encima. A mí me quedaba bien. Grité y me metí dentro. El Gran Mao y Mao el Segundo se tumbaron bocabajo y se

quitaron de encima su vestimenta de espíritu diabólico. A mí me alegró y se me escapó una sonrisa.

El conserje cuidaba de una perrita de cuatro ojos. La perrita emitió unos sonidos débiles: *ang, ang, ang...*

Me tumbé en el suelo, y el Gran Mao y Mao el Segundo se desplazaron hacia delante y subieron. Yo también subí y estaba verdaderamente feliz. Grité. Los pelos largos de mi cuerpo —los pelos negros, amarillos, rojos y blancos— se convirtieron en los pelos embrollados de una bestia salvaje.

La perrita oyó a gente hablar y se precipitó hacia ellos..., y el conserje que hacía guardia la empujó hacia el muro de tierra. No había entrada y... *jang, ang, ang!*... *¡Ang, ang, ang!*..., volvió a gemir la perra. Y yo grité algo parecido a esto: *chichi, yiyi, ayay, ohoh, ahah, umm, ummm, miao, miao...* Debía hacerse la luz... Si no, ¿cómo iba a verme la perrita? Y la luz atravesó una nube. Era una luz clara y limpia que cayó sobre la Tierra como agua difuminada. Miré la perrita con ojos comprensivos y la perrita me miró a su vez con ojos comprensivos. Yo sabía que era una perrita que no temía nada. ¿Sabía ella que yo era un mocoso al que le era imposible no tener miedo? La perrita me asustó y emitió algo parecido a un gruñido. ¡Eh!... Al principio fue lo del *ang, ang, ang...*, y luego unos lloriqueos: *mua, mua, mua...* Se giró y se fue corriendo hacia la casa, dándose de bruces con la puerta de la entrada. La puerta hico un ¡clac!, y se abrió. La perrita dio un salto en el vacío y luego cayó al suelo. Se tambaleó y murió. ¡Eh!... Sí, yo le di un susto de muerte a la perrita.

¿Se dieron cuenta el guardián y su mujer de todo lo que yo estaba haciendo?

Me levanté del suelo..., pero no deseaba estar de pie. Pensé que este monstruo bien vestido se divierte mucho más que este mocoso... El pequeñajo no estaba en su punto álgido... No llevaba ninguna ropa encima, ni estaba caliente, y el padre, además, le pegaba, y la madre le daba patadas. El hermano y la hermana mayores montaban a caballo... Fueron el Gran Mao y Mao el Segundo quienes me ayudaron a levantarme del suelo y se aprovecharon de la luz de la luna para hacerlo. Los perros que estaban en la entrada no nos pusieron las cosas difíciles. Yo, detrás, seguí a los dos gemelos y todos entramos en la casa del guardián. Dentro de la casa reinaba el silencio más absoluto y era tan raro que asustaba a la gente. Había unos grillos que penetraban en los agujeros de las paredes.

Vi que el Gran Mao y Mao el Segundo se echaban al suelo y yo les seguí y me eché con ellos. Tras estar echados un momento, nuestros ojos se pusieron a brillar. Vimos entonces que había un hombre colgando del techo. Babeaba, y en la parte de arriba le colgaba una lengua enorme y en la parte de abajo un pepino enorme. ¿No era horroroso?

Miré a la parte baja del *kang* y la mujer del guardián tenía el cabello revuelto y tenía la cara morada, que debía de ser pegajosa si uno la tocaba con los dedos. Y además olía mal. Ese olor era, con toda probabilidad, de sangre. Sobre el *kang* había un cuchillo para cortar la verdura; y vete a saber a quién había matado con ese instrumento.

Cada uno de los dos hermanos le arreó un puñetazo al guardián, y yo también le arreé un puñetazo.

Vi que los dos hermanos se pusieron a buscar algo con los cinco sentidos. Buscaban algo, pero ¿qué? Pues buscaban una llave que estaba sobre la puerta del almacén. Según el plan trazado, abrimos la puerta del almacén y robamos una botella de veneno. Y según nuestro plan, debíamos verter el contenido de la botella de veneno en el puchero del secretario Ruan para envenenarlos a él y su mujer. Nos desplazamos hasta los muros altos de la casa del secretario Ruan. Abrimos el recinto de los cerdos y nos metimos dentro... Pero desde ahí no había ningún camino que condujese al patio. Desde allí oímos el canto de un gallo. El secretario Ruan estornudó y una cerda tenía aún sus dos patas traseras clavadas en el suelo y las delanteras alzadas. La cerda se precipitó hacia nosotros y el Gran Mao vertió el veneno de la botella en el comedero de los cerdos. Mao el Segundo salió por el agujero del muro y la cerda se abalanzó sobre mí, dejando pelada la pelliza del viejo Qi. Yo también acabé saliendo del muro y el Gran Mao también.

Seguidamente, una correría por aquí, otra por allá. Correr y correr hasta que no nos quedó nada de aire en los pulmones, y rápidamente entramos en la pila de paja.

El día volvió a iluminarse.

Yo había oído la misma cosa cuando era pequeño: en el campo de crianza de una granja, una cerda se convirtió en un duende. Y cada día, cuando oscurecía, trepaba por el muro del recinto de los cerdos con sus dos patas traseras y se iba a la calle a ejercitarse. No tardó mucho en poder trepar por los muros del recinto enladrillado con solo las patas traseras. Sus pies parecían los de una señorita y calzaba unos zapatitos de tacón alto de color rosa y sus manos iban enguantadas con unos guantes de color negro. Todos los cerdos la envidiaban y los cerdos que se revolcaban en el lodazal de barro y excrementos temblaban al verla. La cerda-duende tenía una complexión fuerte y caminaba con gracia.

Los gemelos se levantaron por la noche al mismo tiempo y se contaron el uno al otro el sueño extraño que habían tenido. En realidad, no necesitaron abrir la boca. Los dos se cogieron las manos al mismo tiempo como si intercambiaran la electricidad de sus cuerpos. Luego se subieron con agilidad al *kang*. Parecían un par de sombras flotando en la habitación que se estampaban sobre los muros del recinto enladrillado y entraban por la ventana.

¡Y apareció la luna! Grande, brillante, como una catarata... Así era la luz de la luna que caía sobre el recinto enladrillado donde estaban los cerdos: había una luna llena y era igual que una de esas lunas que hay en el escenario de un teatro.

Sí, una luna llena, llenísima; pero también era una luna excéntrica —una luna grotesca—. Ellos constataron que esa cabeza era bellísima. Aún no se había apareado —o «casado», como suele decirse— y con su boca se lamía los zapatos. Los otros cerdos la veían con celos. Uno de ellos era un cerdo macho y castrado que se llamaba Ba Geliang y que asumía expresamente una actitud soñadora. Con los bigotes temblándole, se acercó a ella (Yue Kexia) y se sentó a un lado y le dio un morrazo. Luego... ¡se meó en los zapatos de la cerda!

Yue Kexia se puso a llorar. Sus lágrimas eran negras y duras y se deslizaban por sus largas pestañas. Su cuerpo era blanco como la nieve y más hermoso y puro que el de la luna que brillaba en todo lo alto. Las lágrimas de Yue Kexia pusieron a Ba Geliang en una situación muy embarazosa. Se sintió perdido y se acostó sobre sus heces y orines.

Yue Kexia se recompuso y arregló su cabello y sus ropas. Luego se puso de pie y regresó a su casa con pasos ligeros y el culo flexible. La colita se le metió entre las piernas, y ella parecía, simplemente, que estaba bailando. Los cerdos delgaduchos —esos cerdos que solo eran piel y huesos—, y los que estaban enfermos, todos ellos rascaban el suelo con sus pezuñas y expresaban así su admiración por la cerda. Lanzaban aire por los orificios de sus narices y la boca. Incluso aplaudían. De sus bocas salían unos silbidos: *fiu, fiu, fiu...* Ambos tipos de cerdos estaban condenados a morir y, sin embargo, se aferraban a la vida con todas sus fuerzas y querían poseer a la cerda-duende como fuera. Sus cerebros habían enloquecido y con sus gruñidos clamaban al Cielo y la Tierra por hacerse con el cuerpo de la cerda.

Yue Kexia estaba cansada y dio un salto sobre su lecho de alfalfa. Se quedó sentada y sacó de la pared un pañuelo floreado y con él se secó el sudor. Ella dijo:

—Amigos, esta será la última representación que os daré. Quiero un sitio nuevo para vivir y casarme con un hombre poderoso e influyente. ¡Y que nadie haga ninguna tontería!

Los cerdos expresaron con sus ojos su gran admiración hacia ella. Todos sintieron celos de ese hombre poderoso e influyente, pero nadie osó abrir el morro para decir algo.

Al día siguiente, por la noche, según se comentó entre la gente, la cerdita —de pie, bien recta y caminando— desapareció del recinto enladrillado. ¡Eh!...

Ellos se la quedaron mirando sin saber si era verdadero o falso lo que estaban contemplando. La cerdita llevaba un vestido ajustado de dacrón y con flores estampadas. Llevaba un bolso pequeño en una de sus patas y de esa manera se puso a caminar por la calle. Pasaron varios años y, cuando salía a la calle, un grupo de cerdos domésticos gorditos la seguía por detrás para verle las bragas. ¿No es adorable?

XI

Empezó un día largo, seco y suave. Los gemelos —como la noche anterior— dormían a pierna suelta sobre una pila de paja y de sus bocas salían ristras de palabras que contaban sus sueños. El contenido de los sueños tenía que ver sobre dejar sueltas en el campo las vacas y las ovejas y sobre esa mujer-cerdo tan bella y de la que tanto se hablaba. Yo escuchaba sus palabras minuciosamente y me dio por conjeturar que ellos; en su juventud, siguieron a un hombre enfermo hasta la orilla del río para apacentar los rebaños de vacas y ovejas. Ese hombre les enseñó a comportarse maliciosamente. Ellos adquirieron esa costumbre ya en sus cortas vidas. Y había también lo de su padre con esa mujer-cerdo, o lo de ellos con su padre cuando él les obligó a traficar con esa mujer, y ser vistos expresamente por el viejo Ruan, y el viejo Ruan se sentó en el suelo cubriéndose el pecho con las manos. El padre señaló con el dedo a los gemelos para que se pusieran en movimiento y le dijo al viejo Ruan: Mira, mira, mira... ¿Cómo son esos dos perros? Y el viejo Ruan —que tenía la cara amarilla como el oro— se cubrió el pecho con las manos, ya que padecía una enfermedad en el corazón. ¡Eh!... Mo Luohui cogió su arma con la borla roja y gritó a la doctora de los pies desnudos. La mujer de los pies desnudos tenía la cara llena de robín y tenía que soportar una barriga bastante grande. Ellos le echaron un vistazo y luego vieron que en la barriga de la mujer había dos niños. O mejor dicho, dos niñas dobladas y con las piernas encogidas. Se sujetaban la cabeza con las manitas y tenían los ojos cerrados.

Yo volví a sentir hambre otra vez. Los gemelos —como los fantasmas y las almas errantes— se podían permitir vivir sin comer. Pero yo, si no comía, no funcionaba. Intenté deshacerme de la pila de paja que me sofocaba y me fui a buscar algo para comer. Me moví a un lado y cogí la espada para agujerear la pila de paja. La boca de la espada gritó:

—¿Adónde vamos?

Dije llorando:

—Sí, continúa..., y sácame de aquí... No he comido nada... ¡Me muero de hambre, eh!

Y la boca que había en la espada dijo:

—Rápido ve y rápido vuelve... Sé un buen niño y gánate el afecto de la gente. ¿Cómo podría yo convertirme en tu asesino?...

Salí del agujero y me introduje en el campo de matas de boniatos. Ahí cogí un par de ellos y me los zampé. Mi barriga se puso a cantar, pero ello no me sació. Me fui al campo de cacahuets, cogí una pila, pelé los cacahuets y me los zampé. Mi barriga se puso a rugir, porque no me sacié. Corrí hacia un campo de rábanos y comí un par. Mi estómago hizo unos ruidos, pero no volvió a llamarme. Me había quedado satisfecho, pues. Salieron de un túnel dos soldados y me capturaron vivo.

Los dos milicianos llevaban sobre la cabeza el mismo pañuelo de color azul y blanco. Tenían una pajarita en la frente y llevaban puesta una chaquetilla púrpura y unos pantalones de calicó ajustados. Una cartuchera amarilla de lona colgaba de ellos y un cinturón de piel negro les rodeaba la cintura. Del cinturón colgaban a su vez un par de granadas de mano. En su mano derecha sujetaban un rifle chino del Sol de Han. Los dos soldados tenían la misma altura, tenían las mismas cejas, hablaban con el mismo acento y caminaban por la calle con la misma expresión facial. Parecían todos ellos salidos del mismo molde.

Me apuntaron con sus armas y con cara de tigre y lobo y me pidieron que siguiera caminado. Retrocedieron un poco y me pincharon el culo con los cañones de sus rifles. ¡Ay, ay!... Eso me dolió, no pude aguantarme y me puse a llorar. Ellos volvieron a asustarme:

—Si te atreves a llorar otra vez, te vamos a meter las granadas en el culo. Tu cabeza llegará al cielo azul y de tu culo saldrá humo blanco.

Esas frases me asustaron mucho pero no me puse a llorar más.

Me llevaron custodiado al bosque de manzanos y había manzanas rojas, verdes, doradas... Esos manzanos estaban rebosantes de frutos y daba gozo verlos. Ninguno de ellos se agachó y chocaban sus cabezas con los frutos. Las manzanas maduras se deshacían con el contacto del vapor que desprendían nuestros cuerpos y caían al suelo. Eran muchas las que se habían desprendido de los árboles y olían ya a descomposición.

Una comadreja apareció en uno de los árboles y le dio un mordisco a una de las manzanas. Aprovechando esa oportunidad, salí corriendo.

Los soldados me gritaron:

—¡Alto!... ¡Maldito contrarrevolucionario! ¡Si no te paras, te disparamos!

Me dio por pensar que esos fusiles eran falsos. No eran otra cosa que los fusiles que se empleaban en las óperas oficiales de la Revolución Cultural³⁷ y por esa razón seguí corriendo. Corría y corría cuando oía a mis espaldas... ¡Pum!, un disparo. Y luego, otro: ¡Pum!... ¡Esos dos hijos de perra me

habían disparado! Me metí entre la arena del campo de manzanos y mordí varios granos de esa misma arena, que fue seguidamente a juntarse con los boniatos, los cacahuets, las zanahorias. Mi boca se llenó de arena y me tiré unos pedos. ¡Qué olor tan malo con esa mezcla de cosas en mi estómago!... Y no pude aguantarme y vomité. Vibraban los rifles y las manzanas caían de los árboles como piedras de granizo.

Ellos me cogieron de los brazos y me sacaron del arenal.

—Contrarrevolucionario —me dijeron—, ¿adónde pensabas ir?

No me soltaban los brazos y pensé que me iban a matar como se mata a un perro. De repente vi a un par de sauces y debajo de sus copas había un grupo de hombres rodeado de cuervos que gritaban con tal fuerza que parecía que iban a destruir el cielo. Los pájaros que había bajo los árboles habían formado una algarabía estruendosa.

Me arrastraron a la pila de paja y me tiraron al suelo e informaron al viejo Ruan, que estaba sentado detrás de una de esas mesas de los Ocho Inmortales.

—Secretario Ruan, ¡hemos atrapado a un mal elemento!

El secretario Ruan tenía aún la misma apariencia que varios años atrás. No había cambiado en nada. Sobre su cara —rojísima— corría una capa de sudor que parecía ser de aceite. El viejo Ruan no tenía una sola arruga en la cara. Me barrió con los ojos y puso una cara inexpresiva, como si no hubiese comprendido nada.

—Hablaré dentro de un rato —dijo.

—¡Vale! —respondieron ellos.

—¿Hablas o qué?... —dijo el secretario Ruan, mirándolo fríamente y poniendo las manos detrás de la nuca. Se quitó la ropa y se arrodilló delante de la mesa octogonal de los Ocho Inmortales. Le pidió al viejo Qi, que ese año había cumplido sesenta y un años, que diera de comer a las mulas. En realidad, se llamaba Li Huanxi, y era el encargado del equipo de producción de alimentar a las mulas. Las mulas utilizaban sus dientes largos y duros para agarrar los tubérculos con sus raíces. El olor a habichuelas de soja fritas nos llegaba a los orificios de la nariz y luego penetró hasta nuestros estómagos. Como era de esperar, se me despertó el hambre. ¿Qué me iba a pasar?

—¡No soy culpable de nada, secretario Ruan! Usted, señor, debe hacer justicia... No debería hacer nada malo a un antiguo compañero...

—¡Rufián asqueroso!... —dijo el viejo Ruan con un tono de voz solemne—. ¡Cuélguenlo!

Un par de soldados pasó una cuerda por una de las ramas gordas de un sauce blanco. El viejo Qi lanzó un ¡oh! al vacío. Cuando se ahorca a la gente, ¿por qué se ejerce toda la fuerza en la cabeza? Cuando se ahorca a alguien en un sauce blanco, ¿por qué sale sangre negra de su nariz?

—¿Hablas o qué?... —dijo el secretario Ruan.

—Injusto... Muy injusto... Vaya que sí...

El secretario Ruan hizo un gesto con la mano y los dos soldados jóvenes le soltaron de golpe los brazos.

El viejo Qi cayó al suelo, ¡eh!...

Clang, clong..., oí que decía en esos momentos el comandante: a la cuñada A Qing le dolía el culo... El jefe del personal la llevó al médico... y le dijeron que tenía hemorroides... *Clang, clong...* Ese endiablado ha perdido el honor y no cuenta nada... Y yo, el viejo Hu, me enfurezco..., y tomo prestado el duodécimo manuscrito de la ópera *El riachuelo de la familia Sha*³⁸...

Tras caer al suelo el viejo Qi, la gente lo rodeó y se pusieron a canturrearle esa ópera. Sonaba la música del «pasar por la puerta» de un violín chino que fue acompañado por unos murmullos. Los sentimientos afloraron por un momento y la escena se calentó muchísimo.

El secretario Ruan gritó:

—Pero... ¡habla claro!

No hubo ningún movimiento sobre el suelo y un soldado se acercó al viejo Qi y le pinchó la nariz. Dijo:

—Secretario Ruan, ¡Ha dejado de respirar! ¿Qué hacemos ahora?

El secretario Ruan dijo:

—Ponedlo en una sartén y freídllo. Luego lo enterráis bajo los manzanos. ¡No hay mejor abono que ese para las plantas y los árboles!

El secretario Ruan añadió que el viejo Qi valía menos que los perros.

Los soldados que me habían atrapado se acercaron al secretario Ruan y le dijeron:

—Y con este niño... ¿qué hacemos?

—¿Qué falta ha cometido ese bicho? —preguntó el secretario Ruan.

—Ha robado boniatos y se los ha comido. Ha robado cacahuetes y se los ha comido. Ha robado zanahorias y se las ha comido.

El secretario Ruan me miró con desdén y dijo:

—Este desgraciado no nos traerá más que problemas... ¡Nos llevará a la ruina, seguro! Llevadle bajo unos de los sauces blancos y disparadle un tiro.

La muchedumbre que se había juntado en el lugar se puso a clamar. Varias mujeres ancianas de pies pequeños quedaron estrujadas en medio de la multitud. Iban muy maquilladas y llevaban los labios pintados de rojo. Se pusieron ante la mesa octogonal de los Ocho Inmortales y se comenzaron a desnudar... Se desnudaron hasta quedarse en braguitas... Unas braguitas rojas de seda... Y un lazo de seda rojo atado a la cintura y un lazo de seda rojo en la mano... Mucho color, mucho color... Cuando acabaron de desnudarse, se pusieron cantar... Sonaron los gongos... ¡Qué algarabía! Ah, la tierra de nuestros ancestros es grande y bella... Sí, muy bella... ¡Así de color rojo!...

Yo, incluso muerto, ¡eh!..., aún podía recordar lo que había sucedido varios años atrás... Entre las ancianas, las había gordas, delgadas, barrigudas y esqueléticas. Algunas de ellas tenían las tetas como las tinajas y se agitaban. Otras tenían las tetas vacías y secas y parecían sacos. A esas ancianas les colgaban por encima de la barriga. Otras, simplemente, no tenían tetas y solo se les veía un par de pezones oscuros en las costillas.

Y a mí, aunque ya hace tiempo que no estoy vivo, me consta que esa multitud se hinchó de raviolis el día que se despidió de mí en este mundo. Y se lo merecían. ¿Quién les permitió zamparse esos *jiaozi* que ni siquiera habían pagado?

En medio del baile ligero de las ancianas desnudas, los dos soldados me llevaron al árbol y me dijeron que me estuviese quieto y que no hiciese el tonto. Luego se fueron. ¡Eh!... Estuve esperando mucho tiempo sin moverme del sitio y sin hacer el tonto. Creo que hasta dejé de respirar; pero acabé preocupándome y me giré y vi que en el campo de los cacahuets que estaba a unos quinientos metros de mí había cuatro hombres cavando la tierra. Uno de los milicianos que me había atrapado gritó:

—¡Media vuelta!... ¡No se te está permitido fisgonear aquí!

Encaré el sauce blanco y contemplé su corteza rugosa. Más la miraba, más me parecía interesante. Creía estar contemplando una piel llena de cicatrices y volúmenes que formaban dibujos preciosos. Podía diferenciar la montaña, el agua, el pájaro, el perro, el caballo, la cabra, el ojo, la nariz, la casa... En esa corteza había de todo... La corteza se agrietó de golpe y salieron unos rastros blancos. La corteza se colapsó y el tronco desnudo empezó a sudar. Al cabo de bastante tiempo, oí un disparo: ¡Pum! Me giré inconscientemente y una luz azul me cegó. Sentí un zumbido ensordecedor en mis oídos.

El sonido era cada vez más agudo y un humo azul se alzó hacia el cielo y se unió con el espacio vacío. De esa manera, ahí arriba, yo pasé a tener una vida nueva... Me sentí libre y feliz. Me sentí alegre. Aparecieron a mi alrededor innumerables caballos celestes dorados. Los cuellos de esos caballos eran largos y se parecían a los cuellos de los cisnes. De los hocicos de los caballos celestes salía un humo azul... Si montaba de un salto encima de uno de esos caballos, seguro que llegaría al noveno cielo; pero yo, sin embargo, echaba de menos el paisaje terrestre... Quería ver cómo mi espíritu abandonaba la carne de mi cuerpo y me interesaba todavía lo que los gemelos hablaban en sueños. Y, bien decidido, caí otra vez en la tierra firme. O mejor dicho, caí en medio de esas viejas locas que no paraban de bailar. ¡Pero ellas no me hicieron ni caso! ¡Y ese descubrimiento me volvió loco de alegría!

Me agarré a la teta de una de las ancianas y la estrujé con todas mis fuerzas. La anciana chilló:

—¿Quién me apretuja las tetas?... —Se giró y se puso a buscar a su alrededor a la persona que le estrujaba uno de sus pechos. Para darle una buena lección a esa vieja loca, le arreé una patada en el culo. La mujer se cayó al suelo y salió del grupo que estaba bailando. Se fue corriendo; o mejor dicho, se fue volando.

Los dos soldados que estaban de pie, y con pose de héroes, a los dos lados del secretario Ruan, parecían igual que dos árboles, y pensé que debía hacerlos pedazos. Pero, de repente, descubrieron mi cadáver. ¡Cielos! Mi cabeza había explotado y estaba totalmente destrozada. Había trocitos de mi cabeza en todo el árbol y los había rojos y blancos, que atraían a innumerables moscas verdes. ¡Me temblaron los tobillos y mi cabeza se llenó de pensamientos negros!

Di un salto y... ¡*paff!*..., le di un bofetón en la cara a uno de esos dos soldados de mierda.

—¿Quién me ha pegado? —gruñó uno.

El otro soldado sonrió como un loco.

¡Ridiculizar a los otros es un acto reaccionario y contrarrevolucionario! A ese otro soldado le arreé un bofetón en la boca. Se cubrió la boca, aulló y dijo:

—¡*Uhh!*... ¡*Uhhhh!*... Pero ¿quién me ha abofeteado? —Sus dientes se llenaron de sangre y a mí me dolió la mano.

Les di otro par de bofetadas. Todo el mundo pudo oír el impacto.

¿Debía abofetear al secretario Ruan? Incluso siendo un fantasma, no tenía la menor duda de que podía asustarlo con ese gesto. Su cuerpo grasoso desprendía unos hilos púrpura que deslumbraban y yo giraba en torno a su cuerpo, pero no me atrevía a abofetearle.

—Vosotros, ¿por qué me estáis tocando los huevos? —dijo el secretario Ruan, mirando a los soldados y sacándoles la lengua.

Giré en torno a mi cadáver y daba vueltas y más vueltas... Luego me fui a vagabundear por las calles de la aldea.

Cuando llegué a las pilas de paja, me topé con uno de esos Han que no me sonaba de nada. Lo examiné a fondo para familiarizarme con él. Tenía la cara ensangrentada y se le habían caído todos los dientes. Me preguntó quién era yo y le dije:

—¿Te preocupas por quién soy yo?... —Justo cuando entré en la pila de paja, una persona bella me agarró de la mano. Ella era un viejo conocido. ¡Eh!..., y le dije—: Tú eres la madre del Gran Mao y de Mao el Segundo, y yo soy un buen amigo de ellos. Nosotros, ahora, vamos a vengarnos de tu marido...

La mujer abrió la boca como para decir algo y el hombre se precipitó para agarrarle el cabello. La tiró al suelo y la mordió, y la pateó, y la zarandé.

—¡Putta apestosa! —le gritó—. ¡Hija de perra!... ¿Por qué has permitido que él te haya dejado en este estado? Él te ha dejado así y tú encima quieres esconderlo.

La mujer se cubrió la cara y se puso a llorar. Tenía todo el cuerpo cubierto de cortes y magulladuras. Se le había caído además todo el pelo.

A mí me daba mucha pena esa mujer y avancé unos pasos para aconsejarle que se fuera. Ese hombre bruto era extraordinariamente fuerte y me cogió de los pelos y me arrastró hacia un lado de la pila de paja, donde me dejó.

La mujer se aprovechó de ese momento y salió corriendo. El hombre salió a su captura y los dos cayeron en una fosa.

Pude oír que en esa fosa había mucha actividad y bastante obscena. Asomé la cabeza y vi a un hombre montando encima del cuerpo de una mujer y que se daba a la fuga. Un mordisco, y otro mordisco. ¡Ah!...Y la mujer sacaba sangre por la boca...

Sacudí la cabeza, suspiré, y me metí en la pila de paja... Yo, en realidad, parecía... aire entrando en la pila de paja... Los dos gemelos contaron su sueño:

Hermano pequeño, mi *didi*, he visto cómo un soldado ha disparado a ese niño... Hermano mayor, mi *gege*, yo también lo he visto. La cabeza del niño explotó y los trozos se quedaron colgando de las ramas de un árbol..., las moscas verdes se comieron los trozos... El viejo Qi cayó muerto... Estuvo hirviéndose en la cacerola durante un buen rato... *Ummm*, olí el aroma de su carne cociéndose... Yo también lo olí..., era un olor fuerte, como el de la carne de burro... A la madre del viejo Ruan le gustaba comer carne de burro... Lo dijo el señor Wang... ¿Lo recuerdas?... Yo sí que me acuerdo... Ella le ponía sal a esa carne... El señor Wang nos contaba esas perlas..., y también nos hablaba de venganza... ¡El cielo se oscurece, eh!... ¡Ya ha oscurecido!... El niño ha muerto..., pero parece que no ha muerto todavía... Puedo oler el aroma de su cuerpo... Puedo oír sus jadeos... Deberíamos prender fuego a todo eso..., e irnos...

Me puse a pensar en sus palabras; pero por no sé qué razón, cuando quise hablarles, sentí que algo me impedía sacar las palabras por la garganta.

Esa noche, se dirigieron, muy airados, a la casa de Wang Deshun para robarle la leña. Luego se fueron a la casa de Zhang Deshun y le robaron el queroseno. Se metieron en el recinto enladrillado de la casa del viejo Ruan y la cerda les mordió; pero pudieron, al fin y al cabo, encender la paja. Y cuando las llamas del fuego llegaron a lo alto, el secretario Ruan se asustó. Hizo sonar su silbato y vinieron inmediatamente unos soldados, que apagaron en unos instantes el fuego.

Con sus linternas, los soldados se fueron a buscar a los responsables del fuego. Los gemelos se habían escondido en una esquina de los muros y yo soplé las lámparas de los soldados para dejarlos a oscuras. De esa manera, ayudé a los gemelos a esconderse. Al saberla, esa situación le preocupó al secretario Ruan y les pidió a sus hombres que extendieran un alambrado dentro del recinto de los cerdos. Junto al agujero donde entraban los cerdos, cavaron una zanja de un par de *zhang* de hondo y dentro insertaron cañas de bambú, abrojos y vete a saber qué cosas más.

Esa información la habían soñado los dos hermanos.

¿Qué vamos a hacer? Hermano pequeño, mi *didi*, ¿acaso el océano de sangre del asesino de nuestra madre, nuestro padre, no va a ser realizado? Hermano mayor, recuerda que la venganza del príncipe se toma las noches intranquilas de diez años, y añadido: si nuestro padre sigue vivo, nosotros seguiremos atormentándonos. Si no nos vengamos, nunca estaremos bien. La gente se reirá de nosotros y de nuestra impotencia. Yo no le tengo tanto odio

al viejo Ruan como le tengo a nuestro padre. No nos ha hecho tanto mal como nuestro padre... Mi *didi*, ¿cómo puedes pensar así? ¿Te has atontado o qué? ¿Estás aturdido? Nuestro padre, ¿qué es? ¿No es nuestra raíz?

Los gemelos se habían quedado bloqueados por su deseo de venganza y era la primera vez que se peleaban por algo, ahora que debían unir fuerzas para una misma batalla. Vi que en la cabeza de Mao el Segundo había una parte que funcionaba bien y se dio un puñetazo en esa parte. Como resultado, la disputa desapareció y el plan de la venganza volvió a aparecer en la cabeza de los gemelos igual que antes.

Llegaron al campo de repollo blanco de la aldea, y cada uno de ellos cogió un repollo de grandes dimensiones. Y con esos repollos se fueron a la parte trasera del *cun*, junto al río, y yo no supe en qué momento las aguas del río se habían desbordado. Había una barquichuela junto a los tamariscos y se subieron en ella con los repollos. Luego los dejaron en medio de la barca y cogieron los remos. Yo tuve que dejarles muy a pesar mío en ese momento. Aunque ya hacía un buen rato que estaba muerto, ellos pensaban que no les había dejado todavía. Al final, volví a pensarlo y salté a la barquichuela, y esta se agitó sin que nadie supiese el porqué.

Barquichuela, barquichuela... ¿Por qué diablos te agitaste?

Nuestro amigo, nuestro amigo, el niñato, el niñato, se había subido...

La barquichuela salió del bosque de los tamariscos y se puso inmediatamente a circular con más rapidez sobre las aguas del río. Una luna redonda y roja como la sangre se reflejaba en el río. Las aguas fluían, muy movidas y de forma irregular, hacia el este. La pobre barca luchaba por mantenerse estable. Los gemelos tenían un esqueleto enorme y unos músculos bien desarrollados. Los dos repollos blancos parecían unos culos remojándose en agua. La barca se llenaba de agua y la superficie de las aguas casi cubría la totalidad de la barquichuela. La espuma del agua entraba por los bordes y yo..., incluso muerto y con solo mi alma, ¿pesaba algo o debía abandonar definitivamente la barca? Esa pregunta grotesca apareció así por las buenas en mi cabeza. Di un salto y salí de la barca, la cual se estabilizó al instante, pero no los dos gemelos. Salvo yo, nadie pensó en hacer lo mismo. Tú no te mantienes estable; él tampoco se mantiene estable. Tu madre no se mantiene estable; su tía tampoco se mantiene estable. Y los hermanos gemelos, como un par de osos sobre sus dos patas traseras, también tenían dificultades para mantenerse de pie. La barca se inclinaba a un lado y a otro, y las olas caían sobre los repollos. Indignados, los gemelos se pusieron a

aullar: Hijo de puta, hijo de puta..., eres un niño de puta... Esta barquichuela no nos permite lograr nuestro objetivo...Yo me divertía rondando alrededor de ellos... Solté una carcajada y ellos quisieron asustarme: Niño, nosotros podemos nadar, pero tú no puedes. Si caemos al agua, te vas a morir.

Sujetaron con fuerza sus remos y fue entonces cuando vi sus manos y pies palmeados. Me senté sobre los repollos y me puse a observar cómo remaban. Lo hacían acompasadamente, como si se hubiesen entrenado previamente.

La barca avanzó hacia el este y se balanceaba sobre la superficie del río. Pasó junto a una aldea grande y a oscuras con unos perros que no paraban de ladrar; pero sus ladridos se perdían con la distancia y tanto la aldea como los perros parecían salidos de un sueño. Las aguas del río parecían estar gimiendo e iban, por momentos, a más. El agua chocaba contra los remos y lanzaba otro tipo de sonido. La luna ganchuda parecía deshacerse en el cielo y solo sus puntas doradas seguían brillando poderosamente, mientras que las aguas habían cogido un tono azul cian oscuro. Y si mirabas hacia el este la luna, que se reflejaba sobre el agua, parecía más grande que un sol, pero no tan redonda, y con ocho ángulos que proyectaban sus sombras largas sobre las aguas del río. Las aguas parecían fluir a la par con la luz de la luna, o como fluye la sangre. Vi en lo alto los tamariscos que eran como nubes enormes y muy densas, y el trayecto de la barca parecía, por lo tanto, delimitar el espacio de esos arbustos frondosos.

Me aburría y me puse a chapotear en el agua con las manos, para salpicarles la cara a los gemelos. Ellos dijeron que yo me había puesto a remar con las manos.

Finalmente, al llegar a la orilla, la luna ya estaba en todo lo alto. Sí, estaba en lo alto y se había blanqueado totalmente con un perfil plateado. Sobre las aguas del río flotaban varios alazores.

Saltamos a la orilla y atamos la barca a un árbol. A un lado de la aldea se alzaba la torre del reloj y las aguas del río la cubrían por la mitad. Las agujas de la cara del reloj parecían brazos.

Los gemelos cogieron los repollos y se apoyaron en una esquina de la torre del reloj. Aunque conocían el camino, yo me ponía a veces delante y otras detrás.

Era cierto que era ya más de medianoche porque había refrescado un poco. ¿Por qué debíamos dar tantos rodeos para llegar a la aldea? Llegamos ante los muros y los seguimos hasta llegar a una de esas casas de campo de tres

habitaciones y un techo con paja. Ellos llevaban los repollos blancos bajo un brazo y con el otro se apoyaron sobre el muro y saltaron por encima de él. Yo hacía un buen rato que estaba al otro lado del muro y correteaba dando círculos junto a él. Pude ver cómo un perrito macho vino a acariciarles con su colita.

Ellos golpearon la ventana de la casa y gritaron con una voz tensa:

—Novena tía..., le traemos unos repollos...

—¿Quién me los trae?... —dijo bostezando una mujer que estaba sobre el *kang*.

—El Gran Mao.

—Mao el Segundo.

—Somos tus dos perros.

La Novena tía abrió la puerta, encendió una lamparita y cerró la puerta. La mujer llevaba una sábana gris como la ceniza y unas líneas rojas bordadas en rojo sobre los hombros. Ella estaba completamente desnuda bajo esa sábana, y yo pude verlo nada más entrar por la puerta.

La Novena tía condujo a los gemelos hasta el interior de la casa y ellos pestañearon. Los gemelos alzaban la mirada y luego la bajaban para verle el culo a la mujer.

—Hijos de puta, pero ¿qué queréis hacer? ¿No me digáis que os vais a acostar con la Novena tía?

—Vamos a darle los repollos a la Novena tía; vamos a darle los repollos a la Novena tía.

La Novena tía encendió un cigarrillo, se lo puso en los labios y luego expulsó una bocanada de humo azul. Los ojos de los gemelos volvieron a pestañear.

—Decidme la verdad, ¿qué queréis hacer con la Novena tía?

Los hermanos gemelos se quedaron boquiabiertos e iniciaron con su *gugu, lulu* una conversación. El gran plan era pedirle prestada a la Novena tía la fórmula mágica de la venganza, que era ni más ni menos que extraerle el alma al viejo Ruan.

XII

La Novena tía escupió la colilla del cigarrillo y lo hizo de verdad, poniéndole ganas. El humo aún salía de sus labios —un humo que se deshizo en el aire—. La Novena tía dijo que ella también odiaba al viejo Ruan —ese mulo de mierda— y sabía cómo acabar con él. Pero la Novena tía dijo que se moría de hambre y les pidió a los gemelos que le dieran el repollo blanco para hacer unos *jiaozi* —uno raviolis—. La Novena tía cogió un par de esos cuchillos largos para cortar las verduras y dio uno a cada uno de los gemelos. Los hermanos se pusieron a trocear los repollos y, mientras lo hacían, sus cuchillos lanzaban destellos. Los repollos desprendían un olor a fresco. Luego cortaron unos trozos de panceta y amasaron la harina. Con la pasta que hicieron con ella, envolvieron la carne y la verdura. Los gemelos encendieron un fuego. La Novena tía también envolvió varios *jiaozi* y, al agacharse para hacerlo, pude ver, entre la sábana que llevaba por los hombros, sus pechos blancos como la nieve. Sin pensármelo dos veces, le abrí la sábana y pude ver así su culito blanco; pero la Novena tía se ajustó de nuevo la sábana. Yo volví a desajustársela y ella, enfadada, se puso a maldecir a alguien y se tiró sobre el *kang* para anudarse bien la sábana que la cubría. ¡Eh! Yo le di una palmadita en el culo a la Novena tía. ¡Ay! Y la Novena tía se giró y maldijo otra vez a alguien. Vi que el Gran Mao se había quedado frente al fuego del *kang* y Mao el Segundo se había quedado, también junto al fuego, enrollando *jiaozi*. La Novena tía se sentía ofendida, pero no me veía. Me giré y me puse detrás de ella, a sus espaldas, y le di otra palmadita en el trasero a la Novena tía. ¡Ay! ¡Aquí hay fantasmas! ¡Fantasmas! La Novena tía cogió un cuchillo del muro, empezó a gritar y a dar cuchilladas al aire. ¡La madre que te parió, diablo! ¡Te voy a cortar en trocitos!

El Gran Mao y Mao el Segundo se pusieron a reír.

Tortuga, estás actuando como un mono con tu tía.

Novena tía, Novena tía, no te enojas. No somos nosotros, es el niño.

Niño, niño, no molestes a la gente, ¡eh! Novena abuela, envuelve los *jiaozi* y te los das a ti misma para comértelos.

Los *jiaozi* se habían cocinado y habían sido puestos sobre el *kang*. Me comí doce y me quedé satisfecho. Seguí por detrás a la Novena tía para molestarla otra vez. Le arrojé un *jiaozi* al cuello, otro sobre el cuello y otro

sobre su cabello. Le tiré otro a sus muslos desnudos y ese le quemó. ¡Ay!, gritó la Novena tía.

Los gemelos no estaban contentos, ¡eh!, si soy sincero ¡eh!

Tras comerse los raviolis, la Novena tía dijo que debía empezar con la magia. La Novena tía cogió un platillo en el que había varios colores: el rojo, el blanco, el azul, el verde y el amarillo. La Novena tía les pidió a los gemelos que se tumbasen mirando hacia arriba y que cerrasen los ojos. Un solo ojo abierto, previno la Novena tía, podía ser fatal para la magia. La mujer tenía en realidad todo el escenario preparado: se puso encima del *kang* y canturreó algo incomprensible. Metió un pincel en los colores que había en el plato y pintó con ellos, y de cualquier manera, el cuerpo de los gemelos. Una línea roja por aquí, una línea verde por allá. Otra línea azul, otra amarilla, y en otro lado la línea blanca. Todo ello creó una escritura indescifrable. La Novena tía les pintó incluso la zanahoria y lo hizo con el color verde. Los gemelos ya no parecían seres humanos, y yo era incapaz de decir con certeza lo que estaban viendo mis ojos, ¡eh!...

Cuando el día pedía liberar su luz, les dijo a los gemelos que se levantaran y vieran con sus propios ojos cómo le había extirpado el alma al secretario Ruan.

La Novena tía sacó un papel largo de color amarillo y lo dejó extendido y plano sobre la mesa.

Sacó un par de velas rojas cuyas llamas temblaban. Los ojos de los hermanos desprendían chispas azules.

La Novena tía saltó con energía sobre sus cuerpos. Saltaba hacia arriba y se dejaba caer hasta impactar con su trasero en los cuerpos de los gemelos. Y cuando su culo había presionado con fuerza el cuerpo de los hermanos, la Novena tía dibujó la cabeza de un hombre sobre el papel amarillo.

Y era la cabeza del viejo Ruan.

La Novena tía se deshizo los cabellos y empuñó una espada de doble filo. Escupió un salivajo y mucha espuma, bebió algo de agua con soda y la expulsó de golpe sobre la espada. Luego, sus ojos emitieron unas chispas verdes y canturreó: *Soy la anciana de Lishan³⁹ que ha bajado para pisar el polvo de este mundo... He retomado vigor tras comer los jiaozi... Con todo mi corazón serviré al pueblo..., y ayudaré al Gran Mao y a Mao el Segundo a realizar su venganza...*

Volvió a darle un trago al agua con soda y volvió a lanzarla contra la espada. Luego cortó el papel amarillo donde había dibujado una cabeza

humana y lo partió en dos.

Tras un breve momento... ¡el papel se puso rojo como la sangre!

La Novena tía alzó y la mirada y luego la dejó caer.

Al despertarse, la Novena tía dijo:

—He matado a un diablo nocturno y estoy muerta de cansancio.

Y los gemelos le preguntaron:

—¿Es al secretario Ruan a quien has matado?

La Novena tía respondió:

—Al alba, subiremos a una barca y cruzaremos el río.

XIII

Volví a oír ese podrido desde hace tiempo y que llaman señor Wang contarles a los gemelos una historia de venganza. Tras ser nombrado emperador Zhu Yuanzhang⁴⁰, se prepararon tres comidas al día durante varios días seguidos: hubo *jiaozi* (raviolis), *baozi* (bolos rellenos al vapor), carne de cerdo envuelta en hojas de repollo blanco, tofu de granos de soja grandes en polvo... En fin, cosas todas ellas muy ricas... Pero la gente del pueblo no podía llenarse la barriga con ellas. Había otros asuntos para el buen emperador de Ming, asuntos más serios. Pero ¿de qué asuntos se trataba? Pues manejar a las mujeres y los ministros rufianes que conspiraban contra él. Se contaba que había uno de esos ministros que se llamaba Qian Fei, que era malicioso en sus intenciones y uno de esos tipos que conspiran todo el rato contra alguien. ¡Menuda pieza estaba hecho ese Qian Fei! Era de padre chino y madre americana, tenía un cuello más largo que un *zhang* y en él una nuez que era como un ajo y unas piernas que parecían muelles. Seguramente, debía alimentarse de hierros para ser así. En la barriga se le retorcían los intestinos y la tenía llena de agua, y se encargaba además de buscar esposas al emperador; pero lo que en realidad quería el emperador era una jovencita para satisfacerle sexualmente. Se las buscaba gordas, delgadas, blancas y negras. Le traían un grupo y luego otro grupo. Pero el emperador no les prestaba atención. Todas esas mujeres tenían algún defecto que desagradaba al emperador. Qian Fei vio cómo el emperador fruncía las cejas y ponía cara de no estar muy contento. Parecía incluso ansioso. Se contó que Qian Fei, ese día, estuvo vagabundeando por Beijing. El emperador le había dicho que si no encontraba a la mujer apropiada, le cortaría la cabeza como a un perro. Qian Fei pensó: larga vida al abuelo, larga vida al abuelo; si mi esposa te interesa, te la ofreceré. ¿Dónde se han escondido las putas y las mujerzuelas esclavas de esta ciudad? Qian Fei empezó a darle vueltas al asunto y sus sentimientos se dispararon. Sus dos ojos se llenaron de lágrimas mientras contemplaba el río que fluía calmamente junto a los muros de la ciudad. Pensó: el abuelo no podrá ser feliz durante sus diez mil años de reinado y tampoco morirá feliz. Y justo cuando Qian Fei se tiró al río para acabar con sus días, escuchó de repente la voz de una mujer que provenía de las callejuelas adyacentes. Cantaba de forma clara, aguda y vigorosa, y sus tonos subían y bajaban de forma melódica. La melodía caló en las carnes del cuerpo

de Qian Fei; el cual, mientras avanzaba, dio tres pasos, luego dos y finalmente uno, hasta detenerse frente a la ventana de papel de una casa. Echó un vistazo y..., ¡oh, señor del Cielo!..., no te imaginas lo que vio. Dentro de la casa había una mujer virgen de una belleza sin par. Qian Fei se precipitó hacia dentro de la casa y se presentó ante la joven mujer. Le explicó sobre todo su rango en la corte imperial. Qian Fei pensó que esa mujer podría sin lugar a dudas ser una de las esposas del gran abuelo y se lo propuso a la joven; pero la joven le dijo que nanay. La mujer tampoco quiso darle explicaciones. Qian Fei se puso duro y le dijo a la joven mujer que si se negaba, cogerían a su padre y lo despellejarían vivo. Su padre, que había seguido la conversación, hacía ya rato que estaba arrodillado en el suelo y le suplicaba a su hija que aceptase la oferta del oficial de la corte de Ming. Qian Fei le dijo a la joven que hasta su padre se lo pedía de rodillas. ¿No te animas, mujer?, le dijo Qian Fei. Si no vienes, tu padre va a ir directamente a la piedra para que le quiten la piel. La joven no aceptó finalmente y de su boca salió un olor perfumado que irrumpió violentamente en los orificios de la nariz de los presentes, dejándolos aturdidos. Casi derramando lágrimas, Qian Fei le preguntó:

—¿Qué?... ¿Qué me dices?

La joven había enrojecido y no dijo nada más. Su padre añadió:

—Hija, no puedes esconderte de los imperativos de la corte.

La joven podía despedir nueve tipos de fragancias corporales cada día durante diez minutos que derretirían al más duro de los hombres.

Qian Fei aplaudió el comentario de padre de la joven y dijo:

—Tesoro, tesoro, tú satisfacerás al emperador. —Y luego le preguntó—: ¿Tenéis teléfono en casa?

El viejo contestó:

—Tenemos, y está encima de la mesa.

Qian Fei llamó al emperador y la misma noche se presentó un palanquín en la casa de la joven de los nueve aromas, Jiu Xiang.

Se contó que el emperador fue incapaz de abrir la boca cuando obtuvo a Jiu Xiang y le cogió un amor profundo. No tardó en convertirla en su concubina principal y a la concubina que ocupaba ese puesto la ahogó en el río. La familia de Jiu Xiang recibió todo tipo de honores y riquezas y Qian Fei fue promovido en la corte.

Se contó que, ese día, la joven Jiu Xiang —la de los nueve perfumes— se sentó sobre las piernas del emperador Zhu Yuanzhang y de su trasero salió un

aroma perfumado indescriptible. Al emperador le hizo feliz ese olor que irrumpió en los orificios de su nariz y, ebrio todavía por ese aroma, dijo:

—Bajo el Cielo, no hay otra mujer que se pueda comparar a ti.

Jiu Xiang, que se sentía orgullosa de su aspecto, dijo:

—Su servidora no es aún la mejor bajo el Cielo. —Los ojos de la mujer eran oblicuos y redondos como los de un dragón y brillaban como dos bombillas.

—¿Quién es mejor que tú? Venga, dímelo —le pidió el emperador.

Y Jiu Xiang respondió:

—Mi hermana mayor es mejor que yo.

El emperador le preguntó:

—¿Quién?... ¿Y posee diez fragancias? —Jiu Xiang le dijo que sí, que se trataba de su hermana Shi Xiang.

El emperador se sacó de encima con un empujón a Jiu Xiang e hizo venir a Qian Fei.

Qian Fei vino corriendo, subió al palacio dorado y se arrodilló ante el emperador. Repitió varias veces lo de ¡vida eterna al emperador!, ¡vida eterna al emperador! El emperador ordenó que se le diesen a Qian Fei cuarenta palazos con una tabla de madera. Los llantos de Qian Fei se oyeron en el cielo.

El emperador le dijo:

—Qian Fei, menudo desgraciado estás hecho...

Con tanto maderazo, le levantaron la piel y le dejaron la carne al aire. El emperador volvió a insultarle:

—Qian Fei, menudo desgraciado estás hecho. Has querido engañarme. ¿Acaso has escondido en tu casa a Shi Xiang para gozar tú solo de ella? ¿Y me has dado a mí la menos buena?

Qian Fei no paraba de dar golpes con la cabeza en el suelo y dijo:

—¡Vida eterna al emperador! No, no es cierto que la esté guardando para mí como un tesoro. La hermana de Jiu Xiang se casó hace dos años con su primer ministro...

El emperador se quedó callado; pero no se resignó a hacerse con la mujer de las diez fragancias, Shi Xiang. Ordenó que viniese a caballo desde Bing Shan la esposa del primer ministro. El primer ministro no sabía si le había hecho algo malo y Shi Xiang tampoco sabía qué era lo que quería exactamente el emperador. A los dos les alteró profundamente esa llamada. Una de las tías abrió la luz y dijo:

—Hermana, cuídate mucho. El emperador tiene las ideas muy claras sobre lo que quiere de ti. —El primer ministro lanzó un gemido largo y dolorido, ya que su mujer estaba embarazada. Cuando se despidió de ella, los dos se pusieron a llorar. Le dijo entre llantos:

—Si el emperador decide matarte, tragas este trozo de oro y te suicidas.

Pero lo que hizo Shi Xiang fue ahorcarse en el marco de la puerta. Sin embargo, los hombres del emperador llegaron a tiempo y la llevaron a palacio.

Shi Xiang se convirtió en emperatriz y el hijo que llevaba en su barriga siguió creciendo. Shi Xiang sabía que el emperador tenía un ginecólogo en el palacio que sabía de estos asuntos. Tras inspeccionarla, el ginecólogo supo que el feto no era un dragón y había, sin dudarlo un instante, que cortar las raíces y eliminarlo.

Shi Xiang dijo:

—Ah, mi hijo, mi hijo... Te vengarás de tu padre... Espera otro año... — El niño esperó un año en la barriga de Shi Xiang. Al niño incluso le crecieron los dientes dentro de la barriga de la mujer de los diez perfumes. ¿Quién era ese niño? ¡Pues ni más ni menos que el emperador Yongle⁴¹! Por lo tanto, la mujer del emperador y su hijo usurparon los ríos y las montañas de la familia Zhu. ¡Y esa fue la venganza de la madre!

El señor Wang añadió:

—El emperador era un tipo avaricioso y vicioso. ¿Le interesaba solamente el olor de una mujer? ¿Es que las mujeres son juguetes para los hombres? Diga qué le parece esto, secretario Ruan.

Se contó que el secretario Ruan le dio un bofetón al señor Wang y lo envió a su casa al día siguiente. Pocos días después, el secretario Wang tomó un veneno y se suicidó. ¡Eh!

XIV

Cruzaron el río. Entre las aguas, vimos al padre muerto y el fantasma de la mujer luchando entre ellos. Puta, hijo de perra y otros insultos se pudieron oír sin parar. Ella se enrollaba en el polvo del fondo arenoso del río. Nosotros los apartamos a un lado y nos trasladamos de forma poco ortodoxa a un camino junto al río. Los cuerpos de los gemelos tenían mil colores y atrajeron las miradas de los aldeanos. Esos lugareños eran como ratones y se asustaron precisamente como los ratones. Pero ¿de qué se asustaron? Salieron atrabancados y perdiendo el paso y sin decir nada.

Al acercarnos a la bella residencia del secretario Ruan, vimos a un grupo de milicianos que caminaba ociosamente de un lado a otro. Oímos unas trompetillas y luego una voz: al gran Ruan, que gobernado esta aldea durante cuarenta años, se le destituye de su posición. No se ha cometido ningún crimen, pero privando al pueblo de pescado y carne, ha actuado como un tirano con las mujeres y su alma ha sido poseída por un diablo. Los soldados que protegen su casa deben irse inmediatamente. Vendrá un nuevo secretario y la venganza de los aldeanos se habrá cumplido. La justicia habrá vuelto.

Entramos en el patio grande de la residencia del viejo Ruan y estaba lleno de gente de un lado a otro, llevándose con ellos pimienta, varios miles de ajos, aceite de sésamo y varias telas de satén.

El viejo Ruan estaba sentado en la tabla cuadrada de un taburete y tenía la espalda apoyada en un muro nuevo de una cal blanca como la nieve. Estaba con la cabeza en otro sitio y no decía nada. Ya no le importaba quién estuviese desvalijándole la casa.

Al retirarse la gente, los gemelos aparecieron por una esquina de los muros. Dos tipos altos que eran como monos hicieron su aparición con mil colores sobre sus cuerpos. De esa manera querían asustar al viejo Ruan.

La carne de los gemelos parecía haberse envalentonado.

El viejo Ruan les dijo:

—Hijos, bienvenidos.

—El gran Ruan, el viejo Ruan...

—Ruan, el de la cabeza grande...

—Te busco para hacer justicia.

—Te busco para hacer justicia.

—Tú violaste a nuestra madre.

—Tú ejecutaste a nuestra madre de un tiro.

—Nosotros, nosotros queremos vengarnos.

El viejo Ruan alzó su gran cabeza y lanzó un suspiro largo. Luego dijo:

—Pero, hijos, ¿qué me vais a hacer?

Los gemelos se miraron el uno al otro sin ser capaces de decidirse.

Los dos hombres estuvieron consultándose un buen rato y luego, con muchas dudas, dijeron:

—Queremos cortarte las piernas.

—Vale, vale, vale... Dos hermanos, pero una misma voluntad. ¡Unidos! Y que se cuentan las cosas... —dijo de manera educada el viejo Ruan.

El Gran Mao cogió el hacha que colgaba de uno de los muros y Mao el Segundo se fue a la cocina y sacó una tabla de madera.

Ellos dos llevaban el hacha y la tabla de madera como niños que obedecen una orden.

El viejo Ruan se sentó sobre el suelo y encendió un cigarrillo. Le dio una calada, expulsó una bocanada de humo al aire y puso sus piernas sobre la tabla de madera. Luego le pusieron una madera en la boca. El viejo Ruan pudo decir todavía:

—Hijos, mirad a este viejo representar sus acrobacias... —Por la oreja izquierda del viejo Ruan salió un humo blanco.

—¡Qué maravilla!... —dijeron al unísono el Gran Mao y Mao el Segundo.

—¡Qué curioso!... —dijeron al unísono Mao el Segundo y el Gran Mao.

—¡Él tiene un agujero en los oídos! —les grité yo.

—No os distraigáis, ¿quién corta primero? —preguntó el viejo Ruan.

Los dos hermanos se empujaron mutuamente. Yo no, tú.

—¡Idiotas! No he parido lobos o tigres. ¡Eso está claro! ¡He traído a este mundo a un par de cobardes! —les dijo el viejo Ruan a los gemelos, mientras observaba el hacha que estaba apoyada en la tabla. Y haciendo un movimiento, añadió—: Id a la ventana y coged el lápiz y la regla.

Los gemelos obedecieron como unos niños pequeños las órdenes del viejo Ruan.

Una vez con la regla en las manos, el viejo Ruan la puso sobre sus dos rodillas y dibujó una línea de un *chi* sobre ellas. Dijo:

—Cortad por aquí. Más corto o más largo y nadie podrá decirme que soy un ser humano.

El viejo Ruan midió sus piernas a ojo de buen cubero. El hacha le cortó primero la pierna izquierda, la cual fue inmediatamente puesta a un lado de su

cuerpo. La piel y la carne que habían quedado en el lugar de la pierna se tensaron de golpe y se encogieron. Luego vino otro hachazo, y otro, y otro, hasta que se pudo cortar la pierna derecha del viejo Ruan, que pusieron inmediatamente junto a la otra pierna. Las dos piernas se agitaban como dos Han totalmente borrachos.

—¿Qué queréis más, hijos? —Las dos piernas del viejo Ruan se habían quedado clavadas en el suelo como un par de estacas. Las dos chorreaban innumerables gotas de sangre. Al viejo Ruan se le había quedado la cara del mismo color que la cera y por ella caían gotas de sudor.

Los gemelos —que eran individuos que nunca decían que no— retrocedieron unos pasos.

—¡Salid corriendo con vuestras propias piernas! —dijo el viejo Ruan.

Y los dos hermanos salieron corriendo.

No sé cuántos años y meses después, cuando yo paseaba por la aldea y el aire de la primavera circulaba con todo su ímpetu por la calle, oí cantar a alguien con una voz clara e intensa.

En la calle había un loco sin piernas que estaba mendigando y pedía algo para comer. La gente que pasaba a su alrededor se lo quedaba mirando.

Tenía la cara chupada y huesuda, pero conservaba todavía vestigios de una complexión pasada fuerte y resistente. De sus ojos salían unas legañas amarillas que se mezclaban con una mirada amenazante. Tenía atadas en los muñones de sus rodillas unas pieles negras y se trasladaba apoyándose con un par de palos que sujetaba con sus dos manos. Esos dos palos eran sus nuevas piernas y eran muy cortos.

El hombre canturreaba: Mis tías de buen corazón, qué pena, qué pena que ya no tengo piernas...

Se decía que ese hombre aullaba mientras cantaba. Y a pesar de que su canción provocaba compasión y pena, todo el mundo quería matarlo, aunque no lo expresase públicamente. Yo ya había muerto hacía tiempo y me daba igual lo que pudiese decir ese pobre hombre; pero los comentarios y los sentimientos de esa gente me perturbaban.

Hubo una mujer de edad avanzada que caminaba con un bol de arroz en las manos. Caminaba de forma inestable cuando se acercó al mendigo y le dio el bol. Y como un Buda, le dijo al pordiosero mutilado:

—Me das pena. Ten y come, anda...

El hombre sin piernas alzó la cabeza y sus labios esbozaron una sonrisa amarga.

La anciana le dijo:

—Ah..., ¿todavía puedes sonreír?

Al mendigo se le enfrió de golpe la sonrisa y la anciana se puso a temblar, se giró y se fue con el paso acelerado. Oyó que el hombre le decía desde atrás:

—Jiao Xing...

No eran muchos los hombres que sabían que esa mujer se llamaba Jiao Xing (el «albaricoque tierno y sabroso»), pero los hombres que lo sabían temblaron de miedo al oírla hablar al mendigo. La anciana se quedó rígida como una estatua y ni siquiera se le movían las órbitas de los ojos.

—Jiao Xing, coge este bol y se lo das a los perros...—dijo el mendigo apartando el bol con uno de los palos que llevaba en la mano. Preguntó—: ¿Qué día es hoy?

—Es, ah... Hoy es el Festival de la Comida Fría⁴², el festival de los fantasmas... El día que todos los fantasmas vuelven a la vida...

La anciana salió corriendo como el viento...

En aquellos días, ella era en realidad un albaricoque tierno y en el punto justo para comer, con un culito redondo, lleno y bien formado, unos pechos firmes y puntiagudos, unos pezones rojos que podían competir con los dátiles rojos...

El viejo mendigo todavía se acordaba, ya que los niños pegaban sus oídos a esas historias. El viejo se fue y los niños le arrojaron piedras.

Loco... Loco... Eres un viejo loco...

El Festival de la Comida Fría, ¡eh!... Los sauces rojos brotaban y encaraban el sol y el viento que los acariciaba. Las jovencitas y las gordas solteronas con unas mejillas como melocotones se balanceaban en los columpios. Los niños salían a los campos de hierba para airearse.

Miré las caras de las cometas que volaban en el aire y pellizqué el pecho de una de esas jovencitas... Cuando me metí en el colegio y vi las mejillas rojas de la maestra Mei —la cual estaba durmiendo plácidamente— no pude resistirlo y la abracé con todas mis fuerzas. Le quité la ropa y retiré la almohada. Descubrí un par de condones y los inflé como unos globos, los anudé y los solté para que el viento de la primavera se los llevase con él. Cada noche, las familias se azoraban y se ponían a comentar la historia de venganza del hombre sin piernas.

Decían que hacía mucho, pero que mucho tiempo, en la antigüedad remota, había en la aldea unos gemelos que practicaban el arte de ponerse

rígidos...

Decían que hacía mucho, pero mucho tiempo, en la antigüedad remota, había unos gemelos que sabían magia y que llevaron a cabo su venganza en la aldea...

Decían que los gemelos se metieron en los juncos y las cañas sujetos de la mano y cantando para que todo el mundo los oyese...

Decían que detrás del cañaveral había un muro de cal blanca y que en ese muro había rastros de sangre y pus. Había también varios dibujos caóticos. Había también quienes decían que había un huso.

Una noche particularmente oscura, las familias escucharon de la boca de un anciano la historia de la venganza.

Yo hace tiempo que he muerto y por eso te prevengo: los vivos serán siempre observados por los muertos.

**El quinto sueño:
La llegada poco después de la Segunda
tía**

I

Cuando el arcoíris aparecía en el cielo, a nosotros nos daba por pensar en ese proverbio terrible: «La niebla de arcoíris del este revela la lluvia del arcoíris del oeste; el arcoíris del sur recibe en cambio el repollo blanco, pero el arcoíris del norte es mortífero y asesina con eficacia». El arcoíris del norte había aparecido, por lo tanto, en el arcoíris de las tierras del norte; y la aparición a principios del año del arcoíris del norte revela inexorablemente que va a haber una matanza de gente. Durante el otoño de ese año, el arcoíris del norte apareció en el *xiang* de Dongbei en Gaomi. Ese año y el arcoíris del norte iban a estar estrechamente unidos porque el destino así lo había dictado. El arcoíris del norte fue la marca asombrosa de ese año. El *xiang* de Dongbei en Gaomi durante ese año también iba a estar íntimamente unido a los dos hijos de la Segunda tía. La historia del distrito de Dongbei en Gaomi fue escrita con sangre recién salida del cuerpo por los dos hijos de la Segunda tía. Uno de los hijos de la Segunda tía clamó al Cielo (y por eso le llamaron Cielo) y el otro a la Tierra (y por eso le llamaron Tierra). Aún hoy no tenemos claro si fue por la gran Tierra o el gran Cielo que los dos se peleaban.

Cuando el Cielo y la Tierra entraron en la aldea, las nubes negras cubrían el cielo de una tarde plácida. En ese momento preciso, los aldeanos se habían reunido en las calles y encaraban las tierras del norte, ya que contemplaban, estupefactos, el arcoíris multicolor que había aparecido ante sus ojos.

II

Cielo llevaba ropa hecha con una tela de color negro; Tierra llevaba ropa de color blanco y kaki. Cielo llevaba en su cinturón una pistola Mauser de fabricación alemana (la C96) y Tierra llevaba colgado del cuello un rifle de fabricación rusa (el MP18). Cielo era alto y grande, con el cabello dorado, los labios rojos y unos ojos azules que parecían derramar gotas de tinta azul. Tierra era bajo y pequeño, cheposo, y con ninguno de sus cinco sentidos en su sitio. Tenía además los dientes amarillos. Uno estirado y valiente, y el otro contrahecho y rústico. Esas eran las características que los diferenciaban. La juventud era, sin embargo, la característica que los unía.

A los aldeanos, en realidad, les preocupó el arcoíris. Uno tras uno, y en fila india, pasaron sobre el puente. El río se orientaba del este al oeste y el puente del norte al sur. Había una torre con una entrada enorme al otro lado del puente que había sido construida hacía muchísimos años. A través de ella se podía entrar en la aldea y era el único camino para hacerlo desde el río. Cielo y Tierra se dirigieron al arcoíris del norte y la gente creyó que salían precisamente de él.

Sin dudarlo, ellos se acercaron al gran abuelo —el gran *laoye*—; el cual no solo era un jefe del clan, sino que también era el jefe de la aldea. De su barbilla había crecido una barba cuyos pelos eran como los alambres.

—Vosotros dos... —les dio la bienvenida el gran abuelo—, vosotros dos... ¿De dónde habéis salido?...

Cielo y Tierra se miraron el uno al otro, y parecía que se intercambiaban información con los ojos. Los aldeanos miraron con desconfianza a esos dos tipos. Cielo sacó de su bolsillo una fotografía que había amarilleado y se la dio al gran abuelo. Le preguntó:

—¿La conoces?

Tierra dijo con determinación:

—¡Tú eres ciertamente nuestro abuelo materno!

Tanto Cielo como Tierra llevaban unos guantes blancos de seda que llamaban particularmente la atención.

El gran abuelo se quedó mirando la imagen difusa que había en la fotografía y tartamudeó algo, pero sin llegar a definirlo en palabras claras.

Cielo dijo:

—¿No me digas que no reconoces a tu propia sobrina?

Tierra dijo:

—¡Vosotros habéis forzado a mi madre!

El gran abuelo dijo sorprendido:

—¿Sois vosotros dos sus hijos?... ¿Los de la segunda chica?

—Sí, yo soy su hijo y me llamo Cielo.

—Sí, yo soy su hijo y me llamo Tierra.

El gran abuelo miró la pistola Mauser que Cielo llevaba en su cintura y el rifle que Tierra tenía colgado de su cuello y se sintió intimidado. Forzando una sonrisa, dijo:

—¡Ay, ay!... ¡Sois mis dos nietos que habéis venido a verme! ¡Qué alegría! ¿Y vuestra madre? ¿Cómo está?

Cielo y Tierra contestaron al mismo tiempo:

—Viene detrás.

III

Nuestro padre —que era un sabio— nos dijo: ese año, yo tenía quince años y medio —una edad bastante curiosa y convulsa para un hombre—, cuando oí hablar de los dos hijos de vuestra tía abuela paterna... Mis dos primos me contaron esas noticias...; y, excitado, me puse a temblar de los pies a la cabeza. No tengo muy claras cuáles fueron las razones ni quién lo dijo, pero nosotros —ese clan del *xiang* de Dongbei en Gaomi de corta pero intensa vida— ya habíamos tomado el camino de descenso. Es decir, nuestra decadencia inexorable ya se había iniciado. Mis dieciséis tíos parieron cuarenta niñas. Niños, solo quedamos cuatro y, salvo yo —a quien consideraban un hijo inteligente—, los otros tres eran considerados medio tontos. De Gao (el de «la moral elevada»), que era el hijo del Octavo tío, era mudo y tenía los ojos amarillos. El hijo del Segundo tío, De Zhong (el de «la moral seria»), nació ciego ya que así lo quiso el destino. El hijo del Undécimo tío, De Qiang (el de «la moral fuerte»), cogió unas fiebres a los trece años que le dejaron imbécil para el resto de su vida y decidió no vestirse nunca más. La Undécima tía le compraba ropa y él la destrozaba. Al contrario, las cuarenta niñas eran todas delicadas como flores de jade y muy inteligentes y despiertas.

Las jóvenes solteras del *xiang* de Dongbei en Gaomi que mandaban en sus propias casas no estaban mal incluso cuando las examinabas una a una, y su fama había llegado al nivel de la prefectura. Las hijas de nuestro clan familiar eran numerosas: Mudan (la «peonía de China»), Yueji (la «rosa china»), Qiangwei (la «rosa vagabunda»), Shaoyao (la «rosa sin espinas»), Meigui (la «rosa vulgar»), Lanhua (la «orquídea»), Guihua (el «osmato oloroso»), Juhua (el «crisantemo»)... Todas ellas tenían nombres de flores y la lista de flores parecía no acabar nunca en nuestra familia... En nuestra familia había la mitad del «jardín de las cien flores». Esa era la razón por la cual, si bien en nuestro clan yo no podía ser comparado con esa joya de Jia Baoyu de la novela *El sueño del pabellón rojo*⁴³, sí que tenía eso que se llama tener al diablo en el cuerpo. Pasé junto a mis hermanas varios años y, aunque eran todas ellas unos seres inmortales, aburrían a cualquiera. Oí que se acercaban los dos hermanos y yo temblaba de los pies a la cabeza.

El gran abuelo tenía siete hermanos que eran de su misma generación y tenían la reputación de ser «siete tigres». Ya he contado cada una de sus

historias. Tal vez esperaba a que yo contase las historias de los hermanos y volver a cambiar el sentido de la Historia antigua, la de nuestros ancestros. O sacar sus pieles de tigre y agitarlas ante los hombres de este mundo para que las aprecien en su justa medida... Solo lo que sucederá en el futuro podrá decírmelo. Parecido a un árbol, dividido en numerosas ramas, así era nuestro clan familiar. Bien que los días son únicos, debido a mi posición particular, yo siempre tuve un trato de privilegio en el clan familiar. Incluso si el hijo y nieto de mi padre y mi gran abuelo respectivamente se liaban a golpes durante diez minutos, yo volvía, tras esos diez minutos, a la casa de mi gran abuelo. Mi abuela sacaba un plato con raíces de las hierbas de Lalang⁴⁴ y me las ofrecía como comida. En el clan familiar, yo siempre tenía un trato preferencial. Esas raíces de las hierbas de Lalang —las raíces de cisca— suponían el plato tradicional de mi clan. El tema de la tradición era un asunto espinoso en mi familia y nadie tenía en realidad muy claro lo que ello significaba, ni cuál era su contenido. Yo nunca he querido hablar sobre ese tema.

Cuando me llegaron noticias de los dos hermanos, llevaba ya en mis manos la lámpara, porque me proponía tomar mi cena. A pesar de la obstrucción de mis padres, el aroma a lilas y flores de melocotón llegó hasta la casa del gran abuelo. En esa época, nuestro clan familiar estaba dividido en varias unidades independientes entre sí, pero siguieron viviendo juntos en un par de callejuelas, ya que deseaban recibir la bendición y protección de los ancestros y otro tipo de influencias. Cinco de los hermanos del gran abuelo habían muerto ya debido a las guerras y las enfermedades. Los dos que todavía quedaban en vida eran el más viejo y el más joven... La ley de la muerte es fascinante. La Segunda tía era la hija del Tercer abuelo. Al morir el Tercer abuelo, mis dos primos —como era de esperar— se quedaron en la casa del gran abuelo (el mayor de mis abuelos).

Salí corriendo hacia la calle y oí decir que los perros de mi familia se habían vuelto locos y no paraban de ladrar. Los hombres, que ya de por sí estaban asustados con el arcoíris del norte, desaparecieron sin dejar rastro. Pero en el norte seguía —al igual que antes— el arcoíris con su gama variada de colores. Parecía sangre disuelta en agua. Unos cuantos hombres caminaban confusamente hacia delante. Y aunque no podía ver con claridad sus caras, sí que podía en cambio oler el aliento a hierba podrida que desprendían sus bocas. Esa era la prueba de que esa gente pertenecía a

nuestro clan y eran los que vivían junto al puente del río. Eran el Octavo tío y el Sexto tío, y algún otro tío más joven que yo no llegaba a reconocer.

Dejé de correr y me detuve justo cuando llegué a la entrada de la casa del gran abuelo. Jadeé y me sentí débil. Luego saqué de mi bolsillo varias raíces, de varios tamaños, de hierbas de la cisca de Lalang, que eran rojas como las llamas del fuego, y me llené la boca con ellas. La entrada del gran abuelo — que tenía más de un piso— estaba cubierta con unas tejas, bajo las cuales colgaba una lámpara que desprendía una luz amarilla y brillante que me iluminaba la cara y la boca —esta última no paraba de masticar una y otra vez las raíces de la cisca—. Esa noche, la entrada a la casa del gran abuelo estaba cerrada y cubierta. En los muros había pintura descascarillada debido al impacto de varios cañonazos. Para protegerse, el gran abuelo construyó en el patio de su casa una especie de fortificación militar. Los muros del patio, los muros de la casa, los muros con imágenes, incluso los muros de las letrinas, todos tenían impactos de balas y cañonazos. La gran abuela y el gran abuelo se defendían en ese patio con uñas y dientes. Se hicieron incluso unos cañones cada uno y cinco pistolas muy caseras de diferentes tamaños. Llegaron a forjar hasta un arcabuz. Ciertamente, en mis recuerdos, ese tipo de refriegas no sucedió nunca. La única batalla que se produjo veinte años atrás tuvo un vínculo íntimo con mi Segunda tía. Esa batalla supuso, en un primer momento, una desgracia y una humillación enormes para todo nuestro clan. Luego se convirtió en el orgullo de nuestro clan. Al fin y al cabo, fueron las amas de casa del distrito de Dongbei en Gaomi las que plantaron cara a los bandidos de la zona, y lo hicieron con agallas y mucho heroísmo. Esas mujeres no eran unas cualquiera y en nuestro clan no aparecieron de la noche a la mañana. Mi heroica Segunda tía se convirtió en una leyenda. Las luchas que ella organizó se convirtieron en el tema de conversación de nuestros momentos de ocio. Sus dos hijos raritos se plantaron de repente ante nosotros y parecían haber caído del cielo y haberse levantado en medio del arcoíris del norte, que había enrojecido como la sangre. Y no solo aparecieron así, sino que su madre los seguía detrás... La Segunda tía —nuestra tía— iba detrás de su madre. Con estos comentarios ociosos, mi excitación era simplemente necesaria. Sí, necesaria.

El cañón cubierto de manchas rojizas de robín, que salía como una extensión del centro del carácter chino de la prosperidad que había en el muro, proyectaba una sombra que perforaba el jarrón que estaba junto al muro. El cañón apuntaba al cielo, y parecía estar en una situación

inconfortable. La luz de la lamparilla que había en el centro de la sala de la casa resaltaba el verdor de las hojas afiladas de las adelfas que salían del jarrón. Un par de mariposas nocturnas azules revoloteaba junto a las campanillas de las flores de las adelfas y agitaba sus alas con elegancia. Se posaban ocasionalmente sobre las hojas verdes de las adelfas y parecía como si miles de hojas azules se hubiesen puesto a bailar al mismo tiempo. Era en realidad como si los tallos hubiesen salido del suelo y las hojas hubiesen salido más tarde para coronarlos. Más que hojas, parecían miles de alas de mariposas y el dolor de los hombres se escapaba volando hacia los árboles. El perro amarillo y viejo de la casa del gran abuelo, que apenas podía caminar, era amigo mío desde la infancia. Una noche, sin venir a cuento, se me puso a ladrar como si yo fuera un ladrón. A mí me indignaron sus ladridos, que eran los de un perro viejo y cansado. Más que ladridos, parecían toses. Intentaban ganar autoridad, pero no lo conseguían.

La sala central de la casa del gran abuelo era espaciosa y fue en su origen la gran sala donde el clan discutía sus asuntos. Había varias decenas de sillas del emperador⁴⁵ que rodeaban una mesa cuadrada de madera de catalpa. Los cuatro lados de la mesa coincidían con las cuatro paredes de la habitación. También había un banco largo y estrecho. En pared del norte colgaba una de esas pinturas que son como pergaminos desenrollados. Debajo de esa pintura había un par de velas rojas como la sangre que eran de grasa de cabra. Las llamas de esas velas no paraban de agitarse. El rostro del ancestro que estaba sobre la pintura tampoco paraba de agitarse. Esa figura humana parecía estar murmurando algo a nuestros oídos.

En medio de esa sala estaban sentados mi gran abuelo —el gran *laoye*—, mi gran abuela, el Séptimo abuelo —el Séptimo *laoye*— y la Séptima abuela. De los dieciséis primos, solo faltaban mi padre y el Undécimo tío. Algunas tías vinieron y otras no. Y de las que vinieron, algunas no tardaron en irse. De mis tres primos por parte de mi padre, solo faltaba el imbécil de De Qiang. El mudo De Gao estaba presente, así como el ciego De Zhong. Me precipité a la sala de la casa y con un tono de voz mandón e infantil, aullé:

—¿Dónde están mis otros primos, los de la parte de mi madre?

La atmosfera solemne de la sala me asustó. El gran abuelo, la gran abuela, el Séptimo abuelo y la Séptima abuela estaban sentados en las sillas imperiales. Los tíos (tanto los de la parte de la madre como los del padre), así como las tías, se sentaron en el banco junto a la pared. El ciego De Zhong se dejó caer a un lado de la pared y se guiaba con un bastón que sujetaban sus

dos manos, y sus dos orejas, que eran como radares, le ayudaban a orientarse en la habitación. El mudo De Gao se quedó a lado del ciego De Zhong y sus dos cabezas —redondas como eran— parecían un par de tambores. Sus ojos desprendían una luz amarilla encantadora. De Qiang (mi nombre) era inteligente y muy sensible; pero se mostró nervioso nada más entrar a la sala y enfrió el ambiente del lugar de golpe. De Qiang se encerró en sí mismo como se cierran las ostras. Se sintió observado y buscó el calor de sus otros primos. Yo, por mi parte, busqué un sitio entre el ciego y el mudo. El ciego se apoyaba en su bastón para no perder el equilibrio y a su izquierda estaba el mudo y al derecha yo mismo. El ciego parecía un militar retirado y yo su escolta. No fue necesario presentarse, ya que conocía a los dos primos. Los dos se sentaron finalmente en un par de asientos imperiales del color rojo púrpura de las ciruelas, justo en frente del gran abuelo y del Séptimo abuelo. Todos se quedaron mirándolos y parecía que ninguno de los hombres del clan se esperaba la presencia de los primos.

Todos sabíamos que la gran abuela era la mujer más tacaña del mundo y sabía con certeza que el dinero con el que podía comprar un pedazo de carne de buey le iba a servir para comprar dos pedazos de carne de pollo y unas gambas. Además, se las apañaba con cualquier cosa para hacer un banquete con tal de no gastar mucho dinero. Así que sirvió unos huevos, un pollo asado bastante escuchimizado, una salsa de pescado y ajos, unas gambitas, unas tortas, y carne de oveja con cebollines verdes largos. Esa fue la comida que la gran abuela sirvió en la mesa cuadrada. Simplemente, era una marranada como nunca antes se había producido. Los dos primos actuaban como si no estuvieran delante de nadie y se pusieron a devorar la comida como lobos hambrientos. ¡Cierto! Mis primos eran unos auténticos hijos de puta que se encontraban por primera vez en esa situación, y había además un botellín con licor de sorgo y un par de cuencos envueltos en una piel verde. El primo de los cabellos dorados y los ojos azules cogió la cabeza del pollo con la mano izquierda, y con la mano derecha una torta con cebollines. La torta no le distraía en realidad de la cabeza del pollo, la cual chorreaba un aceite que no quería perderse por nada del mundo. Ese aceite daba lustro a los labios del primo y estos parecían teñirse con el rojo albaricoque, o como el de las cerezas tiernas. Eso era lo que se denomina «la cara como cubierta de polvos y los labios pintados de rojo», y se podía aplicar al retrato de ese primo (que era el mayor). Mi segundo primo devoraba la comida con el mismo apetito y le daba tragos al licor de sorgo sin ningún complejo. Por su

boca no paraba de entrar comida y sus mejillas se hinchaban. Pude ver cómo la comida pasaba por la garganta, pero no vi los dientes masticándola previamente. Lo cierto es que tenía la boca llena de comida (huevos, pescado, pollo, ajos, cebollines verdes y tortas) todo el tiempo y por eso no se le veían los dientes, digo yo. Toda esa comida, por lo demás, se le salía de la boca porque no le cabía dentro.

Gradualmente, un sudor brillante hizo su aparición en las frentes de los dos primos. Y, gradualmente, la comida que había sido servida en la mesa desapareció. Sus cabezas parecían hierros galvanizados. Se quitaron la ropa y se quedaron solamente con una camiseta blanca fina y ancha encima que mostraba los pelos amarillos del primo más joven y los pelos negros del segundo primo. En nuestro clan —el clan de los masticadores de cisca del *xiang* de Dongbei en Gaomi—, las armas —esos símbolos de la muerte y la dignidad en nuestras tierras— las armas se tomaban muy en serio, y por eso seguían en la cintura del primer primo y en el cuello del segundo primo. En Dongbei, nuestra gente amaba las armas como a sus colegas. Unos ejemplos de un amor muy marcado por las armas podían verse en la Tercera abuela o en el Quinto abuelo, que eran incapaces de sentarse en la mesa a comer algo sin sus armas al lado. Otra explicación sería la siguiente: esos dos primos, sentados los dos frente a mi abuelo materno, mi abuela materna, los tíos maternos, las tías, los otros primos, mantenían una actitud de desconfianza, por consiguiente, un alto nivel de alerta. Así se habían quedado y sus ojos miraban los platos vacíos, los huesos del pollo y otros restos que habían quedado sobre la mesa. El primer primo —con una actitud serena e imperturbable— se puso a limpiarse los dientes con un palillo. Al segundo primo (el más joven) se le había quedado la boca llena de pielecillas del pollo, pero parecía no importarle. El fusil ruso le colgaba del cuello —un cuello que parecía, así desnudo, más largo y más delgado—. El segundo primo no soltaba su arma y la apretaba con fuerza, por si debía utilizarla de un momento a otro. El cañón apuntaba hacia el cielo y parecía pertenecer a un arma que era casi nueva, a pesar de que se notaba que había sido utilizada más de una vez, ya que tenía ciertos tonos verdes y azules en la superficie. Mi primo le sacaba brillo cada día de tanto limpiarla. El Octavo tío era conocido por ser un experto en armas y con la expresión de su cara le decía a mi segundo primo que con ese juguete iba bien armado y podía hacer mucho daño. Incluso yo me había dado cuenta de ello. Eos dos tipos no eran buena gente. Sí, esos dos primos no eran tipos en los que uno podía confiar, ni gente

con la que era fácil tratar. Y a pesar de que uno de mis primos no enseñaba nunca su pistola alemana en público, a nadie en el distrito de Dongbei en Gaomi le era desconocido ese artilugio. Todo el mundo sabía que mi primo poseía esa Mauser. Como sabían que mi primo se divertía con su rifle con teleobjetivo y sus granadas de mano, así como con su fusil revólver Colt. Todas esas armas eran similares y para utilizarlas se necesitaba mucho conocimiento. Y, por supuesto, mi primo se sentía orgulloso por saber utilizarlas y ello le hizo chulo y arrogante. Las velas apenas desprendían una luz tenue y débil, y lo hacían de esa manera porque a las velas ya les quedaba muy poca mecha y estaba ahogada con la cera derretida. Mi gran abuela cogió unas tijeras y cortó algo de cera para dejar más mecha consumiéndose con la llama del fuego. La luz aumentó inmediatamente su intensidad y a mis primos se les ensanchó de golpe su campo de visión. En ese momento, en la cara del mayor de los primos se dibujó como por arte de magia una sonrisa dorada que tenía un encanto y un atractivo totales. Parecía haber atrapado por completo mi alma.

Al fin y al cabo, uno podía siempre contar con la gran abuela —esa tacaña, pero sabia mujer— para salir de un punto muerto y alargó una bandeja de madera laqueada en negro con un par de haces de pasto de limón. Ninguno de los miembros del clan de los herbívoros del *xiang* de Dongbei en Gaomi ha tenido nunca un problema con sus dientes. Ni se les han picado ni se les han podrido por dentro. Y ello gracias a que han masticado la cisca y les ha prevenido de esos problemas. Todos los miembros de mi clan tenían los dientes blancos y fuertes y ello fue debido a la cisca. Ese ha sido siempre el gran orgullo de nuestro clan de herbívoros. La fibra de la cisca es fina y dulce como un jarabe, aclara la garganta y los pulmones. La naturaleza la posee en abundancia y sus raíces se pueden encontrar cavando en cada *cun* del *xiang* de Dongbei en Gaomi. La abuela les acercó a los primos, por lo tanto, un par de haces de una cisca de un tono amarillo pálido pero con un aroma intenso. Esos manojos de cisca los había preparado la gran abuela en persona y no todo el mundo —al menos el común de los mortales— tenía la fortuna de poder recibir algo así en sus vidas. Esos manojos estaban hechos de la siguiente manera: raíces de cisca de principios de la primavera cubiertas y bien protegidas por una piel dura y gruesa, todas ellas bien lavadas y secadas al sol, hasta dejarlas blancas como unos fideos finos. Luego los manojos se cortan bien para unificar su tamaño y son puestos inmediatamente en agua con sal para que queden bien empapados. Se sacan del agua, se dejan secar

un rato y luego los empapas con un aguardiente. Finalmente, los asas a fuego lento sobre unas tejas de barro hasta que cambian de color y amarillean. Esa es la manera como mi clan prepara la cisca; pero cada una de las familias tiene un estilo diferente de prepararla. Lo que es una delicia es que siempre sabe igual. Para los hombres y mujeres de mi clan, la manera de preparar la cisca de la gran abuela era, sin lugar a dudas, la mejor de las maneras. Su cisca era insuperable y así era reconocido públicamente. Comí varias veces la cisca de mi gran abuela y debo decir que esa anciana tacaña y sabia cocinaba un plato como no se veían bajo el Cielo. El olor a licor, la dulzura de su gusto con algunos trazos de amargor, la fineza de la textura eran únicos. Y ello era debido a que la gran abuela controlaba el fuego y, por lo tanto, la cocción de la cisca. La asaba, pero no la dejaba demasiado blanda. La fibra se sentía en la boca y era flexible y dura; pero podía aún deshacerse una vez dentro de la boca, y masticarla era una auténtica delicia y una alegría suprema⁴⁶.

La gran abuela les entregó la cisca como quien ofrece un regalo; pero en realidad no era más que una manera de ponerlos a prueba, ya que sabía lo importante que era para ellos comer esa cisca de Lalang. Por consiguiente, si te invita a comer la cisca y lo aceptas, tu identidad auténtica se revelará ante sus ojos, así como tu verdadera filiación familiar y, finalmente, la gente se pondrá a hablar. Fue así que pude oír el bello acento de la lengua que hablaban mis primos.

—Por favor, comed esta cisca... —dijo de manera siniestra la gran abuela—. Comed esta cisca, vosotros, mis dos nietos...

—¿Qué?... ¿Comer cisca, dice?... —dijo indignado, y sujetando con fuerza su arma, el segundo primo—. Dice que comamos esos hierbajos... Pero ¿acaso nos toma por vacas o qué?

El más viejo de mis primos cogió con sus dos manos uno de esos manojos de cisca y se lo puso ante los ojos para mirarlo de cerca. El olor de la cisca irrumpió inmediatamente en los orificios de su nariz y mi primo puso una expresión facial que era, por una parte, similar a la de esos médicos pedantes, y por otra, la de un ser endiabrado. Finalmente, sacó una de las raíces de la cisca y se la metió entre los dientes y *¡ñam!, ¡ñam!* —se puso a masticarla—. Y poco después: *¡puaj, puaj!*... —la escupió—. Con una sonrisa en los labios, preguntó:

—Pero ¿por qué quiere que coma esta hierba asquerosa, abuela?

La gran abuela se quedó mirando al gran abuelo, y el gran abuelo se quedó mirando al Séptimo tío. Y esos viejos se quedaron mirando a la joven

generación que estaba a su alrededor. O mejor dicho, se quedaron mirando con unos ojos llenos de suspicacia las caras mofletudas de esos dos jóvenes. Todo el mundo llegó a la misma conclusión: esos dos son unos farsantes que se hacen pasar por los nietos de la gran abuela y por miembros del clan de los masticadores de cisca. Ahora quieren pasar por los hijos de la Segunda tía porque se llevan algo entre manos. A nosotros no nos quedaba ya más tiempo para pensar en este asunto.

El gran abuelo se pronunció con solemnidad:

—Vuestra madre no me ha dicho nada acerca de vosotros.

Los primos se miraron mutuamente y sacudieron sus cabezas.

—¿Cuándo regresará ella? —preguntó el gran abuelo, apuntando con el dedo a una mujer. Esa mujer era, por supuesto, la Segunda tía, que pasaba por ser una rebelde en mi clan familiar. Pero mis dos primos no comprendían nada... Quizá no comprendían nada..., o fingían no comprender nada...

—¿Quién es esa mujer?... —preguntó sonriendo el mayor de los primos.

—¡Pues esta mujer es vuestra madre! ¿Es que no lo veis? —gritó con furia el gran abuelo—. ¡Decídmelo! ¿Cuándo volverá? ¿Para qué os ha enviado aquí? ¡Decídmelo!

De repente se oyó un disparo en la sala. El que disparó fue mi segundo primo, que estaba sentado frente a la mesa y parecía una estatua, ya que no se le movía un solo pelo. Se le había quedado dibujada en su rostro una sonrisa maliciosa. Nosotros contemplamos cómo las gloriosas y refulgentes, casi cristalinas, balas de mi primo cruzaban el espacio interior de la sala. Después escuché un disparo claro y contundente, una detonación aguda que me pilló desprevenido y me dejó sordo. La imagen y el sonido casi se produjeron al mismo tiempo. Disparó y se sentó con toda naturalidad, como sintiendo que lo que había hecho era de una gran generosidad. ¿Quién no vio que con la velocidad de un rayo apuntó con el arma a la cabeza de mi gran abuelo y que con la misma rapidez la retiró y bajó el cañón?... Y de cualquier manera apuntó con su dedo al techo... El arma parecía un bebé —o mejor dicho, su bebé—, con sus dos ojos, sus cinco miembros y la boca bien cerrada. Del cañón salía —formando una espiral— un humo blanco que se debilitaba en lo alto para acabar cayendo sobre nuestras cabezas, y luego, a nuestras caras y el cuerpo del segundo primo... Él limpió su arma con un papel y luego le pasó otro papel verde y humedecido con aceite y le sacó brillo.

Inundando la sala entera, penetró en nuestro corazón y en nuestros pulmones ese olor único a sangre de ese viejo, extraño y desalmado miembro

de nuestro clan —el clan de los masticadores de cisca—, que era el gran abuelo. Salvo el mudo De Gao, todos los demás oímos decir al mayor de los primos:

—Ella... vendrá... luego...

Esa era, sin lugar a dudas, una declaración solemne, pero también era una advertencia o una llamada al orden que hasta los sordos podían haberla oído. De la boca del mayor de los primos, yo pude escuchar el último juicio contra el clan de los masticadores de cisca. Parecía una vida igual de dulce y confortable que el jarabe que estaba a punto de terminarse, o una época llena de miedo y decepciones, o el inicio de una época de desilusión que la gente odiará, o tal vez dijo: el prólogo a esta época ya ha empezado.

IV

La Segunda tía de mi padre..., nuestra Segunda tía... ¿Cómo era finalmente?... Nadie en el clan de los masticadores de cisca lo tenía claro. Ni siquiera las generaciones más jóvenes... Nadie dijo que ella había montado sobre el caballo negro...; pero en nuestras cabezas sí que había montado... Los cascos del caballo negro lanzaban destellos y por momentos parecían estrellas y por otros reflejos de luz en las aguas. El sonido claro de los cascos del caballo negro nos despertó de nuestros sueños y nos entró angustia y — por vete a saber qué razón— nuestros ojos se llenaron de lágrimas. Nuestros pensamientos superaban la realidad y entraron en el mundo de la Segunda tía abuela y en el mundo del caballo negro. Mi padre decía que él olía constantemente el olor de ese caballo, oía sus relinches y veía incluso su aspecto: todo su cuerpo era negro y brillante como el satén. Sus dos orejas estaban tiesas como dos cañas de bambú talladas y tenía una cola tiesa y potente. Es extraño, pero no sé cuál era el sexo del caballo. Quizá porque me resultaba indiferente si era un caballo o una yegua. Tampoco nadie me dijo nada sobre la mantilla de piel roja de orangután que la Segunda tía abuela llevaba sobre sus hombros —una mantilla que era como un fuego ardiendo en nuestras almas y en nuestros huesos—. Ese fuego era de color azul. Nadie me dijo que la Segunda tía abuela llevaba unas armas en sus manos y nosotros vimos que ella las llevaba siempre en la cintura o en las manos... Y, por supuesto, eran armas alemanas genuinas del tipo Mauser... De repente, bajó del caballo; y de repente, volvió a subir al caballo. Lo hizo con una total confianza en ella misma y con gran facilidad. Era difícil encontrar las palabras adecuadas para describirlo. Todos los miembros de mi familia decían que la Segunda tía abuela era en un principio alta y delgada, con la cara ovalada, los ojos grandes y la piel oscura; pero siempre que la veíamos nosotros, la piel de su cara era del color de la plata y la llevaba empolvada. Sus brazos eran delicados pero un poco rechonchos, y eran muy blancos. Tenía unos ojos rasgados bellísimos y eran —como se suele decir— del estilo del fénix rojo. Había cogido algo de peso, como una de esas jóvenes que acaban de casarse y la vida conyugal hace que engorden de golpe. Al examinar de cerca la leyenda de la Segunda tía abuela, la imagen original de esa mujer me venía a la mente con más claridad. Al revisar la leyenda de mi Segunda tía abuela, siento la felicidad del creador.

Mi padre nos dijo que la Segunda tía abuela había nacido con las manos palmeadas. Una membrana transparente y rosa unía los dedos de sus dos manos. Esa característica la devolvía, por lo tanto, al estado de los antiguos ancestros de nuestro clan familiar. No solo su apariencia la acercaba a nuestros ancestros, sino que compartía con ellos su gran vitalidad. Esa es la razón por la cual su nacimiento fue un acontecimiento terrible y espantoso para los miembros de mi clan familiar; pero al mismo tiempo les produjo un sentimiento de admiración y respeto hacia algo que aparecía ante sus ojos como legendario y sagrado. Según mi padre —de hecho, mi padre y mi Segunda tía eran hermanos—, fue mi abuelo quien se dio cuenta nada más nacer, cuando estaba todavía cubierta de sangre, de que mi Segunda tía tenía las manos palmeadas. Cuando la matrona le cortó el cordón umbilical y le ató el ombligo, vio que de los ojos de la niña surgía una incandescencia azul. Aunque lloraba, de los ojos de la niña no salían lágrimas. Abría los ojos y emitía sonidos, pero de sus ojos incandescentes no caía una sola lágrima. La matrona también se dio cuenta de las manos palmeadas de mi Segunda tía paterna. Las tijeras y el pañuelo cayeron al suelo, y la matrona también se derrumbó como si una bala la hubiese abatido. En la sala del hospital se armó de repente mucha algarabía y la abuela, al ver envueltas en sangre las manos palmeadas de su hija, se desmayó.

Tras recuperarse, no tardó en comunicarle a todo el mundo la noticia de las manos palmeadas de su hija. Mi abuelo —tambaleándose— entró en su casa y dijo:

—Hermano mayor, y tú su mujer, esto es una catástrofe. ¡Han vuelto a nacer hijos con las manos y los pies palmeados!

Con toda seguridad, el nacimiento de un hijo con las manos palmeadas era una señal de que todo tipo de catástrofes se iban a abatir sobre el clan familiar de los herbívoros. Si no era por eso, ¿por qué se mostraba tan asustado el abuelo? La cara del abuelo había palidecido como la de un muerto. Las barbas amarillas que crecían en su barbilla eran del color de las raíces de la cisca y estaban retorcidas y temblaban de la misma manera. El cuerpo alto y delgado del abuelo también se agitaba tras saber lo de su hija. A veces se quedaba paralizado y otras le daba por escupir violentamente al suelo.

¡Hermano, con tu mujer, pensad en una solución ya!... El abuelo se fue a ver a la máxima autoridad del clan, que era a su vez el más sabio. Al gran abuelo se le puso la cara seria y entornó los ojos. Era evidente que se había puesto a pensar en lo sucedido. La sangre y el fuego vigoroso que

provocaban las membranas de las manos y los pies palmeados, y que, de manera directa o indirecta, habían surgido en la historia del clan familiar, penetraban en su cara y la prendían con fuego. Si no fue por eso, ¿por qué el abuelo se puso a temblar inconscientemente? Hermano, con tu mujer, ¡pensad en una solución ya!... El abuelo se desmoronó sobre una silla. La gran abuela se compadeció de él y le dijo:

—Mi viejo Tercero, no tienes por qué preocuparte tanto. Mastica algo de hierba y apacigua tus nervios. Verás que se te irá el miedo.

La abuela le dio algo de cisca amarilla y otro poco al gran abuelo. Los dos hermanos se pusieron a masticarla y la expresión de sus caras se relajó.

El gran abuelo tosió y luego preguntó:

—¿Cómo va tu madre?

El abuelo le respondió:

—Ya murió.

La gran abuela dijo:

—Seguro que es una deuda.

El gran abuelo, inmerso en sí mismo, replicó:

—A fin de cuentas, los tiempos no son los mismos. La crueldad del pasado no es de ninguna utilidad en estos momentos. Bla, bla, bla... Estas son también cosas de la vida... ¿O no? Mira, encuentra un trozo de tela, enróllalo y mete dentro unos veinte yuanes. Arroja el paquete a las marismas rojas que están junto al templo de las Langostas. A alguien tal vez no le disgustará ir a recogerlos. Tanto si está viva como si muere, tú acabarás viendo con tus propios ojos la verdadera naturaleza (y la buena suerte) de esa mujer.

El abuelo le suplicaba a la abuela con los ojos llenos de lágrimas que hiciese otra cosa y la gran abuela le contestó:

—Mi viejo Tercero, haz lo que te dice tu hermano mayor, que me parece muy sensato, y esa es la mejor solución, créeme...

El abuelo abrazó a la Segunda tía y cruzó el cerco amurallado para entrar en esos llanos salvajes que quedaban al sur de la aldea. Alzó la mirada y vio un mar de paja del tamaño de un hombre que se balanceaba de un lado a otro como si tuviese olas. Vio también algunas sombras que pertenecían a zorros o perros salvajes que cruzaban por los llanos. Oyó el canto desgarrado de los gansos salvajes y el gemido heroico del viento —un viento que era ya un poco frío porque era el octavo día de la cuarta luna según el calendario lunar, cuando empieza el verano, pero hace todavía frío—. El camino gris como la ceniza se extendía junto a la marisma de las aguas rojas. El abuelo avanzaba

hacia delante y enseguida se topó con las tejas azul cian del templo de las Langostas. Lo vio en medio del campo de paja amarilla. El templo se alzaba con orgullo en medio de piedras, arena y escombros. El templo estaba casi totalmente destruido. El abuelo se quedó de pie frente a él contemplando ese paisaje ruinoso. De la figura gigante de la langosta del color del jade y del oro parecía no quedar ni rastro. La hierba crecía entre los ladrillos de los antiguos muros del templo, y sobre esa misma hierba se acumulaban mierdas de pájaro. La Segunda tía dormía plácidamente envuelta en una tela y el abuelo la puso sobre unas hierbas secas que estaban junto a la puerta del templo. Oía ladrar a lo lejos a los perros salvajes y el abuelo volvió a la realidad y cayó de lleno en el plan del gran abuelo. El abuelo pensó: si me voy, los zorros y los perros salvajes van a devorar al bebé de las manos palmeadas. No van a dejar ni los huesos, pensó el abuelo. Se quedó un rato pensando y, finalmente, la razón se impuso al corazón. Dejó al bebé en el templo y se fue solo. A sus espaldas sintió el aire frío y húmedo de la marisma y ello le provocó inquietud. Avanzó varios pasos y creyó escuchar unas voces que provenían del templo de las Langostas. Creyó oír también el jadeo de las bestias salvajes. Se giró de golpe y vio que la paja se ondulaba como el agua y el templo seguía tan tranquilo como antes. El agua de las marismas parecía estar jadeando y subía su nivel. Una grulla blanca, zancuda y alta, se mantenía de pie sobre las aguas de la marisma y la tela roja que envolvía al bebé yacía —silenciosa— sobre la hierba seca.

El abuelo regresó a su casa y pasó tres días hasta acabar con los últimos arreglos del funeral de la abuela. Llevaba un arma metálica cuyo cañón redondo podía disparar veinte balas, y con ella regresó al templo de las Langostas. Estaba convencido de que se iba a encontrar con el paisaje siguiente: los muros del templo llenos de sangre y vísceras, una tela roja hecha trizas colgando sobre las hierbas, varios zorros, varios perros salvajes, en dos grandes grupos, como dos grandes nubes, merodeando por las ruinas... Una nube roja y una nube negra buscando alimento en el templo. La recién nacida era, por supuesto, un manjar auténtico para esos animales. Esas bestias se alimentan solamente de bebés y cadáveres que huelen ya a descomposición. ¿Cómo no les iba a atraer la carne fresca de un bebé? El abuelo pensó que esos animales ya estaban devorando a mi Segunda tía con sus dientes blancos y manchados de sangre. El abuelo parecía estar ya disparando a esas bestias con su pistola y su corazón se llenaba de sentimientos de venganza por la muerte de ese bebé. En primer lugar, poner

la niña a un lado de los hocicos de las bestias salvajes para que se la coman y luego dispararles —y esa será la venganza—. Ese era precisamente —y así ha sido siempre— el método más genial y brillante de los hombres de estado. A medio *li* de distancia del templo, el abuelo cogió unas balas y les sacó brillo. También limpió la culata de su pistola y engrasó el arma. Haciéndolo, lo que quería era aumentar el poder de su instrumento. Esa pistola era de fabricación belga. Los chinos llamaban a esa pistola la de «las siete balas» y ello expresaba su admiración por un arma tan buena y eficaz. En los tiempos de mi abuelo, esa pistola valía cien monedas de plata. Mi abuelo introdujo las balas. Luego apretó el gatillo y disparó. La bala se metió en el tejado del templo y se dio cuenta del carácter de esa pistola. Sin miedo, siguió avanzando hacia el templo. El sol de la mañana asomaba sobre las aguas de las marismas y enrojecía la cara del abuelo —ese Han valiente y justo—. Ya cerca del templo, apretó con fuerza la empuñadura de su pistola y ralentizó sus pasos, caminando con cautela. No se oía nada delante del templo. No había ni zorros ni perros salvajes. La tela roja que envolvía a mi Segunda abuela parecía una bandera que colgaba en la entrada del templo. Sin embargo, estaba intacta, y solo tenía unas manchas negras del meconio que había expulsado el bebé. No había ningún rastro del bebé, ni de las mordeduras, ni de la sangre ni las heridas que tanto atormentaban a mi abuelo. ¿Dónde estaba el bebé? El abuelo se quedó plantado delante del templo con los ojos en blanco. Luego clavó su mirada en las aguas de la marisma roja y los tejados azules, a lo lejos, de la aldea. Contempló la paja amarilla de la llanura salvaje y un zorro de pelaje rojo que corría en dirección al sol naciente. El abuelo —aburrido como estaba— volvió a disparar, pero sin apuntar a ningún objetivo preciso. Volvió a disparar otra vez, y otra vez la bala se extravió. El abuelo se sintió de repente avergonzado por lo que había hecho. No volvió a disparar y se quedó mirando la grulla y su color —un color que apareció blanco e impoluto a esas horas de la mañana—. El abuelo pestañeó, ya que la luz que desprendía la grulla blanca le cegaba. Metió la pistola en su espalda y, cabizbajo, regresó al *cun*.

Entró en la casa de la gran abuela y les explicó a los dos —al gran abuelo y la gran abuela— todo lo ocurrido en el templo de las Langostas. El gran abuelo le dijo:

—Vale, vale, vale... Ese es el destino de esa *yatou*..., y seguro que alguien se la ha llevado...

El gran abuelo habló con convencimiento y puso cara seria. El abuelo sabía que hubiese preferido oír que los zorros y los perros salvajes la habían devorado antes de que ese era el destino de un bebé que había nacido con las manos y los pies palmeados.

La abuela volvió a ofrecerle la cisca y el abuelo cogió un tallo y se puso a masticarlo con parsimonia. En ese momento, los perros ladraban en el patio y se oyeron los golpes de alguien que golpeaba la puerta de la entrada con la anilla de hierro. *Toc, toc, toc...* Alarmada, la gran abuela fijó inmediatamente sus ojos en el abuelo. Parecía dudar del abuelo, como si este hubiese llamado a un tigre. La gran abuela movió sus piececillos y se dirigió al patio y encendió una lamparilla. Se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

El que estaba al otro lado de la puerta no contestó y se limitó a seguir golpeando la puerta con la anilla. Los golpes sonaban a un ritmo acompasado y no parecían ser de un individuo que estuviese enojado. No parecía tampoco que tuviese un propósito claro, pero tampoco tenía la intención de abandonar. El abuelo y la gran abuela entraron en el patio, pero fue la gran abuela quien se dirigió a abrir la puerta.

El que estaba esperando en la entrada era un hombre con la cara llena de arrugas y una perilla canosa que le colgaba de la barbilla. Era un aciano con un aspecto extraño que vestía una ropa vieja y ajada. Se le marcaban de una manera evidente todos los huesos y su aspecto causaba en la gente respeto e incluso veneración. Y lo más importante: llevaba en sus brazos un bebé, y ese bebé era la Segunda tía.

El gran abuelo, la gran abuela y el abuelo se quedaron estupefactos. El anciano de la perilla blanca entró en el patio y dejó a la recién nacida sobre un trozo de tierra húmeda. Sonrió fríamente, se giró y se fue.

El gran abuelo lo detuvo en medio del camino y le preguntó de manera afectada:

—¿Qué opina usted de todo esto? ¿Por qué nos ha traído al bebé y nos lo ha dejado aquí?

El anciano le contestó:

—Si no es vuestro, del clan de los herbívoros, el clan de los masticadores de cisca, ¿de quién puede ser este bebé?

El gran abuelo le replicó:

—Lo que me dice no tiene ningún sentido. ¿Por qué nos ha traído este niño salvaje? ¿Qué pretende con ello?

—Abandonar a una recién nacida —dijo el anciano—, el Cielo no lo tolerará nunca y además está penalizado por las leyes de nuestro país. Y ustedes tres, tengan mucho cuidado. Lo que han hecho no está nada bien.

El anciano sacó de su bolsillo unas monedas de plata y las tiró a los pies del gran abuelo. Luego sonrió con desdén y le obstruyó el camino al gran abuelo. Confiado y seguro de lo que hacía, dio media vuelta y se fue.

El abuelo miró con ojos de cobarde el cuerpo desnudo de su hija. Miró su carita redonda y la mata densa de cabello negro que cubría su cabeza, y no pudo evitar compadecerse por ella y sentir ternura por ese ser tan desvalido y que había mostrado tanto apego a la vida. Era bonita, resistente y vigorosa; pero tenía solamente un defecto: había nacido con una membrana roja que unía los dedos de sus manos; y cuando abría sus manos, esa membrana podía ser vista por todo el mundo. El abuelo se dobló y con su mano acarició la piel de la Segunda tía. El cuerpo del bebé estaba helado y al abuelo le entró un frío súbito en el brazo. La Segunda tía abrió los ojos acuosos de pez y una luz azul salió disparada como unas flechas. Esas flechas luminosas se clavaron en el corazón del abuelo. Pareció también como si le hubiesen dado un puñetazo en el pecho. El bebé cerró los ojos y se puso a llorar. Lloraba con fuerza y de manera clara y distinta, a intervalos cortos, que recordaba más bien el croar cuando llueve de esos sapos de pancha roja y espalda verde de las aguas de la marisma roja que escupen un veneno mortal. Al abuelo le entró miedo, ya que los llantos de la Segunda tía le recordaron al abuelo esos sapos de las marismas. Hubo un año, cuando entró en las marismas para cazar zorros rojos, que sus manos se mancharon con el veneno de esos sapos. Le entraron unas cosquillas en las manos y el veneno entró en su corazón. Luego se ulceró. Si no hubiese sido por la intervención de un doctor experto en esas cosas, sus manos se habrían descompuesto. El dolor que sintió por el veneno de esos sapos regresó a la cabeza de mi abuelo y giraba dentro de ella como una espiral incontrolable. En su subconsciente, no quería revivir esa situación. Se puso derecho y respiró hondamente. Los llantos del bebé eran cada vez más intensos y unos lagrimones azules caían por las esquinas de sus ojos, pasaban por las mejillas y desembocaban —como el agua de los ríos— en las orejas.

Mi abuelo no sabía qué hacer y se quedó mirando a su hermano mayor para pedirle consejo. El gran abuelo suspiró y dijo:

—Mi viejo Tercero, esto es una fuente de felicidad y no una catástrofe. Nada malo nos sucederá, créeme. A fin de cuentas, es tu hija. ¡Y debes

criarla!

El abuelo se quedó sin opciones, se agachó y cogió al bebé, que era su hija, como quien coge un sapo en las marismas, y la envolvió con un pañuelo. El abuelo sintió que se le tensaban los músculos de su cuerpo y empezó a sudar. Llevar a ese bebé en brazos era como una tortura para él. La Segunda tía agitaba sus manitas y sus bracitos, y parecía un murciélago agitando sus alas; un murciélago con sus alas desplegadas y sus membranas a la vista de todos... La Segunda tía tenía además el cuerpo frío y el abuelo lo sentía al tenerla tocándole el pecho. La frialdad de ese pecho no solo tocaba la piel de su pecho, sino que le tocaba directamente el alma. Los llantos de la niña volvieron a recordarle a los sapos de las marismas..., y puso inmediatamente al bebé sobre el suelo. Una vez en el suelo, la Segunda tía se puso a llorar con más fuerza... El suelo estaba pegajoso, frío y húmedo... *Mua, mua...* El bebé se retorció en el suelo y extendía sus cuatro miembros y se ponía tieso. Abría y encogía sus manitas, formando puños. Cuando abría sus manos, las membranas que unían los dedos se tensaban. Para mi abuelo, ese era un espectáculo terrorífico y se puso a llorar. El abuelo lanzó un escupitajo verde y se manoseó el cuello. Su cara se puso morada, se giró y le dijo a la gran abuela:

—Encuentra un cuchillo y me lo das.

La gran abuela, sorprendida, le preguntó:

—Mi viejo tercero, ¿a qué viene tanto odio? Todavía no te has dado cuenta de que estamos en los tiempos de la República.

La abuela pronunció esas palabras mientras entraba en la casa. Cogió con apenas dos dedos uno de esos cuchillos largos cuya lámina era como la oreja de un asno y lo puso delante del abuelo. En los ojos de la gran abuela se agitaban olas de un mar inmenso. Ella también sonreía y parecía como si con esa sonrisa quisiese animar a un niño a hacer algo y al mismo tiempo reconfortarlo. El abuelo agarró el cuchillo por el mango y lo desenvainó. Luego dijo con arrogancia:

—Le voy a cortar las membranas a esta niña. ¡Eres un monstruo que te has convertido en un sapo asqueroso y endiablado en las marismas de las aguas rojas!... —Dejó de hablar y miró abajo. Cogió con su mano izquierda el puño de mi Segunda tía y el cuchillo con la otra mano; pero mi Segunda tía tenía la mano cerrada y no abría el puño. Mi abuelo intentaba abrírsele, pero no había nada que hacer. El bebé lloraba y se resistía a abrir el puño. La belleza de sus dos ojos azules superaba la de un jade puro. Su luz daba de lleno en la cara

oscura y taciturna de mi abuelo. El cuchillo no podía de ninguna de las maneras cortar las membranas de las manos del bebé. La gran abuela sonrió con desdén y dijo:

—Eso es lo que dice: «El veneno del tigre no alimenta a los miembros de la familia del tigre»... Mi viejo Tercero, me estás liando con esta historia...

Y sujetando el cuchillo por el mango, se fue al patio pisando el suelo con contundencia.

V

La infancia de la Segunda tía abuela hubiera debido ser escrita sin demasiados aspavientos. Hubiera debido ser parte de una historia sin demasiadas historias; pero los miembros de mi clan se encargaron de que no fuera así y su historia quedó oculta como el origen de un tabú. ¿Y quién iba a querer hablar más de ello? Además, nuestro manejo de los datos siempre ha sido muy limitado y de lo único que podía fiarme era de lo que medía la gente, más lo que uno podía imaginarse, inventarse, o razonar con la propia lógica de los acontecimientos. Entre las cosas que escribíamos y lo que había ocurrido en realidad había —como era de esperar— un abismo que nadie era capaz de saber con certeza. Pero, escribir sobre las discrepancias, ¿qué sentido tiene? ¿O qué se puede sacar de positivo en ello? Ante una época de desesperación, ante un terror de enormes proporciones, ante momentos de una gran ansiedad... ¿Qué se puede pensar? ¿Qué es verdaderamente urgente?

VI

Mi padre me contó que en mil novecientos cuarenta y siete yo crecía lleno de vitalidad, pero con un carácter jodido y retorcido. Era como esos sapos con colas que crecen en las marismas rojas y que tienen la piel de sus cuerpos cubierta de veneno. Ahora, que he envejecido, me paso el día, sin embargo, adormilado y echado en el suelo húmedo, bajo las hojas afiladas de cualquier flor del loto.

Mi padre me contó que mi Segunda tía tenía la costumbre desde que era pequeña de morder a la gente. Tenía unos dientes tan afilados que parecían los dientes jóvenes de un lobezno. A mi padre, que es vuestro abuelo, se le hinchó y se le engarrotó el dedo índice. El padre de mi padre decía que la mano se le puso así porque la Segunda tía se la había mordido... Ella lo muerde todo y luego le cuesta mucho soltarlo... Es igual que esas tortugas que se crían en las aguas de las marismas... Tiene unos dientes afilados y sólidos... Tiene las orejas puntiagudas..., y de sus ojos se desprende una luz verde... ¿No es como para asustar a cualquiera? Con esa apariencia, le daba miedo a todo el mundo. Mi padre dijo que dolía como un cerdo al que están sacrificando. ¡Le dolió hasta en los huesos! Le temblaron con espasmos los brazos y las manos. ¡Maldito ser endiablado! ¡La madre que te parió! ¡Era como una bola con dientes! ¡Y no había nada que hacer para pararla! Mi padre dijo que vuestro bisabuelo le rompió el dedo a mi Segunda tía. Yo, si soy sincero, no sé cómo solucionar este tipo de cosas. Mi padre dijo que nuestro bisabuelo le rompió el dedo como se rompe la paja seca de una hierba y encima le rompió la nariz de un sopapo. Mi abuelo aprovechó esa ocasión para meterle a su hija el dedo ensangrentado en la boca. Ese año, mi Segunda tía apenas tenía un poco más de tres años y, a esa edad, ese tipo de castigo no es fácil de llevar. ¡Pero las gentes de mi clan no temen nada! Vuestro bisabuelo dijo:

—Hay que encerrarla. ¡Esta niña es una tortuga jodida y con mucha mala leche! ¡Lo muerde y no lo suelta!...

Y eso lo dijo el bisabuelo, que había sido reconocido por su carácter heroico durante la gran dinastía Qing. ¿A quién podía temer un hombre así? ¡Había que animarse! ¿O no lo hizo el emperador de Jade, que era un tipo bastante tímido y un poco cagueta? Incluso al bisabuelo le intimidaba la Segunda tía abuela. Ella, por su parte, no le temía ni a la muerte y parecía que

iba a vivir eternamente. Nació cuando vuestra bisabuela murió, y nadie debía alimentar ya, por lo tanto, a la difunta anciana. Tenía una perra que había parido cuatro cachorros, y el bisabuelo la echó a patadas y la puso a vivir en una cabaña para perros hecha con paja. A los cachorros los robó. La perra se comunicaba bien con los seres humanos y se hizo la dueña de la Segunda tía. La perra se negó a desatenderla y le dio su mejor pecho para no dejarla morir de hambre. La Segunda tía se alimentó con la leche de los pechos de una perra y a menudo se levantaba a medianoche y se ponía a aullar como un cachorro hambriento. De hecho, sus aullidos eran exactamente iguales que los de un perro y no había nadie en el clan que no presintiese la peor de las calamidades. La gente de la calle y los miembros de la familia eran incapaces de diferenciar los aullidos de la Segunda tía de los aullidos de la perra y sus crías. Nadie podía dormir por las noches. Mi padre decía que, ya de noche, su padre contemplaba el humo rojo como la sangre que salía de la pipa de nuestro bisabuelo. Bajo la luz de la luna, podía ver también su cara delgada con su perilla densa en la barbilla. Se oyeron otra vez los jadeos y suspiros eternos. Se oyeron rechinar los dientes. Vuestro bisabuelo pasaba en esa época por un mal momento y todo le preocupaba en exceso. Mi padre decía que su padre se armó de valor y se puso a orinar. Los aullidos de la Segunda tía y los perros bajaron de intensidad, pero ganaron en desolación. El bisabuelo sintió frío en la espina dorsal y los pelos de la cabeza se le ponían de punta. Nuestro abuelo contemplaba la cortina púrpura que se había desplegado en el cielo y sobre la cual había bordadas varias estrellas. La luz de las estrellas causaba mareos. Había tantas que parecían los mil ojos de un monstruo. Esas estrellas parecía que estaban temblando y más de una se desprendió del cielo y cayó a la tierra. Mi padre decía que vuestra Segunda tía caminaba con las rodillas hincadas en el suelo, apoyada con sus dos brazos y la cabeza alzada. Luego se acurrucaba en la pancha de la perra con los cuatro cachorros. La luz verde de los ojos de la Segunda tía era más brillante que la luz verde de los ojos de los perros. Mi padre decía que el abuelo temblaba de miedo cuando veía a la Segunda tía alargar el cuello. Era como un tubo a través del cual salía fuego y el aullido venía poco después, todo recto hacia el firmamento. Por eso temblaban las estrellas. La manada de perros imitaba los aullidos de la Segunda tía y las estrellas brillaban como linternas rojas. Mi padre decía que los aullidos de la Segunda tía eran más potentes y largos que los de los perros, y era como el sorgo que crece entre las plantas de maíz. En realidad, ella les enseñó a los perros a aullar. Mi padre

decía que el abuelo, una noche que se puso a defecar fuera, vio que el cielo y la tierra se movían lentamente. Hubo un pequeño terremoto y la tierra se agrietó —todo ello acabó presagiando una auténtica catástrofe para nuestras tierras—. Mi padre me dijo que esa noche estaba teniendo un sueño extraño. En ese sueño, le decía al abuelo que subiese al cielo para que viese si las estrellas utilizaban una cuerda hecha con hierbas secas para quedar colgadas del firmamento. Unos conejos mordisqueaban esas cuerdas y los aullidos de la Segunda tía abuela llegaban hasta el cielo, y cada uno de sus gritos era como un latigazo que azotaba los lomos de los conejos y los animaba a que mordisqueasen rápidamente la cuerda de hierbas secas.

Las gentes del clan —una tras otra— salieron a protestar ante el gran abuelo y la gran abuela. El gran abuelo le pidió al Séptimo abuelo que fuese a llamar al abuelo. Mi padre dijo que a mi abuelo se le había puesto la cara de color ceniza. Para la protesta, sacó uno de esos cuchillos que se ponen en la cintura y que apenas estaba afilado. Mi padre decía que ese cuchillo era difícil de manejar y se necesitaban unos dedos muy habilidosos para hacerlo. Ese era el cuchillo de un veterano curtido en mil batallas. Mi padre me dijo que había derramado la sangre de más de un soldado manchú, de esos que servían a la última dinastía imperial de Qing. Nuestro gran abuelo había intentado afilarlo con una muela, pero la lámina de esa daga estaba oxidada y quiso sacarle con agua sus muchos años de robín. El agua —tras mezclarse con el robín— parecía sangre que se derramaba sobre la tierra. Mi padre me dijo que el abuelo olió a algo que tenía un fuerte olor —un olor a hierro—, y ese olor a hierro le recordaba el olor a sangre. El hierro de esa daga olía a sangre, según mi abuelo. Cuando mi abuelo se puso a limpiar el cuchillo, la perra y sus cuatro cachorros se escondieron inmediatamente en la cabaña. Se pusieron a gruñir como si presintiesen que algo malo les pudiese pasar. La Segunda tía abuela, sin embargo, se puso a dar vueltas en torno a la daga del gran abuelo e imitaba con su boca el sonido de la muela al afilar la hoja. Ella había recibido la influencia de los perros y se desplazaba más rápidamente a cuatro patas que con sus dos piernas. Mi padre decía que ella no parecía en realidad en esa época un ser humano: tenía el pelo largo y siempre suelto, iba curvada y tenía el cuerpo morado. Tenía los dedos duros y afilados, y unidos, como todo el mundo sabía, por una membrana rosa que parecía que iba a estar ahí toda la vida. A vuestro gran abuelo le pestañeaban los ojos cuando limpiaba la daga, retorció la boca, y se la quedaba mirando por todos los lados. La subía, la bajaba, la miraba por delante y por detrás. La hoja emitía

destellos de una luz plateada —parecía una serpiente de plata—. La masacre empezó inmediatamente y mi abuelo llevaba en su mano izquierda un guante de piel negra —de esos guantes que sirven para sujetar a los halcones—; y con esa misma mano, sacó un cachorro de la cabaña. El abuelo lo cogió por el cuello y el perrito movía sus patas traseras para escaparse. La barriguita rosa y poco peluda del cachorro era blanda y suave. Ese cachorro era macho y su pilula se le puso tiesa como uno de esos palos que tienen clavados como brochetas frutos rojos acaramelados cuando se puso a orinar. Mi abuelo arrojó al aire al perrito y con la mano derecha —que sujetaba la daga bien afilada—, ¡zas!, lo cortó en dos partes. Las dos partes del perrito cayeron al suelo. La parte delantera babeaba y emitía algo parecido a unos gemidos y la parte de atrás no paraba de mover la colita. Mi padre dijo que la daga de mi abuelo no volvió a cortar nada más en su existencia a esa velocidad. Esa daga llegó a la perfección en lo que se trata de estar afilada. Incluso si cortaba una cabeza humana, el individuo que sufriría tal castigo no sentiría el menor dolor. Mi padre me contó que el abuelo cogió las dos mitades del cachorro, las unió, y se las dio a la perra. La perra ni se inmutó al verlo y se metió en la cabaña. A la perra no le importaba si iba a coger uno más, o dos, o tres. No opuso la menor resistencia. Vuestro gran abuelo cogió la daga y se fue a cortar en pedacitos la perra, pero esta ni se inmutó cuando lo vio. El gran abuelo hizo el amago de cogerla y a la perra le flojearon las patas y se desplomó como si hubiese muerto. Parecía un perro muerto, cierto. El gran abuelo exclamó un ¡oh! de sorpresa. La perra, ¿la había diñado o lo estaba fingiendo? Esa perra era jodida como ella misma. El gran abuelo le dio una patada y ella dio un par de vueltas con el rabo bien metido entre las piernas. Mi padre me dijo que vuestro gran abuelo cerró los ojos y cogió una bolsa de tabaco que tenía en el bolsillo. Luego arrojó la daga y entró en la casa. Los cuatro cachorros se habían convertido en ocho. Esos ocho trozos habían quedado esparcidos por el suelo y olían a carne chamuscada. Un olor que provocaba náuseas en la gente. Mi padre me dijo que su Segunda tía intentó unir los pedazos de los cadáveres de los cachorros, pero renunció a ello, ya que no podía reconocerlos. Finalmente, los amontonó de cualquier manera, y ello dio resultados grotescos. La mitad de un cachorro negro con otra mitad de color negro, u otra mitad de varios colores con otra totalmente negra. Todo ello había que aceptarlo con mucho sentido del humor. La Segunda tía se untó las manos de rojo y se las refregó por la cara. Con ello se le puso una cara feroz y terrible. Mi padre me comentó que el abuelo se apartó a una

esquina de la habitación y no se atrevía a acercarse a ella. Mi padre no me contó que esos perros muertos eran tan difíciles de manejar. Tampoco me contó quién escondió finalmente la daga, ni quién ayudó a la Segunda tía a limpiarse la sangre de su cuerpo. Mi padre me contó, en cambio, que esa perra murió de manera extraña. No murió como mueren normalmente los perros. Mi padre me dijo que vuestro abuelo fue el primero que lo predijo: para la perra, ver morir a sus hijos debió de ser extraordinariamente doloroso y sus intestinos seguramente se retorcieron, y por eso murió. La segunda hipótesis que añadió el abuelo fue: la perra, al ver el peligro inminente que corría, se asustó tanto que murió de golpe. Murió, por lo tanto, de miedo. La tercera hipótesis: la perra, al ver el inicio de la masacre —es decir, la muerte de sus cuatro cachorros—, alcanzó el nirvana como un viejo monje budista. Para ser sinceros, la tercera hipótesis del abuelo era la más bonita de contar y escuchar. Incluía una fuerte carga de pensamiento y espiritualidad que iba más allá de la vida y la muerte. Alcanzar el nirvana era algo muy serio y muy elevado para un hombre. ¿Y para un perro? Yo no sabría contestar a esa pregunta.

Mi padre me contó que vuestro abuelo era un tipo sin corazón que hubiese matado a la Segunda tía igual que había matado a la perra. Pero al matar a la perra, el abuelo había llegado sin saberlo a un punto crucial en su vida: se convirtió en un muerto en vida. De repente, ya no había otro objetivo en su vida que esperar el disparo que le iba a proporcionar la Segunda tía.

Mi padre me dijo que un mediodía en el que hacía un calor sofocante el abuelo se rascaba su tripa desnuda y picoteaba unos trozos de sandía bajo la sombra que proyectaban los olmos del patio. Varias moscas de cabeza roja bailaban a su alrededor y el anciano no movía un dedo por sacárselas de encima. Ni siquiera le molestaban, como a los cadáveres. En ese momento, vuestra Segunda tía abuela vino corriendo. En esa época, la Segunda tía ya tenía diez años y ya había dejado el mundo de los perros. Se estaba convirtiendo en realidad en una joven muy bella. Salvo la deformidad que suponían sus manos palmeadas, el resto era perfecto y armonioso con las otras partes de su cuerpo. La niña crecía con total normalidad. Ese día, ella iba vestida con una ropa de seda roja y una horquilla cubierta con terciopelo rojo sujetaba su cabello. Parecía simplemente estar hecha de puro fuego. Llevaba en su mano una pistola con la empuñadura plateada. Ese juguete deslumbraba y parecía falso. Nada más entrar en la casa, gritó:

—Padre, quiero dispararte y acabar con tu vida.

Mi padre me contó que el gran abuelo escupió una pepita negra de la sandía y dio unas palmaditas a su barriga. Con un tono de voz sereno, replicó:

—Ese juguete, ¿puede matar a alguien?... Si las balas entran por los orificios de mi nariz y mis ojos, yo te las escupiré en la cara. Y si prefieres meterme una bala por el agujero del ombligo o del culo, yo te la meteré en el agujerito de tu culo. ¿Lo entiendes ahora?

Vuestra Segunda tía abuela le respondió:

—Padre, ¿acaso se te está llenado la boca con palabras que son más bien mugidos de un buey cabreado?

—No —respondió inmediatamente el abuelo—, y no me busques...

—Vale, puses no te buscaré —le dijo la Segunda tía, mientras dejaba caer de forma torpe su pistola.

Luego la levantó de golpe y disparó a la barriga del gran abuelo. El gran abuelo lanzó una carcajada y dándose una palmadita en la barriga, dijo:

—¿Qué pasa? Niña, ¿es que tu padre se te ha puesto a mugir o qué?

La Segunda tía, confundida, miró el cañón de la pistola y el humo azul que desprendía. De su boca salieron unos gruñidos y unas palabras incomprensibles. Volvió a apuntar con el cañón y volvió a disparar a su padre varias veces: *pam, pam, pam...* Tres disparos seguidos y luego otros seis: *pam, pam, pam, pam, pam, pam...* Y el abuelo soltó unas carcajadas sonoras; pero de su boca no tardaron en salir unos chorros de sangre. El anciano sacudió la cabeza y dijo:

—Vale... —y nada más decir esas palabras, se desplomó al suelo. Las moscas rojas que volaban a su alrededor empezaron a hacer el duelo por el muerto. Algunas incluso se metieron dentro de los agujeros producidos por las balas en el cuerpo del abuelo y se escondieron en su interior.

Mi padre dijo que vuestra Segunda tía abuela desapareció sin dejar rastro y varios fueron los miembros del clan familiar que salieron en su búsqueda. Lo que deseaban era capturarla y torturarla con hierros ardientes; pero todos ellos regresaron a sus casas con las manos vacías. Y como es natural, hablaron por los codos, ya que no iban a ganar nada no diciendo nada. Hubo quien dijo que se había juntado con un anciano de barba blanca. Otro dijo que la Segunda tía se había metido en las aguas de la marisma roja con un zorro. Otro comentó que ella se había unido a un grupo de teatro y estaba actuando en los pueblos junto a los lagos y los ríos, y etcétera. Las mujeres del clan afirmaban que la Segunda tía no había sido nunca un ser humano. Era un sapo o un zorro que se había encarnado por error en el cuerpo de una niña.

Con el paso del tiempo, nosotros llegamos a olvidarla. Bueno, lo que se dice olvidarla completamente, nadie pudo hacerlo en realidad. La Segunda tía se convirtió en algo parecido a una de esas enfermedades que se esconden el corazón para toda la vida o una cicatriz en una parte oculta del cuerpo que nunca se va, y por eso los días de lluvia nos incomodaban siempre. En realidad, cada uno de los miembros del clan lo sabía con certeza: todos aquellos que tenían las manos y los pies palmeados no murieron nunca, y ella, por lo tanto, no podía haber muerto. Seguro que la Segunda tía se ejercitó en alguna de esas prácticas taoístas en busca de la tan ansiada inmortalidad y unas plumas majestuosas le crecieron en todo el cuerpo. Algún día regresará a nuestras tierras volando con esas plumas. Ella parecía haber nacido para convertirse en el enemigo jurado de las familias centenarias del clan de los herbívoros.

Como era de esperar —dijo mi padre—, llegó ese día de invierno... Esas noches de los últimos coletazos del otoño, cuando los caballos están bien cebados con alfalfa amarilla, los zorros que habían accedido a la inmortalidad tomaron el camino esplendoroso de las marismas rojas y los gansos, mientras tanto, lanzaban en el cielo sus gritos desesperados. Las aguas del río fluían y brillaban y los perros gemían. En ese momento, en la aldea se encendieron en el interior de los patios de las casas varias pilas de fuego. Unos tallos de paja apilados en haces muy densos formaban esas pilas, que no tardaban en prender y provocaban un fuego rápido y muy luminoso. Esas pilas iluminaban cada una de las familias de la aldea y el papel que hacía de cortinas y que colgaba de las ventanas enrojeció de golpe. En la calle se oía relinchar a los caballos y también se oía el repiqueteo claro y bien definido de sus cascos metálicos contra las piedras del camino. Mi padre me dijo que en esa época su padre vivía en la casa del gran abuelo, al otro lado del puente y lejos de las otras casas. Ahí vio al gran abuelo y a la gran abuela levantarse de golpe en medio de la oscuridad para dirigirse al cañón y llenarlo de pólvora. Su padre se retiró a una esquina del *kang* y no se atrevió a moverse y se quedó observando a la gran abuela cuidando a sus siete perros. Los cascos de los caballos resonaban —de norte a sur, y de sur a norte— a lo largo de la calle.

Se oyeron entonces varias decenas de caballos y no menos relinches caóticos que llenaban el espacio. Mi padre me dijo que los caballos se pusieron en filas y una voz aguda de mujer anunció en medio de esa algarabía:

—Escuchadme todos... La tía abuela se presentó la pasada noche y no vino sola..., y ha venido para hacerse cargo del anciano y su mujer, el hermano del padre, al cual mató, y su mujer, es decir, los tíos de la Segunda tía... Que se queden en casa durmiendo los que tengan miedo y que salgan de sus casas los que no tengan miedo... Luego se dispararán al cielo varios cañonazos...

Mi padre me dijo que vio al gran abuelo y la gran abuela rígidos como unas estatuas en medio del patio. Vuestro abuelo, nada más escuchar unos ruidos en medio de la noche, supo que era la Segunda tía abuela que había regresado y se puso a disparar como un loco la puerta de la entrada de la casa. Mi padre me dijo que la puerta de la casa del gran abuelo estaba hecha con una madera de sauce y tenía tres *cun* de grosor. Además, estaba reforzada en su exterior con una plancha de hierro y tornillos por todas partes. No podía existir en esa época una puerta más sólida que esa y las balas no podían atravesarla. Mi padre me dijo que el gran abuelo y la gran abuela habían despertado a los espíritus que reposaban en paz y era por eso que esperaban su regreso, y lo hicieron de forma combativa, para enfrentarse a ellos con uñas y dientes. Por eso, lo primero que hicieron fue encender los dos cañones que guardaban con celo en su patio. Pum, pum. Se oyeron dos cañonazos que sacudieron la casa como quien sacude una cabaña hecha con cañas de bambú. Mi padre me comentó que los caballos que estaban en el exterior se asustaron y empezaron a relinchar enloquecidamente. También oyó que los cuerpos de los caballos chocaban contra los muros de las casas o caían al suelo. Hubo alguien que gritó: «¿Dónde está mi caballo?».

Todo eso explicaba que los cañonazos no fueron en vano. El gran abuelo y la gran abuela se habían envalentonado como dos leopardos que van a ser atacados. Sus dos ojos eran como los dos ojos de los cañones. Poco después, el gran abuelo echó más pólvora en los cañones y la gran abuela sacó una cesta con bombas que eran redondas y grandes como sandías. El gran abuelo se acercó renqueante a la gran abuela. Mi padre me contó que su padre midió con los ojos el tamaño de esa cesta llena de bolas de hierro y pólvora. Mi padre me dijo que, desde el exterior, los disparos sonaban como el chorro desbocado de una corriente de agua en un río. *Plop, plop, plop...* El gran abuelo y la gran abuela tocaron con sus manos las bombas de la cesta como si hubiesen querido comprobar que eran reales y luego las amontonaron en una esquina que formaban los muros para luego tirarlas al lado exterior del patio. Pum... En un abrir y cerrar de ojos se vio una bola de fuego seguida de una

humareda negra y espesa, y se oyó a gente corriendo. La gran abuela volvió a lanzar otra bomba; pero la bomba, tras ser lanzada, no emitió ningún sonido. La gran abuela le dijo al gran abuelo:

—Maldita hija de puta... ¡A ese ser lo ha poseído un demonio!...

Entre las llamas, mi padre me contó que vio las caras de extrema emoción del hermano (el gran abuelo) del abuelo y su cuñada (la gran abuela). El gran abuelo quiso abrir la puerta de la entrada, pero la gran abuela se lo impidió y le dijo que los que estaban detrás de la puerta ya se habían alejado de la casa. El anciano, dijo la Segunda tía, correría peligro si se iba tras esa gente completamente solo. La gran abuela, ni corta ni perezosa, pensó que lo mejor era seguir lanzando bombas y así lo hizo. Lanzó varias seguidas, que provocaron una gran luminosidad, cada vez más intensa, junto a los muros. El fuego duró hasta el amanecer y solo entonces la gran abuela permitió al gran abuelo abrir la puerta, en la cual había intestinos de caballos muertos que colgaban de ella. En el suelo había casquillos sueltos, metralla, la anilla metálica dorada y varias piedras. Todo ello relucía bajo la luz brillante del sol. Mi padre me dijo que el gran abuelo le contó que hubo gente que pintó en los muros del patio varios caracteres chinos con la sangre de los caballos y decía: mi viejo, llegará el día en que cortaré a trocitos tu pajarito. Y justo al lado de los caracteres chinos, había el dibujo de un pájaro con una cabeza desproporcionada respecto al tamaño del cuerpo —esa cabeza parecía la de un niño—. Las moscas se posaban sobre esos caracteres chinos escritos con sangre de caballo, pero el pajarito parecía no inmutarse.

Tras la batalla, el gran abuelo y la gran abuela se pusieron con todas sus energías con los siguientes preparativos y compraron más bombas y pólvora para los cañones. Les pidieron a otros miembros del clan que reforzasen la puerta de la entrada y excavasen unas zanjas y pusiesen unas verjas junto a los muros del patio.

Todo el mundo esperó la siguiente acometida de la Segunda tía; pero los días pasaron, incluso los años. Pasaron veinte años y la Segunda tía no se presentó. Sus dos hijos, Cielo y Tierra —erigidos como dos deidades—, llegaron a través del arcoíris del norte. Esa misma noche nos mostraron su inclemencia.

VII

En medio de un silencio que rompía los nervios a la gente, oí gotear en el suelo la sangre negra del gran abuelo. Lo hacía con rapidez y el sonido que provocaba me recordaba —no sé por qué— el ruido que hacen los gusanos de seda cuando muerden las hojas de la morera... A mi cabeza saltaron otros pensamientos e imágenes: el caballo negro cabalgando por los prados y ellas a sus lomos, con sus dos armas y su pelliza de piel de orangután. La escena del enfrentamiento que sucedió veinte años atrás y que mi padre me contó me pareció típica de esas historias de batallitas que cuentan los abuelos chochos a los niños, y así la recordé. Esa historia me vino de repente a la cabeza. La gran abuela aulló como si hubiese despertado de un sueño y se acercó al cadáver de su marido con la intención de taparle los agujeros de las balas y detener el chorro de sangre. La gran abuela tenía aún las manos jóvenes y los dientes blancos y sin ningún defecto, gracias a la cisca, pero tenía ya cara de vieja, y de vieja con mala uva, de vieja a la que el tiempo había cargado de odio y resentimiento. Y mostrando los dientes, dijo:

—¡Vosotros, esos tarados que habéis nacido con los pies y las manos palmeadas!

Mirando al cielo y sonriendo, dijeron:

—Pero ¿nos está insultando a nosotros?

Tierra replicó:

—Pero insultarnos a nosotros es como insultarse a sí misma.

Cielo añadió:

—Ciertísimo, porque somos sus nietos.

—Matémosla y evitemos estos extremos —dijo Tierra.

—Algún día de estos —dijo Cielo—. Esta noche no podemos matarla.

La gran abuela volvió a insultarles mientras se dirigía a la casa. Luego cerró la puerta y se oyó dentro de la casa el ruido de varias cajas y muebles desplazándose.

Cielo dijo:

—Pero ¿se está ahorcando?

—Antes de ahorcarse, deberíamos hacerle doscientos cortes —dijo Tierra.

—¿Serán suficientes doscientos cortes?

—Tienes razón, mejor trescientos cortes.

Cielo y Tierra se convencieron mutuamente de lo que debían hacer y se dirigieron hacia la entrada de la casa. Esta crujió al abrirse y los dos hermanos se precipitaron hacia la gran abuela, que estaba recogiendo unas bombas. Con una voz aguda y elevada, la vieja sonrió y dijo:

—Sois unos animales. ¡Tomad ese camino y piraos de aquí! —Tras decir esas palabras, la anciana cogió un par de bombas y prendió la mecha.

—¡Bombas! —gritó Cielo. Se giró y salió.

Lo acompañó Tierra.

Mis quince primos salieron de la casa como un enjambre de abejas y se dirigieron hacia sus casas.

Los últimos en quedarse en la casa fueron De Gao —mi *gege*, el mudo—, luego salió De Zhong —el ciego—, y tras él, yo mismo; y detrás de mí, De Qiang. No me explico todavía por qué no salí corriendo; pero debo confesar que la gran abuela —ese ser siniestro de piel oscura y llena de granos y arrugas— no me causaba ningún miedo.

De Zhong golpeó el suelo con su palo de ciego y dijo con impaciencia:

—Pero ¿por qué armáis tanto follón? ¿A qué viene todo esto?

Dije:

—¡La gran abuela nos va a tirar las bombas y vamos a saltar por los aires!

—¡Y yo me tiro un pedo y os apesto a todos! —dijo De Zhong—. ¿Lo entiendes ahora? ¡Esas bombas no han prendido!

La gran abuela oyó al ciego y soltó las bombas, se sentó en el suelo y se puso a insultar en voz baja a alguien.

Cielo y Tierra volvieron a entrar en la casa. Cielo soltó una carcajada y estiró de las orejas al mudo de De Gao y le pinchó la nariz al ciego de De Zhong. A mí me dio una colleja...

Con un tono de felicidad muy marcada en sus palabras, Cielo nos dijo:

—Mis queridos primos, vuestro valor me impresiona. ¡Vaya que sí!...

Cielo no simpatizó con nuestra actitud; pero tengo que afirmar que yo no me había formado una opinión muy positiva que digamos respecto a esa anciana asesina que quería hacernos saltar por los aires. ¿Qué íbamos a hacer por lo tanto? ¿Quedarnos a que nos eliminase de la faz de la Tierra? Esos dos hermanos —mis primos, y debo reconocerlo ahora— tenían un atractivo y un encanto irresistibles.

La gran abuela se arrodilló y tocó el suelo con su cabeza; e hizo ese gesto como si su vida dependiese a partir de ese momento de Cielo. Tierra le dio una patada.

Pisándole la espina dorsal⁴⁷, Tierra le dijo:

—¡Te voy a matar!

—Vamos a atarla —dijo Cielo, y luego me pidió—: Ve a buscar cuerda.

Yo ya tuve mi experiencia personal en la casa de la gran abuela y conocía esa casa como la palma de mi mano. Sabía que detrás de la puerta había un agujero donde guardaban una cuerda larguísima, que cogí y luego salí con ella. Aunque dudé por unos instantes si debía llevársela a los hermanos. La gran abuela nunca se portó mal conmigo y de niño masticaba la cisca que ella me daba.

—¿No quieres colaborar con nosotros? —dijo Cielo, sonriendo.

Sacó un cigarrillo con sus guantes blancos, lo encendió y se lo puso en los labios. Los guantes que llevaba puestos en sus manos eran elásticos y me recordaron la colleja que me dio mi primo en la cabeza poco antes. Me vino de golpe un pensamiento a la cabeza: ¿no tenían esos dos las manos palmeadas y por eso las cubrían con guantes?

—Si no quieres ayudarnos, no pasa nada. Puedes regresar a tu casa —me dijo Cielo, sujetando el cigarrillo con su mano enguantada y con un tono de voz firme y sereno. El humo del cigarrillo salía expelido por los orificios de su nariz y se difuminaba en el aire. Cielo se rascó su cabello rubio con uno de sus dedos. Añadió—: Puedes irte ahora.

En ese momento, mi hermano De Gao —el mudo— ya se había dirigido del lado este al oeste de la casa para buscar la cuerda. Mi primo era sordo y mudo, pero comprendía lo que los otros decían mucho mejor que el resto de los mortales. De Gao salió con la cuerda en sus manos y yo me di cuenta en ese momento de que había perdido la oportunidad de ganarme el aprecio (y el amor) de esos dos hermanos que tanto me fascinaban. Mi padre y mi madre me dijeron más tarde que no debía haber dudado un instante y debí haber cogido la cuerda para dársela a mis primos. La familia es la familia, me dijeron, y no hay nada más importante ni mejor que ella. Al ver entrar al mudo con la cuerda, me sentí —debo confesarlo— más tranquilo, ya que él había sabido responder a esa regla de oro en el clan familiar de los herbívoros.

—Vale, vale, vale... —dijo Cielo, mientras daba unas palmaditas con sus manos—. ¡Esto es excelente! ¡Vaya que sí!

Lo que me extrañó fue oír que Cielo emitió mientras tanto unos sonidos muy parecidos al balbuceo de un niño cuando se emociona por algo.

—¡Atémosla!... —gritó Cielo inmediatamente.

Tierra empezó por los pies de la gran abuela, la cual nos miraba de soslayo, y continuó por la espina dorsal.

Cielo dejó de fumar y expulsó por los orificios de su nariz el último chorro de humo verde. Con el dedo índice y el pulgar le pinchó la nariz a la gran abuela y la movió de un lado a otro. Yo vi cómo se balanceaba en el espacio vacío el guante blanco de Cielo.

La gran abuela cayó al suelo tripa abajo y sin poder moverse. Recuerdo todavía la luz de sus ojos. La anciana alzó la cabeza, miró al techo y luego me miró a mí con una sonrisa en sus labios. Todavía hoy recuerdo esa cara como si la hubiese visto ayer. La gran abuela parecía uno de esos sapos de las marismas.

De Gao y yo nos quedamos mirándonos. Yo ya había perdido el hilo de lo que estaba sucediendo. Me miró Cielo y me sonrió. Había un contraste enorme entre la imagen imponente de mi primo y la de la gran abuela, tendida en el suelo como un sapo. Incluso siendo ella un miembro de nuestra familia, nadie mostró la menor duda ante lo que se le había hecho. ¡La ataron como se ata un paquete! No pude evitarlo, me agaché y la cogí del brazo.

La gran abuela pudo sentarse y dejó de resistirse e insultar a medio mundo. Me miró con los ojos bien abiertos —ojos que me miraban atentos y que eran iguales que los de un sapo—. A mí esos ojos me helaron el corazón y se me puso la piel de gallina. Creí que yo mismo me había convertido en uno de esos sapos de las marismas. Balbuceé:

—Ella..., ella me está mirando con sus ojos...

Tierra sacó de su cinturón un cuchillo con mango de piel de buey y lo arrojó ante mis pies y los de De Gao. Nos dijo con rabia:

—Abrid bien los ojos y miradla a ella. ¿Por qué me miráis con esas caras de tontos?

No me atrevía a coger ese cuchillo largo y afilado y prefería atarla. Sinceramente, no estaba preparado para cortar vivo a un ser humano. Le pinché el brazo a la gran abuela, ya que quise decirle a De Gao con ese gesto que deseaba atarla. Él me soltó unos sonidos y levantó las dos manos como para decirme que sí, que estaba de acuerdo. El mudo se acercó a la gran abuela y le cogió sus pies anchos y grandes y los ató con una cuerda. Luego le dio una patada y le ató los brazos dando varias vueltas a las cuerdas. En ese momento comprendí lo que pasaba por su cabeza. Ese mudo tenía los dientes muy grandes —era un ambicioso— y quería apoderarse siempre de los logros

de los demás. A mí me daban ganas de estrujarle el cuello a ese mequetrefe y dije:

—Pues la ha atado... ¡Y bien atada que está ahora! ¿Quieres que abramos más los ojos?

Con las manos temblándome, agarré el cuchillo afilado y lo alcé. Vi la hoja y me entró frío en el cuerpo. Sabía que no había un objeto más puntiagudo y afilado que ese en este mundo. Estaba convencido de que podía matar a alguien sin derramarle una sola gota de sangre.

De Gao dejó bien atada a la gran abuela y puso el resto de la cuerda en una esquina de la casa. Poco después, comprobó que había dejado a la abuela bien atada y apretó los nudos. La sentó, y la cabeza de la gran abuela se dobló hacia uno de los hombros. Creía que ya había muerto.

Cielo se sirvió de mi sonrisa siniestra para supervisar mi trabajo. Mi gran abuela me miraba con sus ojos preciosos y yo alcé mis manos. Solo tus ojos, gran abuela, podían dar prueba de mi valentía y lealtad al clan de los herbívoros y, echándole arrestos, me puse con los cortes...

En ese momento, De Zhong —el ciego— dijo, deprimido:

—Hermano De Qiang, empecemos... Deja que sea yo quien corte en pedacitos a esta vieja...

—¡No puede ser!... —interrumpí yo—; fue a mí que el primo me asignó esta tarea...

El ciego volvió a golpear el suelo con su bastón y dijo:

—¡Déjame a mí! ¡Quiero cortarla a trocitos! ¡Vosotros tenéis ojos, pero no podéis ver el odio que tengo en mi interior!

De Zhong estaba apoyado en su bastón y con la mano que tenía libre me apuntó a la cara, y lo hizo con una precisión que ni siquiera alguien con la vista bien regulada hubiese podido hacerlo. Tenía la mano blanca y huesuda, y yo sentí que me faltaban las fuerzas para contradecirlo. Las manos me sudaban y le dio el cuchillo al ciego.

Al ciego parecía que le habían crecido los ojos y caminó dando grandes pasos hacia la gran abuela. Dejó el bastón apoyado en la pared y con la mano izquierda cogió el cabello de la gran abuela. De esa manera puso mirando al cielo la cara hinchada de la gran abuela. El ciego sujetaba con la mano derecha el cuchillo afilado y lo aceró a las bolsas de los ojos de la anciana. El ciego acercó la punta del cuchillo a esos ojos con una precisión que nadie hubiera imaginado que pudiera tener un ciego. Tenía una habilidad sorprendente manejando esos utensilios que yo desconocía. Vi la hoja de ese

cuchillo y me recordó la piel escamada y plateada de un pez que rondaba por los ojos de la gran abuela. Con una habilidad asombrosa, el ciego acercó la punta del cuchillo a las bolsas de los ojos de la gran abuela, hizo un corte y le sacó los dos ojos. La pobre anciana se quedó sin sus dos órganos visuales y sus dos ojos se convirtieron inmediatamente en un par de agujeros ensangrentados.

—¡Ciego, buen trabajo el tuyo!... —le elogió Tierra.

A pesar de tener las cuencas de los ojos vacías, la gran abuela ni siquiera rechistó. Si quería seguir estando viva después de esa tortura, la gran abuela demostraba tener una voluntad de hierro y un apego fortísimo a la vida, y encima no se quejaba. Por consiguiente, pensé que la gran abuela ya estaba muerta cuando el ciego le quitó los ojos y el mudo le dio una patada; y los muertos, ya se sabe, ¿son muy valientes? Yo me sentía destrozado ante lo que había visto, Cielo parecía leer mis pensamientos y, como queriendo consolarme, dijo:

—Primos, ¿no ha sido suficiente lo de los ojos?

Pero en realidad, no pensaba igual que yo. La gran abuela no había muerto (como yo pensaba) y al día siguiente, muy temprano, por mañana, se puso a propinarnos todo tipo de insultos que nos despertaron.

Esa noche, ninguno de los tres hermanos (yo, el ciego y el mudo) pudo dormir. Lo mismo sucedió con Cielo y Tierra. Nos acostamos, sin embargo, sobre una cabaña con paja en el suelo que había en el ala oeste del patio de la casa de la gran abuela, que era el sitio donde dormían los perros. Nuestro instinto asesino no tardó en asustar a la perra y esta se fue. Nosotros aderezamos la paja, la sacamos fuera de la cabaña e hicimos unas camas sobre las cuales nos acostamos para dormir. Lo cierto es que esa manera bárbara e incivilizada de dormir nos pareció muy emocionante. Pudimos al menos respirar el aire fresco del exterior. Era relajante y nos sentíamos en armonía con el ritmo de la naturaleza. Nada cubría nuestros cuerpos, pero yo estaba seguro de que esa manera de dormir, a la intemperie, era muy saludable. Sentí que mis dos primos y su manera de gestionar los asuntos familiares me hicieron ver las cosas con otro ángulo y con mayor perspectiva. Es decir, ensancharon mis ojos de golpe. No estuve muy acertado, pero al día siguiente, me prometí, lo haría mejor.

La gran abuela se puso a aullar con la luz del día y yo no comprendía cómo había podido ponerse a vociferar después de lo que había sufrido. ¿Algún demonio la había poseído durante la noche?, me pregunté.

Cielo y Tierra se levantaron de la paja al mismo tiempo, no hicieron caso de los aullidos e insultos fantasmagóricos de la gran abuela y nos guiaron a nosotros —los tres hermanos— hacia uno de los lados del río para lavarnos la cara y la boca. *Glu, glu, glu...* Así lo hicimos. También recogimos agua y luego tomamos el camino de regreso a casa.

Cielo y Tierra desayunaron algo, pero ni yo ni mis dos hermanos nos atrevimos a hacerlo.

Cielo y Tierra nos condujeron de nuevo a la habitación para cortar la cabeza al gran abuelo y tirarla al río. Las aguas del río estaban muy limpias y fluían con normalidad y era una lástima ensuciarlas en esos momentos con la cabeza del gran abuelo. Pero así lo hicimos, sin rechistar. Cielo peinó el pelo de la cabeza del gran abuelo con un peine de cuerno de buey que estaba muy bien tallado y adornado. Luego nos fuimos a un lado del puente y arrojamos la cabeza a las aguas, y lo hicimos a la vista de todos.

El sol —un solo rojo— ya estaba en todo lo alto y Cielo quiso que llevásemos custodiada a la gran abuela a un lado del puente. La abuela se negó, por supuesto, pero nosotros la llevamos de todas las maneras. La atamos a un palo y la llevamos sobre nuestros hombros, como se lleva el ganado al matadero cuando se pone terco.

Solo el Cielo parecía saber lo que estaba ocurriendo con esos dos ancianos y los que no vivían en el *cun* desconocían lo que estaba sucediendo en el puente; y esa era la razón por la cual todos ellos seguían haciendo una vida normal; pero unos cuantos que vivían en la aldea vieron la cabeza del gran abuelo colgando del puente. Los pobres se asustaron tanto que emitieron gritos y salieron corriendo nada más verla. Cielo y Tierra les gritaron:

—¡Deteneos!... ¿Adónde vais?...

Entre ellos, estaba el carnicero. Nosotros ya habíamos sacado la balanza del saco del carnicero y un cuchillo largo para cortar la carne cuando le pedimos a ese buen hombre que cortara a la gran abuela en varios trocitos. El carnicero era un tipo fuerte que se resistía a aceptar nuestra proposición. Cielo le tocó la calva de su cabeza con sus guantes blancos. El carnicero ya tenía sus años y, tartamudeando, le dijo a Cielo:

—Por mis ancestros... Yo no quiero hacer eso... Ese cuchillo tampoco quiere hacerlo... Le puedo dar doscientos *jin* de carne de cerdo... Con esa carne se puede alimentar a un ejército... Solo tienen que dejarme ir...

Cielo sonrió:

—Quiero comprobar hasta dónde llega tu habilidad —le dijo mientras apuntaba como un loco a la gran abuela, y luego añadió—: Hemos decidido que esta anciana debe morir con la tortura de los mil cortes...; pero si la cortas en cuatro partes, eso ya nos valdrá... El resto lo haremos nosotros...

El carnicero se arrodilló inmediatamente y golpeó el suelo del puente con la frente. Esos golpes resonaron con contundencia en el puente. El carnicero se puso a implorar:

—Por mis ancestros, no me obligue a hacer esto... Sé despedazar a los cerdos y sé cortar la carne de cerdo, pero no la de los seres humanos...

Cielo le respondió:

—No seas modesto, carnicero. Los cerdos y los hombres son mamíferos... Quien sabe sacrificar cerdos, sabe sacrificar seres humanos... No me vengas con excusas, carnicero... El problema es que ni siquiera a ti te convencen tus argumentos... Tú siempre has considerado que nadie debe matar a los hombres...; pero en realidad, ese es un prejuicio. Si tú no la matas a ella, seré yo quien te mataré a ti...

Enfurecido, Tierra dijo agitando el cuchillo para matar cerdos:

—¿Por qué gastas tanta saliva con ese tipo? —Tierra frotó varias veces la hoja del cuchillo contra las piedras que había en puente. Luego golpeó con la hoja del cuchillo la cabeza desnuda del carnicero—. ¿Cortas?

Tras los golpes en la cabeza, el carnicero retrocedió unos pasos y su cuerpo se encogió como el de uno de esos gusanos de seda. Con la lengua endurecida y la boca encorsetada, dijo:

—Corto, corto...

Vimos cómo el carnicero acariciaba la hoja del cuchillo. Al hombre le temblaban las pupilas de los ojos y se puso a llorar. Dio unos pasos y se inclinó a un lado. El carnicero se puso delante de la gran abuela y vio las cuencas de los ojos totalmente vacías y ensangrentadas. Esos agujeros daban más miedo que los ojos de los fantasmas. De los dos agujeros negros salían gotas de sangre y olían mal. El carnicero agarró a la gran abuela con una de sus manos y ella emitió un grito que ponía los pelos de punta. Yo volví a pensar que la abuela ya estaba muerta y ese que gritaba era un espíritu que la había poseído. Incluso pensé en decírselo al carnicero. Quizá eso le proporcionaría la motivación suficiente para realizar su tarea; pero me di cuenta de que tenía hambre y también me di cuenta de que mis dos primos se estaban aburriendo. El carnicero soltó de repente el cuchillo, se giró y salió

corriendo. Al verlo correr, pensé que ese buen hombre se había vuelto loco. Salió corriendo con todas sus fuerzas y a una velocidad increíble.

Cielo suspiró y dijo:

—La madera podrida no sirve para cincelarla... Vaya decepción...

Tierra no dijo nada y sacó el arma que llevaba con él y apuntó al carnicero. ¡Pum! —le disparó—, y el carnicero se tambaleó, cayó al suelo y rodó por el puente hasta caer a las aguas del río.

Poco después vinieron al puente los del mercado de la aldea y vieron la cara de la gran abuela sin sus ojos y la cabeza del gran abuelo. Los pobres se asustaron y nadie se atrevió a cruzar el puente. Hubo uno, sin embargo, que fue la excepción —y se trataba de una mujer de mediana edad que llevaba una cesta en sus brazos—. Al paso de esa mujer por el puente, la sangre humana circulaba ya sobre la superficie como unos riachuelos. El odio también circulaba por las aguas del río y nadie osaba quejarse. A la mujer le costaba mantener el equilibrio con esa sangre que circulaba sobre el puente; y a nosotros, su actitud nos causó mucho respeto. Cielo, como solía hacer, sonrió y dijo:

—Cuñada, ¿no te importaría cuartear a la gran abuela? ¿Eres capaz de cortar como los buenos carniceros un trozo de carne que pese cuatro *liang* exactamente? Creo que tú sabes cómo hacerlo...

Ella se mordió los labios y sonrió. Sus mejillas enrojecieron como dos albaricoques en almíbar. La mujer tenía los ojos brillantes, los dientes blancos y el cabello negro como el plumaje de un cuervo. No había perdido ningún encanto ni frescura a pesar de haber alcanzado ya la mediana edad. Si la comparabas con las mujeres de mi clan, esa mujer tenía otro aire y otro estilo. Ella dijo con palabras claras:

—Niños, todo esto lo habéis planeado muy bien...

Cielo le repuso:

—Lo mejor está por llegar...

—Pues esperaré para verlo... —dijo ella.

—Pero no discutas lo que hagamos, ¿quieres? —dijo Tierra.

Ella alargó sus manos limpias y dijo:

—¿Queréis por lo tanto que estas manos la corten para que vosotros no ensuciéis las vuestras?

—No me vengas con trucos —dijo Tierra.

—Niños —dijo ella—, ¿de verdad que queréis hacerle eso a la anciana?

—Queremos observar tus habilidades —dijo Tierra.

Ella me dio el cesto y me pidió que la ayudase a levantar a la gran abuela. La mujer cogió unas hojas que había en el interior del cesto y le tapó las cuencas vacías de los ojos. Con el cuchillo le arrancó a la anciana en un abrir y cerrar de ojos un trozo de su carne y se lo dio a mis primos:

—¡Eh!... ¿Qué os parece esto? ¡Pesadlo, anda!

Tierra colgó el trozo de carne de la gran abuela en el garfio de la balanza y dijo con gran admiración:

—A eso se le llama saber utilizar un cuchillo... ¡Vaya que sí! Y pesa cuatro *liang*.

Tierra le pidió a la mujer:

—Envuélvenos ese trozo de carne. La utilizaremos como relleno para los raviolis.

Tierra sacó de la cesta de la mujer una hoja y envolvió los cuatro *liang* de carne de la gran abuela. Luego los arrojó a la cesta.

—Vosotros... ¿Creéis que esto es legal?

Cielo le respondió:

—Sabemos que no es legal; pero al hacerlo, cumplimos con nuestro destino.

La mujer de mediana edad se fue y Cielo bostezó:

—Qué aburrimiento..., pero qué aburrimiento...

VIII

Nuestro padre nos contó que él acompañó a los dos hermanos al arcoíris del norte esa noche en que apareció por primera vez y al segundo día, cuando mataron a su gran abuelo. Llevaba con él —a sus hombros— un azadón para cavar la tierra. Nosotros lo teníamos claro: ninguno de esos hombres era capaz de hablar otra vez de lo que había sucedido. Cuando nuestro padre nos lo contó, utilizó la primera persona —algo que rara vez se volvía a repetir cuando él hablaba—. Según nuestra experiencia, la gente que ha sufrido alguna experiencia traumática pasa por momentos de confusión. Por eso utilizó la primera persona: esa era una manera de situarse en el presente respecto al pasado. Él se vio de repente inmerso en mil recuerdos relacionados con la Historia que se contaba a sí mismo, como un hombre ya mayor que cuenta hechos históricos a otros más jóvenes. Nos sentamos en el interior de la entrada del pabellón, donde corría aire y se estaba más fresco. Luego seguimos los pies desnudos del padre —pies que parecían de acero—, que pisaban la tierra de los campos sin labrar bañados por la luz del sol. Yo sentía en esos momentos que nuestro espíritu era como la lluvia que cae sobre una hierba pálida y moribunda. La gloriosa y vigorosa historia de nuestro clan —el clan de los herbívoros— ya era cosa del pasado, como eran del pasado las mil cosas que le habían sucedido. En realidad, todo lo que sentíamos respecto a ese pasado era confuso. Sí, pero la confusión era nuestra y no de nuestro padre. Un hombre es capaz de ver lo que ha sucedido desde un punto de vista particular que no tiene nada que ver con el hecho de estar confuso o haber perdido la razón. Pero —y ahí va mi reflexión—, si alguien cuenta algo que encandila a las masas y atrae su atención e interés, ¿cómo se puede afirmar que ese ser está confuso o ha perdido la chaveta? Pues está claro: la cabeza de mi padre era clara como la superficie de un espejo. Pero mi padre no nos contó lo que apareció al otro lado del puente, ni lo que sucedió con la mujer de mediana edad elegante que había descuartizado a la gran abuela. Esa mujer apareció de repente y volvió a desaparecer de la misma manera, igual que un arcoíris. Nosotros llegamos a la conclusión de que esa mujer tenía algo que ver con la Segunda tía abuela. También pensamos que ella era la encarnación de ese extraño y bello arcoíris del norte. En esa época, las gentes de mi clan nacían con una membrana rosa que unía los dedos de sus manos y sus pies y la saliva de los zorros rojos servía de

elixir mágico. Era una época en la que las comadrejas podían meterse en el cuerpo de las jóvenes para hacerlas cantar y bailar. ¿A quién le iba a importar por lo tanto una mujer que desaparecía sin dejar rastro?

IX

Más tarde, mi padre me contó que Cielo y Tierra se deprimieron —parecían unos subordinados a los que un jefe les había echado la bronca por alguna nimiedad—. Ese tipo de acrobacias en las que cortaban a un hombre hasta la muerte no traían nada bueno. Mi padre me dijo que sus dos primos tomaron un camino de piedras y se fueron hacia el sur. Arrojaron por el puente a la abuela, que estaba medio muerta, y no le hicieron ni caso. Mi padre y los dos hermanos se morían de hambre y parecía como si un demonio los hubiese poseído. Siguió a Cielo y Tierra hacia el sur y los perros de las casas ladraban y agitaban la cola cada vez que los veían; pero ninguno de ellos se atrevía a ir más allá del patio en el que estaba encerrado. Mi padre me dijo que el mudo De Gao no paraba de coger las piedras del camino y luego las arrojaba a las casas que había a los lados. Parecía como si odiase a los habitantes de esas casas. Mi padre me contó que el ciego De Zhong exploraba el camino con su bastón y caminaba rápido como el viento.

Ellos continuaron caminando hasta llegar a un pueblo que estaba en el sur. Ese año, nuestro abuelo había abandonado a la Segunda tía en el templo de las Langostas. Cielo abatió una liebre con su arma y Tierra un tejón. De Gao se encargó de despellejarlos y lavar su carne. Cielo reunió algo de leña y preparó un fuego. Mi padre me contó que, al reunir Cielo la leña, oyó a los dos primos reír. Tierra le dio una patada en el culo al ciego y le dijo:

—Si ese es el buen método, mañana lo utilizaremos.

Cielo dijo:

—No lo dudéis. Primero a comer la carne, y luego a ponerse en marcha.

Mi padre me contó que él estaba bastante insatisfecho con el primo ciego, el de la cara siniestra. La admiración que les tenía a los primos quedó por los suelos y su corazón se deprimió. Justo en ese momento, el mudo pelaba el tejón y luego cogió la liebre y la dejó limpia de los pies a la cabeza. Mi padre le hizo otra vez varios gestos con la mano y varias señales con los ojos para mostrarle su desagrado con lo que estaba haciendo el ciego. Mi padre le pidió al mudo que dejase las bestias sobre la hierba y que se precipitase sobre el ciego para apretarle el cuello. El ciego estaba indefenso... ante la fuerza bruta del mudo..., y los dos cayeron al suelo. Cielo y Tierra estaban distraídos justo cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando..., y rescataron al ciego de las manos brutales del mudo... Los dos hermanos le dieron en ese

momento un bofetón al mudo y tuvieron que emplearse a fondo. El mudo lo tenía agarrado del cuello y no lo soltaba. Cielo tuvo que golpearle la nariz al mudo con el mango de su arma. La sangre del mudo empezó a salir a borbotones, pero seguía sin soltar el cuello del ciego. Solo al cabo de un buen rato, el mudo lo soltó para cubrirse la nariz con una de sus manos. El ciego fue de esa manera rescatado. Mi padre me dijo que al ciego se le había puesto la cara morada y los ojos se le salían de la cara. Afortunadamente, el ciego ya no necesitaba esos ojos.

Cielo cogió la nariz del mudo para comprobar su estado y luego se echó encima del cuerpo del ciego. Le apretó con sus dos manos el pecho y el ciego empezó a respirar. Fue de esa manera que volvió a la vida.

Mi padre me contó que Tierra le dio varios sopapos al mudo, y este se cubría la cara con sus manos. Se le pusieron los ojos rojos y finalmente dejó de oponer resistencia.

Se habían prendido como prende el fuego y asomó lo que de animal salvaje había en ellos. Fue así que se pusieron a devorar la carne del tejón y la liebre. Tras quedarse satisfechos, Cielo y Tierra se tumbaron sobre la hierba tripa arriba. Ni tú ni yo nos atrevimos a abrir la boca.

Mi padre me contó que Cielo les dijo que, por cada estrella que había en el firmamento, había un hombre en este mundo. Las estrellas gobernaban sus vidas. Tierra dijo que esas lindezas eran estupideces y añadió que cualquier hombre puede en cualquier momento cambiar el destino de otra persona. No era verdad, dijo Tierra, que un hombre moría por cada estrella caída. Cielo preguntó: y entonces, ¿por qué caen las estrellas? Tierra le respondió que no, que las estrellas no mueren y se desprenden del firmamento, sino que cambian de hogar.

La carne de esos animales no paraba de dar vueltas en mi estómago. Mi padre me dijo:

—Ten cuidado. Hay varios perros salvajes escondidos entre los matorrales. Esos perros tienen fuera sus lenguas rojas y largas. ¿Y sabes por qué?... Porque no les quitan el ojo a esos huesos que hemos dejado...

Cielo y Tierra seguían discutiendo sobre las estrellas y los hombres cuando el tema cambió de golpe y se pusieron a hablar de las tejas de los templos. Luego se pusieron a hablar de los cuervos que se posaban sobre esas tejas. ¿Por qué había tantos cuervos que se posaban sobre los tejados de los templos? Su conversación no carecía de interés. Aunque luego se les

acabaron las preguntas y las repuestas. Mi padre se quedó adormilado sobre la hierba seca.

Mi padre me dijo que cuando el sol se puso en el oeste y el cielo y la tierra se unían con una capa fina roja como la sangre, Cielo lo cogió y le dijo que se levantara. Ya hemos comido y hemos dormido, ahora hay que cumplir con nuestra misión. Mi padre se frotó los ojos y vio una sombra alargada sobre la hierba. Me dijo que de repente oyó voces de gente mayor y pensó que los fantasmas nunca tienen sombra. La sombra tenía que ser forzosamente la de Cielo o Tierra. Ello probaba que esos dos hermanos no solo tenían una gran fuerza, sino que eran unos seres humanos afortunados. Unos seres con suerte a los que la naturaleza había dotado con todo tipo de atributos y dones. Mi padre dijo que la sombra era larga y se repetía, y era la sombra de unos seres afortunados.

Cielo y Tierra se dirigieron de manera indisciplinada a la aldea y mi padre y los otros los siguieron. Cuando se acercaron al *cun*, anochecía y soplaba un viento que agitaba las hierbas, y las hojas amarillas de los castaños —así como sus ramas— también se removían. Esas hojas parecían mariposas de alas amarillas. Mi padre me comentó que, en esa época, en los caminos empedrados del norte y el sur había mucha gente que sujetaba con sus manos boles de gachas. Pero en esos momentos no había nadie. Solo la sombra de algún gato salvaje aparecía ocasionalmente. Mi padre volvió a decirme que ese camino le aburría mortalmente y que cuando pasaban por delante de las puertas de las casas y veía lo que ocurría dentro se animaba un poco, pero él no se escapaba. Sentía que debía seguir las órdenes fuesen donde fuesen y era incapaz de hacer lo contrario.

Con una imbecilidad absoluta, De Qiang saltaba sobre las piedras que formaban el camino. Mi padre me dijo que el imbécil de De Qiang tenía en esos momentos trece años y medía tres *chi* de alto. El pobre se negó a llevar cualquier tipo de ropa desde su nacimiento y por ello tenía la piel roja y brillante, como los bebés.

Detuvo a Cielo y Tierra, se mordió la lengua y dijo:

—Quiero sopa, quiero tomar una sopa.

Tierra esbozó una sonrisa forzada, delicada y siniestra.

El imbécil de De Qiang volvió a repetir lo mismo:

—Quiero sopa, quiero tomar una sopa.

Con enfado, Cielo le preguntó:

—Mi primo, pero ¿adónde vamos a ir para tomar una sopa?

Y el imbécil de De Qiang respondió con claridad:

—Venid conmigo a tomar sopa.

Cielo y Tierra intercambiaron una mirada y se dijeron algo en voz baja. Cielo estiró de repente su mano y dijo:

—Pues te acompañaremos.

Mi padre me dijo que formaban una fila de cinco personas que seguía al imbécil de De Qiang, el cual iba como le trajeron al mundo y hablaba siempre dando rodeos. Nos metimos en una callejuela oscura y entramos a un pabellón. Mi padre supo que se trataba de la casa del Séptimo abuelo. Mi padre le dijo que el gran abuelo y la gran abuela habían sido ejecutados. El Séptimo abuelo y la Séptima abuela eran, por lo tanto, los que ocupaban el lugar más alto en la jerarquía del clan familiar. Tenían un perro en su casa. De hecho, era una mezcla de perro y lobo, y por eso era tan feroz y por eso lo tenían siempre atado. Cielo pasó volando junto a él y el perro, al verlo, se puso a ladrar. Y debido al temperamento del perro, las cadenas que lo ataban eran más gruesas de lo normal. Lo extraño era que ese perro lleno de odio dejaba de ladrar cuando se ponía el sol. Se metía en su agujero y lo único que hacía era gruñir como un ser humano. Mi padre decía que los monstruos asesinos que eran Cielo y Tierra lo intimidaban. Los perros conocían bien la naturaleza de los hombres y mi padre decía que el perro conocía las armas y había reconocido al instante las que llevaban con ellos los dos hermanos. Tú saltaste rápidamente, y saltaste hacia las armas. ¿No era por el perro?

Mi padre me contó que el Séptimo abuelo los recibió en el patio de su casa. También me contó que, al verlo, no lo reconoció. El Séptimo abuelo había sido un auténtico gallito de pelea en su juventud, le gustaba vestirse bien, la buena comida y la bebida, y se iba siempre que podía de putas. No había vicio que le fuese ajeno al bueno del Séptimo abuelo. Ahora, y ya con los años encima, se pasaba los días echado en su silla y observando a la gente. Los miembros del clan le llamaban «el Séptimo echado»; y lo cierto es que el hombre ya no temía ni la ira del Cielo ni los imprevistos de la Tierra. El Séptimo abuelo tampoco se quitaba de la cabeza su gorrito de melón ni su chaquetilla china de satén negro. Una sonrisa amplia y plácida no se le borraba de la cara. Cualquiera lo hubiera tomado por el secretario del pueblo. Con esa pose, el Séptimo abuelo recibía a la gente en el patio de su casa. Mi padre y los que iban con él seguían detrás —en fila— al imbécil de De Qiang. El orden era el siguiente: Cielo, Tierra, De Gao, De Jian y, a la cabeza, De Qiang, totalmente desnudo. De Zhong iba el último, algo

rezagado, y se guiaba con su bastón como podía. Todos ellos iban en fila y recordaban esas filas de personas que aparecen en las ceremonias oficiales que retransmite la televisión.

Mi padre dijo que la Séptima abuela tenía la cara llena de granos y ello le daba un aspecto terrorífico que asustaba con solo verlo. A la mujer le habían desaparecido la bondad, la generosidad y la amabilidad de su juventud. A mi padre, en cambio, no le disgustaba y esa apariencia le parecía incluso agradable.

Las mesas y las sillas estaban ya puestas en orden en la sala central de la casa. Mi padre me dijo que la estructura de esa sala —como la de todas las casas de los miembros del clan de los herbívoros— era igual que la de la casa del gran abuelo, y no había cambiado en varios siglos. La cara grabada de la abuela asustó a Cielo y Tierra. Mi padre vio cómo retrocedían y se echaban para atrás intimidados. La Séptima abuela les gritó:

—Mis queridos nietos..., sabía que ibais a llegar y que os hubiese gustado verme muerta... Venga, sentaos...

Mi padre me contó que la abuela de la cara grabada ayudó a Cielo y Tierra a sentarse en sus asientos respectivos; pero que lo hizo con indiferencia, como si no quisiese ayudarles. Luego llamó a cada uno: De Gao, De Zhong, De Qiang, De Jian (mi padre)... Vosotros cuatro, perritos... ¡Sentaos, anda!

El Séptimo abuelo entró y vertió agua en una tetera. Mi padre me dijo que el «séptimo echado» se convirtió en un jefecillo que llevaba con mano de hierro a su gente. Mi padre me dijo que nuestro Séptimo abuelo sirvió el té, encendió tres velas y luego se sentó.

Mi padre me dijo que la abuela de la cara grabada sirvió ese día siete platillos y ocho boles que llenaron la mesa. Había, por supuesto, pollo, pato, carne de buey y pescado, y todo tipo de sabores exquisitos.

El Séptimo abuelo fue el primeo en probar la comida, no sin antes darle un trago a uno de los boles que contenía su licor blanco. Cielo comía con elegancia y buenos modales, y Tierra parecía un lobo que no había comido durante días. Mi padre me dijo que tanto a Cielo como a Tierra les faltaban manos para hacerse con todo lo que había sobre la mesa y ni siquiera se habían sacado los guantes blancos. Se llenaron tres veces los boles de aguardiente y tres veces se vaciaron. Mi padre me comentó que, tras beber su último bol, el Séptimo abuelo les dijo con una voz clara a Cielo y Tierra:

—Mis queridos nietos, que os quede claro, yo no tuve nada que ver con lo que le hicieron a vuestra madre y vuestra Séptima abuela puede dar

testimonio de ello.

La cara grabada de la Séptima abuela se puso a sonreír burlonamente y con mucha sorna.

—Todo eso fue el plan roto por un marido y una mujer ancianos. Matarlos era precisamente la retribución deseada.

Cielo dijo:

—Comed, comed, comed... El pasado, pasado está. Hemos venido aquí, pero no para vengarnos.

Mi padre me dijo que el Séptimo abuelo, tras oír las palabras de Cielo, comió con tranquilidad, y su cara se infló como la de un cerdo y sirvió con cortesía a Cielo y Tierra —y les sirvió como se sirve a unos miembros de la familia—. Cuando acabaron de comer, la Séptima abuela sirvió unas pipas de girasol y dijo:

—Mis nietos, también puedo sacaros unas pepitas de melón... Yo, al principio, no aguantaba sus costumbres extrañas... O comías carne de burro o te alimentabas con hierbas... Pues la gente eligió comer hierbas y más hierbas...

Tierra le replicó:

—Está claro que lo has comprendido.

Y la Séptima abuela se lanzó a contestarle:

—¿Qué he comprendido?... La vejez me ha está dejando la cabeza aturdida...

Mi padre me contó que él no previó que esa paz iba a romperse de golpe... El ciego de De Zhong se cubrió la barriga con la mano y gritó... ¿Qué pasa, niño?... Pero ¿qué pasa?, oyó mi padre que le decía la Séptima abuela a De Zhong.

—¡Este licor está envenenado! —dijo el ciego.

Mi padre me contó que la Séptima abuela le arreó inmediatamente un bofetón al ciego y le dijo:

—¡No eres más que una mierda apestosa de perra! ¡Eso es lo que eres!... ¡Tú sí que tienes veneno en la lengua!... ¡Te he visto, pequeñajo, mamar del pecho de tu madre!

El mayor de los primos dijo:

—Aquí no hay veneno.

El Séptimo abuelo añadió:

—Para mí, este es el nieto más inteligente.

Cielo dijo:

—¿Inteligente, yo?... No tengo nada de inteligente...

Mi padre me dijo que Cielo se puso de pie e, hipando, se dirigió a la Séptima abuela y le dijo:

—Tú y el Séptimo abuelo, abrid bien los oídos... No os lo voy a decir dos veces...

Y la abuela de la cara grabada y el Séptimo abuelo dijeron al mismo tiempo:

—Habla, por favor...

Cielo dijo:

—Vosotros dos ya no sois un par de jovencitos y os queda poco de vida. ¿No es así?

—Bueno —respondió la abuela de la cara grabada—, nos queda bastante, bastante...

—¿Y no os ha dado por pensar en una manera de morir? —preguntó Cielo.

Mi padre nos dijo que al Séptimo abuelo, tras oír esa pregunta, se le puso la cara pálida, le temblaron los labios y fue incapaz de pronunciar una palabra.

La abuela de la cara grabada dijo:

—Sobrino, tú que eres el mayor de los hermanos, ¿no crees que los dos ya habéis hablado lo suficiente? ¿A qué viene llamar ahora al rey Yama, el Rey de los Infiernos? Sinceramente, yo no tengo muchas ganas de ir a ver a ese tipo...

Y Cielo dijo:

—El rey Yama ha venido.

Mi padre me dijo que vuestro Séptimo abuelo cayó de rodillas al suelo y se oyó un *¡plop!*

—Mi querido nieto, no me mates. Yo no le hice nada a tu madre... — imploró el Séptimo abuelo.

Tierra le dio una patada y dijo:

—¡Levántate! Ahora ya ni puedes irte a ningún lado.

La abuela de la cara grabada dijo con clama:

—Mi querido nieto, tú que eres el mayor, ni siquiera el emperador tiene derecho a matar a gente inocente. Si nos matas, habrás cometido una falta muy grave.

Cielo sonrió y dijo:

—Vieja, te confundes. Si te mato, pues te mato. ¿Qué tienes que decir a eso?

La Séptima abuela le respondió:

—No has comprendido nada. Incluso muerta, yo no cerraré los ojos. ¿Lo entiendes ahora?

—¡Ah, así que incluso muerta se te quedarán los ojos abiertos!

Tierra alzó la mano y dijo:

—Ve a buscar la cuerda, anda.

Mi padre me contó que su primo no tardó un segundo en encontrar una cuerda. La abuela cogió un cuchillo de cortar verdura y dijo:

—¡Hijos de puta! ¡Cómo os atrevéis a hacerme esto!

—No te vamos a atar con esta cuerda —dijo Cielo.

—Ciego —dijo Tierra—, nosotros no queremos atarla y ella no se va a dejar. ¿Qué podemos hacer?

El ciego dijo:

—Le podemos golpear la cabeza con mi bastón.

Tierra dijo:

—No, eso no está bien...

El imbécil de De Qiang añadió, mordiéndose la lengua:

—Le podemos cortar las manos.

—Tú, pequeñajo, de imbécil no tienes nada...

Tierra dijo:

—Dale un puñetazo.

Mi padre dijo que él, De Gao y De Qiang se echaron para atrás. La abuela de la cara grabada agitaba el cuchillo en el aire y hacía viento con él. Insultó a los presentes:

—Hijo de puta, primero, ¡os voy a cortar a vosotros en dos!

El mudo no pudo evitar completamente el primer ataque del cuchillo de la Séptima abuela y le cortó un trozo de la oreja. Mi padre dijo que tuvo la idea brillante de coger una tapadera de un cazo y pudo protegerse así del cuchillazo de la abuela de la cara grabada. De Qiang se tiró al suelo como un dragón y agarró una de las piernas de la abuela. De Gao también se lanzó hacia la abuela y le cogió el cuello. Mi padre me dijo que él golpeó la barriga de la abuela de la cara grabada con la cabeza. Mi padre me comentó que Cielo cogió un bloque de madera sobre el que se corta la carne, y que estaba en la cocina, y se lo tiró a la anciana. El cuchillo de cortar verduras quedó encallado en la tapadera metálica del pote que me había salvado la vida y mi padre, al ver que la abuela se había quedado desarmada, le dijo a Tierra:

—¡Hay que cortarla ahora!...

Tierra le replicó inmediatamente:

—¡No, eres tú quien va a cortarla!

Mi padre me contó que los dos retrocedieron hacia la cocina para coger unas tijeras, unas telas y un martillo. Cielo abrió las palmas de sus manos y Tierra las empuñó. Nos ordenaron a mí y a mis otros tres hermanos que pusiéramos las manos de la abuela sobre la plancha de madera para cortar carne. La Séptima abuela se defendía con vigor y no se dejaba manejar —la mujer resoplaba como uno de esos búfalos que hay en las charcas—. Mi padre me contó que ni siquiera juntos y con todas sus fuerzas eran capaces de someterla. Se acercó Tierra y puso sus pies sobre la espalda de la Séptima abuela.

—¡Venga, sincérate!... —le dijo, pero la abuela de la cara grabada no se sinceró. Cielo alzó el cuchillo de cortar verduras y respiró sobre la hoja metálica. Luego la dejó caer y se oyó al instante un ¡zas! La abuela de la cara grabada apretó el puño y lanzó un grito enloquecido. A pesar de que los pies de Tierra estaban sobre la espalda de la anciana, esta podía mover todavía su giba pequeña y abultada. La sangre empezó a salir a borbotones de su puño y esa manaza se separó del brazo y cayó al suelo.

Mi padre me contó que Cielo le dio el cuchillo de cortar verduras a Tierra, el cual, tras recibirlo, lo limpió con el dedo pulgar de su mano. Luego le cortó la otra mano a la abuela de la cara grabada.

Cielo dijo:

—Vosotros, podéis soltarla.

Y mi padre y los otros la soltaron. La abuela de la cara grabada se puso derecha con dificultades. Al perder las dos manos, no tenía donde apoyarse y perdió el equilibrio. Unos chorretones de sudor le caían por la cara.

—¡Sois unos animales! ¡Sois unos animales desalmados! —dijo con la garganta la Séptima abuela y agitando sus dos brazos sin manos, según me contó mi padre.

Mi padre me dijo que esos brazos parecían un par de palos y la sangre negra que chorreaban sin cesar era como gotas de lluvia que caían sobre el suelo de la habitación. La sangre salpicaba en la cara blanca de la anciana. Cielo parecía estar ardiendo por dentro y lanzó un grito que parecía más bien el grito de un diablo. Mi padre me contó que Cielo tuvo que limpiarse la sangre que le había caído a la cara y, exasperado, gritó:

—Rápido, rápido...; echadla otra vez al suelo y cortadle los pies...

Mi padre me dijo que la abuela de la cara grabada cerró los ojos y golpeó el suelo con la cabeza. El mudo la cogió con sus manos y la apretó contra la superficie del suelo. Cielo y Tierra le dieron a mi padre la tarea de cortar los pies de la anciana. La Séptima abuela tenía unos pies diminutos enfundados en unas zapatillas de satén. La verdad es que verlos tan de cerca daba miedo. Mi padre se fijó en la cara de la abuela y la encontró feísima. Sus dos pies, en cambio, tenían algo de encantadores. Mi padre me contó que cuando le tocó su turno, la hoja del cuchillo para cortar verduras ya estaba llena de sangre caliente y por ello le resultó más fácil cortarles los pies a la Séptima abuela. En tres cortes lo hacía; pero mi padre sintió náuseas al llegar al tercer tajo y de su boca salió una saliva viscosa. Arrojó el cuchillo al suelo y salió corriendo hacia el patio. Ahí se dobló y sacó todo lo que llevaba en su estómago.

Los primos le pidieron a De Gao que ayudase con la tarea de cortarles los pies a la abuela de la cara grabada. Pero ¿cómo se iba a poner de pie la abuela? Echada en el suelo, la voz de la Séptima abuela era apenas entendible y se la oía respirar con dificultad. Cielo dijo:

—Ciego, dale un puñetazo y córtale los párpados.

El ciego se puso a la tarea como lo hacía siempre: con lentitud. Cogió uno de los cuchillos pequeños que tenían los primos y se fue a cortarles los párpados a la abuela de la cara grabada, la cual le dijo entrecortadamente:

—Hijo, sé bueno..., y devuélveme las partes de mi cuerpo...

El ciego hizo un corte redondo en los párpados de la anciana. La Séptima abuela gruñó algo y quedó inconsciente.

Mi padre fue testigo de lo que le había pasado al Séptimo abuelo, el cual se había quedado apoyado en la pared, aterrorizado, tras haberse cagado y meado encima. Los primos les pidieron a mi padre y a los otros que cavasen un agujero en el suelo y enterrasen ahí dentro al Séptimo abuelo.

Mi padre me contó que cuando le echaron la tierra encima, al Séptimo abuelo se le alargó el cuello, le sangró la nariz, se le salieron los ojos, y la cara se le puso del color de una berenjena. Cielo iluminaba el entierro con una candela en una mano que le había dado el imbécil y una pistola Mauser en la otra que apuntaba al pecho del Séptimo abuelo. Cielo le disparó y le arrancó un trozo de su pecho.

Mi padre me dijo que las gentes que conocían a vuestro abuelo lo recogieron más tarde. Cielo le devolvió la vela al imbécil y la metió en el cañón del arma del abuelo; luego le dijo:

—Cansado, estás cansado... Si todavía estás vivo, mañana acabaremos con nuestra tarea.

X

El tercer día de la llegada de Cielo y Tierra a la aldea fue un día tranquilo y pacífico. A decir verdad, mi padre odiaba contarme esas cosas y con el tiempo perdió todo el interés por contar ese tipo de historias. Yo tomé el mismo camino que los primos locos y degenerados, que era el de matar los perros en las callejuelas —que es, como se sabe, un camino lleno de erizos con punchas—. Ese par de hermanos no era en realidad un par de asesinos monstruosos. Mi padre siempre me decía que, aparte de la fascinación que ejercían, esos primos hacían cosas increíbles.

Mis hermanos también siguieron a los primos y con ellos apalearon y sacrificaron varios de esos perros callejeros. El imbécil de De Qiang imitaba el ladrido de los perros con un talento divino. Era capaz de hablar su lengua y ello les era de muchísima utilidad a los dos hermanos. Mi padre me comentó que era ya entrada la noche cuando ellos atacaban a los perros y por eso alguien, aprovechándose de la oscuridad, disparó al ciego. Una bala fue a parar a su cuello y de su boca salió un chorro de sangre. El ciego no dijo nada y cayó muerto.

Ese disparo acabó con la caza y captura de los perros. Cielo observó la herida del ciego y vio que esa bala era del calibre setenta y nueve y pertenecía a un arma checa.

Tierra dijo:

—Quien ha disparado sabía lo que hacía.

Mi padre me contó que el tono de voz de Tierra no decayó. Se volvió a oír otro disparo. La bala impactó en un montículo de tierra que estaba ante los pies de Cielo y provocó una humareda blanca. Tierra sacó inmediatamente su arma y disparó. Se oyó un grito que provenía del tejado de una casa del lado oeste y una teja que caía rodando.

Era el Octavo tío, me aclaró mi padre. Ese tío tenía fama de disparar, al igual que lo hacía Tierra, como los mismísimos demonios. De hecho, los dos se iban al cementerio que estaba a un lado del río para practicar e intercambiar las balas.

Mi padre me dijo que ese cementerio no era ni grande ni pequeño. Un pino negro altísimo había crecido junto a él y una leyenda decía que una serpiente negra y muy gruesa vivía en su copa.

Mi padre miró con timidez a Tierra y Cielo. Tierra le preguntó:

—¿Tienes miedo?

Mi padre, De Jian, dijo que no con la cabeza.

Tierra le dijo:

—Iré yo mismo.

Y tambaleándose sobre el camino de piedras, él avanzó hacia delante. Cielo le siguió detrás.

Mi padre me contó que la Séptima abuela murió dos días antes de recibir la tortura cruel y de ser atada a un palo.

A pesar de que no hacía viento, las hojas finas y puntiagudas del pino negro se agitaban y causaban un rumor que recordaba el bramido de las olas. Se giró de repente un vientecillo ligero pero fresco que ponía los pelos de punta. Tierra empujó un caballo de piedra y apareció un *kang* de piedra cuadrado, sobre el cual había unas balas doradas. Tierra cargó su arma con esas balas hasta dejarla bien cargada. Luego puso las restantes en un bolsillo que colgaba de su pecho. Tierra, dando unas palmas, dijo:

—¡Quinientos pelos!

Mi padre me dijo que oyeron el bastón del ciego: *toc, toc, toc...*; y al oírlo, mi padre sintió que se le vaciaba el corazón. De regreso al puente de piedra, las luces del crepúsculo acariciaban las aguas generosas del río y las teñían de rojo. Había además varios destellos de color sobre las aguas del río y ello las hacía aumentar de volumen. Unos asientos de piedra unían el puente a la entrada de la torre. Mi padre me dijo que vio la cabeza del gran abuelo colgada en el puente y moviéndose con el viento. La cabeza daba vueltas y parecía estar viva. La cabeza del gran abuelo desprendía aún olor a muerto. Un cuervo se había posado sobre el cadáver de la gran abuela y se alimentaba a gusto con lo que quedaba de su carne descompuesta. El cuervo se sorprendió al verme, pero siguió picoteando el cuerpo de la gran abuela. Un aguilucho sobrevolaba las aguas del río; desplegó de repente las alas y se lanzó en picado hacia el puente para capturar su presa —parecía un rayo de luz negra—. El viejo aguilucho se llevó con él la cabeza del gran abuelo, pero salió volando con dificultades ya que pesaba lo suyo... La barba de chivo del gran abuelo flotaba en el viento de la noche. Se oyó un disparo y se vio otro fogonazo en el aire. La cabeza del gran abuelo y el viejo aguilucho quedaron fulminados en el cielo y sus trozos cayeron verticalmente sobre las aguas del río. Las plumas del aguilucho tardaron un poco más en caer y permanecieron flotando en el aire durante unos instantes. Tierra no disparó más y sonrió. Mi padre me dijo que ellos, sobre el puente, vieron un agujero en la puerta de

entrada a la aldea y no se lo pensaron dos veces antes de entrar a través de él...

En esa época, en el interior de la entrada de la torre se oían gritos. Hacía no sé cuánto tiempo que no se habían abierto las dos partes de esa puerta y por ello estaban bien cerradas. Justo de la entrada de la torre salieron unas llamaradas de fuego cuyas chispas llegaban hasta el puente. Cielo y Tierra se echaron para atrás y se escaparon hacia un punto muerto de la entrada. Mi padre y los otros también salieron corriendo.

Esa batalla fue organizada por los quince tíos maternos de mi padre. Mi padre me dijo que su padre (nuestro abuelo) no participó. A nuestro padre, por lo tanto, le mordió los dedos la Séptima tía abuela. Mi padre me dijo que él no supo hacia dónde salió corriendo el abuelo para refugiarse.

Cielo dijo:

—Mis tíos maternos, abran la puerta de la entrada y déjenos entrar...

Y desde la parte interior de la puerta se oyó:

—¡Sois unos hijos de puta y unos salvajes! ¡Volved a vuestra casa junto a la madre que os parió!

Se dejó de oír esa voz y una piedra salió de la entrada de la torre. Era una piedra del tamaño de un cojín pequeño que le dio en la nariz a Cielo, el cual casi dejó la vida en ese momento. Cielo levantó su pistola Mauser y disparó una ráfaga de balas contra la entrada. Tierra hizo lo mismo con su rifle. A un lado hubo gente que se puso a aplaudir y otros que se echaron al suelo a llorar. Cielo y Tierra nos pidieron que subiéramos un montículo de tierra y ahí vimos a siete u ocho personas corriendo por la calle. Los dos hermanos se sirvieron de sus armas para abusar de esa gente. Había varios tíos, entre ellos el padre del imbécil De Qiang y el padre del ciego De Zhong.

Mi padre contó que apareció en una noche del festival del Medio Otoño una luna grande y redonda cuya luz era tan poderosa que incluso se podía ver dentro de las casas de la aldea que estaban a oscuras.

La batalla contra los tíos duró varios días. Algunos se escondieron en un pozo seco y otros dentro de pilas de paja; pero no hubo ninguno que no fuese descubierto por el imbécil de De Qiang. Sin duda alguna, el imbécil tenía algo de perro policía. ¡Qué olfato el suyo! Con el dedo, apuntó al pozo. Tierra y Cielo le pidieron al mudo que tirase una piedra dentro del pozo y así lo hizo. Se oyó inmediatamente un grito. O mejor dicho, catorce tíos gritaron al mismo tiempo. El dedo del imbécil señaló la pila de paja y dijo: ahí hay uno. Cielo y Tierra le pidieron a mi padre que fuese a buscar queroseno. Mi padre

se fue a la casa de la Sexta tía y allí lo encontró. Luego roció la pila de paja con él. Cielo empapó una telilla de algodón en alcohol, la encendió y la arrojó a la pila de paja. La pila prendió al instante, dejando escapar llamas altas y potentes —unas llamaradas tan altas como la torre—. Un hombre envuelto en llamas salió de la pila de paja y se alejó varios metros. Se detuvo y no pudo moverse más. Y a pesar de que quedó totalmente calcinado, mi padre lo reconoció: se trataba del Tercer tío.

De dieciséis primos descendientes del mismo abuelo, solo se escapó mi padre. ¿Y dónde se había escondido nuestro abuelo? Mi padre parecía no haber escuchado lo que le dije y continuó con su historia con el mismo tono apático de antes. De Qiang se pinchó la nariz, se fue a la aldea y buscó por todas partes, pero no encontró nada. Más tarde, Cielo dijo:

—Él es nuestro tío materno. Saca su caballo.

Tierra añadió:

—¡Maldito tío!

—Si no lo encontramos —dijo Cielo—, lo dejaremos estar.

La alegría y el jolgorio reinan en la aldea durante las noches del período de las festividades del Medio Otoño. Mi padre me contó que la gente se había reunido en la era para quemar madera de los pinos dispuesta en una pila. Eran cuarenta y ocho las primas de mi padre por vía paterna y todas ellas tenían nombres de flores y plantas célebres; y todas ellas se habían reunido en la era. Entre ellas había algunas —las más pequeñas— que estaban llorando. Las más mayores permanecían en calma.

Mi padre me contó que Cielo y Tierra se habían sentado a un lado de la mesa de los Ocho Inmortales y limpiaban minuciosamente sus armas. Mi padre me dijo que él deseaba que los primos no cambiasen de método, y mi padre me dijo que no era porque él tenía miedo de lo que pudiese pasar, sino porque estaba cansado y no tenía ganas de buscar utensilios raros y complejos para satisfacer la crueldad asesina de los primos. Cada vez que los primos cambiaban de método para ejecutar a alguien, la misión de buscar los utensilios para llevarlo a cabo recaía siempre en mi padre y en los otros.

Mi padre me dijo que Cielo se puso de pie y dijo en voz alta:

—Primas, yo soy el hijo de vuestra Segunda tía. Soy por lo tanto vuestro primo mayor o vuestro primo menor. No lo sé. Hacía tiempo que me habían hablado de vuestra belleza, que erais delicadas como las flores y finas como las piedras de jade. Hoy os he visto y la verdad supera con creces lo que me habían dicho. La Segunda tía me ha pedido que os haga un regalo a cada una

de vosotras. Y esto es... —Cielo alzó un saco hecho con piel de ciervo, lo agitó y sonó un *clacloclacloc*... Cielo añadió—: Cada una de vosotras va a tener la oportunidad de tocarlo durante unos momentos y adivinar de qué se trataba.

¿Se trataba de oro? ¿De una joya preciosa?... Pues, no. Había cuarenta y ocho piezas de dominó, las cuales estaban grabadas, cada una, con un tipo de tortura que se emplea para castigar un crimen. Ese era el resultado de varios años de investigación por parte de la Segunda tía. Las primas tuvieron la fortuna —les dijo Cielo— de recibir ese don. Cielo arrojó el saco sobre la mesa octogonal de los Ocho Inmortales y dijo:

—No tengáis miedo. Al realizar la tortura, vuestra Segunda tía vendrá a verlo. Ahora, yo voy a explicar cada uno de esos suplicios y luego vendréis a tocar las piezas con vuestras propias manos.

Mi padre me contó que Cielo parecía estar repitiendo la lección de un libro:

—La primera ficha es la de «las nubes de colores que cubren la luna», que también se llama «los cueros que cubren los ojos del asno», y se realiza de la siguiente manera: con un cuchillo bien afilado se saca la piel de la frente del torturado y se le tapan los ojos con ella. La segunda ficha corresponde al «peinado» y se realiza así: se coge un cazo con agua hirviendo, la cual acaba siendo arrojada sobre la cabeza del sentenciado. Luego se saca la parte de la piel de la cabeza (el cuero cabelludo) que ha quedado con las raíces de los pelos. La tercera ficha describe un suplicio que se llama «el tubo reducido». Se coge también un cuchillo que se introduce en los orificios de la nariz y las orejas del supliciado. Una vez dentro, se empieza a mover. La cuarta ficha es la del «erizo de las tijeras» y consiste en coger unas tijeras con unas hojas muy largas y afiladas para cortarle la lengua al torturado. La quinta ficha es la de «sacarle el diente al tigre en su cueva» y es bastante sencillo: se le extraen los dientes al torturado con unas pinzas. La sexta ficha es la de «las manos de Buda fritas en aceite caliente» y hay que meter los dedos del supliciado en aceite caliente y freírlos en él. La séptima ficha es la de «ver lejos» y consiste en ahorcar al criminal en un tabique de madera. La octava ficha es la de la «barriga llena» y se realiza así: se le mete aire en el ojo del culo al supliciado. La novena ficha, la de «los pasos ligeros», consiste en hacerle caminar al torturado por veinte planchas de hierro al rojo vivo...

Mi padre me dijo que Cielo respiró hondamente y no acabó con los cuarenta y ocho suplicios. Tampoco dijo nada superfluo. Solo añadió:

—Vuestra Segunda tía no podría soportar que os pase algo, y nada malo os va a pasar con estas torturas. Os garantizo que nadie morirá. Es por ello que deseo que vosotras colaboréis activamente y no os opongáis a nada, ni luchéis. De lo contrario, lo pasaréis mal y vuestras vidas correrán peligro. Solo sufriréis esas torturas si infringís las leyes. Vuestra Segunda tía ha dicho: las chicas del clan de los herbívoros no tienen nada de ordinario y todas ellas están destinadas a tener un papel importante en este mundo. Solo deberéis apretar los dientes. Y si lo hacéis, ¿quién se atreverá a haceros algo malo?

Mi padre me dijo que Cielo dejó el saco sobre la mesa de los Ochos Inmortales y dijo:

—Venid, primas, y que cada una coja una ficha y no diga nada. Que nadie se escape, ni las pierdas.

Mi padre me dijo que las cuarenta y ocho chicas se juntaron y se pusieron a llorar y chillar. Y juntas se colocaron delante de la mesa y sacaron —una detrás de otra— una ficha del saco.

Cuando acabaron con las fichas, Cielo dijo:

—Todas vosotras habéis recibido una ficha. Quien la pierda, la diñará inmediatamente.

Mi padre me dijo que la luna brillaba en el firmamento con fuerza y brillo. Los pájaros daban sus últimos cantos y un viento fresco se levantó en la noche. Las noches del medio otoño eran bellísimas. Cielo mandó a los otros a que preparasen todos los utensilios necesarios para realizar las torturas de las fichas. No era una misión fácil de cumplir, pero todos ellos se pusieron manos a la obra con ardor y celo.

Mi padre pasó la mitad de la noche con esa tarea de búsqueda y muchos años después me contó que sus dos piernas quedaron tías como dos estacas; y se quedó además sin ser capaz de hacer un movimiento más con ellas. Los primos reunieron en la mesa de los Ochos Inmortales los cuchillos, las tijeras, las cuerdas, los bastones, las planchas, las palas, las hoces, los azadones, las tinajas, los potes de hierro, las escobas... Todo lo necesario (y lo que no lo era) para preparar una buena tortura... Todo ello, sin excepción, fue traído para la Segunda tía, pero ella se retrasaba y no venía. La madera de pino que ardía en la hoguera de la era había alcanzado su máxima temperatura y las llamaradas empezaban a debilitarse. La luna brillaba cada vez con más claridad y parecía enorme colgada del firmamento. En ese cielo no había estrellas, ni nubes, solo la luna con su enorme aureola blanca y las gotas de

lluvia que caían sobre la tierra como monedas de cobre. En la superficie de los prados salvajes las plantas que originalmente eran del color verde jade se habían vuelto de color plata. La lluvia caía sin cesar sobre las hojas de esas plantas y a mí el sonido que hacían me asustaba. ¿Por qué no había llegado todavía la Segunda tía? El aroma a madera de pino quemándose hacía llorar a las hermanas y sus ojos despendían lagrimones. A mí, ese olor me quemaba la nariz y me ponía ansioso. ¿Y por qué no venía la Segunda tía? ¡Venga, ven ya! En nuestras cabezas se agitaba como una roca la sombra de la Segunda tía... Ella aparecía montando un caballo... También aparecía en un palanquín de los que se utilizan para llevar a las novias... Había soldados que golpeaban los gongos, y tamborileros y trompetistas... En unas pocas palabras, la aparición de la Segunda tía debía ser un acontecimiento glorioso. Y no solo lo esperaba yo; sino que mis primos, hermanos y también mis primas esperaban que ese acontecimiento fuera a ser así. El corazón y los pensamientos de ellas eran como los de las mujeres casadas, y por eso también reaccionaban de la misma manera. No era ni miedo ni felicidad. Esos llantos no traían con ellos ni tristeza ni alegría. Mi padre me dijo que lloraban porque se sentían cansadas y ofendidas. Por eso se apelotonaban, se abrazaban y murmuraban todo tipo de comentarios. Yo alargaba las manos y tú alargabas las manos; ella alargaba la mano y ellas alargaban las manos. Cada una de ellas examinaba la ficha de la otra y —con el consentimiento de mis dos primos, Cielo y Tierra— empezaron a intercambiárselas. Crisantemo cogió la ficha del «tubo reducido» y la cambió por la de «las nubes de colores que cubren la luna» que poseía Orquídea. Flor del Melocotonero dio su ficha de «las manos de Buda fritas en aceite caliente» a Jazmín, y esta le dio la de «ver lejos». Flor de Loto y Peonia querían intercambiar sus fichas por la de Narciso, que era la del «erizo de las tijeras»; pero Narciso se negaba rotundamente. Las tres empezaron a insultarse y a zurrarse mutuamente. Las primas se echaron las unas contra las otras y rodaron por el suelo. Cielo, que estaba distraído, las insultó en cuanto las vio. Se precipitó para separarlas, pero recibió sin saber de quién exactamente el bofetón de una de las primas. Cielo se tapó la cara y dijo sin tener otra opción:

—¡Basta, basta ya!... Esperad a que venga la Segunda tía y ella decidirá.

Esas frases crearon todavía, e inesperadamente, más desazón entre las jóvenes mujeres.

Las primas contuvieron la respiración y se quedaron mirando a los hermanos Cielo y Tierra. Nadie decía nada, pero de repente una rompió el

silencio:

—¿Cuándo vendrá la Segunda tía?

Esa pregunta se repitió varias veces entre las primas. Cielo y Tierra eran incapaces de darles una respuesta. Tierra clavó su azadón en el suelo, cogió una escalera y se subió al techo de la casa para ver la escena desde arriba. Vio a lo lejos pero no dijo nada. ¿Esperaba ver algo? ¿O no? Tierra, como en una situación incómoda, no dijo nada. Las primas se pusieron a insultar a Cielo y Tierra. Lo cierto es que esos insultos fueron escuchados hasta en el mismísimo cielo. Pero Tierra y Cielo bostezaron y las primas acabaron bostezando con ellos. El mudo cayó al suelo desplomado, ya que no se aguantaba de pie del sueño que tenía, y se puso a roncar. El imbécil agarró la escoba y empezó a mordisquear el palo. Mi padre me contó que a él los ojos le hacían chiribitas y se le cerraban. Tenía los ojos como pedruscos. Las primas se desplomaron al suelo, una tras otra, con la misma contundencia que caen las rocas al suelo... Mi padre empezó a sentir que le fallaban las piernas y perdía el conocimiento... Sobre la tierra empezó a caer con fuerza el néctar de la noche y una lluvia blanca. Mi padre cayó en un sueño profundo.

XI

Nosotros leímos en silencio este proverbio antiguo: «La niebla del arcoíris del este revela la lluvia del arcoíris del oeste; el arcoíris del sur recibe en cambio el repollo blanco, pero el arcoíris del norte es mortífero y asesina con eficacia»; y nos dio por pensar en un paisaje concreto: nosotros —bajo los siete colores de arcoíris del norte arqueándose en el cielo—, adorando a nuestra Segunda tía abuela —la Segunda tía de nuestro padre— y divinizando a nuestros dos tíos —los dos primos de nuestro padre—. Ah, y cuántos pensamientos que han sido causados por tanta palabrería han aparecido en nuestras cabezas. Un gato pasó delante de nuestras caras brillantes y se fue. Nosotros, cansados como estábamos, bostezamos mirando al cielo. Unas lágrimas se desprendieron de nuestros ojos y nuestro padre sonrió con desdén. Apuntándonos con uno de sus dedos, nos dijo:

—Hemos caído, hemos caído... Hemos vuelto a caer a sus pies...

Mi padre alzó el azadón y lo bajó de golpe, clavándolo con fuerza en la tierra. Nosotros entramos en la tierra de los sueños.

El sexto sueño: El potro que cruzó los humedales

«Ellos querían absolutamente atravesar las marismas, querían absolutamente atravesar los humedales para llegar al otro lado. ¿Y era ese lado mejor que el otro? ¿Acaso no crecían en ese lugar boniatos y la planta de la cisca? ¿Por qué querían atravesar las marismas? ¿Por qué no tomar el camino que rodeaba las aguas? ¿No era desperdiciar a esa gente de valor que tanto había sufrido?...».

En la época de los seres con las manos y los pies palmeados, esas eran las preguntas que se hacía ese mequetrefe hijo de puta ya célebre en nuestras tierras. ¡*Puaj!*..., escupió, mientras se levantaba de la hierba y se sacudía las briznas de hierba y la tierra que se le habían quedado pegadas en el culo. Luego desvió su mirada hacia el terreno donde estaban paciendo los bueyes.

El hijo de puta de las manos y los pies palmeados abrió sus ojos negros y lo vio por detrás. Le escocían los ojos y lo llevó al cementerio con el crepúsculo. Él era, por lo tanto..., un mequetrefe hijo de puta... ¿Y cómo se llamaba? ¿Y por qué estaba sentado ahí?... Pues se llamaba el mequetrefe hijo de puta y estaba sentado ahí..., y estaba claro que estaba sentado ahí porque pastoreaba las vacas y los bueyes... Cada generación deseaba saber lo que había ocurrido..., lo que se contaba... La naturaleza, particularmente ansiosa de los compañeros más jóvenes por ese tipo de conocimiento del pasado, se interrumpió de golpe..., y eso supuso también un cambio revolucionario dentro de la tradición de contar historias que pasaba con el mismo ardor de una generación a otra...

Al oscurecerse el cielo, el ganado se agrupó por sí solo y los ojos azules y vidriosos de las vacas se habían ensanchado y mostraban cansancio y sueño. Los becerros se habían acercado a las vacas y se disputaban sus mamas. Con sus frentes se golpeaban mutuamente y las vacas se doblaban para acercarse a sus crías. *Mu, mu, muuu...*

Mi abuelo paterno me lo contaba todo... Ah, y hace ya tantos años que mi abuelo murió... Yo le dije al mocoso de su nieto:

—Me parece que venías aquí a pastorear con el otro abuelo... ¿No es así?

Mi abuelo me lo contaba todo... El sol era más blanco en esa época y la extensión de las marismas era más o menos igual que ahora. Los saltamontes saltaban sobre las hierbas de la juncia real⁴⁹ y se posaban sobre sus hojitas rojas como las llamas del fuego.

Mi nieto cogió uno de esos saltamontes y se lo metió en la boca.

... El mequetrefe hijo de puta sacudió su cabeza —me decía mi abuelo paterno— y parecía que quería orinar. Al anochecer, el mequetrefe se sentaba siempre sobre la tierra: al sur quedaban las aguas rojas y espesas de las marismas y al este los prados salvajes. Al oeste también se extendían algunos pardos salvajes y tierras cultivables. Al norte se levantaba un pequeño pueblo. En los pardos había tres filas de sauces cuyas copas colgaban de ellos como las cabezas de los Han grandullones y fortachones. El mequetrefe se sentaba ahí «esperándole»...; sí, esperando a ese hombre delgado de tez negra... El hombre delgado de la tez negra salía siempre de esas tumbas que se amontonaban caóticamente entre los árboles cuando aparecía al alba la primera luz del sol, para jugar con el mequetrefe. Me habían contado que cruzaba expresamente las marismas para estar junto a él, y ellos se dedicaban a quemar saltamontes. El abuelo le preguntó a su abuelo y yo le pregunté a mi abuelo, y le pregunté a mi nieto y mi nieto me preguntó a mí... Yo cogí finalmente un tallo seco de hierba para limpiarle los mocos y le respondí:

—Por supuesto, por supuesto que lo haré...

Observé los ojos negros del nieto y mi corazón se llenó de tristeza y solo por momentos se me iba. A pesar del calor que se desprendía de los prados, en las marismas corría un viento que refrescaba el ambiente. El viento traía hacia los orificios de nuestra nariz el olor a las aguas de las marismas.

Cumplió setenta años en un abrir y cerrar de ojos y muchas fueron las oportunidades que se le presentaron a lo largo de su vida en las que perdió el miedo a la muerte; y cuando llegó el tiempo de morir, la felicidad llenó su corazón.

... Al principio, el mequetrefe hijo de puta se sentaba ahí y torturaba las hormigas con un tallo de hierba seca. Lo metía en los agujeros de sus casas subterráneas y las molestaba. El hombre de tez negra, y delgado como un cigarrillo, sonreía con desdén detrás de él. El hombre de la tez negra hacía subir las hormigas sobre los tallos secos de paja y se divertía viéndolas dudar

sobre la dirección a tomar. Luego las dejaba caer sobre su cara para sentir el cosquilleo de sus patitas. Al hombre de la tez negra no le asustaban esas hormigas rojas y le causaba cierto placer el tenerlas sobre la piel de su rostro. Bajaba los ojos y veía de cerca sus patitas negras y sus cabezas monstruosas. Incluso podía sentir el olor que desprendían: algo del olor recordaba a la flor del crisantemo. Algunas hormigas se subieron por los dedos de los pies y no tardaron en encaramarse a los tobillos y luego a las piernas, por delante y por detrás. El hombre de la tez negra se giró y las vio detrás de sus piernas. Sonrió y en su boca aparecieron dos dientes postizos de hierro.

Mi abuelo me dijo que el mequetrefe le tomó la medida al flacucho de la tez negra y preguntó repentinamente:

—¿Quién eres tú?

El hombre de la piel y la tez negra le respondió:

—Yo soy yo —y fue así como se conocieron los dos.

El primer día no se dijeron nada y tampoco se dijeron nada el segundo día. Pero al tercer día, cuando anochecía, el hombre de la tez negra dijo:

—Mañana te contaré algo.

—¿No se trata del potro que atravesó las marismas? —le preguntó mi nieto—. ¿Por qué quiso el potro atravesar las marismas? ¿Es que el lado sur de las marismas no tiene buena hierba para comer?

—¡No interrumpas! —me amonestó mi abuelo.

Y yo le dije exactamente lo mismo a mi nieto:

—¡No interrumpas!...

En los prados..., los saltamontes y las langostas saltaban y saltaban con sus cuerpos brillantes... Mi piel joven y tierna resistía los embistes de esas langostas, pero no era el caso de la piel ya seca y envejecida... Una de esas langostas se quedó sin embargo en la piel vieja y emblanquecida. Roja como una llama de fuego, esa langosta roja brillaba con fuerza y parecía una piedra de jade esculpida... Esa langosta era una auténtica joya... Sus patitas traseras se habían enganchado en mi piel y con su boquita se lamía las patitas delanteras. Sus patitas me hacían cosquillitas... Levanté mi mano y me limpié la piel... Abuelo, las langostas me comen la carne y ello me duele..., me dijo mi nieto, llorando. Nos fuimos a las tres hileras de sauces porque ahí había menos langostas.

Las historias de mi abuelo me aguijonearon la curiosidad por ese hombre de la tez negra y casi podía verlo con mis ojos. Tenía el cabello revuelto

como el humo negro cuando se escapa de un cigarrillo... Mi abuelo mató la langosta que se le había posado en la piel y me dijo que me quedara...

... Y al tercer día, al alba, llegó el mequetrefe hijo de puta bajo las hileras de los sauces. Ahí había un par de vacas y doce cabras comiendo de cualquier manera la hierba que crecía en la tierra. Sentado a la sombra de uno de los sauces, estaba el hombre de la tez negra. La hierba caía de las bocas de las cabras al mismo tiempo que berreaban sin parar. El sol había enrojecido y el hombre apareció bajo esa luz ardiente ante el mequetrefe. El mequetrefe le preguntó:

—¿Ya has comido?

—Sí, un panal de miel —respondió el hombre de la tez negra.

—¿Y cuánta miel había en él? ¡Solo los demonios lo saben! Sí, solo los demonios saben ese tipo de cosas... Te contaré la historia del potro que atravesó las marismas. ¿Te parece bien? Hace mucho, mucho tiempo, un grupo de gente trajo una yegua de las tierras del sur y, tras introducirla en las marismas, la yegua parió un potro de pelaje rojo. La yegua murió nada más parir y el potro se quedó solo. Los hombres que trajeron la yegua también murieron y solo quedó un niño. El niño y el potro se quedaron solos para llorar juntos y consolarse mutuamente.

El mequetrefe no durmió bien esa noche y bostezó numerosas veces.

El hombre de la tez negra dijo:

—¡Escucha bien, niño!

El mequetrefe dijo:

—No me apetece escuchar este tipo de historias. No parece una buena historia... Me has mentado y me marcharé al alba. Ni si siquiera he comido como es debido. Llévame a probar esa miel, anda.

El hombre de la tez negra cogió unas flores que habían crecido en la tierra y arrancó dos pétalos, que torturó con sus manos. Luego lanzó los trocitos al aire, donde volaban unas abejas que salían de uno de los muros que alojaban sus panales. Polen, agua de mar, excrementos... Las cosas más dulces se sirven de las cosas más apestosas, y con ello se formó el panal de miel que dio al mequetrefe para que se lo comiese. Y tras comérselo, al mequetrefe le desaparecieron el hambre y el cansancio y se puso a escuchar la historia del hombre de la tez negra:

... El potro lamía con su lengua la cara del niño cuando le dijo:

—No llores, mi hermano mayor.

El potro, que era en realidad una potranca, tenía los ojos grandes azules y unos párpados dobles, unas pestañas largas, una nariz roja y tierna, y unos labios que parecían los pétalos de una rosa. El niño acarició la cara del potro y le dijo:

—Mi hermana pequeña, te escucho y no lloraré más. Soy mayor que tú. ¿Cómo podría ponerme a llorar?

El niño y el potro buscaron un lugar duro donde colocarse y comieron algo. El potro comió hierba seca y el niño comió semillas. Cuando quedaron satisfechos, se fueron a las marismas...

Y justo cuando el hombre de la tez negra le estaba contando lo de las marismas, se oyó algo que provenía de ese lugar y que era como el rugido de un tigre. El mequetrefe y el hombre de la tez negra temblaron de miedo. Se taparon la boca con las manos y retuvieron incluso la respiración. Miraron hacia los arbustos. Me vino a la cabeza lo que me dijo el abuelo acerca de que yo, en esa época, miraba siempre con timidez esos arbustos rojos que crecían junto a las marismas. La luz del sol penetraba entre la niebla densa que se posaba sobre las aguas de las marismas y las ramas de los arbustos habían crecido inclinadas hacia un lado porque sabían que la luz del sol caía en ese lado. Cuando las cabras y los bueyes regresaban a su establo, el silencio —un silencio que causaba miedo— reinaba en los prados y las marismas.

—¿Cuál es ese tipo de pájaro que rompe el silencio a estas horas? —le preguntó el mequetrefe al flacucho de la tez negra.

El hombre se quedó mirando la tierra y el agua que formaban las marismas. Observó con ojos atentos y escrutinadores, ojos que se salían de las cuencas, y como si estuviese observando cada detalle de un cuadro, la niebla algodonosa y espesa de las marismas, y llegó a la conclusión de que se trataba de un aguilucho.

El mequetrefe volvió a preguntarle al hombre de la tez negra si podía golpearle los muslos. Más tarde, hubo quien le dijo al mequetrefe que los muslos del flacucho eran duros como dos bloques de piedra.

—Es un lobo negro quien nos está llamando —dijo el flacucho, aunque parecía que se hablaba a sí mismo.

En los matorrales volvió a oírse otro ruido y parecía el aullido de un perro que no era un lobo, o de un lobo que no era un perro. El flacucho no se ponía de acuerdo consigo mismo. Algo se movió entre los arbustos y el ruido que hizo resonó en las aguas de las marismas. A mí, en ese momento, me entró un tembleque en el cuerpo como nunca antes lo había tenido. El nieto utilizó sus

manos —que eran como garras— para sujetarse a mi piel. El flacucho golpeó la cabeza del mequetrefe y este la levantó, se le tensaron los músculos del cuello y emitió un sonido por la boca, imitando el aullido del lobo con una precisión que dejó estupefacto al mequetrefe. *Uuuuhh... Uuuuhh...*

—Ese lobo negro era en realidad un tipo de pájaro. ¡Sí, un pájaro!... —dijo, con dificultades para seguir hablando. Con voz aguda y esforzada, añadió—: Ah, el lobo negro..., nació de un huevo cuadrado; pero su canto de pájaro es a menudo como los ladridos y los aullidos de un perro... Ah, esos pájaros son pájaros de otro mundo...; son pájaros divinidades que llevan en la boca hongos⁵⁰ y construyen sus nidos sobre un árbol de aroma de barba de dragón⁵¹ para protegerse de las enfermedades y desastres... Esos pájaros gozan de una vida muy larga... —El flacucho tosió y volvió a imitar el canto de esos pájaros. El sol empezaba a decaer y el cielo y la tierra se cubrieron de nubes púrpuras⁵². Las estrellas cruzaban con su luz fría esas nubes y parecían, con sus tintineos, bichitos de luz colgados en el cielo. Esa noche, el mequetrefe vio volar a ese pájaro maravilloso a través de la luz de la luna. Las ramas de los arbustos parecían haberse convertido en hilos de oro.

... El potro y el niño cruzaban las marismas con dificultad. Los vapores que desprendían los elementos descompuestos o que se estaban corrompiendo en esas aguas les provocaban lágrimas en los ojos. Sobre el lodo que había en las aguas de las marismas, las pisadas contundentes del niño y el potro causaban chasquidos y burbujitas en la superficie. *Plof, plof...* Tanto a lo lejos como de cerca, flotaban las flores de la lluvia de oro⁵³. El potro y el niño avanzaban con cautela y determinación y buscaban un lugar fijo con hierba donde poner los pies. Pero ninguno de ellos se relajaba. Ralentizaban un *chi* si se metían en otro lodazal, pero luego avanzaban. El barro era viscoso y espeso, y olía mal. La extensión de las marismas parecía no tener un límite. Ese día, el niño tenía la cabeza en otro sitio y cayó en un agujero. Se quedó atrapado en medio del barro, que le llegaba hasta el ombligo. Al niño se le erizó el cabello, le sangró la nariz y los ojos se le salieron de la cara. Se puso a llorar y el potro intentó sacarlo de ahí con sus pezuñas; pero no pudo. También se puso a llorar. El niño le dijo:

—Vete... No te preocupes por mí...

El potro le respondió:

—Si tú mueres, moriremos los dos...

El niño sacudió la cabeza para decir que no. En ese momento, el cielo ya se había oscurecido por completo y solo las luciérnagas brillaban en todo lo

alto y una brisa fresca se había girado en las marismas. De repente, se oyeron frente a ellos los ladridos de un perro, y aparecía a lo lejos, al mismo tiempo, la luz difusa de una lámpara. El potro le dijo:

—Hermano, mira. Viene alguien..., nos van a sacar de las marismas...

El niño sintió que su cuerpo se fortalecía con esas palabras, y en uno de esos momentos de inspiración que aparecen en los momentos de desesperación, el potro bajó el trasero en dirección al niño y miró hacia atrás con el rabillo de uno de sus ojos. Sus cuatro patas se clavaron en la hierba como cuatro pilares. El potro metió el hocico en el lodo y el niño le agarró la cola. El potro rojo lo estiró una y otra vez hasta sacarlo de las aguas pantanosas. Luego, exhausto como estaba por el esfuerzo, el animal buscó un lugar donde tumbarse y lo encontró, jadeando. El niño tardó mucho tiempo en soltarle la cola. La luz de la lámpara lanzaba destellos ante sus ojos. El niño escuchó junto a él algo delirante: unos perros conversando. La sangre se le había calentado y se agitaba dentro del cuerpo como olas calientes. Él pensó que solo los llantos iban a aliviar la tensión que se le había acumulado dentro. Y así lo hizo. El potro —feliz— parpadeó. El niño —incapaz de retener sus emociones— acarició el pelaje denso del potro y le peinó la crin. El potro movió el hocico con elegancia y con sus pestañas gruesas acarició las mejillas del niño, que lamió al mismo tiempo los ojos del animal. Inmediatamente, el potro —con el cuerpo ardiendo— abrazó al niño con sus cuatro patas. El niño se agarró con fuerza a la barriga del potro y este lo mordió con su boca, que desprendía un olor intenso a hierba. Otra vez, los dos se asistieron mutuamente y se dirigieron hacia donde brillaba la luz de la lámpara. Durante la noche anterior, ninguno de ellos se atrevió a desplazarse un *cun* de distancia, ya que temían caer otra vez, en la oscuridad de la noche, en otro agujero del lodazal de las marismas. Esta noche, ninguno de ellos se acordaba ya de ese peligro y los malos recuerdos los habían enterrado en lo más profundo de sus mentes. Había a lo lejos la luz de la lámpara y se oían los ladridos de los perros... y había la respiración del mundo de los hombres... Todo ello les insufló una fuerza milagrosa al niño y al potro, que se sintieron ligeros como las golondrinas. El mal olor de las aguas estancadas de las marismas se convirtió en el aroma perfumado y delicado de las orquídeas. Ellos, finalmente, encontraron el lugar donde estaba la lámpara. Había un árbol dorado..., un árbol de aroma de barba de dragón..., y un nido encima de él..., y encima del nido dos huevos de pájaro cuadrados... Un

pájaro grande de color dorado volaba en el firmamento..., y era como el fuego... Ese pájaro ladraba como los perros...

El mequetrefe le preguntó al hombre de la tez negra:

—¿Y tú has visto con tus propios ojos el lobo negro?

El flacucho suspiró hondamente. El mequetrefe oía comer hierba al ganado en medio de la noche y vio también tintinear los ojos del hombre de la tez y la piel negras. Los perros gruñían en la aldea y una mujer parecía estar chillando a alguien.

El hombre de la tez negra cogió una hoja seca y la golpeó contra una piedra. La hoja prendió y el flacucho la sopló. Una llamita verde muy parecida a una culebrilla apareció al instante. Progresivamente se hizo una llama más grande y que daba más calor. Una estrella grande también cayó del cielo. El hombre de la tez negra cavó la tierra que rodeaba la pequeña hoguera y sacó de ella un par de raíces de yuca y, sin pelarlas ni sacarles sus barbas, las metió directamente en el fuego. Las llamas se debilitaron por un momento, pero luego volvieron a recuperar su color previo.

—¿No puedo volver a casa? —preguntó el mequetrefe.

—¿No me digas que todavía tienes una casa a la que regresar? —le preguntó el hombre de la tez negra, sirviéndose de un tono de voz irónico.

El mequetrefe se quedó sin palabras. El flacucho volvió a utilizar otra ramita para hacer fuego. Las cabras que había en el establo roncaban de vez en cuando y lo hacían con un tipo de ronquidos que recordaban los ronquidos de las mujeres. La luz de la luna iluminaba a veces los cuernos de los bueyes y la imagen en medio de la noche de esas dos puntas daba miedo.

El olor de las raíces de yuca llegaba a los orificios de la nariz del mequetrefe y este preguntó:

—¿De verdad que has visto el lobo negro?

El hombre de la tez negra miró forzosamente al mequetrefe y en su cara se dibujó una expresión de enemistad y desdén. Su barbilla, puntiaguda y prominente, parecía de acero.

Le pregunté a mi abuelo:

—Pero ¿usted ha visto el lobo negro o no?

La luz de la hoguera doraba la cara del abuelo. Las columnas de fuego ocupaban el norte y el sur y llegaban hasta el cielo. El olor del hierro fundiéndose en las acerías llegaba hasta nosotros.

—Nosotros también tenemos nuestro fuego —le dije a mi nieto—. A sus abuelos se los llevó el viento hace un mes y ahora nadie sabe dónde están.

Pero estoy convencido de que ellos volverán. Se lo consulté a un adivino ciego y me dijo que vendrán...

El nieto me preguntó con una voz patética:

—Abuelo, ¿y de verdad que existe el lobo negro?

... Ellos asustaron al lobo negro y este huyó volando. El pájaro se posó en la rama de un arbusto y desplegó su cola, que parecía la de un torcecuello. El potro olió de repente la fragancia fascinante que desprendía ese arbusto y dijo con cierta sentimentalidad en sus palabras:

—Hermano..., huele esto...

Al niño le preocupó el olor de esa fragancia y se abrazó al cuello del potro rojo, y lo hizo como quien abraza a una madre. A partir de ese día, el potro empezó a tenerle cariño al niño, sobre todo desde que lo sacó del lodazal con la cola. Esa afección fue en aumento. Ella le dijo:

—Hermano, al final, tú y yo seremos marido y mujer...

El niño le acarició los ojos, las orejas y sumergió sus manos en su crin. De su boca salieron palabras dulces. Los ojos de la potra se humedecieron y ella derramó unas lágrimas.

—Hermano —dijo el potro—, hacía tiempo que te esperaba... Tengo que pedirte algo... Tras casarnos, no utilices nunca más el nombre de *ma* (caballo).

El niño se lo prometió.

El potro le dijo:

—Hermano, cierra los ojos.

Y el niño cerró los ojos.

Se oyeron unos sonidos que parecían el relinche de un caballo. El niño abrió los ojos y ante ellos apreció inesperadamente una niña encantadora de tez blanca con el cabello largo y dorado —un cabello que parecía la crin de un caballo—. Tenía además unos ojos azules que parecían un par de piedras preciosas y una boca que le recordaba a la de alguien.

El niño le preguntó inmediatamente:

—¿Y tú eres el potro rojo? —Pero se acordó al momento de su promesa.

La niña dijo:

—Hermano, me llamo Cao Xiang (el «perfume de la hierba»).

El niño se casó con Cao Xiang bajo el árbol de las barbas del dragón. La primera noche no reunió las mejores circunstancias. La segunda, agarrados de la mano y pegados, no se separaron un instante, y así cruzaron las marismas. Sufrieron lo inimaginable, pero al final llegaron al otro lado... Hombres con

la tez negra les indicaron el camino a la aldea con el dedo. Ninguno de ellos abrió la boca para decirles nada. La llama del fuego se avivaba y las raíces de yuca desprendían un olor cada vez más denso. Había una cabra que se había extraviado y se le podían ver los cuernos a lo lejos. El mequetrefe contemplaba las llamas de la hoguera con la mirada ausente. Su cabeza estaba ocupada con la imagen del potro rojo que se había convertido en una linda niña.

¿Tú cómo sabías que él estaba pensando en ese potro rojo?

En ese momento, a mí también me entró esa duda. Mi abuelo decía que él tampoco podía dejar de pensar en ese potro rojo. ¿Cómo iba a poder hacerlo? ¿Acaso tú no pensabas en el potro rojo? Sé honesto y confíesámelo, nieto, le pregunté yo con solemnidad. ¿Y tú qué piensas ahora? El nieto contemplaba con la mirada ausente el baile de las llamas y parecía haber perdido el alma. ¿Acaso no estabas pensando en el potro rojo? Tú a mí no me engañas.

Ah, no es una sorpresa..., no es una sorpresa..., me dije a mí mismo. ¡Con lo bello que era ese potro!... Con sus dos ojos que parecían hechos de agua y sus dos pezuñas que eran como dos ramos de flores... ¡Y sus labios, que eran como pétalos!... Nuestro clan de los herbívoros se ha reproducido durante muchos años junto a esas marismas, generación tras generación... Pero ¿conocen los Han la historia del potro rojo? ¿Quién la recuerda? ¿Quién no ha soñado alguna vez con la historia del potro rojo?... Sus relinches se convirtieron con el tiempo en la voz de una hermosa joven. Al pensar en esa joven bella, ¿puede existir una montaña o un mar lo suficientemente grande como para pararla? Tú, yo, el abuelo, el abuelo del abuelo, los hombres Han durante años y años, en el cénit de sus sentimientos, han gritado: ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo, caballo!... Esas palabras se convirtieron en un código poderoso.

Mi abuelo me dijo que el flacucho de la tez negra cogió una raíz de yuca —ya bien asada— del fuego, la partió en dos y la envolvió con paja. Le dio una de las partes —todavía humeante y muy caliente— al mequetrefe, y él se quedó con la otra parte. Solo al cabo de un rato el flacucho se la metió en la barriga. El mequetrefe la estuvo soplando varias veces antes de darle el primer bocado.

La hoguera se oscureció gradualmente y el fuego rojo pasó a tomar un color ámbar. A su alrededor se hizo el vacío. Las sombras del ganado se movían en el suelo de ese establo al aire libre. Se oyeron de repente unas explosiones y unos sonidos agudos que hacían temblar a la gente. El rumor

de las aguas de las marismas parecía ya muy lejano. El mequetrefe oyó respirar al potro y pudo tocar la piel fina como la seda de su pelaje.

—¿Más tarde? —preguntó el mequetrefe.

—¿Quieres saberlo más tarde? —le preguntó con una sonrisa en los labios el hombre de la tez negra. Esa sonrisa escondía en realidad a alguien que tenía mucho miedo y el mequetrefe lo intuía.

—Desde luego que quiero saberlo. Cada vez que mi abuelo empezaba a contarme una historia, la acababa.

—Cuando ellos llegaron, en ese lugar no había nadie. Solo mala hierba, rastrojos y paja seca y nada de seres humanos. La hierba escondía lobos, tigres, panteras e insectos. Ellos construyeron una cabaña con esa hierba seca que se convirtió en una granja donde cultivar la tierra que había alrededor, ir de caza y pesca, y criar aves y perros. Al cabo de un año, Cao Xiang dio a luz unos gemelos, que eran a la postre un par de niñas. Y al cabo de otro año, dio a luz otro par de gemelos, que eran un par de niños.

... Tras comer por error unas huevas de pez, Cao Xiang perdió la fertilidad. Día y noche hilaba unas telas con un huso de madera, y plantaba legumbres y cucurbitáceos. Adelgazaba cada vez más y sus grandes ojos se anieblaban. El niño de las marismas se hizo grande y fuerte, y gozó de muy buena salud. No se ocupó, sin embargo, de su mujer ni de sus hijos, y se dedicó con todo el corazón a adorar a las divinidades de la tierra que había ocupado y el garante de sus leyes. Pasaron varios años en un abrir y cerrar de ojos, y las dos niñas y los dos niños se hicieron más grandes. Tanto ellas como ellos vivieron una historia de amor entre ellos mismos. Lo hacían todo sin separarse nunca; pero el padre, al descubrirlo, mató a un par de ellos — uno de los niños y una de las niñas— con una escopeta de cacería, ya que quería evitar la procreación con miembros de la misma sangre. El padre los dejó a la madre, y Cao Xiang, al ver que había perdido a dos de sus hijos, se puso a llorar. No culpó a sus hijos de lo ocurrido y le dijo a su marido:

—Has matado a dos de mis crías... La potra ha perdido a sus dos criaturas...

Y tras decir esas palabras, se oyó un sonido contundente, algo como el inicio de un terremoto cuando se abre la tierra. Del suelo empezó a salir un humo rojo. Un potro rojo impetuoso salió corriendo de ese humo... ¡Ma! ¡Ma! ¡Caballo, caballo!... El niño y la niña lo abrazaron y se pusieron a llorar. El padre se arrepintió de lo que había hecho. Las lágrimas y los ojos de odio del potro rojo se le clavaron en el corazón. En apenas un día, un Han

lleno de salud y tez clara se convirtió en un moribundo delgado de tez negra...

—Su canto tenía algo que ver con el canto de ese pájaro que llaman el lobo negro. El lobo negro, ah, el lobo negro..., que ponía huevos cuadrados y cantaba como ladraban los perros... Cuando volaba, era como una llama de fuego en el cielo... Llevaba un hongo en el pico y construyó un nido sobre un árbol de aroma de las barbas del dragón... Ese pájaro no tiene nada de ordinario... Ese pájaro es un pájaro divino... Y cuando ese pájaro aparece y tú lo ves, quiere decir que vivirás muchísimos años...

Mi abuelo me contó que el hombre delgado de la tez negra se levantó y no le dijo nada más al mequetrefe. Se puso a cantar y se fue hacia las tumbas. ¿Qué cantaba exactamente?, pregunté yo. Mi padre me dijo que cantaba: ... *Hermanos que copulan juntos, ah, y la población no prospera... Seres que nacen con los pies y las manos palmeadas, ah, y los asnos y los hombres viven bajo el mismo techo... Se recupera el buey, pero pierde la cabra... Otra vez se muere y otra vez se recupera; de todo ello depende el lobo negro...* Mi abuelo puso a un lado las cenizas y no dijo nada más.

—¿Y dónde se tumbó el mequetrefe para comer su raíz de yuca? —me preguntó mi nieto.

Mi abuelo me lo dijo: el mequetrefe no se comió la yuca, tocó la membrana que unía los dedos de sus manos y paso a paso se metió en ese agujero negro que era la aldea.

—¿Y después?...

El abuelo, cansado, se tumbó sobre la hierba y se quedó dormido.

La historia de potro que cruzó los humedales continuará, de esta manera, circulando de generación en generación a través del tiempo...

Epílogo

La interpretación de los sueños

Han pasado cinco años muy agitados desde mil novecientos ochenta y siete hasta ahora, y durante ese período de tiempo he escrito varias novelas que han merecido cierto renombre. También escribí durante ese período de tiempo *El clan de los herbívoros* —esa obra absurda y delirante salida del mundo de los sueños—. Esta novela está compuesta de seis sueños y es por ello que su título original fue *Seis sueños*, y solo después cambié el título según la recomendación de un amigo.

Aunque el libro es una sucesión de historias que fueron escritas por separado, yo siempre he creído que esos sueños formaban una sola novela larga. Solo en apariencia parecen historias desconectadas entre sí; pero en lo que se refiere a su pensamiento, forman una sola historia.

La publicación de *Seis sueños* solucionó un gran problema para mí. Dadas las particularidades de la novela *Seis sueños* como producto de creación literaria, a mí me costaba definir con claridad en qué consistía exactamente su resultado final. En realidad, los problemas se me amontonaban en la cabeza al intentar hacerlo y era incapaz de resolver las numerosas contradicciones que me asaltaban a cada momento. Debo admitir que en lo que respecta al pensamiento, nada está claro en este libro y nunca seré capaz de aclararlo; pero cada una de las partes de este libro está cubierta por la sombra de mi persona —es el perfil de mí mismo cortado en numerosos pedazos y sin dejar oculto apenas nada—. El libro no podrá satisfacer, sin lugar a dudas, a un lector que busque en él una guía para una vida normal y corriente. Tampoco creo que satisfará al lector que busque una lectura placentera en él. Esto es algo por lo que yo presento mis más sinceras disculpas.

Muchos —y muy inteligentes— críticos han dicho que uno pierde la cabeza tras leer los *Seis sueños*, y yo creo que debo, a corazón abierto, reconocer que es así. En ciertas secciones del libro, incluso yo creí que perdía

el control de mi propia mente al intentar comprender lo que estaba contando. Me sentía incapaz de unir las palabras y dar un sentido a lo que estaban diciendo. Es por ello que este libro puede considerarse una crónica sobre la lucha que mantienen desde siempre la razón y la locura; y es la razón por la cual esta novela no solo cuenta la historia del clan familiar, sino que también es la historia espiritual del autor. Y esa es la otra razón por la que el lector, al criticar la historia del clan de los herbívoros, critica al mismo tiempo la historia espiritual del autor. Después, esa crítica se convierte aparentemente en algo de mayor importancia.

En las circunstancias actuales, la edición de esta novela por parte de la casa Editorial de las Letras de Huashan me ha suscitado una emoción particular. Si todavía continúo recorriendo el camino de las letras, es gracias a los combatientes y amigos de los círculos literarios de la provincia de Hebei, que me han ayudado en numerosas ocasiones y han querido publicar esta novela. Ahora que vuelvo a atravesar momentos difíciles, es la mano generosa de las gentes de Hebei la que se me ofrece para ayudarme, y escucho su melodía triste que me dice: ¡No te doblegues! ¡Nunca!

Sí, debo seguir de pie y no doblegarme porque mis obligaciones no han terminado.

Julio de 1991

Notas del traductor

1 *El clan de los herbívoros* (*Shicao jiazu*) se publicó originalmente con el nombre de *Los ancestros que nacieron con las manos y los pies palmeados* (*Sheng pu de zuxian men*) —el título del tercer sueño que aparece en la novela— y es la cuarta novela larga (*changpian xiaoshuo*) de Mo Yan y su segunda novela de «clan» (*jiazu*). Fue publicada por primera vez en forma de novela en 1992 en la Editorial de las Letras de Huashan (*Huashan wenyi chubanshe*), en la provincia de Hebei, aunque fue escrita entre 1987 y 1989 en un período de fuerte agitación política y social en China, como el mismo Mo Yan indica en su prefacio a la novela, y en unos años en los que autor pasaba por serios problemas personales. El primer título de esta novela, aunque jamás apareció así publicada, fue *Seis sueños* (*Liu meng ji*). La edición que hemos utilizado para la presente traducción en español pertenece a la Editorial de las Artes y las Letras de Shanghái (*Shanghai wenyi chubanshe*), fue publicada en octubre de 2012 (la sexta edición en esta editorial y la última hasta el día de hoy) y consta de 353 páginas. Esta novela está compuesta de seis *rêveries* (cinco novelas cortas y un cuento), más un epílogo a la novela que fue añadido por Mo Yan a la edición de Huashan. *El clan de los herbívoros* trata fundamentalmente del sustrato mítico que subyace sincrónicamente con el tiempo presente del cantón de Dongbei, en Gaomi, en la provincia de Shandong, al noreste de China. *El clan de los herbívoros* pertenece a uno de esos textos en los que cuentan los orígenes —y la violencia intrínseca que la caracteriza— del cantón noreste (Dongbei) de Gaomi a partir de la noción primitiva y previa de «clan» (*jiazu* o *zu*) y de la ley que rige el linaje (*zongfa*) desde tiempos ancestrales, en contraposición a la noción posterior de familia (*jia*), la cual se forma en una ideología confuciana y oficializada, que es vista como una limitación represiva pero paralela a la constitución y evolución del clan, y que complementa desde una perspectiva alegórica los otros grandes textos sobre el clan familiar (*jiazu*) y

su evolución a través del tiempo, como *El clan del sorgo rojo* (*Hong gaoliang jiazhu*) de 1986, o *Grandes pechos, anchas caderas* (*Fengru feitun*) de 1996, con los temas de la evolución del hombre, la ética de la supervivencia y el amor, la constitución de la imagen heroica del clan, la degradación de la especie humana y la vitalidad primitiva; y todo ello en el contexto constante del hambre, la violencia y la guerra. Sin embargo, hay también en esta crónica (*jilu*), que es la «historia espiritual del autor» (*zuo jia de jingshenlishi*), según las palabras de Mo Yan en el epílogo a su novela, un tema que vertebra la mayoría de los sueños que la componen y que se erige como la ley suprema de la naturaleza, y es el de la venganza (*fuchou*), tanto por parte de la naturaleza misma como de los hombres. La venganza se erige como sustituto de la ley (*fa*) ahí donde no hay ley (*wufa*), y de la justicia (*yi*) ahí donde no hay justicia (*wuyi*), y como una manera de honrar la memoria de los ancestros (la venganza pasa así de generación en generación). Confucio y el confucionismo legitiman la venganza para legitimar a su vez y dar sentido (hasta sus últimas consecuencias) a la idea de reciprocidad (*shu*), según se justifica en la primera parte (53) del Tangong del *Clásico de los ritos* (*Liji - Tangong*). O dicho con otras palabras, la venganza supone el acto a través del cual se restaura la moral (*de*) perdida al hacerse justicia, y lo hace en una sociedad que está en riesgo de ser eliminada por corrupción o por un enemigo exterior que amenaza con exterminarla. Sin la venganza, el individuo y la sociedad quedan en un estado indefinido tanto material como espiritual que solo les conducirá a la degeneración moral. Es la venganza la que definitivamente devuelve la moral al individuo y a la sociedad en la que vive. Las historias de venganzas, así como de los espíritus de los muertos (*shen* o *gui*) que regresan desde ultratumba al mundo de los vivos para vengarse por un agravio, tienen una larga tradición en la literatura china y a menudo se asocia esta literatura a un momento en el que los valores ideológicos del confucionismo son puestos en duda. Una de esas obras, y una de las primeras, en la que se manifiesta este aspecto, son las historias de lo maravilloso de *A la búsqueda de los espíritus* (*Soushen ji*), del siglo IV, redactada por Gan Bao, fallecido en 351, en la que se muestran los espíritus de los difuntos para restaurar una justicia ausente en el mundo de los vivos. Hay otra obra con la que se parece *El clan de los herbívoros* en su aspecto onírico y es el conjunto de relatos cortos de *El maestro no dice nada* (*Zi bu yu*), de Yuan Mei, que nació en 1716 y murió en 1797, obra, también esta, de espíritus de difuntos que regresan al mundo de los vivos para comunicarse con ellos y reparar una

injusticia, y aparecen en los sueños para advertir de algo, hablar, amonestar, emitir un juicio edificante o restaurar lo que ellos creen que es justo, ya que es en el sueño (*meng*) donde se revela la auténtica realidad de la naturaleza y los seres que la pueblan y, sobre todo, las leyes que rigen las relaciones entre los hombres, y que pasan desapercibidas en el estado de vigilia, pero como en la obra anteriormente citada, con el fin de recuperar un hilo perdido (u olvidado) en el cambio generacional y restaurar una moral perdida y una justicia que también ha perdido sus fundamentos. Se trata, en definitiva, de un fin cuya realización acaba convirtiéndose en ejemplo. Sin duda aquí aparece la idea freudiana (y kafkiana) de que es en la distorsión de la visión onírica (la imagen de los sueños) donde se revela la verdad del mundo de la vigilia y sus mecanismos de censura. Por otro lado, *El clan de los herbívoros* fue escrita en un momento histórico en el que varios intelectuales se pusieron a teorizar sobre la crisis (y el fin definitivo) de los valores de la civilización agraria en China —sobre la que había sido, según estos autores, la auténtica base ideológica de la civilización china desde sus orígenes y que parecía haber caído en su crisis más profunda con la industrialización y la urbanización del país—. Esa percepción negativa del cambio de civilización —que todavía hoy perdura en China— produjo numerosas obras que reflejaron sin duda la desconfianza de una generación de escritores que se había educado —de manera consciente o inconsciente— en la idealización de la vida del campo por parte del maoísmo y en la experiencia traumática de los desastres humanos que la introducción de políticas industriales había acarreado al pueblo chino durante las décadas precedentes. *El clan de los herbívoros* es, por lo tanto, una novela sobre la ancestralidad, la Historia y el significado de sus momentos críticos (*weiji*) y de decadencia (*shuailuo*).

El primer sueño: la langosta roja

2 El relato de este primer «sueño» (*meng*) fue publicado por primera vez, y de forma independiente, en 1987, en el número 3 de la revista *Cosecha* (*Shouhuo*).

I

3 El general Liu Meng (*Liu Meng jiangjun*) es uno de los dioses de la agricultura y el Dios de los Saltamontes. Se le ofrece una liturgia al principio

de cada año para que prevenga las plagas de langostas, saltamontes, cigalas o chicharras. En el sueño que forma este capítulo se cuentan los ataques y el consiguiente peligro de extinción del clan familiar (*jiazu*) —quienes, recordemos, son también herbívoros (*shicao*)— por las plagas de langostas, que destruyen su principal alimento. Es decir, se trata de la supervivencia del clan ante un peligro que amenaza con destruirlo por completo.

4 El *qilin* es un animal de la mitología china con la cabeza de un león, los cuernos de un ciervo y la piel de un pez o de un caballo (o los dos a la vez). Suele simbolizar la justicia y suele ser representado como el guardián de la paz y la felicidad. Se le asocia normalmente a un tipo de unicornio.

5 El general Jiang Taigong o Jiang Ziya, del siglo XI a. de C., de la dinastía Zhou —que es considerada en el imaginario popular como la edad de oro en la historia de China—, que consiguió derrocar a la dinastía Shang. La imagen de Jiang Taigong pescando plácidamente en el río Wei como si nada le perturbase ha pasado a simbolizar en muchos textos poéticos la sabiduría del estratega militar y consejero de la corte imperial. Jiang Taigong fue al autor de *Las seis fundas* (*Liu tao*), uno de los primeros textos de estrategia militar en China, y fue el que aconsejó al rey Wen de Zhou, que nació en el año 1152 a. de C. y murió en el 1056 a. de C., de adoptar una dieta vegetariana para purificar el cuerpo y el alma, lo que hace pensar que creía en las virtudes de la verdura en general en oposición a las de la carne y que están en la base de la ideología preconfucionista.

6 El artículo está escrito en 1985, pues se trata por lo tanto de 1935.

II

7 *Tratado de herboristería para usos medicinales*, compuesto por Li Shizhen, que vivió entre los años 1518 y 1593, y que fue uno de los médicos y herboristas más influyentes en la medicina china desde el período Ming. Su *Tratado de herboristería para usos medicinales* (*Bencao gangmu*) es la obra de referencia en la medicina china moderna. Esta obra se considera, sin embargo, como algo más que un simple tratado de herboristería y medicina tradicional, ya que es vista a menudo como un tratado de antropología en el que se detallan los vínculos que unen a los hombres con el reino vegetal, y

cómo el hombre se define precisamente a partir de esos vínculos. Con la presencia de esta obra, Mo Yan introduce también un factor clave en la evolución del hombre, que es el paso de los carnívoros a los herbívoros. Un ser herbívoro se considera un estado superior en la evolución del hombre, ya que ha desarrollado una capacidad muy compleja para poder comer plantas (*cao*), una teoría que aparece implícita en la obra de Li Shizhen y que Mo Yan retoma en su novela.

III

8 *La locusta migratoria*. Se trata de la especie (y sus subespecies) de langostas migratorias y es la responsable de las grandes plagas devastadoras en los cinco continentes. La langosta (*honghuang*) es vista en la novela — como lo era tradicionalmente en el campo en la provincia de Shandong— desde el punto de vista de una simbología que la considera como la reencarnación de un demonio (*gui*), el cual aparece súbitamente y al que hay que combatir.

9 *Mao cao gen*. El rizoma de la hierba de Lalang, o la raíz de la cisca (*imperata cylindrica*) —o el carrizo, el sujo, la marciega o el cogón, como también se denomina a esta planta en otros lugares—, es larga y de un color marrón y amarillo, reduce la fiebre y purifica la sangre. Tiene también un efecto diurético (así es utilizada sobre todo en China como remedio) y desintoxicante. Pero la cisca, cuyas hojas son largas, verdes y con retoños rojos, es un tipo de hierba invasora, dañina y que crece en terrenos baldíos, pantanos, humedales y campos que han dejado de ser cultivados. Suele servir de pasto a los rumiantes. Es un símbolo del abandono y la destrucción, de la infertilidad y hasta cierto punto de la renuncia de los hombres y sus valores sociales y morales, que se reflejan en el cultivo de los campos, tal y como sucede en China. Reclamarse de un clan familiar que come (y venera) la cisca (de ahí viene su salud), y además estar orgulloso de ello, no deja de ser una declaración de principios por unos valores que invierten el orden jerárquico que estructura una sociedad.

IV

10 Las manos o los pies palmeados (*pu*), la membrana interdigital típica de los anfibios (ranas, sapos, tortugas), algunas aves que frecuentaban mares y ríos, y algunos mamíferos roedores. Existe una malformación que se denomina sindactilia simple y que es una enfermedad que presenta unos síntomas similares en las manos de un ser humano, que aparece durante los primeros meses de la gestación del feto. Mo Yan introduce aquí, sin embargo, una teoría de la evolución iniciada por Max Westenhöfer (1940) y Alister Hardy (1960) en la que se considera que el hombre proviene de un mono (*hou*) acuático y anfibio cuyas manos y pies estaban originalmente palmeados. La mutación de las manos y los pies palmeados a un estado en que desaparecieron las membranas se considera un hecho capital en esta teoría. Las causas fueron dejar progresivamente el mar y, por lo tanto, no necesitan moverse en ese medio, y la necesidad de adquirir alimentos con más proteína, como la carne. El miedo de los personajes de este sueño de *El clan de los herbívoros* radica en lo que provocan esas manos y pies palmeados: les recuerda a sus ancestros más remotos y el miedo a un retroceso indeseado en la evolución del clan.

VI

11 *Shuhua* o *stiphnolobium japonicum*, una de las cincuenta hierbas fundamentales empleadas en la medicina tradicional china.

12 Estereotipo de la belleza femenina en la cultura china, Yang Guifei, que vivió entre los años 719 y 756, es una de «las cuatro bellezas» de la China antigua. Virtuosa y muy bella según el canon confuciano y una estética fomentada durante la dinastía Tang, las virtudes de la consorte imperial Yang fueron inmortalizadas en el poema del poeta Bai Juyi, que vivió entre los años 772 y 846, *El canto del eterno lamento (Chang hen ge)*, que es conocido y aprendido por los estudiantes en China.

13 *Dan shen* o *radix salviae militorrhizae*, una de las cincuenta hierbas fundamentales empleadas en la medicina tradicional china.

14 *Hong hua* o *carthamus tinctorius*, otra de las cincuenta hierbas empleadas en la medicina tradicional china.

15 *Bai shao* o *radix paeoniae alba*, otra de las cincuenta hierbas empleadas en la medicina tradicional china.

16 *Rehmannia glutinosa* (*shudihuang*), otra de las cincuenta hierbas empleadas en la medicina tradicional china.

17 Las siglas de L.P.T. corresponden a una marca muy popular de cigarrillos en China: *Lü paotai* o «cañón verde».

18 La joven He Xiangu fue uno de los miembros —el único femenino— de los ocho inmortales (*ba xian*).

IX

19 *Changshan* o *dichroa febrífuga*, cuya raíz es una de las cincuenta hierbas fundamentales que se emplea en la medicina tradicional china.

20 *Bailing wan*. Son unas pastillas compuestas de varias hierbas medicinales que se usaban principalmente para purgar el organismo, aunque servían de curalotodo.

X

21 Mo Yan cita aquí la ceremonia ritual del *ji bazha*, o *ji bala*, como se denominó más tarde), que es la ceremonia para el dios que protege a los campesinos de las langostas y que se realiza eliminándolas en gran cantidad, en su honor. La ceremonia se produce antes de la cosecha, nace probablemente con la etnia de Han y se establece oficialmente en siglo II a. de C., cuando tomaron el poder en la China imperial. Esta ceremonia sacrificial se relaciona con un rito que fue originalmente de carácter orgiaco entre los campesinos —como beber, comer abundantemente, tocar música y cantar— y que se inscribe en los ritos de la agricultura china. En la antigüedad, cada año, en la duodécima luna, era el emperador o un noble quien realizaba los ritos de adoración al Dios de la Agricultura (*Shennong*), al ministro del Mijo (*Houji*) —el ancestro dios de la dinastía Zhou— o a alguno de los cientos de divinidades de la agricultura en China. Según el *Libro de los*

ritos (Liji), la ceremonia del *zha* se relacionaba con la limpieza de la suciedad y la contaminación de los campos (sobre todo campos cultivados que habían sufrido algún daño), o de la mala influencia del año anterior y la restauración del orden natural de las cosas. Se trataba de unos ritos de purificación muy ligados a la vida en el campo. La etimología del carácter, que en chino moderno significa «cera», es de origen incierto, pero en un principio connotaba la decadencia, la corrupción por contaminación o la infección y la destrucción de los elementos que componen la naturaleza.

22 La campesina y analfabeta Xianglin es la protagonista del célebre relato corto de Lu Xun, que nació en 1881 y murió en 1936, *El sacrificio del Año Nuevo (Zhufu)*, de 1924. El relato narra la historia trágica de Xianglin, que, tras la muerte de su marido, se ve obligada a tomar una serie de decisiones para no morir en la miseria, como casarse de nuevo (lo que era tabú en la época imperial para una viuda) y afrontar así un futuro incierto y desgraciado en el que deberá expiar sus actos pasados y el estigma de ser una viuda como si todo eso hubiera sido la consecuencia inevitable de unas malas acciones en el pasado. Es una historia sobre la retribución (*baoying*) según el budismo popular y la superstición que sostiene la creencia en ella.

XIII

23 Entre 1941 y 1944, este movimiento ideológico de «rectificación» pretendía purificar al Partido Comunista Chino de elementos heterodoxos y rebeldes y ayudó, tras varias purgas, a posicionar a Mao Zedong (1893-1976) en el poder central del mismo. Mo Yan alude probablemente a esos soldados.

El segundo sueño: las rosas cuyo aroma irrumpe con fuerza en los orificios de la nariz

IV

24 Se introduce aquí un juego palabras fonético con la palabra «caballo» (*ma*), que se pronuncia además igual que «madre» (*ma*). El carácter chino de «madre», a su vez, está compuesto de dos componentes: «mujer» (*nü*) y «caballo» (*ma*). La etimología del carácter de la madre, que asocia a la mujer y el caballo, es decir, el concepto genérico de madre que se identifica al de

yegua (el caballo mujer), aparece como el punto clave que nos ayuda a comprender el origen mítico (el primer ancestro, la primera madre) del clan familiar (*jiazu*) del narrador, un origen que el narrador mismo desarrolla en los seis sueños que componen *El clan de los herbívoros* y que se revelará de forma explícita en el sexto sueño.

V

[25](#) *Flor de jazmín (Molihua)*. Canción muy popular en China que data del siglo XVIII y de la que existen varias versiones.

[26](#) *Nubes coloridas persiguiendo la luna (cai yun chui yue)*. Celeberrima melodía folclórica para flauta compuesta en 1935 por Nie'er, que vivió entre 1912 y 1935, y Ren Guang, que vivió entre 1900 y 1941.

El tercer sueño: los ancestros que nacieron con las manos y los pies palmeados

II

[27](#) El *syzygium aromaticum* o árbol del clavo (*dingxiang*), cuyo fruto es el clavo, es una planta que en la medicina china se utiliza, entre otras cosas, para curar la impotencia, ya que regula todas las enfermedades que tienen que ver con la insuficiencia del elemento masculino o *yang*).

[28](#) Se trata de los *hua pizi*.

[29](#) En el norte de China, el festival de Laba (*laba*), el día del La (*lari*), o el de la Iluminación según el budismo, durante el octavo día de la duodécima luna (esta se suele llamar el mes del La, o *layue*) según el calendario tradicional chino, inicia los festejos del Año Nuevo. De origen budista, en esta ceremonia se realizaba una doble ofrenda a los ancestros (*zuxian*) y los dioses, y a la Tierra y el Cielo; pero sobre todo, se dirigía a una divinidad llamada La. Se trata de una festividad sacrificial (el final del año) que celebraba, mediante un sacrificio (*ji*), la llegada de la nueva cosecha con el fin de renovar el ciclo de la producción para el año siguiente. En el capítulo

32 de la gran novela del siglo XIV *Al borde de las aguas* (*Shuihu zhuan*) se hace referencia a este festival ligado a los ritos de la agricultura en la provincia de Shandong. Los campesinos golpeaban unos tambores de piel; en algunos lugares se apaleaba un burro para que uno de los guerreros de Buda viniese y les protegiese de las plagas y epidemias. Véase nota 21.

VI

30 A Q, el célebre personaje protagonista de *La auténtica historia de Ah Q* (*A Q zheng zhuan*), del año 1922 de Lu Xun, que vivió entre 1881 y 1936.

31 A Pu, en el texto. Se trata del Buda más importante en el budismo *mahayana* o de la Tierra Pura.

VIII

32 Se trata de una reflexión del monje budista de la secta *chan*, o zen, como se la conoce con su nombre japonés, Wumen Huikai, que nació en el año 1183 y murió en 1260.

33 El narrador parece aquí esbozar una teoría de la revolución (*geming*) según la cual unos seres que han sufrido un agravio fatídico (la castración: *yange*), tanto para la continuidad de su identidad como para la posibilidad de reproducirse, deciden vengarse (*fuchou*) contra el poder y su representante. Es decir, que se establece el inicio de la revolución a partir de un simple sentimiento de venganza.

34 Cita del Zilu de las *Analectas* de Confucio y que viene a decir que, sin legitimidad, las palabras no tienen ningún valor.

35 El sueño (*meng*) de la castración (*yange*) revela en un hombre el profundo miedo a perder la identidad que le es propia (la abolición entre el *yin* y el *yang*) y el control de su propia vida, como es el caso del narrador de este sueño de *El clan de los herbívoros*. Soñar con ser castrado significa también tener miedo a perder poder en cualquiera de sus formas, ya que se anula el principio de dualidad (por oposición) que rige todas las cosas. En

ciertas zonas rurales de China, muchos padres amenazaban a sus hijos con castrarlos cuando se comportaban mal.

El cuarto sueño: lo que se recuerda de una venganza

VII

36 Se trata de un remedio simple y barato muy popular en China para curar los catarros.

XI

37 *Gemingyangbaxin*. Una ópera revolucionaria creada durante la Revolución Cultural y considerada como modelo para otras óperas.

38 *Sha jia bang*. Se trata de una ópera de Pekín moderna y revolucionaria que fue considerada un modelo durante la Revolución Cultural. El argumento se centra en la lucha heroica de unos guerrilleros contra el ocupante japonés.

XII

39 *Lishan laomu*. La anciana de Lishan es una divinidad adorada por los taoístas.

XIII

40 Zhu Yuanzhang, que nació en 1328 y murió en 1398, o Hongwu, fue el primer emperador de la dinastía Ming. Es de gran importancia en el imaginario colectivo chino, ya que fue el primer emperador de la dinastía que derrocó a la dinastía de origen extranjero de Yuan y formó parte de la saga de emperadores de Ming, célebres por su crueldad y las matanzas que realizaron.

41 El emperador Yongle, que vivió entre 1360 y 1424, fue el cuarto hijo de Zhu Yuanzhang y el que le sucedió en el poder.

XIV

[42](#) *Hanshi ji*. Este festival se celebra durante tres días y empieza justo el día antes de la festividad de Qingming, con la que a menudo se confunde, y es un día que también se dedica a visitar las tumbas y venerar la memoria de los ancestros.

El quinto sueño: la llegada poco después de la Segunda tía

III

[43](#) Jia Baoyu, el joven protagonista de la gran novela del siglo XVIII *El sueño del pabellón rojo (Honglou meng)*, cuyo amor hacia su prima Lin Daiyu acaba trágicamente, ya que esta muere de forma prematura. Jia Baoyu, en su paso a la edad adulta, se mueve constantemente en un universo femenino entre los muros de unas mansiones lujosas, cuyas puertas estaban pintadas de rojo para mostrar que eran de una familia noble y adinerada, pero pertenecientes ya a una familia decadente y venida a menos. Muchos de los personajes femeninos de esta novela tienen nombres de flores.

[44](#) *Cymbopogon citratus*. Se utiliza para té y sopas, sobre todo en China, y como especia para otros platos, y tiene un sabor muy parecido al limón.

[45](#) *Taishiyi*. Se trata del trono sobre el que se sentaba el emperador durante la época imperial.

[46](#) *Lequ*, la delicia, el placer, la alegría. Este término de difícil traducción en español aparece aquí como la culminación de un proceso que va más allá del mero placer gastronómico, o la satisfacción alimenticia inmediata y su función fisiológica. Se trata de un estadio superior de consciencia en el que se supera la dialéctica del deseo y el conocimiento. La alegría es el estado cuando el deseo de identidad alcanza su máximo punto: es el deseo que culmina en la identificación con una identidad previa (el clan familiar) a través de la satisfacción de un deseo subjetivo y personal (el hambre del narrador). Las raíces de la cisca (*mao cao gen*) —y en este caso, tal y como la prepara la gran abuela (*da nainai*) del clan, el ancestro y la idealización de la identidad del clan familiar, esa hierba que estaba amenazada con desaparecer por la plaga de las langostas— son las que permiten alcanzar ese momento que es descrito como *lequ*: la alegría.

VII

47 Sin duda que, dentro del contexto de la inversión de los valores tradicionales que realiza Mo Yan en esta novela, la piedad filial (*xiao*) confuciana es escenificada en su justa oposición, y lo hace relacionándose con la ejecución de la venganza (*fuchou*), lo que equivale a decir que el proceso de vengarse no sirve para restaurar ese valor, sino para reemplazarlo por otro —tal vez anterior— que lo niega. También se asiste —dentro de ese escenario de la inversión de los valores— a la ejecución salvaje de los ancestros (*zong*) mediante la venganza con el fin de restaurar una moral perdida y no, como debería ser, a su veneración.

El sexto sueño: el potro que cruzó los humedales

49 La juncia real o *cyperus rotundus* (*xiangfu*) es una planta parecida a la cisca y tiene en la medicina china el uso de la regulación del soplo vital (*qi*). Como la cisca, puede llegar a convertirse en una planta invasora y destructora de un ecosistema y suele crecer en terrenos abandonados y humedales.

50 El hongo de la *ganoderma* (*lingzhi*) o *ganoderma lucidum* se utiliza en la medicina china con muchos efectos terapéuticos relacionados con el metabolismo.

51 El aroma de barba de dragón (*longxiang*) o ámbar gris servía de amuleto en China para evitar precisamente la llegada de catástrofes.

52 *Ziqi*, las nubes púrpuras. La aparición de estas nubes en el cielo se considera un auspicio.

53 *Caogeda*. Se trata del arbusto *laburnum anagyroides*, cuyas flores son amarillas y tóxicas.

El autor

MO YAN (Gaomi, China, 1955): Ganador del Premio Nobel de Literatura, Mo Yan (literalmente, «No hables») es el seudónimo de Guan Moye. Hasta la fecha Kailas ha publicado las novelas *Grandes pechos amplias caderas*, *Las baladas del ajo*, *La vida y la muerte me están desgastando*, *La república del vino*, *Rana*, *¡Boom!*, *El suplicio del aroma de sándalo*, *Trece pasos*, *El manglar*, *El clan del sorgo rojo*, *El mapa del tesoro escondido* y *El rábano transparente*, además del libro de relatos *Shifu*, *harías cualquier cosa por divertirme*.